

VOLUMEN II

JOSÉ LUIS CORRAL

# LOS AVSTRIAS



**EL TIEMPO EN SUS MANOS**

AMBICIÓN, SEXO, PODER:  
LA GRAN SAGA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO



Lectulandia

En *El tiempo en sus manos*, José Luis Corral nos introduce en los años posteriores a la coronación de Carlos I como emperador. Una vez resuelto el problema sucesorio tras el fallecimiento de su abuelo Fernando de Aragón y la incapacidad de su madre, Juana la Loca, para ejercer el gobierno, el joven Carlos es proclamado emperador. Convertido en el monarca más poderoso del mundo, dueño de media Europa y de las Indias, se verá obligado a afrontar los problemas de unidad del imperio cristiano frente a la ofensiva turca. Para ello, contará con el apoyo, por fin, de todos los reinos de España, que pretende unificar bajo su reinado. Para asegurar la descendencia, contrae matrimonio con Isabel de Portugal, su prima hermana, con la que vivirá un amor apasionado.

**Lectulandia**

José Luis Corral

# **Los Austrias II. El tiempo en sus manos**

ePub r1.0

NoTanMalo 08.03.18

Título original: *Los Austrias II. El tiempo en sus manos*

José Luis Corral, 2017

Imagen de cubierta: Sandra Cunningham

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## EL EMPERADOR

*Toledo, 28 de enero de 1519*

Escuchó tres fuertes golpes en la puerta. Titubeante, se acercó a abrirla y, al asomarse, la sangre se le heló en las venas.

—Juan Losantos, date preso —le anunció el oficial de la Inquisición, al que acompañaban cuatro hombres armados, alabardas en mano y espadas desenvainadas.

—¿Quién me requiere?

—La Santa Inquisición. Debes acompañarnos; has sido denunciado por cometer pecado contra natura.

—Puedo recoger...

—No. —El oficial fue tajante y no permitió que Juan siguiera hablando—. Síguenos, ya.

—¿Qué ocurre? —Andrés, el amante de Juan Losantos, salió a la puerta sobresaltado.

—Y tú, gañán, quédate donde estás, o te apresaremos también —lo amenazó el oficial apuntándole con su espada.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó Juan angustiado.

—Enseguida lo verás.

—Toma, Juan, abrígate, hace mucho frío. —Andrés le alargó un cobertor de lana con la que se cubría los hombros—. Y no te preocupes, hablaré con tu padre.

El oficial miró con desprecio a Andrés y escupió al suelo.

—Si de mí dependiera, todos vosotros, maricones de mierda, arderíais en la hoguera, pero antes os quitaría las ganas de pecar metiéndoos un buen pedazo de hierro rusiente por el culo. Sobre todo a los que os gusta «romper zapatos»; seguro que tú —el oficial inquisidor señaló primero y clavó con fuerza después su dedo índice en el pecho de Juan— eres uno de esos.

—¿«Romper zapatos»? —se sorprendió Andrés.

—¿No sabes qué significa? —El oficial se volvió hacia el amante de Juan Losantos.

—No...

—Pálpate el culo y comprueba si tienes «el zapato roto» —rieron el inquisidor y sus alguaciles.

—Esa expresión se emplea para señalar a quien abusa de niños —le explicó Juan

apesadumbrado y triste.

Andrés se mordió los labios.

—Vamos, andando que no tenemos todo el día —añadió el oficial empujando a Juan y apartando de un manotazo a Andrés.

Apenas rayaban las primeras luces del alba sobre el horizonte de Toledo aquella mañana de invierno, en la que unas nubes oscuras amenazaban con dejar caer una copiosa nevada sobre la ciudad.

Escoltado por los guardias de la Inquisición, Juan Losantos caminó durante un buen trecho. Las empinadas calles de Toledo estaban casi vacías a esa hora tan temprana, y los rápidos pasos de las botas de cuero de los guardias resonaban sobre las piedras de la calzada como crujidos de fantasmas.

Hacía cien años que los dominicos, los perros de Dios, habían trasladado su convento desde las afueras de Toledo al centro de la ciudad, cerca de la catedral. Dedicado a san Pedro Mártir, el enorme edificio estaba en obras, pues la orden de Santo Domingo pretendía convertirlo en el más grande y fastuoso de cuantos poseía en Castilla.

Juan Losantos fue conducido a una gran sala de paredes de piedra cubierta con una techumbre de madera recién labrada, todavía sin terminar.

—Aguarda aquí. Y vosotros dos, no le quitéis ojo de encima a ese maricón; estos cabrones se escurren como las anguilas —ordenó el oficial a dos de los cuatro guardias.

—¿Puedo sentarme? —demandó Juan Losantos.

—No, no puedes. Sabías eso de «romper zapatos», ¿eh? Apostaría a que has roto algunos. ¿O quizá te los rompieron a ti? —El oficial sonrió malicioso; sus dientes, agudos como los de una hiena, se dejaron atisbar entre sus labios.

—Jamás he forzado voluntad alguna —asentó Juan.

—Que permanezca de pie hasta que lo vea el juez —ordenó el oficial a los guardias; se acercó a uno de ellos, le dijo algo al oído y salió de la sala acompañado de los otros dos.

Solo entonces Juan Losantos comenzó a sentir un frío glacial que le helaba los huesos; apenas había salido de casa vestido con un camisón de noche, unas babuchas de cuero y el cobertor que le había entregado Andrés, poca ropa para combatir el intenso frío de aquella madrugada invernal.

Tuvo miedo, mucho miedo; la severa amenaza del oficial que lo había detenido no parecía en vano. Aquel tipo hablaba con ira, y su actitud no presagiaba nada bueno. Tras un buen rato de pie en medio de aquella desangelada sala, se resignó al fin. Y esperó, esperó, esperó...

*Lérida, 28 de enero de 1519*

Se sabía emperador..., ¡el emperador!

Carlos de Austria había recibido días atrás, justo unas horas antes de dejar Zaragoza, la noticia de la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano. El séquito real se puso en marcha y atravesó el amplio desierto de los Monegros, una árida y reseca extensión de páramos vacíos y vaguadas solitarias que se extendía a lo largo de un centenar de millas desde las mismas puertas de Zaragoza hasta el curso del río Cinca.

Hacía cinco días que había salido de Zaragoza, y durante todo el camino no había dejado de pensar en el Imperio. Aquel joven muchacho asustadizo e inexperto que había llegado desde Flandes a Castilla dos años atrás, sin siquiera hablar la lengua de sus nuevos súbditos, sin conocer sus costumbres y sin saber de sus gustos, estaba a punto de convertirse a sus casi diecinueve años en el hombre más poderoso del mundo.

Esa mañana había comido en Fraga, la última villa del reino de Aragón, y había pisado tierras de Cataluña a mediodía. A las dos de la tarde entró en Lérida por la puerta de San Antonio. El concejo de la ciudad le había preparado una solemne recepción; allí estaban presentes sus cincuenta miembros, el canciller mayor y el obispo de Tortosa. El rey subió a un tablado levantado al efecto y se sentó en un sillón de madera. A su lado, siempre atento a cualquier detalle, se situó Guillermo de Croy, señor de Chièvres, su principal asesor, que ejercía como camarero real.

—Alteza —el decano de los cuatro *paers* o consejeros que formaban el consejo de gobierno de la ciudad se dirigió al rey en nombre de todo el concejo—, la Paería de Lérida os da la bienvenida a esta vuestra ciudad y, en su nombre, os solicita que confirméis los privilegios, libertades y costumbres de las que viene gozando desde que los concedieran vuestros ilustres antepasados los reyes de Aragón y condes de Barcelona.

Carlos, que apenas entendió la lengua en la que le hablaba el *paer en cap*, aceptó con una indicación de su mano. Entonces, el notario y escribano de la ciudad leyó una fórmula ritual, le presentó el documento con la confirmación de los privilegios, previamente acordada con los oficiales reales, y Carlos de Austria puso su firma al pie del escrito.

—Apruebo, ratifico y confirmo vuestros privilegios y libertades —se limitó a proclamar el rey leyendo esta fórmula escrita en catalán en un papel, lo que provocó los vítores de los dos centenares de personas allí congregadas.

El rey descendió del tablado, subió a su caballo, que sujetaba un palafrenero, y, tal como indicó el escribano, se colocó bajo un enorme palio que portaban los cuatro *paers*, varios caballeros y algunos ciudadanos principales. La comitiva recorrió la calle del Hospital, Mayor y de la Zapatería, hasta llegar a la plaza de la catedral, donde el rey se apeó del caballo y adoró y besó la santa cruz que le ofreció el obispo.

Ya en la rica casa de mosén Pou, en la plaza de San Juan, donde se había preparado el alojamiento del monarca, Carlos de Austria se relajó. Allí lo esperaban

su hermana Leonor, su abuelastra y amante la reina Germana de Foix y la hijita de ambos, nacida unos meses atrás en Zaragoza.

—Mi señora —se dirigió Carlos a Germana—, vuestra alta condición y dignidad merecen todo el decoro. He pensado, contando con vuestra real gracia, que caséis con don Juan, marqués de Brandeburgo y miembro de mi séquito personal. Quiero además que permanezcáis a mi lado en la corte y que no os falte ninguna atención, ni tampoco a vuestra hijita —Carlos seguía sin querer reconocer a Isabel, la hija que había tenido con Germana, como propia—. He reservado para vos un alto oficio, y vuestro nuevo esposo será además nombrado capitán general del ejército.

Carlos dejaba claro que Germana constituía una pieza más en su futura política imperial, pues el marqués de Brandeburgo era hermano del príncipe y duque de Brandeburgo, uno de los siete electores que en unos meses dirimirían quién iba a ser el próximo emperador de Alemania.

—Mi señor —habló Germana—, me hacéis un gran honor, pero nuestra hija la infanta Isabel...

—Isabel dispondrá de todos los cuidados y toda la despensa que requiere la hija de una reina —la cortó tajante Carlos—. Confío en vos. Quizá os nombre virreina y gobernadora de Valencia. Hace unas semanas, antes de partir de Zaragoza, tuve que cesar a ese incompetente de don Pedro Maza, que no supo acabar a tiempo con los disturbios que se han producido en Orihuela y Murcia. Vos sabrías bien qué hacer, no en vano habéis tenido al mejor maestro del mundo en el arte del buen gobierno: mi abuelo el rey don Fernando.

Por si todavía Germana de Foix albergaba alguna esperanza en recobrar los favores de Carlos y volver algún día a su cama, aquella decisión de casarla con un noble de su séquito dejaba claro que el joven rey había decidido cortar de raíz sus amores con la reina viuda y acabar así con los chascarrillos que corrían por todos sus reinos, en los que se tildaba esa relación, que había durado dos años, de incestuosa y llena de pecado.

—Vos engendrasteis en mí el hijo que no le pude dar a vuestro abuelo, mi esposo el rey don Fernando. Haré lo que vos dispongáis, mi señor.

—Os aprecio mucho, doña Germana, y por eso es mi deseo que me acompañéis, al menos hasta que sea coronado emperador. ¡Ea!, no se hable más, y vayamos a cenar, que con tanto desfile se me ha despertado un hambre feroz. Y que no falte cerveza.

*Lérida, 29 de enero de 1519*

Pedro Losantos era médico del rey. Nacido judío pero convertido al cristianismo, era miembro de una antigua dinastía de médicos de Toledo y durante muchos años había



estado al servicio de los Reyes Católicos. En los últimos años del rey Fernando había permanecido a su lado como fiel consejero y le había sido muy útil en las situaciones más comprometidas. Su cercanía al Católico lo había llevado a conocer secretos que lo convertían en un personaje importante.

A pesar de que se comportaba como un cristiano y cumplía con todos los mandamientos y preceptos de la Iglesia, su pasado judío concitaba entre sus enemigos cierto rechazo y una animadversión que él había sorteado gracias a su cercanía al rey. Pero una vez muerto Fernando de Aragón, el converso se mantenía en la corte gracias a la amistad de su esposa con Germana de Foix, la reina viuda, que la había nombrado dama de compañía y a su hija María la había convertido en su principal confidente.

Con el matrimonio Losantos, y gracias a la mediación de Adriano de Utrecht, el gran consejero y preceptor de Carlos de Austria, viajaban sus hijos Pablo, casado con Leonor de Urrea, descendiente de una familia de nobles aragoneses venidos a menos, y María, viuda del infanzón Lope de Valdivieso, que había muerto pocos años atrás luchando como soldado de fortuna en las guerras de Italia.

Los cinco miembros de la familia Losantos se habían hospedado en Lérida en la posada del Gato, muy cerca del palacio donde se alojaba Carlos.

—He hablado con don Adriano y me ha asegurado que pronto serás médico del rey. Eres uno de los mejores de estos reinos; has estudiado en Salerno y conoces las depuradas técnicas de los médicos árabes que solo allí se conocen. Nadie más preparado que tú para cuidar de la salud de nuestro señor —le comentó Pedro Losantos a su hijo mientras preparaban sus sacos de viaje para reiniciar camino hacia Barcelona, a donde se dirigía la comitiva real.

—Te lo agradezco, padre, pero ya sabes que hubiera preferido instalarme en Toledo, en Zaragoza o en Valladolid...

Pablo Losantos tenía treinta y cinco años; hacía cinco que se había casado con Leonor de Urrea, hija de un noble aragonés. Era un hombre íntegro que entendía la práctica de la Medicina como una ciencia para sanar cuerpos, pero también como una actividad para cultivar almas y hacer mejores a los seres humanos.

—Ser médico del rey es un privilegio y, aunque conlleva ciertos sacrificios y molestias como los de estar siempre de un lado para otro, en nuestro caso constituye una garantía de seguridad. Aunque tú no estás circuncidado, pues naciste cuando tu madre y yo mismo acabábamos de convertirnos al cristianismo y te bautizamos de inmediato, no dejas de ser miembro de un linaje de judíos conversos, y desde que los Reyes Católicos decretaron la expulsión, hace ya casi treinta años, la Inquisición no deja de rondar y de controlar a todos los que considera que pueden ser relapsos y judaizantes, a los que tilda de herejes y trata como tales.

—Me has hablado de ello muchas veces, pero en esta casa nunca he visto practicar ceremonias ni ritos judíos. Los inquisidores no nos pueden acusar de nada —asentó Pablo.

—Al Santo Oficio no le importa que seas inocente. Basta una denuncia, aunque sea falsa y anónima, para que inicie una pesquisa y someta al denunciado a cárcel e incluso a torturas. Si eres acusado, aun injustamente y sin prueba alguna, la Inquisición te considera, en principio, culpable.

—¿Sin pruebas?

—Sin indicios siquiera. Esos perros de Dios andan por ahí ansiosos por morder a una de sus incautas víctimas sin tener en cuenta para nada si en verdad se trata de un hereje o de un judaizante, o, sencillamente, de una venganza. Los inquisidores padecen de una verdadera obsesión por encontrar herejes en cualquier parte, y qué mejores candidatos que los que en el pasado fuimos judíos.

»El Santo Oficio está infiltrado en todas partes, tiene espías y agentes en todos los sitios. Desde que los Reyes Católicos fundaran esta institución, son ya cientos de personas las que han sufrido sus perversos métodos. Sus principales objetivos somos los judíos conversos y, luego, los moros, quienes todavía, aunque no creo que por mucho tiempo, pueden practicar su religión aquí, en la Corona de Aragón, si bien ya no en la de Castilla. Pero también lo son todos aquellos sospechosos de profesar herejías, y te aseguro que la lista de nombres que manejan los inquisidores es muy larga y está repleta de causas por las que acusarlos. Cualquiera puede ser tildado de hereje si uno solo de esos perros de Dios se lo propone.

—Hemos acabado —dijo Pablo tras colocar los sacos de viaje junto a la puerta.

—Entonces bajemos a cenar; las mujeres llegarán enseguida.

Juana de la Cruz y María Losantos acababan de visitar a Germana de Foix. La reina viuda estaba triste porque una vez más Carlos de Austria, a pesar de que había sido su amante desde que este llegara de Flandes para convertirse en rey de Castilla y Aragón, se había negado a reconocer como propia a Isabel, la hija de ambos, nacida de sus amoríos unos meses atrás en el palacio de la Aljafería de Zaragoza.

—La reina se siente muy desconsolada. Don Carlos jamás reconocerá a Isabel como hija propia, y eso significa que esa niña nunca tendrá un padre y que doña Germana podrá ser tachada de ramera —comentó Juana a su hija María.

Habían preparado un jarabe mezclando una destilación de mejorana con hierbabuena y esencia de aloe para aliviar los dolores de estómago que la reina viuda arrastraba desde hacía unos días. Juana de la Cruz conocía las propiedades de muchas hierbas, no en vano procedía de una familia de judíos de las montañas de Alcoy, al sur del reino de Valencia, en la cual todas las mujeres habían ejercido desde hacía siglos como expertas curanderas, y le había transmitido todos esos conocimientos a su hija.

Desde muy niña, María había demostrado una especial sensibilidad a la hora de captar, mediante sensaciones cuyo origen no podía explicar, el estado de ánimo de las personas a las que tocaba. A veces tenía presentimientos, sobre todo cuando entraba

en contacto con alguien, y entonces sentía extraños presagios. Su madre, a la que le había confiado esta especie de corazonadas, le decía que se trataba de un don especial que muy pocos poseían.

—Don Carlos no puede reconocer a doña Isabel como hija. ¡Cómo va a hacerlo! ¡El padre de la hija de su abuelastra! ¡La esposa del Católico, madre de una hija de su propio nieto! Sería un gigantesco escándalo —comentó María de regreso a la posada del Gato.

—En la corte todos saben que don Carlos es el padre de esa niña. ¿Recuerdas aquellos días en Valladolid? La gente se agolpaba cada día a primera hora de la tarde a las puertas del palacio donde residía doña Germana para ver la llegada del rey; y luego, cuando don Carlos ordenó construir aquel pasadizo elevado para evitar semejante espectáculo, se apostaban debajo de la pasarela en absoluto silencio para escuchar los pasos de don Carlos camino de la alcoba de doña Germana —recordó Juana.

—Sí, así fue, madre, pero nadie se atreverá a proclamar la paternidad de don Carlos si este no la admite. Y nunca la admitirá, nunca.

—Podría hacerlo. Don Carlos no tiene esposa todavía, aunque siendo un muchacho le adjudicaron varias novias.

—¿Qué mujer, y menos aún siendo de familia real, aceptaría casarse con el príncipe que ha sido capaz de dejar embarazada a su propia abuela?

—Abuelastra —precisó Juana.

—Abuela, sí, abuelastra, ¡qué más da! Lo siento mucho por doña Germana, porque la aprecio de verdad y sé la situación de angustia por la que está pasando, pero debe hacerse cargo enseguida de que su hija nunca tendrá un padre que la reconozca.

—Hace un par de días me confesó que el rey va a casarla con un noble de su séquito: el marqués de Brandeburgo —añadió Juana.

—¡Ah!, ese hombre...

—Es una buena solución para que la reina no permanezca en entredicho. Con esa boda, la pequeña Isabel tendrá un padre y doña Germana un esposo. Así se solucionan estos enredos en la corte.

Leonor de Urrea estaba embarazada de varios meses. A sus treinta y tres años había llegado a creer que era estéril, pero en su interior latía al fin el pequeño corazón del que iba a ser su primer hijo con Pablo Losantos.

La dama aragonesa estaba sentada a una mesa de la posada del Gato junto a su esposo y su suegro, Pedro, esperando a que llegaran Juana y María, que habían ido a visitar a la reina viuda, para cenar.

—Esta tarde he tenido un mareo y vómitos —le comentó Leonor a su esposo.

—Es lo normal en una embarazada —respondió Pablo.

—¿Crees que nacerá... bien?

—Haré todo lo posible para que así sea.

—Ya no soy una jovencita.

—No eres la única mujer que va a parir su primer hijo a esta edad.

—Pero a mis años algunas ya han tenido una docena de partos.

—Las mujeres sois fértiles hasta que dejáis de menstruar, y eso no ocurre hasta pasados los cuarenta años. No solo tendremos este hijo, sino algunos más.

—Durante estos años que hemos estado casados creí que no podría darte hijos, y esa idea me atormentaba porque sé que anhelas tenerlos. Pero ahora soy feliz.

Leonor de Urrea cogió la mano de su esposo y se la acercó hasta colocarla sobre su vientre.

—Lo llamaremos Alonso, como tu padre.

—Yo había pensado en Pedro, como el tuyo —dijo Leonor mirando a su suegro, Pedro Losantos, que dibujó una sutil sonrisa.

—No, ya he hablado con mi padre y está de acuerdo en que el nombre de su primer nieto sea Alonso.

—Lo estoy, lo estoy —asintió Pedro.

—Entonces, así será.

En ese momento entraron Juana y María en la posada.

—¡Ya era hora! El guiso de carnero con cebollas que ha preparado el mesonero está a punto de enfriarse —protestó Pedro Losantos ante la tardanza de su esposa y de su hija.

—Nos hemos retrasado porque hemos tenido que preparar un jarabe para el dolor de vientre de la reina; no se encuentra bien —se excusó Juana.

—Esa mujer está comiendo demasiado —añadió María.

—Escuchad: Pablo va a ser médico del rey. Me lo ha asegurado don Adriano —anunció Pedro.

—Acepta ese puesto, hijo —intervino Juana de la Cruz.

—¿Tú qué dices, esposa? —le preguntó entonces Pablo a Leonor de Urrea.

—Nuestro hijo nacerá muy pronto —Leonor se acarició el vientre, que denotaba su avanzado estado de gestación—. Te conozco bien, sé que decidirás lo mejor para tu familia.

—Serás médico de un emperador y no por ello tendrás que renunciar a todo cuanto crees —añadió Pedro Losantos—. Desde que mi padre, tu abuelo Mosés —Pedro Losantos nombró a su progenitor por su nombre judío—, se convirtiera al cristianismo, y con él toda nuestra familia, los Losantos hemos estado al lado de los reyes y no nos ha ido mal. Han pasado ya muchos años desde que nos hicimos cristianos, pues o nos bautizábamos o tomábamos el camino del exilio. Muchos de los nuestros se marcharon para mantener su antigua religión, pero nosotros decidimos renunciar a nuestra vieja fe para conservar nuestra forma de vida, aunque pese a ello sigue habiendo quien nos contempla como enemigos de estos reinos y nos tacha de traidores sin aportar la menor prueba de tan gravísimas acusaciones. No podemos

caer en el error de dar pábulo a esas maledicciones.

—¿Qué temes? —le preguntó Pablo a su padre.

—Que los enemigos que todavía tenemos en la corte, ya que no han podido conmigo, intenten hacerte daño a ti. —Pedro Losantos ignoraba que en esos momentos varios miembros del Consejo real estaban maquinando graves acusaciones contra él.

—Tendré cuidado.

—Obra como tu conciencia te dicte, hijo. Lo que decidas estará bien —añadió Juana de la Cruz, que extendió su brazo y acarició el rostro de su primogénito.

—Seguro que aciertas, hermano —terció María Losantos, que hasta entonces había permanecido callada en la conversación de sus padres con su hermano mayor.

Los Losantos estaban dando buena cuenta de la cena cuando un criado entró en la posada, miró en derredor y localizó a Pedro. Se acercó respetuoso, con el sombrero en la mano, le entregó al médico converso un papel doblado y sellado con lacre rojo, y sin decir palabra salió de la fonda como alma que lleva el diablo.

Pedro Losantos ni siquiera tuvo la oportunidad de preguntarle por el motivo de aquella entrega. Tomó la misiva y supuso que sería alguna orden del rey Carlos o de la reina viuda Germana para que se presentara de inmediato ante alguno de ellos, tal vez por una indigestión o un empacho, pues desde que abandonaran sus relaciones amorosas, unos meses atrás, ambos comían y bebían en exceso, sobre todo Germana, que suplía la ausencia del rey en su cama ingiriendo, tal vez como forma de consuelo, enormes cantidades de comida.

Despreocupado, Pedro miró aquel papel, que no tenía ninguna indicación en el exterior, rompió el lacre, que carecía de identificación impresa, lo desplegó y leyó el contenido: apenas dos líneas escritas con mano firme y tinta negra y brillante como ala de cuervo.

Su faz demudó de repente y su aspecto hasta entonces relajado tornó en un gesto de desasosiego preocupante. Tembloroso, dejó caer el papel encima de la mesa. Su rostro mostraba una expresión temerosa.

—¿Qué ocurre, padre? Parece como si hubieras visto pasar ante tus ojos al espectro de la muerte —dijo Pablo al contemplar el rictus de angustia de Pedro Losantos.

Juana de la Cruz cogió el papel y lo leyó para sí. Cerró los ojos, suspiró con profundidad, lo estrujó entre sus manos y se lo aplastó contra el pecho.

En efecto, era el espectro de la muerte, pensó Juana.

Los cinco miembros de la familia se sumieron en un sepulcral silencio.

*Toledo, 31 de enero de 1519*

—Vamos, levanta, gandul —el carcelero despertó y zarandeó a Juan Losantos, que llevaba tres días preso en una gélida celda del convento de dominicos de Toledo.

—¿Qué ocurre...? —balbució todavía medio dormido, con los miembros entumecidos por el frío y la humedad de la prisión.

—Que quedas libre... de momento. Debes de tener alguien muy poderoso de tu parte; no es frecuente salir de un modo tan fácil una vez se ha entrado en una prisión del Santo Oficio.

Juan Losantos se incorporó de su sucio catre y salió de la celda. En la puerta del convento dominico lo esperaba Andrés.

—¡Juan, Juan! ¡Oh!, gracias a Dios, pensé que no te soltarían tan pronto.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando se te llevaron esos lacayos del Santo Oficio corrí a casa de tus tíos para contarles lo sucedido. Don Felipe se presentó de inmediato ante el inquisidor para protestar por tu detención y ha conseguido que te dejen libre.

—¿Cómo lo ha logrado?

—Alegando que tu padre y tu hermano son médicos del rey y consejeros en la corte. En cuanto ese oficial ha comprobado que era cierto, supongo que ha tenido miedo a posibles consecuencias y te ha dejado libre.

—¿Y a ti, te han hecho algo? ¿Estás bien?

—Bueno, me han dado algunos empujones, me han insultado, ya sabes, «sodomita», «maricón», «cabrón», «rompeculos» y ese tipo de agravios, y me han prometido que me meterán un hierro rusiente por el ano, pero nada más.

—Vamos a casa de mis tíos, quiero agradecerle a Felipe su mediación.

Felipe Rubio, casado con Raquel, era hermano de María Rubio, esposa de Pablo Losantos, padre de Pedro y abuelo de Pablo, María y Juan. A punto de cumplir ochenta años, también había sido objeto de alguna pesquisa de la Inquisición, que nunca confió del todo en la sincera conversión al cristianismo de quien cuando todavía era judío se hacía llamar Salomón. Dueño del principal taller de orfebrería de Toledo, había criado desde muy niño a su sobrino nieto Juan Losantos como a su propio hijo.

—¡Hijo! —Felipe y Raquel se abrazaron a Juan entre sollozos. La pareja de ancianos conversos no había tenido hijos, y Juan era para ellos la principal razón para seguir viviendo.

—¿Estás bien?, ¿te han torturado esos canallas? —le preguntó Felipe.

—Bueno, algún golpe sí he recibido, pero sin mayor importancia. Os agradezco cuanto habéis hecho por mí, pero me temo que los inquisidores os vigilarán ahora más de cerca —dijo Juan.

—No te preocupes por nosotros. Yo soy el hombre más viejo de Toledo, supongo, y quizá incluso del mundo; me queda muy poco tiempo de vida. Lo importante es que

tú estés bien.

—Ahora volved a vuestra casa —intervino Raquel—, tenéis que dar la sensación de que no ha pasado nada.

—Gracias, os debo mucho —añadió Juan, que besó a sus ancianos tíos antes de despedirse y salir con su amante de regreso a su casa.

Por el camino, Andrés le confesó a Juan que lo había pasado muy mal, y le dio un consejo.

—Deberías escribir una carta a tu padre relatándole lo que ha ocurrido.

—No. Se preocupará en exceso y sé lo que es capaz de hacer.

—Tengo miedo; pensé que podría perderte, que nunca más volvería a verte. Estaba desesperado.

Cuando llegaron a casa, los dos amantes se abrazaron con toda intensidad y se besaron. Aquella noche se entregaron el uno al otro como nunca antes lo habían hecho y se amaron hasta el amanecer. La rosada aurora invernal los sorprendió abrazados, felices y sonrientes como recién enamorados.

—Llegué a pensar que estos momentos nunca se repetirían; casi me vuelvo loco —dijo Andrés.

—Habrá muchos momentos más como este. Muchos más —musitó Juan al oído de su amante mientras le besaba el lóbulo de la oreja y enrollaba entre los dedos un mechón de su cabello rizado.

### *Abadía de Montserrat, principios de febrero de 1519*

La ascensión a la montaña sagrada de Montserrat fue más penosa y dura de lo que esperaban algunos de los miembros del séquito real, pero Carlos sabía que para ser reconocido como soberano en Barcelona tenía que acudir a rezar a ese santuario, que se había convertido en el lugar más sagrado de todo el principado de Cataluña.

Al abrigo de unos enormes farallones rocosos, que se asemejaban a los dientes romos o a los dedos de un gigante según el lado desde el que se contemplaran, el monasterio de Montserrat colgaba sobre un precipicio a cuyos pies se extendían, hasta más allá de donde la vista podía alcanzar, las onduladas y fértiles tierras de Cataluña Nueva.

Territorio donde convivían señores feudales, monasterios poderosos y concejos de hombres libres, los viejos condados catalanes que resistieron al islam al sur de los Pirineos, a los que se habían sumado más tarde por decisión de los reyes de Aragón los marquesados de Lérida y Tortosa, formaban un heterogéneo conglomerado en el que regían diversos sistemas de gobierno, aunque regulados por las costumbres de Barcelona y las normas emanadas de las Cortes catalanas.

El abad de Montserrat, acompañado por todos los monjes del cenobio, recibió al

rey Carlos en la entrada del recinto del monasterio benedictino.

—Alteza, os damos la bienvenida a esta santa casa de oración y os ofrecemos nuestra hospitalidad y nuestra lealtad —manifestó el abad.

—Os lo agradecemos de corazón, mi señor abad —contestó Carlos.

—Esta abadía, que guarda la sagrada imagen de la Virgen Negra, os recibe con alborozo, señor. Los monjes de Montserrat siempre han sido fieles servidores de nuestros reyes y compañeros de sus hazañas. ¿Sabíais, alteza, que un monje de nuestra congregación acompañó al almirante don Cristóbal Colón en uno de sus viajes a América?

—No, desconocía ese hecho. Todavía tengo mucho que aprender sobre mis dominios en las Españas —comentó Carlos.

—Pues así fue. Nuestro hermano Bernat Boïl fue uno de los primeros en llevar el mensaje de la cruz y del Evangelio al Nuevo Mundo.

—Un gran mérito de este monasterio; os felicito por ello.

—Os hemos preparado los mejores aposentos de esta santa casa, alteza. No es un palacio, pero los monjes de esta abadía hemos hecho voto de pobreza y lo cumplimos.

—Me acompañan mi hermana doña Leonor y la reina doña Germana, esposa de don Fernando, mi abuelo aragonés.

—Ya estábamos avisados de ello por vuestro mensajero, alteza. Acogemos a tan altas damas con el honor que merecen. Vuestro abuelo don Fernando hizo mucho bien a esta abadía. Hace veinte años pasamos por un momento tan delicado que estuvimos a punto de desaparecer como congregación. Por fortuna, vuestro abuelo, el recordado rey Católico, nos ayudó enviando a Montserrat a catorce monjes del monasterio benedictino de Valladolid. Gracias a la generosidad de don Fernando y a esos monjes castellanos se pudo salvar este cenobio. Desde entonces dependemos de nuestra casa madre en Castilla.

»Sed también bienvenidas, mis señoras —saludó el abad a las damas, que se habían situado un par de pasos detrás de Carlos—. Pero pasad, pasad, os hemos preparado una humilde pero reconfortante comida. Supongo que estaréis hambrientos tras la ascensión.

—No sabéis cuánto —comentó Carlos.

La comitiva real permaneció dos días en Montserrat. Tras descansar la primera noche del sábado, el rey se levantó temprano. Su secretario ya le había preparado para la firma cinco cartas dirigidas al papa y a varios cardenales de la curia romana en las que les anunciaba sus planes tras la muerte de su abuelo, el emperador, entre otros asuntos menores. Carlos dejaba claro que el Imperio le pertenecía y que no iba a consentir que nadie le disputara aquella herencia.

—Mi señor —le comentó el secretario—, vuestros súbditos os ruegan que



aceptéis el título de rey de Romanos y el de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

—Sea —se limitó a decir Carlos.

—Y, además, debéis firmar la autorización para el viaje de don Fernando de Magallanes.

—Ese portugués...

—Todavía no sé cómo Magallanes pudo convencer a vuestra alteza para poner en marcha semejante aventura. ¡La vuelta al mundo! Solo a un loco se le ocurre idea como esa. Solo a un loco —comentó Mercurino de Gattinara, canciller real y hombre de gran influencia en la corte de Carlos de Austria.

—El mundo es más grande gracias a locos como Magallanes, don Mercurino, no lo olvidéis —dijo Carlos.

—Perdonad, mi señor, yo...

—Si el almirante don Cristóbal Colón no hubiera soñado con una locura similar y mis abuelos no hubieran creído en ella y no la hubieran apoyado, Castilla no sería ahora la dueña de medio mundo. ¿No es cierto?

—Lo es, alteza, lo es.

—Bien, en ese caso, señor canciller, no desestiméis nunca una idea, por absurda que pueda pareceros.

—No lo haré, señor, no lo haré.

—Dadme esa orden, secretario, la firmaré enseguida. Y vos, canciller, conminad a Magallanes para que acelere los preparativos de su viaje antes de que el rey de Portugal vuelva a entrometerse en nuestro camino y ponga en peligro esta empresa. Nuestros barcos deben ser los primeros en dar la vuelta al mundo. Los primeros.

—Sí, mi señor.

El lunes amaneció espléndido. Hacía frío, pero un sol radiante brillaba sobre la montaña de Montserrat como el símbolo de fuego de un dios pagano sobre un immaculado fondo azul.

Carlos de Austria y el abad paseaban por la explanada del monasterio a la vista de las montañas nevadas que se alzaban al norte como lejanos guardianes o amenazadores gigantes, quién sabe.

—Alteza, a esta abadía han llegado rumores sobre dos graves amenazas para la cristiandad.

—Explicadme, ¿a qué amenazas os referís?

—Una es la de ese predicador alemán, Lutero dicen que se llama, que al parecer se ha rebelado contra nuestra Santa Madre Iglesia y pretende acabar con la autoridad del papa. Y la segunda, los turcos, de los que algunos mercaderes que acuden a esta abadía cuentan que en sus rafias pueden llegar incluso a las costas de Cataluña y saquear nuestros puertos y ciudades.

—Sí, las dos amenazas son ciertas, señor abad, pero con la ayuda de Dios las afrontaremos con firmeza. Os ruego que recéis por ello y nos tengáis presente en vuestras oraciones. Por lo que respecta a Lutero, he ordenado a mis agentes en Alemania que se ocupen de ese fraile agustino que ha revuelto y confundido con sus proclamas insensatas a un buen número de clérigos alemanes; y en cuanto a los turcos, me ocuparé de ellos cuando los electores me proclamen emperador de Alemania de pleno derecho.

—Corre por ahí una historia en la que se recoge que vuestra alteza es el monarca que acabará con el dominio de los sarracenos en Tierra Santa y que recuperará Jerusalén y el Santo Sepulcro para la cristiandad —se persignó el abad.

—Sí, eso se cuenta. Pero también se decía lo mismo de mi abuelo el rey Fernando el Católico. Y ya veis, murió sin poner siquiera sus pies en Jerusalén. A veces las profecías no se cumplen.

—En vuestro caso, intuyo que sí —comentó el abad.

—Hace falta mucho más que una profecía para derrotar a los turcos. Su imperio es rico, poseen un numeroso y bien pertrechado ejército y están construyendo una poderosa flota en los astilleros de Constantinopla. Será difícil doblegarlos. Además, me temo que no toda la cristiandad está unida en este asunto.

—¡Cómo puede ser! —se escandalizó el abad.

—Francia, Venecia y Génova tienen sus propios intereses, y en ellos los turcos pueden jugar un papel de aliados. No me extrañaría que cualquiera de esas naciones firmara un pacto con el sultán otomano.

—¡Pero son cristianos, y los turcos unos infieles hijos de Satanás! —El abad volvió a persignarse, ahora por dos veces.

—El dinero, que casi todo lo puede, no entiende de asuntos de fe.

—Vos sois el soberano más poderoso del mundo. Dios ha puesto toda esa fuerza en vuestras manos.

—Y a Él me encomiendo siempre, pero mis reinos y Estados no son uniformes. Cada uno tiene sus propias leyes, sus costumbres peculiares, su genuino sistema de gobierno y sus instituciones privativas. En mis dominios se hablan varias lenguas diferentes y no siempre comparten empresas ni intereses comunes.

—Vuestro papel como monarca de todos ellos es hacer que se pongan de acuerdo en defender la cristiandad. Nada hay más sagrado ni más noble que ese empeño.

—En eso estoy, señor abad, en eso estoy —dijo Carlos, que calló de pronto, meditabundo, y fijó su vista en el lejano horizonte, más allá de las cumbres nevadas del septentrión.

El joven muchacho que un día jugara con hermosos trineos de colores sobre las aguas heladas de los canales de Gante, soñando con ser un gran rey, se había convertido en el dueño de medio mundo, pero en lo alto de la montaña sagrada de los catalanes no estaba seguro de poder soportar el enorme peso de la púrpura sobre sus hombros.

Los miembros de la comitiva real estaban listos para partir de Montserrat y cubrir las últimas etapas del camino antes de avistar los muros de Barcelona. Acababan de comer y aguardaban pacientes la orden del rey para iniciar el descenso de la montaña sacra. Aquella noche dormirían todos en Molins, salvo un par de jinetes, que salieron muy temprano esa misma mañana hacia Barcelona con instrucciones del rey para que cuando llegara a esa ciudad, una semana más tarde, no le dedicaran una recepción ni mejor ni peor que al resto de los reyes de Aragón, sino que se comportaran igual que habían hecho con sus antecesores, su abuelo el rey Fernando y su bisabuelo el rey Juan.

La familia Losantos se había acomodado en una de las carretas en espera de recibir la orden de partir. Pablo había procurado que Leonor de Urrea viajara con la mayor comodidad posible, pues su estado de embarazo así lo requería.

Un jinete se acercó al galope hasta su carromato.

—Don Pablo, la reina doña Germana demanda vuestra presencia inmediata. Acompañadme —le indicó.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé. Vamos, seguidme; es urgente.

La reina viuda Germana todavía estaba dentro del monasterio, en la misma estancia donde había pasado aquellos días sin apenas moverse.

—¡Don Pablo, mirad, mirad! ¿Qué me pasa? —le preguntó la reina viuda asustada, a la vez que le mostraba las piernas desnudas por debajo de las rodillas. Pese a que la francesa llevaba más de doce años viviendo en los reinos de Castilla y de Aragón, todavía conservaba un marcado acento de su idioma materno.

—¿Me permitís, señora?

Pablo se agachó ante Germana y palpó sus tobillos, que estaban muy hinchados.

—Me he levantado con un fuerte picor en las piernas —se quejó la reina.

—¿Por qué no me habéis llamado antes?

—No creí que fuera nada importante, apenas unos picores, pero esta mañana se me han empezado a hinchar las piernas, y ya veis, don Pablo...

—Coméis demasiado, señora, y ya os he aconsejado en varias ocasiones que eso no os conviene. Además, hace pocos meses que habéis dado a luz a vuestra hijita, y debéis cuidaros más. Hacedme caso, y esto no os volverá a ocurrir.

—¿Tenéis algún remedio para esta hinchazón? —le preguntó Germana.

—Haré que os apliquen unos masajes con una infusión de mejorana y abrótnano. Seguro que tienen esas hierbas en la botica de esta abadía; pero insisto en que disminuyáis la cantidad de alimentos, al menos a la mitad, mi señora, o esta hinchazón irá a más. ¡Ah!, y dad largos paseos a pie, una hora cada día.

—Os obedeceré, Losantos.

El médico se inclinó ante la reina viuda y se retiró para preparar la infusión, aunque sabía que aquella mujer no iba a hacer caso de sus consejos.

## *Barcelona, 15 de febrero de 1519*

La ciudad se presentó a la vista de la comitiva real como un rubí en medio de una enorme esmeralda. Pese a que todavía era invierno, la luz del cielo azul y el aire templado que llegaba del mar Mediterráneo anunciaban una incipiente primavera.

Habían pasado cinco días en Molins, retrasando su llegada a Barcelona por los dolores en las piernas de la reina Germana y porque el rey quería despachar unos asuntos de Estado antes de entrar en esa ciudad, donde los delegados de las Cortes catalanas lo aguardaban para prestarle juramento de lealtad y acatamiento, como era costumbre con todos los soberanos que ostentaban los títulos de rey de Aragón y conde de Barcelona desde los tiempos de Alfonso el Trovador, el primero que desde su nacimiento heredó ambos títulos de sus progenitores, el real de Aragón por parte de su madre la reina Petronila, y el condal de Barcelona por parte de su padre el conde Ramón Berenguer, el cuarto de ese nombre.

Habían pasado la noche anterior en el monasterio de Valdoncella, donde se ultimaron los preparativos para la entrada triunfal de Carlos en Barcelona.

—Don Carlos es el primer soberano de la Corona de Aragón que no ha nacido en estos reinos —comentó Leonor de Urrea a su esposo.

—Tú eres aragonesa, ¿crees que eso será un impedimento para que lo acepten en Cataluña? Los aragoneses lo han jurado como rey, ¿por qué va a ser distinto en el caso de los catalanes? —preguntó Pablo Losantos.

—Desde hace siglos la Corona de Aragón ha sido regida por monarcas nacidos en estas tierras y todos los soberanos anteriores han hablado sus lenguas. Pero cuando murió, sin dejar heredero, don Martín el Humano, las cosas cambiaron. Este fue el último monarca de la familia de los Aragón, y en la villa de Caspe se decidió nombrar rey de toda la Corona a un Trastámara, un infante castellano como era don Fernando de Antequera. Esa familia, los Trastámaras, ya no era de aquí, y surgieron algunos problemas en Cataluña. Don Juan, el padre del católico rey don Fernando, tuvo que sofocar una rebelión que pudo haberle costado el trono. El propio don Fernando nunca fue bien querido por los aragoneses ni por los catalanes; y ahora tienen aquí a su nieto, un flamenco que no conoce ni su lengua ni sus costumbres.

—Mujer, sabes mucho de la historia de esta tierra.

—Mi padre procuraba que a los hermanos nos leyeran todas las noches varias páginas de un libro en el que se contaba la historia de los reyes de Aragón.

—Don Carlos es más que un rey; pronto será emperador, el hombre más poderoso de Europa; posee casi la mitad de este continente y es señor de las Indias Occidentales. No hay nadie con más títulos ni más gloria que él. Don Carlos tiene ahora el tiempo en sus manos, y pronto también tendrá en ellas el mundo. —Pablo Losantos cambió de tema, y acarició el abultado vientre de su esposa—. ¿Cómo sigue nuestro hijo?

—Se mueve mucho; va a ser un chico muy activo.

—¿Cómo sabes que será un varón?

—Lo sé; una madre intuye esas cosas.

—¡Vamos, vamos!, salimos hacia Barcelona de inmediato. El rey ya ha dado la orden de partir... —La llegada de Pedro Losantos interrumpió la conversación de los dos esposos.

La comitiva real arrancó a indicación de un caballero vestido con traje de gala y tocado con cimera con plumas de gallo y un gallardete con los emblemas del linaje del rey Carlos, una amalgama de blasones de la casa de Austria, de Castilla y León y de la Corona de Aragón. Desde los tiempos de Carlomagno, ningún soberano de la cristiandad había sumado tantos títulos y honores: rey de Castilla y de León, rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Nápoles, de Cerdeña, de Sicilia, señor de los Países Bajos, de Borgoña, conde de Barcelona..., incluso rey de Jerusalén rezaba en alguna de sus intituciones, y pronto también emperador de Alemania.

Hasta Valdoncella habían acudido a recibirlo los *consellers* de Barcelona, vestidos con sus trajes y sus gorros de gala, precedidos por dos heraldos con las banderas de la ciudad: una con la cruz roja de san Jorge sobre fondo blanco y otra un estandarte con la imagen de santa Eulalia, la muchacha cuya memoria era venerada en Barcelona como la primera mártir cristiana de la ciudad en los tiempos de las persecuciones de los paganos romanos contra los cristianos.

La entrada en Barcelona, cerca ya de la hora del crepúsculo, estuvo acompañada de fuegos de artificio que estallaron en el cielo como coloridos destellos de miles de efímeras estrellas.

—Magníficas esas luminarias —le comentó Pablo Losantos a su esposa. Ambos viajaban en una carreta en la zona media de la comitiva real con el resto de los médicos, secretarios y tesoreros, justo delante de los servidores, criados y muleros.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Leonor de Urrea señalando al cielo.

—Con la misma pólvora con la que se cargan los cañones y los arcabuces, pero sin balas ni metralla. Es un invento de los chinos, que la usaban precisamente solo para este tipo de festejos hasta que los mongoles comenzaron a utilizarla en la guerra. Mercaderes genoveses y venecianos la trajeron a Europa, y desde entonces no hay muralla que se resista a un bombardeo con balas disparadas con la fuerza de la pólvora. Mira esos sólidos muros de piedra —le dijo Pablo a su esposa señalando un sector de las murallas de Barcelona que enmarcaban la puerta del Ángel—, pues a pesar de su grosor y su dureza, no podrían soportar un bombardeo con pólvora.

—Es terrible —se asustó Leonor.

—Así es ahora la guerra.

—Hijo —Pedro Losantos se acercó a los dos esposos aprovechando que la cabecera de la comitiva se había detenido ante la puerta del Ángel, donde el *conseller en cap* de Barcelona estaba dando la bienvenida a la ciudad a Carlos de Austria—,

esta noche nos aposentaremos en una fonda del Arrabal, junto a la iglesia de Jerusalén.

—¿Dónde está eso? —preguntó Pablo.

—Al otro lado de la ciudad; en la margen derecha de aquella vaguada —Pedro señaló un amplio corredor formado por una riera seca que dividía Barcelona en dos partes desde hacía al menos cuatro siglos.

—¿Y los reyes?, ¿dónde estarán los reyes? —preguntó Pablo.

—En el palacio real, cerca de la catedral.

—¿Lejos de nuestra posada? —quiso saber Pablo.

—No demasiado. Me ha dicho uno de los secretarios que en apenas media hora podemos ir y volver si los reyes requieren de nuestros servicios.

—Siempre hemos estado más cerca.

—Así es, pero don Carlos lo ha dispuesto ahora de este modo.

—¿Eso significa algo... malo?

—Humm..., tal vez, tal vez.

Pedro Losantos no quiso inquietar a su hijo, pero estaba preocupado por algunas señales que no le gustaban nada. Su condición de converso no se había olvidado, y había gente muy poderosa en la corte que no le perdonaba su cercanía al rey Fernando, quien fuera su principal mentor. Aquella nota que un mensajero le entregó en la posada de Lérida era prueba de ello.

Tras la entrada real, mucho más lujosa de lo que Carlos había demandado, los reyes se retiraron a su palacio, en tanto los Losantos lo hicieron a la posada del Forn, en el Arrabal.

—Mañana miércoles se reúnen las Cortes de Cataluña —comentó Pedro Losantos mientras daban cuenta de un guiso de pescado con cebollas, nabos y huevos—. Deben jurar fidelidad y obediencia a don Carlos como conde de Barcelona, que es el título que ostentan los soberanos de estas tierras, y don Carlos debe jurar a su vez guardar y respetar las costumbres, usos y leyes de los catalanes, como hizo en las Cortes de Zaragoza hace unos meses con las de los aragoneses.

—¿Y debe ser así en cada uno de los territorios que gobierna el rey? —preguntó Pablo.

—Esa es la costumbre y la ley de esta Corona de Aragón.

—Pues va a tener que dedicarse a ello varios meses, años incluso, porque en ese caso deberá hacer lo mismo en Valencia, en Mallorca, en Sicilia, en Nápoles..., y quién sabe en cuántos Estados y reinos más.

—Don Carlos dirige con su cetro más territorios que ningún otro soberano en el mundo. Y, además, pronto será proclamado rey de Romanos y emperador de Alemania. Nadie desde Alejandro Magno o César Augusto ha acumulado tanto poder, nadie.

—Abruma con solo pensarlo.

Aquella noche, en la oscuridad de la alcoba de la posada del Forn, Juana de la Cruz se acurrucó junto a su marido. Dormían en una cama provista de un colchón de lana limpia, al lado de la que ocupaban su hijo Pablo y su esposa Leonor, mientras su hija María yacía a los pies, en un colchón de paja colocado sobre una tarima de madera dispuesta allí para la ocasión. Como era invierno todavía, los chinches y las pulgas apenas los incomodaron.

Muy bajito, al oído de Pedro para que sus hijos no la escucharan, Juana le susurró:

—¿Sabe nuestro hijo lo que decía aquella nota que te dieron en la fonda de Lérica?

—No. No le he dicho nada —precisó Pedro Losantos.

—¿Y no te ha preguntado por ello? Supongo que quedaría muy preocupado por el aspecto de nuestras caras después de leerla.

—Mañana se lo comentaré. Creo que Pablo debe saber de esta amenaza que pende sobre nuestra familia.

—¿Guardas la nota? —le preguntó Juana.

—Sí, la conservo todavía. Pensé destruirla aquella misma noche, pero puede ser una prueba en nuestra defensa.

—¿Defensa? —bisbisó Juana.

—Alguien quiere hacernos daño, y si no lo ha conseguido aún es porque no hemos caído en desgracia ante el rey... todavía.

—Pero...

—Hay quien no nos perdona nuestro pasado judío, ni que el rey Fernando me destacara como uno de sus principales consejeros privados. Creen que sé demasiadas cosas y que puedo ser peligroso para los intereses de algunos que pretenden medrar en la corte.

—¿Quiénes pueden ser? —Se preocupó Juana.

—Creo que se trata de algunos de los partidarios de doña Juana, la hija de los Reyes Católicos, que no quieren que siga encerrada en Tordesillas, por supuesto. Son esos los que van diciendo por ahí que debe conocerse la verdad de lo sucedido en estos pasados años, aunque peligre todo este entramado que se ha construido sobre la falsedad y la mentira para apartarla del gobierno de Castilla. Creen que, si la reina recupera las riendas del gobierno, ellos resultarán muy beneficiados.

—¡Dios santo! —suspiró Juana ahogando su exclamación.

—Mañana hablaré con Pablo. Y ahora descansa, mujer, descansa.

Pedro acarició el rostro y el cabello de su esposa. A punto de cumplir los sesenta años, Juana de la Cruz mantenía su piel suave y tersa. Conocía muy bien diversas hierbas y aceites que mezclados adecuadamente retrasaban los síntomas del

envejecimiento; lo había aprendido siendo muy niña de las mujeres curanderas de su familia judía en las montañas de Alcoy.

La mano del médico converso buscó la entrepierna de Juana y comenzó a acariciar su sexo con suavidad, moviendo sus dedos en giros circulares con la habilidad del experto que conoce las zonas de placer de las mujeres. Los jadeos de Juana se confundieron con los diversos sonidos que aquella noche resonaban en la posada y que las paredes y las puertas de las alcobas apenas amortiguaban: pasos de insomnes o de amantes en busca de su destino, ronquidos, ventosidades, jadeos, crujidos, ronroneos de enamorados... Cuando Pedro notó una delicada humedad entre sus dedos, se colocó encima de su esposa y la penetró, al principio cuidándose de no hacer demasiado ruido, pero apenas tardó unos minutos en olvidarse del mundo que lo rodeaba y en centrarse solo en disfrutar con aquella mujer a la que no había dejado de amar un solo día en los últimos cuarenta años.

### *Barcelona, 16 de febrero de 1519*

Los clientes de la posada del Forn desayunaban en las mesas del salón de la planta baja. El mesonero había preparado unas escudillas con sopa de ajo y pan, queso tierno y tajadas de tocino fritas en su propia manteca.

Pablo Losantos miró la carne de cerdo y luego a su padre.

—Tienen un aspecto crujiente —comentó el médico converso, que tomó una de las tajadas y le dio un mordisco, dejando claro que su pasado como judío había quedado muy atrás, anclado en un apartado rincón de la memoria.

Los otros cuatro miembros de la familia lo imitaron. Leonor, la única que no tenía origen hebreo, rechazó el cerdo y tomó un buen pedazo de queso.

—Sí, muy crujiente —comentó Pablo.

—Tengo que hablar contigo, hijo —dijo Pedro.

—Tú dirás, padre.

—Acompáñame. Hablaremos fuera.

Pedro Losantos y su hijo salieron a la calle. Aquella mañana no hacía demasiado frío, pero unas nubes grises, bajas y densas cubrían el cielo de Barcelona y rezumaban una humedad que penetraba hasta impregnar el tuétano de los huesos.

—¿Qué tienes que decirme que no puedan escuchar mi esposa, mi hermana y mi madre? —le preguntó preocupado Pablo.

—Tu madre ya lo sabe. Te he hecho salir porque, dado su estado de gestación, no quiero preocupar a tu esposa ni a María.

—¿Qué ocurre? Se trata de la nota que hace unos días te entregaron en aquella fonda de Lérida, ¿no es así? Desde entonces te noto intranquilo.

Pedro y Pablo paseaban rodeando la iglesia de Jerusalén, hacia la ciudad. Al



llegar a la Rambla, justo enfrente de la puerta de la Boquería, Pedro sacó un papel del bolsillo de su abrigo y se lo enseñó a su hijo.

—Lee —le dijo.

—«Cuídate de tus enemigos. Están a punto de convencer a la Santa Inquisición para que te acuse de relapso y de conspirar contra nuestro señor el rey Carlos. Son poderosos. Un amigo» —leyó Pablo en voz alta.

—Ya ves, corro serio peligro y, por tanto, todos vosotros también.

—Pero... ¿quiénes son?, ¿qué pretenden?

—Sin duda, gente muy poderosa dispuesta a lo que sea con tal de no perder el favor del rey. Probablemente miembros del sector de la nobleza que quiere que doña Juana recupere la facultad para gobernar Castilla.

—Conoces sus nombres.

—Los supongo.

—¿Y el del hombre que está detrás de este aviso? —le preguntó Pablo.

—¿Hombre...? Tal vez sea obra de una mujer.

—¿Una mujer...? ¡La reina viuda, doña Germana! ¡Claro, es ella!

—Creo que sí, que es la reina quien me ha avisado del peligro que corro —confirmó Pedro.

—¿Qué podemos hacer, padre?

—Vosotros comportaos como buenos cristianos, y yo ya procuraré no perder el favor de don Carlos. Y ahora volvamos a la posada, o las mujeres comenzarán a preocuparse.

### *Barcelona, fines de febrero de 1519*

Carlos de Austria desayunaba en el palacio real de Barcelona unas salchichas ahumadas, codornices escabechadas y jarretes de cordero guisados en vino tinto, acompañado todo ello de una gran jarra de cerveza de cebada tostada. Había pasado la noche con una hermosa joven y se había despertado con un hambre de lobo.

El secretario entró en el gabinete, donde el rey daba cuenta del copioso desayuno, para despachar los asuntos del día.

—Alteza, una carta de las Cortes de Aragón en la que anuncian que han finalizado las sesiones. Sus diputados os transmiten toda su lealtad —le informó el secretario privado.

—Escribid a los aragoneses una nota de cortesía de mi parte.

—Hay algo más... —La voz del secretario sonó preocupada.

—Malas noticias, supongo por vuestro tono.

—Lo son —añadió el secretario.

—¿Quiénes son esos «Trece»? —dijo Carlos tras leer una nota.

—Dicen representar a todos vuestros súbditos en ese reino y se han juramentado en una hermandad a la que denominan Germanía.

—¿Qué pretenden? —Carlos se llevó a la boca un buen pedazo de cordero.

—Se trata de una revuelta, alteza. Los miembros de esa Germanía pretenden limitar vuestras atribuciones como soberano del reino de Valencia.

—Ayer estuve reunido con mis consejeros preparando una gran acción contra los turcos, nuestra gran amenaza, y ahora salen los valencianos con estas.

—Son gente desagradecida.

—Me ocuparé de ellos más adelante, o mejor, quizá envíe como gobernadora de ese reino a doña Germana; ella sabrá bien cómo tratar a esos revoltosos. ¿Tenéis algo más?

—Sí, mi señor. Ya están organizadas las exequias por el alma de vuestro abuelo el emperador Maximiliano. Como ordenasteis, se celebrarán el próximo martes en la catedral con una misa pontifical y un solemne *Te Deum*. Y cinco días después tendrá lugar la sesión de la Orden del Toisón de Oro, también en la catedral, a las cuatro de la tarde. Asistirán doce de sus caballeros; aquí está la relación completa.

—Dejadla encima de la mesa y permitid que acabe mi desayuno, señor secretario.

—¡Oh!, claro, alteza, perdonad, pero creí que las noticias de Valencia eran urgentes y que debíais conocerlas de inmediato.

—Esta cerveza es magnífica. Recordadme que felicite a mi maestro cervecero. Desde aquella ley de 1516 por la que el duque Guillermo de Baviera reguló que para elaborar este líquido dorado solo se empleara agua pura, cebada malteada y lúpulo, esta es la mejor bebida sobre la tierra —apostilló Carlos.

—Por supuesto, alteza —acató el secretario a la vez que se inclinaba ante el rey y se retiraba caminando de espaldas a la puerta.

### *Toledo, comienzos de marzo de 1519*

—Tu padre debe saber lo que te está pasando; es médico en la corte, tiene acceso directo al rey y puede mediar para que la Inquisición nos deje en paz —le sugirió Andrés a Juan Losantos mientras le acariciaba el cabello largo y rizado.

—No. Ya te dije que no quiero que mi familia tenga problemas por mi causa —repuso Juan.

—Sabes que, una vez que esos perros dominicos han mordido su presa, ya no la sueltan jamás. El único que puede impedir que te vuelvan a encarcelar, o peor, que ardas en la hoguera, es el rey. Sabes que yo no soportaría perderte. Debes decirle a tu padre que le pida a don Carlos que ordene a la Inquisición que nos deje en paz. O en otro caso...

—¿O qué?

—O deberemos huir de Toledo. Ya lo hemos hablado en alguna ocasión. En el Imperio de los turcos seríamos bien recibidos, podríamos forjar espléndidas espadas, abrir un taller en Constantinopla, y, además, allí no les importa que dos hombres se amen.

—Su Profeta condena la sodomía, y nosotros somos sodomitas, tanto a los ojos de la Iglesia como a los de los sarracenos —dijo Juan.

—Tal vez sea esa su ley, pero entre los turcos a nadie le importa mientras se lleve con discreción. Sí, esa ley existe, pero todos la ignoran, según me han dicho.

—Yo no quiero abandonar Toledo; aquí he nacido, aquí he crecido y aquí quiero seguir viviendo... contigo.

—Juan, Juan, sé razonable y escúchame —le suplicó Andrés.

—No. Sé razonable tú. Tal vez tengas razón y mi padre pueda interceder ante el rey para que nos dejen en paz por algún tiempo, pero... ¿qué pasará cuando mi padre falte? Ya tiene más de sesenta años, no le queda mucho tiempo de vida, y sé que tiene poderosos enemigos en la corte. Aunque él pueda protegernos ahora, no será por demasiado tiempo.

—Entonces..., ¿qué pretendes? Te niegas a pedir ayuda a tu padre, pero también a escapar de esta ciudad. ¿Qué quieres que hagamos?

—No lo sé, no lo sé... ¡Dios!, ¿por qué tiene que ser todo tan difícil?

Juan y Andrés se abrazaron con fuerza, y enseguida pasaron del abrazo a las caricias y los besos.

—Ojalá nunca amanezca —bisbisó Juan al oído de su amante.

—Ojalá, pero... ¿vas a escribir a tu padre?

—Mañana, mi dulce amor, mañana... —cedió Juan al fin ante la insistencia de su amante.

Y ambos se sumieron en una larga noche de caricias y de susurros.

### *Barcelona, comienzos de marzo de 1519*

En el capítulo de la Orden del Toisón de Oro celebrado en la catedral de Barcelona bajo la presidencia del rey Carlos, al que algunos ya llamaban «emperador», y ante la presencia de doce caballeros, fueron nombrados como nuevos miembros de la orden su cuñado el rey Cristián de Dinamarca, el rey Segismundo de Polonia, el duque de Alba, el duque del Infantado y así hasta once caballeros más, todos ellos miembros de la alta nobleza de Castilla y León y de Cataluña.

Al acabar la comida con la que se agasajó a los caballeros presentes, Carlos recibió una mala noticia.

—Alteza —le dijo Gattinara, el canciller—, algunos diputados de las Cortes de Aragón han planteado que juraros como rey significa violar sus fueros. Alegan que...

—Nunca me han querido como su soberano. Esos tercios aragoneses hubieran preferido a mi hermano Fernando, el nieto favorito de mi abuelo el Católico, como rey de Aragón. Y creo que todavía lo prefieren.

—Hay algo más...

—¿Peor todavía? Vamos, soltadlo —se impacientó Carlos.

—El rey don Francisco está conspirando para ser proclamado emperador. Nuestros espías en la corte de Francia informan de que ha entablado contactos con el arzobispo de Tréveris y con el duque de Brandeburgo; les ha ofrecido mucho dinero si apoyan su candidatura al Imperio.

—Lo suponía... Ese engolado francés...

—Mi señor, desde hace un siglo los siete grandes electores que designan al emperador de Alemania siempre han elegido a un miembro de la casa de Austria, un hombre de vuestro linaje. Pero esa elección no resulta gratuita...

—¿Cuánto necesitaremos para ganarnos la «confianza» de los electores? Supongo que ya lo habréis calculado...

—Sí, alteza; harán falta unos ochocientos cincuenta mil florines. Cien mil florines para cada uno de los siete grandes electores y otros ciento cincuenta mil para diversos gastos y regalos —precisó el canciller.

—Imagino que no disponemos de tanto dinero.

—No, alteza, pero sabemos quién lo tiene, y está dispuesto a aportarlo para que seáis proclamado emperador.

—¿De quién se trata?

—Del banquero alemán Jacobo Fugger. Es dueño de más de la mitad de la ciudad de Augsburgo, y tiene liquidez suficiente en sus arcas para financiar esta empresa. Vuestro abuelo confió en ese hombre, y Fugger está dispuesto a avalar vuestra candidatura al Imperio. Quizá sea el hombre más rico de Europa, no en vano gracias a sus préstamos se ha podido construir la basílica de San Pedro en Roma.

—De acuerdo. Hablad con Fugger. Supongo que pedirá garantías y avales a cambio de su préstamo.

—Por supuesto, alteza; se trata de un hombre de negocios.

—¿Cuánto necesitaremos de ese banquero?

—Al menos quinientos mil florines, o «medio millón», como llaman los italianos a esta cantidad que aquí denominan «cuento»; el resto, hasta los ochocientos cincuenta mil, podemos sacarlo de varias partidas.

—Quinientos mil..., ¿eh?

—Le ofreceremos como garantía de cobro las rentas del maestrazgo de todas las órdenes militares de Castilla, la plata que está llegando de las Indias Occidentales y el mercurio de la explotación de las minas de Almadén. Creo que con eso será suficiente.

—¡Vaya!, al parecer ya lo tenéis todo calculado —comentó Carlos.

—Ese es mi trabajo, alteza.

—De acuerdo, hablad con el tesorero y ponedlo en marcha —ordenó Carlos.

—Espero que el rey de Francia no consiga reunir una cantidad superior, porque esos electores venderían su alma al diablo si Satanás les ofreciera el oro suficiente como para comprarla —asentó el canciller.

—Enviadle una carta a mi primo —Carlos usó este apelativo para calificar a Francisco de Francia— ofreciéndole la inmediata apertura de conversaciones entre embajadores de ambos reinos, en la ciudad de Montpellier, por ejemplo. Nuestro delegado será don Guillermo de Croy.

Cuando se quedó a solas, Carlos se dejó caer sobre un sillón de madera y cuero. Tenía solo diecinueve años recién cumplidos, y tras dos al frente de los tronos de Castilla y de Aragón, ambicionaba ser ratificado como emperador de Alemania.

«Quizá tanto peso sea demasiado para un solo hombre», pensó; e intentó imaginar qué le hubieran aconsejado sus abuelos Fernando el Católico y el emperador Maximiliano si pudieran estar en esos momentos junto a él. Tenía pocos fieles en los que confiar plenamente porque la mayoría de los nobles españoles, como gustaba denominar a todos sus súbditos hispanos, no le ofrecían garantías de lealtad. Apenas podía contar entre sus apoyos con Adriano de Utrecht, su más leal consejero, con el canciller Mercurino de Gattinara y con su amigo Guillermo de Croy, además de sus hermanas, su hermano Fernando y su tía Margarita. Pero cualquiera podría traicionarlo; ya le había ocurrido a su abuelo Fernando cuando tuvo que salir de Castilla y buscar refugio en sus tierras patrimoniales de Aragón, e incluso a su padre Felipe el Hermoso, muerto en condiciones muy extrañas, tal vez envenenado, en la ciudad de Burgos, cuando apenas llevaba unos meses como soberano de los reinos de Castilla y León.

Aprendió a no fiarse de casi nadie. Carlos sabía que los nobles castellanos y leoneses, siempre tan altivos y egoístas, estaban más preocupados por la defensa de sus intereses particulares que por el bien de sus reinos; dudaba de la lealtad de los montaraces aragoneses, celosos guardianes de sus fueros y de sus leyes, siempre reacios a aprobar cualquier donación de dinero a la Corona, y los creía dispuestos a proclamar rey a su hermano Fernando si se les presentaba la ocasión; y también recelaba de los catalanes, con los que no sabía a qué atenerse porque eran capaces de prometer una cosa y hacer la contraria si les convenía; y qué decir de los taimados valencianos, siempre dispuestos a iniciar una revuelta. Además, los delegados en las Cortes catalanas reunidas en Barcelona desde hacía un mes no parecían predispuestos a jurarlo como su soberano y señor de manera incondicional, y mostraban serias reticencias hacia la persona del nieto del Católico por su condición de extranjero.

Algunos diputados catalanes todavía recordaban la guerra que sus padres emprendieron contra el rey Juan y cómo fueron sometidos y humillados tras diez años de rebelión en los que Cataluña a punto estuvo de segregarse de la Corona de Aragón. Incluso había algunos nobles y no pocos mercaderes catalanes que aún preferían someterse al dominio del rey de Francia, estimando que bajo la Corona de Francisco I

sus negocios en las costas del Mediterráneo occidental serían más prósperos, o incluso al de Portugal, o, ¿por qué no?, tener un rey propio distinto del de castellanos, aragoneses y valencianos.

—¿Qué haríais vosotros? ¿Qué haríais en estas circunstancias, qué decidiríais en mi lugar? —preguntó Carlos en voz alta, buscando inútilmente en el viento una respuesta de sus abuelos.

### *Barcelona, finales de marzo de 1519*

A Pedro Losantos se le estremeció el corazón. Acababa de leer una carta remitida por su hijo Juan desde Toledo y volvieron a su mente terribles episodios nunca olvidados.

Hacía ya varios años de aquello, y había podido vivir hasta entonces con ese amargo recuerdo. En su momento creyó haber hecho lo justo cuando se trasladó a Toledo para poner fin al acoso que su hijo adolescente estaba sufriendo por parte de un clérigo de la iglesia de Santo Tomé.

Pedro Losantos se presentó en esa iglesia y habló con el clérigo, que a los pocos días apareció muerto en circunstancias tan extrañas que nadie pudo aclarar. El médico converso supuso que con la muerte de aquel clérigo acosador los problemas de su hijo habían acabado, pero Juan Losantos se había enamorado de un aprendiz del taller familiar de orfebrería y de armas donde trabajaba, y su modo de vida había levantado en la ciudad muchos recelos, pues la Inquisición perseguía con especial encono el pecado de sodomía.

—Esposa... Nuestro hijo menor ha sido encarcelado por la Inquisición.

—¡Juan, mi pequeño Juan! ¿Qué le ha pasado? —demandó Juana nerviosa.

—No te preocupes, ya está libre. Fue hace unas semanas. Unos guardias del Santo Oficio se presentaron en su casa y lo llevaron al convento de dominicos, donde pasó tres días encerrado.

—¡Dios mío! ¿Lo han acusado de algún delito?

—No, pero sé que no dejarán que viva en paz —añadió Pedro—. Me pide que interceda ante su alteza, pero ya sabes las reticencias que don Carlos tiene hacia mí, de modo que no creo que me hiciera caso; es más, ni siquiera me recibirá para este asunto. Tiene cosas más importantes de las que ocuparse. Si viviera su abuelo..., ¡sería todo tan diferente!

—Si crees que el rey no te va a atender, habla con don Adriano. Tienes un pacto con él.

—Sí, lo haré. Lo haré.

Pedro Losantos, como médico personal que fuera de Fernando el Católico, había contribuido de modo decisivo para que el rey de Aragón modificara su testamento poco antes de morir. El Católico había decidido nombrar heredero y su sucesor en la

Corona de Aragón a su nieto menor Fernando, pero Losantos, en connivencia con Adriano de Utrecht, intervino en el último momento y justo el día antes de la muerte del rey le suministró una droga relajante y lo convenció para que alterara el testamento a favor de Carlos, que resultó elegido como nuevo rey de Aragón. A cambio de semejante acción, Adriano le prometió a Pedro Losantos, cuya conversión sincera al cristianismo comenzaba a ser cuestionada por sus enemigos en la corte, que mediaría ante Carlos para que lo protegiese a él y a toda su familia. Hasta ese momento Adriano había demostrado ser un hombre de palabra, aunque la promesa de que Pablo Losantos sería nombrado médico real todavía no se había cumplido.

—Una cosa más —dijo Juana de la Cruz.

—Dime, mujer.

—En una ocasión te pregunté si habías tenido algo que ver en la muerte de don Felipe el Hermoso. ¿Recuerdas? No contestes si no lo deseas, pero te lo vuelvo a preguntar ahora: ¿envenenaron al rey Felipe?

—Ya te lo dije en esa ocasión: don Felipe de Austria murió de peste. Así lo certificaron sus médicos, y yo mismo lo ratifiqué —asentó Pedro; mentía.

El esposo de la reina Juana la Loca había fallecido en Burgos años atrás a causa de unas extrañas convulsiones seguidas de unas fiebres que le sobrevinieron después de jugar un partido de pelota y beber con fruición un vaso de agua fría estando todavía empapado en sudor. La muerte del Hermoso supuso que su suegro el Católico recuperara la gobernación de los reinos de Castilla y León, aunque no el título de rey, que quedó en poder de Juana la Loca, a la que se recluyó en una casona de Tordesillas.

Y allí seguía encerrada doce años después —ahora por orden de su hijo Carlos— la reina Juana, la soberana legítima de Castilla y León, la mujer que había sido apartada del gobierno de sus reinos primero por su esposo, por su padre después y por su hijo ahora, la soberana a la que las Cortes de Castilla y León habían declarado inhábil para ejercer la potestad real, pero que nunca había renunciado a ostentar el título real heredado de sus padres los Reyes Católicos, un título que solo la muerte o el mismísimo Dios podían arrebatarle.

Una alegría esperanzada vino a endulzar el amargo trago por el que estaba pasando la familia Losantos. Leonor de Urrea dio a luz a un hijo varón al que bautizaron con el nombre de Alonso. Pablo Losantos, que ya tenía treinta y cinco años, lloró como un niño al traerlo al mundo con sus propias manos. El pequeño, aunque nacido prematuro, estaba bien, y su madre se recuperó enseguida del parto.

### *Barcelona, principios de abril de 1519*

—Sed preciso en vuestro requerimiento, don Pedro, el rey reclama mi presencia

inmediata. Los problemas se acumulan. Ayer mismo llegó una carta del gobernador de Aragón dando cuenta de unos disturbios en la ciudad de Calatayud entre vecinos e hidalgos, esos idiotas... Solo puedo atenderos durante unos momentos, lo que tarde en llegar hasta el palacio real. De modo que acompañadme, hablaremos por el camino.

Pedro Losantos había solicitado una entrevista con Adriano de Utrecht para pedirle que intercediera por su hijo Juan ante el rey y que ordenara a los oficiales de la Inquisición en Toledo que lo dejaran tranquilo.

—Hace tres años, cuando el rey don Fernando agonizaba en una aldea de Extremadura, me prometisteis que mi familia quedaría bajo la protección real si lograba que don Fernando cambiara su testamento en favor de don Carlos. Y lo hice. Pues bien, ahora mi hijo Juan necesita esa protección —comentó Pedro.

—Cuando hace unos días me enviasteis una nota para que os recibiera para tratar este asunto, me informé sobre vuestro hijo Juan y su vida en Toledo. Mis informes son inquietantes. Vuestro hijo menor es un sodomita redomado que convive con un hombre como si fueran marido y mujer. Esa relación es pública y motivo de gran escándalo en esa ciudad...

—Pero prometisteis protección para mi familia...

—No en caso de que alguno de sus miembros incumpla las leyes del reino o las de Dios, y vuestro hijo ha conculcado las dos. La sodomía es un pecado nefando, gravísimo, que la Iglesia no puede ni ignorar ni consentir.

—Pero la Inquisición fue creada para perseguir a los herejes, y mi hijo no lo es —afirmó Pedro.

—La sodomía es una herejía. Y además, vos fuisteis judío y vuestro hijo nació de padres judíos...

—Cuando nacieron nuestros tres hijos, mi esposa y yo ya habíamos sido bautizados, ya éramos cristianos, de modo que los tres nacieron de padres cristianos —corrigió Pedro a Adriano.

—Bien, bien, pero ahora cualquiera puede acusaros de ser un relapso a vos, don Pedro, o a vuestra esposa, eso es causa suficiente de herejía, y ya conocéis qué sentencia conlleva semejante delito. Además, un sodomita es un hereje porque, según el manual que emplean los inquisidores, hereje es todo aquel que no acepta la doctrina de Roma en materia de sacramentos, y vuestro hijo no acepta el matrimonio entre hombre y mujer, de modo que un tribunal lo condenaría sin dudar.

—Pero...

—La Inquisición considera que existe causa de herejía siempre que se produce un desacuerdo por acción o de palabra con las costumbres de la Iglesia cristiana. Y, por lo que he podido averiguar, la vida que lleva vuestro hijo no puede estar más alejada de lo que enseña nuestra Santa Madre Iglesia —explicó Adriano.

—¿Qué puedo hacer, señor! Decidme, ¿qué puedo hacer? —Pedro Losantos estaba a punto de derrumbarse.



—Convenced a vuestro hijo para que abandone ese modo de vida. Tal vez debiera marcharse de Toledo y venir a vivir con vos y vuestra esposa. En cualquier caso, debe renunciar a su modo actual de vida. Hasta ahora ha tenido suerte, pero dudo que si se le incoa un proceso pueda quedar libre. Comprended que no puedo hacer nada más.

—Permitidme que hable con el rey, él lo entenderá... —suplicó Losantos.

—Su alteza está demasiado ocupado con los asuntos de gobierno: consolidar la herencia del Imperio, frenar la ambición del rey de Francia, atraerse al papa, enfrentarse a la amenaza de los turcos, proseguir con la conquista de las Indias...

—Entiendo, pero es mi hijo, se trata de mi hijo...

—Hacedme caso y convencedlo para que viva y se comporte como un buen cristiano; en caso contrario, nada puedo hacer por él, ni yo ni nadie.

Pedro Losantos y Adriano de Utrecht se despidieron cuando el consejero real llegó a las puertas del palacio de Barcelona, donde lo esperaba el rey Carlos.

El converso regresó a la posada del Forn desalentado, abatido, rumiando su desgracia. Apenas había tenido relación con su hijo menor, al que había dejado en Toledo, siendo este pequeño, al cuidado de unos tíos que regentaban uno de los talleres de armas más importantes de la ciudad, pero... había hecho tanto por él, se había arriesgado de tal manera, había puesto su vida en peligro...; incluso había cometido un asesinato al envenenar a aquel clérigo toledano de Santo Tomé que tanto daño había causado a Juan. Había matado para liberar a su hijo. Haría cualquier cosa para evitar que le hicieran daño.

Todos esos años soportando en silencio tanta tensión, siempre a las órdenes del rey Fernando el Católico, siempre a su sombra. Y después, una vez muerto el rey protector, el miedo..., siempre esperando a que en cualquier momento la Inquisición cayera sobre él o sobre cualquier miembro de su familia para acusarlo de relapso y de practicar el judaísmo en secreto... Siempre, siempre, siempre...

### *Barcelona, mediados de abril de 1519*

Carlos paseaba por los jardines del palacio real de Barcelona como una fiera enjaulada. Aguardaba noticias sobre la negociación que sus embajadores estaban cerrando en Alemania para su proclamación como emperador. Hacía ya dos meses que había enviado cartas a los siete grandes electores defendiendo su candidatura a la sucesión de su abuelo Maximiliano al frente del Imperio, y otras tantas a varios reyes de la cristiandad avisando de sus pretensiones.

Tenía en sus manos la carta que acababa de recibir del rey Francisco de Francia, que apretaba con nerviosa actitud. Una vez más la desplegó y leyó la respuesta del francés a su misiva: «Sire, los dos galanteamos a la misma dama».

No había duda, esa dama era el Imperio y Francisco pugnaría con todas sus armas

para colocar sobre sus sienes la corona imperial. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirla.

En su camino hacia el Imperio, que dos meses atrás veía despejado, aparecían ahora negros nubarrones. Los malos presagios no solo eran debidos a la intención de Francisco de Francia de disputarle la corona imperial, sino también a las reticencias de algunos electores a que el rey de Castilla y de Aragón sumara el título imperial a sus ya extensos dominios.

—¡Por fin! ¿Qué noticias traéis? —Carlos inquirió una respuesta de su canciller Mercurino de Gattinara, que se presentó jadeante en el jardín de palacio.

—Alteza..., acaba de llegar un correo de Alemania: el rey de Francia ha logrado el apoyo del arzobispo de Tréveris y del gran elector de Brandeburgo. —Gattinara estaba muy inquieto.

—Dos de siete. ¿Contamos con el apoyo de los otros cinco? —preguntó Carlos.

—De momento solo tenemos seguros los votos del elector del Palatinado y del arzobispo de Maguncia, pero nuestros agentes están trabajando para convencer a los otros tres restantes para que os voten, sin dejar de presionar al arzobispo de Tréveris y al duque de Brandeburgo para que muden su voto hacia vuestra candidatura.

—Supongo que mi tía Margarita se estará aplicando en ello.

—Sí, su trabajo en vuestro favor es excelente. Es ella la que ha convencido al arzobispo de Maguncia, quizá el más soberbio y exigente de los siete grandes electores, para que os apoye de manera incondicional, y ha logrado que Jacobo Fugger le niegue a don Francisco el dinero que le pedía para asegurar el voto de los demás electores. El banquero de Augsburgo se ha decantado por apoyar con toda su fortuna vuestra candidatura. Sin el dinero de Fugger, y aunque el francés crea que puede lograrlo, no tiene la menor posibilidad de conseguir la corona imperial. Además, acabamos de lograr el aval de la banca Vivaldi de Génova y de la Welser de Alemania, de modo que podemos cubrir ampliamente todas las exigencias de los grandes electores de los que necesitáis el voto.

Carlos apretó en su mano la carta de Francisco de Francia.

—¿Y los demás candidatos? —le preguntó a Gattinara.

—¿Os referís a Enrique de Inglaterra y a Federico de Sajonia?

—Por supuesto, ¿o es que hay algún pretendiente más?

—No, alteza, solo esos. El rey de Inglaterra nunca disfrutó de la menor posibilidad, aunque tenía que ofrecerse como alternativa. Y en cuanto al duque de Sajonia, bueno, mi opinión es que presentó su candidatura para lograr mejores condiciones...

—Más dinero, supongo que es lo que queréis decir.

—Sí, claro, más dinero.

Carlos respiró más tranquilo. Sabía que su abuelo Maximiliano se había ocupado en los dos últimos años de su vida de sobornar a los siete grandes electores, preparando el camino de su nieto para ocupar el trono en cuanto se produjera su

fallecimiento.

Ampliar el poder de la familia, defender el interés del linaje de los Habsburgo, mantener el poder en el seno de la casa de Austria y ampliarlo cuanto fuera posible habían sido las obsesiones del viejo emperador Maximiliano, volcado en sus últimos años de vida en su nieto Carlos, heredero de los Austrias por parte de su padre, Felipe el Hermoso, y de los Trastámaras castellanos y aragoneses por la de su madre Juana, la reina loca.

—Y en cuanto a los demás territorios del Imperio, ¿qué noticias tenemos? ¿Podemos contar con su apoyo? —preguntó Carlos.

—Todos los reinos y Estados están de vuestro lado, sobre todo los suizos. Todos los cantones donde viven esos desarrapados montañeses se han juramentado y han proclamado que jamás aceptarán a un emperador extranjero y que irán a la guerra si es preciso para defender vuestros derechos. Eso descarta como candidatos a Francisco de Francia y a Enrique de Inglaterra. Vuestro camino hacia el Imperio está totalmente despejado —aseguró Gattinara.

—Mi familia tiene su origen en un castillo del norte de Suiza, en el cantón de Argovia —dijo Carlos recordando la historia de su linaje, que en más de una ocasión, siendo un niño, le había contado su abuelo Maximiliano.

—Por eso los suizos os prefieren a vos, porque os consideran uno de los suyos.

El canciller exageraba; a los suizos solo les importaba el dinero y apoyarían al candidato que más les ofreciera.

—¡Majestad!

El señor de Chièvres, principal consejero de Carlos de Austria, apareció en el jardín de repente. En la cara de Guillermo de Croy se dibujaba una amplia sonrisa que denotaba que traía buenas noticias.

—Don Guillermo, ¿qué pasa? ¿A qué buena nueva responde esa cara tan risueña? —le preguntó Carlos, que reparó en que aquel lo trataba de majestad y no de alteza.

El consejero flamenco se acercó presto, se inclinó ante el rey y proclamó con solemnidad:

—¡Dios salve al emperador!

—¡Qué!

—Acaba de recibirse una carta de vuestra tía doña Margarita: los siete grandes electores se han puesto de acuerdo al fin. Fue un acierto reponer a vuestra augusta tía como gobernadora de los Países Bajos y delegada vuestra en esta negociación sobre el Imperio.

—Sí, nunca debí apartarla de ese cargo. Me asesoraron mal y yo era demasiado joven. Me dijeron que doña Margarita prefería como emperador a mi hermano Fernando..., y yo lo creí. Bueno, ahora ya está arreglado.

—Seréis proclamado emperador en la Dieta que se ha convocado para fines de mayo en Fráncfort. ¡Felicidades, majestad!

—¿Está asegurado? —Carlos, siempre serio y distante, no mostró una especial

euforia ante la noticia.

—Completamente. Ya se ha librado un millón y medio de coronas de la banca de los Fugger y se ha realizado el reparto correspondiente, de modo que vuestra elección es un hecho —precisó Chièvres.

—Todavía falta la votación. Alguno de los electores podría cambiar de opinión de aquí a fines de mayo. —Carlos se mostraba prudente.

—Una vez convencido el arzobispo de Maguncia, vuestra tía doña Margarita lo ha dejado todo bien atado. Podéis consideraros el nuevo emperador.

—El arzobispo de Maguncia, a lo que veo, ha sido decisivo —intervino Gattinara.

—Es un Hohenzollern, miembro de una de las familias más poderosas de Alemania —siguió hablando Guillermo de Croy, señor de Chièvres—. Doña Margarita le ha hecho comprender que de ninguna manera puede apoyar a un francés o a un inglés para que se sienta en el trono imperial. Y, además, ese prelado es un hombre inteligente y, sobre todo, de aficiones muy caras. Le apasionan los tapices, de modo que vuestra tía le ha enviado varios de los mejores que se fabrican en Bruselas, y también le gusta rodearse en su iglesia de reliquias de santos, hasta de cuarenta y cinco de ellos tiene huesos.

—Un fervoroso creyente —ironizó Gattinara.

—Que nos ha sido muy útil, no lo olvidéis —añadió Carlos.

—El arzobispo tiene treinta años y una gran ambición —dijo el de Chièvres—. Supongo que habrá que apoyarlo en el futuro.

—Más dinero... —supuso Gattinara.

—Bueno, me refiero a que los ojos del cardenal Hohenzollern están mirando hacia Roma.

—De modo que ambiciona el papado... —dedujo Carlos.

—Creo que sí. Además del dinero, su voto se ha decantado por vuestra majestad porque aspira a convertirse en el próximo sucesor de san Pedro y ha sopesado que vuestro apoyo será más determinante para ello que el del rey de Francia —dijo Guillermo de Croy.

—¿Y qué hay de mi tío don Enrique? —inquirió Carlos.

—Por lo que sabemos, el rey de Inglaterra está muy enfadado y se siente engañado por quienes le aseguraron que tenía algunas posibilidades de ser emperador. Su canciller, el astuto y ambicioso cardenal Wolsey, quien alentó la candidatura de su rey, apoya ahora la vuestra y ha convencido a don Enrique para que, una vez desechado como alternativa, defienda la de vuestra majestad. Claro que..., en fin, Wolsey pretende a cambio de ese apoyo ciertas compensaciones —dijo el de Chièvres.

—¿También hay que pagarle al cardenal de Inglaterra?

—Wolsey tiene una secreta ambición: quiere ser papa.

—¿Otro más? —sonrió Gattinara.

—Pues sí.

—La cátedra de san Pedro es un asiento muy demandado en estos tiempos —dijo Carlos.

—¿Qué le respondemos al cardenal? —preguntó el de Chièvres.

—Decidle a todo que sí y, luego, ya veremos —ordenó Carlos.

Gattinara sonrió al escuchar la decisión del rey; le agradó comprobar que su real pupilo estaba aprendiendo deprisa. Muy deprisa.

### *Barcelona, fines de abril de 1519*

El Consejo de Ciento juró a Carlos de Austria como soberano, conde y señor de Barcelona. Las reticencias de los catalanes, cuyas Cortes estaban reunidas en esa ciudad desde hacía unas semanas, empezaban a disiparse.

Como prueba de buena voluntad, Carlos juró los usos y costumbres de Barcelona en la sala principal de su palacio en presencia de todos los *consellers*, delegados y nuncios. Tras unos días de retiro en el monasterio de los jerónimos, Carlos regresó a su palacio real en la ciudad.

Hacía ya más de un año que Fernando de Magallanes, un marinero portugués que había roto con su rey para ponerse al servicio del de Castilla y Aragón, estaba preparando un viaje que en su día soñara el almirante Cristóbal Colón. Durante meses se había gestado este proyecto, que consistía en navegar desde las costas de Andalucía siempre hacia occidente hasta completar la vuelta al mundo. La empresa era complicada y difícil; nadie había hecho nunca nada parecido.

—Decidle a don Fernando de Magallanes que pase; lo recibiré ahora mismo —ordenó Carlos a su secretario.

El portugués entró en la cámara donde lo esperaba Carlos y se inclinó respetuoso ante el joven monarca.

—Alteza...

—Tomad asiento, don Fernando, y contadme cómo van esos preparativos para vuestro formidable viaje.

—Estamos teniendo algunas dificultades, mi señor. El cartógrafo Rui Falero, con quien planeamos la expedición, se está comportando de forma extraña en las últimas semanas...

—¿Desconfiáis de él? Cuando vinisteis a verme por primera vez parecíais muy unidos.

—Sí, así era, alteza, pero temo que su cabeza desvaría. No me parece aconsejable que participe en esta empresa.

Carlos se levantó de su silla —Magallanes hizo lo propio en señal de respeto— y se acercó hasta una de las ventanas de la sala. Una fina lluvia caía sobre la ciudad de Barcelona.

Durante unos momentos el rey se mantuvo callado y pensativo. Al fin, habló:

—Bien, si ya no confiáis en Rui Falero, es justo que ese hombre no embarque con vos. Buscad a otro cartógrafo para la expedición. ¡Ah, y que sea castellano!

—Así lo haré, alteza.

—Hoy mismo ordenaré que se disponga cuanto sea necesario para el éxito de vuestra empresa. ¿Cuándo estaréis en condiciones de zarpar?

—Tenemos que aparejar y equipar cinco barcos para tan larga travesía. Las naves ya están elegidas; sus nombres son Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria y Santiago.

—Buenos nombres; los encuentro muy apropiados.

—Si todo transcurre conforme se requiere, y el rey de Portugal no interfiere en nuestros planes, estaremos en condiciones de zarpar desde el puerto de Sanlúcar en un plazo no superior a cinco meses.

—Así sea. Aguardad a que el secretario redacte el escrito correspondiente y poneos de inmediato manos a la obra. Seremos los primeros en circunnavegar el mundo. Confío en que lo conseguiréis.

—Las naves de vuestra alteza serán las primeras en dar la vuelta al orbe y vuestros estandartes trazarán ese círculo imaginario.

—Eso espero. No falléis.

En cuanto Magallanes salió del despacho, Carlos llamó a su secretario y le ordenó que redactara las autorizaciones y decretos correspondientes para autorizar la expedición de Magallanes.

—Se hará de inmediato, alteza, quiero decir, majestad. —En esos días el tratamiento de alteza y de majestad se alternaban a la hora de referirse a Carlos en la corte.

—Y eso no es todo. Hace tiempo que algunos consejeros me dicen que hay que ordenar de alguna manera cuanto estamos haciendo en las Indias. Creo que tienen razón; es hora de ocuparnos de esos asuntos —dijo Carlos.

—¿Y qué deseáis que haga, alteza?

—Han llegado a mis oídos ciertas denuncias y quejas por cómo algunos de nuestros capitanes están tratando a los indios caribes. En el último informe que he recibido se asegura que los nativos de esas islas están muriendo a millares y que algunos de los nuestros no se comportan como buenos cristianos, sino como salvajes ávidos de sangre y de riquezas. No debemos consentir que se produzcan semejantes abusos, de modo que, como me han recomendado, crearemos un consejo donde se diriman todas esas cuestiones.

—¿Un Consejo para las Indias, majestad?

—Sí, ese será su nombre: «Consejo de Indias». En cuanto dejéis listo el asunto de Magallanes, poneos a trabajar en ello.

—Habrá que tener en cuenta los tratados que vuestros abuelos los Reyes Católicos firmaron en Tordesillas con el reino de Portugal, y las correcciones

posteriores...

—Pues hacedlo. Quiero dejar resuelto ese Consejo en una semana porque en los primeros días de mayo iré a cazar a los sotos de Molins; me han asegurado que en esos días abundan los corzos y los jabalíes.

### *Barcelona, comienzos de mayo de 1519*

«Cuídate de tus enemigos. Están a punto de convencer a la Santa Inquisición para que te acuse de relapso y de conspirar contra nuestro señor el rey Carlos. Son poderosos. Un amigo». Pedro Losantos no podía quitarse aquella advertencia de la cabeza. No había día en que no la leyera, una y otra vez.

—Sigues atormentado, ¿verdad? —preguntó Juana de la Cruz a su esposo.

—Pende sobre nosotros una seria amenaza. Vivo cada día temiendo que en cualquier momento la Inquisición se presente ante mí para detenerme, y entonces ¿qué será de ti, de nuestros hijos?

—No hay ningún motivo para que el Santo Oficio inicie una pesquisa contra ti o contra cualquiera de nuestra familia.

—Sí la hay —dijo Pedro.

—No entiendo...

—Juan, nuestro hijo Juan, vive en Toledo con un hombre... como si fueran marido y mujer. Ya ha sido amenazado y temo que no tardarán en acusarlo de practicar la sodomía, y eso conlleva la pena de muerte.

—¡No, no! —A Juana la invadió en ese momento un miedo cerval—. Pero... ¿cómo no me habías dicho nada de esto?

—No quería inquietarte... Me equivoqué, lo siento.

—Juan, mi pequeño Juan... Por eso nunca me has dejado ir a visitarlo a Toledo...

—Lo siento, lo siento —balbució Pedro Losantos.

—Iremos en busca de nuestro hijo —dijo Juana enjugándose las lágrimas que bañaban sus ojos.

—Si lo hacemos, nos detendrán.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya has leído esa nota anónima que me entregaron en Lérida. Si hago un movimiento en falso, me acusarán ante la Inquisición de ser un relapso, y entonces ni siquiera podré saber quién es el que me acusa.

—No eres un relapso. Nacimos judíos, sí, pero desde que nos bautizamos, hace ya más de treinta años, hemos cumplido como buenos cristianos: vamos a misa todos los días de fiesta, hemos bautizado a nuestros hijos, cumplimos con los preceptos de la Iglesia...

—Escucha, Juana. Los inquisidores utilizan un libro por el que se guían para

llevar a cabo sus pesquisas. Cuando alguien es acusado de judaizante ni siquiera preguntan por la identidad del acusador. Cualquiera podría denunciarme; basta con un escrito sin firma dirigido a un inquisidor en el que se diga que soy un relapso para que inicien un proceso contra mí.

—Pero no lo eres...

—En ese libro se enumeran los signos por los que se considera que se puede reconocer a los relapsos: frecuentar la judería, hacer amistad y comer con judíos, evitar el trato con los cristianos, rechazar la carne de cerdo, celebrar el sábado, trabajar en secreto los días de fiestas cristianas...

—Tú no has hecho nada de eso.

—No, no lo he hecho, pero, si me quieren condenar, seguro que aparece una docena de testigos que declararían todo lo contrario, y un tribunal predispuesto contra mí iniciaría de inmediato un proceso. La pena, ya la sabes: la muerte.

—Habla de nuevo con don Adriano. Dijiste que te debe un gran favor.

—Ya lo he hecho, y su respuesta ha sido que su compromiso no incluía el caso de que yo o alguien de nuestra familia fuera acusado de herejía. Ni siquiera don Adriano de Utrecht es capaz de enfrentarse a la Inquisición.

—Pues habla con el rey. Yo lo haré con la reina doña Germana; ella nos defenderá.

—Doña Germana ya no goza de la influencia que hasta hace unos meses tuvo sobre don Carlos y, además, aunque supongo que ha sido ella la que me ha alertado del peligro con esa nota que me entregaron en Lérida, no creo que ahora le importemos demasiado.

—Me considera su amiga, y nuestra hija María es su más leal confidente.

—Los poderosos no tienen amigos, Juana, no los tienen.

La puerta de la estancia se abrió como empujada por un fantasma. Pedro y Juana se volvieron hacia ella y contemplaron a su hijo mayor, de pie, inmóvil como una estatua al otro lado del umbral. Enseguida comprendieron que algo grave había ocurrido.

—¡Hijo, hijo! ¿Qué te ocurre? —preguntó Juana muy preocupada ante la figura de Pablo, que parecía la de un espectro.

—¡Pablo!, ¿te encuentras bien? —Pedro Losantos se acercó hasta su hijo, que permanecía plantado junto a la puerta abierta.

—¡Hijo, hijo! —insistió Juana.

Tras unos instantes eternos, Pablo farfulló algunas sílabas incomprensibles.

—Siéntate. —Su padre le ofreció una silla y lo ayudó a entrar cogiéndolo suavemente por el brazo.

Pablo se dejó caer en la silla. Su mirada vagaba extraviada en un horizonte imposible, en la comisura de sus labios había restos de saliva reseca, y sus ojos estaban enrojecidos por el llanto y hinchados por el dolor.

—Alonso ha muerto —atinó a barbotear.



—¡Qué! —Juana de la Cruz se echó la mano a la boca, embargada por un repentino golpe de angustia.

—¡Muerto, mi pequeño está muerto! —repitió Pablo.

Aquella tarde, poco después de comer, Pablo Losantos se había acercado un momento a la cuna donde dormía su hijo tras haber mamado del pecho de su madre. El pequeño no respiraba. El médico se dio cuenta enseguida y procuró reanimarlo dándole un masaje en su cuerpecito y luego insuflando aire en sus pulmones, pero todo intento por resucitarlo fue inútil.

La pérdida de su nieto resultó muy sentida para Juana de la Cruz. La muerte de los niños era habitual, pues apenas la mitad de los nacidos superaba el primer año de vida. Los Losantos estaban familiarizados con la muerte, pues como médicos que eran la contemplaban cada día, luchaban contra ella, a veces incluso la vencían, pero solo de manera momentánea porque, tarde o temprano, el triunfo de la parca era inevitable. Habían visto morir a mucha gente, pero en esta ocasión era su nieto, su hijo, cuyo nacimiento había traído un motivo de alegría a una casa con muchos problemas.

Enterraron al pequeño Alonso en la cabecera de la iglesia de Jerusalén, en una caja de madera tan pequeña que el propio Pablo la llevó bajo su brazo antes de depositarla en la tierra.

### *Barcelona, mediados de junio de 1519*

Mientras los nuncios y delegados catalanes continuaban reunidos en las Cortes en Barcelona y se resistían a conceder a Carlos de Austria los subsidios que solicitaba, medio mundo estaba pendiente de la decisión que los siete grandes electores iban a tomar en Fráncfort sobre la designación de la persona que iba a regir el Imperio en los años siguientes.

El menos nervioso en la espera era el propio Carlos, a quien su tía Margarita había confirmado una y otra vez que sería el próximo emperador, aunque también le había aconsejado que, una vez proclamado y a falta de un hijo, designara como sucesor en el Imperio a su hermano Fernando, a quien los alemanes y los flamencos admiraban, pese a que se había educado en Castilla y Aragón con Fernando el Católico. La astuta Margarita entendía que esa era la mejor manera de convertir la sucesión al trono del Imperio en un derecho hereditario dentro de la familia de los Austrias.

De Castilla llegaban noticias preocupantes, pues los castellanos no querían que su rey recibiera la corona imperial, ya que en ese caso estaban convencidos de que Carlos se preocuparía más del gobierno del Imperio que de los asuntos de su reino. No eran pocos los nobles castellanos que reclamaban una mayor atención del rey por

cuanto estaba sucediendo en el Nuevo Mundo, a donde se estaban marchando miles de súbditos en busca de fortuna, fama y gloria. Sobre todo los miembros de la baja nobleza, infanzones e hidalgos, que ante las penalidades que estaban atravesando en su tierra, carentes de propiedades y de rentas, contemplaban las Indias como una oportunidad para salir de la miseria, dejar atrás sus magras haciendas y convertirse en grandes señores.

—¿Y si nos embarcáramos rumbo a las Indias? —propuso Pablo Losantos, a quien su padre le acababa de contar lo comprometido de su situación.

—¿Y abandonar toda nuestra vida? —preguntó Leonor de Urrea, apenas recuperada de la muerte de su hijito.

—Padre —se dirigió Pablo a Pedro—, tal como están las cosas, si la Inquisición se lo propone, nos hará la vida imposible. Dicen que en las Indias se están abriendo grandes oportunidades. Supongo que en ese mundo nuevo harán falta médicos...

—Pero dejar nuestra tierra, abandonarlo todo... —Leonor no parecía dispuesta a realizar un viaje tan largo y peligroso. Ella era miembro de una familia de cristianos viejos aragoneses.

—Tengo sesenta y tres años según el calendario solar cristiano, sesenta y cinco en el lunar de los judíos; no creo que me quede mucho más tiempo de vida. —Pedro Losantos apretó la mano de su esposa; Juana lo miró con ternura—. No. No haré ese viaje. Hace años, cuando tú estabas estudiando medicina en la escuela de Salerno, sí pensé..., pensamos —Pedro miró a su esposa— que tal vez sería mejor alejarnos de aquí. Incluso hablamos de establecernos en alguna de las ciudades del Imperio turco donde viven comunidades de judíos sefardíes que salieron de Castilla y de Aragón cuando los Reyes Católicos ordenaron la expulsión. Pero ahora..., no. No, no haré ese viaje. Esta es mi tierra y aquí quiero morir.

—Hace tiempo tu padre y yo decidimos hacernos cristianos, justo el año en el que naciste. Nos bautizamos y renunciamos a la fe de nuestros mayores por ti, para que no sufieras persecución por haber nacido de padres judíos. Hemos vivido todos estos años, treinta y cinco ya, como cristianos, y hemos procurado no cometer ningún error que pudiera abocarnos a la prisión. Ahora tu padre ha recibido una grave amenaza, pero no ha hecho nada punible, nada de lo que puedan acusarlo. Eres un hombre bueno, esposo, un hombre bueno... —terció Juana de la Cruz.

Pedro Losantos calló. Si su esposa supiera que él había estado detrás de la muerte del rey Felipe el Hermoso, que había actuado como un sicario a las órdenes de Fernando el Católico, que había usado todo tipo de argucias para mantener su posición en la corte y evitar represalias... Si ella supiera...

*Toledo, 16 de junio de 1519*

Juan Losantos regresaba a casa tras haber pasado toda la tarde en el taller de orfebrería trabajando una delicada filigrana en la empuñadura de una espada que un hidalgo de la villa de Madrid quería regalar a su hijo menor, el cual había decidido embarcar rumbo a las Indias en busca de fortuna.

Del otro lado del océano llegaban noticias asombrosas. Las Indias no eran un grupo de islas perdidas en medio del mar océano, tal y como se había creído en los primeros años del descubrimiento, sino todo un continente por explorar del que se decía que guardaba riquezas sin cuento al alcance de cualquier valiente que se arriesgara a ganarlas. Corría el rumor de que tierra adentro existían reinos tan ricos que las casas de sus habitantes estaban construidas con ladrillos de oro macizo, y las paredes decoradas con enormes piedras preciosas.

Oro, plata, rubíes, esmeraldas, tierras, casas, palacios..., en las Indias esperaba un botín de incalculable valor aguardando a quien se atreviera a conquistarlo.

La tarde de aquel día de fines de primavera era cálida. Juan había prolongado un par de horas su jornada de trabajo porque quería dejar lista la espada, ya que a la mañana siguiente tenía que entregarla.

Las calles de Toledo habían comenzado a vaciarse de gente. Al atardecer, la bulliciosa actividad que llenaba la ciudad durante el día se apagaba casi de repente, y los toledanos se apresuraban para recogerse en sus viviendas. La noche era el momento de los delincuentes y de algunos grupos de jóvenes varones que se reunían en pandillas de hasta una docena para recorrer las tabernas y las casas de prostitución en busca de juerga. Esos mismos jóvenes aprovechaban cualquier ocasión para cometer actos de pillaje, o para violar, si se presentaba el caso, a mujeres que cogían desprevenidas o a viudas que quedaban indefensas.

Juan se adentró en una calleja estrecha, casi en penumbra. El sol ya se había ocultado y apenas quedaba algo de claridad en el cielo azul oscuro donde se atisbaba el brillo de las primeras estrellas. Al final de la calleja aparecieron de repente tres hombres cuyos cuerpos ocuparon toda la anchura del vial. Juan entendió que algo iba mal. Se detuvo nervioso, miró hacia atrás y allí, a unos diez pasos de distancia, observó a otros tres hombres que se acercaban despacio y amenazantes hacia él.

Miró a los lados buscando un resquicio por el que escapar, pero solo atisbó una puerta hecha con gruesos tablones de madera, que intentó abrir en vano.

Había caído en una emboscada. Era evidente que aquellos hombres iban a por él, y que estaba perdido.

Andrés comenzó a preocuparse ante el retraso de Juan, pues nunca llegaba a casa tan tarde. Inquieto, cogió su sombrero y un puñal y decidió ir en su busca. Salió de casa y se dirigió hacia el taller de orfebrería siguiendo la ruta habitual. La noche se había apoderado de las calles de Toledo y apenas podía vislumbrarse otra cosa que negras siluetas en la penumbra.

Al acercarse al taller apuró el paso, tal vez agobiado por un mal presagio que le aceleró el palpito de su corazón.

Al girar una esquina lo avistó. Parecía un bulto amorfo en medio de la calleja sombría, como un fardo inmóvil que alguien hubiera arrojado sin el menor cuidado. Enseguida lo comprendió. Corrió hacia allí y se agachó angustiado y temeroso. Juan Losantos apenas respiraba.

—¡Ayuda! —gritó Andrés con el cuerpo ensangrentado de Juan entre sus brazos—. ¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Ayuda!

La única respuesta que obtuvo fue el eco de su voz, que resonó en las paredes de la calleja toledana sumida en la oscuridad.

### *Barcelona, 17 de junio de 1519*

Ya había cumplido los treinta años y había tenido dos hijos: el príncipe Juan, muerto a las pocas horas de nacer, del rey Fernando el Católico, y la infanta Isabel, de Carlos de Austria. Preñada primero por el abuelo y diez años después por el nieto, Germana de Foix seguía siendo una mujer cuya presencia causaba un notable impacto entre los hombres. Ya no era joven y su frescura juvenil casi había desaparecido, pero, aunque su leve cojera se notaba año a año cada vez más, mantenía una rotundidad física que atraía a cuantos la contemplaban.

Hacía varios meses que Carlos había roto la relación amorosa que había mantenido con ella desde que llegara a Castilla procedente de Flandes dos años atrás, y se habían acabado las visitas cotidianas a la alcoba de Germana. Los consejeros de Carlos habían logrado que el rey abandonara esa relación y que buscara un esposo adecuado a la condición de reina viuda de Germana. Como ya había planeado, lo encontró en la persona del noble Juan de Brandeburgo, hermano de uno de los siete grandes electores del Imperio y al que no le había costado demasiado convencer; la concesión de varios privilegios, una buena cantidad de ducados y un alto cargo habían sido argumentos más que suficientes para acordar la boda.

Aquel día de junio fue el elegido para celebrar la ceremonia del enlace matrimonial de Germana de Foix y el marqués de Brandeburgo. Carlos quería dejar zanjado este asunto antes de tener que viajar a Alemania, a donde esperaba hacerlo en cuanto le comunicaran oficialmente que había sido designado emperador.

—Con esta boda cumplo los deseos de mi abuelo el rey don Fernando. Don Juan de Brandeburgo será un buen esposo para vos, mi señora —le dijo Carlos a Germana al reunirse con ella a solas poco antes de la ceremonia nupcial—, es miembro de la más alta nobleza europea y caballero de la Orden del Toisón de Oro.

—Nuestra hija necesitaba un padre; ahora lo va a tener —comentó Germana.

—Comprended que no puedo reconocer a Isabel como hija mía. Soy el rey y

dentro de unos días seré el emperador; entended, señora, que no puedo aparecer como el padre de la hija de la que fue esposa de mi abuelo. Sería un escándalo; algunos incluso lo considerarían un caso de incesto —alegó Carlos.

—Toda la corte sabe que Isabel es tu hija. —Germana apeó el tratamiento y se dirigió a su antiguo amante con familiaridad.

—Me ocuparé de que a Isabel no le falte nunca lo que necesite, pero has de tener en cuenta que todo cuanto le atañe deberá ser tratado con la máxima discreción y que será mejor que apenas se sepa de ella.

—Se hará como dispongas —aceptó Germana.

—¿Necesitas alguna cosa más?

—Sí, quiero pedirte un favor.

—Dime.

—Se trata de Pablo, el hijo de Pedro Losantos, el que fuera médico personal de tu abuelo, mi esposo.

—Ese converso... Adriano de Utrecht siempre me habla bien de él. Parece que en el pasado hizo grandes servicios a mi abuelo.

—Sí, se los hizo, te lo aseguro; y a ti también. Si eres rey de Aragón, se lo debes en buena medida a ese converso. Pedro Losantos nació judío, pero se convirtió y se bautizó abandonando esa secta herética. Su hijo Pablo nació cristiano, pero lo que importa es que se trata de un gran médico. Los dos asistieron a mi parto y me ayudaron a traer al mundo a nuestra hija Isabel; la madre de Pablo, Juana de la Cruz, es una de mis damas de compañía, y su hermana María, mi amiga y confidente.

—¿Qué puedo hacer por ellos?

—Cuando estuvimos en Zaragoza, don Adriano le prometió a Pedro Losantos que Pablo sería nombrado médico de la corte.

—Sí, don Adriano me lo ha recordado estos días pasados.

—Pues te pido que cumplas ese compromiso.

—Don Adriano me contó que se vio obligado a hacerle esa promesa al converso Losantos.

—¿Sabes que ese hombre tuvo mucho que ver en que tu abuelo cambiara su testamento el último día de su vida?

—Lo intuía —asentó Carlos.

—Le debes la Corona de Aragón.

—Tal vez.

—Pues por esa deuda te pido que seas generoso con su hijo y que lo nombres médico real. De hecho ya lo es, pues don Pablo no ha dejado de tratarme, y ambos continúan en la corte desde que llegaste a estas tierras.

—De acuerdo, lo haré. Ese Pablo Losantos será uno de mis médicos.

—¡Ah!, y que no los moleste la Inquisición.

—¿Cómo?

—Algunos de tus consejeros no ven con buenos ojos a los Losantos y podrían

acusarlos de judaizantes. Te ruego que des instrucciones para que no lo hagan.

—También lo haré.

—Gracias, querido.

Germana acarició levemente el rostro de Carlos, cuya barba, todavía juvenil, ayudaba a disimular la enorme prominencia de su mandíbula inferior. Habían vivido un amor apasionado e intenso durante más de un año, pero en los ojos de Carlos, opacos y tristes, Germana leyó que aquellos tiempos de locura y arrebatos amorosos jamás volverían.

—¡Lo ha conseguido! Doña Germana me acaba de decir que el rey nombrará a Pablo médico de la corte. —Juana de la Cruz, que venía de ayudar a la reina a prepararse para la ceremonia de su boda con Juan de Brandeburgo, estaba eufórica.

—Me alegro. Al fin don Adriano ha cumplido su palabra —dijo Pedro Losantos.

—Ahora nadie se atreverá a ir contra ti ni contra ningún miembro de esta familia.

—Escribiré a Juan; es preciso que en Toledo se sepa que su hermano mayor es médico del rey. Así lo dejarán tranquilo de una vez. ¿Cómo está la reina? Me gustaría agradecerle su mediación...

—Echa de menos a don Carlos, y me temo que se ha descuidado un tanto. Come con fruición y sin medida y apenas se ocupa de su higiene personal. Hoy he conseguido que se lavara y perfumara las partes íntimas para que al menos se presente limpia ante el que esta noche ya será su esposo. Espero que cambie de hábitos y se cuide, si no enfermará —comentó Juana.

—Hace tiempo que no la visito. Aconséjale que me llame, a ver qué puedo hacer por ella.

—Ya se lo he dicho, pero por el momento no quiere saber nada de médicos; tal vez ahora, con su nuevo esposo, cambie de opinión y las cosas sean diferentes.

### *Barcelona, fines de junio de 1519*

—Han encontrado a Juan medio muerto en un callejón de Toledo —le dijo un nervioso e inquieto Pedro Losantos a su hijo Pablo.

—¡Dios santo! ¿Cómo ha sido?

—He recibido una carta de tu tío Felipe; me dice que su... amigo, ese tal Andrés que vive con él, lo encontró en una calleja solitaria al anochecer, ensangrentado y tirado en el suelo como un perro apaleado. Alguien le dio tal paliza que casi lo mata.

—¿Lo sabe madre? —preguntó Pablo.

—No. No he querido decirle nada. No lo soportaría.

—¿Qué hacemos?

—Yo iré a Toledo a verlo. Juan está ahora en casa de los tíos Felipe y Raquel, pero ya sabes que son mayores y no pueden hacerse cargo de él. Me informan que está muy grave.

—¿Se sabe quién ha sido el culpable?

—No. Tío Felipe me dice que los oficiales del concejo de Toledo han iniciado una pesquisa, pero me temo que quedará en nada.

—Hablaré con el rey... Soy su médico. —Pablo acababa de recibir una cédula con su nombramiento como médico real.

—No. No te inmiscuyas en esto.

—Se trata de mi hermano.

—Por eso precisamente. Deja que yo me encargue de este asunto. Ya me he enfrentado a situaciones similares en otras ocasiones.

—¿Y qué vas a decirle a madre?

—Ya se me ocurrirá algo. Guarda el secreto; no quiero que tu madre se entere de lo que le ha ocurrido a Juan. ¡Quién sabe lo que podría hacer! La muerte de tu hijito, nuestro primer nieto, ya le ha provocado un gran pesar, si ahora se entera de que Juan tal vez se esté debatiendo entre la vida y la muerte...

—¿Cuándo piensas viajar a Toledo?

—En cuanto tenga el permiso real; si puede ser, en un par de días.

El último día del mes de junio Pedro Losantos recibió autorización para viajar a Toledo. A su esposa le dijo que el rey lo enviaba a Madrid en busca de algunos medicamentos, y que no tardaría más de un mes en regresar. Juana de la Cruz comprendió enseguida que su marido le ocultaba algo, pero evitó preguntarle por ello. Confiaba en Pedro y estaba segura de que su marido siempre actuaba en beneficio de la familia.

Con el alma encogida, Pedro Losantos dejó Barcelona el primer día de julio; tenía por delante al menos dos semanas de viaje, de modo que no podía retrasarse un instante. Quería llegar cuanto antes a Toledo y comprobar cuál era el estado de su hijo, y, si tenía alguna oportunidad, encontrar al responsable de su estado. En el pasado ya había matado a dos hombres, si tenía que volver a hacerlo con un tercero o un cuarto más, ¡qué podía importar! El infierno le esperaba de todos modos.

### *Barcelona, 6 de julio de 1519*

Aquel mes de junio se celebraron grandes fiestas, como la del Corpus, en la que el rey desfiló portando una vara del palio procesional, y la de San Juan, en la que se organizaron juegos de cañas en los que participaron varios nobles, todo ello en medio de grandes alegrías y bullicios. Hubo además magníficos fuegos de artificio ofrecidos al rey por los *consellers* de Barcelona, aunque las autoridades del municipio estaban

molestas con el apoyo que Carlos había dado a una junta de artesanos denominada de los Trece, similar a la que se había fundado un poco antes en Valencia y que pretendía establecer un poder fáctico en Barcelona al margen del Concejo.

Carlos parecía satisfecho, pues sabía que los siete grandes electores habían acordado designarlo emperador. Gracias a los buenos oficios de su tía Margarita, se había asegurado el voto de los arzobispos de Tréveris y de Maguncia, siendo decisivo el de este último ya que pertenecía a la noble familia de los Hohenzollern, una de las más poderosas de Alemania, y en algún momento se había mostrado dispuesto a apoyar a la candidatura de Francisco de Francia, aunque si lo hizo fue para presionar a Carlos y sacarle más dinero.

La cena en el palacio real había sido copiosa, incluso para alguien con tanto apetito como Carlos de Austria. El rey estaba a punto de irse a la cama. Le habían ofrecido pasar la noche con una hermosa joven, hija de un importante comerciante de seda, pero Carlos prefirió dormir solo. Había comido mucho y bebido demasiada cerveza. Su acentuado prognatismo le impedía masticar bien algunos alimentos, y solía engullir bocados enteros sin apenas salivarlos y triturarlos con los dientes, lo que le provocaba ciertos problemas estomacales.

Aquella noche le dolía el estómago y ordenó que llamaran de inmediato a uno de sus médicos.

Pablo Losantos, recién nombrado médico real, estaba esa tarde en palacio presto a intervenir en cuanto se demandaran sus servicios.

—Alteza —se inclinó Pablo ante Carlos al entrar en la sala donde el rey soportaba su dolor de tripas.

—Ah, sois vos...

—Hoy me corresponde el servicio de corte, señor.

—Bien, bien.

—¿Qué os ocurre, alteza?

—Tengo el estómago como si anduvieran correteando por él media docena de gatos furiosos con las uñas extendidas.

—¿Me permitís, señor? Subíos la camisola, os lo ruego. Tengo que palparos el vientre.

Carlos se alzó la camisa hasta el cuello y dejó a la vista su torso. Con las yemas de los dedos, Pablo Losantos fue recorriendo cada pulgada de piel del vientre del rey.

—¿Qué?

—Creo que habéis cenado demasiado, señor.

—Tenía apetito, y el nuevo cocinero prepara unos platos realmente sabrosos, sobre todo unas perdices escabechadas al estilo que le gustaba a uno de mis antepasados aragoneses, el rey Pedro el Ceremonioso.

—Sois joven y fuerte, pero deberíais cuidar vuestra alimentación. Por lo que sé, coméis demasiada carne y bebéis mucha cerveza. Si me lo permitís, os recomiendo que lo hagáis con moderación.



—¡Vaya!, por fin hay alguien que se atreve a decirle al rey lo que tiene que hacer.

—No pretendía molestaros, alteza, pero...

—No, no, así está bien. Supongo que es lo que tenéis que aconsejarme.

—Tenéis diecinueve años, señor, y vuestro cuerpo está alcanzando la madurez, pero todavía se está formando, de modo que debéis tratarlo con cuidado.

Pablo había visto comer a Carlos en alguna ocasión y se había dado cuenta de que su prognatismo le impedía masticar los alimentos de manera adecuada; con todo, no se atrevió a comentarlo.

—¿Y qué debería hacer? —le demandó Carlos.

—Ya hacéis bastante ejercicio cuando salís de caza o participáis en un torneo. Eso es suficiente para que vuestros músculos estén tonificados y fuertes, pero también debéis hacerlo con vuestro estómago. Os aconsejo que comáis menos carne y más verduras.

—Las cebollas y los nabos son comida de campesinos, no de reyes.

—Y en cuanto a la cerveza...

—¿No me digáis que también debo dejar de beber cerveza?

—Al menos disminuíd la cantidad.

—¿No habéis leído que la cerveza era la bebida de los dioses normandos?

—Sí, y también que el vino lo era de los dioses griegos, pero los dioses son inmortales, alteza, y los hombres no.

—Tenéis razón. Me ha dicho don Adriano que os habéis formado en la escuela de Salerno, donde se enseñan prácticas médicas de los mahometanos.

—Así es. Los médicos árabes son excelentes, alteza. Ibn Sina, el más eminente de todos, escribió un libro llamado el *Canon*, el mejor tratado de medicina que existe. En ese libro, el gran maestro al que en occidente llamamos Avicena, dejó escrito que la salud no procede de los cuidados del médico, sino de la forma esencial de la materia, y que en la salud influyen muchas circunstancias, como el lugar donde se vive, la exposición a la humedad y a los vientos dominantes, la pureza del aire, la ventilación y la luz de la vivienda, lo que se come y se bebe...

—¿Qué más cosas dice ese Avicena? —se interesó Carlos.

—Pues que se ha de vivir de manera equilibrada: ejercicio y reposo, sueño y vigilia.

—¿Y qué dice Avicena sobre la comida y la bebida?

—Ibn Sina asegura que la mayoría de las enfermedades están causadas por no alimentarse correctamente; y que en el momento de rendirse al sueño conviene que el estómago esté lo menos lleno posible, pues en ese caso se dispersa el calor corporal y el efecto es refrescante y placentero.

—En esta corte se sirven manjares exquisitos. La etiqueta de los duques de Borgoña, que es la que seguimos, es la más elegante de Europa, también en los banquetes.

—Son exquisitos al gusto del paladar, señor, pero tal vez no sean los alimentos

más adecuados para el equilibrio de los humores del cuerpo. Ibn Sina recomienda el consumo de carnes de vacuno, vino y huevos de manera moderada porque enriquecen la sangre, pero no deben ingerirse grandes cantidades de carnes de cordero, de cerdo ni de ciertas aves, porque incrementan la cantidad de bilis y enrarecen los humores.

—Bien, dejad ya esta clase de medicina y dadme algún remedio para este maldito dolor de vientre —se impacientó Carlos.

—Os prepararé un laxante para que podáis evacuar lo que habéis cenado. No toméis ningún alimento más esta noche, y nada de cerveza. Mañana desayunad una sopa ligera y unas peras o unas manzanas y, además...

Unos golpes en la puerta de la sala interrumpieron al médico.

—¡Majestad, majestad! —El de Chièvres entró presuroso; en su rostro se dibujaba una sonrisa esplendorosa—. La Dieta de los grandes electores os ha proclamado, por unanimidad, emperador del Sacro Imperio.

Guillermo de Croy se inclinó reverencialmente ante Carlos, que tenía la camisa todavía a la altura del pecho.

—¿Es seguro?

—Acaba de llegar un mensajero desde Fráncfort reventando los caballos para traeros la noticia en persona. A partir de ahora nadie podrá hurtaros el título de «majestad» —dijo Guillermo.

—Majestad... —Pablo Losantos también se inclinó ante Carlos.

—Los enviados del rey de Francia intentaron hasta la misma víspera de la votación impedir vuestra elección, pero no lograron reunir los votos necesarios para alterar el resultado previsto y han fracasado. Vuestra elección ha cumplido con todos los requisitos; los electores juraron que serían imparciales antes de proceder a la votación —ironizó Guillermo de Croy.

El consejero real obvió reseñar que miles de soldados pagados por los agentes de Carlos habían recorrido las calles de Fráncfort durante la reunión de los electores gritando consignas a favor del candidato de la Casa de Austria, presionando así a los grandes electores, y que Francisco I no había logrado reunir el millón y medio de coronas que le hubiera permitido tener alguna posibilidad para comprar el trono imperial.

—Doña Margarita lo ha conseguido —dijo Carlos.

—Vuestra tía es una mujer extraordinaria.

—Si su esposo, el príncipe don Juan, no hubiera muerto, ella habría sido la reina de Castilla y de Aragón y, tal vez, la madre de un rey; en cuyo caso yo no lo sería ahora.

—El pasado solo pertenece a Dios y ya no puede cambiarse —dijo el de Chièvres.

—Reunid a la corte inmediatamente. Tiene que saberse la noticia hoy mismo. Y que no falte doña Germana. ¡Ah, y enviad cartas con esta nueva a los concejos de las principales ciudades de Castilla y de Aragón, y a los virreyes de Cerdeña, Sicilia y Nápoles! Y decidle al obispo que prepare un *Te Deum* y una misa pontifical para

dentro de un par de semanas a lo sumo. Daré gracias a Dios por el título imperial.

»Y vos, don Pablo, haced que se me calme de inmediato este ardor del estómago.

Una hora más tarde, en la gran sala del palacio real de Barcelona, un centenar de personajes esperaba la comparecencia de Carlos; entre ellos estaban todos los *consellers* de la ciudad.

—¡Señores, damas: su majestad el emperador don Carlos! —anunció solemnemente el chambelán tras ordenar a un alabardero que diera varios golpes en el suelo con la base de su lanza.

Carlos de Austria apareció vestido con chaqueta de terciopelo negro bordada en hilo de oro, sombrero adornado con una escarapela en cuyo centro lucía un enorme rubí y espadín con puño de oro al cinto.

—Majestad —el canciller Mercurino de Gattinara hincó la rodilla en el suelo ante Carlos—, los grandes electores reunidos en la Dieta Imperial en Fráncfort anuncian que habéis sido designado emperador y rey de Romanos por unanimidad. El mundo está en vuestras manos. Dios os ha colocado en el camino de la monarquía universal y os ha elegido como el soberano que unirá a todos los cristianos. ¿Qué lema utilizaréis en vuestro nuevo escudo?

—Mi divisa será *Plus Ultra* —dijo Carlos; ese lema lo había elegido con sus consejeros unos días antes, y ya lo tenía preparado.

—«Más allá» —tradujo del latín Gattinara—. Ahora solo el mundo es vuestro límite, majestad.

Uno a uno, todos fueron besando las manos del emperador. Era medianoche. Carlos se había convertido en el hombre más poderoso del mundo y tenía el tiempo en sus manos.

### *Toledo, mediados de julio de 1519*

Tenía el cuerpo lleno de moratones, el labio inferior partido, un ojo completamente cerrado, y un brazo, la nariz y varias costillas rotos. Hubiese podido servir como modelo perfecto para un artista que quisiese plasmar el estado del *Ecce Homo*, pero estaba vivo.

Pedro Losantos, recién llegado a Toledo, examinó con todo cuidado a su hijo. Un colega, también converso, lo había curado de las gravísimas heridas que un grupo de sicarios le había provocado tras propinarle aquella paliza en el solitario callejón.

—Es una suerte que hayas sobrevivido a tan brutales golpes —le dijo Pedro a su hijo mientras le sujetaba la mano con suavidad.

—Durante cuatro días estuve inconsciente. Cuando desperté, muy débil, me

encontré en el hospital de la Santa Cruz, a donde Andrés me llevó la misma noche que me atacaron. Debieron de darme una buena paliza, pues todavía me duelen el brazo, el pecho y la cabeza, y me cuesta respirar.

Juan Losantos estaba medio tumbado sobre una tabla inclinada que le habían preparado para facilitarle la respiración, pues los primeros días apenas podía hacerlo por sí solo si permanecía completamente tumbado y tampoco era capaz de mantenerse de pie. Hacía dos días que lo habían llevado a su casa.

En la estancia también estaba su tío abuelo, el viejo Felipe Rubio. El anciano maestro armero rondaba los ochenta años; se había convertido al cristianismo para poder permanecer en la ciudad donde habían nacido y crecido durante años muchas generaciones de las familias de los Rubios y de los Losantos.

Cuando Pedro Losantos y Juana de la Cruz se marcharon de Toledo para ponerse al servicio médico de los Reyes Católicos, hacía ya de aquello casi treinta años, se llevaron con ellos a sus dos hijos mayores, Pablo y María, y dejaron al pequeño Juan al cuidado de Felipe y Raquel, que no habían tenido hijos y lo criaron como si fuera suyo.

—Querido tío, te agradezco que me avisaras del estado de Juan.

—No. Agradéceselo a Andrés. Él fue quien me aconsejó que te escribiera.

Juan había demostrado desde muy niño una gran habilidad en la fabricación de delicados trabajos de orfebrería y, como le gustaban mucho las armas, se había especializado en la forja y decoración de las empuñaduras de espadas, dagas y cuchillos.

Hacía ya algunos años que Juan vivía con su amante Andrés, y, aunque ambos evitaban cualquier demostración de afecto en público, lo cierto es que medio Toledo estaba ya al tanto de que el mejor orfebre de la ciudad cometía el nefando pecado contra natura, cosa que provocaba un amplio rechazo y no pocos comentarios.

Investigado por la Inquisición, que consideraba herejes a los sodomitas, había logrado, por el momento, librarse de la cárcel gracias a la cercanía de su padre y su hermano, como médicos de la corte, al rey Carlos, pero no había evitado el terrible atentado que a punto había estado de matarlo y que lo tenía postrado con algunos huesos rotos y varias heridas en la carne y en el alma.

—¿Tienes idea de quién ha podido hacerte esto? —preguntó Pedro a su hijo.

—No. Ni siquiera podría identificar a los que me atacaron. Era casi de noche, el callejón donde me emboscaron estaba muy oscuro y aquellos tipos iban embozados con sus capas y cubiertos con sombreros de ala ancha. No pude hacer otra cosa que agacharme y cubrirme la cabeza con las manos mientras me llovían golpes de todas partes —comentó Juan, al que le costaba hablar.

—Hemos intentado averiguarlo —intervino el anciano Felipe Rubio, quien a pesar de su avanzada edad mantenía una considerable lucidez—, pero por lo que hemos podido inferir hasta ahora, si alguien sabe algo de los criminales que atacaron a Juan, calla; probablemente por miedo.

Raquel, seis años menor que su esposo Felipe, entró entonces en la habitación; con ella iba Andrés, que llevaba una bandeja con un cuenco de agua caliente en la que se había preparado una infusión de aloe, tomillo y hierbabuena, y una escudilla con otra de valeriana.

—Bébetelo esto —le dijo Pedro cogiendo la escudilla con la valeriana—; te relajará los músculos y te aliviará la respiración. Luego tomó un paño limpio, lo empapó en la de aloe, tomillo y hierbabuena y le limpió el ojo magullado y la herida del labio.

—¿Sabe esto tu esposa? —le preguntó Raquel a su sobrino Pedro.

—No. Lo que le ha ocurrido a Juan solo lo conoce mi hijo Pablo. A Juana tuve que mentirle. Le dije que el rey me enviaba a Madrid en busca de medicamentos. Supongo que no me creyó, pero no quiso saber más. —Pedro calló que en los años en los que fue médico y consejero de Fernando el Católico había tenido que realizar algunas misiones secretas para el monarca y que Juana se había acostumbrado al hermetismo de su esposo cuando se trataba de afrontar situaciones en las que estaba de por medio algún asunto político.

—Tal vez debieras marcharte de Toledo —le dijo Felipe a su sobrino Juan.

—Tu tío tiene razón. Puedo hablar con el rey don Carlos. Le entusiasman los torneos y la caza, y se siente como esos caballeros andantes de los libros de caballerías, tanto es así que creo que ha aprendido a hablar nuestra lengua leyendo el *Amadís*, esa novela sobre la que todos comentan. De modo que quizá quiera tener en su corte como maestro de armas a un artesano con tu habilidad y destreza para fabricar las más hermosas espadas y armaduras. En la corte, bajo la protección directa del rey, nada tendrías que temer —le propuso Pedro.

—Emperador. Don Carlos ya ha sido proclamado emperador —lo corrigió Felipe.

—Cuando salí de Barcelona estaba esperando esa confirmación. ¿Ya se ha producido?

—Sí. Esta misma mañana ha llegado un correo anunciándolo. Me lo acaba de decir uno de los consejeros de la ciudad, con el que me he cruzado viniendo para aquí. Supongo que ya lo habrán proclamado en un bando por toda la ciudad.

—Vaya, sí que ha cabalgado deprisa ese mensajero, porque cuando yo salí de Barcelona, y he venido todo lo rápido que me ha sido posible, todavía no se habían reunido los grandes electores.

—Quiero seguir en Toledo —asentó Juan.

—¿Cómo?

—Que quiero seguir viviendo en mi ciudad, padre. No deseo escapar. No soy un cobarde.

—Ya sé que no lo eres, hijo. Tienes valor y agallas, pero quien te ha hecho esto no parará aquí. Si los inquisidores no pueden condenarte, tal vez se sirvan de esos sicarios para volver a hacerte daño.

—No quiero rendirme, padre, no quiero renunciar a lo que soy. No lo haré. —A pesar de su debilidad, Juan Losantos mostraba una firme determinación.

—En ese caso, creo que lo mejor será que tu madre y yo nos instalemos aquí en Toledo...

—No; si yo corro peligro, vosotros también. Al lado del rey estáis seguros, y yo me sentiré mejor sabiéndolo. Vuelve a la corte, a Barcelona, y cuida de madre, de María y de Pablo...

—Tu hermano mayor sabe cuidarse solo. Todavía no os lo he dicho —Pedro miró orgulloso a sus parientes—, pero Pablo ha sido nombrado hace unos días médico real, bueno..., ahora ya es médico imperial. —Pedro obvió confesar que él también había recibido amenazas, y que tenía poderosos enemigos en la corte. Tampoco les dijo que había sido abuelo, pero que su nieto había muerto apenas dos meses después de nacer. Al fin y al cabo, morían tantos niños que a quién le importaba la muerte de uno de dos meses.

—¡Qué buena noticia! —se alegró Raquel.

—¿Y tú? —le preguntó Felipe a su sobrino Pedro.

—¿Yo? Bueno, sigo como médico en la corte, aunque desde que murió don Fernando ya no soy yo quien visita al nuevo rey. Me encargo de algunos de sus familiares y de ciertos altos funcionarios. Me estoy haciendo mayor; quizá debería retirarme a Valladolid o a Segovia y pasar allí lo que me quede de vida curando a los más necesitados, a los que no tienen recursos para pagar a un médico.

—¿Y de qué vivirías?

—Durante estos años hemos logrado ahorrar algún dinero que hemos confiado a un banquero de Medina del Campo, que también tiene una tabla de cambio en Valladolid.

—No te fíes de ellos —repuso Felipe.

—De este sí; es, como nosotros, un judío converso. Pese a todo lo que ha ocurrido, a los conversos nos siguen uniendo muchos lazos. Bien —Pedro Losantos dejó el paño con el que había limpiado las heridas de su hijo encima de una mesita—, si ese es tu deseo, me quedaré unos días aquí, hasta que estés del todo recuperado, antes de volver a Barcelona. Pero si cambias de opinión y quieres venir conmigo...

—Gracias, padre, pero mi vida está aquí. —Pablo miró a su amante; Andrés permanecía callado y discreto, como de costumbre.

—Le has salvado la vida a mi hijo. Si no fuera por tu intervención, ahora quizá estaría muerto. Te lo agradezco.

Andrés asintió con la cabeza a las palabras de Pedro Losantos.

### *Barcelona, fines de julio de 1519*

—Y así es como quedaría, si lo aprobáis, vuestro nuevo escudo de armas, majestad.

Un pintor de la corte mostraba a Carlos un cartón en el que se habían dibujado los

emblemas, colores y motivos heráldicos de todos los dominios que acumulaba el emperador. Un águila bicéfala con la cruz de Borgoña, ubicada entre dos columnas flotando sobre corrientes de agua con la leyenda *Plus Ultra* y rematada con la corona imperial, sostenía un escudo orlado por el collar de la Orden del Toisón de Oro con el vellocino colgando junto a la cola; allí estaban los emblemas y colores de los reinos de Castilla y de León, de la Corona de Aragón, de Navarra, de Granada, de Jerusalén, de Hungría, de Nápoles y Sicilia, de la Casa de Austria y Habsburgo, de Borgoña, de Brabante, de Tirol, de Flandes...

—¿Y las Indias Occidentales? —preguntó Carlos mientras examinaba el dibujo.

—Majestad..., ¿las Indias...? Yo..., bueno... —balbució el pintor, a quien nadie le había dicho que incluyera en el escudo ningún emblema referente a las Indias.

—Señor, las Indias forman parte inseparable de Castilla y León. No son nuevos reinos, sino una extensión de esos dos al otro lado del océano —intervino Adriano de Utrecht para alivio del atorado pintor.

—¿Parte de Castilla y León, decís, don Adriano?

—Así lo decidieron vuestros abuelos los Reyes Católicos. Y creo que lo hicieron con buen sentido, pues se trataba de dejar claro ante el reino de Portugal que el dominio de las tierras del Nuevo Mundo por parte de sus altezas don Fernando y doña Isabel era la voluntad divina. Vuestro abuelo Fernando quería que la empresa de Indias fuera la continuación de la conquista de Granada, una hazaña prodigiosa bendecida por el propio Dios a través de su representante en la tierra: el papa.

»Además, señor, las Indias carecen de un emblema heráldico que las identifique. De modo que habría que crear uno, pero en ese caso debería dotárselas de su propio reino: el reino de las Indias Occidentales. Creo que no suena bien. Y si fuéramos más precisos, habría que hacer un escudo de cada uno de los reinos e imperios que ya se han conquistado. Y en ese caso el nuevo escudo tendría que ser tan grande que no cabría en pared alguna.

—Tenéis razón, don Adriano, no suena nada bien. Las Indias seguirán siendo parte integrante del territorio de Castilla y de León, y sus tierras quedarán bajo su Corona —asentó el emperador.

—Así se hará.

—En cuanto al papa... Luego continuaremos con esto, podéis marcharos —le ordenó Carlos al pintor, que, inmóvil como una estatua, sostenía el cartón con el dibujo—. Dejadlo ahí.

El pintor depositó el cartón con cuidado junto a una mesa y salió deprisa tras una inclinación de cabeza ante el emperador.

—¿Os gustaría ocupar ese puesto?

Adriano de Utrecht se quedó pasmado.

—Majestad..., ¿os referís a mí?

—Claro, en esta estancia solo estamos los dos. Seríais un papa excelente.

—Vuestro abuelo el emperador Maximiliano me eligió como vuestro preceptor y

me confesó que vos seríais algún día su sucesor al frente del Imperio. Hace ya catorce años que estoy a vuestro lado y siempre he procurado prestaros un servicio acorde con lo que me pidió don Maximiliano. Mi deseo no es otro que seguir en ello, pero esta idea de convertirme en papa... No, no creo que sea la persona adecuada para ocupar tan alto puesto. Además, el papa León es quince o dieciséis años más joven que yo y es un Médici, un italiano. El colegio cardenalicio, que es quien designa al papa, está compuesto por una mayoría de cardenales italianos y franceses. Aunque yo sobreviviera a León X, no podría optar a ese puesto. No creo que esos cardenales me eligieran.

—Vamos, don Adriano, con una buena bolsa de ducados de oro se puede comprar la voluntad y la adhesión de todos y cada uno de esos engolados cardenales. Lo sabéis bien, pues habéis sido testigo de cómo hemos tenido que comprar a los siete grandes electores para que me otorgaran su voto para proclamarme emperador. Ya que no podemos influir en la decisión del Espíritu Santo, que es quien inspira a los cardenales en el cónclave, ¿cuánto creéis que costaría comprar a la mitad de esos prelados?, ¿quinientos mil, seiscientos mil ducados?

—Sí, supongo que una cifra similar, majestad.

—Bien. Podemos hacerlo. ¿Sabéis a cuánto ascienden las rentas anuales de la Iglesia romana?

—Superan con creces esa suma —dijo Adriano de Utrecht.

—En cuyo caso, emplear esos miles de ducados para conseguir el papado constituiría una buena inversión —dijo Carlos—. No sé cuánto tiempo vivirá el papa León. Tiene...

—Cuarenta y cuatro años, creo —precisó Adriano—; yo ya he cumplido los sesenta.

—Sí, esa diferencia de edad es un inconveniente, pero si Dios está de mi parte, y todo apunta a que así es por lo que anuncian algunos cronistas y un buen número de visionarios, nos echará una mano.

—Pero, majestad...

—Escuchad, don Adriano, para que se cumplan nuestros planes necesitamos a la Iglesia de Roma. Pronto viajaré a Alemania y para entonces las aguas deben estar calmadas. Ya sabéis que allí están logrando mucha aceptación las tesis de ese monje agustino...

—Lutero, majestad, se llama Martín Lutero —precisó Adriano.

—Lutero, sí... Pues bien, lo que está haciendo el papa León no es sino alimentar el auge de las tesis de ese Lutero. León X está gastando sumas ingentes de dinero en la nueva basílica de San Pedro y en lujos y fiestas cuyo coste escandaliza a media cristiandad. Además, dudo mucho que su apoyo de última hora a mi candidatura al Imperio sea sincero. Durante estos meses ha actuado de modo diletante, dudando entre ayudar a Francisco de Francia o a mi persona. Si en el último momento se decantó por favorecerme es porque le informaron que los electores ya habían



decidido votarme por unanimidad. Pero, de cambiar las tornas, estoy seguro de que se decantaría por Francisco. Ese León de Médici no es de fiar, y quien lo suceda en el trono de San Pedro debe estar de nuestro lado.

Adriano de Utrecht sonrió satisfecho, pero no porque ambicionara convertirse en el siguiente papa, sino porque su pupilo el emperador estaba demostrando una notable capacidad política pese a su juventud; y, sin duda, buena parte de esa capacidad se debía a sus enseñanzas.

—Yo estaré siempre a vuestro servicio, pero sabed, majestad, que no soy digno de ocupar la sede de san Pedro.

—Si algún día lo hacéis, no me cabe duda de que os comportaréis como el más digno representante que pueda tener Dios en la Tierra.

—Bueno, dados algunos precedentes, tampoco sería muy difícil lograrlo.

—Hablaremos de esto más adelante. Ahora, decidme, ¿os agrada este escudo?

—Creo que es el adecuado y que simboliza cuanto representáis.

Carlos se acercó al dibujo, cogió el cartón en sus manos y lo colocó sobre la mesa para verlo mejor.

—Sí, parece el apropiado —afirmó satisfecho.

### *Barcelona, agosto de 1519*

—¿Cómo te ha ido por Madrid? —preguntó Juana de la Cruz a su esposo recién llegado de Toledo.

—Bien, bien...

—¿Y los medicamentos? ¿Los has encontrado?

—Sí, sí, los llevarán a la botica de palacio.

—¿Dónde los conseguiste?

—En casa de un converso madrileño. Hace tiempo que... No, no he estado en Madrid; ya lo has intuido —confesó al fin Pedro Losantos.

—Lo suponía. No me lo digas si no quieres, pero me figuro que no has ido a cumplir una misión para el rey.

—El emperador —puntualizó Pedro.

—Has estado en Toledo, ¿cierto?

—Sí. He ido a ver a nuestro hijo.

—¿Es grave? Se trata de Juan, soy su madre y quiero saber qué le ocurre. Nunca te he reprochado tus servicios al rey don Fernando, pese a que no estaba de acuerdo con que colaboraras con algunos de los planes de ese hombre, pero en este caso se trata de nuestro hijo y tengo derecho a saber qué le pasa.

—Ha sufrido un percance.

—¿Está bien?

—Sí, ahora sí. Varios hombres le tendieron una encerrona cuando regresaba a casa al anochecer y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente en una calleja de Toledo. Le rompieron algún hueso y le causaron numerosas magulladuras, pero se ha recuperado.

—¿Eran ladrones?

—No. Creemos que eran sicarios, pero no sabemos quién les pagó.

—Era tan pequeño... Debimos llevárnoslo con nosotros cuando dejamos Toledo —se lamentó Juana.

—Juan desea vivir en esa ciudad con el... con el hombre al que ama. Y esos malditos inquisidores no lo dejan vivir en paz. He intentado convencerlo para que venga aquí, con nosotros, al abrigo de la corte, pero no quiere ceder. Me habló de que pretendía ser libre, de que nadie lo subyugaría... No sé qué libros ha leído o quién le ha metido esas ideas en la cabeza, pero no se doblegará ante nada. He visto la determinación en sus ojos.

—Si continúa viviendo en Toledo, acabarán con él; lo presiento. —Unas lágrimas corrieron por el rostro de Juana de la Cruz—. ¿Vamos a permitirlo? ¿Vas a dejar que maten a nuestro hijo?

Pedro Losantos calló; y entonces se sintió impotente, desvalido, incapaz de elaborar una sola respuesta a las preguntas de su esposa. Echó la vista atrás y repasó en un instante lo que había sido su vida. Se arrepintió de su cobardía, de haber permanecido durante tantos años al servicio de un rey al que no admiraba, de no haber tenido el valor de enfrentarse con sus propios miedos, de no haber sido capaz de acabar con un modo de vida en el que nunca creyó, pero que le proporcionaba seguridad y despensa. Se arrepintió.

—Nunca debí vender mi alma, nunca, nunca —se lamentó entre sollozos.

Abrazados como dos niños temblorosos y desvalidos, Pedro Losantos y Juana de la Cruz lloraron su amargura y su desconsuelo. Si pudieran volver atrás, si fueran capaces de regresar a otro tiempo, si fuera posible cambiar el pasado, si pudieran tener el tiempo en sus manos...

### *Barcelona, fines de septiembre de 1519*

El emperador procuraba mostrarse tranquilo ante la gravedad de los informes que Guillermo de Croy, señor de Chièvres, y Adriano de Utrecht le estaban presentando.

—Nuestros agentes en Castilla y en Valencia avisan de movimientos de grupos de ciudadanos que se están organizando en juntas y hermandades. Temen que en cualquier momento pueda estallar una revuelta general. Además, los jurados de Valencia insisten en que es preciso prepararse contra una posible invasión de los turcos, mejorar las fortalezas y librar el dinero necesario para que la gente de a

caballo pueda defender ese reino —comentó Adriano.

—Las cosas no están mucho mejor en Europa, majestad. El número de seguidores de ese monje, el tal Lutero, continúa creciendo, sobre todo en el norte de Alemania; Francisco de Francia anda enredando en Italia; y los turcos avanzan hacia Viena por el Danubio y siguen construyendo una gran flota en sus atarazanas de Estambul —añadió Guillermo de Croy.

—Disponed el dinero que solicitan los de Valencia y también el necesario para la construcción de una nueva armada. Debemos contrarrestar a la marina otomana con más galeras de guerra y mejores tripulaciones —dijo Carlos.

—Podemos utilizar las bases de Sicilia para el dominio de las costas de África —dijo el de Chièvres.

—Dad las órdenes para ello.

—Y en cuanto a las Indias Occidentales, creo, majestad, que deberían permanecer unidas a la Corona —comentó Adriano.

—Sí, así lo planearon mis abuelos.

—En ese caso, emitiremos una cédula por la que las Indias quedan unidas para siempre a la Corona de Castilla, con la prohibición expresa de que nadie pueda enajenarlas jamás. El rey de Castilla, vuestra majestad, será el señor natural de todas esas tierras.

—Usaremos las rentas de las Indias para construir la flota contra el turco. Ordenad que todo el oro y la plata que se obtenga en las Indias sea fundido y labrado en piezas para sufragar esos gastos. Que se encargue el tesorero de hacer las oportunas acuñaciones de moneda.

—Por lo que respecta a los indios..., majestad —habló Adriano—, el fraile dominico Bartolomé de las Casas, un antiguo encomendero, anda por ahí denunciando el mal trato que algunos de nuestros soldados han mostrado hacia los indios. Sus relatos sobre algunas matanzas son estremecedores.

—Toda conquista conlleva derramamiento de sangre; es inevitable —intervino Guillermo de Croy, señor de Chièvres.

—Sí, así ha sido siempre, pero los Reyes Católicos dictaron una serie de decretos para que los indios fueran tratados conforme a las buenas prácticas de la caridad cristiana.

—Son salvajes. ¿Qué caridad se puede tener hacia unos salvajes?

—Somos cristianos y nuestra misión es llevar el mensaje del Evangelio a esas apartadas regiones del mundo, a todos los rincones.

—Pero para lograr tan encomiable misión, don Adriano, necesitamos armas, fuerzas y soldados, y todo eso cuesta mucho dinero, dinero que solo podemos obtener de las rentas de las Indias.

—Señores, calmaos los dos —terció Carlos, que, aun siendo el más joven de los tres, era el que se mostraba más sereno—. No es ejemplo de buenos cristianos llevar a cabo matanzas de indios, aunque sean infieles; y, además, hacerlo contribuye a que

aumente el odio de esas gentes hacia nosotros. Pero necesitamos el oro y la plata de las Indias para detener a los turcos en el Mediterráneo y en el norte de África. Espero que las nuevas conquistas que allí se están iniciando aporten más dinero para esta empresa.

—Desde Cuba y Santo Domingo se están preparando expediciones para la conquista de tierra firme, donde hay un gran imperio al que llaman México. Diego Velázquez, nuestro gobernador en Cuba, ha autorizado a uno de sus capitanes, un extremeño de Medellín llamado Hernán Cortés, para que lleve a cabo la empresa, pero han estallado disensiones entre esos dos hombres, y sabemos que Cortés ha decidido emprenderla por su cuenta. Se ha propuesto ganar todo ese imperio con once barcos y setecientos hombres...

—¿Conquistar un gran imperio solo con esos soldados? —interrumpió Carlos al de Chièvres.

—Según parece, el de México es un reino gobernado por tiranos que se beben la sangre y se comen el corazón de sus súbditos, a los que sacrifican por miles con la excusa de calmar la ira de sus falsos dioses. Varios pueblos cercanos a este imperio han sido saqueados y robados por los aztecas, que es el nombre de los miembros de la tribu que gobierna México. Cortés debe de suponer que buscando una alianza con estos pueblos oprimidos formará un gran ejército y así derrotará a los aztecas.

—¿Es de fiar ese Cortés? —preguntó Carlos.

—Ha desobedecido las órdenes del gobernador de Cuba, pero parece un hombre valiente y leal a vuestra majestad. En la carta que os ha remitido da rendida cuenta de todo cuanto ha hecho. A mí me parece que su relato es veraz. Además, es un hombre con suerte. Por lo que he podido saber, entre esos aztecas corre una vieja leyenda sobre un pueblo de hombres poderosos, poco menos que unos semidioses, que llegó a sus costas desde occidente. Es probable que esas gentes ignorantes hayan creído que los soldados de Cortés son aquellos mismos hombres de los que hablan sus viejas leyendas, y eso le ha favorecido.

En ese memorial, recién recibido en Barcelona, Hernán Cortés relataba que en el desembarco en las costas de México había encontrado a un náufrago llamado Jerónimo Aguilar, quien conocía la lengua de los indios. Narraba la gran victoria obtenida en un lugar llamado Tabasco, donde había derrotado a cuarenta mil indios; expresaba su intención de fundar una ciudad a la que pensaba denominar Veracruz; informaba de la alianza con los tlaxcaltecas, un pueblo enemigo de los aztecas, y de la victoria sobre México y el vasallaje que su emperador Moctezuma había jurado a Carlos como rey de Castilla; y relataba la bárbara costumbre de los aztecas de realizar sacrificios humanos en los que se extraían el corazón y las entrañas de las víctimas para ofrendarlos a sus falsos dioses.

—Debemos poner más cuidado en todo cuanto ocurre en las Indias —comentó Carlos.

—Es muy complejo, majestad. A la conquista del Nuevo Mundo están acudiendo

gentes dispuestas a cualquier cosa con tal de ganar fortuna y convertirse en potentados. Muchos de los que hasta allá se dirigen son hijos de hidalgos e infanzones de Castilla venidos a menos y que carecen de rentas para vivir en su tierra natal. Sus padres o sus abuelos consiguieron privilegios de hidalguía luchando contra los moros en Granada, pero, acabada aquella guerra, sus hijos y nietos conservan el título y poco más —explicó Adriano.

—¿De qué materia están forjados esos hombres? —preguntó Carlos.

—Probablemente de la misma que forja la idea de la fama, majestad. Porque solo así se entiende el riesgo que asumen y las aventuras que emprenden. Como ese marino portugués ahora a vuestro servicio, Magallanes, que está a punto de comenzar la vuelta al mundo con las cinco naves que le habéis autorizado —dijo Adriano.

—Esos locos son hijos del Cid —añadió el de Chièvres—, pero su locura es un regalo para vuestra majestad.

### *Barcelona, octubre de 1519*

En una sala del palacio real menor de Barcelona, donde se había instalado Germana de Foix, Juana de la Cruz jugueteaba con Isabel, la hija de la reina viuda y del emperador, que con un año de edad ya podía tenerse en pie por sí sola.

—Nunca la reconocerá como propia —comentó con cierta tristeza Germana.

—No puede hacerlo, mi señora. Es el emperador.

—Esa niña es su hija, doña Juana, vos lo sabéis bien, ayudasteis a traerla a este mundo.

—Don Carlos nunca abandonará a su niña.

Juana de la Cruz tuvo que morderse la lengua para no seguir hablando y decir que el emperador no podía confesar públicamente que había tenido relaciones con su abuelastra y que la había dejado embarazada apenas dos años después de la muerte del Católico.

Por la corte se hacían bromas y se contaban chascarrillos en los que se alababa la diligencia de Carlos, a quien su abuelo Fernando le había pedido encarecidamente en una carta que se ocupara de Germana y no la dejara desvalida; ¡y vaya si no lo había hecho el joven príncipe de Flandes!

Pese a la confianza que había alcanzado con Germana, existían ciertos límites que no se podían sobrepasar. Juana se limitó a seguir jugando con la pequeña Isabel. La muerte de su nieto Alonso y los problemas de su hijo Juan estaban haciendo mella en la esposa de Pedro Losantos, que en los últimos meses había envejecido tanto como si hubieran transcurrido diez años.

—Señora, un mensaje del rey; es urgente —anunció un criado, que le entregó a la reina viuda un sobre.

Germana cogió el sobre y con un gesto de su mano despachó al criado. De inmediato se acercó a la ventana, abrió la carta y leyó.

Juana la observaba desde el centro de la sala junto a la pequeña Isabel, que comenzaba a cansarse tras haber permanecido un buen rato de pie y reclamaba que la cogieran en brazos.

—Don Carlos me pide que acepte el puesto de virreina de Valencia y ofrece a mi esposo el cargo de capitán general del ejército en ese reino, aunque no antes de ser coronado en Aquisgrán, pues me dice que desea que lo acompañemos a esa ceremonia —anunció Germana.

—¡Señora, eso significa que don Carlos tiene toda su confianza depositada en vos!

—Sí, su majestad es muy generoso. Supongo que tanto mi marido como yo debemos aceptar esas propuestas.

—Valencia es un gran reino, y ser su gobernadora será un gran honor. Además, señora, ya conocéis esa tierra. Yo estuve con vos cuando vuestro primer esposo, el recordado rey don Fernando, os dejó a su mando al regreso de Nápoles.

—Sí, ya fui virreina de Valencia en una ocasión anterior, pero ahora las cosas se están poniendo difíciles. Hay revueltas y malestar en esa tierra, y sus habitantes tienen miedo a una posible invasión de los turcos. Solo soy una mujer...

—Tuvisteis a vuestro lado al mejor de los maestros posibles en el arte del gobierno de un reino.

—Sí, mi esposo don Fernando... Nunca ha habido un rey como él. Cuando llegue el momento, procuraré gobernar Valencia siguiendo su estela. Sois mi mejor amiga, mi confidente. ¿Vendríaís conmigo a Valencia si os lo pidiera?

—Señora, sabéis en qué alto aprecio os tengo, pero mi lugar está junto a mi esposo.

—También puede venir; don Pedro es un excelente médico. Hablad con él y proponédselo. Vuestro hijo Pablo es médico real y ya no os necesita. Venid conmigo, ambos. Supongo que partiremos hacia Valencia cuando regresemos de la coronación de don Carlos.

—Hablaré con mi esposo y ya os diré.

### *Barcelona, comienzos de noviembre de 1519*

—Los asuntos del Imperio no pueden esperar más. Enviad cartas a nuestros embajadores para que preparen mi viaje, cuanto antes —ordenó Carlos a Adriano de Utrecht.

—Antes debéis presidir las Cortes de Valencia. Sus fueros dictan que el rey debe jurarlos.

—No tengo tiempo para ir a Valencia, y, además, en ese reino hay algunas revueltas que es preciso sofocar. Si el virrey no es capaz de acabar con esos focos de rebeldes, enviaré allí a doña Germana para que se encargue de su gobernación y a su esposo el duque para que dirija el ejército real. Ambos saben lo que tienen que hacer y disfrutan de mi absoluta confianza.

—Pero, majestad, si no acudís a las Cortes de Valencia, como habéis hecho en Castilla, Aragón y Cataluña, las gentes de ese reino se sentirán menospreciadas, y esas revueltas podrían ir a más. En ellas están implicados artesanos y comerciantes, pero incluso la nobleza podría sentirse agraviada y sumarse a las protestas —razonó Adriano.

—Id vos en mi nombre. Sois un hombre justo y ecuánime. Los valencianos se sentirán satisfechos con vuestra presencia —replicó Carlos.

—Señor, atendedme, os lo ruego. Si faltáis a las Cortes de Valencia puede estallar una rebelión general, y ya tenemos bastantes frentes abiertos en las Indias con tanto capitán tomándose la conquista por su cuenta, en el Mediterráneo y el Danubio con el progreso de los turcos y en Alemania con el avance de las tesis del fraile Lutero. No es conveniente que se abra uno más en Valencia.

—Si acudo este invierno a Valencia me retrasaría varios meses, y el Imperio no puede esperar. Además, en algunas ciudades de Castilla, como sabéis, se han detectado movimientos en nuestra contra. En Segovia, Ávila y Toledo se han alzado voces a favor de que mi madre doña Juana se haga cargo del gobierno de Castilla y de León. Paradojas del destino: mi abuelo el rey Fernando, que no tenía los derechos dinásticos de Castilla pero sí los de la Corona de Aragón, estuvo a punto de dejar estos reinos a mi hermano don Fernando, su favorito. Y ahora que yo tengo los derechos de la Corona de Aragón, hay gente en Castilla que me cuestiona los de ese reino.

—Afortunadamente, vuestro abuelo cambió su testamento en el último instante de su vida y con ello evitó una guerra. Y, como bien sabéis, majestad, dos días antes de morir el Católico, el heredero de Aragón, según constaba en su testamento, era vuestro hermano don Fernando. Pero yo logré convencerlo para que lo cambiara en vuestro favor y conté para ello con la ayuda de don Pedro Losantos, el padre de uno de vuestros médicos.

—¿Qué hizo ese hombre? —demandó Carlos.

—En los últimos días de su vida don Fernando estaba muy débil, no podía caminar y apenas balbuceaba alguna palabra inteligible. Una de las pocas personas en las que confiaba era su médico, el converso don Pedro Losantos, que permanecía a su lado además como consejero privado. Yo hablé con don Pedro y le pedí que interviniera para que don Fernando cambiara su voluntad. Y ese converso lo hizo bien. Un día antes de morir vuestro abuelo firmó el cambio en su testamento y vos, majestad, os convertisteis en heredero de todos los dominios del rey de Aragón.

Carlos de Austria se sumió en un reflexivo silencio durante unos instantes.

—De modo que es verdad, que le debo la mitad de mis posesiones hispanas a ese médico —comentó.

—En buena parte, sí.

—De ahí vuestra insistencia, y la de doña Germana, en que yo nombrara médico de la corte a su hijo, a don Pablo.

—Majestad, los Losantos fueron judíos en otro tiempo y, como tales, la Inquisición ha puesto su mirada sobre ellos. Don Pedro sabía que mientras viviera vuestro abuelo gozaría de la protección real, pero temía por lo que pudiera ocurrirle a su familia una vez muerto don Fernando. Yo vi en esa debilidad una oportunidad para ganarme su confianza y su ayuda, que en esos momentos era necesaria —explicó Adriano de Utrecht.

—¿Qué os pidió a cambio? ¿Solo protección?

—Le prometí que su familia gozaría de seguridad bajo vuestro mandato.

—Bien, lo habéis cumplido.

—Hay algo más, señor.

—Decidme, don Adriano.

—Se trata de otro de los hijos de Pedro Losantos. Su nombre es Juan; trabaja en Toledo, en un afamado taller de orfebrería que regenta su familia desde hace generaciones.

—¿Qué ocurre con ese hombre?

—Corre por Toledo el rumor de que es un sodomita y que comete el pecado contra natura de manera pública, pues vive amancebado con uno de los trabajadores de ese taller. Sé por el propio don Pedro que el tal Juan Losantos está siendo investigado por los inquisidores toledanos, y ya sabéis lo puntillosos que son algunos de los miembros del Santo Oficio. Hace unos meses fue detenido e interrogado en el convento de dominicos de esa ciudad, pero, cuando se supo que era hijo de un médico del rey, lo pusieron en libertad.

—Bien, asunto resuelto.

—No del todo, majestad. Unos hombres asaltaron en plena calle a Juan Losantos y lo apalearon hasta dejarlo al borde de la muerte.

—¿Se sabe quiénes fueron? ¿Han sido detenidos?

—No. Nadie vio nada y no han podido ser identificados. Me temo que no habrá testigo alguno de ese atentado.

El emperador se atusó su juvenil barba. Sobre la mesa de la sala del palacio real había una jarra de plata con cerveza recién fermentada. Carlos se sirvió una copa, que bebió de un par de tragos.

—¿Qué opináis vos, don Adriano?

—La Inquisición no suele soltar su presa cuando le ha dado un bocado.

—¿Sugerís que el Santo Oficio está detrás del ataque a ese orfebre?

—Creo que sí. Es probable que los inquisidores se hayan sentido despechados por tener que liberar a Juan Losantos y hayan buscado a unos sicarios para darle un



escarmiento.

—Ocupaos de ello. Si le debo a don Pedro Losantos una de mis Coronas, justo es que protejamos a su hijo.

—Así lo haré, majestad.

—Una vez que se resuelvan las Cortes de Castilla, marcharé a Alemania a tomar posesión del Imperio. Mientras esté fuera de estos reinos, vos seréis el gobernador de Castilla.

—¿De España? —Adriano de Utrecht se refirió con ese nombre, como empezaba a ser habitual sobre todo entre los extranjeros, al conjunto de Estados peninsulares hispanos heredados por Carlos de sus abuelos los Reyes Católicos.

—Solo de Castilla y León —precisó Carlos.

### *Barcelona, fines de noviembre de 1519*

Cuando se supo en Valencia la noticia de que el emperador no iba a acudir a sus Cortes para jurar los fueros de ese reino, fueron muchas las voces que se alzaron denunciando que Carlos había cometido un acto ilegal, y que no podía ser proclamado soberano del reino de Valencia si no los juraba en persona, como señalaban la ley y la costumbre.

En las principales ciudades y villas valencianas la indignación se extendió como la marea sobre la playa y en varias de ellas se organizaron Germanías, asociaciones integradas por grupos de artesanos y comerciantes dispuestos a combatir contra los privilegios de la nobleza y a no consentir la humillación a la que sometía a su reino el desprecio del emperador y su negativa a acudir ante sus Cortes para jurar sus fueros.

En Castilla las cosas tampoco iban bien. Unos grupos de gentes de las ciudades de realengo constituidas en las llamadas Comunidades andaban celebrando reuniones y juntas en las que se denunciaban los abusos y los privilegios de la nobleza y se señalaba al emperador como principal responsable de semejante situación. Los comuneros, como empezaban a ser denominados en algunas partes, pretendían limitar las injustas ventajas de las que disfrutaban los nobles y volver a los viejos tiempos en los que las comunidades de hombres libres eran capaces de decidir su destino, dictar sus ordenanzas y estatutos en villas y ciudades y limitar el poder de los reyes y los aristócratas.

Entre tanto, Pablo Losantos se estaba ganando la confianza del emperador, que acababa de llegar de celebrar en Molins, una villa cercana a Barcelona, la fiesta de San Andrés con un opíparo banquete en compañía de quince caballeros de la Orden del Toisón de Oro; hasta allí se había llevado a Pablo como médico de jornada.

El resto de los médicos de la corte se había formado en las universidades de Montpellier y de Salamanca, donde habían aprendido las viejas técnicas de curación

que se practicaban siguiendo los métodos de Galeno. A diferencia de ellos, Juan era el único que había estudiado medicina en la escuela de Salerno, cerca de Nápoles, donde sus maestros le habían enseñado de manera clandestina la disección del cuerpo humano y ciertas formas de curación transmitidas por los mejores médicos árabes en los grandes centros de saber ubicados en Bagdad, El Cairo y Estambul.

En aquellos días de otoño Leonor de Urrea quería volver a quedarse embarazada. La esposa de Pablo Losantos ya tenía treinta y tres años. La aragonesa mantenía la esperanza de ser madre a una edad a la que muchas mujeres ya eran abuelas.

—Quiero ser madre de nuevo —le dijo Leonor a Pablo.

—Claro, y en ello estamos.

Pablo abrazó a su esposa y la besó con dulzura.

—Nacerá y vivirá; nuestro segundo hijo vivirá.

—Por supuesto que vivirá, y para eso debes cuidarte desde este mismo momento.

—Ha pasado más de un mes desde mi último período menstrual y no he manchado.

—Quizá estés embarazada.

—Será otro niño —dijo Leonor, que se retiró.

—Ahora eso es lo menos importante —asentó Pablo.

—Ojalá esté embarazada Leonor —le dijo Pedro a su hijo, que le había confesado que estaban buscando un segundo niño.

—Si todo va bien, tal vez seas abuelo antes de que acabe el año próximo.

—Sería mi segundo nieto. —Pedro se entristeció al recordar la muerte del pequeño Alonso.

—Si es niño lo llamaremos Pedro, como tú.

—Gracias, hijo. Pedro..., mi nombre cristiano. ¿Sabes?, cuando nací judío mi padre me puso el nombre de David, como el del rey que llevó a nuestro pueblo a sus mayores cimas de poder y de gloria.

Pedro Losantos volvía a hablar como un judío. Nacido judío, había sido circuncidado siguiendo la costumbre del pueblo de Israel, que también practicaban los seguidores de Mahoma. Su padre, un médico de Toledo llamado Mosés Leví, de nombre hebreo, se había convertido siendo ya un hombre mayor, y con él lo había hecho su hijo David Leví, quien desde ese momento pasó a llamarse Pedro. Pablo, nacido el mismo año en que sus padres Pedro Losantos y Juana de la Cruz se habían convertido al cristianismo, ya no había sido circuncidado y fue bautizado en la catedral de Toledo a las pocas semanas de nacer.

—¿Nuestro pueblo...? Nunca te había oído hablar de este modo.

—Nací judío, toda mi sangre es judía, y toda la tuya también. La de tu hijo ya no lo será, pues tu esposa proviene de una familia de cristianos viejos.

—Padre, padre, yo soy cristiano y siempre he vivido como tal. Sí, tengo sangre

judía en mis venas, pero también la tenían Jesús y todos sus apóstoles.

—Y sigues siéndolo, o al menos compórtate como cristiano, porque en esta parte del mundo en la que te ha tocado vivir no se admite otra manera de hacerlo.

—Padre...

—Me hago viejo. Cada día que pasa siento mayor pesadez en mis miembros, más dolor en mis articulaciones y en mis huesos. Creo que no me queda demasiado tiempo de vida.

—No digas eso. —Pablo comenzó a preocuparse; nunca había escuchado a su padre hablar de esa manera.

—A finales de este verano me sobrevinieron unos fuerte dolores en el costado, aquí —Pedro Losantos se señaló el lado derecho del tórax.

—¿El hígado?

—Sí.

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—Ya sabes, los médicos somos los últimos en reconocer nuestros propios males.

—Permíteme que te mire.

—No hay remedio, hijo.

—Permíteme...

Pedro Losantos se levantó la camisa para que su hijo pudiera palpar su piel en la zona del hígado. Lo que sintieron las yemas de sus dedos lo estremeció.

—Está hinchado. Déjame ver tus ojos; aquí a la luz de la ventana. —La esclerótica del globo ocular tenía un tono amarillento—. Debí haberlo observado antes. Tienes el hígado enfermo, padre.

—Ya lo sé. El tumor está creciendo día a día.

—¿Has tomado algún medicamento? ¿Se lo has dicho a madre?

—No; aunque ella sí ha notado que sufro ciertas molestias. Me ha preguntado por ello, pero me he limitado a decirle que la edad no perdona, que ya no soy un jovencito, y todas esas excusas.

—¿Has orinado sangre?

—Todavía no, pero mi orina es cada día más oscura, de modo que supongo que no tardaré demasiado en hacerlo. Y ya sabes que cuando aparezcan esos síntomas mi tiempo se habrá acabado.

—Podemos retrasarlo —dijo Pablo.

—Podemos aliviarlo, porque el tiempo solo está en las manos de Dios. Y ahora quiero que me prometas una cosa.

—Lo que tú desees, padre.

—Prométeme que cuidarás de tu madre y de tus hermanos. Prométemelo.

—No hace falta que te prometa eso. Sabes de sobra que lo voy a hacer. Pero claro que tienes mi promesa.

—Siempre supe que eres el mejor hijo que pude tener...

## *Barcelona, mediados de diciembre de 1519*

Juana de la Cruz y María Losantos ya sabían que su esposo y padre estaba enfermo, y que su vida no se alargaría demasiado.

El cáncer estaba consumiendo el hígado de Pedro Losantos y el tumor crecía sin remedio. En cuanto comenzara a extender sus raíces por el resto del cuerpo, acabaría enseguida con su vida. Pablo había tratado a algunos pacientes de esa enfermedad, y todos habían muerto a las pocas semanas de desarrollarse. Apenas dos o tres meses después de orinar sangre, los aquejados por este mal fallecían. Nadie conocía cura alguna para semejante enfermedad.

Pablo Losantos le acababa de hacer el amor a su esposa. Leonor de Urrea seguía taciturna y pesarosa por la muerte de su hijito Alonso, pero los dos esposos seguían intentándolo y se afanaban de nuevo por engendrar otro hijo.

El médico examinaba a su esposa, seguía sus reglas y hacían el amor en los días que consideraba más propicios para el embarazo. Leonor era fértil, y, aunque dolidos por la temprana muerte de Alonso, estaban esperanzados por volver a ser padres.

—Llevas varios días de retraso en tu menstruación; ¿estás embarazada?

—Creo que sí —dijo Leonor, expresando más su deseo que su certeza.

—Volveremos a ser padres —le dijo Pablo.

—Es lo que más deseo: darte otro hijo.

Pablo la besó con ternura. Leonor ya no era una jovencita, y algunas arrugas se marcaban en la comisura de sus labios y en la frente, a la vez que algunas canas rizadas surgían entre sus delicados mechones rubios.

—El emperador partirá pronto para Castilla y luego viajará a Alemania; tendremos que ir con él. Me lo ha comunicado esta mañana el señor de Chièvres, al que he estado examinando de una dolencia en uno de sus ojos.

—Iré donde me digas.

—No me han dado otra opción. Ni siquiera me han preguntado. Don Guillermo de Croy me ha comunicado que el emperador está muy contento con mis servicios, sobre todo desde que le calmo los dolores de vientre que le sobrevienen cada pocos días.

—Eres un excelente médico; no me extraña que el emperador te quiera a su lado.

—No es preciso ser un experto médico para comprender lo que le ocurre a don Carlos. En algunos banquetes suele comer en demasía; se atraca de pasteles de carne de venado, de asados de aves, de embutidos de jabalí y de vino y cerveza. Es joven, pero ni siquiera su estómago es capaz de soportar semejante cantidad de comida.

—A doña Germana le pasa lo mismo.

—La reina tiene un apetito voraz que se ha incrementado, si cabe, desde que el emperador dejó de visitar su cama.

—Esa mujer ha sufrido demasiado —dijo Leonor.

—Espero que sea feliz al lado de su nuevo esposo.

—No lo será. Esa boda fue una pantomima.

—No creo que sea dichosa. Además, el marqués de Brandeburgo se ha casado con ella solo por el interés, para medrar en la corte de don Carlos.

—¿Cuándo partiremos?

—En cuanto pasen las navidades y comiencen a alargarse un poco los días. Por lo que he podido saber, esta primavera la pasaremos en Flandes.

—Tal vez doña Germana no lo sea con su esposo, pero yo seguiré siendo feliz contigo a dondequiera que me lleves.

—Lo serás. Te prometo que seguirás siendo feliz. Yo me encargaré de que así sea.

### *Tordesillas, Navidad de 1519*

Una mujer contemplaba los campos del Duero desde un mirador en lo alto de una casona palaciega en la villa castellana de Tordesillas. Era la reina de Castilla, a la que muchos consideraban loca. Hacía ya más de doce años que vivía recluida en aquel terroso edificio de adobe y ladrillo al que de manera exagerada denominaban «palacio» porque, aunque loca y sin poder alguno, una reina debía habitar en una morada digna de su condición.

Maltratada por su marido el rey Felipe el Hermoso, encerrada de por vida por su padre el rey Fernando el Católico y por su hijo el emperador Carlos, pocas mujeres podían alardear de haber sido reinas además de hija, madre y esposa de reyes. Juana de Castilla era todo eso.

Relegada del trono, ella era la que había transmitido con su sangre las Coronas de Castilla y de Aragón a su hijo Carlos y, además, por su boda con Felipe, los derechos a obtener el Imperio alemán y el título de rey de Romanos.

Juana vivía encerrada en Tordesillas con la presencia de su hija pequeña Catalina como único consuelo: una concesión de Carlos a su madre, que venía a demostrar que en el alma del joven jefe de la Casa de Austria quedaba un poco de capacidad para la caridad y la misericordia.

—Señora, señora, es hora de comer —le avisó una camarera a la reina, que seguía ensimismada en el horizonte azul y helado de la infinita llanura que se extendía al sur de Tordesillas, más allá del cauce del Duero.

Recostada en una mecedora de anea y cubierta con una manta de piel de lobo, la reina loca gustaba de disfrutar de algunos ratos al aire libre, aunque hiciera mucho frío, y sus guardianes solo le permitían hacerlo en aquel mirador en lo alto de la casona, bajo el tibio sol invernal, pues Carlos había dado órdenes tajantes de que su madre no saliera jamás a la calle y de que bajo ninguna circunstancia recibiera visitas.

El palacio de Tordesillas era la cárcel de la reina Juana y de la pequeña Catalina.

—¿Ha venido mi padre a verme? —preguntó la reina a su camarera.

—No, mi señora, tal vez lo haga la semana que viene.

—Estará ocupado ganando batallas a los moros —susurró Juana, que en ocasiones ignoraba, o así lo hacía entender, que su padre el rey Fernando había muerto hacía ya tres años.

Refugiada en su mundo interior de ensoñaciones, Juana vivía tan aislada del resto del mundo que desconocía muchas de las cosas que habían pasado en el seno de su familia y en el que seguía siendo su reino.

—¿Otra vez preguntando por su padre y por su esposo? —le susurró con ironía a la camarera una criada con la que se cruzó cuando descendía del mirador para preparar la comida de la reina.

—Sí. Me ha preguntado que cuándo vendrá su padre a verla.

—Esa pobre mujer no sabe que el rey Católico ha muerto. Está loca —musitó la criada con cierto desdén.

—No lo creas. Doña Juana es una de las mujeres más sensatas que conozco —asentó la camarera.

—Pues todos dicen que ha perdido el juicio; y a mí también me lo parece.

—La reina lleva aquí encerrada muchos años, ha sufrido acoso, persecución, calumnias... La han engañado sus padres, su esposo, sus hijos... ¿Cómo estarías tú en su caso? Y, por cierto, cuando te dirijas a mí, hazlo con la consideración que me debes; soy la camarera de la reina y mi sangre es noble. No lo olvides nunca.

—Perdonad, mi señora, no volverá a ocurrir. —La criada estaba confusa ante la contundente reacción de una de las principales damas de la reina Juana.

—Y a partir de ahora abstente de realizar comentario alguno sobre su majestad. —La camarera usó ese título para denominar a Juana—. Y límitate a cumplir con tu trabajo si no quieres acabar en el peor de los burdeles de Salamanca.

La criada bajó la vista avergonzada y se alejó con la cabeza gacha y el corazón acelerado.

Juana la Loca apareció enseguida en el comedor. A sus cuarenta años de edad, tras media docena de partos exitosos, tras haber sufrido el desprecio y el maltrato de los hombres a los que más había amado, tras años de encierro y dolor solitario, tras haber perdido un trono y ser tildada por casi todos de loca, Juana de Castilla mantenía un aire de altivez real que solo desmerecía por cierto descuido indumentario y la deficiencia en su higiene personal.

—Mi señora... —La camarera dobló ligeramente la rodilla e inclinó la cabeza ante su reina mientras, a su lado, la criada se doblaba por la cintura cuanto podía.

—No he podido ver a mi padre; debe de andar guerreando con los moros.

—Señora, vuestro almuerzo está servido. El cocinero os ha preparado unas sopas de pan y huevo, con este frío os reconfortará.

—¿Y mi hija Catalina?

—Está terminando su lección diaria de música y latín, señora. Ahora mismo vendrá.

—En nuestro palacio de Segovia, cuando era niña, mi madre nos leía a mis hermanos y a mí hermosos libros de caballeros andantes que realizaban prodigiosas aventuras en intrincados bosques y castillos encantados. ¡Cómo me gustaba pensar en ser protagonista de aquellas aventuras galantes!

Juana llevaba en sus manos un grueso y rico breviario que había pertenecido a su madre. Se trataba de un regalo con motivo del doble matrimonio de sus hijos Juana y Juan con Felipe y Margarita, los hijos del emperador Maximiliano. El breviario se había confeccionado en Flandes, y en la elaboración de sus miniaturas habían participado los mejores pintores de esa región; el manuscrito estaba primorosamente ilustrado con escenas sacadas de los relatos bíblicos.

La reina se sentó a la mesa y lo abrió por las páginas centrales. En la de la izquierda apareció el escudo de los Reyes Católicos con los emblemas de sus reinos y Estados y sostenido por las garras del águila de San Juan, y la de la derecha albergaba una escena de la Coronación de la Virgen en la que se veía a María arrodillada entre Dios Padre y Jesucristo, y, sobre su cabeza, el Espíritu Santo en forma de paloma dentro de un círculo de oro y fuego y escoltado por cuatro ángeles músicos.

—Escuchad —dijo la reina a su camarera—: *Sub umbra alarum tuarum protege nos* —leyó Juana una filacteria en torno al escudo—. «Protégenos bajo la sombra de tus alas» —tradujo del latín—. El águila de San Juan, el santo preferido de mi madre... *Pro partibus tuis nati sunt tibi filii. Constituisti eos principes super omnem terram* —leyó otra—. «En vuestros dominios nacerán vuestros hijos y se convertirán en los príncipes de toda la tierra». Dicen que esta profecía se refiere a nosotros, a los hijos de los Reyes Católicos. Y oíd esta: *Potens in terra erit semen eius; generatio rectorem benedicetur*. «Poderosa será su semilla en esta tierra; la generación de los justos será bendecida». Y mirad, la Virgen coronada, aquí —Juana señaló con su dedo la miniatura—. Su rostro es el de mi madre doña Isabel. Mi madre, mi madre...

La reina Juana cerró el libro y se quedó mirando cómo ardían los troncos en la chimenea con la que se caldeaba el comedor. Su mirada pareció perderse de pronto en el vacío, como si su alma hubiera escapado lejos, muy lejos de allí.

## *Barcelona, 25 de enero de 1520*

En el caldeado comedor del palacio real mayor, Carlos daba buena cuenta de una pierna asada de venado condimentada con una salsa de almendras, miel, ajo, rábanos, tomillo, leche y miga de pan que acompañaba de una generosa jarra de cerveza.

Había pasado los primeros días del nuevo año cazando ciervos y jabalíes con ballesta y arcabuz en los montes cercanos a Molins y en el soto del monasterio de Valdoncella. El emperador era un excelente tirador tanto con la ballesta como con el arcabuz, y, entre partidas de caza, banquetes, misas y sesiones de música, había tenido tiempo para ordenar a sus oficiales en el reino de Valencia que confiscasen las armas que tenían en sus casas los más exaltados miembros de las Germanías y procedieran a recogerlas y guardarlas en las sedes de las cofradías de oficios. Pese a la orden, muchos de los agermanados habían tenido tiempo para esconder espadas y mosquetes, pues no estaban dispuestos a renunciar sin más a sus reivindicaciones.

Hacía diez días que había recibido una carta urgente del marqués de Denia, el carcelero de su madre en Tordesillas, pidiéndole nuevas instrucciones para la custodia de la reina de Castilla. La respuesta de Carlos a Bernardo de Sandoval había sido inmediata y contundente: nadie debía hablar con su madre, nadie podía visitarla, nadie debía conocer noticia alguna de lo que estaba ocurriendo dentro de aquella casona donde consumía sus días y su vida la reina loca. Absolutamente nadie.

—Nuestra última comida en Barcelona —comentó Carlos mientras se limpiaba los labios y se sacudía algunas migas que se le habían acumulado en la barba—. Partiremos enseguida.

—Ya está dispuesto el plan de viaje, majestad. De Barcelona iremos a Igualada, Cervera, Lérida y Fraga. Este mes de enero está siendo más cálido de lo habitual y apenas ha llovido, de manera que el camino está seco y transitable; si no llueve o nieva en demasía, en diez días estaremos en Zaragoza —le comentó Guillermo de Croy. El señor de Chièvres se estaba encargando personalmente de organizar ese nuevo viaje, el primero que realizaba Carlos a Castilla como emperador electo.

—En Valencia se está agravando la situación, majestad. Como os dije en su día, creo oportuno que vuestra presencia en ese reino contribuiría a calmar el estado de ánimo de los agermanados —intervino Adriano de Utrecht.

—Los asuntos del Imperio son ahora los más urgentes. No, ya os dije que no iré a Valencia de momento. Asistiré a las Cortes de Castilla y después partiré hacia Flandes y Alemania. Mis súbditos en esos territorios tienen que ver a su emperador, y su emperador tiene que vigilar el Imperio —zanjó Carlos la cuestión.

—Como dispongáis, majestad, pero el mes pasado se han registrado nuevas protestas de los agermanados y sabemos que ese movimiento de revoltosos se está extendiendo por toda Valencia. Incluso ya disponen de un cabecilla, un tal Juan Horenç, un tejedor que está demostrando una notable habilidad a la hora de arengarlos. Se están convirtiendo en un peligro muy serio, no los subestiméis —



insistió Adriano.

—No creo que ese movimiento vaya a más. Y si lo hiciera, enviaré allí a doña Germana como virreina y a su esposo don Juan de Brandeburgo al frente de un ejército para que sofoquen cualquier intento de rebelión.

Adriano de Utrecht obvió señalar que las revueltas en Valencia y en Mallorca eran masivas y que incluso comenzaban a manifestarse algunas quejas más tímidas en la propia ciudad de Barcelona. Y ya no eran solo los artesanos y los comerciantes los que protestaban por la corrupción de los oficiales reales, los privilegios de los nobles y los abusivos impuestos, los campesinos también se estaban levantando por las excesivas rentas que les estaban exigiendo sus señores.

Pero, pese a que consideraba que el emperador se equivocaba en su percepción del problema de las Germanías, Adriano no tuvo más remedio que acatar su orden. El preceptor de Carlos era la persona que mejor lo conocía, y sabía que tras su aspecto físico apenas relevante se encerraba una voluntad de hierro y una firme determinación. Precisamente había sido él quien lo había educado para que se comportara de ese modo.

—En cuanto al Nuevo Mundo —intervino el canciller Gattinara, que se había mantenido hasta entonces al margen—, nos llegan noticias de que ese capitán que obra por su cuenta, el arrojado Hernán Cortés, ha decidido conquistar la tierra que llaman México sin encomendarse a nadie.

—El Imperio, lo primero es el Imperio —insistió Carlos tras apurar el último trago de su jarra de cerveza.

—Pero Cortés...

—Ese hombre nos ha hecho un gran regalo. —Carlos se refería a una buena cantidad de oro y plata que Hernán Cortés acababa de enviar al emperador desde México junto con una carta en la que le mostraba toda su fidelidad y le comentaba que estaba conquistando aquellas tierras en su nombre y con el fin de ampliar sus dominios y grandeza—. Gracias a él disponemos de dinero para viajar a Alemania. Dejadlo así... de momento.

### *Barcelona, fines de enero de 1520*

La montaña de los Judíos estaba cubierta de una corona de nubes, pero a Pablo Losantos le pareció como una mortaja.

—Montjuich, el monte de los Judíos —comentó Pablo Losantos a la vista del alto cerro que como un guardián adormecido protegía a la ciudad de Barcelona por el sur.

—¿Sabes por qué se llama así? —le preguntó su hermana María, con la que había salido a buscar raíces medicinales por las laderas de la montaña. En pleno invierno las hierbas no florecían, pero algunas raíces guardaban para ese tiempo sus mejores

propiedades.

—Dicen que por aquella zona —Pablo señaló la ladera que caía hacia el mar— tenían los judíos de Barcelona su cementerio. Supongo que lo ubicaron allí para descansar eternamente mirando en dirección a Jerusalén y su Tierra Prometida.

—Nosotros somos judíos —asentó María de pronto.

—No. No lo somos. Lo fueron nuestros padres, pero dejaron de serlo cuando decidieron bautizarse y abrazar la fe cristiana. Y, ¿sabes?, lo hicieron por nosotros. Madre estaba embarazada de mí cuando renunciaron a la fe de Moisés, la fe de todos nuestros antepasados. Si no lo hubieran hecho, pocos años después tendrían que haber abandonado esta tierra, y quién sabe qué hubiera sido de nosotros entonces. Quizá viviríamos ahora en alguna de esas ciudades del Imperio turco, en Salónica o en Alejandría, a donde se fueron los nuestros.

—¿Los nuestros? ¿No has dicho que no somos judíos?

—Hermana, sí, lo he dicho, pero...

—¿Eres judío? —le preguntó María.

—No. Y si te soy sincero, querida hermana, tampoco me considero un buen cristiano.

—¿Entonces...?

—Escucha. Cuando estudié medicina en Salerno pude leer libros en los que se cuestionan las religiones que presentan a los hombres como seres creados a semejanza de Dios. Esos libros hablan de un Dios que no tiene cuerpo, un Dios que es un espíritu puro, intangible, incomprensible para el hombre.

—¡Eso es herejía! Si el Santo Oficio se entera de tus ideas te tomará preso y arderás en la hoguera.

—No soy tan idiota como para ir proclamando por ahí lo que en verdad creo. No te preocupes, sé cómo burlar a la Santa Inquisición.

—¿Entonces, tú...?

—Yo creo en el alma, hermana, en el alma que Dios ha dado a cada cuerpo para hacer el bien, pero que casi nunca consigue vencer las tentaciones de la carne y del mundo.

—¿Tienes alguno de esos libros?

—Claro que no. Desde que existe el Santo Oficio los perros de Dios olfatean cada rincón en busca de herejes con los que justificar su existencia. Si encontraran en mis manos un libro de esos, sería encausado de inmediato, condenado y tal vez ejecutado. No voy a darles ese gusto.

—Eso me reconforta.

—Vamos; sigamos buscando esas raíces. A ver si encontramos ajeno, su rizoma es la mejor medicina para paliar el dolor de vientre. Su majestad calma sus frecuentes dolores de tripas con ese remedio.

—Espera —lo detuvo María sujetándolo por el brazo—. Yo también tengo que confesarte algo.

—Dime.

—A veces tengo premoniciones.

—¿A qué te refieres?

—A que experimento como una sensación sobre lo que va a pasar.

—¿Y cuándo notas esas premoniciones?

—Cuando toco a alguien...

—Toma mi mano y dime qué sientes.

María apretó la mano de Pablo y cerró los ojos.

—Nada malo —respondió después de unos momentos.

—¿Nada malo?, ¿entonces, tu capacidad para los augurios...?

—Cuando se trata de malos presagios, mis premoniciones son mucho más intensas; y no es tu caso.

—¿Ah, no?

—No. Además, hay una buena noticia.

—Dime —sonrió Pablo.

—Serás padre. Leonor volverá a quedarse embarazada.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Estuvo dos meses sin reglar, de modo que pensamos que sí, pero ha vuelto a tener el período.

—Lo estará; lo presiento.

—Leonor desea ese nuevo hijo. A su edad, la llegada del período ya no es tan precisa como cuando se tienen veinte años —dijo Pablo.

—Lo estará —reiteró María con toda seguridad.

Al escuchar la determinación de su hermana, Pablo Losantos volvió a recuperar la ilusión de tener un hijo, y superar así el enorme dolor que sintió con la temprana muerte del pequeño Alonso.

### *Tordesillas, 5 de marzo de 1520*

Tras dejar Barcelona, el emperador se dirigió acompañado de su séquito por el camino real hasta Zaragoza, donde descansó tres noches en su palacio de la Aljafería, y remontó el Ebro sin dejar de responder en la ruta a las cartas que le llegaban de algunas ciudades y dictando disposiciones para el buen gobierno de sus reinos y Estados.

En Calahorra, el 12 de febrero, Carlos firmó la cédula por la que convocaba a las Cortes de Castilla y León a reunirse en la ciudad de Santiago, en Galicia, a donde debían acudir los procuradores el 20 de marzo. Anunciaba además que tras su presencia en las Cortes partiría hacia Aquisgrán, donde tomaría posesión solemne del

Imperio y sería coronado, tal como prescribía el ritual de la Bula de Oro.

A su llegada a Burgos, el concejo de la ciudad lo recibió en la puerta de Santa María, y allí mismo, antes de atravesar el portal, Carlos juró solemnemente guardar los fueros y privilegios de los burgaleses. Ese mismo día dio instrucciones para que sus embajadores le prepararan una entrevista con el rey de Inglaterra. Carlos quería sellar un sólido pacto con su tío Enrique VIII para rodear Francia por territorios que se encontrasen bajo su dominio o el de sus aliados.

Desde Burgos la corte se desplazó a Valladolid, donde la comitiva real fue recibida en medio de un tumulto en el que la gente de la ciudad gritaba: «¡Viva el rey y mueran los malos consejeros!». Carlos no hizo caso de aquellas protestas y decidió seguir su camino a Tordesillas; no quería dejar pasar la ocasión de visitar a su madre, pero sobre todo pretendía comprobar que sus indicaciones para mantenerla aislada del mundo se cumplían a rajatabla.

El marqués de Denia recibió al emperador hincando su rodilla en tierra.

—Majestad, sed bienvenido a vuestra villa de Tordesillas. Vuestras instrucciones se están cumpliendo conforme ordenasteis.

—¿Cómo están mi madre y mi hermana? —preguntó Carlos.

—Ambas se encuentran bien. Fue un acierto que permitierais que doña Catalina permaneciera al lado de vuestra madre. Doña Juana encuentra en su hija menor un gran consuelo, y vuestra hermana ha acabado por acostumbrarse a su situación, aunque los primeros meses quería volver a vuestro lado.

—Supongo que mi madre no conoce otra cosa que lo que os he indicado que le digáis.

—Por supuesto, majestad. El personal de servicio tiene órdenes estrictas al respecto. Solo permito el acceso a doña Juana a los miembros imprescindibles, y con indicaciones precisas de que se limiten a comentar con la reina aspectos cotidianos. Nada más. Una guardia permanente custodia este palacio y mantiene una atenta vigilancia todas las horas de todos los días —repuso el de Denia.

—Es fundamental que nadie sepa lo que ocurre dentro de estos muros. No lo olvidéis.

—¿Deseáis ver a vuestra madre ahora, majestad? —preguntó el marqués.

Carlos dudó por un momento.

—Veamos primero el tesoro; necesitare algunos fondos para mi viaje a Aquisgrán, donde tomaré posesión del Imperio.

—Como ordenéis, mi señor.

A pesar de que para financiar sus empresas militares en el norte de África Fernando el Católico se había llevado parte del tesoro que la reina Juana había depositado en Tordesillas cuando vino desde Flandes para convertirse en reina de Castilla, todavía quedaban riquezas considerables almacenadas en una cámara.

Bernardo de Sandoval, marqués de Denia, le entregó el inventario de bienes a un secretario de Carlos y abrió la puerta de una estancia sin ventanas donde se

guardaban joyas, vajillas y otros objetos muy valiosos.

El emperador contempló las riquezas del tesoro de Juana de Castilla y fue señalando a su secretario varias piezas, que se retiraron tras ser borradas del inventario.

Una vez firmada la nueva relación, el de Denia cerró la puerta de la cámara con una gran llave de hierro que guardó en una bolsa que siempre portaba al cinto.

Todavía no había llegado la primavera a los campos de Tordesillas, pero el sol brillaba amarillo y limpio sobre un luminoso cielo azul sin rastro de nubes.

La reina Juana tomaba el sol en el mirador del palacio y leía su precioso libro de horas primorosamente ilustrado. Se detuvo en una miniatura en la que se representaba la construcción de la torre de Babel como si se tratara de una de las torres de una catedral cristiana. Luego alzó los ojos y los fijó en el horizonte, en los campos del sur más allá del curso del río Duero.

—Señora —una conocida voz sonó a su espalda e interrumpió su ensimismamiento.

Juana se volvió despacio y contempló a su camarera, que inclinó la cabeza con respeto. A su lado, un joven tocado con una gorra de terciopelo negro esbozaba una sutil sonrisa.

—Buenos días, madre —la saludó el emperador.

—Carlos, hijo, ¿eres tú? —se sorprendió la reina loca, a la que nadie había avisado de la visita de su hijo.

—Sí, madre.

—¿Has venido a sacarme de aquí?

—No, madre, este lugar es el más adecuado para vuestra salud; deberéis permanecer en este palacio de Tordesillas por algún tiempo.

—¿Vas a llevarte a Catalina? ¡No!, ¡no te la lleves!, ¡no te la lleves!

—Vengo a visitaros, a ver cómo os encontráis; y no, no sufráis por ello, Catalina se quedará con vos.

—Mi hija es mi único consuelo. ¿Y mi padre? ¿Has visto al rey Fernando?

—No, no lo he visto aún.

—Si hablas con él, dile que venga a verme.

Juana giró la cabeza y volvió a fijar sus ojos en el horizonte meridional. Carlos miró a la camarera, que bajó los ojos como avergonzada.

—Cuidad de ella —le ordenó el emperador antes de descender del mirador.

*Tordesillas, 8 de marzo de 1520*

El reencuentro de la familia Losantos fue más feliz si cabe cuando Pedro y Juana comprobaron con sus propios ojos que su nuera Leonor estaba preñada y que en unos pocos meses daría a luz a su segundo nieto. Pedro todavía estaba dolido por la muerte del pequeño Alonso.

Estaban todos juntos cuando un heraldo real se presentó con la orden de que Pedro Losantos acudiera enseguida al requerimiento del emperador. El médico converso estaba sorprendido, pues no esperaba que Carlos lo llamara. Aunque todavía estaba al servicio de la corte, era su hijo Pablo quien ejercía como médico personal y quien lo había atendido en los últimos meses.

—¿Habéis dicho Pedro?, ¿Pedro Losantos? —le preguntó extrañado al mensajero real.

—Sí, señor: Pedro Losantos.

—¿No será Pablo...? Pablo es el médico personal del emperador.

—Pedro. Pedro Losantos —insistió el mensajero.

—Iré ahora mismo.

El médico converso cruzó el patio del palacio y se dirigió al ala meridional, donde se ubicaban las dependencias reales.

—Majestad —saludó Pedro al emperador inclinando la cabeza—. ¿Me habéis llamado?

—Entrad, don Pedro, entrad —le dijo Carlos, que estaba de pie frente a una chimenea.

—Pensé que se trataba de un error del mensajero y que demandabais la presencia de mi hijo.

—Quiero hablar con vos. Sentaos.

—Con vuestro permiso, majestad. —Pedro se sentó en un mullido escabel forrado de seda, junto a una mesa de madera casi negra.

—Hace tiempo fuisteis el médico de mi madre y de mis tíos, y sé que en los últimos años de vida de mi abuela doña Isabel y de mi abuelo don Fernando cuidasteis de su salud. Sé también por don Adriano de Utrecht que en los postreros momentos de vida de mi abuelo estuvisteis a su lado, y que os confió algunos asuntos más propios de un consejero que de un médico. ¿Es así?

—Sí, majestad. Vuestro abuelo me distinguió con su confianza, y yo se la devolví como fiel servidor.

—Mi madre está enferma, lo sabéis bien, y su cabeza no rige como la de una persona cuerda. Varios colegas vuestros certificaron que no estaba en condiciones de gobernar estos reinos, pero, pese a esa incapacidad, sigue siendo la reina de Castilla, pues ni ha abdicado al trono ni las Cortes le han retirado el título.

—Creo que así es, mi señor.

—Por tanto, don Pedro, nos encontramos en una complicada situación, y os quiero pedir un favor.

—Vuestros deseos serán cumplidos.

—Deseo que os quedéis aquí, en Tordesillas, y que cuidéis de mi madre y de mi hermana Catalina como médico personal. Por cuanto he podido averiguar de vos, sois un hombre fiel y leal, y contáis, por ello, con toda mi confianza; sé que no me defraudaréis. Sé también que vuestra esposa conoce todos los secretos de las plantas medicinales, y que sabe elaborar infusiones y pócimas como remedio para cualquier dolor.

—Sí, majestad; es una excelente herbolaria.

—Mi madre necesitará que le suministren los remedios oportunos para calmar su ansiedad y reposar su ánimo, y he creído que vos y vuestra esposa sois los más indicados para ello. El marqués de Denia ya tiene mis instrucciones para que os trate conforme a vuestro nuevo cargo, médico de la reina doña Juana, que supongo que aceptáis.

—Es un gran honor, majestad.

—Vuestro hijo vendrá conmigo a Alemania. De entre todos mis médicos, él es el que mejor sabe cómo atajar ese dolor de vientre que de vez en cuando me martiriza. Don Pablo me ha dicho que ha heredado vuestros conocimientos médicos y la habilidad de vuestra esposa para tratar las hierbas y elaborar ungüentos.

—Es un gran médico, majestad. Estudió en Salerno con los mejores maestros.

—Lo sé. Don Adriano no cesó de recomendarme sus servicios, y acertó en ello.

—Y yo os lo agradezco, mi señor.

—Pues bien, don Pedro, preparad vuestras cosas e instalaos en este palacio; el marqués de Denia os dirá en qué aposentos vais a vivir a partir de ahora. Como habéis comprobado, no es demasiado lujoso, pero estaréis bien aquí, y, además, incrementaré vuestro salario en seis ducados anuales.

—Sois muy generoso, señor.

—Confío en vos, don Pedro. Cumplid bien vuestro trabajo y no os preocupéis por vuestro hijo.

—Señor, en cuanto a mi hija María... Veréis, es viuda, no tuvo hijos de su matrimonio con don Lope de Valdivieso y no ha querido volver a casarse...

—Puede quedarse con vos en Tordesillas.

—Ella también es herbolaria; su madre le ha enseñado cuanto sabe.

—Bien. Podéis retiraros, y cumplid con vuestro nuevo cometido; sé que lo haréis bien.

—¿Me permitís una última cosa, majestad? —Pedro se levantó de la silla.

—Decidme.

—Mi hijo menor, Juan, es maestro orfebre en Toledo. Nació cristiano y fue bautizado en la parroquia de Santo Tomé, pero algunos siguen molestándolo por ser hijo de un judío converso. Os ruego que le concedáis vuestra protección. Os lo suplico.

—Conozco el caso. Lo haré.

—Gracias, majestad, gracias —dijo Losantos, que se retiró inclinando la cabeza

ante Carlos.

Aquella noche los Losantos celebraron en Tordesillas su última cena juntos. Pedro había puesto a su esposa y a sus hijos al corriente de las órdenes del emperador, y todos sabían que no podía incumplirlas.

—Supongo que tardaremos algún tiempo en volver a vernos —dijo Pedro Losantos.

—Puedo negarme... —Pablo dudó.

—No, no puedes. Eres médico del emperador, debes ir a donde él te ordene.

—En Salerno me enseñaron un juramento: curar, sanar y consolar a los enfermos. Lo redactó un médico griego, Hipócrates se llamaba.

—Los emperadores también enferman. No están excluidos de ser atendidos por los que hemos pronunciado ese juramento.

Pedro Losantos conocía el juramento de Hipócrates, que no siempre había cumplido.

—Padre, estás enfermo, tu hígado...

—Mi hígado mejorará —mintió el converso, que sabía que el tumor que se estaba desarrollando en su interior pronto extendería sus raíces mortíferas por todo su cuerpo—. Tú y tu esposa marchad con el emperador.

—En ese caso, mañana saldremos hacia Galicia... —comentó Pablo.

—Rezad ante la tumba de Santiago y no olvidéis que ese apóstol fue judío —ironizó Pedro.

—Tened mucho cuidado, hijos —terció Juana de la Cruz—. Sobre todo tú, Leonor —se dirigió a su nuera—; quiero que vuelvas a darme un nieto.

Al día siguiente la comitiva real salió de Tordesillas camino de Santiago, en Galicia. Mientras los carros y las carretas con la impedimenta de la corte abandonaban el patio de la gran casona palaciega donde continuaba recluida Juana la Loca, los Losantos se despidieron entre abrazos y sollozos. Cuando María Losantos vio abrazados a su padre y a su hermano, tuvo la premonición de que los dos hombres que más quería nunca volverían a encontrarse. Su corazón se contrajo, pero se mantuvo firme y disimuló para evitar mostrar cualquier signo de preocupación.

### *Santiago de Compostela, 31 de marzo de 1520*

Diecisiete días tardó Carlos con toda su comitiva en viajar de Tordesillas a Compostela. Etapa tras etapa, apenas se detuvo un día en Villalpando y otro en Benavente y Ponferrada.

Cuando llegó a la ciudad donde se custodiaba la tumba del apóstol Santiago, los



procuradores de las Cortes de Castilla y León ya estaban esperándolo.

Las Cortes, presididas por el obispo de Badajoz, recibieron al emperador con frialdad. Castellanos y leoneses nunca lo habían aceptado de buen grado como soberano. Carlos era el nieto de Isabel la Católica y el hijo de Juana, a la que habían declarado inhábil para gobernar, y poseía, por ello, los derechos sucesorios de esos reinos, pero lo consideraban un extranjero, y eran muchos, nobles y plebeyos, los que cuando se referían a él lo hacían llamándolo «el rey alemán» o «ese monarca flamenco» o, simplemente, Carlos de Gante. Algunas voces se alzaban en ciudades y villas de Castilla reclamando que su verdadera y única soberana era Juana, que a todos los efectos, menos a la hora de ejercer el gobierno, seguía siendo la reina de Castilla y de León.

Además, Juana la Loca no había ni renunciado a su Corona ni abdicado, de manera que esos reinos seguían siendo suyos y solo suyos. Algunos juristas, alegando lo dispuesto en sus leyes y fueros, señalaban que Carlos no podía titularse rey de Castilla porque ese título le seguía correspondiendo a su madre y solo a su madre. Solo a ella. A ella.

Muchos de los que habían combatido en su día contra Fernando el Católico y habían logrado echarlo de Castilla añoraban ahora aquellos tiempos en los que el que fuera rey de Aragón y de Castilla renunció al título castellano en el mismo momento en que murió su esposa Isabel, cumpliendo así con la ley y el derecho sucesorio. Alegaban que Carlos no era rey legítimo, sino, en todo caso, gobernador, y que la reina seguía siendo Juana.

Pero Carlos hacía caso omiso de la opinión de esos leguleyos y en todas sus cartas, cédulas y documentos se proclamaba como rey de Castilla y León, entre la larga retahíla de sus muchos títulos, y así lo hacía constar junto a su nombre y el de su madre en cuantas inscripciones se grababan en piedra o se pintaban en monumentos, escudos y emblemas de todos sus dominios. «Carlos y Juana, reyes de Castilla, de León, de Aragón...».

Pero qué importaba la ley cuando se tenía el poder.

—Por todo esto os propongo que abogemos por la consecución de la paz universal en la cristiandad y que nos unamos frente al enemigo común, que no es otro que el turco —con estos buenos deseos zanjó Carlos su primera parte del discurso inaugural de las Cortes.

La respuesta del presidente también estuvo colmada de buenas intenciones. El obispo de Badajoz, tal y como había acordado con el rey antes de iniciar la sesión, acabó su intervención preguntando al emperador.

—Por tanto, majestad, estas Cortes quedan a vuestro servicio y os preguntan qué queréis de ellas.

—Cuatrocientos mil ducados —solicitó Carlos sin más rodeos ante los procuradores reunidos en Santiago—. Esa es la cantidad que demando de estas Cortes como aportación para mi coronación imperial en Aquisgrán. Cuatrocientos mil.

La voz de Carlos sonó extraña a los oídos de los congregados. Tras pasar tres años en sus reinos de España, hablaba y entendía el idioma castellano, pero lo pronunciaba con dificultades que agravaba el prognatismo que le provocaba ciertos problemas a la hora de articular determinadas palabras.

Al escuchar aquella petición y la enorme cantidad de dinero solicitado, un rumor de indignación se extendió entre los asientos que ocupaban los procuradores.

—Majestad —intervino un nuncio por la ciudad de Toledo—, las ciudades y villas de estos vuestros reinos han contribuido con sus rentas de manera generosa a vuestras empresas, y lo seguirán haciendo, pero en estos momentos nuestra situación no permite detraer semejante cantidad, so pena de arruinar a nuestros vecinos y condenarlos al hambre y a la miseria. Os rogamos, señor, que tengáis en cuenta la petición de vuestros súbditos.

Ante las palabras de aquel procurador, que fueron aplaudidas por muchos de sus compañeros, Carlos frunció el ceño. Él era el emperador, el dueño de medio mundo, el hombre más poderoso de su tiempo..., ¿cómo era posible que aquellos nuncios cuestionaran sus demandas? Él era su señor natural, aquel al que el derecho divino otorgaba todo el poder y toda la capacidad para decidir sobre vidas y haciendas. ¡Cómo se atrevían!

—Cuatrocientos mil ducados es una cantidad justa —habló de nuevo el emperador.

—Permitid que las ciudades se expresen en estas Cortes, majestad, tienen derecho a ello.

—Hacedlo.

—Hablad —les indicó a sus colegas el procurador de Toledo.

Tras escuchar las alegaciones de sus delegados, se procedió a votar la petición. De las dieciocho ciudades presentes con derecho a voto, ocho votaron sí a la propuesta de Carlos, cinco lo hicieron en sentido negativo y las otras cinco se abstuvieron.

—La propuesta de su majestad queda aprobada. Los reinos de Castilla y de León contribuirán con cuatrocientos mil ducados a los gastos de la coronación imperial —anunció el obispo de Toledo desde su puesto de presidente de las Cortes.

—Malditos lacayos —masculló entre dientes el nuncio de Toledo mirando fijamente a los procuradores de la ciudad de Segovia, quienes habían votado a favor de la propuesta del rey y encabezado la propuesta afirmativa para la concesión de ese dinero.

Satisfecho por el resultado de la votación, Carlos ordenó que las Cortes trasladaran sus sesiones a la ciudad de La Coruña, donde se estaban preparando la naves que lo llevarían a Flandes y a Alemania.

## *Santiago de Compostela, 18 de abril de 1520*

Llovía. Pablo Losantos y Leonor de Urrea estaban sentados en un banco de la catedral de Compostela, cerca del lugar donde se decía que estaba enterrado el apóstol Santiago el Mayor, primo de Jesús. Era el día de Jueves Santo, y habían acudido a la catedral tras visitar un par de iglesias más.

—El hombre que está enterrado debajo de ese altar fue judío y estaba circuncidado, y, ya ves, los cristianos le rinden culto con todo fervor —comentó Pablo a su esposa.

—Santiago hace milagros —dijo Leonor.

—Sí, dicen que cura a los enfermos, que salva del naufragio a los marineros, que protege a los peregrinos... y que incluso es capaz de fertilizar a las mujeres —ironizó el médico.

—Le he rezado una oración y he dejado una monedas para que mis síntomas de embarazo se confirmen —confesó Leonor.

—Bien, pero supongo que yo tendré que poner algo de mi parte.

—No digas esas cosas. Estamos en un lugar sagrado, uno de los más sagrados del mundo.

—Pues esta noche procuraré contribuir a que tus deseos se cumplan. —Pablo tomó la mano de su esposa con disimulo.

—¿Crees que hemos hecho bien siguiendo al emperador?

—No teníamos otro remedio. Antes de dejar Tordesillas mi padre me confió ciertos secretos que ha mantenido durante toda su vida.

—¿Secretos, qué secretos? —preguntó Leonor.

—Está enfermo. Tiene un tumor en el hígado. Se trata de una enfermedad que no tiene cura y que acabará matándolo. Él lo sabe, y por eso me contó sus confidencias.

—¿Puedo saberlas...?

—Claro, eres mi esposa y debes conocer por qué estamos aquí. Escucha...

Bajo las bóvedas de piedra de la catedral, Pablo Losantos le contó a su esposa las revelaciones que su padre le había hecho en Tordesillas: cómo había servido al rey Fernando el Católico más allá de lo que podía exigírsele a un médico; cómo había intervenido en la muerte de Felipe el Hermoso; cómo había convencido al Católico para que poco antes de morir cambiara su testamento y legara la Corona de Aragón a su nieto Carlos, en vez de a su otro nieto, Fernando, que era su favorito y a quien había criado desde niño como si fuera ese hijo que no pudo tener con Germana de Foix; cómo había pactado con Adriano de Utrecht quedar bajo la protección del emperador a cambio de su intervención en la modificación del testamento del Católico; cómo había abandonado sus deberes como médico para proteger a su familia; cómo había envenenado a un cura de Toledo para librar a su hijo Juan del acoso al que este lo estaba sometiendo...

—¡Oh, Dios mío! —Leonor se conmovió al escuchar el relato de su esposo.

—Mi padre ha hecho todo esto por nosotros, para que estuviéramos seguros y protegidos.

—Pero... tu padre ha matado a un clérigo... ¡y a un rey!

—Y ahora sufre por todo ello como no puedes siquiera imaginar. Creo que ese tumor se ha generado en su interior a causa de sus remordimientos. En la escuela de Salerno me enseñaron que algunos males se desarrollan por el efecto que ciertas impresiones causan en el alma, y que se manifiestan en forma de enfermedades. Mi padre ocultó y se guardó para sí durante años todo cuanto de malo hizo, acciones con las que no estaba de acuerdo, pero que no tuvo más remedio que ejecutar. Él es médico y había jurado consagrar su vida a curar enfermos, pero las circunstancias lo empujaron a renunciar a su principal misión en la vida y se dedicó a servir ciegamente a un rey al que solo le interesaban el poder y la fortuna.

—¿No estaremos haciendo nosotros lo mismo? —se preguntó Leonor, por cuyas mejillas se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Los dos esposos guardaron silencio y se quedaron un buen rato sentados frente al altar de Santiago, observando a los peregrinos que entraban en la catedral y se postraban a los pies del apóstol en aquel lluvioso día de Jueves Santo.

### *La Coruña, mediados de mayo de 1520*

Una vez alcanzado el objetivo de conseguir cuatrocientos mil ducados de las Cortes, Carlos no pensaba en otra cosa que en partir cuanto antes rumbo a Flandes. Allí había pasado toda su infancia y su juventud, allí había disfrutado de sus primeros juegos y de sus primeros amores. Era emperador de Alemania y rey de las Españas, pero pertenecía al linaje de Habsburgo y se consideraba por encima de todos y cada uno de sus amplios dominios. No en vano, alguno de sus consejeros le regalaba los oídos a diario diciéndole que era el monarca más grande de todos los tiempos, más que Alejandro, que Augusto, más que Carlomagno. Le decían que era el soberano designado por Dios para reunificar la cristiandad bajo una misma Corona, la suya, y luego conquistar el resto de la tierra.

«Vuestro imperio ha de ser el mundo», le decían los aduladores, e incluso se lo cantaban los poetas y se lo recordaban los juglares al son de trompetas, chirimías y timbales en sesiones de música de las que disfrutaba a la vez que almorzaba y cenaba en compañía de sus más fieles consejeros.

Convencido de su misión profética y salvadora, Carlos firmó un documento titulado *El camino evangélico*. En ese texto denominaba a sus soldados en las Indias Occidentales «caballeros de la cruz roja» y los exhortaba a que convirtieran a los indios a la verdadera fe en Cristo, pero a la vez los conminaba a que protegieran a aquellos inocentes salvajes de la perversidad de la herejía y de la maldad de algunos

conquistadores. Del Nuevo Mundo llegaban terribles noticias sobre cómo los indios caribes morían a millares contagiados por las enfermedades que los españoles les estaban transmitiendo, y algunos frailes enviados para evangelizar a los indios auguraban que, de seguir así, no quedaría un solo indígena para contarlo; solo a causa de la viruela se habían perdido más de un millón de vidas en las islas de Cuba y la Española.

Mercurino de Gattinara, el poderoso e influyente canciller del Imperio, le había manifestado que su intención de conseguir la paz mundial era muy loable, pero que debía hacerlo utilizando la fuerza para apoderarse de todas las naciones que fuera posible. «Conquistar para luego pacificar», le aconsejó el canciller.

Con semejante cohorte de lisonjeros, y a pesar de sus complejos y sus dudas, día a día Carlos se sentía más fuerte, más seguro, capaz de emprender hazañas que hasta entonces ningún otro soberano había logrado.

Naves con su bandera ondeando en lo más alto del mástil mayor y con su escudo destacado en el castillo de popa estaban dando la primera vuelta al mundo, hombres bajo su mando ganaban batallas y conquistaban las Indias, los reyes de la cristiandad se inclinaban ante él, los turcos lo temían, y el propio papa de Roma se plegaba a sus deseos. Todavía no lo era, pero Carlos de Austria parecía capaz de convertirse en el dueño del mundo.

Ante semejantes horizontes abriéndose ante sus ojos, los problemas con los que lo asaltaban sus consejeros aquellos días en Galicia le parecían verdaderas nimiedades. Así, despachaba de un plumazo la orden de que se construyeran galeras de guerra para proteger las costas de Cataluña y de Valencia de la amenaza de la armada turca y de los corsarios berberiscos; apenas le inquietaba que en Valencia las Germanías anduvieran en contienda permanente y estuvieran dispuestas a enfrentarse al rey y a los nobles y desatar una cruenta guerra civil en todo ese reino; y no otorgó la importancia debida al hecho de que en varias ciudades castellanas el malestar por la imposición de los tributos para recaudar los cuatrocientos mil ducados aprobados en las Cortes provocara que se alzaran múltiples voces llamando a los vecinos a organizarse en Comunidades para resistir a las exigencias de la autoridad real.

Carlos parecía ajeno y despreocupado ante todos aquellos problemas, pero Adriano de Utrecht procuró ponerlo al corriente. El emperador acababa de regresar a la ciudad tras haber participado durante todo el día en una partida de caza en los bosques al suroeste de La Coruña.

—Majestad, las instrucciones sobre lo que vais a tratar con el rey de Inglaterra ya han sido cursadas, y los embajadores están al corriente de ellas. Vuestro tío el rey Enrique acudirá a vuestro encuentro en la ciudad de Sandwich, donde tendrá lugar, si las tempestades no lo impiden o lo retrasan, vuestra entrevista —informó Adriano—. En cuanto a Valencia...

—¡Valencia, siempre Valencia! ¿No tenéis otra cosa en la cabeza? —Se enfadó Carlos.

—Han estallado graves disturbios en esa ciudad. El virrey os pide instrucciones sobre cómo sofocarlos y demanda autorización para acabar con ellos por cualquier medio, a la vez que solicita vuestra presencia allí.

—Ya hemos autorizado al virrey para que nombre alguaciles para ese asunto, y hemos atendido a los síndicos de los agermanados, ¿qué más quiere esa gente? En dos días embarco rumbo al norte. Vos, don Adriano, quedáis aquí como gobernador de estos reinos, de modo que ocupaos de esos asuntos; ya sabéis que tenéis toda mi confianza.

—Pero, majestad, me dijisteis que solo gobernaría Castilla y León en vuestra ausencia.

—Pues ayudad también en Valencia.

En el puerto de La Coruña, poco antes de embarcar hacia Flandes, el emperador firmó el decreto por el cual nombraba a Adriano de Utrecht gobernador y regente de Castilla y León durante su ausencia.

Pablo Losantos y Leonor de Urrea embarcaron en el buque real. El propio Carlos había ordenado que fuera él uno de los dos médicos que viajaran en esa nave hasta Inglaterra.

—La torre de Hércules —le indicó Pablo a Leonor señalando con el brazo una construcción de piedra que quedaba a su izquierda a la salida del puerto de La Coruña en lo alto de un promontorio rocoso que apuntaba hacia occidente.

—¿El dios de los antiguos griegos?

—El mismo. Dicen que fue él quien construyó ese faro con sus propias manos.

—Hércules es un dios pagano; nunca existió —asentó Leonor.

—Nunca, pero sus leyendas están por todas partes, tanto que muchas ciudades se muestran orgullosas de su historia porque consideran que fue el mismo Hércules quien las fundó.

El barco real desplegó las velas y zarpó rumbo al norte dejando atrás la costa gallega, que se fue alejando en el horizonte hasta desaparecer por completo.

Si todo iba bien y no los sorprendía alguna tormenta en el Cantábrico o en el canal de la Mancha, en cinco o seis días de navegación avistarían las costas de Inglaterra.

### *Canterbury (Inglaterra), fines de mayo de 1520*

En Toledo se acababan de levantar en armas los comuneros retando a la autoridad del emperador y anunciando la formación de una junta para hacerse cargo del gobierno de la ciudad; en Segovia un nutrido grupo de gentes armadas habían asaltado las

casas de los procuradores en Cortes, los que habían votado a favor de conceder los cuatrocientos mil ducados para la coronación imperial en Aquisgrán, y a su regreso los habían asesinado; los agermanados se habían levantado en Valencia, las Cortes valencianas no se habían reunido ante la negativa a acudir por parte de Carlos, y algunos prohombres valencianos amenazaban con apoyar una segregación de su reino; el papa acababa de excomulgar al monje agustino Martín Lutero, que se había atrevido a criticar y desautorizar las indulgencias y se había burlado del culto a las reliquias denunciando como falsos dos plumas y un huevo que se conservaban en la catedral de Maguncia y que se atribuían al Espíritu Santo, de cuando la Tercera Persona de la Santísima Trinidad se convirtió en una paloma. Se atisbaba un terrible cisma en la cristiandad.

Entre tanto, los otomanos andaban preparando el asedio de la isla de Rodas, dominio de la Orden de San Juan de Jerusalén, y avanzaban, Danubio arriba, hacia el corazón de la Europa cristiana. La situación no podía ser más complicada, pero a Carlos solo parecía importarle tomar posesión del Imperio cuanto antes.

La flota imperial había zarpado de La Coruña el domingo 20 de mayo rumbo a Inglaterra, donde haría escala antes de llegar a Flandes. Carlos tenía la intención, y para ello había enviado hacía unas semanas a sus embajadores, de firmar un tratado con el rey Enrique VIII de Inglaterra, a fin de asegurarse su amistad y garantizar un frente estable en la lucha que se avecinaba contra Francia y contra los turcos.

Cinco días después de zarpar, el navío real echó el ancla en una ensenada cerca de Dover, donde esperó a que fuera arribando el resto de la flota. Allí fue recibido por varios grandes señores de Inglaterra, que lo escoltaron a tierra para reunirse en Dover con Enrique VIII y su esposa Catalina.

—Querido sobrino, bienvenido a Inglaterra —Enrique saludó a Carlos con un fuerte abrazo. A sus veintinueve años, el rey inglés, tan pelirrojo como risueño, había comenzado a engordar.

—Carlos, Carlos, ¡qué ganas tenía de veros! ¡Tenemos tantas cosas de las que hablar! —Catalina de Aragón y de Inglaterra besó en la mejilla a su sobrino. A sus treinta y cinco años la hija menor de los Reyes Católicos estaba embarazada una vez más; había demostrado su fertilidad, pero todos los hijos varones que le había dado a Enrique VIII habían muerto antes de cumplir el primer año de edad; solo vivía la pequeña María, de cuatro años. Enrique estaba desesperado porque su esposa no engendraba un hijo varón que sobreviviera y pudiera sucederlo en el trono de Inglaterra.

—Sois muy amables —respondió Carlos en francés—, y me siento muy honrado por vuestra acogida.

—Tenéis que contarme cómo está mi hermana, y todos mis sobrinos, y vos, ¡el emperador! —Catalina, siempre discreta y callada, estaba eufórica. Su esposo nunca la había visto tan dichosa.

—He ordenado que para celebrar vuestra llegada preparen el mejor de los

banquetes que puede ofrecerse en Inglaterra: faisán, cerdo ahumado de York, el mejor lomo asado de venado de los bosques reales, vino rojo de Burdeos... La ocasión bien lo merece; no todos los días visita Inglaterra un emperador.

Enrique VIII se mostraba risueño, aunque guardaba en el fondo de su corazón un cierto resquemor, pues él también había sido candidato al Imperio y, aunque nunca tuvo las posibilidades de Carlos, en alguna ocasión había soñado con sentarse en el trono de Carlomagno.

Era lunes, pero Carlos quiso asistir a misa en la catedral de Canterbury, donde se postró de rodillas junto a la tumba de santo Tomás Becket, el arzobispo asesinado en ese templo por unos sicarios del rey Enrique II casi tres siglos y medio antes.

El emperador acabó sus oraciones, se persignó y se incorporó; a unos pasos de distancia esperaba paciente el rey Enrique VIII.

—Así se las gastaban antes nuestros predecesores en el trono —comentó con ironía Enrique a Carlos. Ambos monarcas hablaban entre ellos en francés.

—Por lo que sé, Tomás Becket fue un leal servidor de vuestro antepasado y tocayo mientras ocupó el cargo de canciller de Inglaterra —dijo Carlos.

—Sí, lo fue, pero cuando lo nombraron arzobispo de Canterbury antepuso los intereses de la Iglesia a los de su rey, y don Enrique no entendió esa actitud del que consideraba su mejor amigo y más leal servidor. Durante un banquete mi antepasado en el trono hizo un comentario que se prestaba a confusión, y cuatro caballeros que asistían a ese ágape entendieron que el rey de Inglaterra deseaba la muerte de Tomás. Ni cortos ni perezosos, cogieron sus caballos y vinieron directos hasta esta catedral, y aquí mismo, donde ahora nos encontramos, mataron al arzobispo a espada.

—¿Y qué les ocurrió a esos nobles? —preguntó Carlos.

—Vos, querido sobrino, ¿qué hubierais hecho con ellos?

—Supongo que los hubiera juzgado y condenado a muerte por asesinos.

—El rey Enrique Plantagenet era más pragmático. Es probable que no deseara la muerte de Tomás, pero le vino bien. De modo que permitió que sus asesinos marcharan al exilio. Se fueron a Escocia y allí fundaron alguna iglesia para que les fuera perdonado su pecado; pero el papa los excomulgó y luego les impuso la penitencia de que acudieran a Tierra Santa como peregrinos, y que lo hicieran descalzos en señal de duelo. Alguno de ellos se quedó a luchar en las cruzadas y allí debió de morir, según cuentan las viejas crónicas.

—Dios los habrá perdonado.

—Tal vez; Dios sabe bien lo que hace —ironizó Enrique.

Ambos monarcas salieron de la catedral. El cielo estaba nublado y amenazaba lluvia.

—Os gustaría el sol de España —comentó Carlos mirando al cielo gris plomizo—. Deberíais hacer una visita a esa región.



—Inglaterra es la mejor tierra del mundo, un don de Dios, como se canta en algunos de nuestros mejores poemas.

—Y bien, ¿qué habéis resuelto sobre mi propuesta de una alianza entre nuestros reinos?

—Querido sobrino, permíteme que apee el tratamiento, y te ruego que tú también lo hagas.

—Como prefieras —asentó Carlos.

—Bien. Wolsey, mi astuto canciller, me ha aconsejado que firmemos ese tratado, pero ten en cuenta que Francia es nuestro vecino y que durante siglos ambos reinos hemos librado guerras sangrientas, lo que ha causado enormes perjuicios a ambos. Hubo un tiempo, no hace mucho, en que los reyes de Inglaterra teníamos amplias posesiones en Francia y éramos señores de Aquitania, Anjou y Normandía. Uno de mis predecesores, Enrique V, fue nombrado heredero al trono francés, y su hijo Enrique VI fue proclamado rey de Inglaterra y de Francia, hasta que por intervención de esa bruja, Juana de Arco, perdió el trono de París y todos sus dominios en el continente, menos la plaza de Calais, que aún conservamos; es el único pedazo de tierra que Inglaterra posee en Francia, y no quiero perderlo.

—¿Qué quieres decir con eso, querido tío? —le preguntó Carlos.

—Que debemos madurar las condiciones de esa alianza. Wolsey es muy osado, y sé que tiene ambiciones que van más allá del puesto que ocupa en la Iglesia de Inglaterra como arzobispo de York. No me lo ha confesado, pero sé que aspira a convertirse en papa.

—No hay cardenal que no ansíe ese puesto.

—Wolsey es un gran diplomático. Él fue el principal impulsor del tratado que firmamos hace dos años con el rey Francisco de Francia en Londres, en el cual se habla de una paz universal y eterna.

—Yo te propongo un nuevo tratado. En unas semanas recibiré la corona imperial de Carlomagno en Aquisgrán y te confieso que me hace falta dinero para ello. Necesito que me adelantes ciento cincuenta mil ducados.

—Una cifra considerable... Yo intenté ser elegido emperador, bien lo sabes, pero esos siete insaciables grandes electores me pedían medio millón de ducados por adelantado y ni siquiera garantizaban mi elección —confesó Enrique—. ¿Cuánto te ha costado a ti?

—Casi un millón de ducados.

—¡Vaya!

—Más los intereses.

—¿Cómo has conseguido semejante suma?

—Sumando las rentas de Castilla con parte del oro y la plata que comienzan a llegar de las Indias y un préstamo de Jacobo Fugger, el banquero más solvente de Alemania. Su fortuna ronda los dos millones de florines.

—Te prestaré esos ciento cincuenta mil ducados y firmaremos ese tratado, pero

no ahora, sino dentro de cuarenta días, en mi ciudad de Calais.

—¿Después de tu entrevista con el rey Francisco de Francia?

—¿Cómo lo sabes?

—No eres el único que tiene agentes secretos. Además, los preparativos para tu encuentro con Francisco son demasiado evidentes.

—Sí, en verdad que lo son. Wolsey quiere que los ingleses aparezcamos en Francia como los más ricos y poderosos de la cristiandad. ¿Sabes?, ese condenado arzobispo está organizando unos festejos como nunca antes se han visto.

—Esas «alegrías» —Carlos utilizó el nombre que usaban en España para denominar a las fiestas— te costarán mucho dinero.

—No tanto como lo que has pagado para sentarte en el trono imperial, querido sobrino.

—Dentro de tres días, si no se desencadena una tormenta, zarparé hacia Flandes.

—Hazlo cuando desees, y date por invitado a esos festejos; los hemos llamado el Campo del Paño de Oro; no verán tus ojos nada igual.

—No participaré, al menos mientras esté allí Francisco.

—Como te plazca. En ese caso, acude a Calais cuando ya se haya marchado Francisco; te esperaré. Y ahora vayamos a ver a tu tía Catalina; la reina de Inglaterra quiere despedirse de su sobrino favorito.

### *Toledo, 11 de junio de 1520*

La conmoción se extendió por toda la ciudad. Juan de Padilla, el hidalgo capitán de la milicia concejil de Toledo, se presentó en el alcázar al frente de varios soldados pertrechados con espadas, picas y arcabuces.

—Daos preso —ordenó Padilla al corregidor del rey, que ante los hechos consumados y sorprendido por la acción de los comuneros no opuso resistencia alguna.

—¿Sois consciente de lo que estás haciendo, don Juan? —le preguntó.

—Lo soy. La ciudad de Segovia ha sido la primera en decir basta a tantas injusticias. Sus ciudadanos se han levantado en armas y han tomado el poder del ayuntamiento, que a partir de ahora se llamará Comunidad. Nosotros lo hacemos ahora en Toledo, y en los próximos días se nos unirán Salamanca, León, Palencia, Burgos y así hasta que se agrupen en la Junta de Comunidades todas las ciudades y grandes villas de Castilla y de León.

—¿Pero qué pretendéis? —El corregidor estaba confuso. No había sido capaz de reaccionar ante la revuelta y no sabía bien a qué atenerse.

—Devolver la legalidad a Castilla y reponer a la reina doña Juana en el trono que le pertenece.

—Las Cortes de Toro ya dirimieron esa cuestión hace quince años. Doña Juana no tiene capacidad para ejercer el gobierno.

—Esa no es nuestra opinión —asentó Padilla, que se mostraba firme y pleno de decisión.

—Don Carlos es el rey legítimo.

—Ese hombre es un extranjero al que no reconocemos su autoridad sobre Castilla, y mucho menos el derecho a esquilmar al reino con esos cuatrocientos mil ducados en impuestos extraordinarios.

—Ese impuesto lo aprobaron las Cortes en Galicia; es legal —asentó el corregidor, que procuraba guardar la calma y convencer a Padilla de que estaba en un error.

—Una injusticia no puede ser legal, nunca, aunque la firme un rey y la ratifiquen unas Cortes.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Quedaréis libre, pero marchaos de Toledo enseguida y llevaos solo lo imprescindible. No os deseo ningún daño, pero absteneos de intervenir a favor de don Carlos.

Andrés entró nervioso en el taller donde Juan Losantos estaba organizando el trabajo de la semana. Completamente recuperado de la tremenda paliza que casi le había costado la vida, el orfebre se alegró al ver a su amante.

—¡Juan, Juan!

—¿Qué pasa?; ¿a qué tanta prisa?...

—Los comuneros han tomado el poder en Toledo. Los encabeza el capitán Padilla. La gente está saliendo a las calles a festejar la noticia. Claman contra el emperador y su séquito de flamencos y piden a gritos que la reina Juana se siente en el trono y gobierne Castilla.

—¡Al fin! ¡Ya era hora! Vamos, unámonos a los comuneros —dijo Juan, que cogió una espada y le entregó otra a su amante—. ¿Dónde está ahora Juan Padilla?

—En el alcázar; ha ido allí a detener al corregidor y a hacerse con el control de la ciudad —sonrió Andrés.

—Pues vayamos a ayudarlo.

Los dos amantes, seguidos de otros dos jóvenes aprendices del taller, corrieron hacia el alcázar armados con espadas, puñales y alabardas. Al atravesar las calles de Toledo se cruzaron con grupos de gentes que vitoreaban a los comuneros y reclamaban a Juana como reina legítima de Castilla.

Al llegar a la puerta del alcázar varios soldados les impidieron el paso.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el jefe de la guardia.

—¡Comuneros! —contestó Juan con orgullo—. Quiero ver a don Juan de Padilla.

—¿Vuestro nombre...?

—Juan Losantos, maestro orfebre. Mi taller de armas está a disposición de los comuneros.

—¿Conocéis a don Juan?

—Soy su maestro de armas, quien fabrica sus espadas. Vamos, dejadme pasar.

—Un momento, debo comprobar que todo lo que decís es cierto.

—Hacedlo rápido.

A los pocos momentos Juan de Padilla salió a la puerta del alcázar.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó a Losantos.

—Hemos venido a unirnos a los comuneros; somos cuatro hombres.

—No sois soldados.

—No, pero manejamos estas espadas mucho mejor que la mayoría de vuestros hombres; no olvidéis que somos nosotros quienes las fabricamos y las probamos.

—¡Sargento! —Se dirigió Padilla a uno de sus hombres—, que el escribano expida una cédula nombrando a don Juan Losantos capitán de una escuadra de veinte hombres.

—Os lo agradezco, señor.

—No os faltarán oportunidades para hacerlo, pues me temo que esto no ha hecho sino comenzar.

En las semanas siguientes la revuelta comunera se extendió por todas las ciudades de Castilla y de León. Los procuradores y corregidores reales fueron depuestos, los recaudadores de tributos perseguidos y sus casas reducidas a escombros, y en algunas partes se destruyeron las medidas que servían para calcular la recogida de impuestos en especie. Los ciudadanos se organizaron en Comunidades y nombraron para dirigir las a sus propias autoridades. En Ávila se celebró una reunión de las Comunidades que denominaron Junta Santa, en la cual Juan de Padilla fue nombrado capitán general del ejército comunero. La Junta proclamó nulos los impuestos aprobados en las Cortes celebradas en La Coruña, se reservó el derecho a nombrar a los oficiales para el gobierno de Castilla, negó la autoridad de Carlos y, por tanto, la de su regente Adriano de Utrecht y alegó que la soberana legítima de Castilla y León era la reina Juana.

En el bando comunero se erigió como adalid Pedro Lasso de la Vega, hermano de un joven poeta y soldado de la corte llamado Garci Lasso de la Vega, que denostaba a los juristas del reino que se afanaban por acabar con los movimientos comuneros, a los que tachaban de ilegítimos y criminales.

Alarmado, Adriano informó a Carlos de la situación en Castilla, y el emperador dio instrucciones a su gobernador para que tomara medidas contundentes. Pensó en organizar un ejército, tomar Segovia y ejecutar a varios comuneros como escarmiento para que el resto se sometiera a la voluntad real, pero, tras pedir la opinión de algunos nobles, concluyó que lo mejor sería congregar todas las fuerzas y, sobre todo, recuperar las mejores piezas de artillería del reino, que se encontraban depositadas en el arsenal del castillo de Medina del Campo. Supuso que harían falta en una posible

batalla contra los comuneros, si estos no se avenían a razones y decidían continuar con su rebelión.

En Segovia, los comuneros dirigidos por Juan Bravo asediaron el alcázar, donde la guarnición se mantenía fiel al rey. Se cruzaron disparos de artillería con tal violencia que parte de la vieja catedral, ubicada frente al alcázar, se derrumbó.

Adriano, ante la situación tan complicada que se le presentaba, ordenó a Rodrigo Ronquillo, alcaide de Zamora y hombre con fama de comportarse con extrema violencia y dureza, que acudiera a socorrer a los sitiados en Segovia y que castigara a los comuneros, entre los cuales cundía un fervor casi místico. Al enterarse de que Ronquillo se aproximaba a Segovia con sus soldados, Bravo pidió auxilio al resto de los comuneros. Juan de Zapata con las milicias de Madrid y Juan de Padilla con las de Toledo fueron los únicos en acudir a su llamada. En el primer envite, librado cerca de Segovia, los comuneros derrotaron a las tropas de Ronquillo, que se refugió en el castillo de Arévalo.

Entre los toledanos iban alistados Juan Losantos y su amante Andrés, que se habían enrolado en la milicia comunera porque creyeron que aquella revuelta era el principio de un tiempo nuevo y que los comuneros impondrían en las ciudades de Castilla unos gobiernos similares a los que existían en algunas repúblicas de Italia. Se equivocaban y no tardarían en comprobarlo.

### *Calais, 13 de julio de 1520*

Tras celebrar una última entrevista en Canterbury con los reyes de Inglaterra, Carlos embarcó hacia Flandes. La travesía del Canal, con las buenas condiciones del mar en verano, apenas duró un día. Desembarcó en las playas de Flesinga, en la provincia de Zelanda, y de allí, tras visitar alguna ciudad próxima, marchó a Gante.

En su ciudad natal despachó varios asuntos urgentes relacionados con la revuelta que había estallado en Valencia, donde las Germanías habían desbaratado la autoridad real y amenazaban con imponerse en todas partes. Carlos ordenó a los jurados de Valencia que abandonaran sus cargos, pues consideraba que su elección había sido nula, y los apremió a restaurar la autoridad real haciendo constar que de no hacerlo pagarían las consecuencias de su rebelión.

Desde Gante siguió ruta hasta Bruselas, donde volvió a dictar varias cartas sobre el caso de Valencia, que se estaba convirtiendo en un permanente dolor de cabeza, y ordenó a todos sus oficiales en ese reino que ayudaran a acabar con la revuelta de los agermanados.

En la catedral de San Miguel y Santa Gúdula de Bruselas fue jurado emperador por los síndicos de la ciudad. En un breve discurso, Carlos de Austria declaró que su voluntad y su intención era «resucitar», esa fue la palabra que empleó, el Sacro

Imperio Romano Germánico —y se refirió a los emperadores Carlomagno y Otón I como sus verdaderos predecesores— y convertirlo en un Imperio mundial capaz de unificar a la cristiandad, conducirla a la victoria sobre los sarracenos de Asia y de África y cristianizar las Indias Orientales y Occidentales.

Carlos todavía ignoraba en esos momentos que cuatrocientos soldados al mando de Hernán Cortés habían muerto al intentar huir del cerco al que habían sido sometidos en Tenochtitlán, la capital del Imperio azteca, y que la conquista de esas tierras estaba en peligro. Cortés, que había podido escapar con algunos de sus hombres de la matanza, denominó a ese luctuoso episodio del 30 de junio «la noche triste».

Tras varios días visitando Flandes, Carlos se dirigió hacia Calais para encontrarse con el rey de Inglaterra, tal como ambos habían acordado, una vez tuvo noticia de que el rey de Francia ya se había marchado.

Enrique VIII, que en algún momento había dudado si aliarse con Carlos de Austria o con Francisco I, se había entrevistado con el rey de Francia unos días antes durante el gran festejo al que llamaron el Campo del Paño de Oro. Fue a mediados del mes de junio, a instancias del canciller Wolsey, que se encargó personalmente de organizar unas fiestas y unos torneos de caballería como nunca antes se habían visto. Reservado solo para los nobles y caballeros, el gran festejo reunió a los mejores trovadores, juglares, payasos y acróbatas de Inglaterra y de Francia. Wolsey ordenó que se levantara un pabellón de cristal de doce pasos de lado en los prados de la localidad de Ardres, cerca de Calais, en torno al cual se plantaron más de dos mil tiendas, todas blancas, para acoger a los nobles invitados al torneo.

A la entrada del pabellón de cristal, a modo de palacio fabuloso, se erigió sobre un pináculo de piedra una estatua del arcángel san Miguel, toda ella bañada en oro.

Francisco de Francia y Enrique de Inglaterra, a quienes acompañaban sus esposas Claudia y Catalina, ambas embarazadas, aprovecharon aquellos días de junio para, entre torneos, banquetes y músicas, negociar un tratado de amistad.

Enrique sabía que su reino de Inglaterra, con poco más de tres millones de súbditos y ochocientos mil ducados de rentas, no podía competir con el de Francia, poblado por catorce millones de habitantes y unas rentas que superaban los seis millones de ducados. Francisco le pidió a Enrique que se aliara con él y que abandonara cualquier idea de pacto con Carlos, pero al rey inglés solo le interesaba que Francia facilitara la exportación de lana inglesa, que abundaba en ese reino.

Catalina, la esposa de Enrique, presionaba a su marido para que no firmara ningún acuerdo con Francia. Desde pequeña sus padres los Reyes Católicos le habían enseñado que debía defender por encima de todo los intereses familiares, y ahora era su sobrino Carlos quien los encarnaba. Seis años menor que su esposa, Enrique se dejaba aconsejar por Catalina, quien, pese a permanecer en segundo plano, ejercía una gran influencia en la política de Inglaterra.

Francisco insistía ante Enrique y pretendía convencerlo de que una alianza entre

ambos era imprescindible para detener las ambiciones de Carlos, ya que, de no unirse contra él, el emperador acabaría devorando sus reinos y ambos perderían sus coronas y tronos. El de Francia le pedía además al de Inglaterra que presionase al papa en Roma para que una mayoría de cardenales se pasara a su bando, pues contaba con el apoyo de catorce de ellos, en tanto Carlos tenía al menos a dieciocho de su parte. Solo con que tres cambiaran de bando, el papado dejaría de estar controlado por el emperador, y entonces Carlos tendría mucho más difícil que el papa se aviniera a coronarlo como tal.

Vital, fuerte y lleno de energía, Enrique VIII amaba la vida, las fiestas, la música y los torneos. Aclamado por su pueblo, que veía en él al monarca capaz de superar siglos de guerras civiles y de quebrantos, Enrique sentía una gran atracción por las mujeres. Hacía pocos meses que había dejado a su última amante, Isabel Blount, tras un año de relación, y en esos días de fiesta se había fijado en dos hermanas, una de las cuales era la jovencísima Ana Bolena, que habían asistido a un baile acompañando a su padre, miembro de la nueva aristocracia comercial inglesa.

Pese a la insistencia de Francisco I, el rey de Inglaterra se negó a firmar un acuerdo y el encuentro entre ambos monarcas se saldó con un fracaso diplomático, pero todos los asistentes recordarían para siempre los fabulosos festejos allí contemplados.

Cuando Carlos llegó a Calais todavía seguían en pie en los prados de Ardres algunas de las tiendas plantadas para celebrar el Campo del Paño de Oro, dos gigantes de cartón que representaban a Gog y Magog, las legendarias y terribles tribus que se citaban en la Biblia y que invadirían occidente, y el pabellón de cristal con la estatua dorada de san Miguel.

Tanto a Carlos como a Enrique les apasionaban los torneos y durante un par de días celebraron varios en el palenque del Paño de Oro. Carlos puso tanto afán en superar a sus adversarios y en demostrar que, pese a que su físico no era formidable, podía justar como el mejor que una de sus monturas se derrumbó y murió de agotamiento.

Ya en Calais, Carlos y Enrique conversaron tras un copioso banquete.

—Ayer te comportaste en las justas como un verdadero campeón —le dijo Enrique.

—Tú tampoco lo hiciste mal, tío.

—Los ingleses somos los mejores caballeros del mundo. Somos descendientes del rey Arturo y de sus caballeros de la Mesa Redonda, no lo olvides.

—Deberías recordar que los reyes de Castilla y de Aragón llevamos en nuestras venas la sangre de Rodrigo Díaz, el Cid Campeador, el mejor caballero que ha dado la cristiandad.

—Sí, algo he leído sobre ese hombre en alguna crónica, pero dudo que hubiera

podido derrotar a Guillermo el Mariscal. —Enrique VIII se refería al más afamado campeón de Inglaterra, un caballero que estuvo al servicio de cuatro reyes, entre ellos Enrique II y Ricardo Corazón de León.

—He escuchado los romances que sobre las hazañas de ese Guillermo cantan vuestros juglares, pero creo que exageran.

—No, ese Guillermo fue el mejor caballero del mundo. Pero dejemos que nuestros viejos héroes sigan viviendo felices en los versos de los poetas y en los sueños de los mortales y hablemos de lo que dejamos pendiente hace unas semanas en Inglaterra.

—De acuerdo. ¿Estás dispuesto a firmar el tratado que te propuse? —Carlos miró a los ojos a su tío.

—Tu tía Catalina no deja de hablarme de ello. —Enrique se dirigió a Carlos con familiaridad—. No hay día que no me insista en que firmemos ese tratado.

—Pues, querido tío, hazlo. Tu esposa es una mujer sabia, no en vano es hija de Fernando el Católico.

—¡Ah!, mi suegro. ¡Cuánto admiré a ese hombre! ¿Sabes, sobrino?, creo que ha sido el mejor monarca de la cristiandad desde los tiempos de Carlomagno.

—¿Entonces...?

—Inglaterra es un reino pobre, y para que deje de serlo necesitamos que nuestros mercaderes tengan facilidades a la hora de vender sus productos fuera de nuestra isla. Nos sobra lana y nos faltan trigo y vino. Sí, ya sé que estos asuntos son demasiado vulgares para que traten sobre ellos un emperador y un rey, pero, mi querido sobrino, mis nobles me demandan una solución, pues sus rentas dependen de que su lana se venda en Flandes, Italia y Alemania, es decir, en tus dominios.

—Mis súbditos castellanos me piden lo mismo. También ellos producen mucha lana.

—La de Inglaterra es mejor...

—Como sus caballeros.

—Como ellos.

—Si firmas ese tratado facilitaré que la lana inglesa se comercie en Flandes.

Enrique se acercó a Carlos y colocó su mano sobre el hombro del emperador en un gesto de cordialidad familiar.

—Seremos aliados. Mañana es sábado, buena fecha para firmar nuestro pacto.

—Sea —confirmó Carlos.

—Y para que esta alianza quede sellada con sangre, deberíamos cerrar otro acuerdo —añadió Enrique.

—¿También con sangre?

—En el buen sentido, querido sobrino. Tienes ya veinte años y sigues soltero y sin compromiso; es hora de que vayas pensando en casarte para engendrar un heredero legal.

—Siendo yo todavía un niño, mis abuelos me buscaron varias novias; tantas que



ya ni siquiera recuerdo el número de veces que acordaron mi matrimonio —bromeó Carlos.

—Pues tu tía Catalina estará encantada si certificamos este tratado con el compromiso de tu boda con nuestra hija María —propuso Enrique.

—¿María?, pero si tiene..., ¿cuántos?, ¿cinco?, ¿seis años...?

—Cuatro —precisó el rey de Inglaterra—. Bueno, tendrás que esperar diez años para consumir el matrimonio, pero recuerda que mi hija es, de momento y antes de que tu tía me dé al fin un hijo varón vivo, la heredera de Inglaterra. Si yo no tuviera un hijo varón, tú serías entonces el rey de esta tierra: emperador de Alemania, rey de Castilla y de Aragón, rey de Inglaterra...

—De acuerdo. Añadiremos a ese tratado mi compromiso matrimonial con María de Inglaterra.

—Los Austrias y los Tudor juntos; no habrá nadie en este mundo capaz de detenernos —rio Enrique con los brazos en jarras.

Tras acordar las cláusulas del pacto, incluido el compromiso matrimonial de Carlos y la pequeña María, se firmó un acuerdo anexo por el que Inglaterra se comprometía a estar en paz, amistad y unión con todos los reinos y Estados de Carlos de Austria, al que reconocía como legítimo emperador de Alemania.

Cuando supo de ello, Francisco I apretó los puños y comprendió que su trono estaba en grave peligro. Una coalición de Inglaterra, el papado, los reinos de España y el Imperio era lo peor que le podía ocurrir a Francia. Ante semejante amenaza solo se le ocurrió una idea; era descabellada y podía arrastrar al mundo al desastre, pero supuso que no tenía otra salida. Ese mismo día envió una embajada al sultán turco Selim I ofreciéndole una alianza secreta contra Carlos de Austria.

### *Tordesillas, fines de agosto de 1520*

Mientras en Valencia los agermanados controlaban la ciudad, en Castilla los comuneros estallaron de indignación ante los desmanes cometidos por el ejército real.

Aquella mañana un correo llegó a todo galope al campamento comunero plantado junto a Tordesillas. Se identificó, preguntó por el capitán general y enseguida le indicaron dónde se encontraba.

—Señor —dijo el mensajero todavía jadeando—, los realistas han quemado Medina del Campo.

—¡Cómo! ¿Quién ha sido el responsable? Cuenta rápido lo que ha sucedido. —El rostro del capitán comunero enrojeció de ira.

—Una partida de caballería procedente de Arévalo y mandada por don Antonio Fonseca se presentó en Medina para llevarse la artillería. El corregidor aceptó entregarla, pero varios vecinos alertados de ese propósito se negaron a hacerlo,

desmontaron las piezas de sus cureñas y ruedas y las colocaron en medio de la plaza Mayor, a la vez que cerraban las puertas de la villa y se aprestaban a defenderla.

»Entonces el general Fonseca ordenó que se prendiera fuego a la ciudad por tres puntos, intentando provocar el caos en nuestras filas y que nos rindiéramos. El fuerte y caluroso viento del sur avivó las llamas, y el incendio se extendió por toda Medina. Ante la magnitud de su crimen, los realistas se retiraron, y los nuestros, aunque se afanaron en sofocar el fuego, no consiguieron detenerlo. Conforme avanzaban las llamas, la gente comenzó a huir llena de pánico. Han ardido los almacenes de los comerciantes, que guardaban riquísimas mercancías, y más de trescientas cincuenta casas. Todavía no se ha podido contabilizar el número de muertos, pues varios de ellos siguen bajo las cenizas, si es que no se han convertido en ellas.

—Canallas...

—Algunos vecinos han tomado venganza y han acuchillado a los partidarios del rey don Carlos; y los de Segovia, enterados del desastre, han organizado una partida para atacar a los realistas. Ha corrido la voz de lo sucedido en Medina y varias villas y ciudades se han sumado a nuestra revuelta.

—Está claro, como comprobamos en Segovia, que sin artillería el ejército realista no podrá derrotarnos, ni derribar las murallas de nuestras ciudades. Tomaremos primero Tordesillas, liberaremos a la reina doña Juana y luego iremos a Medina para recuperar esas bombardas y trabucos. Si conseguimos apresar a los culpables de semejante vileza, serán juzgados conforme al delito que han cometido.

El ejército comunero, una amalgama tan inconexa como heterogénea de mercaderes, artesanos, algunos campesinos, hidalgos e infanzones sin hacienda y aventureros de fortuna, se presentó ante los muros de Tordesillas, donde seguía prisionera la reina Juana desde que su padre el rey Fernando decidiera encerrarla para siempre.

Juan de Padilla, indignado por lo acontecido en Medina del Campo, llegó al frente de la vanguardia del ejército ante el portón del palacio, que se abrió al primer requerimiento.

—En nombre de doña Juana, reina de Castilla y León, entregad este palacio —gritó Padilla.

El marqués de Denia, gobernador de aquella cárcel, no se resistió. Había visto llegar a los comuneros y cómo las gentes de Tordesillas habían abierto las puertas de la villa celebrando su presencia y aclamándolos como libertadores.

—Señores, aquí están las llaves. Os ruego que no toméis represalias contra mí ni contra quienes han servido en este palacio. No hemos hecho otra cosa que cumplir las órdenes de don Carlos —el de Denia evitó llamarlo «rey».

—Encerradlo hasta que decidamos qué hacer con él —dijo Juan de Padilla—. ¿Dónde está la reina? —le preguntó.

—En su aposento, en la primera planta.

—Vamos.

Padilla, seguido por media docena de soldados entre los que estaban Juan Losantos y Andrés, empezó a subir los peldaños de la escalera de dos en dos con la espada en la mano, pero al alzar la vista en el primer recodo se detuvo en seco. En el rellano superior, de pie, estaba Juana de Castilla junto a su hija Catalina, que ya tenía doce años.

Con una señal de la mano, la reina le indicó que se acercara.

El comunero envainó su espada, inclinó la cabeza y subió despacio, peldaño a peldaño, hasta colocarse frente a la reina. Se puso de rodillas y besó la mano de Juana.

—Señora, mi nombre es Juan de Padilla, capitán general de la Junta de Comunidades de Castilla; estoy aquí para liberaros y juraros como nuestra reina. Las Comunidades se han propuesto acabar con los muchos escándalos que hay en estos vuestros reinos y devolveros el trono y el gobierno.

—¿Venís en nombre de mi padre? —preguntó la reina.

—Señora..., ¿vuestro padre, decís? —Aquella pregunta lo cogió por sorpresa y lo desconcertó.

—Sí, mi padre, el rey Fernando. ¿Os envía él?

—Vuestro padre ha muerto, majestad.

—¿Muerto? ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace algún tiempo, mi señora. Ahora vos sois la reina, la única reina de Castilla.

—¿Y mi hijo, el príncipe Carlos?

—Está lejos, en sus dominios de Flandes.

—¡Flandes! ¡Oh!, recuerdo aquellos días en los palacios de Coudenberg y de Prinsenhof; celebrábamos fiestas y banquetes y bailábamos hasta el amanecer.

—Señora, sois libre, podréis volver a celebrar esas fiestas y esos bailes cuando os plazca.

—Unos tiranos quisieron llevarse a mi pequeña Catalina —Juana miró a su hija menor.

—Nadie os separará de vuestra hija, señora; ambas sois libres. Todos nosotros estamos a vuestras órdenes. Sois nuestra reina, nuestra única soberana.

Juana de la Cruz lo miró con asombro, y el corazón le dio un vuelco. Allí estaba su pequeño Juan, de pie junto a la puerta del aposento del palacio donde los Losantos residían en Tordesillas.

—¡Dios mío! —Juana se echó las manos a la cara y se acercó hasta su hijo—. Eres tú, eres tú —balbució a la vez que le acariciaba el rostro y el cabello. No había vuelto a verlo desde que era muy pequeño, pero su instinto maternal le dijo que aquel hombre que estaba ante ella era su hijo menor.

—Sí, madre, soy Juan.

Madre e hijo se abrazaron, y tras ellos un demacrado Pedro Losantos sonreía.

—Ahí lo tienes, mujer, enrollado en el bando de los comuneros —dijo el médico converso, que iba acompañado de Andrés, el amante de Juan.

—¡Veinte años! Hace ya veinte años... —suspiró Juana.

—Y sin embargo, me has reconocido.

—Mi pequeño...

—Madre, este es mi amigo Andrés. El hombre...

—Sí, ya lo sé. Me alegra conocerte, Andrés.

—Yo también me alegro por ello, señora —respondió el amante de Juan Losantos.

—Pero pasad, pasad. Hay un poco de queso, huevos, pan y salchichas de cordero. Vamos, María, ayúdame a preparar el almuerzo.

La hija de Pedro Losantos se emocionó al ver a su hermano. María se abrazó a Juan, al que apenas reconocía, y al sentir el contacto con su piel se conmovió: su hermano no tenía por delante un futuro halagüeño, desde luego.

Mientras comían, Juan Losantos relató a sus padres cómo se había unido al movimiento de las Comunidades en Toledo, y las esperanzas que tenía en que los rebeldes triunfaran en su levantamiento y cambiaran para siempre las cosas en Castilla.

—No lo dudé ni un momento, y Andrés me siguió también. Hemos acompañado desde entonces a Juan de Padilla, el jefe de los comuneros, un hombre honrado y valiente —explicó Juan.

—Así lo parece, pero no ha conseguido convencer a la reina Juana para que se ponga de su lado —intervino Pedro.

—Padre, estoy al tanto de que fuiste médico de la reina cuando ella era una joven princesa en la corte de sus padres los Reyes Católicos, y que ahora estás de nuevo a su cuidado. Sé bien que eres un hombre persuasivo y por eso quiero pedirte que hables con ella y la convenzas para que acepte encabezar el movimiento comunero y sea la reina verdadera de Castilla —le propuso Juan.

—Mírame, hijo. Soy un viejo que se apaga y consume como los rescoldos de una hoguera a la que no se le añade más leña. Estoy enfermo y no creo que dure mucho tiempo. Además, la reina nunca aceptará nada que vaya contra su hijo Carlos, nunca. Hace ya tiempo que se resignó a vivir encerrada entre estas paredes de barro a solas con sus recuerdos y sus fantasmas. No, la reina no encabezará a los comuneros, y eso significa que vuestro movimiento está condenado al fracaso.

—Nos apoyan muchas ciudades y villas, artesanos, comerciantes, algunos nobles...

—Si algún noble tuvo alguna duda hace meses, ahora toda la nobleza de Castilla y de León se ha puesto del lado del emperador. Los nobles temen a los comuneros porque creen que, de triunfar estos, ellos perderán sus derechos y sus privilegios.

Algunas ciudades ya empiezan a renegar de las Comunidades; me han dicho que Burgos se ha pasado al bando de don Carlos, y seguro que la siguen otras. —Pedro Losantos parecía fatigarse con cada palabra.

—Pero somos más y tenemos la razón de nuestro lado —alegó Juan.

—¿La razón, dices? La única razón que entienden esos nobles es la de la fuerza. Y saben que el emperador regresará pronto al frente de un poderoso ejército y que impondrá su orden y su voluntad en estos reinos.

—Pero, si convences a doña Juana para que tome el poder, entonces todo cambiará.

—No, hijo, no cambiará nada. Bueno, quizá estalle una nueva guerra entre castellanos en la que morirá mucha gente, y el suelo de las plazas mayores de villas y ciudades se teñirá con la sangre de los ajusticiados.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —demandó Juana de la Cruz muy preocupada.

—Huid... Huid vosotros. Tú —le dijo a su esposa—, María y vosotros dos. Yo me quedaré aquí, pues ya no tengo fuerzas para seguir adelante. Mujer, vete con tus hijos y buscad refugio lejos de aquí, como ya lo planeamos en otras ocasiones. Pablo y su esposa están con el emperador, de modo que no corren peligro, pero tú, Juan, te has comprometido con los comuneros y supongo que estarás señalado por la justicia real. Además, si sobrevives a la justicia del emperador, en esta segunda ocasión la Inquisición no te perdonará que vivas con Andrés...

—Yo no voy a dejarte —dijo Juana.

—Mira. —Pedro se levantó la camisa y dejó ver su torso desnudo. Bajo las costillas, que aparecían muy marcadas, se podían observar varias hinchazones de color amarato—. Esto es el fin. Los tumores se me han extendido por todo el cuerpo; mi muerte es cuestión de semanas, tal vez de días. Marchaos de aquí y poneos a salvo.

—Padre... Yo no sabía esto.

—No dejaré que mueras solo —replicó Juana, que abrazó a su esposo y lo besó en el rostro.

Unos días después de ocupar Tordesillas, los jefes comuneros Juan de Padilla, Juan Bravo y Juan de Zapata celebraron una junta en la que decidieron visitar a la reina para ofrecerle de nuevo que tomara el poder. Los acompañó al palacio el escribano Alonso Rodríguez de Palma, encargado de tomar nota de todo cuanto allí sucediese.

En la gran sala donde había sido liberada, Juana de Castilla recibió a los cabecillas de los comuneros.

—Señora —Juan de Padilla y el resto de los jefes rebeldes se arrodillaron ante Juana. El de Toledo adoptó un tono solemne—, la Junta de Comunidades de Castilla y León, según es ley, costumbre y derecho, desea juraros obediencia como reina y gobernadora de estos territorios y reponeros en el trono que os pertenece. ¿Aceptáis?

Juana miró a su hija y luego recorrió con la mirada a todos los presentes; varios capitanes comuneros se habían incorporado a la sala y aguardaban expectantes la respuesta de la reina, pues de ella dependían su futuro y sus vidas. Por un momento pareció dispuesta a decir algo, pero calló.

—Señora —intervino Juan Bravo ante el largo silencio de Juana, que se hizo interminable—, aceptad nuestra propuesta. Sois nuestra reina.

—Majestad, no os resignéis, decidnos algo, por Dios —le suplicó Padilla.

Los jefes comuneros se miraron confusos y expectantes a la vez. La reina permanecía en silencio, con la mirada perdida en un punto indeterminado de la pared. Ninguno esperaba una actitud así. Si Juana no aceptaba ponerse al frente, su movimiento estaba condenado al fracaso y ellos al patíbulo.

—¿Qué hacemos ahora? —demandó Juan Zapata un tanto ofuscado.

—Señora —Padilla tomó la iniciativa ante el desconcierto general—, vuestros súbditos no os hemos olvidado, vuestro nombre sigue en nuestra memoria. Os hemos liberado de esta prisión y os pedimos, os rogamos, que os pongáis al frente de las Comunidades, que desean reponer la legalidad perdida. Dejadnos que os juremos como reina de Castilla, nuestra reina.

Pese a la vehemencia de Padilla, Juana permaneció en silencio.

—¡Dios Santo! —exclamó Juan Bravo desesperado—, es inútil.

—Majestad, sabemos que habéis sufrido una prisión injusta, os pedimos que recuperéis el gobierno y así podremos castigar a estos malvados que tanto daño os han hecho a vos y a Castilla. Atended nuestra súplica, sed nuestra soberana —insistió Zapata con toda vehemencia.

—Sí, sí —dijo entonces la reina—, tenedme al corriente de todo, quedad a mi servicio y castigad a los malos, que en verdad os tengo en mucha consideración. A los malos, a los malos, a los malos...

—Lo haremos. —Juan de Padilla besó la mano de la reina.

—¿Quiénes son los malos? —preguntó Bravo a Zapata al oído.

—Esos extranjeros flamencos, por supuesto. ¿Quiénes si no?

—Se hará conforme ordenáis, majestad —asentó Padilla.

—Los malos, los malos, los malos... —musitó Juana entre dientes como una cantinela antes de volver a sumirse en un silencio extraño.

—Tenían razón los que decían que esta mujer está alunada —bisbisó Zapata.

—Callad —ordenó Padilla ante los murmullos—. Majestad, aceptad el poder que os ofrecemos, contad con toda nuestra fidelidad y sed nuestra soberana. Nos ponemos a vuestro servicio.

—Si rubricáis este documento seréis repuesta en el trono de manera inmediata —indicó Juan Zapata señalando el pergamino listo para la firma que portaba el escribano.

—Firmadlo, señora, os lo ruego —insistió Juan de Padilla.

Juana miró con ojos perdidos y apagados a los comuneros, que se esforzaban

cuanto podían para convencer a la reina, pero esta no les dio ninguna respuesta y se mantuvo en silencio.

—Majestad..., ¿no queréis hablar? Somos vuestros más leales súbditos. Firmad ese documento y seréis nuestra soberana —repuso Zapata absolutamente desesperado.

—Sois nuestra reina; siempre lo habéis sido. Nunca habéis renunciado a vuestra condición, nunca. Imponedla ahora. Os lo ruego. ¡Por Dios, por Castilla! —añadió el capitán comunero.

Pero Juana calló. Pese a los malos tratos sufridos, jamás hizo nada en contra de su esposo ni de su padre, cuyas muertes ya parecía haber asumido, y jamás haría nada que fuera contrario a los intereses de su hijo. Nada. Nunca.

—Hacedlo por vuestros súbditos castellanos y leoneses —le suplicó Padilla descorazonado ante la actitud de Juana.

—Hemos sido unos ingenuos. Esa mujer no firmará nada que perjudique a su hijo —le musitó Zapata a Juan Bravo—. Hemos perdido el tiempo.

—Esperamos que reconsideréis vuestra decisión, majestad. En cualquier caso, sois libre. Este palacio ya no es vuestra prisión, sino vuestra propiedad. Quedad con Dios —se despidió Padilla.

Los jefes comuneros se inclinaron ante Juana y salieron de la sala entre evidentes signos de frustración. Juana quedó callada mirando a su hija Catalina, a la que acarició la mejilla. En los labios de la jovencita pareció dibujarse una tímida sonrisa.

### *Amberes, 23 de septiembre de 1520*

La iglesia de Santa María estaba en obras, pero Carlos quiso asistir a la misa dominical en ese templo. Acabada la ceremonia religiosa, el emperador recibió al cabildo, que había solicitado una audiencia para presentarle un ambicioso proyecto.

—Majestad —dijo el prior—, Amberes es una de las ciudades más florecientes y relevantes de Flandes y tiene en la iglesia de Nuestra Señora uno de los templos más famosos, pero no es sede episcopal. Esta ciudad se adorna con méritos suficientes para contarse entre las primeras de la cristiandad, de modo que os rogamos que intercedáis ante al papa León para que conceda a esta iglesia el título de catedral y dote a esta noble ciudad de un obispado.

—Su santidad anda ahora en otros asuntos —repuso el emperador.

—Os solicitamos además permiso para iniciar las obras de las torres de la fachada principal, que deseamos sean las más altas jamás construidas. Si me permitís, señor... —El prior hizo una indicación y uno de sus acompañantes, un joven clérigo de pelo rojizo, le acercó unos planos que se apresuró a desplegar—. Esta es la traza de las torres que ha presentado el maestro de obras. Al cabildo le ha parecido excelente.

—Magnífica traza, en efecto —ratificó Carlos a la vista de un dibujo en el que se representaba cómo serían las dos torres de la fachada principal una vez acabadas.

—Con vuestro permiso comenzaremos este mismo año a levantar la primera de las torres, la de la izquierda. Ambas tendrán una altura de doscientos veinte codos, la mayor jamás lograda.

—¿Disponéis de las rentas suficientes para pagarlas?

—Sí, majestad, los comerciantes, el pueblo y la iglesia de Amberes están dispuestos a sufragar todos los gastos que conlleven las torres y las vidrieras. La nuestra es una ciudad floreciente, como bien sabéis.

Al emperador no dejaba de preocuparle el dinero, tan necesario para sus planes de dominio del mundo, pero era consciente de que el poder necesitaba transmitir a la gente una imagen de dominio, y era en los grandes edificios donde esa imagen podía presentarse de manera contundente.

Algunos lo tildaban de avaro, pero Carlos solía repartir una buena cantidad de monedas arrojándolas desde su caballo en algunas entradas triunfales, como le enseñó a hacer su abuelo Maximiliano cuando lo llevó siendo un muchachito a su ciudad natal de Gante. Por eso, el emperador había recorrido en las semanas de ese verano varias ciudades de Flandes y le había ordenado a su tesorero que dispusiera en cada una de esas entradas de cien libras en monedas pequeñas para ser entregadas a la multitud, que siempre lo aclamaba gritando: «Larguesse, larguesse», es decir, «Generosidad, generosidad».

Su visita a Flandes discurría entre recepciones de los concejos de sus ricas ciudades, largas partidas de caza en los bosques, algunos torneos y justas y varias sesiones de trabajo con sus consejeros, sobre todo con el canciller Mercurino de Gattinara y con Guillermo de Croy, al que el emperador consideraba su más fiel servidor. El señor de Chièvres estaba al lado de Carlos desde que este era niño, y entre ambos había tal confianza que, en algunas ocasiones, todavía solían dormir juntos en la misma cama.

Cada semana recibía noticias de cómo se estaban desarrollando las revueltas de las Germanías en Valencia y de las Comunidades en Castilla, pero Carlos mostraba poco interés en resolverlas, como si fueran asuntos poco importantes como para perder demasiado tiempo en ellos.

—Majestad —el prior de Nuestra Señora de Amberes recogió el plano con el alzado de las torres de su iglesia—, ¿podemos contar entonces con vuestra mediación ante su santidad el papa?

—Sí, sí, lo haré. Le escribiré al papa sobre esa petición y le diré que estáis haciendo un gran esfuerzo por mostrar a vuestros feligreses la grandeza y la gloria de la Iglesia de Roma.

—Y no olvidéis, os lo rogamos, que Amberes merece ser cabeza de una sede episcopal.

—Lo haré, señor prior, no lo dudéis.



—Majestad, urgentes asuntos de Estado demandan vuestra atención inmediata —intervino el señor de Chièvres, que se dio cuenta de que Carlos comenzaba a cansarse de las demandas del prior.

—Ya habéis oído: asuntos de Estado me requieren.

—Por supuesto, majestad, por supuesto. —El prior hizo una reverencia y se alejó, seguido por el grupo de media docena de clérigos que lo acompañaba.

—Vaya insistencia la de ese hombre —resopló Carlos aliviado—. ¿Qué son esos asuntos tan urgentes?

—Valencia de nuevo, y también los comuneros castellanos —respondió Croy.

—Guillermo, ya me está cansando esa cantinela tan reiterada. ¿Qué pasa ahora en Valencia? —Carlos estaba molesto.

—Los agermanados de Valencia se han proclamado como la autoridad en esa ciudad y se han manifestado en contra de los nobles. Hemos escrito a los oficiales reales de las villas más importantes de ese reino para que se mantengan fieles a vuestra majestad y repriman cualquier conato de revuelta. —El de Chièvres se mostraba muy preocupado.

—Entonces, ¿lo de Valencia es grave de verdad?

—Lo es, señor. Hace unos días salieron cartas ordenando la pacificación del reino, pero creo que habrá que tomar medidas mucho más contundentes. Los agermanados poseen armas, se han organizado en cuadrillas y controlan la ciudad de Valencia; y, lo que es peor, su nefasta influencia comienza a extenderse a otras villas y ciudades de ese reino. Quién sabe si incluso lo hará a las de Aragón y Cataluña.

—Si el actual virrey de Valencia no sabe gobernar, habrá que enviar allí al fin a doña Germana y a su esposo. Ya les anuncié que ese sería su destino.

—¿Queréis que disponga lo necesario para su nombramiento?

—Todavía no; antes quiero que doña Germana y el marqués de Brandeburgo asistan a mi coronación imperial en Aquisgrán; se lo prometí. ¿Y qué hay de los comuneros de Castilla? —preguntó el emperador.

—Este caso es incluso peor que lo de Valencia. Adriano de Utrecht ha enviado un informe relatando lo que ha ocurrido en Tordesillas. Los comuneros se han apoderado del palacio real y le han ofrecido el trono a vuestra madre. Nuestros espías allí dicen que la reina doña Juana parece otra mujer, que puede salir libre de sus aposentos, que habla con todos y que sus comentarios son objeto de la admiración de los comuneros, que andan entusiasmados ante la posibilidad de que la reina acepte su propuesta; tanto es así que han ubicado su junta de gobierno en Tordesillas. Don Adriano asegura que, si la reina estampa su firma en el documento que le ofrecen los comuneros, todo ese reino se perderá.

—No lo hará; mi madre nunca firmará nada que vaya en mi contra —asentó Carlos con toda seguridad.

En ese momento se presentó Mercurino de Gattinara; el canciller traía una nota en la mano.

—Majestad, en Aquisgrán se ha originado un brote de peste. La ciudad no es segura, de modo que debemos posponer vuestra coronación —anunció.

—¿Por cuánto tiempo?

—Creo que con un mes será suficiente para que se sofoque la peste. Además, todavía no hemos recibido el préstamo que le solicitamos al rey de Portugal; espero que no se demore mucho más, pues ya disponemos de la aprobación de los banqueros genoveses y burgaleses que lo avalan —dijo el canciller.

—De acuerdo. Será mejor así. Retrasad esa ceremonia justo un mes a contar desde hoy; ni un día más.

—Como ordenéis.

En ese momento Carlos ignoraba que solo un día antes había muerto el sultán Selim I, quien en apenas ocho años de reinado había duplicado la extensión del Imperio otomano tras conquistar Egipto, Siria y la mitad del norte de África, además de ocupar las ciudades santas de Medina, La Meca y Jerusalén. A su hijo y sucesor, Solimán, lo apodarían el Magnífico. Carlos tendría que enfrentarse a su ambición de poder.

### *Tordesillas, mediados de octubre de 1520*

Pedro Losantos se despertó dolorido. La axila derecha le ardía como si le estuviesen pinchando con un afilado estilete rusiente. Se palpó y notó una considerable hinchazón en el ganglio. Pasó su mano izquierda por el lado derecho de su torso, justo bajo las costillas, y comprobó que su hígado también estaba muy inflamado. Y entonces se dio cuenta de que la muerte ya estaba allí.

Todavía no había amanecido, de modo que se quedó en el lecho inmóvil y en silencio, al lado de su esposa. Juana de la Cruz dormía y la respiración acompasada de su pecho le confirió cierta sensación de calma.

Pasó un tiempo, cantó un gallo y el horizonte occidental comenzó a teñirse de un rosa oscuro que al rato devino en un estallido de tonos anaranjados y amarillos.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Juana, que se despertó sonriente.

—Sí, perfectamente —mintió Pedro.

—Bueno, es hora de levantarse, la reina me dijo ayer que quería acompañarme al soto de la ribera.

—¿Y eso?

—Le dije que iría a recoger algunas hierbas para elaborar una crema para las arrugas.

—Tantos años a tu lado y me sigues asombrando. ¿También te enseñó eso tu madre?

—Claro.

—Pues nunca me lo habías dicho.

—La reina es una mujer y, aunque hace ya tiempo que no conoce a ningún varón, le gusta mostrarse lo más bella posible. Se estaba abandonando un poco, pero la he convencido para que se esmere en su cuidado personal y en su higiene.

—Y más ahora, que es libre para salir de este palacio, pasear por las calles de Tordesillas o por las veredas del río —dijo Pedro.

—¿Libre? ¿En verdad crees que doña Juana es libre?

—Eso dicen al menos los jefes comuneros —asentó Pedro Losantos.

—Esa mujer lleva aquí prisionera más de diez años. No, ya nunca podrá ser libre.

—Tal vez ni siquiera le interese serlo.

Al levantarse de la cama, Pedro Losantos sintió un pinchazo en su costado y no pudo disimular un gesto de dolor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Juana.

—No te preocupes, no es nada.

La herbolaria abrió la ventana del cuarto donde dormían en el ala este del palacio real y vio con toda claridad el rictus de dolor marcado en el rostro de su esposo.

—¡Oh!

—No, no.

—Ya está aquí, ¿verdad? Ya ha llegado —se estremeció Juana.

—Sí. Lo siento.

—¡Dios mío!

—Ya no hay remedio.

—Déjame verte.

Juana de la Cruz palpó el hígado de su esposo.

—El mal ya ha salido del hígado y se ha extendido por todo mi cuerpo; pronto me matará, muy pronto —asintió Pedro resignado.

Juana se abrazó con fuerza y él la acarició con delicadeza.

—¿Cuánto tiempo...?

—No mucho. Una semana, quizá dos...

—Tal vez..., hay una pócima...

—No, Juana, esta maldita enfermedad no tiene cura.

—Prueba con ella. Se hace con raíz de mandrágora, cúrcuma y esencia de uña de gato. La mandrágora puede matar si se toma en grandes dosis, pero una pequeña cantidad mezclada convenientemente con...

—No, no.

—No quiero que mueras. No quiero. —Dos enormes lágrimas resbalaron por las mejillas de Juana.

—Te esperaré en el más allá; no creas que vas a librarte de mí en la eternidad.

—Iré a buscar a Juan.

—De acuerdo. Quiero despedirme de mi hijo antes de cerrar los ojos por última vez.

—Enviaré a María en su busca. No voy a dejarte solo. Supongo que a estas horas todavía estará en su tienda en el campamento de los comuneros junto al río.

### *Sobre las aguas del Rin, cerca de Maguncia, 23 de noviembre de 1520*

El séquito imperial remontó aquellos días de noviembre las aguas del Rin a bordo de varias embarcaciones.

Justo un mes antes Carlos había sido coronado en la antigua Aquisgrán, que los alemanes llamaban Maastricht, donde estableciera su corte el emperador Carlomagno. Desde la proa de la nave contemplaba las orillas del Rin y recordaba su reciente desfile triunfal por las calles de Aquisgrán, vestido de rojo, plata y oro y seguido por los arzobispos, obispos, cardenales y altos dignatarios de su corte. La reina viuda Germana de Foix había asistido a aquella coronación y, por un momento, mientras la corona de Carlomagno era posada sobre la cabeza de Carlos de Austria, la antigua amante imaginó que tal vez pudiera haber sido ella la emperatriz, pero se consoló con pensar que al menos era la madre de una hija del joven emperador.

La escuadra surcaba el Rin desde Flandes hacia la ciudad de Worms, donde se había convocado la Dieta en la que se tratarían asuntos de enorme trascendencia para el mundo. En Aquisgrán, Carlos había jurado, antes de recibir la corona de Carlomagno, que defendería a la Iglesia y a sus pueblos y que protegería a los pobres de los abusos de los poderosos.

Su recorrido por el Rin respondía a una programada rutina. Embarcaba mediada la mañana, navegaba río arriba durante unas tres o cuatro horas y desembarcaba en los puertos de las ciudades más importantes que salpicaban las orillas del gran río para dormir en tierra firme y volver a cumplir el mismo trámite a la mañana siguiente. Así iba conociendo las poblaciones más relevantes de sus dominios alemanes.

—¿Qué río es ese? —preguntó el emperador señalando un afluente que desembocaba en la orilla izquierda del Rin entre dos pronunciadas colinas.

—El Nahe, majestad —le indicó el capitán de la nave—. Las cepas de ese valle producen unos estupendos vinos.

Hacía ya mes y medio que el buque en el que navegaba el emperador remontaba las aguas del Rin. Todos los días se detenía en ciudades, castillos y monasterios para recibir la fidelidad de sus vasallos alemanes. En cada una de las recepciones, los anfitriones se afanaban por surtir la mesa del emperador con los mejores manjares: carne salada de cerdo, faisán asado, tórtola escabechada, salchichas ahumadas, quesos, confitura de frutas, compota de manzana, vino dulce, cerveza de la mejor calidad... Todo era poco para agasajar al dueño de medio mundo.

Durante el viaje, alertado por la visita de Antonio Fonseca, quien tras su fracaso

en Medina del Campo había sido enviado por Adriano de Utrecht a informar personalmente al emperador de la delicada situación en Castilla, Carlos había ordenado que no se exportara ningún tipo de armas y así evitar que los comuneros pudieran aprovisionarse de un poderoso arsenal.

También había ratificado los matrimonios que cinco años antes había acordado su abuelo Maximiliano con el rey Ladislao de Hungría entre su hermano Fernando, de diecisiete años de edad, y la princesa Ana, y entre su hermana, la archiduquesa María, de quince años, y el joven rey Luis de Hungría, hermano de Ana. Así, mediante los matrimonios de dos de sus hermanos, Carlos extendía la influencia de la casa de Habsburgo al este de sus dominios.

En Maguncia, apenas a dos horas de navegación desde la confluencia del Rin y el Nahe, lo esperaba su arzobispo, que tan decisivo había sido en su elección como emperador.

### *Tordesillas, fines de noviembre de 1520*

Cuando contempló los ojos de su padre, María Losantos vio el rostro de la muerte. El médico converso agonizaba en su cama del palacio de Tordesillas rodeado de su familia. Solo faltaban Pablo, el mayor, y su esposa, que seguían navegando por el Rin con el emperador.

—Es el fin, el fin —balbuceó Pedro Losantos en un tono apenas inteligible.

—Pedro, Pedro, te pondrás bien —Juana de la Cruz procuró animar a su esposo acariciándole la mano, que sintió fría y débil.

—Hijos, María, Juan, Pablo... Juana, Juana...

—¡Padre!

—Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel —canturreó susurrando Pedro Losantos con sus últimas fuerzas.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Andrés.

—Es la canción del rey Nimrod. De pequeño solía cantarla; aún lo recuerdo —comentó Juan.

—Abrahán *avinu*, padre... queri..., luz... de... —La voz de Pedro se apagaba como el eco en un soplo de viento en la lejanía.

—¡No, no! —Se angustió Juana de la Cruz.

—Jehová, Jehová... Elohim, Elohim, Elohim...

Pedro Losantos pronunció los nombres del dios de los judíos, apretó la mano de su esposa con su último aliento y expiró.

—No, no, no...

Juana se llevó la mano de su esposo a la mejilla, y María se acercó a abrazarla y a consolarla.

—Madre...

—¿Ha muerto? —Juan estaba tembloroso.

María asintió con la cabeza. En la habitación solo se oyeron entonces un sostenido lamento y una canción: «Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel».

Pedro Losantos fue enterrado al día siguiente en el exterior de la cabecera de la iglesia de San Antolín, muy próxima al palacio real. La reina Juana asistió al entierro del que había sido su médico y rezó varias oraciones por su alma. Un sacerdote cristiano dirigió las exequias, pero no se dio cuenta cuando Juana de la Cruz introdujo en la mortaja de su esposo una pequeña estrella de David confeccionada con dos agujas convenientemente dobladas.

Esa misma tarde llegó la noticia de que un ejército real se dirigía hacia Tordesillas con el propósito de recuperar la villa para el emperador. Los comuneros decidieron levantar el campamento y retirarse para plantar cara desde posiciones más seguras. Juana de la Cruz y María Losantos optaron por quedarse en el palacio con la reina Juana, en tanto Juan Losantos y Andrés se marcharon con los soldados comuneros, que dejaron una pequeña guarnición para la custodia de la reina, si bien totalmente insuficiente para hacer frente a las tropas que se acercaban.

### *Worms, 30 de noviembre de 1520*

Una vez más el emperador había comido demasiado. Aquel viernes acababa de celebrar un banquete con motivo de la fiesta de San Andrés, en el que había invitado a doce caballeros de la Orden del Toisón de Oro, quienes habían dado buena cuenta de la abundante comida habitual además de otros seis platos añadidos con motivo de lo extraordinario de la fecha.

Durante el banquete los miembros de la orden comentaron la matanza que uno de ellos, el rey Cristián de Dinamarca, esposo de Isabel de Austria y cuñado, por tanto, del emperador, había perpetrado días atrás en la ciudad de Estocolmo para asentar su dominio como rey de Suecia, además de Dinamarca y Noruega. Alguno llegó a insinuar que semejante carnicería le podía costar esa Corona.

En aquellos días de fines de noviembre Carlos aún no sabía que Hernán Cortés se había recuperado de la derrota de la «noche triste», que había fundado la ciudad de Veracruz y que había vuelto a México y entrado en Tenochtitlán tras avanzar a sangre y fuego arrasando todo a su paso. Lo había logrado gracias a una alianza sellada con los tlaxcaltecas, los enemigos mortales de los aztecas. En el sur de las Indias, Magallanes había encontrado un paso estrecho entre los océanos Atlántico y Pacífico y ya navegaba rumbo a occidente con tres de sus cinco naves: la Concepción, la Trinidad y la Victoria.

Quizá tocado por el remordimiento a causa del desprecio con que su abuelo Fernando el Católico había tratado a Cristóbal Colón, el descubridor del Nuevo Mundo, en los últimos días de la vida de este, Carlos decidió compensar a Hernando Colón, hijo del marino genovés, con una donación de dos mil ducados, acto de generosidad con el cual procuraba además lavar la reputación de avaro que algunos le atribuían.

Una vez asegurada la corona de Carlomagno sobre su cabeza, Carlos decidió que era hora de acabar con el incordio permanente de las Comunidades castellanas y las Germanías de Valencia y de Mallorca.

—Quiero liquidar de una vez a los comuneros y a los agermanados —le dijo Carlos a su canciller, el poderoso Mercurino de Gattinara.

—Don Adriano se está ocupando personalmente de ello, majestad. En los próximos días enviará un ejército para recuperar Tordesillas y liberar a vuestra augusta madre, que sigue en poder de esos rebeldes. Ha logrado atraer a vuestra causa a todos los aristócratas del reino convenciéndolos de que la de los comuneros es una revuelta que va en contra de los señores de Castilla; esta es la lista.

Gattinara mostró al emperador un papel con los nombres de los nobles que apoyaban su causa en Castilla. En ella figuraban los más notables: los duques de Alba, de Béjar, de Alburquerque y de Nájera, los marqueses de Villena y de Aguilar, los condes de Benavente, de Lemos, de Oviedo y de Haro, comendadores, infantes, condestables, adelantados, almirantes...

—¡Están todos! —exclamó satisfecho Carlos.

—Todos, majestad, todos.

—¿No se echarán atrás?

—Temen a los comuneros más que a cualquier otra cosa. Consideran que son los únicos que pueden desposeerlos de sus privilegios..., además de vuestra majestad, claro.

—¿Solo nos apoyan los nobles?

—Don Adriano también ha convencido a ricos mercaderes del negocio de la lana, y se ha ganado al ayuntamiento de Burgos, lo que ha confundido a los comuneros, que no esperaban perder a una de las más notables ciudades de Castilla. Claro que ha tenido que hacer algunas concesiones a la nobleza, al menos por el momento. Además, Pedro Girón, uno de sus cabecillas, se va a pasar a nuestro lado; eso les hará mucho daño. Sin las tropas de Girón, los comuneros están vencidos.

—En cuanto a Valencia, pronto enviaré, como le prometí, a doña Germana en calidad de gobernadora de ese reino. Ella sabrá bien cómo acabar con esos revoltosos —conjeturó Carlos.

—Con que haya aprendido y aplique alguna de las habilidades de vuestro abuelo, el éxito de doña Germana como virreina está asegurado —asentó Gattinara.

Tal y como había pronosticado el canciller, Pedro Girón traicionó a la Santa Junta de los comuneros y se pasó con sus tropas al bando de los imperiales. Esto hizo que

cundiera el desánimo entre los rebeldes, que con la moral hecha añicos comenzaron a verse perdidos.

### *Tordesillas, 5 de diciembre de 1520*

Hacía unos meses que Juana de Castilla era libre. Desde que su padre la encerrara en la casona de Tordesillas y su hijo la condenara a no recibir ninguna noticia y a que no se supiera nada de ella, la reina a la que muchos consideraban loca había permanecido encerrada en vida entre los muros del palacio hasta aquel día de verano, hacía ya más de tres meses, en que Juan de Padilla subió las escaleras hasta la sala mayor para proponerle, sin éxito, que tomara en sus manos las riendas del gobierno de Castilla.

Juana se negó entonces, y en aquellos días gélidos de primeros de diciembre seguía negándose, para desesperación de los comuneros, a firmar cualquier documento que supusiera una deslegitimación de su hijo Carlos.

Pedro Girón, el jefe comunero encargado de la defensa de Tordesillas, abandonó la plaza y se unió a los realistas cuando se enteró de que el ejército del rey se aproximaba dispuesto a entablar batalla. Girón nunca había sido de fiar y certificó su traición al pasarse con todos sus hombres al bando del emperador.

Juan de Padilla, enervado por la traición de Pedro Girón, se resignó a perder Tordesillas y se retiró al castillo de Torrelobatón, donde concentró sus fuerzas.

Aquella mañana de diciembre solo dos docenas de soldados custodiaban a la reina, que podía salir y entrar de palacio a su antojo. Uno de ellos, apostado de vigía en el mirador que la reina utilizaba para contemplar los campos del Duero, dio la voz de alerta. Desde el norte se acercaba una columna de jinetes que enarbolaban pendones con las armas del emperador.

—Es el ejército del rey —se lamentó el jefe de la guardia, uno de los lugartenientes de Juan de Padilla.

—Son muchos —repuso el vigía.

—Doscientos al menos. Nada podemos hacer salvo huir de aquí o entregarnos y esperar a que nos ejecuten por traición; bueno, o...

—¿O qué? —preguntó el vigía expectante.

—O pasarnos al bando del rey don Carlos como ha hecho ese canalla de Pedro Girón —el comunero escupió al suelo.

—¿Y traicionar a don Juan de Padilla y a los demás jefes comuneros?

—Reúne a los hombres; que cada uno haga lo que considere más conveniente —repuso el jefe del destacamento comunero en Tordesillas.

Cuando los primeros jinetes del ejército realista entraron en el palacio de Tordesillas no quedaba ni uno solo de los guardias comuneros. Todos habían



escapado hacia el sur a lomos de caballos descansados.

Todos menos uno. El lugarteniente de Padilla esperaba en el patio la llegada de los hombres del rey.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó el capitán que encabezaba la vanguardia del ejército real.

—Aquí solo quedo yo, señoría —repuso el lugarteniente.

El capitán se acercó hasta él con la espada en la mano, lo observó con detenimiento y le lanzó una mirada de acero. Sin mediar palabra, apuntó con su espada y le lanzó una precisa estocada que lo alcanzó en el centro del estómago.

El comunero se llevó las manos al vientre y bajó la mirada para ver cómo la mitad de la hoja de la espada salía de sus entrañas dejando una gran mancha de sangre. Intentó aullar de dolor, pero de su boca no salió un solo grito. Tras unos instantes boqueando como un pez fuera del agua, cayó de rodillas, se convulsionó y se derrumbó sobre el suelo del patio, rígido y pesado como una fanega de grano.

—Quitad esa mierda de ahí y eliminad esa porquería, que no quede ni rastro de esa sangre —ordenó el capitán a sus hombres.

Limpió la hoja de su espada en la ropa del comunero y envainó.

Subió las escaleras del palacio a grandes zancadas y llegó a la sala donde se encontraba la reina Juana.

—¿Cómo os atrevéis...? —Reaccionó airada Juana.

—Señora, vuestro hijo el emperador os envía sus mejores deseos. A partir de ahora todo volverá a ser como antes —dijo el capitán dirigiéndose a la media docena de personas que rodeaban a la reina, entre ellas su hija Catalina—. Las aguas han vuelto a su cauce. El marqués de Denia ha sido liberado y vuelve a ser el gobernador de este palacio.

Juana calló. Catalina le dio la mano y procuró consolarla, pero la reina estaba como ensimismada. De repente, parecía otra mujer. En los poco más de tres meses en los que recuperó la libertad, Juana de Castilla se había mostrado alegre, confiada, incluso se la vio sonreír en algunos de los momentos en que decidió salir de palacio y pasear por los sotos del río Duero junto a Catalina.

¡Si hubiera firmado aquel documento que le ofreció Juan de Padilla! ¡Si hubiera aceptado ser la gobernadora de Castilla! ¡Si hubiera decidido sentarse en el trono del que nunca debió apearse! Pero ya no había remedio. Los nobles estaban del lado de su hijo, y entre los comuneros comenzaban a estallar tantas disensiones, traiciones y problemas que estaban a punto de llevarse por delante los ideales y las esperanzas de unas gentes que habían creído poder cambiar la historia y vencer al inexorable destino.

—Esa mujer se ha mantenido fiel a su hijo hasta el fin —comentó Juana de la Cruz a su hija María. Ambas guardaban luto por la muerte de Pedro Losantos.

—Incluso a pesar de que el emperador no se ha portado bien con ella, ni lo hará en el futuro. Solo ha disfrutado de unos meses de libertad. Ahora vuelve a ser una prisionera —repuso María.

—Tenemos que escribir una carta a tu hermano Pablo contándole lo sucedido, pero debemos hacerlo con cuidado, pues podrían interceptarla y acusarnos de estar conspirando contra el emperador.

—¿A nosotras, a dos débiles mujeres?

—Solo le diremos lo de la muerte de tu padre y que lo echamos de menos.

—Madre, ¿qué va a ser ahora de nosotras?

—Creo que lo mejor es que nos quedemos aquí, junto a la reina Juana, si es que a los guardianes de este palacio les parece bien.

—Será una prisión también para nosotras.

—No podemos hacer otra cosa, al menos hasta que se resuelva este conflicto de los comuneros. Podríamos irnos de Tordesillas, pero los caminos no son seguros y correríamos peligro. Nos quedaremos aquí y esperaremos. Tus hermanos estarán más tranquilos si saben que permanecemos junto a la reina Juana.

### *Worms (Alemania), principios de enero de 1521*

Hacía varios días que Carlos había recibido la noticia de la recuperación de Tordesillas por parte de su ejército, reforzado con varias mesnadas reclutadas por los nobles castellanos y leoneses, que se habían puesto del lado del emperador temerosos de que una victoria de los comuneros hiciera peligrar sus privilegios seculares.

Carlos ya había llegado para entonces a la ciudad de Worms, desde donde envió una carta a su hermana Catalina animándola a que cuidara de su madre y se mostrara fuerte y firme. En la misiva prometía que muy pronto se ocuparía de ella y le anunciaba que le reservaba una grata sorpresa. Le pedía que fuera paciente y que se comportara con la grandeza que correspondía a la princesa que era y con el orgullo de ser miembro de la familia de los Habsburgo. Le anunciaba a su hermana pequeña, haciendo gala de la ironía que se permiten los poderosos, que al fin había logrado rescatarla de la tiranía de los comuneros, a los que tachaba de rebeldes sin escrúpulos y sin honor.

Unos días antes el emperador había firmado una pragmática contra los comuneros, a la vez que los conminaba a deponer las armas, entregarse a las autoridades realistas, disolver su movimiento y poner fin a su revuelta.

Mercurino de Gattinara estaba satisfecho. La Dieta Imperial de Worms se estaba preparando conforme el astuto canciller imperial había planeado, aunque para lograrlo había tenido que desembolsar una buena cantidad de ducados de oro, lo que había dejado vacías de nuevo las arcas del erario.

—Majestad, necesitamos más dinero —le dijo Gattinara a Carlos, quien, pese a la nieve que no cesaba de caer, acababa de regresar de una partida de caza y se reponía del frío bebiendo una gran jarra de vino caliente aromatizado con miel.

—Dinero, dinero, siempre la misma cantinela —repuso el emperador desde un sillón del pabellón de caza mientras un criado le quitaba las botas húmedas y le colocaba unos cómodos escaarpines de fieltro forrados de seda y bordados con el escudo imperial en hilo de oro.

—Conseguir el trono imperial ha resultado caro, pero mantenerlo va a suponer nuevos desembolsos. Estos príncipes alemanes son todavía más avaros que los nobles castellanos y que los mercaderes catalanes.

—Supongo que ya habréis pensado de dónde sacar ese dinero —dijo el emperador.

—Hemos comprometido las rentas de Castilla y las de las órdenes militares, de las que sois gran maestro, y del Nuevo Mundo todavía no llegan las grandes cantidades de oro y plata que prometió don Cristóbal Colón a vuestros abuelos. Habrá que esperar a que ese atrevido Hernán Cortés, que en su última carta dice que incluso ha quemado sus naves para que no hubiera marcha atrás en la conquista, se apodere de ese riquísimo imperio de México, de modo que la forma más rápida para conseguir el dinero que necesitamos de manera urgente es..., bueno, tal vez...

—Vamos, decid lo que estáis pensando —le conminó Carlos ante las dudas teatrales de Gattinara.

—Vuestra madre todavía guarda una considerable fortuna en el palacio de Tordesillas: vajillas de plata, joyas, tapices valiosísimos...

—Lo sé. Mi abuelo don Fernando se llevó una buena parte para financiar sus campañas militares en el norte de África. Y yo mismo he usado una pequeña parte de ese tesoro.

—Pues, según el último inventario que nos han remitido nuestros agentes desde Tordesillas, todavía quedan allí muchas riquezas. Los comuneros no se atrevieron o no quisieron llevárselas cuando ocuparon el palacio.

—¿Cuánto dinero hay guardado allí?

—Comprobadlo vos mismo, majestad; esta es la relación completa. —El canciller entregó a Carlos unos pliegos con la lista de los bienes de Juana la Loca.

Carlos se levantó del sillón, ordenó con un gesto a su ayuda de cámara que se marchara y se acercó con el inventario en la mano hasta la chimenea, donde ardían unos gruesos troncos de leña.

Ya a solas con su canciller, el emperador le dio una orden muy concreta.

—Elegid vos mismo de entre todos estos objetos cuantos sean necesarios para obtener el dinero que necesitamos. Elaborad una lista con todos ellos y enviadla con un correo a Tordesillas, que vaya lo más deprisa que le sea posible.

—Ya la he preparado, mi señor —dijo Gattinara.

—Vaya, debí imaginarlo; siempre vais un paso por delante de los demás,

incluidos mis pies.

—Con todo esto será suficiente.

Carlos cogió el nuevo pliego que le tendía el canciller y asintió.

—Poneos a ello enseguida.

—En cuanto a vuestra madre...

—Mi madre ni puede ni quiere reinar.

—Me refiero a esos bienes. ¿Cómo justificamos ante ella...?

—No hay nada que justificar. Esas riquezas pertenecen a la familia, y yo soy el cabeza del linaje de Habsburgo y el máximo responsable de su administración. El dinero que se obtenga se va a usar para aumentar la grandeza de los Austrias, de modo que estará bien empleado.

—Lo estará, majestad, lo estará.

—Bien. Y ahora informadme sobre lo que habéis acordado que se dirima en esta dichosa Dieta. Soy el emperador, de modo que supongo que tendré que conocer lo que va a aprobarse en ella.

La carta se le cayó de las manos. Pablo Losantos se echó las manos a la cara y se cubrió el rostro. Así lo encontró Leonor poco después en la posada que ocupaban en Worms.

—¿Qué te pasa?! —le preguntó preocupada.

—Mi padre... Murió hace mes y medio en Tordesillas. Un correo acaba de traer esa carta que me envía mi madre con la valija imperial.

—Lo siento —lamentó Leonor, que abrazó a su esposo.

—Fue un buen padre y siempre supo proteger a su familia. Lo echaré mucho de menos. Todo cuanto soy se lo debo a él.

—Ya descansa en paz. Pese a lo que me contaste que tuvo que hacer en algunas ocasiones, fue un buen hombre.

—Yo lo quise, aunque discutí con él no pocas veces. Siempre miró por el cuidado de todos nosotros, y si hizo algo malo en su vida fue para salvaguardar a los miembros de su familia.

—Lo recordaremos en nuestras oraciones.

—Lo haremos.

—¿Qué más dice tu madre? ¿Se encuentran bien ella y tu hermana?

—Sí, las dos están bien, tristes y apenadas, pero saldrán adelante. Ya las conoces; son dos mujeres muy fuertes. Han decidido quedarse en Tordesillas al servicio de doña Juana. Mi padre fue médico de la reina cuando era una joven princesa y ella no lo ha olvidado.

—¿Y tu hermano Juan?

—No sé nada de él. En su carta mi madre ni siquiera lo cita. Supongo que lo hace para evitar cualquier complicación... Me temo que algo va mal.

—Quizá no sea el mejor momento para decírtelo, pero creo que estoy embarazada.

—¿Cómo?

—Debería haberme venido la regla...

—Ya has tenido retrasos en otras ocasiones.

—Pero no he sentido lo que ahora siento.

—¡Oh, es magnífico!

—Vamos a ser padres.

—Y esta vez nuestro hijo sobrevivirá.

### *Tordesillas, 31 de enero de 1521*

—¿Qué están haciendo esos hombres? —preguntó María Losantos a su madre. Mediaba la mañana y ambas mujeres atravesaban el patio del palacio real de Tordesillas caminando sobre un dedo de nieve recién caída.

En una de las esquinas del patio varios hombres estaban descolgando desde una ventana del segundo piso del palacio varios sacos con ayuda de unas gruesas cuerdas.

—No lo sé —repuso Juana de la Cruz—. Es extraño.

—¡Vamos, vamos, deprisa que no tenemos todo el día! —ordenó a los que tiraban de las cuerdas el que parecía ser el jefe de la cuadrilla. Al otro lado del patio dos docenas de soldados armados con lanzas y arcabuces aguardaban pacientes. Uno de ellos portaba un estandarte con los emblemas del emperador.

—Mira la forma de los objetos que contienen esos sacos, parecen jarrones, grandes bandejas... ¡Oh, es el tesoro de la reina! —exclamó Juana—. ¡Se lo llevan, lo están robando!

El que encabezaba la cuadrilla observó entonces a las dos mujeres, que se habían detenido bajo un porche para contemplar lo que estaba ocurriendo, y se acercó hasta ellas con cara de pocos amigos. Ambas lo conocían, pues era el secretario que se había hecho cargo de la administración del palacio cuando lo recuperaron las tropas del emperador dos meses atrás.

—Señoras, os ruego que os retiréis de aquí enseguida —les ordenó con cierta rudeza.

—¿Qué están haciendo esos hombres? —preguntó la viuda de Pedro Losantos.

—Eso no es de vuestra incumbencia, señora; os repito que os retiréis a vuestros aposentos y no os metáis donde no os llaman —insistió el secretario.

—¿Sabe la reina lo que están haciendo?

—Es una orden del emperador, una orden firmada de su puño y letra.

—La reina debería conocer esto —replicó Juana de la Cruz.

—Vámonos, madre —terció María Losantos, que intentaba llevársela tirando

suavemente de su vestido.

—Hacedle caso a vuestra hija y retiraos; no compliquéis las cosas.

Juana de la Cruz se percató de que el secretario hablaba en serio, así que decidió que lo mejor era ceder y, abrazada a su hija, se introdujo en el ala del palacio donde residían desde que llegaran a Tordesillas.

—La maltrató su esposo, luego su padre y ahora su propio hijo. Le robó su padre y ahora también lo hace su hijo. ¡Pobre mujer, desdichada reina! —comentó Juana de la Cruz a su hija una vez en su cuarto—. Doña Juana debe ser informada de esto.

—Madre, me temo que eso no haría sino empeorar aún más su situación. Doña Juana ya ha sufrido demasiado, si ahora se entera de que su hijo ha ordenado saquear sus bienes, todavía sufrirá más. Desde que expulsaron a los comuneros y volvió a convertirse en una prisionera, su estado se ha deteriorado, no la perjudiquemos más —razonó María.

—Pero debe saberlo, debe saberlo.

Esa misma tarde la reina Juana bordaba unos pañuelos a la luz de unas lámparas de aceite, junto a la chimenea del salón principal del palacio de Tordesillas. Volvía a nevar, y sobre el suelo del patio comenzaban a borrarse las huellas de las herraduras de los caballos de los soldados reales y de las mulas de los dos carros donde aquella mañana se habían cargado varios objetos de gran valor del tesoro de la reina de Castilla.

Juana de la Cruz entró en la sala con una tisana de tila y manzanilla. Desde que el marqués de Denia recuperara el control del palacio de Tordesillas, había vuelto a permitir que Juana y María atendieran a la reina, pero siempre sometidas a una estrecha vigilancia y con la orden de hablar entre ellas lo imprescindible y solo sobre asuntos cotidianos y banales.

—Señora, la tisana que habéis pedido —le dijo a la reina mirándola con ojos firmes y gesto decidido.

La reina dudó, pues no recordaba haber pedido nada, pero, al reparar en el rictus de Juana de la Cruz, asintió.

—Dejadla sobre la mesa... y sentaos un rato a mi lado.

—No lo tengo permitido, señora.

—Sentaos —la reina hizo un gesto a uno de los guardias de turno, que ya se acercaba para decirle a la viuda de Pedro Losantos que debía marcharse; este se detuvo ante la mirada de autoridad de Juana de Castilla y se retiró a la puerta—. ¿Tenéis algo que decirme? —preguntó la reina a la herbolaria susurrándole al oído.

Juana de la Cruz miró en derredor. Allí estaban la reina, su hija Catalina, dos damas de compañía y, junto a la puerta de salida, los dos guardias que siempre permanecían atentos a cualquier cosa que atañera a la madre de Carlos de Austria.

—Majestad —musitó Juana mientras servía la infusión—, esta mañana un grupo

de hombres escoltados por un batallón de soldados estaba cargando en dos carros varios sacos. Creo que se estaban llevando parte de vuestras propiedades.

—¿Estáis segura?

—Sí, lo estoy. He visto esos sacos, y se podía intuir que dentro de alguno de ellos iban objetos que parecían jarras y bandejas. No puede ser otra cosa que vuestra vajilla.

—Lo comprobaré. —En un arrebato de energía, la reina se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Llamad al secretario, quiero verlo enseguida.

Los dos guardias dudaron.

—Señora...

—¿Sois sordos los dos? Obedeced a vuestra reina y llamad a ese condenado secretario.

Uno de los dos guardias salió de la sala y regresó al instante con el secretario.

—¿Qué deseáis, mi señora?

—Quiero ver los baúles de mi tesoro —dijo Juana la Loca.

—No es posible ahora, señora. Debe autorizarlo el marqués.

—Claro que lo es.

Juana se armó de fuerza y salió de la sala ante el desconcierto de los dos guardias y del propio secretario, que no le impidieron el paso. Subió de dos en dos los peldaños de las escaleras hasta la segunda planta y se detuvo ante la puerta tras la cual se guardaba su tesoro. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—Señora, os ruego que regreséis a la sala —le ordenó el secretario, que había subido tras ella.

—Abrid esta puerta, inmediatamente.

—Señora...

—Abridla. —La contundencia de la reina desorientó al secretario.

—No tengo llave. La única que existe la guarda el marqués de Denia.

—Pues llamadlo ahora mismo. ¡De inmediato! No me moveré de aquí sin ver qué hay detrás de esa puerta.

—Lo haré. Tú —señaló el secretario a uno de los guardias—, avisa al señor marqués.

Momentos después se presentó Sandoval.

—¿Qué queréis, señora?

—Abrid esa puerta —ordenó la reina con toda energía.

—No tengo autorización para hacerlo.

—Soy la reina de Castilla. Os ordeno que la abráis.

El marqués de Denia dudó, pero al fin echó mano de una cadena que portaba al cinto y de la que pendían varias llaves. Seleccionó una y abrió la puerta.

Juana la Loca se precipitó hacia los baúles donde guardaba sus joyas, sus vajillas de oro y plata y otras riquezas. Abrió uno de ellos y se quedó petrificada ante lo que vio en el interior. Metió la mano, cogió algo y lo extrajo.

—Señora, lo ha ordenado vuestro hijo, el emperador.

—¡Ladrillos, son ladrillos! —exclamó la reina mostrando uno de ellos en la mano.

—Lo siento, señora, pero así lo ha ordenado don Carlos. Y ahora, tenéis que retiraros, os lo ruego.

La energía que la reina había desplegado hasta entonces se apagó como una chispa en medio de una tormenta.

—Ladrillos, son ladrillos... —balbució abatida mientras descendía las escaleras con gesto taciturno.

A su espalda, el de Denia mantenía un rictus severo.

—Doña Juana —se dirigió Sandoval a la viuda de Pedro, ya de regreso en la sala mayor—, quiero hablar con vos.

—Decidme, señor marqués.

—Aquí afuera. Seguidme.

—Como ordenéis.

Juana salió tras echar una mirada a la reina, que se había vuelto a sentar en su silla frente a la chimenea y había retomado el bordado de los pañuelos como si no hubiera ocurrido nada.

En el rellano de la escalera principal del palacio, los ojos del carcelero parecían ascuas.

—¿Esto es obra vuestra?

—¿A qué os referís?

—¿Habéis sido vos quien le ha dicho a la reina lo de los sacos?

—No, señor marqués; yo solo le he traído una tisana. Podéis preguntarle a la reina, ella lo confirmará; o a los soldados de guardia. —Juana sabía que los guardias no dirían la verdad porque se jugaban un buen castigo al haber permitido que hablara con la reina más de lo preciso y sin vigilancia.

—A partir de este momento, esta mujer tiene prohibido acceder a la reina —le indicó Sandoval al secretario, que se había mantenido al margen hasta entonces.

—Como ordenéis.

El marqués de Denia se retiró dejando solos al secretario y a Juana de la Cruz.

—Condenada bruja judía —musitó entre dientes el secretario.

—Soy cristiana como vos —alegó Juana.

—Sois una zorra. —El secretario alzó la mano dispuesto a golpear en el rostro a Juana de la Cruz, pero se retuvo en el último instante—. Ya lo habéis oído, tenéis prohibido acercaros a la reina siquiera, y no crucéis una sola palabra con ella. Ya me ocuparé de vos en otro momento.

*Worms, mediados de marzo de 1521*



Carlos estaba contento. Las reuniones de la Dieta Imperial se estaban desarrollando conforme a lo esperado. El emperador, que a sus veintiún años seguía soltero, y por tanto sin un hijo legítimo, designó regente del Imperio a su hermano Fernando y lo nombró archiduque de Austria, lo que agradó a los alemanes.

El monje Martín Lutero, que traía en jaque a la Iglesia desde hacía algunos años con su condena a las prácticas corruptas, el derroche de riqueza y lujo del Vaticano y la venta de cargos eclesiásticos y de indulgencias, tenía que ser proscrito, y su doctrina condenada. Carlos creyó que aquello sería suficiente para acabar con el cisma que se estaba abriendo en la cristiandad.

—Debemos hacer algo al respecto para evitar que la cristiandad se fracture.

—Un concilio, majestad. Supongo que ni los protestantes ni la Iglesia estarán de acuerdo, pero os aconsejo que propongáis la celebración de un concilio ecuménico en el que se resuelva la cuestión planteada por Lutero. Así se solventó en el tiempo del gran cisma, hace un siglo, cuando tres papas se disputaban el trono de San Pedro, y fue en un concilio donde se arregló ese problema, acabando con la amenaza de una escisión en la cristiandad.

—Una ruptura de ese calibre sería terrible. Los turcos amenazan el corazón del Imperio con su avance por el Danubio y siguen construyendo decenas de buques de guerra en sus atarazanas. La cristiandad no puede romperse ahora, de ninguna manera.

—Y os recuerdo que hay que resolver definitivamente las revueltas de las Comunidades y de las Germanías en Castilla y Valencia.

—Pienso regresar pronto a esas tierras de España —Carlos empleó este nombre para referirse a sus dominios peninsulares de las Coronas de Castilla y de Aragón—, muy pronto. Cesaremos de inmediato al incompetente virrey de Valencia y enviaremos a doña Germana y a su esposo para que sean ellos quienes liquiden de una vez a los agermanados valencianos; y ordenad a don Adriano que haga lo mismo con los comuneros, contra los que debe actuar con toda contundencia. Remitid instrucciones a nuestros oficiales en Barcelona, Zaragoza, Burgos, Sevilla y Valencia; a estos últimos insistidles en que persistan en su fidelidad y en que pacifiquen ese reino, que sepan que su rey y emperador vuelve a España.

—Se hará de inmediato.

—¡Ah!, amigo Mercurino —Carlos se dirigió ahora a su canciller con mayor familiaridad—, ¿sabéis que en Castilla y en Aragón me consideran un extranjero, un flamenco, y me llaman Carlos de Gante? Y aquí, en Alemania, algunos se refieren a mí como «el hombre de sangre española». Solo en Flandes soy Carlos de Austria.

—Sois el emperador y el rey, majestad, el soberano más poderoso del mundo, quizá el más poderoso de la historia.

—Soy un forastero en mis propios dominios, un extranjero en todas mis tierras, un extraño para casi todos mis súbditos... —se lamentó Carlos un tanto apesadumbrado.

Para festejar la buena marcha de la Dieta y los acuerdos que se estaban cerrando, el emperador ordenó que se celebraran grandes festejos en Worms. Carlos se encontraba a gusto en Alemania y apenas mostraba interés en lo que estaba ocurriendo en Castilla y en Valencia, de donde llegaron noticias sobre un grupo de artesanos que había asaltado la cárcel real durante los carnavales y liberado a varios compañeros presos. Confiaba en que Germana y su esposo acabarían con las Germanías de Valencia en cuanto los enviara allí y en que el ejército real castellano aplastaría sin dificultad a los comuneros ahora que contaba con la alianza de los nobles.

Aquellas semanas en Worms discurrieron entre misas solemnes en la catedral de San Pablo, largas partidas de caza en los sotos de la margen derecha del Rin, fiestas suntuosas, torneos caballerescos, banquetes copiosos y desfiles en los que algunos nobles se disfrazaron de salvajes. Durante una de las cenas, un juglar declamó el *Cantar de los Nibelungos*, un largo poema en el que el héroe Sigfrido era inmune a todo daño por haberse bañado en la sangre de un dragón al que había dado muerte. Sigfrido solo era vulnerable en una pequeña zona de la espalda, justo donde se le quedó pegada una hoja al entrar en la pila del baño evitando que la sangre entrase en contacto con ese pedazo de piel. El héroe protagonizaba sus aventuras en la propia ciudad de Worms. El juglar despertó la atención de los oyentes al relatar que en algún lugar de Worms estaba escondido el fabuloso tesoro de los nibelungos, un pueblo de enanos herreros expertos en trabajar los metales, que vivían en túneles debajo de la tierra. Ese cantar acababa de manera dramática, con Sigfrido muerto a manos del traidor Hagen, que lo hirió justo en el único lugar de la espalda desprotegido de la sangre del dragón. Aquella era una historia de amores trágicos, magia, traiciones, suicidios y muertes violentas. El tesoro de los nibelungos, sobre el que pesaba una maldición, permanecía oculto en las aguas del Rin custodiado por las ninfas del río.

Mientras el juglar iba declamando los versos del poema, fueron apareciendo en la sala de banquetes enanos disfrazados de nibelungos, caballeros representando a los héroes de aquella epopeya y jóvenes muchachas con vaporosas túnicas danzando cual ninfas de las aguas.

Carlos quedó muy satisfecho con aquel espectáculo y ordenó que se premiara al juglar con una bolsa de monedas y que se repartieran también algunas piezas entre los actores y figurantes.

En aquellos días de marzo Magallanes llegó a unas islas en el Pacífico a las que dio el nombre de Marianas. La primera vuelta al mundo seguía adelante.

### *Worms, 19 de abril de 1521*

Para que el éxito de Carlos fuera pleno y la Dieta Imperial se cerrara con absoluta

satisfacción solo faltaba que el monje Lutero se retractara de sus tesis y acatará la doctrina de la Iglesia romana.

Por mediación del duque de Sajonia, el reformador alemán había sido invitado a hablar en una de las sesiones de la Dieta, y allí se presentó un día de mediados de abril.

—Jamás he visto a un hombre tan seguro de sí mismo —le dijo Pablo Losantos a su esposa Leonor de Urrea. El médico del emperador había asistido como invitado a la sesión de la Dieta el día en el que había intervenido Lutero.

—Todo el mundo habla en la ciudad de ese hombre —dijo Leonor—. ¿Tan relevante es lo que predica?

—Más que relevante es novedoso, y sobre todo defiende sus argumentos con una convicción muy sólida. Hoy, delante de todos los miembros de la Dieta Imperial, se ha negado a desdecirse de sus palabras y ha seguido sosteniendo que la Iglesia de Roma obra mal en ese asunto de las indulgencias. Ha denunciado que los cardenales y el mismo papa se enriquecen y viven en el mayor de los lujos a costa de la pobreza del pueblo cristiano.

—¡Eso ha dicho! —se sorprendió Leonor.

—Tal como te lo cuento. Y todavía más. Al referirse a la Iglesia de Roma ha declarado que esta tiene sometida y sojuzgada a toda la cristiandad. Sus palabras concretas, si no recuerdo mal, han sido estas: «Allí los hijos de puta pueden hacerse legítimos, allí toda vergüenza y deshonor pueden ascender a dignidad, por lo que parece que todo el derecho canónico no ha sido creado más que para convertirse en una red destinada a recaudar dinero».

—Tiene valor ese monje.

—Y ha denunciado al papa por esquilmar las rentas de Alemania. Los defensores de la Iglesia se han soliviantado y han pedido al emperador que ordene meter en prisión a Lutero de manera inmediata.

—¿Y no lo ha hecho? Por menos que eso algunos han ido a la hoguera.

—No. Ha mediado en este asunto el gran elector Federico de Sajonia, quien parece dispuesto a proteger y amparar a Lutero. Don Federico es uno de los siete grandes electores que deciden quién es el emperador de Alemania y tiene un enorme poder. El emperador le debe su puesto; bueno, al menos una séptima parte de él.

—¿Y qué va a hacer don Carlos ahora?

—Según he podido enterarme por las conversaciones en los descansos de las sesiones de la Dieta, creo que acabará rechazando las tesis de Lutero y que lo desterrará. Es la manera de demostrar que es un fiel católico y, a la vez, de no enfrentar al papa y no provocar la ira de sus súbditos alemanes que siguen las tesis de Lutero.

Y así ocurrió. Dos días después de que Lutero se mantuviera firme en su declaración

ante la Dieta, el emperador proclamó su público acatamiento a la confesión católica y su fe en la Iglesia de Roma y en todos sus postulados y dogmas, rechazando las tesis del monje agustino por ser contrarias al verdadero mensaje de Jesucristo.

Para evitar que nadie atentara contra Lutero tras ser declarado proscrito por el emperador, Federico de Sajonia decidió hacer caso omiso de las resoluciones de la Dieta de Worms y acogió y protegió a Lutero, a quien ya seguían miles de eclesiásticos en el norte de Alemania, y cuyas tesis comenzaban a ganar adeptos en algunos lugares de Suiza, Francia, Países Bajos y Flandes. El duque de Sajonia ordenó simular un secuestro y llevó a Lutero en secreto a su castillo de Wurzburg, donde lo mantuvo custodiado varias semanas en espera de que se calmaran las turbias aguas tras la condena al agustino en el decreto de Worms.

—¡Ese condenado duque de Sajonia! —Carlos había trocado su alegría por un considerable enojo al enterarse de que el duque Federico había decidido proteger al condenado Lutero.

—La actitud del duque don Federico va a suponer un enorme perjuicio para la cristiandad. El monje Lutero estaba perdido y sus ideas condenadas al fracaso y al olvido; si hasta los campesinos que se amotinaron en Alemania contra los abusos de los clérigos lo llamaban la Señorita Martín. Pero al ampararlo el duque Federico, su movimiento ha logrado sobrevivir y tomar nuevas fuerzas; ese maldito duque lo ha resucitado —dijo Gattinara.

—¿No habéis podido convencer a ese saco de grasa para que no apoyara a Lutero? —preguntó el emperador haciendo alusión a la gordura del duque de Sajonia.

—Le ofrecimos dinero como a los demás, y solo puso la condición de que Lutero no fuera condenado ni proscrito antes de ser escuchado, y así se hizo. Por eso se invitó a hablar al fraile agustino en la Dieta.

—Pues el duque nos ha engañado.

—Don Federico sigue despechado por no haber conseguido para sí el trono imperial. Quiso ser emperador y solo renunció a su ambición al darse cuenta de que no disponía de los votos de los otros seis electores. Fue entonces cuando decidió apoyar vuestra candidatura frente a la de Francisco de Francia, y por eso y por ciento cincuenta mil ducados os votó en la elección de Fráncfort, aunque no ha olvidado aquella frustración, y creo que esta es su manera de vengarse de aquel fracaso.

—Pero el duque de Sajonia es católico.

—Sí, lo es —asintió el canciller—, mas hace tiempo que protege a esos autoproclamados reformistas e incluso los acoge en su universidad, donde permite que enseñen libremente sus nefandas doctrinas.

Aquellos días Carlos quedó sumido en una pesadumbre extraña, pues acababa de recibir la noticia de que su sobrino, el príncipe Carlos de Portugal, hijo de su hermana mayor Leonor y de su esposo el rey Manuel, había fallecido a los nueve meses de edad.

El emperador recordó entonces con nostalgia los días vividos de niño y

adolescente junto a sus hermanas; sus juegos con Leonor, Isabel y la pequeña María en los palacios de Flandes; las fiestas con fuegos artificiales; los paseos en trineo sobre las aguas heladas y los magníficos regalos que recibían en aquella corte de ensueño.

Recordó la última vez que vio a su hermana Leonor —la había acompañado varias millas de camino desde Zaragoza cuando la princesa de Austria se marchaba a Portugal para casarse con su rey— y lo mucho que le había alegrado nueve meses atrás recibir aquella carta en la que Leonor le comunicaba el nacimiento de su primer hijo y le decía que le pondría el nombre de Carlos en honor de su emperador y hermano.

Tras leer aquella triste misiva, Carlos pensó que seguía sin casarse y sin procrear un heredero. Había demostrado con Germana de Foix, su amante durante casi dos años, que era capaz de dejar preñada a una mujer, pero necesitaba una esposa legítima. Precisamente Germana le había vuelto a pedir que reconociera a su hija Isabel, pero Carlos había vuelto a negarse, una vez más.

Repasó en su mente las novias que le habían adjudicado desde que era un niño, y pudo recordar el nombre de al menos media docena de ellas; la última, su prima la princesa María de Inglaterra, todavía una niña, con la que también se había roto el compromiso de boda por su desencuentro con el rey Enrique, como antes había ocurrido con todas las demás.

Sí, era ya tiempo de buscar una esposa que le diera un heredero.

### *Villalar, 23 y 24 de abril de 1521*

Hacía varios días que los ejércitos comunero e imperial mantenían una distancia de dos horas entre el grueso de sus respectivas tropas y se observaban mutuamente. Vigías de uno y otro lado comunicaban de manera permanente cualquier movimiento del enemigo, y al atardecer del día 22 de abril los oteadores de los comuneros avistaron desde una atalaya cómo se preparaban los caballos de los realistas.

A las tres de la madrugada Juan de Padilla fue despertado por su lugarteniente. El capitán comunero se incorporó presto de su cama en una estancia de la torre mayor del castillo de Torrelobatón y recibió un rápido parte de la situación.

—El ejército real sigue concentrado en Peñaflores, pero hay ciertas señales que indican que puede ponerse en marcha de inmediato. Uno de nuestros oteadores ha observado movimientos en las caballerizas de ese campamento y ha venido a toda prisa para dar cuenta de ello. Al amanecer podrían estar ante los muros de este castillo.

—¿Cuántos son?

—El condestable de Castilla manda una tropa de tres mil infantes y seiscientos

caballeros; además cuenta con dos cañones de grueso calibre, dos culebrinas, cinco piezas ligeras de artillería y medio centenar de arcabuces, varios son de esos nuevos que tienen un dispositivo de llave de rueda para que sean más seguros, rápidos y fiables al disparar. —El ayudante de Padilla reportaba el informe mientras el capitán se calzaba las botas.

—Tenemos que largarnos de aquí. Ordena que todo el mundo se ponga en marcha de inmediato. Este castillo es demasiado pequeño para contener a todas nuestras tropas y además algunos muros están dañados por nuestro ataque de hace unas semanas y no tenemos tiempo para repararlos; con esos cañones disparando, los realistas lo ocuparían con facilidad. Envía un par de heraldos a la villa de Toro; allí nos haremos fuertes y podremos resistir hasta que recibamos refuerzos. Y entre tanto pide ayuda urgente a las milicias comuneras de Zamora, Salamanca y León; que acudan a Toro. Allí libraremos la batalla decisiva —ordenó Padilla.

—Ahora mismo, don Juan.

Apenas una hora más tarde las tropas comuneras estaban formadas delante del castillo de Torrelobatón, un recinto cuadrado con tres pequeñas torres circulares en tres de las esquinas y un cuarto gran torreón cuadrado en el ángulo sur. El castillo se alzaba sobre una eminencia rocosa desde la que se contemplaba una amplísima llanada al norte de Tordesillas.

Padilla dio la orden de partir y el ejército comunero se puso en marcha justo cuando unos relámpagos sobre los montes Torozos anunciaron la inmediata llegada de truenos. Poco más tarde comenzó a llover; al principio solo fueron unas gotas, pero, conforme la columna de los comuneros avanzaba por el camino de Valladolid a Toro, la lluvia de primavera se convirtió en un aguacero torrencial que retrasaba el paso de hombres y carretas.

—¡Vamos, vamos, empujad con fuerza! ¡Con fuerza! —gritaba Padilla a los hombres encargados de las mulas que tiraban de los carros donde se habían colocado las piezas de artillería.

—Imposible, Juan. En estas condiciones, con el barro y la oscuridad de la madrugada, apenas podemos avanzar —lamentó Francisco Maldonado, otro de los capitanes comuneros—. Con el camino embarrado, la caballería del condestable nos alcanzará antes de que llegemos a Toro, y en ese caso estaremos perdidos.

—Tienes razón —asintió Padilla—. En campo abierto y sin los cañones preparados para disparar, nuestra infantería es presa fácil para sus jinetes.

—Nos atrincheraremos en Villalar; es la población más cercana y el único refugio en medio de esta llanura —propuso Juan Bravo, el tercero de los capitanes, haciendo resonar su voz en medio del aguacero.

—¡Señor, señor! —Uno de los oteadores se acercó a los comandantes comuneros gritando bajo la lluvia—. La caballería de los imperiales avanza hacia nosotros a toda

prisa. Está a menos de dos horas de aquí.

—No hay duda, a Villalar entonces, de prisa, de prisa —ordenó Padilla.

Calados hasta los huesos, los soldados comuneros hicieron un esfuerzo supremo para llegar al pueblo, que alcanzaron poco después del amanecer. Seguía lloviendo y el camino era un lodazal sobre el que costaba incluso mover las piernas.

Cuando la vanguardia comunera alcanzó las primeras casas de Villalar, el cielo comenzaba a clarear, pero las nubes eran tan grises y la lluvia tan constante que ni siquiera se proyectaban sombras.

—Los muros de las casas serán nuestras murallas. Desplegad la artillería en las calles que confluyen en la plaza Mayor, apuntando hacia fuera. Instalaremos allí el puesto de mando. Los realistas llegarán primero con su caballería, y en estas calles angostas los jinetes no podrán desplegarse como en campo abierto. Serán presa fácil para nuestros cañones —indicó Padilla.

Mientras descargaban las piezas de artillería de los carros, Francisco Maldonado se echó las manos a la cabeza en un gesto de desesperación.

—¡Maldita sea! —gritó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Padilla.

—La pólvora está empapada, completamente mojada. No podremos usar la artillería.

Juan de Padilla torció el gesto al comprobar por sí mismo que no podría utilizar los cañones. Su plan de defensa consistente en frenar a los jinetes de la caballería pesada imperial con disparos de cañón, aprovechando la estrechez de las calles de Villalar, en las que apenas podrían cargar tres caballeros en frente, se vino abajo.

—¡Ya están aquí! —gritó un oteador, que desde lo alto del tejado de un pajar contemplaba cómo se acercaba la caballería del condestable.

En las afueras del pueblo quedaban cientos de soldados comuneros que se habían rezagado; al escuchar los desesperados gritos de los oteadores, entraron en pánico. Entre las tropas de la retaguardia que todavía permanecían en el exterior de Villalar se extendió enseguida la pésima noticia y el desánimo cundió hasta tal punto que muchos desertaron y huyeron aprovechando el desconcierto.

La mayoría no pensó en otra cosa que en escapar de aquella encerrona, y rompieron las filas ofreciendo un objetivo muy fácil para los caballeros del rey, que se acercaban al galope en una cerrada carga de su caballería.

Los jinetes pesados, a la vista del desbarajuste en las columnas comuneras, enristraron sus lanzas, compactaron aún más su formación y se lanzaron al ataque sin conmiseración alguna.

Despavoridos, los infantes comuneros vieron llegar a los pesados con las lanzas apuntando a sus corazones. La primera carga de la caballería realista fue demoledora. Decenas de infantes comuneros fueron ensartados en las lanzas de los jinetes

realistas.

—¡Nos están tronchando como coles! —exclamó Juan Bravo, que intentaba en vano que sus hombres se replegaran en orden ante la contundente carga de los imperiales, los cuales habían atacado por dos flancos a la altura del puente de Fierro, el único paso practicable sobre el río Hornija, que venía muy crecido por la lluvia.

Los que pudieron cruzar el río no buscaron refugio en Villalar, sino que se despojaron de sus estandartes y emblemas con cruces rojas, el símbolo de los comuneros, y procuraron buscar otros con las cruces blancas de los realistas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Francisco Maldonado a un desorientado Padilla—. Nuestros soldados están huyendo, o muriendo en ese condenado puente.

—Quien quiera combatir, que me siga —dijo Padilla, que montó sobre su caballo presto a acudir a la batalla.

Un pequeño grupo de comuneros alzó sus espadas y se colocó al lado de su capitán.

—Mejor morir luchando de frente que no alanceado por la espalda en la huida —repuso Maldonado.

—Pues vayamos a ver cómo es el rostro de la muerte.

—Veamos cómo es.

Padilla y Maldonado desenvainaron sus espadas, se calaron la visera del casco de combate y seguidos por media docena de hombres se dirigieron hacia el puente, donde la caballería realista estaba perpetrando una masacre entre las desbaratadas filas comuneras, atascadas y bloqueadas en el estrecho paso sobre el río.

—¡Santiago y libertad! —gritó Padilla.

—¡Santiago y libertad! —repitió Maldonado.

Conforme cargaban hacia el puente, ya fuera de las calles de Villalar, vieron cómo retrocedían sus tropas de infantería con los rostros despavoridos de miedo, empapados por la lluvia y sucios de barro, perseguidos y abatidos como conejos.

En plena carga, Padilla miró hacia atrás; solo cinco escuderos cabalgaban tras él. Maldonado se había desviado hacia un flanco para enfrentarse a varios jinetes que cargaban sobre su ala derecha. Un escuadrón de caballería pesada había cerrado filas y avanzaba al galope hacia Padilla con las puntas de sus lanzas al frente como un erizo gigantesco y mortal.

—¡Santiago y libertad! —volvió a exclamar el capitán comunero, que espoléó a su caballo hacia los realistas.

—¡Santiago y libertad! —gritaron sus cinco compañeros.

El encontronazo con los pesados realistas fue brutal; tres de los escuderos de Padilla cayeron abatidos por las lanzas; entre los realistas otros tres fueron descabalgados. Padilla se mantuvo firme sobre su caballo, pero ante el empuje de tropas superiores en número retrocedió medio centenar de pasos.

—No hemos llegado hasta aquí para rendirnos al primer envite. Vayamos de nuevo contra esos jinetes.



Los tres comuneros que quedaban sobre sus monturas realizaron una segunda carga contra el escuadrón de los realistas, que se había detenido por unos instantes. Tras un combate desigual, Padilla recibió un tremendo golpe de maza en el costado y cayó del caballo malherido. Sus dos escuderos fueron abatidos a lanzazos.

Maldonado y Bravo pelearon sin descanso hasta caer heridos y ser hechos prisioneros.

La batalla de Villalar había terminado.

La lluvia fue remitiendo; a mediodía cesó por completo. Sobre el campo de batalla, entre el río Hornija y las casas de Villalar, cientos de cadáveres de los infantes comuneros yacían en el barro, que en algunas zonas próximas al puente de Fierro estaba teñido de rojo.

Cuando la infantería imperial llegó a Villalar, ni siquiera fue necesaria su intervención. El combate ya había terminado.

Los tres comandantes comuneros fueron encerrados en un improvisado calabozo donde quedaron custodiados por varios soldados.

—¿Sabéis cuántos de los nuestros han caído? —preguntó Padilla, que tenía varias costillas quebradas y sufría fuertes dolores al respirar.

—Cientos, tal vez más de mil —aventuró Juan Bravo.

—Y otros tantos han huido. ¡Esos cobardes...! —replicó Maldonado.

La puerta de la celda donde estaban encerrados los jefes comuneros se abrió; dos hombres armados entraron amenazantes y tras ellos lo hizo un secretario.

—Su excelencia don Íñigo López de Velasco, conde de Haro, duque de Frías y condestable de Castilla —anunció con cierta solemnidad.

Los tres comuneros se pusieron en pie al aparecer el vencedor de Villalar.

—Mañana seréis juzgados de manera sumarísima por los cargos de traición al rey y rebelión —anunció el condestable sin más preámbulos—. ¡Ilusos! No comprendo cómo pudisteis siquiera pensar que una chusma de campesinos y mercaderes podría vencer al ejército del rey y a la caballería de la nobleza de Castilla.

—Esta guerra todavía no ha acabado —advirtió Padilla, a quien le ardía el costado por las heridas recibidas en la batalla.

—¿Eso creéis? Dos mil rebeldes yacen muertos ahí afuera, y otros seis mil han sido hechos prisioneros o huyen como alimañas vagando por los campos de Castilla en busca de un refugio imposible. Habéis perdido y pagaréis por vuestra traición —asentó el condestable, en cuyo rostro se dibujaba un gesto mezcla de odio y de victoria.

—No exageréis las cifras de vuestra victoria. No éramos tantos —dijo Padilla.

—Castilla no se rendirá jamás ante la injusticia; sus hombres se volverán a poner en pie y a luchar por su libertad, una y otra vez —repuso Maldonado.

—Mañana seréis juzgados y condenados —se limitó a decir el condestable antes

de dar media vuelta y abandonar la sala que servía de cárcel para los tres comandantes comuneros.

Amaneció una mañana soleada, pero las calles de Villalar seguían cubiertas de barro tras el aguacero del día anterior. Algunos campesinos seguían recogiendo los cuerpos de los muertos en la batalla para llevarlos en carros a una fosa común.

—Se os permite confesión y también podréis escribir unas cartas de despedida —les comunicó el jefe de la guardia a los tres comandantes comuneros.

—¿De despedida...? ¡Vaya!, todavía no hemos sido juzgados y ya estamos condenados. ¿A eso llamáis justicia? —ironizó Maldonado.

—Vuestro delito ha sido muy grave; ningún tribunal os absolvería por vuestra traición. Ahí espera un fraile franciscano que confesará a quien quiera hacerlo, y aquí tenéis papel, pluma y tintero para que podáis despediros de vuestras familias. Daos prisa en ello.

Los tres comuneros decidieron confesarse y redactar esas cartas a sus familiares. Juan de Padilla escribió dos: una a su esposa María Pacheco y otra al pueblo de Toledo.

El franciscano dio la absolución a los tres, arrodillados ante él, y el secretario recogió las cartas.

—Vamos, os esperan los jueces —añadió el carcelero con una media sonrisa.

Escortados por un grupo de soldados acudieron ante los alcaldes Cornejo, Salmerón y Alcalá, los tres jueces designados y convenientemente aleccionados por el condestable. Tras escuchar el alegato de los acusados, la sentencia fue rápida y unánime: pena de muerte.

Sin apenas demora, los jefes comuneros fueron conducidos a la plaza Mayor, donde se había colocado un pequeño tablado en el centro del cual había un gran tocón de madera. Un verdugo con la cabeza cubierta por una caperuza aguardaba paciente.

Los tres fueron colocados de pie sobre el estrado con las manos atadas a la espalda. Un pregonero se adelantó, desplegó un papel que contenía la sentencia de los tres jueces y la leyó.

—Esta es la justicia que manda hacer su majestad y su condestable y los gobernadores en su nombre sobre estos caballeros: mándalos degollar por traidores...

—¡Mientes! —gritó Juan Bravo.

El heraldo calló sorprendido ante la firmeza del comunero.

—¡Sigue! —le ordenó al heraldo el capitán de la escolta.

—¡Mientes tú y quien te manda! No somos traidores, sino celosos guardianes del bien público, de los derechos de los castellanos frente a los extranjeros y fieles defensores de la libertad de nuestro reino —proclamó Juan Bravo.

—Dejadlo, don Juan; ayer nos correspondió luchar como caballeros, hoy nos toca morir como cristianos —terció Juan de Padilla.

—Esta noche dormiremos en el paraíso —añadió Francisco Maldonado sonriente pese a todo.

—Continúa leyendo la sentencia, he dicho —ordenó el capitán al heraldo—. Y tú, maldito traidor —señaló a Bravo—, calla ya o tendré que amordazarte.

—... Y como culpables de alta traición a la Corona, por lo que los condenamos a muerte mediante decapitación y a la confiscación de todos sus bienes. En Villalar a...

—Suficiente. Cumple con tu deber —le indicó el capitán al verdugo interrumpiendo al heraldo.

—Señores, pido ser decapitado antes que don Juan Padilla, pues no quiero ver morir al hombre más valiente y bueno de la ciudad de Toledo. Es mi última voluntad, tengo derecho a ello.

El capitán de la guardia dudó, pero aceptó el deseo de Bravo y así se lo indicó al verdugo, que de un tajo formidable con un gran mandoble hizo rodar la primera cabeza por el suelo embarrado de la plaza de Villalar.

Después fue decapitado Juan Maldonado, y, por último, Juan de Padilla.

—Sin estos tres cabecillas al frente, las Comunidades están derrotadas —comentó el condestable a sus lugartenientes.

—¿Qué hacemos con sus cuerpos? —preguntó uno de ellos.

—Han confesado y han muerto como cristianos; enterradlos aquí mismo, junto a la iglesia de Villalar, pero sin ningún signo externo que delate su tumba. No quiero que este lugar se convierta en un santuario para peregrinos comuneros —ordenó el conde de Haro.

Tenían algunas magulladuras y unos cortes superficiales en los brazos, pero estaban vivos. Juan Losantos y Andrés habían logrado escapar de la masacre del puente de Fierro. Habían aguantado al frente de su escuadra de infantes un par de cargas de la caballería del condestable de Castilla, pero, cuando observaron que la desbandada en el bando comunero era total, lograron hacerse con unos caballos y huir de Villalar a todo galope hacia el sur, en dirección a Toledo.

Los dos amantes descansaban al abrigo de unas rocas en lo alto de uno de los pasos de la sierra Central, ya con la vertiente sur a la vista.

—Tenemos dos, tal vez tres días de ventaja. Supongo que es el tiempo que tardarán los realistas en liquidar a nuestros compañeros capturados en Villalar y comenzar a perseguir a los que hemos logrado escapar —comentó Juan.

—¿Crees que vendrán a buscarnos? —preguntó Andrés.

—Por lo que pude ver cuando huíamos, los realistas nos han derrotado por completo. No sé cuántos hemos podido librarnos de aquel infierno, pero supongo que muchos compañeros andarán como nosotros tratando de salvar la vida caminando hacia Portugal o hacia el sur. Y claro que nos buscarán. Si no han logrado destruirlos a tiempo, los realistas ya se habrán apoderado de los libros y los pliegos donde se

detallan los alistados en las Comunidades, y ahí estaremos nosotros. A estas horas sus secretarios andarán redactando la lista con los nombres de los que somos considerados rebeldes.

—Entonces, ¿estamos condenados?

—Lo estamos. Por eso debemos ir a Toledo y ver qué podemos hacer desde allí, pues supongo que nuestra ciudad seguirá todavía bajo el poder de los comuneros.

—¿No sería mejor que nos dirigiéramos hacia Portugal? Está por allí. —Andrés señaló con su brazo extendido hacia el oeste—. Tal vez podríamos llegar en cinco o seis días si nos damos prisa. En Portugal estaríamos a salvo.

Juan acarició la mejilla de su amante.

—¿Y qué haríamos en Portugal?

—Somos buenos orfebres. Tú eres el mejor forjador de armas; podríamos vivir en Lisboa, donde nuestro trabajo es necesario. Dicen que es una ciudad muy hermosa.

—De acuerdo. Iremos a Portugal, pero cuando no tengamos otro remedio. Ahora es más seguro ir a Toledo, pues tal vez podamos recomponer el movimiento comunero y volver a hacer frente a los partidarios del emperador. Si no lo logramos, nos iremos a Lisboa. ¿De acuerdo?

—Sí, lo que tú digas.

Se abrazaron con fuerza y se acurrucaron uno junto a otro, soñando con poder superar aquella situación y poder seguir viviendo juntos.

## LA MUJER MÁS HERMOSA

*Colonia (Alemania), 7 de junio de 1521*

El buque en el que Carlos descendía el Rin desde Worms atracó en el puerto fluvial de Colonia, cuya inmensa catedral aún inacabada se erguía cerca de la orilla izquierda. En aquel templo se guardaba un arca de plata sobredorada que contenía las veneradas reliquias de los Reyes Magos.

Las tres enormes campanas, llamadas de los Tres Reyes, Pretiosa y Speciosa, repicaron alegres para saludar la llegada del emperador, cuyo corazón estaba compungido por la reciente muerte de Guillermo de Croy, señor de Chièvres, a quien Carlos consideraba su más fiel amigo y consejero.

Mientras los miembros de la tripulación del buque real amarraban el barco en el malecón del puerto fluvial de Colonia, Carlos habló con su canciller.

—Esas campanas debieran repicar en otro tono. Ordenad que lo hagan mañana en un funeral por el alma de don Guillermo. Nunca tuve un amigo como él —lamentó Carlos.

—Fue un gran consejero y en todo momento demostró una gran fidelidad a vuestra majestad —dijo Gattinara.

—Siempre estuvo a mi lado, atento a cualquier amenaza de mis enemigos; y jamás hizo nada que me pudiera perjudicar. Le debo mucho.

—Es una pérdida irreparable —añadió el canciller.

—Al menos pudo conocer la derrota de los comuneros, como tanto ansiaba. La ejecución de sus tres cabecillas ha dejado a las Comunidades sin caudillos capaces de continuar la rebelión. Pronto serán liquidados los brotes de insurrectos que aún quedan en Madrid y en Toledo, donde resisten María Pacheco, la viuda del rebelde Juan de Padilla, y el obispo Acuña, un insensato que prefiere apoyar a esa chusma antes que a su rey y emperador. Poca cosa; en unos meses la revuelta de los comuneros será tan solo un mal recuerdo.

—Sí, majestad, aunque en algunas ciudades de Castilla sigue habiendo quejas contra el gobierno de don Adriano y a algunos nobles no les gusta su manera de actuar. Varios de ellos se han quejado incluso del precipitado ajusticiamiento de los jefes comuneros, y dicen que el condestable lo hizo así por indicación de don Adriano, al que acusan de cometer desafuero.

—Don Adriano tiene toda mi confianza. Ese hombre sabe bien lo que hace —

asentó el emperador.

—Desde luego, la resolución de la revuelta comunera la está desarrollando con absoluto éxito. Descabezada la Junta de Comunidades, la resistencia que había en algunas ciudades y villas castellanas se está desmoronando, y en breve no quedará un solo rebelde. Ya están llegando las primeras cartas de ayuntamientos en las que piden perdón y se ponen al servicio incondicional de vuestra majestad.

El canciller Gattinara obvió comentar que las autoridades afectas al emperador estaban acabando con la revuelta degollando a procuradores y oficiales municipales partidarios de los comuneros sin ninguna garantía judicial e incluso a eclesiásticos que habían simpatizado con los rebeldes, y que eran miles los que habían huido de Castilla y marchado al exilio a Portugal o a Francia.

—Este mundo se está volviendo loco —dijo Carlos—. Debemos poner en él algo de cordura. Fijaos, don Mercurino, lo que ha ocurrido en Inglaterra. Mi tío el rey Enrique ha ordenado ejecutar a Buckingham, el noble más rico de su reino, por traidor, se ha puesto del lado del papa contra Lutero y ha nombrado tesorero a un mediocre mercader.

—Al parecer una hija de ese mercader calienta la cama de don Enrique; tal vez esté ahí la explicación a ese nombramiento —dijo Gattinara, que se permitía ciertas licencias verbales ante el emperador.

—Bien, lo que ahora en verdad importa es la guerra con Francia. Escribid al condestable de Castilla. Que don Íñigo acuda cuanto antes con todas sus tropas hacia Pamplona y expulse a los invasores franceses. —Carlos se refería al ataque sorpresa que los franceses habían llevado a cabo en Navarra—. Y también al conde de Ribagorza para que se encargue de mantener vigilados los pasos de los Pirineos.

—Don Francisco ha llevado a Navarra a mercenarios de media Europa. Nuestros agentes aseguran que entre sus tropas hay incluso alemanes, flamencos y españoles, además de franceses, ingleses, suizos y gascones —informó el canciller.

—Debería retar a un duelo singular a ese condenado felón... —Se refirió Carlos al rey de Francia con menosprecio.

—Los reyes no combaten entre sí en el palenque —dijo Gattinara.

—Ha aprovechado que los turcos se han apoderado de Belgrado y de Buda, sobre el Danubio, para lanzar su cobarde ataque a Navarra. Prometo vengarme de semejante villanía. Declarad la guerra total a don Francisco. Dentro de poco, o bien yo seré un pobre emperador, o bien él será un pobre rey de Francia.

—Alegaremos al tratado firmado con don Enrique en Calais y solicitaremos ayuda de Inglaterra en esta guerra con Francia.

—Sí. Y decidle al embajador inglés que tengo el propósito de dejar al rey de Francia en camisa; creo que soy suficientemente explícito.

—Lo sois, majestad, vaya si lo sois.

—Y ordenad que vayan a buscar a Losantos y que se presente ante mí de inmediato; tengo ciertas molestias en el estómago y solo ese médico es capaz de

calmarlas.

El mismo día que el emperador desembarcaba en Colonia, Hernán Cortés vencía a los aztecas en la batalla de Otumba. Al día siguiente Leonor de Portugal daba a luz a una niña a la que bautizaron con el nombre de María. Carlos no lo sabía aún, pero esa niña, su sobrina, sería muy importante en su vida.

### *Brujas, principios de julio de 1521*

En Flandes el calor del verano no apretaba tanto como en España. Carlos había regresado de su periplo alemán por el curso del río Rin y descansaba unos días en Brujas, una ciudad en la que era especialmente querido. Se divertía cazando en los bosques del este, celebrando fiestas cortesanas y disfrutando de excelentes banquetes.

Estaba contento, pues el matrimonio de sus hermanos Fernando y María con Ana y Luis de Hungría, respectivamente, suponía sellar una importante alianza para la defensa del flanco este del Imperio, donde los turcos ya suponían más que una velada amenaza.

En Brujas recibió a una embajada de comerciantes de lana y paños recién llegados de Burgos que, entre otras cosas, le comentaron que los muertos del bando comunero en la batalla de Villalar solo habían sido doscientos y no dos mil, como había calculado el condestable en su relación. El emperador no le dio demasiada importancia a esa cifra. ¿Doscientos o dos mil?, ¡qué importaba el número cuando lo que se dirimía era quién ostentaba la autoridad sobre Castilla! Y había quedado claro que estaba en manos de Carlos.

Vencidos los comuneros, lo que ahora interesaba era el tratado con Inglaterra, y más aún tras la invasión que los franceses habían realizado por tierras de Navarra, donde el condestable de Castilla los había vencido en una batalla librada cerca de Pamplona, en Noaín, hacía de ello solo un par de semanas. Íñigo Fernández de Velasco, exultante tras su triunfo en Villalar, había acudido al encuentro de los invasores franceses al frente de un ejército de treinta mil hombres comandado por el duque de Nájera y virrey de Navarra. Ese formidable ejército formado por hombres del rey, voluntarios de los territorios de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, mesnadas nobiliarias y milicias concejiles de varias ciudades castellanas y leonesas había aplastado a unos diez mil franceses y gascones apoyados por rebeldes navarros, cuya infantería fue barrida por la artillería imperial apoyada por una contundente carga de la caballería castellana.

Tras la batalla, Navarra quedó definitivamente incorporada a Castilla, como ya dispusiera once años antes Fernando el Católico. El emperador, como hiciera su abuelo al conquistarla, decidió que Navarra mantuviera su título de reino privativo.

Asegurada la posesión de Navarra, Carlos recibió al canciller Wolsey, que

atravesó el canal de la Mancha para entrevistarse en Brujas con el emperador. Un embajador imperial había viajado a Londres un mes antes para preparar esa cita.

—Mi querido cardenal —lo saludó Carlos con toda la efusividad que un hombre tan serio como él era capaz de manifestar—, sed bienvenido a Brujas. Espero que la travesía del Canal haya sido placentera.

—Bien hallado sois, majestad. Y sí, ha sido una travesía perfecta —respondió el cardenal. Los dos hablaban en francés—. En estos días de mediados del verano las aguas del mar del Norte están en calma; es la mejor época para cruzar el Canal.

A sus cincuenta años cumplidos el canciller Wolsey era el segundo hombre más poderoso de Inglaterra después del rey Enrique VIII. De cuerpo recio, amplio pecho y brazos poderosos, tenía el cuello grueso como el de un buey, con abundantes pliegues de piel en la nuca, la nariz recta y afilada, los labios finos y elegantes, el mentón prominente y los ojos ligeramente almendrados. Sus detractores procuraban denigrar su estirpe y decían que su padre había sido un simple carnicero, mientras sus defensores les respondían alegando que fue un valiente soldado que cayó luchando con coraje en la batalla de Bosworth, donde Enrique Tudor venció a Ricardo III e instauró en el trono de Inglaterra a la dinastía ahora reinante.

—¿Cómo se encuentran mis tíos los reyes? —le preguntó Carlos.

—Ambos están bien y os mandan sus mejores deseos. Bueno, ya sabéis que don Enrique anda preocupado ante la falta de un hijo varón, pero sigue empeñado en dejar de nuevo preñada a doña Catalina. Yo rezo todas las noches por un nuevo embarazo de vuestra tía y para que Nuestro Señor conceda a Inglaterra un heredero varón al fin.

—Rezaré también por ello —dijo Carlos.

—Por el momento la única heredera es la pequeña María... Ya sabéis que mi intención siempre fue que contrajerais matrimonio con ella. Si el rey no tiene un hijo varón, María será la reina de Inglaterra, y quien se case con ella se sentará en el trono de Londres.

—Vos, cardenal, sois el hombre más influyente de Inglaterra. Supongo que ya tenéis pensado qué hacer en este caso.

—Majestad, os propongo un trato muy beneficioso para ambas partes.

—Decidme, Wolsey.

—Inglaterra y Francia han roto el tratado que firmamos en Londres hace tres años. Sabéis bien que yo siempre he estado de vuestro lado y que aprecio mucho a la reina doña Catalina, vuestra tía.

—Sí, lo sé, y os lo agradezco.

—Bien, majestad, pues en justa compensación os pido vuestro apoyo para... —Wolsey se detuvo un momento.

—¿Y bien...?

—... Para ser papa.

—¡Vaya! Apuntáis muy alto.

—Soy arzobispo de York, cardenal de la Santa Iglesia Romana y canciller de



Inglaterra. Creo que merezco sentarme en la silla de Pedro, el pescador de hombres.

—Sin duda que lo merecéis —asintió Carlos—, y creo que seríais un gran pontífice. Tenéis todas las cualidades para ello.

—He logrado que don Enrique apoye a Roma ante las veleidades de ese reformador insensato..., ese fraile agustino...

—Lutero, se llama Martín Lutero. Lo conocí en Worms hace unos meses. En la Dieta Imperial allí celebrada se condenó su postura y se le conminó a que regresara a la obediencia a la Iglesia, pero es un hombre cerril y sigue empeñado en mantener sus insensatas tesis. Lástima que sus ideas sean tan equivocadas, porque habla con toda convicción.

—La Iglesia tiene que ser fuerte en estos tiempos, y el papa debe ser el principal defensor de la cristiandad... junto con vos. Por eso os pido vuestro apoyo para ocupar el trono de san Pedro.

—¿A cambio de qué, Wolsey?

—Ya lo sabéis, majestad: si me apoyáis en el próximo cónclave y soy elegido papa, Inglaterra os proporcionará un ejército de diez mil jinetes y treinta mil infantes. Con esas fuerzas, más las de vuestros ejércitos en España y en Alemania, el reino de Francia estará en vuestras manos en menos de un mes. Además, los ataques de los franceses a vuestros dominios de Navarra y en el norte de Italia justifican una respuesta contundente de vuestra parte.

—Supongo que querréis algo más que mi apoyo en el cónclave; esos cuarenta mil hombres costarán mucho dinero.

—Los pagaremos con las rentas de la Corona de Francia cuando la hayáis confiscado. Y además procuraremos recuperar el acuerdo matrimonial entre vuestra majestad y la princesa María como garantía y aval de esta alianza. —Wolsey unió sus manos delante del pecho y sonrió.

—¿Mi tío, don Enrique, está de acuerdo con esta propuesta?

—Lo está. Pero, en confianza, os confieso que la alta nobleza de Inglaterra no se encuentra cómoda con la actitud del rey. Los Norfolk, Pole, Exeter y otra media docena más de familias, las más ricas y poderosas de Inglaterra, consideran que su sangre es más noble, limpia y señorial que la de los Tudor.

—¿Teméis una rebelión de la alta nobleza contra don Enrique?

—No, aunque la ejecución del duque de Buckingham ha puesto a algunos muy nerviosos, pues consideran que las próximas cabezas en rodar pudieran ser las suyas.

Wolsey se refería a la muerte en la Torre de Londres, dos meses atrás, de este duque y condestable de Inglaterra, que había sido decapitado tras ser declarado culpable de preparar un atentado contra Enrique VIII.

—Dicen que no había pruebas concluyentes contra Buckingham...

—No, no las había. Vuestra tía incluso amagó ante el rey con defender al duque, y sí, se ha presentado un recurso ante el Parlamento para que se revise el caso, pero don Enrique está dispuesto a eliminar sin contemplaciones a todo aquel que pretenda

disputarle el trono, pues ante la falta de un hijo varón son varios los nobles que aspiran a la Corona, y están tramándose algunas conspiraciones.

—De modo que mi augusto tío no las tiene todas consigo.

—Pero ya veis cómo se las gasta. Os aseguro que cualquiera que intente el menor movimiento en contra de don Enrique perderá la cabeza de inmediato.

—La edad lo está cambiando —dijo Carlos.

—El transcurso del tiempo cambia a todos los hombres, incluso a los reyes —adujo Wolsey.

—Discutiremos eso ante un buen asado. He ordenado que preparen un venado que acompañaremos con los mejores vinos de Borgoña y una excelente cerveza de Brujas. Sé que sois un aficionado a la buena mesa, cardenal; todavía se comenta la exquisitez de los succulentos banquetes que organizasteis durante aquel torneo..., ¿cómo se llamaba?

—El Paño de Oro.

—Por lo que se comenta, fue uno de los mejores jamás celebrados.

—Lo fue, majestad, lo fue; el mejor.

Carlos y Wolsey dieron buena cuenta de un asado de lomo de venado aderezado con ciruelas e higos confitados, estragón, pimienta, mostaza y miel, y despacharon varias jarras de cerveza y dos botellas de vino rojo de Borgoña. El cardenal inglés se sorprendió al probar un vino elaborado en la región francesa de la Champaña, con finas burbujas, delicado y suave, que dejaba en el paladar un largo e intenso sabor afrutado.

Pablo Losantos estaba examinando la dentadura del emperador. Aquella mañana Carlos de Austria se había despertado con un intenso dolor de muelas y había solicitado de inmediato la presencia de su médico.

—Abrid un poco más la boca, majestad —le pidió el médico—. Ah, ya lo veo: tenéis una caries en la última muela inferior de vuestro lado derecho. Habrá que extraerla. Ya podéis cerrar la boca, señor.

—Casi prefiero este dolor a una nueva entrevista con ese Wolsey. El canciller de Inglaterra es un diplomático muy hábil —comentó el emperador.

—Os está saliendo la muela del juicio y, como apenas tiene sitio, empuja a la anterior y la ha mellado —comentó Pablo.

—¿Sabéis sacar muelas? —preguntó Carlos.

—Eso es cosa de los barberos, que son quienes se dedican a ese menester, y lo hacen sin apenas cuidado y muy pocos miramientos.

—Quiero que seáis vos quien me extraiga esa condenada muela.

—Nunca he hecho nada parecido, mi señor —alegó Pablo.

—Pues hacedlo ahora; este maldito dolor me está martirizando.

—Lo haré. ¿Cuándo queréis que...?

—Hoy mismo —asentó el emperador.

—Como ordenéis. Para que el dolor sea menor deberéis tomar una infusión relajante. Lástima que no estén aquí ni mi madre ni mi hermana; ellas saben mejor que nadie cómo prepararla.

—Pues hacedlo vos; seguro que algo os habrá enseñado vuestra madre, o vuestro padre.

—Mi padre murió a finales del año pasado, majestad.

—¡Vaya!, no me habíais dicho nada.

—Lo mató una enfermedad incurable, un tumor en el hígado.

—Vuestro padre vio morir a mi abuela doña Isabel y a mi abuelo don Fernando.

—Era su médico...

—Tal vez era algo más.

—Los médicos curamos algunas enfermedades, aliviamos los dolores y retrasamos por algún tiempo el viaje definitivo al más allá, pero no podemos evitar que un día llegue la muerte, porque la inmortalidad solo está en manos de Dios.

—Pues haced que desaparezca este dolor de muelas cuanto antes.

—Os la sacaré hoy mismo, majestad. Os prepararé una tisana y en cuanto estéis preparado iremos a por esa muela.

—¿Amabais a vuestro padre? —le preguntó Carlos.

—Sí, majestad. Le debo todo cuanto soy.

—Habéis tenido suerte, yo apenas conocí al mío. Tenía solo seis años cuando mi padre dejó Flandes para ir a hacerse cargo del reino de Castilla y León. Nunca volví a verlo. En mi memoria quedan algunos vagos recuerdos: algunas Navidades en los palacios de Bruselas y de Gante, los regalos que nos hacía a mis hermanas y a mí, su olor... ¿Sabéis, don Pablo, que lo que más recuerdo de él es su olor?

—Lamento que vuestro padre muriera tan joven.

—Algunos dicen que lo envenenaron. ¿Qué pensáis vos?

Al escuchar aquella pregunta de Carlos, Pablo Losantos se estremeció. Allí estaba él, a solas con el emperador, con el hombre más poderoso del mundo, hablando de sus respectivos padres. Lo que desconocía Carlos era que Pedro Losantos, el padre de su médico, había tenido mucho que ver en la muerte de Felipe el Hermoso, el padre del emperador.

—No sé, mi señor, se dicen tantas cosas...

—Os lo pregunto como médico. ¿Pudo morir mi padre a causa de un veneno?

—Sus médicos certificaron que la causa fue la epidemia de peste, la enfermedad...

—Esos informes pudieron ser alterados.

—Todos los médicos coincidieron en el mismo diagnóstico, majestad.

—Vos sois el mejor. Respondedme sin evasivas.

—Sí. Vuestro padre pudo ser envenenado, pero pasó hace ya tiempo, y nunca podrá saberse la verdad.

—Por eso es mejor dejar las cosas como están. Porque estoy seguro de que a nadie le gusta recordar las sombras del pasado.

—Tenéis razón, señor, es mejor mirar hacia el futuro y vislumbrar las luces. — Pablo respiró aliviado. Por un momento había creído que Carlos conocía el gran y terrible secreto que se guardaba en el seno de la familia Losantos.

—El futuro pasa por que yo tenga un hijo y un heredero, y para ello es necesario que me case, pues solo son considerados legítimos los hijos que los reyes tienen en un matrimonio canónico. Ya voy para veintidós años, de modo que debo ponerme a ello. ¿No lo creéis así?

—Se dice que la obligación de todo rey es engendrar un sucesor...

—Pues tendré que cumplir con ese deber, pero las novias que me buscan son demasiado jóvenes. La princesa María de Inglaterra, por ejemplo; si, tras tantas dudas, al fin me caso con ella, tendré que esperar diez años para dejarla encinta.

—Pues buscad una esposa de vuestra edad... ¡Oh!, perdón, majestad, no he querido...

—No os preocupéis, don Pablo, sé bien lo que debo hacer. La princesa de Inglaterra, que además es por el momento la única heredera al trono, sería un excelente partido, pero... No, mejor buscar esposa en otro sitio, tal vez en Portugal.

—Deseo que esa futura esposa os colme de dicha y de hijos. Yo voy a ser padre muy pronto.

—Sí, ya sé que vuestra esposa está embarazada.

—Dará a luz en un par de semanas, si no llevo mal las cuentas.

—Me alegro por vos y por vuestra esposa.

—Ambos deseamos ese hijo.

—Pero dejemos este asunto. Ahora poneos manos a la obra y sacadme esta maldita muela de una vez.

### *Tordesillas, principios de noviembre de 1521*

—Me ha dicho una de las camareras de la reina que ha oído comentar que pronto se llevarán el cadáver de don Felipe a Granada. El emperador quiere que sus abuelos y sus padres tengan un sepulcro común en la catedral que se está construyendo en esa ciudad. Allí está ya el cuerpo de doña Isabel y van a llevar también el de don Fernando —le comentó Juana de la Cruz a su hija María.

—Doña Juana no lo soportará. Saber que el cuerpo de su esposo reposa en la iglesia al lado de palacio la reconforta —asentó María.

—Lo soportará, ya lo creo.

—En contra de lo que muchos creen, la reina es una mujer muy fuerte y no está loca, como aseguran algunos; simplemente la están volviendo loca.

—Hija, hablar así es motivo suficiente para ser acusada de alta traición.

—Ya lo sé, madre. Por eso solo te lo digo a ti, pero es lo que pienso. Es indigno lo que han hecho con la reina su esposo, su padre y ahora su hijo.

—Lo es, claro que lo es. Conozco a doña Juana desde que era una niña y tu padre cuidaba de ella como médico en la corte de los Reyes Católicos. La vi rebelarse contra su madre, negarse a acudir a la misa que doña Isabel ordenaba celebrar todos los días en sus palacios, y contemplé su cara de alegría cuando le dijeron que iba a casarse con el joven más guapo del mundo, un caballero de Flandes que vivía en un palacio de ensueño en una ciudad de palacios de piedra y torres de cristal, canales de agua y jardines llenos de parterres de flores.

—Ni siquiera le dieron la menor oportunidad.

—La tuvo. Pudo sentarse de nuevo en el trono de Castilla y tener todo el poder de este reino si hubiera aceptado la oferta que en este mismo palacio le hicieron los capitanes comuneros; pero se negó a firmar cualquier documento que perjudicara a su hijo Carlos.

—¡Qué paradoja!

—La vida, querida mía, está llena de paradojas; todos vivimos sumidos en una permanente paradoja, incluso los más poderosos.

—Los únicos consuelos de la reina son la compañía de su hija Catalina y saber que aquí al lado, en la iglesia del convento de Santa Clara, reposa el cadáver de su esposo. Algún día se llevarán a esa muchacha para casarla con un príncipe, y si para entonces también se han llevado el cadáver de su esposo, ¿qué consuelo le quedará a la reina Juana?, ¿sus libros de horas, algo de música? Ahora que los comuneros han sido derrotados, nadie, nunca más, reclamará su presencia y su derecho al trono, probablemente nadie pronunciará su nombre, nadie recordará su memoria.

—Así será, hija mía. Doña Juana quedará silenciada; se convertirá en un cadáver cuyo corazón palpita pero no ama, unos ojos que miran pero que no sienten. La cubrirá un manto de olvido y hasta su nombre quedará relegado a un oscuro rincón en el margen de un viejo libro que nadie leerá.

—¿Tú crees que doña Juana enfermó de amor? —preguntó María.

—Hay quien dice que incluso se puede llegar a morir de amor; tal vez, ¿quién lo sabe? Tu padre, cuando la trataba de niña, me decía que era una muchachita de espíritu libre pero de voluntad quebradiza y de juicio flaco. Esos problemas siempre anidaron en su cabeza y se agudizaron por el maltrato al que la sometieron durante años su esposo y su padre.

—Y ahora su hijo...

—Quizá, cuando era una muchacha, doña Juana creyó que ese hermoso príncipe con el que la iban a casar la colmaría de atenciones, caricias y dichas. Tal vez se imaginó que su vida en Flandes sería como la de una de esas damas requeridas por los caballeros andantes de las novelas que leen los aristócratas y relatan los juglares. Quizá se sintió capaz de cambiar el mundo.

—O creyó en un amor puro y verdadero antes de que la realidad acabara por derrumbar ese mundo de sueños que se había imaginado —dijo María.

—Mírala ahora. ¿Te has fijado en ella cuando sube al mirador y se pasa las horas contemplando el valle con los ojos perdidos en el horizonte, la boca entreabierta y el rostro como de piedra?

—Sí, y siento una pena infinita por ella.

—La reina nunca volverá a salir de entre estos muros, y yo me quedaré a su lado. Soy una vieja cansada y sin alicientes para seguir viviendo más allá que otro día — Juana de la Cruz estaba a punto de cumplir sesenta y dos años—, pero tú, hija, tienes treinta y cuatro y todavía puedes vivir una vida mejor. Lo he estado pensando estos días... Sí, sí, ya sé que nunca has querido volver a casarte, y que tu matrimonio con Lope no fue todo lo feliz que hubieras deseado, pero si sigues aquí encerrada conmigo no tendrás más vida que ver pasar el tiempo cada día entre estas paredes de barro. Escribiré a tu hermano Pablo; él te quiere y su esposa también. Puedes ayudarle con sus medicinas; ya sabes tanto de pócimas, ungüentos, infusiones y jarabes como yo; le serás muy útil. Y así conocerás a mi nieta Isabel, tu sobrina, que ya debe de tener cuatro meses. ¡Ah!, tengo ganas de conocer a mi nieta, a Isabel. ¿Te imaginas cómo será? —En la última carta que Pablo había enviado a su madre a Tordesillas le contaba que había sido padre de una hija a la que habían bautizado en la iglesia de Jerusalén con el nombre de Isabel.

—Pablo vendrá a España con su hijita cuando el emperador decida regresar; parece que será muy pronto.

—Tal vez no me quede tiempo para conocer a Isabel.

—No quiero dejarte sola, madre —dijo María Losantos.

—Debes hacerlo. Tu vida solo te pertenece a ti. ¿Recuerdas? Desde muy pequeña te enseñé a ser libre, a pensar por ti misma... tal y como me hubiera gustado educar a tu hermano Juan, del que hace meses que no sabemos nada.

—Juan consiguió escapar de Villalar. Sigue vivo.

—¿Es uno de tus presentimientos?

—Sí, mi hermano Juan está vivo —afirmó rotunda María Losantos.

### *Palacio de Prinsenhof, Gante, mediados de diciembre de 1521*

El león abrió las fauces para desperezarse y agitó su melena oscura; los copos de nieve acumulada entre sus pelos se esparcieron por el aire como una lluvia de pequeñas chispas blancas.

Estaba nevando y hacía frío, pero Carlos había querido visitar a los animales más feroces de cuantos tenía en los patios protegidos con fosos y vallas de hierro del lujoso palacio de los duques de Flandes.

—Nuestro emblema es el águila, pero reconozco que el león también es un animal majestuoso —comentó el emperador, que quería presenciar cómo alimentaban a sus leones en el zoológico de su palacio de Gante.

—Pero los leones no pueden volar —comentó el canciller Gattinara, que acompañaba a Carlos.

—Tenéis razón, don Mercurino, tenéis razón.

—Y desde lo alto se puede ver mejor y más lejos, majestad. Incluso más allá del horizonte.

Gattinara le acababa de reportar buenas noticias. A finales de verano Hernán Cortés había derrotado a Cuauhtémoc, el soberano de los aztecas, había vuelto a ocupar Tenochtitlán y ya era dueño de todo el imperio de México.

—El capitán Hernán Cortés está logrando grandes victorias —comentó Carlos.

—Por eso debemos recortar el poder de Cortés sobre México. Enviaremos funcionarios para que lo vigilen de cerca y le impidan comportarse como el verdadero monarca de esos nuevos territorios. Además, no confío en que sea verdad cuanto relata en sus cartas. En una de ellas contaba cómo quemó sus naves para que ninguno de sus hombres tuviera la tentación de regresar en ellas si fracasaba la conquista de México, y ahora sabemos que no hubo tal incendio, sino que esas naves encallaron y se hundieron.

—¿Estáis diciendo que ese hombre es demasiado ambicioso?, ¿que hay que controlar su afán de poder y sus ansias de gloria?

—Si nos descuidamos y dejamos que asuma todo el poder, es probable que tenga la tentación de declararse rey de México.

—O incluso emperador del Nuevo Mundo —ironizó Carlos.

—Creo que nadie es tan osado e insensato como para levantarse contra vuestra autoridad, majestad; ni siquiera al otro lado del océano —dijo el canciller—. Pero hay que prevenir cualquier tentación, pues la ambición es uno de los vicios más profundos de cuantos radican en el alma humana.

—No estéis tan seguros de que no aparezcan estúpidos que cuestionen nuestra autoridad, don Mercurino. Si en ese nuevo continente existe tanto oro y plata como algunos ya están suponiendo, no faltarán atrevidos dispuestos a arriesgarse para conseguir hacerse con todas esas riquezas. Dad las órdenes oportunas para que el poder del capitán Cortés sobre México no ponga en riesgo nuestra soberanía.

—En cuanto a Castilla...

—Supongo que no habrá noticias de más levantamientos comuneros.

—No, majestad. Todos los cabecillas de los sediciosos han sido ajusticiados: los últimos, un tal Sarabia en Valladolid y Pedro de Pimentel en Salamanca, que eran los más contumaces. Solo la ciudad de Toledo permanece bajo su control. Allí se ha hecho fuerte un grupo de irredentos comuneros bajo el mando de María Pacheco, la viuda del que fuera su comandante en jefe, el rebelde Juan de Padilla.

—¿Una mujer? —se extrañó el emperador.

—Sí; y se trata de una mujer de gran carácter y firme decisión, según parece. Los toledanos, engañados por los comuneros, tenían en gran estima a Juan de Padilla y sufrieron una gran conmoción con su derrota y decapitación en Villalar. Por eso optaron por seguir a su viuda, pero creemos que se trata de una mera reacción de sentimentalismo que se acabará cuando nuestras tropas se presenten ante los muros de Toledo.

—¿Ya se han enviado allí?

—Sí, majestad. El condestable de Castilla tiene orden ratificada por el recién creado Consejo de Castilla de reducir la resistencia de Toledo con todas sus fuerzas. Le he escrito para que lo haga con toda contundencia y de la forma más eficaz y rápida posible. Los turcos han ocupado Belgrado y, si siguen avanzando Danubio arriba, me temo que tendremos que enviar tropas para detener ese avance, y necesitaremos todas las disponibles. No podemos consentir que lleguen hasta Viena.

—No. Viena debe ser defendida a cualquier precio —instó el emperador.

—Lo será, majestad. En la defensa de Belgrado solo había setecientos soldados, pero si esos demonios mahometanos continúan hacia Viena posicionaremos ante ellos un ejército invencible. Para ello necesitamos que no vuelvan a producirse nuevos levantamientos en España.

—Mi hermano Fernando se encargará de la defensa del frente del Danubio, para eso lo he nombrado protector de los Estados de la Casa de Austria. Además, ahora que se ha casado, al fin, con Ana de Hungría, nuestra influencia se ha extendido hacia el este, y nuestra familia es mucho más poderosa.

—Vuestro hermano menor es un hombre inteligente y realista —dijo Gattinara.

—Y sobre todo es un excelente diplomático. No olvidéis que estuvo toda su vida al lado de nuestro abuelo, don Fernando el Católico. ¡Ah, si yo hubiera podido disfrutar de sus enseñanzas!

—Os dio sabios consejos...

—Pero por carta, pues, como bien sabéis, yo nunca llegué a conocerlo; en cambio, mi hermano vivió a su lado trece años. ¿Comprendéis qué significa vivir trece años junto al político más grande de su tiempo?

—Vos lo sois ahora, majestad.

—No hace falta que me aduléis de ese modo, don Mercurino.

—No es adulación, señor, sino admiración por vuestra figura. Hay quien dice que ya sois más grande que vuestro abuelo el Católico.

—Y también hay quien me niega la dignidad real, al menos en mis dominios de España.

—Tal vez lo hagan algunos moriscos, esos que siguen la errada secta mahomética y a los que habría que castigar.

—¿También lo creéis vos?

—Sí, majestad. Vuestros abuelos expulsaron a los judíos y luego promulgaron un decreto para la conversión de los moros al cristianismo, pero solo fue efectivo para



los sarracenos de los reinos de Castilla y León; en cambio, los moros de Aragón siguen practicando sus nefandos ritos y ceremonias mahométicas en total libertad. Vos habéis sido declarado monarca cristianísimo, pero en vuestros dominios de Aragón, Valencia y Cataluña siguen celebrándose esos rituales paganos en total libertad.

—Los nobles de esos territorios no quieren que obliguemos a bautizarse a sus vasallos moros; dicen que dejándolos practicar sus ceremonias trabajan mejor, producen más rentas y rinden con mayor satisfacción. Dejemos las cosas como están... por el momento.

Los leones devoraban su almuerzo, medio cuerpo de un burro viejo y escuálido, cuando un secretario se acercó presuroso al emperador y al canciller. Desde una cierta distancia de respeto, inclinó la cabeza e hizo una clara indicación con la mano.

—Acercaos —le ordenó Carlos.

—Majestad —el secretario apoyó la rodilla sobre la nieve—, el papa León X ha muerto. Acaba de llegar la noticia desde Roma.

—Podéis retiraros —le dijo el emperador.

El secretario se alejó unos pasos caminando de espaldas antes de desaparecer del patio del palacio donde comían los leones.

—Nuevos problemas... León X estaba de nuestra parte y en contra del rey de Francia. Ese Médici quería echar a los franceses de Italia y contaba con nuestra ayuda para ello.

—No esperaba que Giovanni de Médici —el emperador llamó al papa por su nombre— muriera tan pronto. Habrá que mediar en la elección del nuevo papa.

—Ayer estuve reunido con el embajador de Inglaterra, que llamó a los cardenales «demonios en el infierno». Supongo que con el infierno se refería al Vaticano —ironizó el canciller.

—El cardenal Wolsey quiere ser papa. Hace unos meses me pidió ayuda para ocupar el trono de Pedro, al que aspira, de modo que ahora mismo ya estará preparando su candidatura, si es que ya se ha enterado de la muerte de León X.

—Pues visto lo que han sido los papas precedentes, tal vez Wolsey no fuera un mal pontífice. Desde luego, se convertiría en uno de nuestros mejores aliados.

—No. No apoyaremos a Wolsey. Los últimos papas, con la salvedad del efímero Pío III —Carlos se refería a que este pontífice solo había reinado veintiséis días—, han puesto a la Iglesia en un brete permanente. Alejandro VI fue un hombre de vida licenciosa y desordenada que arrastró a la Iglesia al mayor de los desprestigios; Julio II se comportó de manera impropia de un hombre de paz y más que un pastor de ovejas se mostró como un impetuoso guerrero que condujo al Vaticano al borde del abismo; y León X ha sido un pusilánime que se ha gastado una fortuna en embellecer Roma y los palacios vaticanos.

—Pero Wolsey es nuestro aliado...

—Wolsey es un hombre muy ambicioso, capaz de vender a su madre si con ello

obtuviera cualquier beneficio en su provecho. Lo que necesita la Iglesia es un hombre que sepa dirigirla y conducirla a buen puerto en momentos de tanta zozobra como estos, en los que la reforma de Lutero y sus seguidores amenaza con desencadenar un cisma y llevarse a la cristiandad por delante.

—¿Y quién es ese hombre, si es que existe?

—Don Adriano —sentenció el emperador.

—¿Adriano de Utrecht?

—Claro, ¿qué otro Adriano si no? Es un hombre preparado para regir cualquier institución, sabio en el ejercicio y la aplicación de la ley y el derecho, prudente en el arte de gobernar y decidido cuando es necesario tomar un camino peligroso; y sabe escuchar a los humildes.

—Pero no es italiano; la mayoría de los cardenales lo son y preferirán a uno de los suyos.

—Tampoco Wolsey lo es. Ya arreglaremos eso.

—Adriano de Utrecht será un buen papa —aceptó el canciller.

Unos días después de conocer la muerte del papa, el emperador recibió la noticia del fallecimiento del rey Manuel I de Portugal. Su hermana Leonor le envió una carta desde Lisboa en la que le expresaba su deseo de abandonar ese país, al cual ya no la ataba nada, y volver a su lado. El nuevo rey era Juan III, hijo de María, tía del emperador, fallecida años atrás. Manuel I, hombre de pequeño cuerpo, se había casado nada menos que con tres princesas de la familia de Carlos: la primera, Isabel de Castilla, hija de los Reyes Católicos; la segunda, María de Castilla y Aragón, también hija de los Católicos; y la tercera, Leonor de Austria, la hermana mayor de Carlos.

Leonor se marchó de Portugal, pero lo hizo sin su hijita. El nuevo rey la obligó a dejar allí a su media hermana María, de solo seis meses de edad. Ambas mujeres tardarían treinta y siete años en volver a encontrarse.

Afectado por la muerte de hombres tan principales, Carlos creyó necesario dictar testamento, y dejó escrito que quería ser enterrado en la catedral de Dijon, en la Borgoña, la tierra de su bisabuelo Carlos el Temerario, del cual llevaba el nombre, y entre tanto no pudiera hacerse, pues Borgoña estaba en manos del rey de Francia, que su cuerpo mortal quedara depositado en la catedral de Bruselas, al lado del de su abuela, la emperatriz María de Borgoña.

El canciller Gattinara le advirtió que aquella decisión no iba a gustar nada a los castellanos, que querían que los cuerpos de sus reyes reposaran en su tierra. Carlos se limitó a encogerse de hombros y a comentar que él no solo era rey de Castilla, sino emperador de todo el orbe cristiano.

Ese orbe seguía siendo circunnavegado por la expedición dirigida por Magallanes. Pero el marino portugués al servicio del emperador murió en un combate con unos aguerridos indígenas en unas islas del océano Pacífico y fue sucedido en el mando por un guipuzcoano de Guetaria llamado Juan Sebastián Elcano. En aquellos

días los expedicionarios ya habían recorrido medio mundo, pero les faltaba el otro medio para dar la primera vuelta a la esfera terrestre.

### *Bruselas, principios de febrero de 1522*

«Don Adriano tiene que ser el nuevo papa». Esa fue la orden que había dado el emperador; y se cumplió. El cónclave de cardenales decidió que Adriano de Utrecht fuera el sucesor de san Pedro y de León X. Algunos pensaron que al fin, tras muchos cónclaves ausente, sí se había producido la inspiración del Espíritu Santo.

El gobernador de Castilla se enteró de su elección como sumo pontífice de la Iglesia romana en la pequeña ciudad de Vitoria, durante los primeros días de febrero, mientras coordinaba desde allí la defensa de los territorios del norte ante la guerra con Francia. Al instante de conocer su designación, Adriano se puso enseguida a preparar la aceptación; tomó papel y pluma y escribió: «Proclamo mi confianza en Cristo, que me otorgará fuerza para defender a la cristiandad de los ataques del mal y para derrotar, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor, a los que atentan contra la unidad de la Iglesia, que yerran y están engañados, para que retornen al buen camino».

Adriano cambió sus planes y se puso en marcha hacia la ciudad de Tarragona, desde donde prepararía su viaje a Roma.

En Inglaterra, el cardenal Wolsey estaba hecho una fiera, pues había dado por hecho que Carlos lo apoyaría en su ambición de alcanzar el papado. El canciller inglés rumiaba su derrota en su palacio de Londres, maquinando alguna manera de vengarse de lo que creía un engaño por parte del emperador.

Carlos leía unos informes recién recibidos desde España en los que se le comunicaba la situación de las revueltas en Toledo y en Valencia. Los agermanados valencianos no se habían arredrado ante la derrota de los comuneros en Villalar, pero estaban siendo desbaratados por las tropas reales, que se disponían a lanzar una gran ofensiva contra los defensores de las Germanías en Valencia. Los últimos rescoldos de las Comunidades solo resistían en Toledo, donde María Pacheco aún mantenía en pie el estandarte comunero y la memoria de su esposo Juan de Padilla. Carlos respiró aliviado; sabía que su victoria en España era cuestión de tiempo, de unos pocos meses, de unas semanas quizá.

Más grave era la situación en las fronteras orientales del Imperio, donde su cuñado el rey Luis de Hungría libraba una guerra contra los turcos, que estaban empeñados en avanzar Danubio arriba hasta Viena.

Alzó la mirada de los papeles que tenía sobre el escritorio y la vio recostada sobre su lado izquierdo, desnuda, despezándose entre almohadas de seda.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó el emperador—. No hemos comido nada desde anoche.

Juana van der Gheynst, dama de compañía de la corte de Flandes, era una joven hermosa, muy hermosa. Hija de un comerciante de alfombras y tapices de Nassau, se había quedado huérfana siendo muy niña, y había sido recogida por el señor de Lalaing, embajador de Carlos, que le había proporcionado una esmerada educación. Como muchos flamencos y alemanes, Juana se imaginaba España como un país retrasado y antiguo, lleno de mujeres pacatas y de hombres rudos, muy diferentes al refinado estilo de los caballeros de Flandes y al sutil gusto por el galanteo de las damas flamencas.

Hacía varias semanas que el emperador se había fijado en ella, y aquella noche la había invitado a su cama. Habían hecho el amor antes de quedar rendidos, pero Carlos se había despertado al amanecer para leer aquellos informes mientras Juana seguía durmiendo plácidamente al calor del fuego de la chimenea.

—Buenos días, mi señor. Sí, tengo hambre... de vos. —Juana extendió sus brazos sonriendo.

Carlos se levantó del sillón y se acercó a la cama. Por las ventanas de su dormitorio del palacio de Coudenberg podía verse caer la nieve sobre Bruselas.

—Ha sido una noche magnífica —le dijo el emperador tomando su mano.

—Ya ha amanecido, pero no tiene por qué haber acabado para nosotros —repuso Juana, que lo atrajo hacia su cuerpo a la vez que sonreía y le ofrecía sus pechos desnudos y su boca abierta.

Carlos la besó con la dificultad que entrañaba hacerlo con su exagerado prognatismo, y ambos se entregaron otra vez al amor apasionado que suele desatarse en el primer encuentro entre nuevos amantes.

Satisfecho, el dueño de media Europa llamó a su criado y ordenó que les sirvieran un copioso desayuno.

Mientras comían, Carlos no dejaba de contemplar el cuerpo de Juana, su piel blanca, su cabello rubio ligeramente rizado, sus ojos claros... Todo en aquella mujer lo atraía, pero especialmente su voz delicada, sensual, que sonaba como una deliciosa y dulce melodía.

—Quiero que volvamos a pasar la próxima noche juntos —le dijo Carlos.

—Estoy a vuestro servicio, mi señor.

Desde ese momento, Juana de Gheynst y Carlos de Austria durmieron las siguientes noches en la misma cama, y ella lo acompañó a todas las visitas que en aquel invierno el emperador realizó a varias ciudades, castillos y conventos de Flandes.

El emperador estaba feliz. A diferencia de su tío el rey Enrique de Inglaterra, Carlos no era hombre de grandes risas, pues le habían enseñado de niño que reírse era cosa de plebeyos y que las carcajadas eran manifestaciones casi diabólicas, pues según se leía en las Sagradas Escrituras, Cristo nunca había reído.

El gobierno del Imperio, la invasión de los turcos, los problemas en España, donde los precios habían subido mucho ese año provocando malestar entre mucha

gente y algunos problemas de abastecimiento, la coronación de Adriano de Utrecht como papa, la conquista del Nuevo Mundo, los viajes de exploración por los océanos y las tierras que se iban descubriendo bajo su nombre..., todo eso podía esperar, al menos mientras durara el invierno y el cuerpo de Juana se estremeciera cada noche entre sus brazos.

Bruselas fue durante los primeros cinco meses de ese año el lugar del que apenas se movió el emperador. Solo abandonó esa ciudad en cortos desplazamientos para cazar en los bosques de Flandes, pero siempre regresaba a su palacio de Coudenberg, al calor de su dormitorio y a los suaves brazos de Juana van der Gheynst. Nunca, ni siquiera aquellos días juveniles en España al lado de Germana de Foix, había sido tan dichoso.

### *Toledo, 3 de febrero de 1522*

El ejército imperial se acercaba a Toledo. Tras nueve meses de resistencia, los comuneros habían logrado dominar casi toda la ciudad, controlaban las puertas y habían liberado a unos compañeros que estaban presos en el alcázar.

Incluso poseían algunos cañones que habían arrebatado a los realistas en el arsenal de la villa de Yepes y que habían colocado en las almenas del alcázar y en lo alto de algunas de las puertas de la ciudad.

Ante la inminente llegada del ejército imperial, María Pacheco, que gobernaba Toledo desde que su esposo fuera ejecutado en Villalar, reunió a la Junta comunera.

—No puedo sacrificar a toda esta gente en defensa de una causa que está perdida —alegó la comunera ante los miembros de la Junta reunidos en el alcázar.

—Señora, si vos lo ordenáis seguiremos luchando hasta el final —intervino uno de sus capitanes.

—No. Hemos perdido esta guerra, señores, y debemos evitar más derramamiento de sangre. Sería inútil resistir. No podemos ganar.

—Pero, señora, todo por lo que hemos luchado, los ideales de justicia y libertad por los que muchos de los nuestros han muerto, vuestro propio esposo...

—Si Juan de Padilla estuviera aquí, estoy segura de que tomaría la misma decisión que yo he adoptado —conjeturó María recordando a su marido ejecutado en Villalar—. No quiero más sangre derramada sobre el suelo de Castilla. Además, ya habéis visto su ejército, sus cañones, su caballería... Aunque nos propusiéramos resistir, ¿durante cuánto tiempo podríamos hacerlo?, ¿y a qué precio? Sería un sacrificio inútil.

—Señora, si nos entregamos, nos ejecutarán. La justicia del emperador no tendrá la menor misericordia para con nosotros.

—Moriremos algunos, es cierto, pero serán muchos más los que salven la vida.

Juan Losantos, que se encontraba entre los miembros de la Junta, apretó los puños. El hijo del médico converso sabía que aquella decisión de María Pacheco lo condenaba a muerte, y también a Andrés, su amante. Y pensó que debería haberle hecho caso a Andrés y haber huido a Portugal cuando pudieron hacerlo al cruzar la sierra Central.

Antes de que los realistas se hicieran cargo de la ciudad, Juan Losantos corrió al encuentro de Andrés y le contó lo decidido en la Junta.

—De modo que Toledo se rinde al emperador —comentó Andrés.

—Sí, y sin condiciones.

—Eso significa que moriremos.

—Es lo más probable, sí —asintió Juan.

—Yo no quiero morir.

—Yo tampoco, amor mío, pero hemos perdido, y los vencedores querrán tomarse su premio.

—No quiero morir —sollozó Andrés.

Juan abrazó a su amante y lo besó en los labios; un sabor salobre le recorrió el paladar tras humedecerse sus labios con las lágrimas de Andrés.

—Quizá podamos escapar; en la confusión podríamos intentarlo y tratar de llegar hasta Portugal siguiendo la corriente aguas abajo del río. Si viajamos deprisa, en seis o siete días podríamos estar en Lisboa.

—Tengo miedo —dijo Juan.

—Yo también, sobre todo miedo a perderte.

Las tropas imperiales se presentaron a las puertas de Toledo y entraron en la ciudad sin que nadie ofreciera la menor resistencia. La vanguardia subió a caballo por la cuesta del arrabal de la iglesia de Santiago hasta la plaza de Zocodover y ocupó el alcázar, cuyos defensores se rindieron y pidieron perdón.

Los realistas buscaron a María Pacheco, pero fue en vano. Gracias a la connivencia de algunos familiares, la comunera, a la que muchos llamaban la Leona de Castilla, se disfrazó como una humilde lavandera, cogió una caja con ansarones para que pareciera que iba con esas aves al mercado, y la sacaron de la ciudad con sus hijos pequeños camino del exilio a Portugal.

Media docena de guardias reales aporrearon con insistencia la puerta de la casa de Juan Losantos. Nadie la abrió. Tras insistir de nuevo, la echaron abajo con ayuda de un par de hachas de considerable tamaño.

—Aquí no hay nadie; la casa está vacía —informó uno de los guardias.

—Se nos han vuelto a escapar; esa pareja de maricones... —lamentó el comandante del piquete.

—Ayer estaban aquí; yo mismo vi al maestro armero entrar en esta casa cuando regresaba del alcázar —dijo uno de los guardias, un comunero que se había pasado al bando realista.

—Buscadlos. Las salidas de la ciudad están bloqueadas, no han podido huir.

—Este cerro está lleno de pasadizos —dijo otro de los guardias—. Tal vez hayan escapado por cualquiera de ellos; los hay que conducen directamente fuera de las murallas.

—Debimos liquidar a ese hereje cuando lo tuvimos preso en el convento de dominicos —masculló el cabecilla, que era el oficial de la Inquisición que había prendido a Juan en la ocasión anterior.

—¿Qué hacemos ahora? —demandó el primero de los guardias.

—Seguiremos buscándolos...

—¡Un momento! Vayamos a casa de sus tíos, esos dos ancianos... Tal vez estén escondidos allí.

Los guardias se presentaron en casa de Felipe Rubio y de su esposa Raquel. Ante los contundentes golpes que dieron en la puerta, una criada que cuidaba de los dos ancianos la abrió asustada.

—¡Paso a las tropas del rey! —gritó el jefe de la partida empujando a un lado a la criada.

—¿Qué es ese ruido? ¿Qué significa esto? —preguntó Raquel a su esposo. Los dos ancianos estaban a punto de iniciar su almuerzo cuando los soldados irrumpieron en la sala grande de la casa.

—¿Dónde se esconde ese hereje y traidor? —preguntó el cabecilla.

—¿Qué queréis? —Se incorporó Felipe.

—Tenemos orden de prender a Juan Losantos y a su mancebo, un tal Andrés. Estoy convencido de que tú, pobre anciano, sabes dónde se esconde.

—No lo sé.

—Entonces quizá lo sepas tú, vieja zorra judía.

—Dejad a mi esposa en paz. —Felipe Rubio se colocó entre el cabecilla de los soldados y su esposa.

—¡Aparta! —El soldado empujó a Felipe. El anciano se tambaleó, otro de los guardias lo hizo trastabillar y cayó con violencia al suelo.

—¡Cobardes! —gritó Raquel, que se levantó de la silla para ayudar a su esposo.

—¿Dónde está Juan Losantos? —preguntó con voz potente e iracunda el cabecilla.

—¡No! —exclamó Raquel—. ¡Canallas, canallas! —La anciana estaba tumbada sobre el cuerpo inmóvil de su esposo—. ¡Lo habéis matado!

Dos soldados izaron a Raquel en vilo, y el jefe se agachó para inspeccionar el cuerpo del anciano Felipe.

—¡Creo que no respira!

—¡Asesinos, asesinos! —sollozó Raquel.

Otro de los guardias, muy nervioso, la golpeó con fuerza en la cabeza con una estaca que portaba a modo de porra. La anciana conversa cayó al suelo como un fardo de paja.

—¡Estaos quietos! —ordenó el jefe.

—Creo que esta también está muerta.

De la cabeza de Raquel comenzó a brotar un hilo de sangre que pronto se convirtió en un pequeño charco.

—¡Han sido esos dos herejes! ¡Ellos los han matado para robarles!

—¿Qué?

—Ya me habéis oído. Los dos fugitivos han matado a estos dos ancianos, les han robado y luego se han escabullido como dos miserables ratas. Es lo que diremos.

—¿Y esa de ahí? ¿Qué hacemos con ella? —El soldado señaló a la criada, que lo había visto todo.

—Haced que calle para siempre. Otra víctima más que cargar a ese par de maricas.

—Antes podríamos divertirnos un poco —sugirió uno de los soldados a la vez que se palpaba con obscenidad los genitales.

—De acuerdo. Nos follaremos a esta putita, nos quedaremos con cuanto haya de valor en la casa y diremos que han sido esos dos traidores los culpables.

### *Badajoz, mediados de febrero de 1522*

Tenían a la vista las tierras de Portugal; un par de horas más y estarían a salvo. Juan Losantos y Andrés habían escapado de Toledo aprovechando la confusión que se desató en la ciudad cuando entraron las tropas realistas. Habían viajado de noche atravesando las extensas llanuras hacia el sureste en dirección al monasterio de Guadalupe, pues tenían el plan de declarar, si eran interceptados, que acudían a ese cenobio como peregrinos para cumplir unos votos.

No les hizo falta porque desde Guadalupe pudieron llegar a Mérida tras pasar por Madrigalejo, el pueblo donde había muerto Fernando el Católico, y desde allí, aguas abajo del río Guadiana, alcanzaron Badajoz.

—Dormiremos en alguna discreta posada de esta ciudad y mañana saldremos temprano hacia Portugal —propuso Juan.

—Estamos muy cerca. Si caminamos toda la noche podemos cruzar la frontera antes de amanecer —dijo Andrés.

—Estamos cansados. No hemos tenido ningún problema hasta llegar aquí, y no creo que vayamos a tenerlos por unas pocas horas más.

—De acuerdo, descansemos en Badajoz —cedió Andrés.

Encontraron una posada cerca de la catedral de San Juan Bautista y contrataron



una habitación para esa noche. Dijeron que eran comerciantes de lanas de Burgos y que iban en busca de ese producto a las tierras del sur de Portugal.

Estaban derrengados tras más de una semana andando desde Toledo y no tardaron demasiado tiempo en quedarse dormidos.

Todavía no había amanecido cuando Juan Losantos abrió los ojos. Extendió el brazo en la oscuridad y tocó el cuerpo de Andrés. Que dos hombres durmieran juntos en la misma cama no levantaba ninguna sospecha de que estuvieran cometiendo un pecado contra natura, sobre todo en el caso de los mercaderes, pues era frecuente que compartieran cama en las posadas y fondas, incluso siendo desconocidos.

El hijo del converso abrió los ojos y aguzó el oído. No escuchó nada, pero tuvo un extraño presentimiento. Alzó la cabeza hacia la puerta de la habitación intentando buscar algún indicio que justificara su extraña sensación, pero todo estaba oscuro y en silencio.

Hacía frío. La humedad del Guadiana se dejaba notar en aquellos días de invierno, y Juan supuso que se había despertado por esa causa. Se acurrucó junto al cuerpo de Andrés y sonrió; un día más y estarían a salvo.

De pronto, en plena oscuridad, la puerta se abrió y al instante un farol iluminó la estancia. Juan pudo observar las siluetas de varios hombres recortadas en el hueco de la puerta y al que portaba el farol, que lo sostenía en su mano izquierda mientras en la derecha llevaba un gran pañuelo o un trapo oscuro. Tuvo claro que aquellos hombres habían cubierto el farol con aquel trapo para no ser delatados por su luz, y que justo al abrir la puerta lo habían destapado.

—Si estimáis en algo vuestras vidas, ni os mováis —ordenó una voz recia.

### *Brujas, fines de mayo de 1522*

Carlos había dejado Bruselas y preparaba el regreso a España. Ya sabía que su amante Juana van der Gheynst estaba embarazada y que iba a ser padre por segunda vez. En sus últimos días en Bruselas conoció a Orsolina della Penna, una hermosa dama que acababa de quedarse viuda de un mercader italiano. Carlos se encaprichó de la joven, a la que apodaban la Bella de Perugia, y Orsolina correspondió al requerimiento del emperador. Durante los últimos días de abril y los primeros de mayo compartieron lecho y consuelo. A fines de abril Orsolina también quedó embarazada. Carlos tendría su tercer hijo y seguía soltero.

Dejó a sus dos amantes preñadas en Bruselas y tras pasar unos días en Malinas, Amberes y Gante se instaló en Brujas esperando el momento propicio para viajar a España.

Estaba eufórico. Unos días atrás había recibido la noticia de la victoria de su ejército en la batalla de Bicoca, en Italia, y en ese momento estaba leyendo el informe

detallado. El día 27 de abril, a una hora de camino al norte de la ciudad de Milán, los tercios españoles y los mercenarios de Próspero de Colonna habían aplastado con suma facilidad al ejército francés, apoyado por milicias de Venecia y soldados suizos. Los arcabuceros españoles, colocados en la vanguardia, abatieron a los piqueros suizos, mercenarios al servicio de Francia, que dejaron sobre el campo más de tres mil muertos. Los Sforza habían recuperado Milán, que pasaba de nuevo a ser parte del Imperio.

Y además, Adriano de Utrecht, que había adoptado el nombre de Adriano VI como sumo pontífice, ya gobernaba la Iglesia con firmeza; y, aunque los romanos recelaban de él —incluso lo llamaban el Papa Bárbaro—, su fama de humanista le confería credibilidad. Hacía mucho tiempo que la Iglesia no había estado en tan buenas manos.

La ciudad de Brujas acababa de celebrar la fiesta de la sangre de Cristo, en la que se conmemoraba con una fastuosa procesión la llegada de un pedazo de tela teñida con unas gotas de la sangre del Hijo de Dios. Unos cruzados la habían traído en el tiempo de las cruzadas desde Constantinopla, y nadie dudaba de su autenticidad.

Pablo Losantos había estado muy ocupado aquellos días, pues el emperador le había encargado que supervisase personalmente todo lo necesario para el traslado de la corte de Flandes a España, previa escala en Inglaterra, en lo referente a medicamentos y avituallamiento.

—Ese hombre es incansable —comentó Pablo dejándose caer sobre la cama de la posada donde estaban instalados en Gante.

—Déjame que te ayude. —Leonor de Urrea se dispuso a quitarle las botas a su esposo, que acababa de regresar de Nieuport, en la costa de Flandes, donde se estaba concentrando la flota que escoltaría al emperador en su travesía a España.

—Zarparemos en una semana, y apenas hay tiempo para preparar los ciento ochenta buques, todos con sus tripulaciones, sus vituallas, su intendencia...

—¡Ciento ochenta barcos! Debe de ser la mayor flota del mundo —se sorprendió Leonor.

—Sí, todo Flandes quiere acompañar a don Carlos en su viaje de regreso a España. Aquí sí que es considerado como su verdadero soberano, mientras en Castilla y Aragón continúa teniendo muchos detractores. Sabes que en algunas ciudades de Castilla se refieren a él como «el rey extranjero» o «el emperador alemán». Creo que en España nunca lo aceptarán del todo, aunque no les queda otro remedio.

—¿Por eso regresamos ahora? —preguntó Leonor, que se había puesto a lavar los pies de su esposo con agua tibia en un barreño.

—El emperador es dueño de la mitad de la cristiandad, pero para poder seguir manteniendo sus dominios tendrá que viajar de un lado a otro, siempre en el camino. Sí, tiene que volver a España para acabar definitivamente con las revueltas que todavía subsisten en Castilla, Valencia y Mallorca.

—Eres su médico. Supongo que tendremos que ir a donde vaya don Carlos.

—Debemos hacerlo, sí.

—Me gustaría una vida más tranquila para nuestra hija; solo tiene unos meses.

—Si lo prefieres, una vez lleguemos a España podemos quedarnos allí. Tendré que pedirle permiso al emperador, y si me lo concede podría instalarme como médico en Valladolid, o en Zaragoza, donde tus parientes tienen buenas relaciones. Además, hace meses que no tengo noticias de mi madre y de mis hermanos. En cuanto podamos, iremos a visitarlos.

—Yo haré lo que tú decidas, Pablo.

Leonor secó los pies de su marido y le dio un reconfortante masaje.

—¿Quién te ha enseñado esto?

—Tu hermana María, ¿quién si no?

—Gracias. ¡Qué alivio! Tenía los pies molidos. De vuelta de Nieuport hemos tenido que caminar algunos tramos del camino porque los carros apenas podían avanzar por el barro.

—Tendrás hambre. Veré si pueden prepararte algo.

—No. He comido por el camino. Lo que quiero ahora es dormir. Mañana he quedado con mis ayudantes para revisar la botica y dejar todo dispuesto para el viaje. Además de ser su médico, el emperador me ha encargado que supervise los alimentos que van a ser embarcados. Eso me pasa por aconsejarle qué alimentos debe comer.

Pablo Losantos tenía razón: Carlos no era querido en sus dominios de España, pero se estaba imponiendo a los rebeldes utilizando el terror y la represión. A fines del invierno sus soldados habían liquidado a los agermanados de Valencia y ejecutado a sus principales cabecillas; los comuneros estaban derrotados y ya nadie se atrevía a mantener en pie la bandera que un día izaran Padilla, Bravo y Maldonado; solo se mantenía un foco de rebelión en Mallorca, donde un puñado de agermanados seguían empeñados en lograr lo imposible.

## *Londres, 7 de junio de 1522*

Carlos partió de Flandes en los últimos días de mayo. La armada imperial zarpó de Nieuport y de otros puertos de la costa flamenca, hizo escala en Dunkerque y atravesó el Canal rumbo a Inglaterra.

Antes de embarcar, el emperador dio precisas instrucciones para que Juana van der Gheynst y Orsolina della Penna, las dos amantes que llevaban en el vientre sendos hijos suyos, tuvieran la atención y el cuidado que se requería de toda futura madre de un hijo del dueño de medio mundo. A ambas les envió cartas en las que les pedía que cuidaran mucho al niño que llevaban en su vientre, y les prometió que se ocuparía de ellas y de sus hijos y que volvería a verlas en cuanto le fuera posible.

Con viento a favor, la travesía del Canal fue plácida; poco más de media jornada

tardaron en avistar los blancos acantilados de Dover, donde lo esperaban el rey Enrique y la reina Catalina. El recibimiento fue muy amable. Enrique VIII acudió con veintiuna naves ante la formidable armada de ciento ochenta buques que formaban la flota del emperador.

Los reyes comieron juntos y, al día siguiente, visitaron la tumba de santo Tomás Becket en la catedral de Canterbury y se postraron ante ella, donde rezaron con devoción.

Pablo Losantos estaba cansado. Había asistido como médico real al torneo que Enrique VIII había ofrecido al emperador, donde habían roto lanzas los más notables caballeros de Inglaterra y de Flandes. Durante toda la jornada había estado atendiendo a los contendientes heridos y magullados en las justas, y era ya bien entrada la madrugada cuando llegó a la posada que ocupaba con su esposa Leonor de Urrea.

—¡Vaya día! Media docena de caballeros con los huesos rotos, otros tantos con desgarros en la piel y la carne, uno con el ojo perdido y otros dos con los dientes quebrados. Más que un torneo parecía una verdadera batalla —se quejó Pablo.

—Supongo que esos caballeros querían alardear de su destreza y mostrar sus habilidades ante el emperador y los reyes —repuso Leonor.

—Sí, esos nobles se comportan como pavos reales, tan ufanos con sus armaduras, sus cimeras emplumadas, sus vistosos gallardetes y sus coloridas banderas y estandartes. Estoy convencido de que algunos de ellos creen ser miembros de la Tabla Redonda.

—¿La Tabla Redonda? —se extrañó Leonor.

—Era una especie de cofradía de nobles caballeros, una orden de caballería que presidía un rey llamado Arturo, del que se dice que fue el primer soberano cristiano de esta isla, hace ya mil años. Corren muchas leyendas sobre sus hazañas; supongo que los poetas se las han inventado, pero, a lo que parece, la gente de por aquí se las cree.

—¿Ha justado el emperador? —preguntó Leonor.

—No; en esta ocasión ha preferido quedarse al margen y presenciar los torneos desde la tribuna. Ayer lo visité y no tenía buen aspecto. Este invierno ha cometido demasiados excesos y tiene algunos problemas al respirar, ya sabes de su deformación en la boca, y además no se cuida los dientes como debiera. En la escuela de Salerno nos enseñaron que muchas enfermedades del cuerpo se deben al mal cuidado de los dientes.

—Por eso me dices que hay que limpiarlos todas la noches antes de dormir.

—Sí. Unos dientes limpios son garantía de una buena salud —dijo Pablo—. Y hablando de dientes, ¿me has guardado algo de cena?, tengo hambre.

—El mesonero ha traído pan, queso, unas salchichas ahumadas y una jarrita de vino. Aquí están.

Pablo partió el pan y le ofreció la mitad a su esposa.

—No, yo ya he cenado. Es todo para ti.

El médico se llevó un pedazo de pan a la boca y mordió una de las salchichas.

—¡Por todos los demonios!, ¿dónde han elaborado estas salchichas, en el infierno? Saben a diablos.

—La comida inglesa es horrible y carísima, como sus posadas y mesones.

—Veamos el queso. —Pablo mordisqueó con cierta prevención un trocito de un queso de aspecto mohoso.

—Imagino que lo han cuajado en las calderas del infierno —ironizó—. Bueno, al menos el vino no sabe a vinagre.

—El mesonero me ha dicho que es de Francia, de una región llamada Burdeos, o algo así.

—Tenía que ser francés; en Inglaterra no tienen viñas.

—No he podido encontrar nada mejor. Si hubieras probado el potaje de nabos y cebollas que hace la mujer del mesonero...; solo sabía a sebo rancio.

—Bueno, en un par de semanas estaremos en Castilla; ya nos resarciremos entonces con un buen guiso de capón y unas sabrosas morcillas.

Pablo se limpió los dientes y besó a su esposa.

—La niña está dormida... Si no haces demasiado ruido...

En una pequeña cunita descansaba la pequeña Isabel Losantos, que pronto cumpliría su primer año de edad.

—No lo haré, descuida.

Y las manos de Pablo fueron a los pechos de Leonor, que suspiró gozosa cuando su marido, olvidando el cansancio por todo un día de trabajo en el palenque recomponiendo huesos y cosiendo heridas, la acarició despacio, excitando su sexo con la yema de los dedos, hasta que la penetró y la condujo a un éxtasis de placer como solo el médico sabía hacer.

—Supongo que es pecado, pero me gusta que te enseñaran en esa escuela de Italia cómo hacer sentir tanto placer a una mujer —bisbisó Leonor abrazada a su esposo en el silencio de la noche.

—Lo estudiamos en libros de médicos árabes; los cristianos no saben de estas cosas. Ni siquiera saben de ese capullito que tenéis las mujeres y que tanto placer os provoca al acariciarlo.

### *Castillo de Windsor, mediados de junio de 1522*

Carlos pasó la fiesta de Pentecostés en Londres y la celebró asistiendo a una misa en la catedral de San Pablo en compañía de sus tíos los reyes. El día anterior la ciudad le había ofrecido un recibimiento extraordinario, con las fachadas de las casas por donde pasó la comitiva imperial cubiertas de enramadas, arcos triunfales efímeros en

las calles, y mucha gente cantando canciones y bailando alegres melodías en plazas y tabernas.

En la catedral volvieron a celebrarse juramentos de fraternidad y alianza entre Carlos y Enrique. El rey de Inglaterra, que salió de la ceremonia eclesiástica de la mano de la pequeña María, comentó que, ahora sí, sería estupendo celebrar la boda de su hija con Carlos dentro de ocho años en ese mismo templo, y acordaron cerrar los flecos de la negociación y firmar el tratado de alianza en los días siguientes en el castillo de Windsor.

A media jornada de Londres, aguas arriba del Támesis, sobre una terraza natural desde la que se dominaban el amplio valle y los caminos hacia las campiñas del interior de Inglaterra, el castillo de Windsor se alzaba como un formidable bastión de piedras grises en torno a una enorme torre circular cuyos cimientos habían sido colocados en tiempos del rey Guillermo el Conquistador, aquel príncipe bastardo de Normandía que ganó el reino de Inglaterra al rey sajón Haroldo, tras acabar con él y con su ejército en la batalla de Hastings.

Los reyes de Inglaterra y el emperador de Alemania acababan de oír misa en la capilla de San Jorge.

—Tuve que ordenar reconstruir por completo esta capilla. Quedó destruida en nuestra última guerra civil, en la que además desaparecieron preciadas reliquias. Aquí había incluso un pedazo de la Santa Cruz. Me gusta este lugar, tanto que creo que dispondré que, cuando muera, y espero que sea dentro de mucho tiempo, me entierren dentro de estas paredes. Supongo que para entonces ya estarán acabadas todas las obras —comentó Enrique VIII al salir del templo.

—Y yo vendré a honrar tus funerales, querido tío —añadió Carlos.

—Ja, ja, ja —Enrique rio a mandíbula batiente—. Eres ingenioso, sobrino, serio pero ingenioso. —El rey de Inglaterra cogió por el hombro al emperador—. Tu sobrino es un hombre muy listo, mi reina —le dijo enseguida a su esposa Catalina, que los acompañaba dos pasos por detrás de la mano de la princesita María.

—Que espero que se convierta, además, en mi yerno —añadió Catalina.

—Así será —asentó Enrique—. ¿Te gusta tu futuro marido? —le preguntó Enrique a su hijita—. Mira qué guapo es: cabellos rubios, ojos azules, piel clara, nariz imperial...

—Sí, padre —repuso María Tudor.

—Pues ya sois novios, otra vez: el emperador de Alemania, rey de España y de las Indias, y la princesa de Inglaterra..., la sangre caliente de los hombres del sur y la de los valerosos conquistadores del norte, menuda mezcla.

Carlos quiso seguir el juego, de modo que se detuvo delante de María, se arrodilló ante la niña, le cogió la manita y le dio un beso en la mejilla, todo ello con la elegancia y la gentileza del más noble de los caballeros.

—¿Lo aceptas de novio? —preguntó Catalina a su hija.

—Sí, madre —se limitó a responder María entre sonrisas.

—Sea —asintió Enrique abriendo los brazos y riendo de nuevo a carcajadas—. Y ahora firmaremos ese tratado. Lo llamaremos Tratado de Windsor; ¿qué te parece, sobrino?

—Es un buen nombre —dijo Carlos.

—Pues vayamos a ver a Wolsey y a Gattinara. Esos viejos zorros ya habrán pactado los puntos que dejamos ayer por cerrar.

Así fue. Los dos cancilleres habían acordado, tras pasar toda la noche negociando, que Inglaterra y el Imperio se ayudarían mutuamente en caso de que estallase la guerra entre cualquiera de las dos naciones contra Francia, a la que consideraban el enemigo común. Wolsey incluyó una cláusula por la cual el emperador se comprometía a ayudar al rey inglés a recuperar las regiones continentales de Normandía y Guyena, que en otro tiempo formaron parte de los dominios señoriales de los reyes ingleses, y a colocar al cardenal Wolsey al frente del papado una vez que muriera Adriano de Utrecht. Como aval del tratado, se incluyó el compromiso del futuro matrimonio de Carlos con la princesa María.

—Hoy no cazaremos; jugaremos al tenis. Tengo entendido que tu padre, el rey Felipe, era un gran jugador de pelota en el trinquete. Aquí preferimos el tenis; ven, te enseñaré cómo se hace, es divertido y se ganan muchos reflejos.

Enrique llevó a Carlos hasta una pista de tenis que había mandado construir junto a los muros del castillo.

—Se trata de pasar la pelota por encima de esa red y que caiga dentro de los límites del campo contrario, y devolverla con esta raqueta antes de que dé dos botes sobre el suelo. ¿Entendido?

—Entendido.

Tras unas primeras jugadas titubeantes en las que Enrique se impuso con claridad, Carlos comenzó a ganar seguridad en sus golpes e igualó a tantos a su tío. Nueve años más joven y, sobre todo, mucho más ligero de cuerpo y más ágil de reflejos, Carlos acabó venciendo la partida.

—Bien jugado. Tengo que practicar más —rió Enrique, que sudaba copiosamente bajo los rayos del sol de la última semana de la primavera—. ¿Seguro que nunca habías practicado el tenis?

—Nunca. Es como manejar una espada...

—Sí, algo así. Bien, vayamos a comer, se me ha despertado el apetito con este juego.

Enrique y Carlos despacharon dos cumplidas jarras de cerveza que les acercaron unos criados para refrescarse.

—Magnífica cerveza —dijo Carlos tras dar un largo trago de su jarra.

—Bebe con cuidado, sire —repuso Enrique—. Tengo entendido que tu padre murió por beber un refresco demasiado frío tras haber competido en un partido de

pelota.

Carlos dejó de beber. Conocía bien las circunstancias de la muerte de su padre en Burgos y también los rumores que todavía corrían por el reino de Castilla, que contaban que el rey Felipe había sido envenenado.

—A mi padre lo mató la peste —asentó Carlos—. Así lo certificaron los médicos de su corte.

—Sí, sí, así fue. Vamos, acabemos con estas jarras y pidamos otras.

Aquella noche se sirvió una suculenta cena en el gran salón del castillo. Al banquete fueron invitados los miembros de la Orden de la Jarretera, las más prestigiosa y antigua de todas las órdenes de caballería de Inglaterra y de la cual era gran maestre el rey Enrique.

Durante la cena hubo canciones, música de flauta y laúd, y luego se bailaron danzas y pavanas a la moda italiana.

Carlos se dio cuenta de cómo miraba Enrique a una joven cortesana llamada María Bolena, de serena belleza. Era la hija del comerciante con intereses mercantiles en Francia que el rey había promovido al puesto de tesorero real y al que había otorgado grandes privilegios. María tenía una hermana más pequeña, llamada Ana, que ya destacaba en la corte por su agudeza y su soltura.

El emperador ya sabía que aquella María Bolena era la muchacha de la que le habían hablado, la que calentaba la cama del rey de Inglaterra, aquella con la que su tío mantenía relaciones, y que la reina Catalina lo sabía. Enrique era un hombre fogoso y viril, amante de los placeres y las damas, jocoso, alegre y risueño, aunque hacía ya algún tiempo que su carácter se estaba tornando más agrio y adusto. Quienes lo conocían bien atribuían la causa de ese cambio de carácter a la amargura que sentía por la ausencia del hijo varón que no llegaba. Tras el último parto frustrado de Catalina, los médicos reales le habían dicho que la reina ya no podría quedarse embarazada, lo que lo sumió en un desasosiego y una aflicción que apenas mitigaba practicando la caza, el tiro con arco, el tenis, la danza, componiendo música, escribiendo poemas y canciones y cantando a pleno pulmón.

El día de la despedida de Carlos del castillo de Windsor coincidió con el último día de la primavera. Las campiñas en torno a la fortaleza lucían un verde esmeralda que se alternaba con los tonos dorados de los campos de cereal ya maduro. Nubes inmaculadamente blancas, como hechas de espuma de clara de huevo batido, esmaltaban el cielo azul y de vez en cuando cubrían de rotundas sombras la campiña.

—No digáis que esta no es la mejor tierra del mundo —se ufanó Enrique alzando sus brazos en la plataforma norte del castillo, desde donde se contemplaba una amplísima vista del valle del Támesis—. Hay quien augura que la Nueva Jerusalén se construirá en esas verdes colinas y que el Cordero de Dios caminará por ellas en el tiempo nuevo que se avecina.



—Sí; escuché cantar algo parecido a unos músicos durante alguna de nuestras pasadas cenas. Lo pude entender porque cantaban en francés —dijo Carlos.

—¡Francés, inglés...!, ¡qué más da! En mi escudo reza la leyenda *Dios y mi derecho* escrita en francés, *Dieu et mon droit*, y ninguno de mis súbditos ingleses se ha molestado jamás por ello.

—Yo sufrí el rechazo de mis súbditos castellanos por no saber hablar en la lengua de Castilla, y el de algunos alemanes por no expresarme en alemán. Hablar la lengua de tus súbditos es muy importante, te lo aseguro, tío.

—Pues tendrás que aprender un buen número de idiomas, porque tus dominios se extienden por tierras donde se hablan las más variadas lenguas. ¿Qué hablan en las Indias, lo sabes? ¿La lengua de los árabes, quizá? —preguntó Enrique.

—No, no lo sé. Por los informes que mandan los gobernadores, los indios hablan una lengua desconocida hasta ahora.

—Será una de esas lenguas orientales que surgieron tras la confusión que Dios creó en los hombres por querer construir una torre en Babel que llegara hasta el cielo.

—Es probable.

—Eres afortunado, Carlos. Dios te ha concedido unas tierras al otro lado del océano que nadie suponía que estuvieran allí.

—Mis abuelos los Reyes Católicos confiaron en don Cristóbal Colón y lograron ganar esas tierras para Castilla.

—Yo admiraba mucho a mi suegro; fue el mejor de los príncipes de su tiempo. Sé que no llegaste a conocerlo...

—No. Cuando viajé a España, don Fernando ya había muerto, pero me dio muchos consejos en las cartas que me envió, y sé de él por mi hermano don Fernando, que vivió siempre a su lado, hasta el momento de su muerte.

—Un gran príncipe.

—Sí. Creo que a él le debemos casi todo.

—¿Ya tienes día fijado para tu regreso a España? —le preguntó Enrique.

—En dos semanas, si el viento sopla favorable y las corrientes y las mareas son propicias. Mi armada partirá del puerto de Southampton, pero antes quiero visitar Winchester.

—¿Winchester? ¿Qué te reclama en Winchester?

—Me han dicho que es la catedral más grande del mundo, aunque la superará la nueva iglesia de San Pedro que se está construyendo en Roma.

—Sí, es enorme. Te gustará. Es inglesa —rio Enrique.

## *Toledo, fines de junio de 1522*

Tras ser apresados en la posada de Badajoz, Juan Losantos y Andrés fueron

conducidos de vuelta a Toledo y encarcelados en sendos calabozos del convento de los dominicos.

Para que no pudieran hablar entre ellos, los mantuvieron varias semanas aislados, sufriendo hambre y malos tratos. Aunque lo preguntaba una y otra vez, nadie informó a Juan Losantos del motivo de su apresamiento hasta que un día entró en la celda un inquisidor y soltó toda una retahíla de acusaciones.

—Juan Losantos, se os acusa de pecar contra natura, de blasfemo, de hereje contumaz, de judaizante, de traidor al rey y de asesino.

Al escuchar esas palabras, el maestro armero se soliviantó.

—¿Quién me acusa?

—La Santa Inquisición y la justicia del rey.

—Pues esas acusaciones son falsas.

—Hay un testigo que os señala sin ninguna duda y que da fe de que habéis cometido esos delitos.

—¿Un testigo?

—Aquí está. Traed al testigo —ordenó el inquisidor a los guardias.

Para asombro de Juan, en el umbral de la puerta de la celda apareció Andrés.

—¡Andrés, Andrés...! ¿Qué te han hecho?

El amante de Juan Losantos tenía la mirada perdida, los ojos extraviados y parecía la sombra de un espectro.

—Este hombre ha declarado por los Santos Evangelios que os ha visto cometer todos esos delitos; aquí está su confesión —el secretario mostró un pliego de papel escrito—. Mañana seréis juzgado por ello.

—¡Canallas...! —masculló Juan con rabia—. ¿Qué le habéis hecho?

—Sacadlo de aquí —ordenó el inquisidor a los guardias, que se llevaron a Andrés como si se tratara de un muñeco de paja.

—¡Lo habéis torturado! ¡Malditos seáis!

El tribunal fue inmisericorde. Un escribano, siguiendo lo indicado en el *Manual de Inquisidores* del franciscano Nicolau Eimeric y en el *Maellus Maleficarum* de Kramer y Spenger, célebres inquisidores dominicos, detalló los delitos cometidos por Juan Losantos, entre los que se citaba los asesinatos de sus tíos, los ancianos Felipe Rubio y Raquel, y de la criada de estos, el robo de los enseres valiosos de la casa y otra serie de delitos entre los que no faltó ni el de traición al rey por haber formado parte del ejército de los comuneros, ni el de vivir amancebado con otro hombre y cometer pecado contra natura.

Desesperado y roto de dolor y de angustia, Juan Losantos escuchó despavorido la lectura de su sentencia: pena de muerte.

*Santander, 16 de julio de 1522*

Nueve días duró la travesía entre los puertos de Southampton y Santander. El viento soplabá con escasa fuerza, de modo que los cien buques de la armada real —los ochenta restantes habían vuelto a Flandes una vez se disipó el peligro de un posible ataque de los franceses— avistaron la costa del norte de España con alguna jornada de retraso.

Con el emperador viajaba todo un ejército en el que formaban varios miles de lansquenetes alemanes y cientos de artilleros que servían grandes piezas de artillería capaces de derribar con sus disparos los más sólidos muros.

Si en alguna ciudad de Castilla quedaba algo del espíritu de rebeldía que animó a los comuneros a levantarse contra el rey y la injusticia, la sola noticia de la llegada de Carlos y sus formidables tropas acabó con cualquier esperanza de resurgimiento de las Comunidades. Lo mismo ocurrió con las Germanías de Valencia, en tanto en Mallorca aún optaron algunos por mantener la resistencia a pesar de saber que estaban abocados al fracaso.

Carlos puso los pies en el muelle del puerto de Santander, donde lo recibieron las autoridades de la ciudad, que lo llamaron, al estilo de los conquistadores del Nuevo Mundo, «potentísimo señor» y «cesárea majestad».

Pablo Losantos ayudó a desembarcar a su esposa, que llevaba en brazos a su hijita Isabel, que había cumplido su primer año de vida justo durante la travesía desde Inglaterra.

—Santander, el mejor de los puertos del Cantábrico —comentó Pablo a su esposa. Leonor de Urrea sonrió.

—Tiene hambre —dijo señalando con un gesto a su hijita, que gruñía entre sus brazos.

—¿Otra vez?

—Es una glotona —repuso Leonor.

—Nos hospedaremos en la casa de uno de los médicos de la ciudad, según me ha indicado uno de los secretarios. Preguntaré por ella e iremos de inmediato allí para que puedas dar el pecho a nuestra hija con comodidad.

—No sé si Isabel querrá esperar.

La pequeña miró a su madre y estiró los brazos hacia ella. Tenía los ojos verdes esmeralda y el pelo rojizo. Según algunos, esas eran señales de que aquella niña podía estar poseída por algún espíritu maligno, o que la habían engendrado cuando su madre tenía el periodo menstrual, lo que era considerado un pecado.

—La flota turca debe de estar navegando ahora hacia Rodas. Si cae la fortaleza de los caballeros de San Juan en esa isla, esos demonios se plantarán en cuanto se lo propongan en las mismas costas de Valencia o de Barcelona, y quién sabe si sus naves podrán poco después navegar sin obstáculos hasta la misma Santander.

Pablo Losantos y su esposa escucharon esta conversación a dos capitanes de dos de los grandes buques de la armada imperial, que comentaban el rumor que ya corría por todos los rincones del puerto.

—¿Los turcos? ¿Van a llegar hasta aquí los turcos? —preguntó Leonor un tanto alterada.

—No. Esos hombres hablaban de Rodas, una isla en el mar de Grecia donde tienen su sede los caballeros hospitalarios. Pero, por lo que sé, se trata de una fortaleza inexpugnable imposible de conquistar. Y, además, los hospitalarios son unos guerreros formidables que han jurado entregar su vida en defensa de la cristiandad. No te preocupes, los turcos nunca podrán conquistar Rodas.

—¿Estás seguro?

—Sí. La defienden los caballeros sanjuanistas. Tuve algunos de ellos como pacientes en Nápoles; eran viejos soldados que curaban sus heridas de guerra, duros como el más curtido de los cueros. Si hay alguien capaz de detener a un jenízaro turco ese es un caballero sanjuanista.

Pablo trató de tranquilizar a su esposa, pero sabía bien del peligro que representaba el poderoso y rico Imperio otomano.

Al fin, tras preguntar a unos comerciantes de una tienda de paños, dieron con la casa del médico que debía acogerlos y que ya había recibido la orden de que hospedara a Pablo, Leonor y la niña.

### *Palencia, fines de agosto de 1522*

El rostro del emperador reflejaba una honda preocupación. Hacía ya más de un mes que había desembarcado en Santander y llevaba quince días en Palencia, ciudad en la que fue recibido con alborozo; su intención era instalarse en Valladolid, pero le habían aconsejado que aguardara en Palencia a que remitiera un brote de peste que se había detectado en esa ciudad. Durante el viaje por el norte de Castilla había estado cazando en las montañas cantábricas, procurando olvidar los graves asuntos que volvían a amontonarse sobre su mesa.

Ese día de fines de agosto, poco antes de almorzar, acababa de recibir una carta en la que se le informaba sobre el inicio del asedio de Rodas por los turcos. En ella se decía que el sultán Solimán dirigía un formidable ejército de cien mil hombres que en cuatrocientas naves había comenzado el sitio a la principal plaza de los cristianos en el Mediterráneo oriental. El informe detallaba que los otomanos habían desplegado frente a las murallas de Rodas once enormes cañones, los más grandes vistos hasta entonces, a los que llamaban «basiliscos». Eran tan enormes que un hombre de rodillas cabía dentro de la boca.

Con semejantes piezas de artillería, ni siquiera las imponentes murallas de Rodas podrían resistir un intenso bombardeo, y salvo que toda la cristiandad se uniera en una cruzada para socorrer a los hospitalarios, el último bastión cristiano en esa parte del mundo caería irremediabilmente en manos de los mahometanos, y todos los

reinos cristianos estarían en grave peligro de ser alcanzados por la armada del sultán.

—Con Belgrado y media Hungría en manos de los turcos, si cae Rodas la flota otomana tendrá el paso franco hasta Nápoles, Sicilia e incluso las costas de España —dijo el canciller Gattinara tras leer el informe sobre el asedio.

—¿Podemos ayudar a los caballeros de Rodas? —preguntó el emperador.

—No, majestad; no en estas condiciones —repuso Gattinara—. Para poder acudir en su auxilio deberíamos firmar antes la paz con Francia y con Venecia, y eso va a resultar imposible, pues sabemos que Francia tiene un acuerdo secreto con los turcos y no moverá una sola de su galeras. Si detrajéramos tropas para enviarlas a Rodas, seríamos atacados de inmediato por los franceses, y con nuestro ejército al otro lado del Mediterráneo no podríamos hacer frente a una nueva invasión. Me temo que perderíamos Milán, Navarra y quién sabe si incluso Flandes.

Carlos se acercó a la ventana del palacio donde había fijado su residencia en Palencia. Miró al cielo azul de Castilla, que le pareció el más hermoso del mundo, y respiró profundamente.

—No habrá más ejecuciones. Con las de la semana pasada ha sido suficiente —dijo el emperador.

—Solo han sido doce los ajusticiados, majestad, aún quedan en prisión varios centenares y otros muchos miles que deberían ser castigados por su traición —adujo Gattinara.

—No. No habrá ya más castigos, y mucho menos con la pena de muerte. Castilla necesita recuperar la confianza en su rey, y se la voy a dar. Paralizad de inmediato todas las condenas de muerte que hayan sido dictadas en todo el reino y que afecten a los comuneros, y haced correr el rumor de que el perdón imperial se producirá enseguida.

—Pero, señor, esa medida puede envalentonar a los rebeldes que aún siguen libres. Su traición debe ser castigada, o en caso contrario creerán que su rey es un gobernante débil, y volverán a levantarse contra vuestra majestad —se explicó el canciller.

—He dicho que no habrá más ejecuciones. La de ese tal Pedro Maldonado ha sido la última. Haced saber a todas las ciudades, villas y aldeas de Castilla que su rey está con ellas y con su pueblo y que el tiempo de las guerras civiles se ha acabado. *Plus Ultra*, «Más allá», ese es el lema que he colocado en mi escudo y debe ser el que Castilla tome como suyo. Los castellanos me han mirado con recelo desde el momento en que puse el pie por primera vez en esta tierra hace ya cinco años. Nunca me consideraron su rey. Pues bien, va siendo hora de cambiar las cosas. Desde hoy mismo Castilla y el Imperio tienen un mismo objetivo, una misma misión. Ordenad que se redacten cartas con ese mensaje y que se difunda así en plazas y mercados.

El canciller acató las instrucciones, y por todas partes corrió la nueva disposición del emperador y el perdón general a los insurrectos.

La decisión de Carlos fue acogida con alegría en todas las ciudades del reino. En

Valladolid, donde ya había remitido la peste, se aprestaron a ofrecerle una gran acogida. El concejo de la ciudad ordenó que se aderezaran las puertas de la ciudad y las fachadas de casas y palacios para agasajar a su soberano, y se libraron doscientos ducados para pagar músicos, danzantes y un gran banquete.

### *Tordesillas, 3 de septiembre de 1522*

Ya en Valladolid libre de peste, el emperador despachó varias cartas: a su tía Margarita dándole instrucciones para el gobierno de los Países Bajos, al maestro de la orden de Montesa agradeciéndole su ayuda en la guerra contra las Germanías de Valencia y lamentando los caballeros caídos en los combates, y al príncipe de Orange, cuya lealtad se ganó a cambio de concederle una pensión anual de ocho mil ducados. La tarde del 2 de septiembre, tras almorzar en Valladolid, Carlos partió hacia Tordesillas para visitar a su madre la reina Juana; le pidió a su médico Pablo Losantos que lo acompañara.

María Losantos se despertó sobresaltada. Todavía no había amanecido y tampoco había cantado el gallo. En su estancia de la casona real de Tordesillas dormían ella con su madre en una cama y en otra su hermano Pablo, que se había instalado con ellas para pasar aquella primera noche en Tordesillas. Leonor, la esposa de Pablo, se había quedado en Valladolid al cuidado de la pequeña Isabel.

Abrió los ojos; la oscuridad era total. María sintió a su lado el cuerpo de su madre y escuchó la respiración acompasada y recia de su hermano. Se palpó el vientre y lo encontró húmedo. Estaba sudando.

—Juan, Juan, es Juan —susurró María entre dientes.

Acababa de tener una de sus premoniciones. Su sexto sentido, ese que había desarrollado desde muy niña, le avisaba de que algo iba mal, muy mal, y que era su hermano menor, Juan Losantos, el motivo de esa zozobra.

Se llevó la mano al corazón y notó cómo palpitaba casi desbocado, como el de un caballo a la carrera. Inspiró varias veces procurando llenar sus pulmones de aire y aguzó la vista para tratar de identificar alguna sombra al menos en la estancia. El tiempo que transcurrió hasta que a través de las rendijas de la ventana comenzó a clarear el alba le pareció eterno.

Los tres miembros de la familia Losantos estaban reunidos en torno a una mesa para desayunar; María había preparado unos huevos, pastel de carne y queso.

—¡Qué ganas tenía de volver a verte! —le dijo Juana de la Cruz a su hijo, al que no dejaba de apretarle la mano—. Anoche apenas pudimos hablar.

—Yo también, madre, yo también.

Pablo Losantos relató el tiempo pasado junto al emperador en su viaje a Flandes, Alemania e Inglaterra, y cómo sintió la muerte de su padre.

—Hasta el último suspiro, Pedro no dejó de pensar en vosotros tres —indicó Juana señalando a sus dos hijos. Faltaba Juan—. Le hubiera gustado tanto conocer a su nietecita, a Isabel. ¿Cuándo podremos verla?

—Leonor e Isabel se han quedado en Valladolid. El emperador me ordenó que lo acompañara a Tordesillas antes de que hubiésemos tenido tiempo para asentarnos. Vendré con tu nieta en cuanto pueda. O si no, venid vosotras dos a Valladolid; apenas hay media jornada de viaje.

—Estamos al servicio de doña Juana, y ya sabes cuán estrictas son las medidas que rodean a la reina. No sé si nos dejarán salir de aquí, o si permitirán que tengamos visitas. En ambos casos necesitaremos un permiso del emperador.

—Procuraré conseguirlo.

—Tengo muchas ganas de ver a mi nieta.

—María, ¿estás bien? —le preguntó Pablo al ver cómo una lágrima resbalaba por las mejillas de su hermana—. Estás muy callada.

—Algo va mal —dijo María.

—¿Presientes algo? —le preguntó su madre—. No has dicho una sola palabra desde que nos hemos levantado.

—Algo le ha pasado a Juan, a nuestro hermano —musitó María.

—¿Algo? —Se preocupó Pablo.

—Sí, algo malo, muy malo. Lo he sentido esta madrugada. Me he despertado de repente sudando y con el corazón acelerado. Sé que se trata de Juan, lo sé.

La familia Losantos conocía esa especie de don o de facultad que tenía María desde pequeña. Era capaz de intuir el peligro, de atisbar situaciones de riesgo y de sentir premoniciones sobre lo que iba a ocurrirles a algunas personas en determinadas ocasiones.

—¿Qué más? —demandó Pablo.

—Juan, Juan... —balbució María.

—¿Dónde está Juan? —preguntó Pablo muy preocupado.

—En Toledo, supongo. Hace varios meses que se enroló en el ejército de los comuneros que fue derrotado en Villalar. Pudo escapar de allí y salvó la vida, pero desde entonces ya no sabemos qué ha sido de él.

—No, no, no... —María comenzó a llorar desconsolada.

—¿Qué está pasando? —se conmocionó Pablo.

—Es Juan. No respira.

La premonición de María Losantos era cierta. Juan Losantos había sido ejecutado la noche del 2 al 3 de septiembre. Lo estrangularon con el garrote vil y habían enviado su cuerpo, junto con media docena de cadáveres de herejes, a que fuera quemado al amanecer en una campa a las afueras de Toledo. Sus cenizas fueron esparcidas por el viento.

—Procuraré enterarme de qué ha sido de Juan enseguida, pero ahora debo acudir al funeral por el alma del rey don Felipe. El emperador ha decidido honrar a su padre

con unas exequias aquí en Tordesillas antes de enviar el cadáver a Granada.

—¡A Granada!

—Sí. A esa ciudad se dirigía precisamente doña Juana con el féretro de su esposo el rey don Felipe antes de que fuera recluida aquí en Tordesillas. Y allí quiere depositarlo el emperador, en la capilla que se está construyendo junto a la que fue gran mezquita de los moros antes de convertirla en catedral cristiana. Allí reposará don Felipe con sus suegros, los Reyes Católicos.

—Asesino y asesinado juntos... —murmuró María.

Los tres se miraron a los ojos y callaron, pues conocían bien los rumores que corrían sobre la causa de la muerte de Felipe el Hermoso, y cómo algunos sostenían que había sido Fernando el Católico el responsable directo. Los tres sabían que su padre y esposo, el médico converso Pedro Losantos, había tenido mucho que ver en todo aquel macabro asunto, pero no se atrevieron a comentarlo.

Carlos ejercía como rey en Castilla y León, pero legalmente la soberana seguía siendo Juana, la reina loca. Hacía diecisiete años ya que las Cortes de Toro le habían retirado la potestad de gobernar, pero ni la habían desposeído de la Corona ni ella había abdicado. De modo que Carlos era en realidad el regente y heredero, al menos mientras viviera su madre.

Era mediodía. El emperador entró en la sala donde la reina Juana y su hija Catalina bordaban unos pañuelos.

—Madre... —El emperador se acercó hasta la reina Juana, hincó la rodilla ante ella y le besó la mano.

—Estás muy guapo con esa barba —señaló la reina a su hijo.

—Hermanita. ¡Vaya!, estás hecha una mujer. —Carlos tomó las manos de su hermana Catalina, que ya tenía quince años. La hija menor de Felipe el Hermoso y Juana la Loca llevaba varios años encerrada en Tordesillas, sufriendo la misma condición de presa que su madre. Pese a su condición real, Catalina vestía un sencillo jubón y una chaquetilla de cuero y cubría sus cabellos rubios con un humilde pañuelo de tela blanca. Más parecía la hija de una costurera que la nieta e hija de dos parejas de reyes.

—Mi señor... —Catalina, tal como le habían indicado, se inclinó ante el emperador.

—Vamos, hermana, dame un abrazo y un beso.

Catalina obedeció, pero lo hizo sin el menor atisbo de cariño.

—¿Cómo están mis hijos? —preguntó la reina.

—¡Oh!, muy bien. —Carlos se sorprendió ante la pregunta de su madre, pues nunca la había visto mostrar la menor preocupación por ellos—. Leonor está conmigo; volvió de Portugal a la muerte de su esposo el rey Manuel. Isabel ha sido coronada reina de Suecia, además de Dinamarca. Fernando se ha casado con Ana,



princesa de Hungría, y es un gobernante prudente e inteligente. Y María se ha casado con el rey Luis de Hungría, un joven valiente que defiende las fronteras orientales de la cristiandad ante la amenaza de los turcos.

—Todas mis hijas son reinas —sonrió Juana la Loca—. Bueno, menos Catalina.

—Lo será, madre, Catalina también será reina. —Carlos le hizo un guiño a su hermana pequeña.

—¿Sabes que los comuneros me propusieron que me hiciera cargo del trono de Castilla y León? —soltó Juana de pronto.

—Esos hombres eran rebeldes; ya han sido castigados por sus delitos —acertó a responder Carlos.

—¿Te imaginas que yo hubiera aceptado ejercer como reina? —Juana sonrió. Hacía tiempo, quizá años, que su rostro no dibujaba una sonrisa. La reina dio media vuelta y se dirigió hacia una de las ventanas. El sol de comienzos de septiembre estaba en lo más alto del azul e inundaba de luz los dorados campos de Castilla—. ¿Te lo imaginas? —volvió a preguntar mirando a través de la ventana hacia el lejano horizonte.

Carlos pasó sus dedos por su pronunciada barbilla; un hilillo de baba humedecía la comisura de sus labios.

### *Valladolid, mediados de septiembre de 1522*

En el palacio real de Valladolid el emperador revisaba el nuevo escudo que con su lema *Plus Ultra* se estaba colocando en un lugar destacado de la sala de audiencias.

Desde que regresara de visitar a su madre en Tordesillas tenía algunas molestias estomacales, y había llamado a Pablo Losantos para que le aliviara el dolor.

—¡Ah!, don Pablo, acercaos, acercaos —le indicó al ver al médico esperando bajo el umbral.

—Mi señor.

—¿Qué os parece el nuevo escudo?

—Espléndido.

—Ahí están los símbolos de todas mis posesiones, y mi nuevo lema.

—«Más allá» —tradujo Losantos.

—Siempre.

—¿Seguís con esas molestias, majestad?

—Sí; ese condenado ardor de estómago va y viene como las olas en la playa.

—Si me permitís... Sentaos, señor.

—Vos diréis. —Carlos hizo caso a su médico.

—Abrid la boca, majestad.

Pablo Losantos observó la dentadura del emperador, que no estaba en buen estado

pese a su juventud. El dueño de medio mundo solo tenía veintidós años, pero sus dientes ofrecían el aspecto de un viejo de cincuenta.

—Aquella muela que me martirizaba ya me la extrajisteis en Alemania. Ahora no me duelen la boca ni los dientes, sino el estómago —protestó Carlos.

—En los dientes radica la causa de muchas dolencias de otras partes del cuerpo —asentó el médico—. Abrid bien los ojos, señor. —Losantos observó la pupila azul y luego la parte inferior del globo ocular, que descubrió tirando ligeramente con sus dedos del párpado hacia abajo, y vio que estaba muy pálida.

—Tampoco me duelen los ojos.

—Tenéis anemia —afirmó Losantos.

—¿Anemia?

—Sí. El color de vuestros ojos es de un rosa muy desvaído, y eso es señal de que, como os he dicho en tantas ocasiones, vuestra alimentación no es adecuada, mi señor: demasiada carne y demasiada cerveza. Deberíais sustituir la carne de la cena por pescado, hortalizas, verduras y frutas.

—Bien, os haré caso, pero ahora dadme algo para calmar este ardor de estómago.

—Haré que os preparen una infusión que os aliviará por el momento, pero si no os alimentáis como os he dicho, esos dolores volverán una y otra vez.

—Majestad. —El canciller Gattinara se presentó en la sala.

—¡Don Mercurino! Gracias a Dios, venid antes de que este matasanos me desuelle vivo.

—Pero, majestad... —protestó levemente Losantos.

—Id a preparar esa infusión y regresad de inmediato con ella —le ordenó.

Losantos inclinó la cabeza ante el emperador y ante el gran canciller y salió de la estancia.

—Señor, don Adriano ya ha sido coronado papa, y ha publicado una proclama en vuestro favor. En ella pide ayuda a los cardenales y a todos los miembros de la Iglesia romana para que trabajen por la unidad de todos los príncipes cristianos ante la amenaza de los turcos; y también ha dicho que desea reformar la curia del Vaticano.

—Ese hombre es el papa que la Iglesia necesita en estos tiempos.

—Pero los cardenales no parecen muy contentos. Don Adriano ha impuesto en el Vaticano un estilo de vida sobrio, y los cardenales no están acostumbrados a semejante austeridad. Además, los obliga a asistir a misa diaria, lo que no gusta a los príncipes de la Iglesia. Temo que no tarden mucho tiempo en maquinando algunas intrigas contra don Adriano.

—Don Adriano sabrá cómo solventar esos problemas. Lo conocéis bien y sabéis de su determinación. Esa cuadrilla de orondos y soberbios cardenales no podrá contra su entereza.

—Pues, según informan nuestros agentes en Roma, parece que ya ha comenzado la conspiración contra el papa. Los cardenales no soportan que don Adriano escuche a la gente más humilde, a la que incluso recibe en audiencia en su palacio. Apenas

lleva ocho meses sentado en el trono de San Pedro y ya ha perdido muchos kilos, supongo que por los disgustos que sufre cada día.

—¿Ha adelgazado por esa causa? —demandó Carlos.

—Eso me dicen. Ya conocéis cómo era don Adriano, bajo de estatura pero muy fornido y colorado de piel. Pues bien, ahora está mucho más delgado y tiene un color pálido. Los romanos más ricos lo odian. Incluso dicen que su elección como papa vino seguida de malos augurios, pues el mismo día que llegó a Roma se desató una epidemia de peste en la ciudad.

—Eso son chismes.

—Pero que están cuajando en la población romana y la predisponen contra el papa.

Los informes que tenía el canciller Gattinara sobre la situación de Adriano VI en Roma eran precisos y veraces. El de Utrecht pretendía cambiar muchas de las maneras y los hábitos corruptos de los cardenales y de la Iglesia romana, pero se había topado con demasiadas trabas e insidias. Hombre serio y honesto, al conocer la realidad de la situación de la Iglesia había sufrido tales disgustos que en apenas ocho meses había adelgazado muchas libras, y su aspecto de costumbre rollizo y orondo era ahora el de un hombre casi enjuto, avejentado y decepcionado.

El canciller continuó informando al emperador relatándole los avances de Hernán Cortés en México, transmitiéndole la necesidad de reforzar las defensas de Navarra y anunciándole la llegada al puerto de Sanlúcar de Barrameda de Juan Sebastián Elcano, que había tomado el mando de la empresa de la vuelta al mundo a la muerte de Magallanes en el Pacífico con solo dieciocho hombres y la nave Victoria, la única que había regresado de las cinco que partieron en esa prodigiosa aventura de circunnavegar el globo terrestre.

—Don Juan Sebastián Elcano solicita audiencia de vuestra majestad.

—De acuerdo, recibiré a ese hombre en Valladolid, su hazaña lo merece.

—En cuanto a las Indias, he preparado una cédula para que la firméis; se trata de evitar que los conversos, sean judíos o moros, puedan viajar al Nuevo Mundo sin licencia expresa de vuestra majestad.

—La firmaré.

—Y también una carta para que el arzobispo de Tarragona acuda con su gente a sofocar la sedición que se ha desatado en Mallorca.

—Majestad —un secretario avisó desde la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Vuestro médico trae una infusión...

—Que pase —ordenó Carlos.

Tras servirle la infusión al emperador, Pablo Losantos regresó a casa. Su mujer estaba sentada en una silla llorando.

—¿Qué ocurre? ¿Isabel...? —Se preocupó Pablo pensando que le había ocurrido algo a la niña.

—No, nuestra hija está bien. Se trata de tu hermano Juan —dijo Leonor de Urrea.

—¿Qué ocurre con Juan?

—Lo han matado...

—¡No!

—Toma. —Leonor le alargó una carta. Se trataba de una cuartilla que no indicaba remitente, solo el destinatario.

Pablo la leyó. Contenía apenas una docena de líneas escritas con mano insegura y trazos titubeantes. Alguien informaba sobre la ejecución con garrote vil y luego la quema del cadáver de Juan Losantos, condenado por hereje a la Iglesia y traidor a la Corona.

—¿Quién la ha traído?

—Un correo, hace un par de horas; me dijo que la leyera y se marchó sin aguardar respuesta alguna —respondió Leonor.

Pablo Losantos abrazó a su esposa.

—Mi hermana tenía razón. No te había dicho nada, pero, cuando hace unos días estuve en Tordesillas, María tuvo una premonición. Nada más levantarnos de la cama nos confesó a mi madre y a mí que Juan tenía problemas, creo recordar que dijo: «Juan no respira». Ese mismo día envié una carta a Toledo, a unos amigos de la familia, solicitando información sobre mi hermano, y esta es la respuesta.

—No tiene remitente.

—Supongo que lo han hecho así para no comprometerse por si esta carta caía en manos no deseadas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Se lo vas a contar a tu madre?

—Creo que debe saberlo. Solicitaré permiso al rey para ir a verla a Tordesillas. Le diré que quiero que mi madre conozca a su nieta. Supongo que no me lo negará.

—El emperador no permite que nadie visite Tordesillas; nadie puede acercarse a la reina doña Juana.

—Pues en ese caso le rogaré que permita que mi madre y mi hermana vengan a Valladolid a conocer a Isabel.

### *Valladolid, fines de octubre de 1522*

En tanto Pablo Losantos esperaba la autorización imperial para reunirse con su madre, bien en Valladolid, bien en Tordesillas, Carlos ejercía como rey de Castilla, de manera que los habitantes de este reino iban olvidando que su reina legítima seguía encerrada e incomunicada. El recuerdo de Juana se iba disipando como la niebla matutina bajo un sol cálido.

Pese a ello, el emperador continuaba recelando de lo que pudiera suceder. El movimiento de los comuneros había sido derrotado, y nadie en Castilla y León osaba cuestionar la autoridad del joven monarca. Solo en algunos territorios de la Corona de Aragón se mantenían focos de disidencia y de rebeldía, pero Carlos había enviado a Mallorca una poderosa armada para acabar con toda insurrección y poner fin a las Germanías en esa isla.

—Señor, el ejército ha puesto rumbo a Mallorca; los agermanados no tardarán en rendirse —anunció el canciller Gattinara—. Nuestra armada ha cumplido con éxito su misión. En un par de meses no habrá un solo rebelde contra vuestra majestad en toda España.

—Muy buena noticia, don Mercurino —lo felicitó Carlos, que saboreaba una copa de vino en un pequeño gabinete en el palacio real.

—Ya ha salido hacia las Indias la cédula con el nombramiento de don Hernán Cortés como capitán general del ejército y gobernador del Imperio de México, a cuyas tierras hemos llamado Nueva España. Aunque permitidme, majestad, que reitere mis dudas sobre la extrema ambición de ese hombre.

—Lo necesitamos; nos hacen falta hombres con la determinación de Cortés para conquistar el Nuevo Mundo.

—Y también hemos remitido las cartas de perdón a quienes se sublevaron en las llamadas Comunidades. Los jueces de todas las ciudades y villas de Castilla y León recibirán el decreto de perdón general para los comuneros, salvo un par de centenares de cabecillas que se añadirán a la lista de los que ya han sido ejecutados.

—Bien. Por cierto, este tinto de Valbuena es excelente —dijo el emperador alzando la copa de vino servida de unas barricas que le habían regalado en esa localidad cercana a Valladolid, donde había pasado un par de días cazando.

—Don Juan Sebastián Elcano espera en la sala de audiencias para ser recibido por vuestra majestad, tal como ordenasteis. Está todo preparado.

—En ese caso no hagamos esperar al primer hombre que ha logrado dar una vuelta completa al mundo.

El emperador se dirigió a la sala donde aguardaba Juan Sebastián Elcano junto con algunos de los hombres de su expedición.

Un heraldo anunció la entrada del emperador.

Todos los presentes doblaron la rodilla e inclinaron la cabeza ante Carlos de Austria.

—Señores, Castilla os da la bienvenida y os agradece el esfuerzo que habéis empleado en esta gloriosa aventura. Adelantaos, don Juan.

Un hombre de densa barba y abundante cabello, ojos oscuros, rostro tallado por el sol y el viento y piel curtida por el océano dio un paso al frente.

—Señor, mis hombres y yo os ofrecemos la primera vuelta al mundo, que ha sido realizada bajo vuestra soberanía y en nombre de vuestra majestad y en honor de vuestros reinos.

—Acercaos. —Carlos alargó sus manos y abrazó por los hombros a Elcano—. Vuestra gesta se grabará con letras de oro en los libros de nuestra historia. Leed los nombres de los dieciocho valientes —ordenó Carlos al secretario.

Uno a uno fueron citados los nombres de los dieciocho marineros que habían logrado regresar a Sanlúcar de Barrameda tras haber conseguido completar la primera vuelta al mundo. Entre ellos había vascos, gallegos, andaluces, italianos, griegos, un santanderino, un extremeño y un alemán.

A continuación leyó el decreto imperial por el cual se concedía a Juan Sebastián Elcano, natural de la villa de Guetaria, en Guipúzcoa, una renta anual de quinientos ducados de oro y el derecho a usar como motivo en su escudo la esfera del mundo con la siguiente leyenda a su alrededor: *Primus circumdedisti me*.

—«El primero que me circundaste» —dijo Carlos sonriente—. Hermoso lema para vuestro escudo de armas.

—Que siempre hará honor a vuestra majestad —añadió Elcano.

A una indicación del canciller Gattinara unos criados aparecieron portando bandejas con copas llenas de tinto de Valbuena.

—Supongo que durante estos años de viaje no habéis tenido oportunidad de disfrutar de un vino como este, de modo que saboreadlo bien, os lo habéis merecido —añadió Carlos.

### *Valladolid, día de Todos los Santos, 1 de noviembre de 1522*

El emperador se cubrió con un abrigo forrado de piel de marta. Esa mañana tenía que acudir a la iglesia de San Pablo, cerca de la puerta de Cabezón junto al río Pisuegra, para oír la misa de la festividad de Todos los Santos. Acabada la ceremonia en San Pablo, se dirigió al sur de la ciudad, a la iglesia de San Francisco, donde asistió a una segunda misa.

A mediodía, en la plaza del mercado, el pueblo de Valladolid estaba convocado para escuchar a su emperador. Custodiado por varios soldados de la guardia imperial, Carlos de Austria se subió a un tablado que se había levantado en un lado de la plaza. Agradeció haber cogido aquel confortable abrigo de piel, pues soplaban un viento helado que penetraba hasta los huesos. Una multitud de vallisoletanos aguardaba paciente las palabras de su soberano.

Sonó una trompeta y redoblaron dos tambores. El estandarte con el escudo de Carlos de Austria se alzó sobre el tablado a manos de un abanderado que lo agitó al cielo de Valladolid ante los aplausos de los congregados.

A continuación, un pregonero desplegó un papel y leyó:

—Don Carlos, por la divina clemencia emperador de los romanos, siempre augusto, rey de Alemania. Doña Juana y el mismo don Carlos, su hijo, por la gracia

de Dios reyes de Castilla y de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén... — siguió desgranando todos sus títulos—, a todos los jueces, justicias, jurados y oficiales de todos nuestros reinos, salud y dilección. Sabed que el emperador y rey castiga y condena las alteraciones que se han producido con motivo de las llamadas Comunidades, pero que también determina conceder su perdón general a todos los rebeldes que participaron en dichas alteraciones sucedidas en el reino de Castilla y otorga el perdón general a los comuneros que se levantaron en ella. Sea este decreto aplicado de manera inmediata y se ordena a todos que lo cumplan y lo hagan cumplir. Dado en la ciudad de Valladolid a un día del mes de noviembre del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos veintidós. Yo, Carlos, emperador y rey.

Una salva de aplausos y el estallido de vítores llenó la plaza. Algunos levantaron sus sombreros y los agitaron con la mano, otros gritaban: «¡Viva el rey!», y no pocos lloraban de emoción y de alegría.

—Un gran acierto, majestad —reconoció el canciller.

—Es mejor tener al pueblo a favor y feliz que en contra y malhumorado —comentó Carlos.

—¿De quién habéis aprendido eso?

—Fue un consejo de mi abuelo Maximiliano. Se lo escuché un día, hace ya algunos años, cuando siendo yo un niño entré con él en la ciudad de Gante. Lo recuerdo bien porque me dio una gran bolsa llena de monedas para que las arrojara a la muchedumbre que nos vitoreaba entusiasmada.

—Buen consejo.

—Además, entre los comuneros hay hermanos, parientes, amigos, hijos, incluso, de hombres que nos son fieles. Pedro Lasso, uno de sus cabecillas, es hermano de Garci Lasso de la Vega —el emperador llamó así a uno de los jóvenes soldados de su corte, que también era un excelente poeta—; la magnanimidad es, en este caso, obligada.

Carlos se levantó del sillón donde estaba sentado en el tablado y alzó las manos demandando silencio.

Los congregados ante San Francisco callaron y se mostraron expectantes ante las palabras que iba a pronunciar el joven emperador.

El discurso fue breve, pero Carlos, pese a la dificultad con la que seguía pronunciando algunas palabras y a su marcado acento extranjero, supo ganarse la confianza del pueblo, que acabó aclamando a su soberano.

¡Quién se lo hubiera dicho hacía solo cinco años!, cuando llegó de Flandes a España en medio del resquemor general, o tan solo hacía unos meses, cuando los comuneros y los agermanados amenazaban con acabar con su reinado de un solo golpe. Pero allí, de pie en aquel tablado, Carlos se había ganado la adhesión de sus súbditos. Dueño de medio mundo, señor incontestable de la cristiandad, emperador y rey, nada parecía imposible para Carlos de Austria.

Aspiró profundamente y alzó los brazos al cielo. Tenía el tiempo y el mundo al alcance de sus manos.

—El rey permite que vayamos a Tordesillas a ver a mi madre y a mi hermana, ¡al fin!  
—anunció Pablo Losantos a su esposa.

—Me alegro por ti, pero no sé si será bueno para tu madre enterarse de la muerte de Juan.

—Tengo que decírselo, y espero que el dolor por la pérdida de mi hermano lo compense al conocer a Isabel.

—¿Cuándo iremos a Tordesillas? —preguntó Leonor.

—Esta misma semana, el viernes. El rey me ha concedido tres días, y tardaremos uno en ir y otro en volver; con la pequeña Isabel no podemos ir más deprisa.

—¿Has pensado cómo vas a decírselo?

—No, todavía no. ¿Tienes alguna sugerencia que hacerme?

—Nosotros también perdimos a un hijo, a nuestro pequeño Alonso.

—Por eso precisamente no sé cómo afrontar esta tragedia, no lo sé, no lo sé...

### *Tordesillas, viernes, 7 de noviembre de 1522*

Pablo Losantos, Leonor de Urrea y su hija Isabel habían viajado todo el día desde Valladolid a Tordesillas sobre una carreta alquilada tirada por un percherón bayo.

Juana de la Cruz y María Losantos, avisadas por un correo de la llegada de Pablo y su familia, esperaban ansiosas en la casona real donde seguía encerrada la reina Juana.

—¡Aquí están, aquí están! —gritó María alborozada al ver acercarse la carreta por la senda paralela al río y distinguir la figura de su hermano a las riendas.

La familia se abrazó a la entrada del palacio, al final de la cuesta de San Antolín.

—Esta es tu nieta —le dijo Pablo a su madre.

Juana de la Cruz cogió en brazos a la pequeña Isabel, que agitaba sus bracitos desperezándose tras una larga siesta facilitada por el traqueteo de la carreta.

—Mi niña, mi niña —Juana besó a Isabel y luego a su nuera.

Pablo miró a su hermana a los ojos y, al contemplarla, se conmovió. El rostro de María Losantos reflejaba una profunda tristeza.

—Entremos en palacio —dijo María, que también besó a Leonor y a Isabel—. Al recibir la carta del emperador, el gobernador nos ha dado permiso para que os alojéis en nuestra estancia; hay dos camas, tú ya la conoces, Pablo.

Un criado, al que Pablo le dio un par de piezas de plata, se ocupó de llevar la carreta y el percherón al establo.



—Isabel es una niña preciosa —comentó Juana de la Cruz, que no se separaba un momento de su nietecita.

—Lo es, como su madre —dijo Pablo sonriendo a su esposa.

—Vuestro padre ya no puede estar aquí; supongo que nos estará mirando desde el cielo. Si estuviera Juan, mi dicha sería completa —asentó Juana de la Cruz.

Pablo y Leonor cruzaron una mirada cómplice, y María Losantos cerró los ojos. Lo sabía, su premonición era cierta. No necesitaba que nadie le confirmara que su hermano Juan había muerto. Fijó sus ojos melados en los de su hermano y le hizo un gesto. Pablo comprendió que tenía que informar a su madre de lo sucedido.

—Madre, hermana... Tengo que contaros algo terrible. Yo..., lo siento, lo siento, no sé cómo explicarme...

—¿Qué tienes que decirme?

—Juan, nuestro hermano... Cuando hace unas semanas estuve aquí con vosotras, y ante la ausencia de noticias sobre su paradero, decidí enviar una carta a Toledo preguntando por él a unos buenos amigos, unos judíos conversos. Recibí la respuesta pocos días después. Juan... ha sido ejecutado. Lo siento, madre, lo siento mucho.

Juana de la Cruz mudó el rostro. Soltó a la pequeña Isabel, que se refugió en los brazos de su madre, y se quedó como de piedra.

Se hizo un silencio espeso y rotundo, un silencio largo, duro, mineral, un silencio de soledad y vacío.

—Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel, luz de Israel. — Juana de la Cruz rompió el silencio cantando esa melodía de los sefardíes, la que en alguna ocasión había canturreado su fallecido esposo Pedro Losantos cuando quería recordar aquel tiempo que se fue y que nunca regresaría, aquel en que los judíos de Castilla y de Aragón todavía podían rezar en sus sinagogas, celebrar sus propias ceremonias, conmemorar sus fiestas y honrar a los suyos con sus tradicionales ofrendas.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó María.

—Ha sido la Inquisición... Lo ha condenado a muerte por hereje y traidor al rey, por haberse alistado con los comuneros.

—Esa ha sido la excusa —dijo María—. Lo han matado por amar a un hombre, por ser distinto, diferente...

—Cuando la Inquisición procesa a un reo, jamás lo declara inocente; en el mejor de los casos puede dar la acusación por no probada, pero siempre deja una puerta abierta para reabrir el proceso.

—¡Canallas...!

—Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel, luz de Israel — reiteró su canturreo Juana de la Cruz—. Debimos marcharnos de aquí cuando pudimos hacerlo, debimos marcharnos, debimos marcharnos... Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel...

## Valladolid, principios de diciembre de 1522

Hacía más de un mes de la visita de Pablo Losantos a su madre y a su hermana en Tordesillas. Pablo y María habían convenido en cruzarse cartas al menos una vez cada dos meses para estar al tanto de la situación de la madre de ambos, que seguía muy afectada por la muerte de Juan.

Una extraña melancolía se había instalado en la cabeza de Pablo, a la que una y otra vez acudía una reiterada melodía: «Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel».

Aquella mañana había acudido al palacio real llamado por Carlos, a quien de nuevo el estómago lo estaba martirizando. Dos días atrás había participado en un gran banquete con diez caballeros de la Orden del Toisón de Oro para celebrar la fiesta de San Andrés, en el que se habían servido cinco platos de extraordinario, aparte del ya copioso listado de platos habituales.

—Majestad. —Pablo saludó al emperador, que estaba sentado como en cuclillas, en un escabel tapizado de seda.

—Otra vez ese maldito dolor, otra vez. Y también la cabeza...

—Por lo que he oído, el banquete que celebrasteis con los caballeros del Toisón de Oro fue muy copioso. No me hacéis caso, señor, y por eso os veis abocado a esta situación de vez en cuando.

—Dejaos de letanías, don Pablo, y haced algo para calmar estos dolores de tripas y este mareo de cabeza.

—¿Cuánto bebisteis en el banquete, señor?

—Un par de botellas de vino de Valbuena y dos jarras de cerveza grandes, muy grandes.

—Además de comer capones, faisán, lomo de buey, pastel de perdiz...

—Callad ya, y limitaos a hacer vuestro trabajo —ordenó el emperador.

—Mi trabajo también consiste en aconsejaros para que no caigáis enfermo, majestad. Y si seguís comiendo y bebiendo en esas cantidades...

—Fijaos en mi figura: estoy bien.

—Sois joven y realizáis mucho ejercicio en las partidas de caza y en los juegos de cañas y de tablas en la preparación para los torneos, pero la juventud no dura eternamente.

—¿Conocéis algún remedio para lograr que se detenga el paso del tiempo? Algunos de nuestros súbditos que han viajado a las Indias andan buscando la fuente de la eterna juventud, de la que dicen que mana un elixir que evita el envejecimiento.

—Eso dicen, majestad, eso dicen, pero os aseguro que es mucho mejor cuidar el propio cuerpo que confiar en aguas y remedios milagrosos. Sois el señor natural de media Europa y de las Indias Occidentales, vuestra salud es muy importante para medio mundo.

—Tenéis razón. Sois uno de los hombres más sensatos y razonables que conozco,

debería nombraros consejero real.

—¡Oh!, sería un gran honor, pero no creo que valiera para ello.

—Vuestro padre fue consejero privado de mi abuelo el rey Católico.

—Pero yo no tengo sus conocimientos; solo soy médico. No sé de leyes, ni de tratados, ni de alta política.

—Un rey necesita a su lado hombres prudentes. Vos lo sois. ¿Qué me recomendarías, aparte de que cambie mis hábitos de comida?

—¿Cómo?

—Vamos, don Pablo, os pido que me deis un consejo, uno solo. Os lo pido como vuestro emperador.

—Pues... ¡Debéis casaros y procrear un heredero! Esa es la principal obligación de todo soberano. —Pablo Losantos soltó lo primero que se le ocurrió.

—Tenéis razón. Sí, debo casarme para tener un heredero. Es la norma de nuestra familia. Los Habsburgo nos hemos hecho fuertes gracias a que hemos sabido colocar los intereses de nuestro linaje por encima de cualquier otra consideración. Pronto cumpliré veintitrés años y, aunque desde que era muy niño me adjudicaron varias novias, princesas de Francia, de Inglaterra..., sigo soltero. Todas mis hermanas, salvo Catalina, están casadas y han tenido hijos; mi hermano Fernando, por ahora mi sucesor, también está casado... Sí, debería casarme, y pronto.

—Y tener hijos... ¡Oh!, mi señor, perdonad, yo...

—Puedo tenerlos, Losantos, puedo tenerlos. Aunque no puedo reconocerla, sabéis mejor que nadie que Isabel, la hija de doña Germana, fue engendrada por mí, y pronto seré padre de dos niños más que no podrán sucederme en el trono porque habrán nacido fuera del matrimonio...

Carlos se refería a los hijos que sus amantes Juana van der Gheynst y Orsolina della Penna llevaban en su vientre, ambos engendrados por el emperador meses atrás durante su estancia en Flandes.

—Pues casaos, señor.

—¿Es una orden?

—No he pretendido...

—Descuidad. Sí, me casaré, pero sabéis que la boda de un príncipe, o de un rey, no es cuestión de amor, sino de Estado. Bueno, ya hemos hablado demasiado de política, ahora ocupaos de que remita este malestar.

—Mi madre y mi hermana me han proporcionado unas hierbas que os aliviarán sobremanera.

—Confío en vos.

Durante varios días el emperador tomó los medicamentos que le proporcionó Pablo Losantos. La mejoría que experimentó fue notable, tanto fue así que el día de Navidad se sentía pletórico y con ganas de comerse el mundo.

A fines de año Juana van der Gheynst dio a luz a una niña. Carlos la reconoció como hija, por lo que pudo llevar el apellido de Austria; la bautizaron en la ciudad de

Ourdenade y le pusieron el nombre de Margarita.

Una mala noticia enturbió las fiestas de fin de año. El 20 de diciembre, tras cinco meses de asfixiante asedio y bombardeos sin tregua, las murallas de Rodas cedieron y los hospitalarios rindieron la plaza a los otomanos. La cristiandad no había sido capaz de ayudar a los miembros de la Orden de San Juan en la defensa de esta ciudad y de su isla, el último gran bastión que restaba del tiempo de las cruzadas. Con Rodas en manos del sultán turco, la amenaza sobre el Mediterráneo occidental era ahora mayor que nunca.

Si la alianza entre turcos y franceses se confirmaba, Carlos tendría un grave problema; de modo que para guardarse las espaldas ante lo que se avecinaba, decidió intervenir con mayor contundencia en Italia y liquidar a los rebeldes agermanados de Mallorca.

Con estos nuevos problemas, el asunto de su matrimonio podía esperar un poco más.

### *Valladolid, finales de enero de 1523*

La nieve cubría las calles de Valladolid aquella noche de invierno. Carlos abrió los ojos sobresaltado y miró hacia la ventana; no había amanecido aún.

La tarde anterior había recibido la noticia de que los caballeros de San Juan habían abandonado Rodas, ya ocupada por los turcos, y se dirigían hacia la isla de Malta, en el centro del Mediterráneo, que el emperador estaba dispuesto a concederles para que instalaran allí su nueva sede. A partir de entonces los sanjuanistas recibirían el nombre de Orden de Malta, y su misión consistiría en contener un posible avance otomano hacia las playas de Italia y de España.

Sobre la mesa de su gabinete se acumulaban cartas, despachos, cédulas, informes, peticiones, decretos sin firmar, nombramientos, ceses..., toda una retahíla de papeles que requerían de una atención exhaustiva.

Demasiado peso sobre las espaldas de un solo hombre. Pero Carlos era el elegido. Cronistas y poetas narraban y declamaban sus virtudes, sus habilidades, su fortaleza, su capacidad para encabezar el gobierno del mundo. No solo era el emperador y el rey, era el César, la imagen viva del poder tal cual se habían transmitido las imágenes de los grandes emperadores de Roma.

Estaba próximo a cumplir los veintitrés años, era padre de tres niñas, pues la tercera, la hija de la bella italiana Orsolina della Penna, a la que habían puesto el nombre de Tadea, acababa de nacer, y Carlos quería reconocerla como propia.

El tiempo del alba se le hizo largo, muy largo. Cuando entraron a despertarlo, el emperador estaba de pie, frente a la ventana de su dormitorio, mirando el cielo blanquecino que amenazaba con derramar una nueva nevada sobre Valladolid.

Todavía faltaban un par de meses, pero el emperador tenía ganas de que llegase la primavera para salir de caza por los páramos de Castilla. La caza y los torneos eran lo único que lo distraía de sus ocupaciones de gobierno. Siempre que podía dedicaba dos o tres días a cazar venados, jabalíes u otro tipo de piezas en los sotos reales o en las tierras de alguno de los nobles más leales.

Desayunó una sopa de carne, huevos con panceta y queso ahumado antes de despachar varios asuntos urgentes: el maestre de la Orden de Montesa le pedía instrucciones sobre cómo actuar contra los agermanados de Valencia, el Justicia de Aragón le solicitaba que se guardaran los Fueros de ese reino, varios alcaides de castillos y fortalezas en las costas del Mediterráneo demandaban ayuda para reforzar sus defensas ante la creciente amenaza de los turcos tras la caída de Rodas... Dinero, leyes, problemas, gobierno, paz, tratados, guerra... eran los términos que se sucedían una y otra vez, como una catarata de palabras reiteradas.

—Majestad —Gattinara no disimuló un gesto de preocupación cuando se presentó ante Carlos—, acabamos de recibir un informe cifrado de nuestros agentes en Francia. Don Luis está dispuesto a acordar un tratado con el sultán otomano. Tenemos que reaccionar y darle una cumplida respuesta.

—¿Sabemos algo de Inglaterra?

—Vuestro tío don Enrique va a convocar el Parlamento y quiere que lo presida un hombre justo llamado Tomás Moro, que es partidario de una sólida alianza entre Inglaterra y los dominios de vuestra majestad contra Francia, pero Tomás Cromwell, un noble muy ambicioso y lleno de codicia, es partidario de retrasar la guerra con Francia y propone la invasión y conquista de Escocia.

—¿Escocia? Hace siglos que los ingleses ambicionan conquistar ese reino.

—Sí, lo han intentado varias veces en el pasado y siempre han salido escaldados de allí. Los escoceses son gentes duras, belicosas y amantes de su independencia, lucharán hasta la muerte por defender el último risco de sus montañas. Ni siquiera los poderosos emperadores romanos pudieron doblegarlos.

—Si Inglaterra opta por priorizar la guerra contra Escocia antes que un ataque a Francia, es probable que los escoceses busquen una alianza con Francia, y entonces se complicarán mucho las cosas.

—Así es, señor, y en ese caso nos encontraríamos sin nuestro más importante aliado en nuestro conflicto con Francia y tendríamos abiertos varios frentes a la vez: Francia, Italia, los turcos... Y todavía no hemos liquidado por completo la rebelión de los agermanados en Mallorca, y quedan por resolver algunos casos de los rebeldes en Valencia, y...

—¡Basta, don Mercurino, basta! Parece que esta mañana el cielo se hubiera desplomado sobre la tierra.

—Todavía no, majestad, pero no lo descartéis...

—Necesito una esposa —soltó Carlos de pronto.

—Estamos en ello, mi señor. Creo que la princesa María de Inglaterra sigue

siendo la mejor opción como esposa para vuestra majestad, y sería la mejor manera de sellar de modo definitivo una sólida alianza con ese reino. Además, doña María es la heredera de vuestros tíos don Enrique y doña Catalina, y si estos no tienen un heredero varón, ese matrimonio os convertiría en rey de Inglaterra.

—Doña María solo tiene siete años, tendríamos que esperar otros siete al menos para consumir el matrimonio; siete años es demasiado tiempo.

—Sois el César; el tiempo está en vuestras manos —asentó el gran canciller.

—Os equivocáis, querido amigo, ni siquiera el emperador puede detener el tiempo.

### *Valladolid, 24 de febrero de 1523*

El concejo de Valladolid había emitido un bando en el que pedía a los vecinos de la ciudad que engalanaran las fachadas de sus casas con guirnaldas, palios y enramadas con motivo del cumpleaños del emperador.

Toda la ciudad había despertado al son de trompetas, y fueron muchos los que acudieron a ocupar los mejores sitios en el Campo Grande, junto a los muros del lado sur de la ciudad, a orillas del río, para presenciar los torneos que se habían anunciado, y en los que se rumoreaba que iba a participar el emperador.

En la plaza se practicaron juegos de cañas en los que los mejores caballeros de Castilla mostraron sus habilidades con la lanza en varios combates que provocaron algunos percances no demasiado graves.

Pablo Losantos y otros médicos acudieron a las justas provistos de una abundante provisión de vendas, apósitos, ungüentos y todo tipo de remedios para curar heridas y entablillar huesos rotos.

—Este juego es propio de bárbaros —comentó uno de los cirujanos a las órdenes de Pablo mientras desplegaba su instrumental en una improvisada mesa ubicada en una tienda donde se había previsto auxiliar a los heridos en los torneos.

—Dicen que el juego de cañas lo inventaron los moros para evitar males mayores. Los contendientes luchan con palos y cañas en vez de con espadas de acero y hachas y lanzas con puntas de hierro. Los daños que se provocan son mucho menores —alegó Pablo Losantos.

—Vos, don Pablo, sois médico y os dedicáis a sanar enfermedades con mejunjes, ungüentos y jarabes, pero los cirujanos restañamos heridas y soldamos huesos, y me temo que hoy vamos a tener mucha faena. Fijaos en esos ufanos jóvenes —el cirujano señaló a un grupo de caballeros que se preparaban para cruzar lanzas en el torneo que ya se anunciaba—, parecen gallos de pelea dispuestos a demostrar quién posee las plumas más hermosas y los espolones más afilados.

—Es mejor que los nobles se entretengan así que no en guerras y batallas

verdaderas.

—Sí, en eso tenéis razón. Esos jóvenes tienen tanta energía y tantas ganas de luchar por cualquier cosa que si no fuera por estos torneos y estos juegos serían capaces de arrasar un pueblo entero para satisfacer su sed de lucha y de victoria.

—Nuestro trabajo es estar preparados por si tenemos que intervenir a los heridos, de modo que manos a la obra.

—Don Pablo, ¿es cierto que el emperador va a participar en persona en estas justas? Al menos eso es lo que he oído.

—Sí, tal vez lo haga. Ya justó hace unos años aquí mismo, al poco de llegar de Flandes, y os aseguro que lo hace muy bien. El emperador es joven y valeroso. Escuchad, ahí llega.

Unas trompetas sonaron anunciando la entrada del emperador en el Campo Grande. Los vallisoletanos aclamaron a su soberano agitando pañuelos y alzando los brazos al cielo, y Carlos devolvió el saludo agitando su brazo derecho. Vestía capa, jubón y calzas, todo negro, y se tocaba con una gorra de terciopelo de la que pendía una magnífica esmeralda engastada en un broche de oro.

—No va a lidiar, no viste armadura —comentó el cirujano con cierto desencanto.

—Os equivocáis; fijaos. —Losantos señaló con su mano detrás del emperador, donde seis pajes portaban varias de sus armaduras, algunas de las cuales habían pertenecido a su padre, el rey Felipe, y donde unos palafreneros sujetaban por las riendas a tres de sus mejores caballos—. Esas son las armas del emperador, de modo que creo que sí está dispuesto a cruzar algunas lanzas con esos caballeros.

Antes de iniciarse el torneo, el maestro de armas leyó las condiciones que debían cumplir los justadores, y enseguida comenzaron los combates, primero a pie, con espadas de madera, y luego las luchas a caballo, con las cañas a modo de lanzas.

El emperador, equipado con su armadura de combate, rompió media docena de cañas de otros tantos caballeros y, aunque cansado y un poco dolorido por algunos de los golpes recibidos, pese a que sus contrincantes procuraban no causarle daño alguno, se mostró satisfecho y contento.

Los oficiales del concejo de Valladolid felicitaron al emperador por su cumpleaños y le ofrecieron algunos regalos, en tanto Carlos ordenó a varios pajes que arrojaran monedas a los espectadores, lo que provocó algunas peleas entre ellos para hacerse con el botín caído del cielo.

En el pabellón dispuesto en uno de los lados del Campo Grande para descanso del emperador, Carlos se estaba aseando tras la pelea.

—Acercaos, don Pablo —le ordenó a su médico.

—¿Tenéis alguna herida, mi señor? —le preguntó.

—No, solo un par de magulladuras. El último caballero con el que he lidiado me dio un buen golpe en el muslo derecho. No sé si era muy torpe o muy ducho —ironizó.

—¿Me permitís? —Losantos examinó la pierna del emperador; presentaba un

buen cardenal en la zona frontal del muslo.

—Nada grave, quizá os moleste durante un par de días al caminar. Os colocaré un apósito con árnica y mejorana que os aliviará el dolor y disminuirá la hinchazón. El quijote os ha protegido bien el muslo, pues vi el golpe que os dieron en esta pierna y fue realmente violento.

—Tal vez no me ajustaron bien esa pieza de la armadura. Debería haber estado más apretada.

—Dormid esta noche con este apósito; mañana os lo cambiaré.

—Apenas me duele, no será necesario.

—Mi señor, si no me hacéis caso, en cuanto ese golpe se enfríe os dolerá, y mucho.

—Os obedeceré en eso.

—Majestad...

### *Valladolid, comienzos de primavera de 1523*

Eufórico por los juegos de cañas y los combates librados durante los festejos por el día de su cumpleaños y animado por la llegada de la primavera, el emperador celebró un nuevo torneo en Valladolid el primer domingo de marzo, en el que cruzó lanzas con otros cuatro caballeros.

A la semana siguiente los agermanados de Mallorca capitularon, y se puso fin a la rebelión que había conmocionado esa isla. Se ordenó que la represión contra los cabecillas de la revuelta fuera contundente y ejemplar.

—Preparad el nombramiento de doña Germana como gobernadora del reino de Valencia a título de virreina —ordenó Carlos al canciller— y con plenos poderes para liquidar cualquier atisbo de rebeldía que pueda quedar en esas tierras.

—Doña Germana tiene el propósito de que los moriscos de ese reino se bauticen y se conviertan a la fe de Cristo, como ya hicieran vuestros abuelos los Reyes Católicos con los moriscos de Castilla —adujo Gattinara.

—Pues que lo haga; ya os he dicho que tiene plenos poderes.

—Podría provocar una revuelta de esas gentes. No será fácil que renuncien a su secta mahomética. Y, aunque lo hagan los valencianos, todavía quedan moros en Aragón y en Cataluña.

—Resolveremos ese asunto pronto.

—Creo, señor, que en vuestros dominios no deberían vivir herejes mahometanos. Ya no hay judíos, que fueron justamente expulsados por don Fernando y doña Isabel, y tampoco debería haber sarracenos, pues su presencia en vuestros Estados constituye un gran peligro, ya que podrían ayudar a los turcos, que son sus hermanos en la religión.



—La última vez que estuve en Aragón comenté con algunos de sus nobles la idea de obligar a sus moros a la conversión, pero la nobleza aragonesa se muestra reticente. Me dijeron que no causan ningún problema, que son hacendosos y buenos trabajadores y que producen muchos beneficios para sus haciendas. Muchos pueblos, sobre todo en los valles, están habitados por una población totalmente mahometana. De modo que, si los expulsáramos, esos pueblos quedarían abandonados. Los nobles aragoneses los aprecian tanto que incluso tienen un refrán que reza así: «Quien tiene moro, tiene oro».

—Quizá haya sido de esta manera hasta ahora, pero que haya miles de moros viviendo en estos reinos mientras los turcos amenazan nuestras costas supone una grave amenaza —repuso Gattinara—. Vos ya sois el emperador universal, estáis llevando la luz de Cristo y el mensaje del evangelio y de la cruz a las Indias, habéis condenado las desviaciones doctrinales de ese testarudo monje alemán, Martín Lutero, representáis la claridad, sois el sustento del papa Adriano y de toda la cristiandad, y la esperanza del mundo. Creo, majestad, que en vuestros dominios no deberían vivir sino cristianos.

Las semanas siguientes, con el repentino estallido de la primavera, los sotos de Castilla se llenaron de presas, y Carlos aprovechó para cazar ánades en los campos y humedales de Valbuena y de Cigales, unas pocas millas al norte de Valladolid.

Entre tanto, el papa Adriano VI seguía experimentando serias dificultades a la hora de intentar cambiar la manera de gobernar la Iglesia. Sus nuevos modos eran rechazados por la mayoría de los cardenales, que se encargaban de recordarle una y otra vez que les debía su puesto, pues eran ellos quienes lo habían designado papa.

En un convulso sínodo celebrado a fines de marzo varios cardenales le habían recriminado su actitud hacia ellos, y el papa les había contestado diciéndoles que en realidad lo que habían hecho al elegirlo era condenarlo a la cárcel y al martirio. En un emotivo discurso, Adriano VI les recriminó su actitud y acusó a varios cardenales de haber llevado a la Iglesia a la pobreza, a la ruina y al abandono de su verdadera misión en la tierra, y los calificó de verdugos de la verdadera fe y de campeones del egoísmo por pensar tan solo en sus riquezas y sus privilegios. Los cardenales, hartos de que se cuestionara su lujoso estilo de vida y sus privilegios, procuraban desprestigiar al papa Adriano, al que se referían en privado como «el pontífice bárbaro».

Cuando Carlos fue informado de lo que estaba ocurriendo en Roma y de los problemas que acuciaban al papa, envió cartas manifestándole su apoyo. Adriano había demostrado fortaleza de carácter y no se había plegado ni a los deseos del emperador, sin cuya ayuda nunca se habría sentado en la cátedra de san Pedro, ni a las presiones y chantajes de los cardenales, siempre tan egoístas y mezquinos. En los primeros meses de su pontificado había actuado por su cuenta, sin mostrarse sumiso

al emperador, procurando defender los intereses de la Iglesia antes de cualesquiera otros, e incluso se había mantenido imparcial en el conflicto entre el rey de Francia y el emperador. Pero tras aquel convulso sínodo comprendió que él solo no podría vencer a los cardenales y que debía tomar partido, de modo que se decantó del lado de Carlos impulsando una alianza secreta con Inglaterra y Venecia para contrarrestar el pacto de Francia con los turcos. Como muestra de buena voluntad hacia el emperador, el papa Adriano decidió que los maestrazgos de todas las órdenes militares de Castilla quedaran incorporados de manera permanente y definitiva a la Corona, lo que otorgaba a esta última el derecho a administrar y disfrutar de las cuantiosas rentas y abundantes propiedades de dichos maestrazgos.

Porque Carlos necesitaba dinero, mucho dinero. Mucho dinero.

Jacobo Fugger, el banquero alemán que le había prestado las cantidades necesarias para comprar su designación como emperador, le acababa de remitir desde Augsburgo una carta en la que le reclamaba la devolución de todas las cantidades adelantadas.

—¡Condenado avaro! —exclamó Carlos al leer la carta de Fugger.

—Todos los banqueros son iguales, majestad; solo les interesa acumular dinero, dinero y más dinero —dijo Gattinara.

—Pero Fugger es, además, un insolente. Escuchad: «Sin mi ayuda, vuestra majestad nunca habría obtenido la corona del Imperio» —Carlos leyó en voz alta un fragmento de la carta—. ¿Cuánto le debemos a esa sanguijuela?

—Con los correspondientes intereses..., alrededor de un millón y medio de ducados.

—¡Millón y medio! ¿De dónde vamos a sacar esa cantidad?

—De las Indias no están llegando tanto oro y plata como presagiaban Cortés y otros de vuestros capitanes en el Nuevo Mundo, mi señor, de manera que habrá que recurrir a las rentas de Castilla y de Aragón.

—¿Más impuestos y tributos...? Castellanos y aragoneses ya han protestado en numerosas ocasiones por ello. No están dispuestos a pagar más.

—No queda otro remedio. O conseguimos ese dinero pronto, o las finanzas del Imperio colapsarán y caeremos en bancarrota. Y si no podemos pagar a los soldados de los tercios y a los marinos de la flota, los turcos llegarán hasta este palacio de Valladolid como si estuvieran dando un paseo.

—Si pedimos más dinero a esta gente, quizá vuelvan a estallar revueltas como las de las Comunidades y las Germanías.

—No lo creo. Hemos acabado con todos sus cabecillas; ya no queda nadie que se atreva a ponerse al frente de un alzamiento en armas contra vuestra majestad.

—¿Estáis seguro de eso?

—Ya sois rey de todos los reinos de España y emperador, ahora toca que lo seáis de todo el mundo —asentó el canciller.

## *Tordesillas, mediados de mayo de 1523*

El emperador quiso visitar a la reina Juana y ordenó a Pablo Losantos que lo acompañara. El médico se alegró, pues sabía que su madre estaba sufriendo mucho desde que se enterara de la ejecución de Juan y estaba seguro de que su presencia la confortaría.

En realidad, Carlos no tenía demasiado interés en ver a su madre; su viaje a Tordesillas tenía como fin revisar el tesoro de la reina y ver en cuánto podía valorarse lo que todavía conservaba. Fernando el Católico ya había esquilado buena parte del tesoro que se trajo Juana de Flandes, y Carlos había recurrido a él en un par de ocasiones. Pero ahora volvía a necesitar dinero para hacer frente a la devolución de los préstamos que le había concedido Jacobo Fugger y para poner en marcha una movilización general contra Francia y los turcos.

Juana esperaba tranquila a su hijo primogénito, pues la habían avisado de su llegada. La dicha de la viuda de Pedro Losantos no fue completa al comprobar que su nieta Isabel no venía con su padre.

—Lo siento, madre, pero el emperador me ha ordenado que viniera solo. No he podido traer a Isabel conmigo para que la vieras.

—Supongo que sigue creciendo —dijo Juana de la Cruz.

—Sí, es una niña sana y muy alegre, y crece deprisa. Ya casi no cabe en la cunita que le compré cuando llegamos a Valladolid. ¿Dónde está María? —Pablo preguntó por su hermana.

—Ha ido a un soto de la ribera del Duero a recoger hierbas y raíces. En estos días de mediados de primavera es cuando mejor se encuentran. Yo me he quedado a esperarte.

Un guardia se acercó al médico, que conversaba con unos soldados en el patio del palacio de Tordesillas, y le indicó que el emperador requería de su presencia inmediata.

—Majestad, me dicen que me habéis mandado llamar. —Pablo Losantos comprobó cómo varios guardias bajaban las escaleras de palacio cargados con sacos y cajas ante la mirada atenta de Carlos y de un notario y un secretario que tomaban buena nota del expolio.

—¡Ah!, don Pablo, sí, sí. Os he hecho venir conmigo a Tordesillas porque me informaron que el estado de mi madre no era demasiado bueno, de modo que quiero que la examinéis por si tiene alguna enfermedad. Id enseguida. Los guardias de puerta tienen orden de dejaros pasar. E informadme de inmediato si observáis algo extraño en doña Juana.

Pablo inclinó la cabeza y se dirigió a cumplir su encargo.

La reina a la que muchos llamaban la Loca bordaba un pañuelo acompañada de su

hija Catalina y de dos damas de compañía. Lo hacía en silencio, ensimismada en la aguja y el hilo. Pablo se fijó en ella y se sorprendió por su aspecto. A sus cuarenta y cuatro años lucía un rostro terso, el busto firme y la figura torneada. Fuerte y plena de resistencia, Juana de Castilla parecía indestructible. Pese a sus seis partos, a los malos tratos a que había sido sometida desde la adolescencia, a los años encerrada en espacios sombríos, a los desprecios a que había sido vejada una y otra vez, a las insidias y calumnias vertidas sobre ella, Juana se mantenía sólida y firme como un recio bloque de granito.

—Majestad —el médico se acercó a la reina con sumo cuidado—, me han dicho que en los días pasados no os habéis encontrado del todo bien. ¿Tenéis algún dolor? —le preguntó con todo mimo.

Juana alzó sus ojos, de un triste azul, del pañuelo que estaba bordando con hilo de seda y miró a Pablo Losantos con indiferencia.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—¿No me recordáis, señora? Soy Pablo, el hijo de don Pedro Losantos y doña Juana de la Cruz; soy médico y me gustaría ayudaros...

—No preciso los cuidados de ningún médico —asentó la reina.

—Vuestro hijo...

—Mi hijo no sabe lo que yo necesito.

—En cualquier caso, convendría que os examinara, mi señora, tal vez...

—He dicho que no requiero de ningún médico; ¿acaso estáis sordo, o sois idiota?

—Como ordenéis, señora; con vuestro permiso, me retiro.

—No.

—¿Cómo?

—Mi hija Catalina no deja de toser desde hace unos días. Miradla a ella.

Juan se dirigió, pues, a Catalina.

—Señora, vuestra madre dice que tenéis accesos de tos; ¿puedo ayudaros?

La joven Catalina, que ya había cumplido los dieciséis años, miró a su madre como pidiéndole autorización, y esta asintió con la cabeza.

—Sí, tengo algún dolor en la garganta —dijo Catalina.

—Acercaos a la ventana, señora, aquí, y abrid bien la boca. —Pablo Losantos comprobó que la garganta de la hermana menor del emperador estaba irritada y enrojecida—. No es nada grave, pero debéis tener algún cuidado. Bebed abundante agua que no esté muy fría, tomad una infusión de miel y mejorana dos veces al día y colocaos una compresa con agua caliente en la garganta de vez en cuando. Os aliviará el picor y pronto desaparecerán las molestias.

—¿Puedo cantar? —preguntó Catalina.

—Claro que podéis cantar, señora.

—Es que mi madre no me deja cantar —bisbisó Catalina casi al oído del médico, procurando que la reina, al otro lado de la sala, no la oyera.

—Por lo que sé, a vuestra madre le gusta mucho la música, de modo que tal vez,

si se lo pidierais, sí os permitiría cantar.

—¡Oh!, sí, así lo haré.

—Os encontraréis mejor si cantáis, pero no forcéis la voz hasta que desaparezcan esos picores en vuestra garganta.

—Habéis dicho que os llamáis Pablo...

—Sí, mi señora, Pablo Losantos.

—Y sois el médico de mi hermano el emperador...

—Uno de ellos, sí.

—Decidle entonces que me saque de aquí, por favor, por favor.

—Señora, yo no puedo...

—Por favor, hacedlo, hacedlo, pedídselo, por favor.

—Lo haré, pero debéis saber que yo no tengo ninguna influencia sobre vuestro hermano.

—Paso todo el tiempo mirando por la ventana, día tras día, hora tras hora... Quiero salir de aquí. Mi hermano me lo prometió, por favor, por favor.

—¡Catalina! —Juana la Loca llamó a su hija.

—Sí, madre.

—Mira, ya está acabado. —La reina se acercó mostrando en su mano el pañuelo en el que había bordado un pequeño esbozo de una figura que parecía un pajarito con las alas desplegadas en pleno vuelo—. Es un gorrión que está volando.

Pablo Losantos contempló a aquellas dos mujeres y sintió una punzada en el estómago. Una era la reina de Castilla y la otra podía ser, en un futuro próximo, reina de cualquier reino cristiano, pero en aquel momento solo le parecieron dos víctimas desvalidas hacia las que sintió una profunda compasión.

—¿Qué le ocurre a mi madre? —le preguntó Carlos a su médico.

—Está bien, majestad.

—¿La habéis examinado?

—Sí —mintió Losantos—. Es vuestra hermana la que padece de la garganta; la tiene irritada. Debería salir al campo y respirar aire más fresco.

—No. Ninguna de las dos puede salir de este palacio. —Carlos miró al médico con cierta desconfianza—. Preparad algún remedio para que se le cure la garganta a doña Catalina, pero no puede salir de aquí.

Losantos apretó los dientes y luego inspiró una bocanada de aire. Sabía que se la jugaba, que si el emperador se contrariaba por lo que iba a decirle podría tener problemas, muchos problemas, pero recordó el juramento que había hecho tras recibir su título como médico en la escuela de Salerno. Se sabía de memoria el juramento que desde Hipócrates, el padre de la medicina, proclamaban muchos médicos como guía de comportamiento profesional: «... Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea más provechosa según mis facultades y a mi entender, evitando

todo mal y toda injusticia... En cualquier casa donde entre, no llevaré otro objetivo que el bien de los enfermos...», recordó en su mente.

Y entonces saltó.

—Vuestra hermana necesita respirar aire fresco, majestad. Debe salir de aquí y pasear por el campo.

Carlos permaneció unos instantes en silencio. Su rostro parecía el de una estatua y no dejaba atisbar ninguna sensación. Por fin, el emperador habló.

—Nadie se atreve a contradecir mis órdenes.

«Se acabó —pensó Losantos—, aquí termina mi trayectoria como médico de la corte».

—Yo no lo hago, majestad, solo sugiero lo que como médico tengo el deber de decir.

—Condenado matasanos, ¿por qué aguanto vuestras impertinencias? Pero tenéis razón, otra vez. Está bien, mi hermanita podrá dar un paseo a la vera del río una hora cada día. Vos y vuestra hermana la acompañaréis, y os escoltará una patrulla de soldados.

—Señor...

—Los reyes también podemos ser caritativos —dijo Carlos, que con un gesto de su mano le indicó a Losantos que se retirara.

Fueron solo cinco días, pero sin duda se convirtieron en los más felices de todo el tiempo que Catalina pasó en la casona de Tordesillas. Durante una hora, antes del almuerzo, la joven princesa pudo caminar casi libre a la vera del Duero, pisar descalza la tierra y la hierba, aspirar el aroma de las flores silvestres, contemplar el vuelo de los pájaros en el cielo sin estar limitada por el marco de una ventana, sentir el aire y el viento en su rostro, el calor del sol en su piel y la brisa del río acariciando su cabello. Solo fueron cinco días. Cinco días. Catalina no los olvidaría nunca.

### *Tierras de Castilla, verano de 1523*

El emperador convocó Cortes de Castilla y León en Valladolid. Sofocadas todas las revueltas en España, era hora de ocuparse de los asuntos de las Indias y del Imperio.

Las Indias comenzaban a ser conocidas por el nombre de América. Se debía al navegante italiano Américo Vesputio, uno de los primeros en darse cuenta de que las tierras que había descubierto Cristóbal Colón no eran unas islas que precedían a las costas orientales de Asia, sino un nuevo y gigantesco continente entre dos enormes océanos, el Atlántico y el Pacífico. En esos extensísimos territorios del Nuevo Mundo, las conquistas de los españoles requerían de una mayor atención, pues ya no se trataba de incorporar a la Corona tierras indómitas habitadas por salvajes asilvestrados, sino verdaderos imperios llenos de ciudades y comarcas populosas.

Por ello, Carlos firmó cédulas para facilitar el comercio entre españoles e indígenas; proclamó que las almas de los indios no podían salvarse de su paganismo por la fuerza, sino por la convicción, aunque mandó que se derribaran los ídolos de los falsos dioses que aquellos adoraban; prohibió la práctica de sacrificios humanos y el canibalismo; condenó el robo a los indios y los abusos que se cometían sobre ellos; y llegó incluso a proclamar: «Dios ha creado a los indios libres y no esclavos», aunque no prohibió la esclavitud como algún consejero le sugirió.

Su hermana Leonor, la que fuera reina de Portugal, se encontró con Carlos en Medina del Campo, y allí visitaron el palacio donde murió la reina Isabel la Católica, su abuela. El edificio palaciego presentaba un notable deterioro e incluso algunas zonas amenazaban ruina. Luego fueron a ver el castillo de la Mota, donde se forjaron muchos de los sueños imperiales de los Reyes Católicos. Aquellos sueños de grandeza de Fernando e Isabel se estaban convirtiendo en realidad gracias a su nieto Carlos.

—Nuestros abuelos fueron magníficos reyes —comentó el emperador a su hermana Isabel en el patio del castillo.

—A ellos les debemos mucho —repuso Leonor.

—Hermana, eres joven y hermosa, creo que deberías volver a casarte —le dijo Carlos.

—Por cómo lo dices, supongo que ya has pensado un nuevo esposo para mí. Sabes que haré lo que digas, hermano.

—El rey de Francia se ha aliado con los turcos, y eso supone una grave amenaza para España y para el Imperio. Hay un noble francés..., se llama Carlos, Carlos de Borbón. Está enfrentado con Francisco y aspira a arrebatarle el trono de Francia. Si te casas con él, y entre los dos conseguimos derrocar a Francisco, te convertirías en reina de Francia.

—Si eso es lo mejor para nuestra familia...

—Lo es, Leonor, lo es.

—En ese caso me casaré con ese Borbón. Pero tú, hermano, ya tienes veintitrés años, deberías estar casado.

—Ni siquiera tengo novia. Ya sabes que nuestros padres y nuestros abuelos acordaron mi boda con varias princesas, pero la última, María de Inglaterra, es una niña, y además nuestro compromiso se ha vuelto a romper, ahora porque el tío Enrique no quiere pagar la dote que le pedimos para celebrar esa boda.

—Hermano, hay una joven que quizá te convenga conocer.

—¿De quién se trata? —se interesó Carlos.

—De nuestra prima Isabel.

—¿Qué Isabel?

—Isabel, la hija del que fuera mi esposo el rey Manuel de Portugal y de nuestra tía María, la hermana del actual rey Juan, mi medio hermano. Y si además se casaran don Juan y nuestra hermana pequeña Catalina, seríais cuñados por partida doble; ¡qué

mejor alianza familiar que esa!

—¿Cómo es Isabel? —se interesó Carlos.

—Es la mujer más bella del mundo. Tiene tres años menos que tú y, por lo que sé, sigue virgen y sin compromiso. Su cuerpo es esbelto y elegante, torneado y grácil como el de una diosa antigua, su suave cabello tiene el color de la miel más pura, sus ojos azules imitan el tono del cielo de Castilla en el más luminoso de los mediodías de primavera, su rostro dibuja un óvalo perfecto, su nariz es recta y elegante, tiene la piel más blanca y suave que puedas imaginar, y sus manos están llenas de delicadeza. Es discreta y amable, y ha sido educada por los mejores maestros de Lisboa. Te haría muy feliz.

—¿En verdad existe una mujer así?

—Ya te lo he dicho: nuestra prima Isabel.

—¿Y cómo siendo una princesa tan hermosa y ya con veinte años, todavía no se ha casado, y ni siquiera está comprometida?

—Es una joya demasiado preciosa para que la disfrute cualquier gañán. Tal vez Dios, o el destino, la estén reservando para ti.

—¿Yo casado con una princesa de Portugal?

—Que además es tu prima, de modo que necesitaréis una dispensa papal para celebrar ese matrimonio, pero, como el actual papa es tu amigo y antiguo consejero, será muy fácil obtenerla.

—¿Realmente es tan bella como dices? ¿No exageras al describirla como una mujer perfecta?

—Te aseguro, querido Carlos, que jamás has visto una mujer como ella. Nunca ha habido hembra más hermosa en el mundo, y no creo que la vuelva a haber.

—Isabel...

—Sí, Isabel, la mujer más hermosa del mundo.

La idea de casarse con su prima Isabel comenzó a rondar la cabeza de Carlos, que además se obsesionó con la descripción que de ella le había hecho su hermana mayor. Sí, por qué no iba a ser esa mujer su esposa, la madre de sus hijos, la emperatriz. Era hija de su tía María, y nieta por tanto de los Reyes Católicos, princesa de Portugal, de una prodigiosa belleza y dotada de cualidades propias de una emperatriz, según le relataba Leonor, que la conocía bien, pues había sido a la vez su prima y su madrastra.

Recordó entonces que cuando llegó a España por primera vez, hacía ya nueve años, los procuradores de las Cortes de Castilla le pidieron que buscara como esposa a una princesa española, y que también lo habían hecho los comuneros en una junta que celebraron en Ávila. A los españoles, a cuyos ojos el rey era un extranjero que ni siquiera hablaba la lengua del país, les pareció entonces que una reina castellana, o incluso aragonesa, sabría reeducar a Carlos y facilitar su adaptación a las costumbres y al carácter de sus nuevos súbditos hispanos.

Sí, se convenció Carlos, Isabel de Portugal sería su reina y su emperatriz.



En una sesión de las Cortes celebradas a mediados de julio en Valladolid, uno de los procuradores le pidió al emperador que viviera siempre en Castilla, pero Carlos respondió que no podía ser porque no solo era rey de Castilla, sino señor soberano de otros muchos territorios donde también era demandada y precisa su presencia. Ese procurador representaba a la ciudad de Ávila, donde se habían producido algunos enfrentamientos entre vecinos en los cuales se habían utilizado armas de fuego.

Carlos era un joven piadoso que asistía a misa diaria; algunos días incluso oía dos y hasta tres. Conforme avanzaba en edad y en responsabilidades, buscaba mayor refugio en la religión, hasta el punto de que nombró como su capellán al fraile calatravo Sebastián de Ucera, quien desde entonces se convertiría además en su confesor y confidente.

Casi acabado el verano nombró al fin a Germana de Foix gobernadora de Valencia y lugarteniente de ese reino. Germana abandonó entonces la corte de Valladolid dejando en ella a su hija Isabel, que pronto cumpliría cinco años y a la que Carlos seguía sin reconocer como propia.

### *Logroño, fines de septiembre de 1523*

Durante el verano se había estado fraguando un plan para realizar un ataque combinado contra Francia por tres flancos a la vez. Las tropas del emperador lo harían desde Navarra y Flandes, en tanto los ingleses lanzarían su ejército desde Normandía directo hacia París, donde debía converger con el tercer cuerpo que atacaría desde Flandes.

Carlos se dirigió hacia el norte de España y se instaló unos días en la ciudad de Logroño para desde allí dirigir las operaciones del grupo del ejército que invadiría el sur de Francia.

Su tía Margarita, gobernadora de los Países Bajos, se había entrevistado con el canciller Wolsey para que este convenciera a Enrique VIII de que ordenara el envío del ejército inglés sobre París. El arzobispo Wolsey aceptó a regañadientes la propuesta, pero a cambio de permitir que sus soldados pudieran saquear las ciudades y pueblos que encontraran en su camino hacia París.

En Logroño, mientras inspeccionaba las tropas que partían hacia Navarra y el sur de Francia, Carlos recibió una mala noticia.

—Majestad, el papa Adriano ha muerto. La silla de san Pedro vuelve a estar vacía —le anunció uno de los secretarios.

—¿Cómo ha ocurrido? —demandó Carlos con rictus de preocupación.

—El papa había adelgazado mucho a causa de los disgustos que le provocaban los cardenales. No ha podido resistir la tensión. Los tesoros del palacio pontificio han sido saqueados, y los cardenales ya se han reunido en cónclave para intrigar sobre la

elección del nuevo papa.

—Wolsey estaba esperando esta ocasión. El canciller de Inglaterra siempre ha ambicionado ese puesto. Es nuestro aliado contra Francia, de manera que oficialmente tenemos que apoyarlo, pero el canciller de Inglaterra no debe ser el elegido en el cónclave.

—No lo entiendo, señor.

—Wolsey rebosa de ambición y si logra convertirse en papa actuará por su cuenta. Debe parecer que lo apoyamos, pero ordenad en secreto a nuestros agentes en Roma que hagan todo lo posible para que el canciller de Inglaterra no sea el designado.

—Así se hará, majestad —asintió el secretario.

### *Pamplona, mediados de octubre de 1523*

Estaba feliz. El recibimiento que habían ofrecido los pamploneses al emperador fue mucho más efusivo que el esperado. Se le organizó una entrada triunfal, se corrieron toros y se libraron justas y juegos de cañas.

Hacía solo once años que su abuelo Fernando el Católico había incorporado Navarra a la Corona de Castilla, aunque permitiendo que siguiera siendo un reino con sus propias instituciones. En el escudo imperial había un lugar para las cadenas de Navarra junto a las barras rojas y amarillas, al león y al castillo.

—Si todo sale conforme lo planeado, antes de Navidad nuestras tropas entrarán en París —le dijo el canciller Gattinara, que acompañaba al emperador en la revista que estaba pasando a los soldados que desde Pamplona se dirigirían hacia los Pirineos.

—Y en ese caso habrá que decidir qué hacemos con Francia. Mi tío don Enrique desea esa Corona; hace siglos que los reyes de Inglaterra ambicionan sentarse en el trono de París.

—Habrá que cazar el oso antes de curtir su piel. Y no va a ser fácil someter a los franceses.

—El grueso de su ejército marcha hacia Italia, si ocupamos París, don Francisco está perdido.

—Si don Enrique llega primero a París y Wolsey se hace con el papado... Humm, eso no nos conviene —reflexionó Carlos.

—Ya he dado las instrucciones para que se evite por todos los medios el nombramiento de Wolsey como papa, y tenemos asegurados la mayoría de los votos de los cardenales para que el elegido sea Julio de Médici, como ordenasteis.

—Es el hombre que nos interesa al frente de la Iglesia.

—Pero no deja de ser otro Médici.

—O él o Wolsey. Y os aseguro, don Mercurino, que ante esa disyuntiva prefiero a un Médici.

### *Toledo, principios de diciembre de 1523*

Eran ya demasiados meses sin apenas poder dormir. Andrés, el que fuera amante de Juan Losantos, deambulaba a orillas del Tajo, cuya corriente discurría muy menguada. Hacía más de un año que la Inquisición lo había torturado y conminado a que denunciara a su amante. El joven orfebre se derrumbó y acabó acusando a Juan de haber asesinado a sus tíos Felipe y Raquel; por esa falsa acusación Juan fue condenado a muerte y ejecutado.

Desde entonces, Andrés se había convertido en un deshecho humano. Vagaba sin rumbo por las calles de Toledo, mendigaba a las puertas de las iglesias y de los conventos y se refugiaba del frío y de la lluvia en portales o debajo de los puentes. En ese año su aspecto se había transformado de manera considerable. Su cabello antes rizado, cuidado y largo era ahora una maraña sucia y engrañada, sus ojos habían perdido el brillo y la lozanía, sus labios estaban cortados y llenos de pústulas, su piel ajada y reseca y sus manos sucias y ásperas.

Día tras día rumiaba su traición y su pena, y, aunque en las primeras semanas tras la ejecución de Juan había intentado olvidar lo que había hecho, una y otra vez regresaba a su cabeza el rostro desilusionado de su amante, su expresión amarga y su rictus desgraciado al descubrir que lo había traicionado aquel a quien tanto amaba.

No podía más, no podía soportar aquellos recuerdos, no podía.

El agua del Tajo fluía mansa aquella mañana entre los campos escarchados por la helada. El sol apenas rayaba el horizonte y comenzaba a iluminar la cumbre de los cerros que encajonaban al río a su paso por Toledo.

El orfebre arrastraba los pies como alma en pena y miraba al frente con los ojos vacíos, los labios entreabiertos y el mentón hundido en el pecho. Una sombra lo hizo detenerse. Alzó los ojos y vio un árbol desprovisto de hojas como un espectro de ramas muertas.

No lo dudó. Se acercó al árbol y se encaramó a la rama más gruesa, sobre la que se sentó a horcajadas. Muy despacio pero con plena decisión se quitó el cordón de cáñamo con el que se sujetaba las calzas a la cintura, lo ató en la rama y en un extremo hizo un lazo que colocó alrededor de su cuello. Miró al río, al cielo, a las colinas bañadas por el tibio sol, a los edificios que se escalonaban en la ladera del cerro donde se asentaba Toledo, aspiró con fuerza y se dejó caer como un fardo inerte.

Encontraron el cadáver de Andrés mediada la mañana; algunos cuervos ya habían comenzado a picotear las cuencas de sus ojos.

## *Pamplona, mediados de diciembre de 1523*

Pamplona despertó cubierta por una nevada. Un palmo de nieve se acumulaba sobre las calles de la capital de los navarros y tapizaba los campos del derredor y las montañas del norte con un manto homogéneo. Carlos se había instalado en la fortaleza que su abuelo Fernando mandara construir con las piedras del castillo del rey Luis el Huttin.

La mesa del gabinete donde despacha el emperador estaba llena de copias de los documentos firmados en los dos meses que llevaba en Pamplona: el nombramiento del príncipe de Orange como general de infantería, la autorización para cobrar los diezmos pertenecientes al rey en las rentas de las Indias, una cédula en la que se disponía que las Indias estuvieran para siempre unidas a la Corona de Castilla y nunca se pudieran enajenar, instrucciones a Germana de Foix como gobernadora de Valencia para que castigara con toda dureza a los agermanados una vez que habían sido totalmente derrotados...

—Julio de Médici ha tomado el nombre de Clemente VII; espero que cumpla su palabra y se ponga de nuestro lado sin titubeos —dijo Gattinara. El canciller dudaba de la fidelidad del nuevo papa hacia el emperador.

—¿No os fiais de ese hombre? —le preguntó Carlos.

—Aunque es hijo natural de Juliano, no deja de ser un Médici.

—No teníamos otra opción. Veremos ahora cómo reacciona Wolsey.

Un secretario llamó a la puerta y entró en el gabinete.

—Majestad, acaba de llegar un correo urgente desde Francia —anunció el secretario.

—Traed. —Carlos cogió el mensaje y lo leyó—. Los ingleses se retiran —dijo en voz alta—. Estaban a solo treinta millas de París, pero han recibido la orden de dar la vuelta poco antes del paso del río Oise.

—En ese lugar es donde debían confluir con nuestro ejército de Flandes —comentó Gattinara.

—Esto es cosa de Wolsey —supuso Carlos—. Quizá debimos haberlo hecho papa.

El emperador no se equivocaba. Nada más enterarse de la designación de Julio de Médici como papa y del engaño al que lo había arrastrado Carlos, el canciller de Inglaterra había ordenado al ejército inglés que comandaba el duque de Suffolk que detuviera la ofensiva sobre París y que regresara sobre sus pasos.

Con la retirada de los treinta mil infantes y seis mil jinetes que configuraban el ejército inglés, la gran ofensiva lanzada sobre Francia se vino abajo. Los franceses resistieron las acometidas del ejército imperial en el sur y en la región de Borgoña, y sin el apoyo de los ingleses, los lansquenets alemanes y los piqueros flamencos retrocedieron en el valle del Mosa. El duque de Borbón, gracias a un ardid, logró huir de Francia y escapar de su enemigo el rey Francisco I.

En el frente de Navarra, el intenso frío y las copiosas nevadas de aquellos días de comienzos del invierno dificultaron el avance de las tropas castellanas, y la ofensiva por el sur de Francia también fracasó. No, esa Navidad Carlos no entraría en París.

Solo le quedó el consuelo de la firma de una liga con el papa y con las principales ciudades y señorías de Italia destinada a proteger a esas repúblicas de cualquier agresor externo, en clara referencia a los deseos de Francia de apropiarse de Milán.

Al menos en América las conquistas progresaban. Hernán Cortés había controlado todo el Imperio azteca, estaba empeñado en cristianizar a los indios, fundaba nuevas ciudades al modo de Castilla e incluso había tenido un hijo con una de las hijas del emperador Moctezuma. Y, aunque había quienes denunciaban la brutalidad con la que los conquistadores estaban sometiendo a los indígenas, los españoles seguían avanzando hacia el sur del nuevo continente gracias al arrojo de algunos capitanes ávidos de gloria y riquezas.

### *Burgos, primavera de 1524*

Los franceses habían resistido todos los ataques, y el ejército imperial tuvo que retirarse a Flandes y a Navarra, aunque al menos logró recuperar las localidades de Hondarribia y Fuenterrabía, donde habían quedado los últimos partidarios de que Navarra se incorporara a Francia.

Carlos se instaló en la pequeña ciudad de Vitoria, donde pasó las últimas semanas del invierno y donde celebró su cumpleaños. Aprovechó aquel tiempo para dar algunas directrices sobre la construcción de barcos para reforzar la armada en el Mediterráneo, pues se preveía que los turcos no se contentarían con la conquista de Rodas y se suponía que tal vez tuvieran entre sus planes atacar Sicilia y otras islas de los dominios españoles. Además, creó el Consejo Supremo de las Indias, desde el cual se gobernarían esos territorios.

En los primeros días de marzo dejó Vitoria y se dirigió hacia el sur por el desfiladero del Pancorbo. Ya en Burgos le escribió al nuevo papa indicándole la conveniencia de expulsar a los franceses de Italia, para lo cual se mostraba dispuesto a encabezar la liga que se acababa de formar entre varias ciudades, el papado y el propio emperador. En tierras de Burgos visitó varios monasterios, escuchó decenas de misas y cazó corzos y jabalíes.

—¡Por fin! —exclamó Gattinara—. Ya era hora de que las Indias rentaran algún beneficio.

El canciller acababa de revisar una lista con las cantidades de oro y plata que Cortés y otros conquistadores habían enviado desde América. Había corrido a informar al emperador.

Carlos estaba de pie, apoyado en una de las columnas del patio del palacio del

Condestable, mientras escuchaba el informe de su canciller.

—¿Sabíais que mi padre murió en este mismo palacio?

—Sí, majestad, claro que lo sabía.

—Varios médicos certificaron que fue a causa de la peste, pero hay quien piensa que lo envenenaron. ¿Qué opináis vos?

—Yo confío en el informe de aquellos médicos, señor.

—¡Quién sabe! —Carlos se pasó la mano por la mandíbula, cuyo prognatismo aumentaba con la edad, lo que apenas le permitía cerrar completamente la boca.

—Os decía que al fin llegan cantidades importantes de oro y plata de las Indias.

—Supongo que no serán suficientes para pagar los préstamos a ese chupasangre de Fugger.

—No, no lo son.

—Entonces...

—No queda más remedio que hacerles frente con las rentas de las órdenes militares de Calatrava, Santiago y Alcántara y con la concesión de la explotación de las minas de mercurio de Almadén. Además tendremos que entregar a Welser, el otro banquero alemán que financió la elección imperial, las rentas de las nuevas tierras a las que han dado el nombre de Venezuela, «la pequeña Venecia», y autorizarlos a que funden ciudades y puertos en esa región —precisó Gattinara.

—Si no hay más remedio, sea —asentó el emperador.

Aquellos días toda la corte estaba reunida en Burgos. Carlos disfrutó de la fresca primavera, de excelentes banquetes, de exitosas cacerías y de suntuosas fiestas ofrecidas por los miembros de la alta nobleza de Castilla. Nada parecía oscurecer su dicha, ni siquiera la ejecución del conde de Salvatierra, uno de los últimos comuneros condenados a muerte, que fue ejecutado en Burgos con sus pies cargados de cadenas y sus tobillos sujetos con grilletes.

Pero no dejaba de interesarse por los asuntos del Imperio, donde los partidarios del monje Lutero seguían ganando posiciones, sobre todo en las regiones del norte de Alemania. El antiguo monje agustino había publicado una proclama demandando la ayuda de los príncipes alemanes a su movimiento de reforma religiosa alegando que la Iglesia de Roma carecía de legitimidad moral y ética para ejercer cualquier autoridad sobre los cristianos. Con ello había logrado la complicidad de buena parte de la alta nobleza de Alemania enfrentada con la baja nobleza y con los campesinos.

Hasta su hermana, la reina Isabel de Dinamarca, parecía haber sucumbido ante las convincentes palabras del reformador.

Precisamente fue a fines de abril cuando llegó a Burgos la noticia de que en Dinamarca el duque Federico se había sublevado contra el rey Cristián II. La revuelta había triunfado, y Cristián e Isabel habían tenido que abandonar Copenhague y demandar cobijo en Flandes.

El emperador tenía en sus manos la angustiada carta en la que su hermana Isabel de Dinamarca le pedía ayuda ante la rebelión de Federico. Decía que la escribía a

bordo del navío León, en el que la familia real danesa se dirigía al exilio en Flandes buscando refugio junto a su tía Margarita. También le contaba que Leopoldo, ya proclamado y coronado nuevo rey danés, le había ofrecido permanecer en Dinamarca junto a sus hijos, pero que ella lo había rechazado porque no quería abandonar a su marido.

«Ubi rex meus, ibi regnum meum» leyó Carlos; «Donde está mi rey, está mi reino», decía Isabel, quien había contestado a Leopoldo con esa frase a la hora de rechazar su ofrecimiento.

«No hemos ganado Francia, ahora mi hermana ha perdido Dinamarca, quizá rompamos la alianza con Inglaterra, es posible que entremos en guerra con los turcos... Tendremos que buscar una alianza con Portugal y reforzar la liga de Italia», pensó Carlos, que no obstante estaba dispuesto a encarar con todo brío las nuevas dificultades.

La noticia de que su ejército había detenido el avance de cuarenta mil soldados franceses y los había vencido en Sesia, evitando la conquista del norte de Italia por parte de Francia, confortó al emperador.

A sus veinticuatro años seguía siendo un hombre muy religioso, de carácter poco afable, parco en palabras y moderado en sus expresiones cuando hablaba en público. El paso del tiempo lo estaba tornando aún más rencoroso, sobre todo con aquellos que cuestionaban su autoridad, así lo había demostrado con la terrible represión contra los agermanados de Valencia y Mallorca, pero también era capaz de mostrar misericordia y conceder su perdón, como hizo con miles de comuneros de Castilla, a los que indultó por sus acciones y acabó perdonándoles las penas a las que hubieran sido castigados.

Tras siete años en el gobierno de los reinos de España y cinco al frente del Imperio, su experiencia como gobernante era ya considerable, lo que le permitía obrar con agudeza y claridad de juicio.

### *Londres, mediados de mayo de 1524*

Ante las nuevas dificultades, Carlos entendió que no podía enemistarse con Inglaterra, Francia y los turcos a la vez, de manera que decidió enviar a su embajador a Londres para que se entrevistase con Wolsey y acabar así de una vez por todas con aquel desencuentro que duraba ya varios meses.

A mediados del mes de mayo el embajador de Carlos en Inglaterra se presentó en la cancillería de Londres.

Wolsey, vestido con la púrpura cardenalicia y adornado con el gran collar de canciller, lo recibió con cara de pocos amigos.

—Su majestad imperial os envía sus más afectuosos recuerdos —lo saludó el

embajador, que enseguida se dio cuenta del enfado que tenía el canciller de Enrique VIII— y os desea lo mejor para vos y para el reino de Inglaterra.

—¿Os referís a Carlos de Gante? —le preguntó Wolsey con todo sarcasmo.

—Por supuesto, eminencia.

—¿Y qué quiere de mí vuestro señor?

—Recuperar la amistad y la alianza que nuestros reyes firmaron.

—Embajador —Wolsey se levantó con parsimonia y se sirvió una copa de vino rojo, pero ni le ofreció una al enviado de Carlos ni lo invitó a sentarse—, vuestro emperador es un mentiroso.

—¡Eminencia...!

—Y un hombre carente de palabra. ¡Cómo se le ocurre pedirme amistad tras traicionarme de semejante manera!

—Su majestad no es un traidor...

—Lo es, claro que lo es; uno de los más grandes felones de toda la cristiandad. Teníamos un pacto: yo enviaría el ejército inglés para ayudarle a aplastar a Francia y él me apoyaría para ser elegido papa. Yo cumplí mi parte del trato y llevé a nuestras tropas hasta una jornada de marcha de París, y en cambio él...; ahí tenéis a ese bastardo Médici sentado en la cátedra de san Pedro.

—No sé si ese fue el acuerdo a que llegasteis con doña Margarita...

—¿Doña Margarita?, ¡menuda alcahueta! Toda esa familia es la misma basura; el archiduque Fernando —Wolsey se refería al hermano de Carlos—, un mocoso engreído y ufano, y sus esbirros unos mendaces cobardes, como el duque de Borbón. No hay nadie en ese linaje ni en el de sus vasallos que sea de fiar.

—Señor canciller, creo que esa no es la mejor manera de tratar a un aliado y amigo. —El embajador intentó suavizar el tono para no aumentar la tensión con Wolsey, cuyo enojo se incrementaba por momentos.

—Decidle a vuestro señor el emperador que comienza un nuevo tiempo, y que olvide lo tratado hasta ahora —Wolsey se mostró firme y duro—. Y haced el favor de retiraros ya, tengo asuntos mucho más importantes que resolver.

El embajador apretó los dientes, inclinó ligeramente la cabeza ante el canciller de Inglaterra, dio media vuelta y se marchó airado. Al día siguiente salió de Londres rumbo a España. No llevaba buenas noticias.

Nueve días después ya estaba en Burgos informando al emperador de su accidentada entrevista con Wolsey. No se atrevió a reproducir los insultos del canciller, pero sí le dijo que el arzobispo de York se había mostrado muy iracundo, que estaba despechado por no haber sido elegido papa y, lo peor, que parecía dispuesto a cerrar un acuerdo secreto con Francia.

*Valladolid, verano de 1524*



La corte se asentó en Burgos hasta mediado el verano, pero a fines de julio partió hacia Valladolid, donde se habían convocado Cortes de Castilla y León. Durante el camino de regreso, Carlos se desvió hasta Lerma y aprovechó para cazar. La caza le ayudaba a olvidar todos los problemas, aunque fuera por un breve espacio de tiempo.

Allí se enteró del fracaso del ataque del duque de Borbón ante los muros de Marsella, pese a que se habían lanzado ochocientos cañonazos sobre sus fortificaciones y se había abierto un imponente boquete en las murallas. El asalto a la ciudad francesa había sido ordenado por Carlos para debilitar la situación de Francisco I. Su enfado fue muy grande, y achacó el infortunio a la mano siniestra de Wolsey, dando por supuesto que el canciller de Inglaterra había avisado a los franceses del ataque —que estaba previsto desde varios meses atrás—, pues sus agentes le habían informado que el canciller había enviado un emisario a Francia al poco de entrevistarse con el embajador de España en Londres.

Bien fuera por el disgusto, por no haberse cuidado de manera adecuada durante una jornada de caza, o por ambas cosas, el hecho es que el emperador enfermó de fiebres tercianas. Aquejado por la calentura, Carlos ordenó que lo llevaran a Valladolid y que fueran a buscar a Pablo Losantos.

El médico se presentó en el palacio real todo lo deprisa que pudo.

—Losantos, menos mal que estáis aquí; debí llevaros conmigo a Navarra y a Burgos.

—¿Qué os pasa, majestad? Me dicen que habéis tenido fiebre.

—Sí, cada tres días; son esas fiebres que llaman «tercianas», supongo. ¿Os enseñaron en vuestra escuela algún remedio contra esta calentura?

—Los médicos cristianos llaman a esta enfermedad «el mal del aire» porque dicen que es en el aire donde se encuentra, y aplican remedios que resultan poco eficaces. Unos, siguiendo al romano Plinio, dicen que hay que colocarle al enfermo emplastes de sangre del menstruio de una mujer, y los curanderos, que hay que pronunciar varias veces la palabra «abracadabra», pero nada de eso sirve. Avicena, el más notable de todos los médicos, averiguó que estas calenturas suelen contraerse en zonas pantanosas donde hay aguas estancadas, y que la enfermedad está en esas aguas y se transmite por el aire. ¿Habéis estado en alguna zona así en las últimas semanas?

—Anduvimos cazando a orillas del río Alanza, por tierras de Lerma. Y sí, el agua apenas corría por el estiaje y vimos pozas con aguas estancadas llenas de mosquitos —explicó el emperador.

—Siempre aparecen las fiebres tercianas en esas condiciones; creo que Avicena tenía razón.

—Supongo que sabréis curarlas sin utilizar hechicerías, ¿verdad?

—No hay un remedio que se haya demostrado eficaz, pero he comprobado que lo mejor es descansar y aplicar emplastes de agua fría.

—Pues preparad algo, deprisa.

Tres semanas más tarde Carlos seguía con la calentura, que había pasado a manifestarse cada cuatro días.

—Ahora son las cuartanas, majestad, y hay muchas personas afectadas en toda la región que se extiende desde Valladolid hasta cerca de Burgos.

—¿Seguís sin encontrar un remedio? Esta maldita fiebre me está consumiéndome.

—Os recomiendo reposo absoluto; no se puede hacer otra cosa.

—En cuanto remita la fiebre tengo intención de ir a Tordesillas. He llegado a un acuerdo con el rey don Juan de Portugal: mi hermana Catalina se casará con él.

—Muy buena noticia. Me alegro mucho, majestad.

—Con esa boda, mi hermana pequeña podrá salir al fin de su reclusión; es lo que me recomendasteis en una ocasión.

—Sí, la princesa Catalina será feliz cuando lo sepa.

—Lo sabrá pronto, muy pronto.

## *Tordesillas, día de Todos los Santos, 1 de noviembre de 1524*

Aunque seguían causándole molestias cada pocos días, las fiebres remitieron con la llegada del otoño, y Carlos pudo al fin viajar a Tordesillas. Allí pasó todo el mes de octubre acordando con los embajadores portugueses las condiciones de la boda de su hermana menor con el rey Juan III, hijo de su tía María y del rey Manuel I, nieto, por tanto, de los Reyes Católicos, como el propio emperador.

—¿Sabes?, cuando yo vivía con tus tres hermanas mayores en Flandes, y nuestro abuelo Maximiliano acordó la boda de Isabel con el rey de Dinamarca, Leonor y María se sintieron muy tristes porque perdían a su hermana menor, pero yo les prometí que ellas también serían reinas, y lo son. Hace meses te dije que te guardaba una sorpresa, y aquí está: tú, Catalina, también vas a ser reina. Pasado mañana se firmarán tus esponsales con el rey Juan de Portugal —informó Carlos a su hermana, a la que había convocado para darle la noticia.

—Entonces, ¿saldré de aquí? —preguntó Catalina un tanto confusa.

—Claro. Una escolta de caballeros te llevará a Lisboa y allí vivirás en el palacio de tu esposo y serás su soberana. Portugal es el reino más rico de la cristiandad y sus palacios se cuentan entre los más lujosos de toda Europa. Serás feliz.

—¿Es joven mi futuro esposo?

—Don Juan tiene veintidós años, solo cinco más que tú.

—¿Y madre?, ¿qué va a ser de madre?

—Nuestra madre se quedará aquí. Los médicos dicen que no está bien de la cabeza, y que esto es lo mejor para ella.

—Madre está bien. Deja que venga conmigo...

—No, hermanita, eso no puede ser. Nuestra madre es la reina de Castilla, no debe vivir en un reino que no es el suyo. Entiéndelo. Somos Habsburgo, miembros de la noble casa de Austria, y nos debemos al honor de nuestra familia y a la fama de nuestro linaje. Eso nos obliga a comportarnos de manera distinta al resto de los hombres y mujeres de estos reinos. Quizá seamos dueños del destino de mucha gente, pero no lo somos del nuestro.

Catalina asintió ante las palabras de Carlos, que sonaban muy convincentes. La más joven de los hermanos del emperador solo quería salir de aquella prisión.

Esa misma noche Carlos ordenó a una escuadra de soldados que requisaran numerosos objetos de valor del palacio de Tordesillas. Los necesitaba para cubrir la dote de su hermana. Otra vez fueron vaciándose algunas arcas del tesoro de Juana que, pese a los constantes saqueos de su padre y, ahora, a los de su hijo, seguía siendo cuantioso.

Con cuerdas y garrochas se bajaron de los aposentos de la reina varios bienes del tesoro, y de nuevo, como ya ocurriera en otras ocasiones, las arcas que iban quedando

vacías se llenaron con ladrillos.

La reina Juana lo intuyó, pero esperó unos días a que se marchara Carlos para preguntar a su camarero dónde habían ido a parar todas aquellas riquezas. El camarero, avergonzado y balbuciente, confesó que se las había llevado su hijo el emperador, pero no reveló que lo había hecho para pagar la dote de Catalina por su boda con el rey de Portugal.

La reina no se inmutó ante el nuevo saqueo. Se limitó a mirar con toda tranquilidad a su servidor y le dijo:

—Si ha sido mi hijo quien lo ha ordenado es que debe necesitar ese dinero por una buena razón.

—Señora, yo no...

—Descuidad, ha sido una orden del rey y debe cumplirse. Obedeced siempre al rey, obedecedlo.

Juana se retiró a la sala donde solía pasar las tardes junto a su hija Catalina y las dos damas de compañía, a las que ya no se sumaban, pues el marqués de Denia lo había prohibido, Juana de la Cruz y María Losantos.

La reina todavía desconocía que su hija Catalina se marcharía pronto, muy pronto, y que sin ella iba a perder su único consuelo.

Carlos había marchado hacia el sur como le recomendó Pablo Losantos, pues desde el norte se acercaba un brote de peste que ya se manifestaba cerca de Tordesillas. Había cierto miedo a esta enfermedad, pues el año anterior una epidemia había matado, solo en Italia, a más de cincuenta mil personas.

Pasó la sierra Central y se detuvo unos días para cazar en las dehesas cercanas a la villa de Madrid, pobladas de abundantes ciervos, corzos y jabalíes, sobre todo en el coto del Pardo, donde había una villa a la que se retiraban los reyes de Castilla cuando querían aislarse de los brotes de peste que de vez en cuando asolaban las ciudades y villas principales.

Mientras el emperador cazaba en el Pardo, el rey de Francia dio un sorprendente golpe de mano y entró victorioso con su ejército en la ciudad de Milán, que, ante la superioridad de los franceses, tuvo que ser evacuada por las tropas españolas que la defendían.

Al regreso de una de las jornadas de caza le comunicaron a Carlos que había sumado un título más a la ya larga lista que ostentaba. Los frisios lo habían reconocido como su señor.

Con su hermana Isabel en la seguridad de Flandes, su hermana Leonor a su lado tras abandonar Portugal, su hermana María casada con el rey de Hungría y su hermano Fernando feliz con su esposa Ana de Hungría, la boda ya acordada de Catalina con Juan de Portugal hizo que Carlos se sintiera satisfecho por cómo estaba llevando a cabo la gestión de los asuntos familiares, que le correspondía como cabeza

de la casa de Austria.

¿Y su madre? Bueno, Juana había perdido la cabeza, ¿y qué importaba una pobre y loca mujer cuando lo que había que hacer era gobernar un inmenso Imperio?

### *Tordesillas, 2 de enero de 1525*

El marqués de Denia, gobernador del palacio de Tordesillas, ordenó a los guardias que lo acompañaran a buscar a Catalina. Tenía orden del emperador de enviarla ese mismo día a Portugal con una escolta que esperaba en el patio.

Juana la Loca acababa de desayunar en compañía de su hija. La reina de Castilla no sabía que aquella mañana sería la última que vería a su hija menor.

El de Denia entró en la sala y tras él lo hicieron cuatro fornidos soldados; tenía instrucciones expresas de inmovilizar a la reina por la fuerza si esta ofrecía alguna resistencia o intentaba retener a su hija.

—Ha llegado el momento, señora —dijo el marqués.

—¿Qué momento? —preguntó la reina.

—Doña Catalina se tiene que marchar. Unos guardias imperiales la escoltarán hasta Salamanca, donde se celebrará la ceremonia de la boda por poderes con el rey de Portugal. Desde allí partirán hacia Lisboa, donde la espera don Juan.

—¿Quién ha decidido eso? —demandó Juana.

—Don Carlos ha pactado su matrimonio con el rey don Juan, vuestro sobrino. Doña Catalina será reina de Portugal —explicó el marqués, que indicó a los guardias que se retiraran.

La reina cogió la mano de su hija y se la llevó a la mejilla.

—¿Podéis salir un momento? Me gustaría despedirme de mi hija a solas —le pidió Juana al marqués de Denia.

—Por supuesto, señora, pero sed breve. —El marqués se retiró.

—Mi niña... Hace años yo era una muchacha hermosa como tú. Un día mis padres me comunicaron que tenía que viajar al norte y que allí me esperaba un joven muy guapo con el que me iba a casar: tu padre el rey Felipe. Todavía recuerdo aquel viaje; nunca he vuelto a tener aquella ilusión. Cada día vuelve a mis ojos el momento en que lo vi por primera vez esperando mi llegada: joven, caballeroso, altivo, elegante... ¡Era tan hermoso...!

—Madre, yo...

—No, no digas nada, hija mía. Ve a ese reino, cástate con su rey y sé la reina de los portugueses. El rey de Portugal es hijo de mi hermana María, y, por tanto, también sois primos. Cuando estés casada con Juan, mantente fiel a tu esposo y nunca olvides que eres la nieta de Isabel la Católica y que llevas la sangre de las dos familias más nobles del mundo: los Trastámaras de Castilla y de Aragón y los Austrias. Y, sobre

todo, recuerda siempre que la dignidad de una reina se gana día a día durante toda una vida, pero que se puede perder en un solo instante. —Entonces se dirigió a las dos damas de compañía—: Mi hijita va a ser la reina de Portugal. ¿Qué os parece, queridas amigas?

—Será una digna soberana, como lo sois vos, majestad —respondió una de ellas.

—Sí, lo será —añadió la otra.

—Lisboa está al borde del océano. Dicen que su aire es húmedo, pero que sopla una brisa cálida muy agradable y que el sol tiñe de oro el mar en los atardeceres. Te gustará ese reino.

—Te escribiré, madre, te escribiré cartas y te contaré todo lo que me ocurra —terció Catalina.

—¡Señoras! No podemos esperar más tiempo; doña Catalina debe marcharse —ordenó el marqués de Denia, que irrumpió en la sala con tono impaciente.

Juana la Loca mantenía entre las suyas la mano de su hija.

El marqués hizo un gesto a Catalina para que se levantara y lo acompañara, pero la reina siguió asida a su mano. El de Denia tuvo que emplearse con determinación y tiró del brazo de la joven hasta que logró que su madre la soltara.

La mirada de Juana sobre el de Denia fue como una puñalada. Aquel malvado había tratado a la pequeña Catalina como a una malhechora; ni siquiera le permitía pasear por los corredores de la casona de Tordesillas y la mantenía encerrada muchas horas seguidas en una cámara sin luz alguna. Además, cuando escribía informes al emperador para darle noticias de su madre y de su hermana, el marqués se jactaba de cumplir con todo escrúpulo lo que le habían ordenado. Lo que no decía era que distraía regalos que algunos fieles le enviaban a la reina Juana y a su hija, de vez en cuando, y que se los quedaba para él y su familia.

—Acompañadme al mirador —pidió la reina a sus dos damas mientras el marqués de Denia se llevaba a la joven—, desde allí veremos a Catalina.

Apenas había transcurrido una hora cuando la comitiva salió del patio del palacio de Tordesillas. El capitán que mandaba la escolta dio la orden de partir tras recibir autorización del marqués. Las trallas de los carreteros restallaron en el aire y arrearon a las mulas, que se pusieron en marcha sobre el suelo helado arrastrando un par de carretas; en una de ellas iba Catalina.

Juana de la Cruz y María Losantos asistieron a la salida de la comitiva desde el patio. A ambas les hubiera gustado estar en esos momentos con la reina, pero ambas tenían prohibido hablar con ella.

—Abrigaos, señora, hace mucho frío —le dijo una dama a la reina al salir, a la vez que le ofrecía un cobertor de piel de lobo.

Abajo, las carretas y los caballos atravesaban el portón del palacio y comenzaban a descender la cuesta hacia el río.

La reina fijó sus ojos donde supuso que viajaba Catalina, la carreta más lujosa, sobre la cual ondeaba el estandarte imperial de la casa de Austria. Tuvo que imaginar

que su hija iba dentro de esa carreta, porque no pudo verla.

—Se asomará, seguro que se asomará —musitó la reina esperando que su hija apareciera o al menos sacara el brazo para saludarla.

La carreta llegó al río Duero, cruzó el puente y se alejó con el resto de la comitiva hacia el suroeste, por el camino de Salamanca. Juana la Loca la siguió con la mirada hasta que se perdió de vista en el horizonte.

Pasaron las horas. El frío se hizo más intenso conforme el sol comenzaba a declinar. En lo alto del mirador la reina seguía sentada en su silla de anea con la mirada fija en un punto perdido en la lejanía, hacia el suroeste.

—Se va a congelar. Debemos convencerla para que baje de aquí —comentó aterida de frío una de las damas, que no se había separado de la reina ni un instante.

—Tienes razón. Majestad, pronto se pondrá el sol, creo que deberíais bajar a vuestros aposentos —dijo la otra.

—Mi niña... —bisbisó la reina.

—Por favor, majestad. Está empezando a helar. Si no os retiráis de aquí, podéis enfermar...

Juana la Loca respiró hondo, se levantó y siguió las indicaciones de su dama como una autómatas. No hubo consuelo alguno para la mujer que ceñía sobre su cabeza la corona de Castilla.

### *Madrid, fines de enero de 1525*

Seis meses después del primer acceso, las fiebres cuartanas casi habían desaparecido por completo, y Carlos se encontraba mucho mejor. Aquella mañana incluso había ido a cazar al soto del Pardo.

Durante el desayuno había leído una carta remitida por el secretario que acompañaba a su hermana Catalina en su viaje a Portugal. La enviaba desde la localidad de Garrovillas de Alconétar, a orillas del río Tajo y cerca ya de la frontera, y en ella le comunicaba que la comitiva había tenido un serio percance al atravesar ese río, pues la barca en la que iba Catalina había zozobrado y volcado, lo que había provocado que todos los que la ocupaban cayeran al agua y a punto estuvieran de ahogarse. El secretario atribuía a un milagro de la divina providencia que la hermana del emperador hubiera salvado la vida. En realidad se había librado de una muerte cierta gracias a que dos soldados que sabían nadar se arrojaron al río y lograron rescatarla de las aguas del Tajo.

El ánimo del emperador se había elevado con la notable mejora de su salud y la noticia de que el papa y la Serenísima República de Venecia habían acordado confirmar la alianza con el Imperio ante las amenazas del rey de Francia y la invasión del norte de Italia por su ejército.

En la decisión de los venecianos había tenido mucho que ver el informe remitido por Gaspar de Contarini, embajador en Castilla de la Serenísima República. El embajador, además de informar sobre cuestiones de alta política, hacía una precisa descripción del físico del emperador. Lo presentaba como un hombre de estatura mediana, de piel color blanco pálido, poco rubicundo, cuerpo bien proporcionado, hermosas piernas, brazos fuertes, nariz algo aguileña y ojos ávidos; destacaba la rotundidad de su mentón y de toda su mandíbula inferior, de la que indicaba que no parecía pertenecer a su mismo cuerpo, sino que semejaba como postiza. Tal era su prognatismo que Contarini señalaba que el emperador ni siquiera podía unir los dientes de arriba con los de abajo, de manera que no alcanzaba a cerrar la boca, pues ambas filas de dientes quedaban separadas por el grosor de casi un dedo. Este defecto, continuaba el embajador, le impedía hablar correctamente y era el responsable de que tuviese dificultades a la hora de pronunciar algunas palabras y de que balbucease de forma notable al final de las frases, que no se le entendían bien. Añadía, además, que su aspecto era grave, pero sin llegar a ser cruel, ni siquiera demasiado severo.

Al emperador le seguía preocupando que los partidarios de Lutero no cedieran en sus reivindicaciones y sus críticas a la Iglesia de Roma, y que algunos príncipes alemanes vieran con buenos ojos y apoyaran incluso sus planteamientos y su doctrina, sobre todo Federico de Sajonia, quien, aunque continuaba proclamando su fidelidad a Roma y aireando su catolicismo, protegía a Lutero.

—Los franceses han rechazado nuestra oferta para llegar a un acuerdo; la guerra es inevitable. Hombres de letras como Erasmo de Rotterdam y Luis Vives han escrito abogando por la paz entre los cristianos, pero nos dirigimos a la guerra con Francia como única alternativa de responder a la agresión de su rey —lamentó el canciller Gattinara, visto el informe que acababa de recibir de Italia.

—Contamos con la alianza de Venecia y del papa; podemos derrotar a los franceses.

—Don Francisco atravesó los Alpes a mediados de otoño con treinta mil soldados; a ese contingente se han sumado otros diez mil. Este invierno ese ejército ha tenido problemas de abastecimiento. Nuestras tropas tuvieron que evacuar Milán, pero se han hecho fuertes en Lodi y en otras fortalezas de esa región. Hemos enviado refuerzos con el marqués de Pescara, el virrey de Nápoles y el duque de Borbón, a quien tanto odia Francisco. Disponemos ahora en el norte de Italia de trece mil infantes alemanes, seis mil españoles, tres mil italianos, dos mil trescientos jinetes y diecisiete cañones; además, don Antonio de Leyva manda en la plaza de Pavía a cinco mil lansquenets alemanes, mil españoles y trescientos caballeros de armas — el canciller acabó de leer el informe.

—Nos superan en cuatro a tres —calculó el emperador.

—Sí, majestad, pero los nuestros están mejor posicionados.

—Habrá una gran batalla.



—Eso esperamos; y de su resultado dependerá el destino de esta guerra.

—Enviad cartas de apoyo a nuestros capitanes en Italia; la suerte del Imperio queda ahora en sus manos.

### *Pavía, 24 de febrero de 1525*

Sabía que vendrían. Fernando de Ávalos, marqués de Pescara y general del ejército imperial en Italia, estaba preparado. En los últimos años siempre había permanecido a la sombra de Fabricio Colonna, a quien el emperador había otorgado el mando supremo de su ejército en Italia porque lo consideraba un estratega superior al marqués.

No hacía mucho que Fernando de Ávalos se había trasladado a Valladolid para tratar de convencer a Carlos de que él podía dirigir las tropas y de que su capacidad militar era igual o superior incluso a la del condotiero Colonna. En aquellas entrevistas se había expresado con tal determinación que se había granjeado la amistad del emperador.

Aquella era su gran oportunidad para demostrar que era el mejor estratega, a la altura del mismísimo Gran Capitán, el general más competente que había dado hasta entonces el ejército de todos los reinos de España.

Pavía era una ciudad mediana situada a orillas del río Ticino, a una jornada de camino al sur de Milán. Hacía ya algunas semanas que el general Antonio de Leyva resistía el asedio de los franceses dirigidos por el propio rey Francisco I. Treinta mil soldados y cincuenta y tres piezas de artillería constituían la formidable fuerza de choque que asediaba la ciudad, a la que defendían poco más de seis mil soldados imperiales.

La artillería francesa disparó las cargas de sus cañones contra los muros del flanco norte de la ciudad, que aguantaron el envite de decenas de proyectiles. Leyva estaba dispuesto a resistir hasta el fin y arengó a los defensores para que no decayera su ánimo, pues estaba convencido, les dijo, de que el emperador no los abandonaría a su suerte.

Desde su campamento, un par de millas al norte de la ciudad, el rey de Francia esperaba rendir pronto la plaza.

Un jinete llegó a todo galope ante el pabellón real. Estaba exhausto y muy alterado.

—¡Sire, tropas españolas se acercan desde el norte! Han logrado cortar nuestras vías de suministro con Milán —gritó mientras descendía del caballo ante su rey.

—¿Cuántos son?

—Unos veinte mil; la mayoría, lansquenets alemanes y arcabuceros e infantes españoles.

—¿Traen caballería? —preguntó el rey.

—Apenas unos centenares de jinetes.

—¿Qué hacemos, sire? —preguntó uno de los generales de Francisco.

—Mantened las posiciones y seguid bombardeando los muros de Pavía hasta que hagamos un boquete por el cual podamos lanzar nuestras fuerzas al asalto. Esas tropas de fresco no se atreverán a cargar contra nuestras posiciones de asedio.

El ejército de socorro mandado por el marqués de Pescara había partido del pueblecito de San Genersio y ahora avanzaba a paso ligero hacia Pavía a través de una vaguada en una compacta formación de piqueros y arcabuceros que se movía como un gigantesco erizo.

El rey de Francia, a la vista de la llegada de los infantes imperiales y viendo que no se detenían como había supuesto que harían, ordenó a su orgullosa caballería que cargara contra las compactas formaciones de piqueros que avanzaban con determinación. Los caballeros pesados franceses formaron en cinco líneas y avanzaron al trote con sus lanzas en ristre. Cuando llegaron a unos doscientos pasos de los imperiales, espolearon a sus monturas y cargaron al galope.

Los veteranos lansquenets alemanes se dispusieron en formación cerrada, apuntaron sus largas picas al frente a una orden de su capitán cuando los jinetes pesados franceses llegaron a unos treinta pasos, y se dispusieron a aguantar firmes aquella carga. Los caballos dudaron asustados ante lo que parecía una enorme masa de púas aceradas señalando sus pechos y, aunque estaban entrenados para la batalla, frenaron su galope pese al acicate de sus jinetes.

Entonces, protegidos por los lanceros, los arcabuceros españoles apuntaron sus armas y dispararon una carga de tal potencia que arrasaron las primeras filas de la caballería provocando un absoluto desconcierto.

Desde su puesto de mando, Francisco I observó preocupado lo que estaba sucediendo en el combate y, pese al fallido primer envite, ordenó a su caballería una carga total y dio instrucciones para que fuera apoyada por la artillería. Pero los tres mil arcabuceros de Ávalos, disparando como posesos, pero con orden y sin descomponer sus filas, barrían una y otra vez a los jinetes franceses, cuya infantería se sumía en una absoluta confusión sin saber a qué atenerse ni cómo comportarse en aquella lid. Además, la artillería francesa tuvo que detener sus disparos, pues sus proyectiles caían sobre su propia caballería.

Desde los muros de Pavía, el general Antonio de Leyva, que había combatido a las órdenes del Gran Capitán en la guerra de Granada, comprendió que había llegado el momento de lanzar una contraofensiva, a fin de pillar al enemigo entre dos fuegos. Sabía que, tras varias semanas de asedio, sus hombres estaban exhaustos y hambrientos, pero en una encendida arenga les pidió un último y gran esfuerzo.

Cuatro mil infantes dirigidos por Leyva salieron a la carrera de Pavía y cargaron contra los sorprendidos franceses por su retaguardia. Atrapados entre dos fuegos, los asustados sitiadores se vieron rodeados por todas partes y cundió entre ellos la

desesperación, el caos y el miedo.

En el campamento real, Francisco mantenía la posición al lado de sus más fieles caballeros, pero pronto llegaron hasta allí las primeras líneas de la infantería española, cuyos soldados corrían como demonios. El rey, varios nobles y su guardia personal trataron de abrirse paso combatiendo a pie, pero un círculo mortal de hojas de acero, largas picas y estruendosos arcabuces se fue cerrando sobre ellos. En el caos de la refriega, Francisco I cayó al suelo y, al intentar levantarse, sintió cómo un estoque apuntaba directamente a su cuello.

—Si os movéis, sois hombre muerto —sonó la voz recia y con absoluta determinación del soldado vasco Juan de Urbietta.

Enseguida acudieron otros tres soldados, un gallego, un granadino y un griego, que inmovilizaron al rey de Francia.

—Esta es una buena pieza —dijo el gallego.

—¿Quién sois? —le preguntó Urbietta al prisionero, que se mantuvo en silencio—. Condenado... Decidme quién sois u os rebanaré el gazonate ahora mismo.

—Detente. Este tipo es alguien muy importante. Mira su lujosa vestimenta —señaló el granadino.

—Llémosle ante el general Ávalos; él sabrá qué hacer con este individuo.

En el camino hacia el puesto de mando español, Francisco I contempló su derrota. Miles de soldados franceses y suizos yacían sobre los campos de Pavía abatidos por las lanzas de los lansquenets alemanes o por los disparos de los arcabuceros españoles.

La flor de la nobleza francesa y casi todos sus generales habían caído muertos, estaban gravemente heridos o habían sido apresados. La desolación de los franceses que habían logrado sobrevivir a la batalla era total.

—General, hemos atrapado a este pez gordo. Creemos que es alguien importante, aunque no ha abierto la boca. Tal vez no nos entienda —dijo Juan de Urbietta al presentarse con el destacado prisionero ante el marqués de Pescara.

Fernando de Ávalos supo enseguida ante quién estaba.

—Señor —lo saludó el marqués con una amplia reverencia, a la vez que inclinaba la cabeza ante el orgulloso cautivo.

—Sire —el duque de Borbón, su gran enemigo, hincó la rodilla en tierra, le cogió la mano y se la besó—. Entregadme la espada ahora mismo —le ordenó a Juan de Urbietta.

—¿Pero quién es este hombre? —preguntó sorprendido el soldado granadino ante las muestras de respeto de sus dos generales hacia el cautivo.

—¡Quién va a ser, idiota! ¿Es que aún no te has dado cuenta? ¡Se trata del rey de Francia! —repuso el gallego.

—¡Por las espinas de la corona de Cristo, hemos apresado a un rey! —El granadino abrió los ojos asombrado de su hazaña.

—Perdonad a este gañán, alteza. No sabría distinguir a su madre de una cabra.

¿Estáis herido, sire?

Francisco I tenía heridas superficiales en la mejilla y en la mano, de las que sangraba aunque sin demasiada efusión.

—Unos rasguños sin importancia —contestó el rey en francés.

—Mi cirujano os curará esas heridas enseguida —dijo el marqués de Pescara.

—No es necesario —repuso el rey, ahora en un balbuciente castellano.

—Perdonad que insista, sire —reiteró el de Pescara.

Francisco de Francia asintió. Procuraba mantener la dignidad real, pero sus ojos se movían erráticos y su rostro denotaba una enorme confusión. Aquella derrota le recordó otra no menos terrible que sufrió Francia un siglo atrás, cuando en el año de 1415 la orgullosa caballería con lo más granado de la aristocracia francesa fue batida en los campos de Azincourt por los infantes ingleses y los arqueros galeses.

Ahora volvían a hacerlo los piqueros y arcabuceros españoles y alemanes. La caballería francesa, que en otro tiempo se creyera invencible, había dejado de serlo de golpe.

### *Madrid, 9 de marzo de 1525*

—El emperador todavía está durmiendo —alegó el ayuda de cámara.

—Pocas veces va a tener un despertar tan alegre como el de hoy. Abrid esa puerta ahora mismo —ordenó el canciller Gattinara.

Carlos dormía en su alcoba del alcázar de Madrid; a esa misma hora el canciller Wolsey despertaba a Enrique VIII de Inglaterra en su alcoba del castillo de Windsor para darle cuenta de la misma noticia.

—Majestad —Gattinara alzó la voz para despertar a Carlos.

—¡Don Mercurino! ¿Qué ocurre?

—Vuestro ejército ha obtenido una victoria total en Pavía.

Carlos se desperezó, se incorporó sobre la almohada y procuró despejarse del sopor.

—Contadme eso como la ocasión requiere.

Una hora más tarde Carlos se reunía en una sala del alcázar real de Madrid con varios de sus consejeros.

—La de Pavía ha sido una victoria formidable. Los franceses han sufrido unas quince mil bajas entre muertos y heridos, además de otros tantos prisioneros. De los nuestros solo han caído unos mil quinientos hombres. Todos los grandes nobles y altos señores de Francia o han muerto en la batalla o han sido hechos prisioneros —informó Gattinara.

—Excelente —apostilló el emperador.

—Además, el rey don Francisco ha sido capturado y está bajo custodia a la espera

de que vuestra majestad decida qué hacer con él.

—Hablaemos de ello.

—Y todavía hay más buenas noticias.

—¿Mejores aún?

—Sí, majestad. El almirante genovés Andrea Doria ha proclamado que se pone a vuestro servicio con toda su flota, y os reconoce como único soberano.

Entre los consejeros se alzaron voces y murmullos de satisfacción porque Doria, un almirante genovés, era considerado el mejor comandante en el mar.

—Magníficas noticias, don Mercurino. Ya veremos qué hacer con don Francisco, pero entre tanto escribid a Andrea Doria aceptando sus servicios y, a la vez, comunicadle su nombramiento como almirante supremo de la flota imperial.

### *Valladolid, abril de 1525*

Leonor de Urra volvía a estar embarazada. Pablo Losantos sintió una inmensa alegría, aunque se preocupó porque a la edad de su esposa muchas mujeres solían tener dificultades en el parto.

—Tendremos un segundo hijo, y seguro que será un varón —le dijo Leonor.

—No me importa si es varón o hembra, lo que deseo es que venga bien y que tú superes el parto sin problemas. Ya tienes casi cuarenta años...

—No soy una jovencita, pero te aseguro que me cuidaré cuanto sea preciso para que nuestro hijo nazca sin problemas.

—Eres tú la que me preocupa ahora.

—Tu madre se pondrá muy contenta. Su segundo nieto...

—Lástima que mi padre muriera antes de verlo. Iré a Tordesillas en cuanto pueda. El emperador anda ocupado con importantes asuntos. ¿Sabes que tiene preso al rey de Francia?

—¿Prisionero?, ¿en una cárcel?

—Sí. En la batalla de Pavía el rey Francisco cayó en manos de unos soldados españoles y ahora está en poder de don Carlos. Supongo que lo utilizará para acordar un ventajoso tratado con Francia.

### *Toledo, fines de abril de 1525*

Antes de partir hacia Toledo, el emperador ordenó que llevaran a Francisco I a Madrid y que quedara custodiado en el alcázar a la espera de entablar negociaciones con Francia.

La cancillería imperial envió cartas a los concejos de las principales ciudades de

España y a los más destacados eclesiásticos informando sobre la gran victoria en Pavía y la captura y prisión del rey francés. El emperador destacaba en esas misivas sus deseos de paz universal, pero a la vez sus agentes cerraban una alianza militar con Venecia y el papa. A Clemente VII le decía que, a pesar de los desencuentros que habían tenido en su primer año y medio de pontificado, nunca había dudado del afecto que le profesaba.

Como medida de acercamiento al papa, Carlos dictó una cédula en la cual ordenaba que se preparara el bautismo de todos los hijos de moros en aquellos reinos donde estos todavía podían practicar sus ritos y acudir a rezar a sus mezquitas, como era el caso del reino de Aragón y del principado de Cataluña.

En el trayecto de Madrid a Toledo el emperador visitó los castillos de algunos nobles y cazó casi todos los días. Tras dar un rodeo, llegó el día 27 de abril al monasterio de Guadalupe, donde permaneció una semana en medio de grandes fiestas y regocijos. Allí recibió a los embajadores enviados por Basilio III, gran príncipe de Moscú.

—¿Quién es ese Basilio? —le preguntó Carlos a su canciller mientras hacía esperar a los embajadores rusos.

—Es el hijo y sucesor del gran príncipe Juan III de Moscú, al que ellos llamaban Iván el Grande. El de Moscú era uno más de entre varios principados rusos, pero Juan III lo convirtió en el más poderoso de todos cuadruplicando su extensión mediante conquistas y alianzas. Ahora es el reino más fuerte al este del Imperio y puede constituir un buen aliado contra el turco. Basilio III busca una salida al mar Negro y allí se encontrará con los otomanos, de modo que si pactamos con los rusos, los turcos deberán atender su flanco norte y eso hará que desvíen tropas y recursos hacia esa zona, debilitando la fuerza de su ejército en el Danubio y en el Mediterráneo. —Gattinara se explicaba ante un mapa de Europa, en el que señalaba a Carlos los movimientos y los territorios que entrarían en liza si se llegaba a un acuerdo con los rusos.

—Lo haremos como proponéis.

—Majestad, vos sois el monarca elegido para ejecutar la justicia divina —le dijo el canciller—. Y para ello debemos concretar un gran plan que facilite la misión que os ha sido encomendada por el Altísimo. Vuestro cometido es acabar con los reformadores como Lutero, que, si muere su protector el duque Federico de Sajonia, será tarea más fácil. Es preciso liquidar la terrible amenaza que para toda la cristiandad supone el Imperio otomano. La alianza con el gran príncipe de Moscú es muy importante, sobre todo tras la derrota del rey de Francia. El mundo, señor, está en vuestras manos; Dios lo ha puesto en ellas para que forjéis un imperio mundial.

—Para dominar y gobernar el mundo hay que conocerlo. —Carlos pasó su mano por el gran mapa de Europa que el canciller había desplegado encima de una mesa—. Encargad que se hagan mapas en los que se representen todas las partes del mundo conocidas —ordenó el emperador, que comenzaba a obsesionarse por el dominio del

mundo.

—Nuestros cartógrafos están haciendo una buena labor, pero todavía quedan tierras incógnitas —añadió Gattinara.

—Pues preparad la mejor colección posible de mapas. Necesitamos tener un conocimiento preciso de la forma del mundo, su tamaño real, los reinos que lo forman...

—Nos pondremos a ello de inmediato, señor.

—Disponed también que se guarden en un archivo los escritos, cartas y relaciones de nuestros adelantados, almirantes, cronistas y conquistadores.

—Tenemos depositados en la cancillería imperial varios de esos informes, entre ellos los diarios de viaje de don Cristóbal Colón en los que el almirante describe sus periplos y su idea del mundo, que, aunque equivocada, sirvió para abrir la ruta hacia las Indias Occidentales y el Nuevo Mundo.

—Don Cristóbal tuvo éxito porque mis abuelos los Reyes Católicos creyeron en él y apoyaron su empresa.

—Vuestros abuelos fueron los que lograron purificar las Españas con el triunfo sobre los reyezuelos moros de Granada, la expulsión de los judíos y el bautismo de los moros de Castilla; además, llevaron la religión de Cristo Nuestro Señor a las Indias.

—Aún quedan moros en las Españas, don Mercurino, de modo que deberemos paliar esa anomalía —expuso Carlos.

—Sí, majestad, debe hacerse.

—Bien, en cuanto quede resuelto el asunto de la prisión del rey de Francia, emitiremos un decreto para el bautismo obligatorio de los moros de Aragón y de Cataluña, como ya hicieron mis abuelos con los de Castilla años atrás y como ha hecho doña Germana con los de Valencia.

—Es lo justo, majestad.

—Y ahora vayamos a ver a esos embajadores rusos, que ya los hemos hecho esperar demasiado.

### *Toledo, mediados de julio de 1525*

El emperador se encontraba bien en Toledo, donde se estaban celebrando Cortes de Castilla y León convocadas en nombre de los reyes don Carlos y doña Juana. Esta antigua ciudad, sede principal de los reyes godos, se ubicaba en el centro de España, y esa equidistancia a todas partes permitía llegar a las ciudades más alejadas del territorio en apenas dos semanas. Carlos pensó que Toledo sería un buen lugar para establecer la sede real de manera definitiva, como los reyes de Francia lo habían hecho en París o los de Inglaterra en Londres. Y, además, el clima era algo más

benigno que el de Valladolid, hasta entonces considerada la sede principal de la corte castellana.

Pasaban un par de horas del mediodía cuando al emperador le comunicaron la noticia. Desde Valencia había llegado una carta en la que Germana de Foix le anunciaba la muerte de su segundo esposo, el marqués de Brandeburgo.

—Doña Germana ha llevado a cabo una gran labor en Valencia. Desde que ella llegó, el movimiento de las Germanías se ha disuelto por completo; pero ahora ha vuelto a quedarse viuda; es una lástima... —comentó Gattinara.

—Sí, necesitará un tercer esposo —asentó Carlos—. Por muy fuerte que sea una mujer, siempre es preciso que tenga un hombre a su lado. ¿Se os ocurre alguien como nuevo esposo de doña Germana, señor canciller?

—Humm..., sí; don Fernando, el duque de Calabria —dijo Gattinara sin apenas pensarlo.

—No es mala elección.

—Es un hombre fiel a vuestra majestad. Pudo haber encabezado el movimiento de los comuneros castellanos, pero no quiso aceptar esa oferta. Si lo hubiera hecho, nos habría causado muchos problemas.

Gattinara obvió comentar que los comuneros no solo le habían ofrecido el mando de su movimiento al duque de Calabria, sino que incluso le habían sugerido que se casara con la reina Juana, lo que lo habría convertido en rey de Castilla y padraastro de Carlos desatando un problema dinástico de consecuencias demoledoras para los intereses del emperador. Fernando de Calabria era hijo de Federico I, quien fuera rey de Nápoles hasta que perdió ese reino a manos de Fernando el Católico tras la conquista que dirigió el Gran Capitán.

—Sí, puede ser él. Su fidelidad merece esa compensación. ¡Qué ironías tiene el destino! Don Fernando fue tomado prisionero por el Gran Capitán y ahora va a ser el esposo de la viuda del rey que le quitó el reino de Nápoles a su propio padre.

—Señor, hay otra cuestión sobre la que no debemos dejar pasar más tiempo.

—Sí, ya sé lo que vais a decirme, y tenéis toda la razón: mi matrimonio.

—Las Cortes acaban de proponer que os caséis con doña Isabel de Portugal, y creo que es tiempo de hacerlo. Ya tenéis veinticinco años, y es hora de que el Imperio y España tengan un heredero —asentó Gattinara recordándole a Carlos que los procuradores reunidos en Cortes en Toledo acababan de firmar y avalar esa petición.

—¿Y qué hay de mi proyecto de boda con María de Inglaterra?

—En ese acuerdo se pactó que vuestro tío el rey don Enrique tenía que aportar una dote de seiscientos mil ducados para celebrar vuestro matrimonio con su hija, y se ha negado a hacerlo, de modo que no tenéis ningún compromiso al respecto; sois libre para casaros con quien deseéis. Además, doña María también ha sido ofrecida en matrimonio al rey de Francia, o a su delfín, y quién sabe a cuántos príncipes más.

—¿Y nuestra deuda con Wolsey? Ascende a medio millón de coronas. El dinero de la dote de doña María hubiera servido para pagarla —alegó Carlos.



—Tras vuestra victoria en Pavía y el pacto con Venecia y el papa, ya no necesitamos ni a Inglaterra ni a Wolsey —asentó Gattinara—. Habéis vencido a Francia sin su ayuda y lo habéis hecho de manera contundente. Además, don Enrique tiene problemas en su propio reino. Él y Wolsey están esquilmando a los campesinos y a los mercaderes, lo que ha provocado revueltas en las principales ciudades, sobre todo en Londres. Informan nuestros agentes en Inglaterra que el cabecilla de los rebeldes londinenses, preguntado por el nombre de su rebelión, ha contestado de modo escueto: «Su nombre es pobreza».

—Mi tío don Enrique está perdiendo la razón —dijo Carlos.

—Eso es lo que aseguran nuestros agentes en Londres.

—Don Enrique era hasta no hace mucho tiempo un hombre jovial al que gustaba participar en torneos y juegos de toda clase, componer música y bailar, pero se está volviendo un hombre tortuoso y anda mortificado por no tener un hijo varón.

—Por eso ha relegado a su esposa, vuestra tía doña Catalina, a una vida apartada de la corte. La reina pasa todo el día tejiendo y cuidando de su hija la princesa doña María...

—La que pudo ser mi esposa...

—Sí, majestad.

—Don Enrique está desesperado desde que murió su último hijo varón hace ya siete años.

—Y culpa de ello a una especie de castigo divino.

—Bien, lo que le ocurre a mi tío el rey de Inglaterra parece una señal, de modo que me casaré con doña Isabel. Poned en marcha esa boda y pactad unas buenas condiciones con el rey de Portugal.

En apenas tres días Gattinara cerró con los embajadores de Portugal el acuerdo para la boda de Carlos e Isabel. Los dos primos hermanos se casarían en un plazo de tiempo no superior a un año y el rey Juan III aportaría como dote de su hermana la cantidad de 293 668 doblas de oro, que era justo la cantidad que Juan le había prestado a su primo Carlos para hacer frente a los gastos de la guerra contra los comuneros, más la dote que le debía el emperador por la boda de Juan III con Catalina, la hermana pequeña de Carlos.

—No es un mal acuerdo —comentó el emperador a su canciller al ratificar los términos de los pactos matrimoniales.

—Todavía no hemos cerrado el asunto de la dote; esa cantidad es la mínima que pedimos, pero creo que conseguiremos otro medio millón de doblas de los portugueses cuando en un par de meses se firmen las capitulaciones matrimoniales.

Una vez más, dos hermanos de la casa de Austria se casaban con dos hermanos de un reino, ahora el de Portugal; de nuevo los Habsburgo utilizaban el matrimonio como principal arma para su política de alianzas y pactos internacionales. Hasta ese momento, la táctica les había dado estupendos resultados.

—Excelente —suspiró aliviado Gattinara cuando Carlos firmó el acuerdo

matrimonial con los portugueses—. Ahora nos queda solucionar el asunto del rey de Francia. Con vuestro permiso, hemos solicitado a los *consellers* de Barcelona que suspendan cualquier tema relacionado con el uso de la fuerza militar, pues reclamaban una intervención de nuestro ejército en el sur de Francia, y les hemos pedido que reciban con toda cordialidad a la hermana del rey don Francisco, que viene a Castilla para participar en las negociaciones sobre la liberación de su hermano.

—Si quiere ser libre, don Francisco tendrá que pagar dinero, mucho dinero —musitó Carlos.

### *Madrid, 19 de septiembre de 1525*

El verano tocaba a su fin. Carlos había pasado varias semanas despachando asuntos de trámite y a fines del mes de agosto decidió dejar Toledo.

Durante los primeros días de septiembre anduvo por Aranjuez, sin entrar en Madrid, donde quince días antes habían llevado a Francisco I de Francia, y luego por Segovia, en cuyos montes estuvo de caza en espera de acudir a Madrid, donde el canciller Gattinara ya había comenzado las negociaciones con los embajadores franceses.

Al atardecer del lunes 18 de septiembre, el emperador Carlos llegó a Madrid y antes de cenar se dirigió al alcázar para visitar al rey de Francia, pues le habían dicho que se encontraba muy enfermo.

—Querido primo —Carlos saludó a Francisco con amabilidad en francés—, me dicen que no os encontráis bien, y a lo que veo es cierto.

El rey de Francia, que acababa de cumplir treinta y un años, era un hombre de ojos almendrados y rasgados —uno de ellos muy enrojecido—, que destilaban un brillo avispado. Tenía la nariz larga con la punta caída, labios sensuales, y lucía una barba negra y densa. En lo que a su constitución se refiere, era algo barrigudo y de piernas muy largas.

—Majestad —Francisco hizo ademán de incorporarse de la cama.

—No os mováis, os lo ruego —Carlos lo retuvo con delicadeza.

—Hace unos días que sufro de alta fiebre y calentura.

—Permitid que os trate uno de mis médicos.

—No es necesario...; ya se pasará.

—Os lo ruego, sire; se trata de mi mejor médico. Os aliviará.

—De acuerdo. Os lo agradezco.

—Y ahora me retiro; solo quería saludaros y comprobar vuestro estado de salud.

Esa misma noche Pablo Losantos, que había viajado con el rey desde Segovia a Madrid, visitó al rey de Francia y le suministró algunos remedios para calmar la

fiebre y rebajar la calentura.

A la mañana siguiente Francisco I estaba bastante mejor y pudo recibir a su hermana.

Carlos aguardaba a la señora de Alençon, la hermana del rey francés, al pie de la escalera del alcázar, una antigua fortaleza de aspecto tosco y con pocos lujos que de ninguna manera se podía identificar como el palacio de un rey.

—Señora, sed bienvenida a Madrid —Carlos le besó la mano al estilo del ceremonial de la corte de Borgoña.

—Majestad —la hermana del rey de Francia hizo una ligera genuflexión—, os agradezco la oportunidad que me brindáis de visitar a mi hermano el rey Francisco.

—Os acompañaré hasta su aposento. Ha estado unos días aquejado de fiebres, pero me han dicho que esta mañana se encuentra mucho mejor. Lo ha atendido mi mejor médico.

Se dirigieron a la estancia donde Francisco estaba preso y custodiado por una permanente guardia de soldados.

Los dos hermanos se abrazaron y Carlos les dijo que los dejaba solos, pues tenía cosas que hacer en una localidad cercana a Madrid llamada Getafe y luego debía regresar a Toledo. Les comunicó que había dado órdenes para que su estancia en España fuera lo más agradable y placentera posible, y se despidió mostrando su lado más amable y cordial.

Antes de salir hacia Getafe y Toledo, dio instrucciones al canciller para que se cerrara cuanto antes la negociación con los franceses, pues quería dejarla lista para cuando se firmaran las capitulaciones definitivas de su boda con Isabel de Portugal.

Gattinara dirigió con mano dura las negociaciones con los franceses. El gran canciller imperial comenzó pidiendo una indemnización de tres millones de soles de oro y la entrega de la Borgoña a Carlos de Austria, alegando que Francia se la había anexionado de manera injusta y que esa región era parte sustancial de la herencia de Carlos, al haber pertenecido a la familia de su abuela paterna. Como inicio de las negociaciones no estaba mal.

### *Toledo, fines de octubre de 1525*

Era el emperador y el jefe del ejército más poderoso del mundo. Sus soldados combatían en Alemania, Italia, el Mediterráneo y las Indias bajo sus estandartes y sus banderas, pero a sus veinticinco años Carlos nunca había participado en una batalla.

Desde niño había sido educado para convertirse en general, había recibido clases de estrategia militar y se había ejercitado en el manejo de todo tipo de armas, incluso era un excelente tirador con ballesta y con arcabuz; pero le faltaba el timbre de gloria que algunos consideraban que solo se podía ganar en combate y que marcaba a los

grandes generales.

Aquella mañana Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba, le había remitido un amplio informe sobre la necesaria reorganización del ejército, que creía imprescindible para conseguir la supremacía en Europa y, sobre todo, para poder derrotar a los turcos en el Danubio y en el norte de África.

La nueva organización del ejército se basaba en lo que ya había puesto en marcha veinte años antes Gonzalo Fernández de Córdoba durante la conquista del reino de Nápoles. El Gran Capitán había creado unos regimientos llamados «coronelías», formados por soldados veteranos curtidos en la guerra de Granada.

Sobre ese plan se creaban ahora los tercios, la unidad principal del ejército. Un tercio quedaba integrado por tres mil hombres, y dos tercios formaban una coronelía. Para garantizar la plena operatividad del ejército en cualquier situación, se establecía que en cada momento estarían dispuestos y en activo tres tercios, es decir, nueve mil soldados veteranos formados y entrenados por expertos capitanes, de manera que pudieran actuar de inmediato y con toda celeridad si la situación así lo requería, sin tener que esperar a reclutar mediante levadas nuevas tropas, lo que siempre era lento y retrasaba mucho la operatividad.

En el informe se incluía lo que costaba mantener esos tres tercios permanentes con soldados bien formados y expertos procedentes principalmente de Castilla. Esos tercios de veteranos, a los que pronto se conocería como «los tercios viejos», debían ser la garantía del éxito y la fuerza de choque que acudiera de inmediato donde su presencia se hiciera más necesaria. El duque de Alba suponía que su destreza, su preparación, su capacidad de combate y su profesionalidad los harían invencibles en un combate contra fuerzas similares.

Los tercios estaban constituidos por batallones de infantería, equipados con picas, arcabuces y espadas, y apoyados con falconetes, unos cañones pequeños y ligeros que podían ser transportados con facilidad y rapidez al lugar del conflicto y que habían demostrado ser muy útiles además contra las cargas de la caballería. Con todo ello, la infantería española se convertía en la mejor del mundo.

El punto débil del ejército imperial seguía siendo la caballería, menos contundente y peor preparada que la francesa, y menos ágil y más lenta que la turca. Por el momento, los estrategas que habían adaptado las técnicas de combate del Gran Capitán preferían centrarse en la infantería, a la que consideraban mucho más eficaz gracias a las nuevas armas de fuego. Derribar a un caballero a cien pasos de distancia, aunque fuera forrado de hierro de pies a cabeza, ya no era un impedimento para la fuerza de penetración de los nuevos arcabuces, cuyos proyectiles podían atravesar sin dificultad las más gruesas corazas de acero.

—Algún día tendré que ponerme al frente de ese ejército en una batalla —comentó Carlos señalando el informe que le habían presentado.

—No es conveniente, majestad. Participar directamente en combate supone un riesgo innecesario, como le ha ocurrido al rey Francisco —le dijo Gattinara.

—Tal vez, pero un general debe estar al lado de sus tropas y no a salvo en la retaguardia. Así lo hicieron Alejandro el Grande, Aníbal o el mismo Carlomagno. ¿No habéis leído esos libros de caballerías en los que los grandes héroes son siempre los mejores y más arrojados guerreros, los primeros en entrar en combate y los últimos en abandonar el campo de batalla?

—Esos libros son novelas, relatos fantásticos, señor; la realidad es bien distinta —asentó el canciller.

—¿Novelas? Mirad, esta es la espada de Francisco de Francia. —Carlos cogió la espada del rey derrotado en Pavía que le habían entregado en Madrid y ahora guardaba en Toledo—. Fue capturado luchando con ella en la mano. ¿Acaso es don Francisco más valeroso que yo?

—No, mi señor, ni mucho menos, pero ese gesto le ha costado la prisión y dos millones de escudos, que es la cantidad que al fin hemos pactado y que tendrá que pagar por su liberación.

### *Toledo, 28 de noviembre de 1525*

Aunque aquel otoño pasaría la mayor parte del tiempo en Toledo, el emperador gustaba de desplazarse de vez en cuando a Aranjuez, a una jornada de camino y donde cazaba perdices, torcaces y conejos en sus extensos sotos.

Acordadas las condiciones con los embajadores y la hermana del rey de Francia para la liberación de Francisco I, se firmaron las capitulaciones matrimoniales definitivas con los portugueses, y el emperador ordenó que se escribiera a los concejos de las ciudades informando sobre su desposorio con Isabel de Portugal y anunciando que iría pronto a Sevilla para ratificar de presencia en esa ciudad su matrimonio.

Las negociaciones con los portugueses para acordar la boda del emperador con la princesa Isabel habían durado un año, pero al fin se habían cerrado. Portugal pagaría una dote de novecientas mil doblas de oro, pero a cambio Carlos entregaría trescientas mil a Isabel, en calidad de arras, para lo cual tuvo que hipotecar las rentas de las villas andaluzas de Úbeda, Baeza y Andújar.

—Pocas veces he visto a don Carlos tan ilusionado —comentó Pablo Losantos a su esposa Leonor, con la que se había reunido en Toledo. El médico había estado ocupado toda la mañana atendiendo al emperador de algunas molestias en las piernas.

—Lleva muchos años esperando a tener una esposa.

—Parece un chiquillo de tan entusiasmado como está con su boda.

—La portuguesa es su prima, su prima hermana. Siempre has dicho que no está bien que se casen parientes en grado tan cercano —dijo Leonor de Urrea.

—Y no lo está. Mezclar la misma sangre no es bueno, y, además, para ese grado

de parentesco se requiere de una licencia del papa; claro que el emperador la conseguirá sin mayor problema.

—Pues no parece que eso le importe demasiado.

—En absoluto, y además con esta boda ha hecho un gran negocio. El hermano de su esposa, el rey de Portugal, va a aportar una dote de novecientas mil doblas de oro castellanas, una gran fortuna con la que se paliarán algunas de las deudas que ha contraído. Claro que también se ha comprometido a garantizar una renta diaria para su esposa con la que pueda sustentar su casa y su corte. El matrimonio por poderes se celebrará mañana mismo en un palacio que los reyes de Portugal poseen en un lugar de nombre Almeirín, creo que he entendido que así se llamaba, a orillas del río Tajo. Dicen que habrá grandes festejos y juegos, con muchos invitados.

—Pero el emperador no estará presente en su boda.

—No, prefiere esperar unos meses a que su esposa venga de Portugal. La ratificación de la boda se hará en Sevilla en cuanto llegue la dispensa papal, pues sin ella no pueden consumir el matrimonio.

—Se comenta que doña Isabel es la mujer más hermosa del mundo —dijo Leonor.

—Eso he oído, sí. Parece que la futura emperatriz ha heredado los rasgos más delicados de los Trastámaras y la belleza de las princesas de Portugal, que siempre han tenido fama de ello. El emperador, además, no para de hablar de las virtudes y cualidades de la que mañana será ya su esposa.

—¿Y aquí no habrá fiestas por la boda?

—El emperador celebra mañana un banquete, pero conmemora la fiesta de San Andrés, el patrono de la orden del Toisón de Oro que preside. Vendrán a la cena nueve de sus caballeros, y supongo que allí también lo celebrarán.

## *Valladolid, diciembre de 1525*

Leonor de Urrea dio a luz a un niño al que llamaron Luis, Luis Losantos.

Pablo estaba eufórico. Muerto Juan, él era el único varón de la familia Losantos, el que debía transmitir el linaje de los judíos toledanos que se convirtieron al cristianismo para no tener que abandonar su tierra.

Y ahora tenía al fin un hijo varón, un heredero que mantendría viva la estirpe de los Losantos.

—Luis es un buen nombre —dijo Pablo a su esposa.

—Sí, me gusta.

—Es un nombre que han llevado algunos varones de una rama de los Losantos.

—¿Se lo has dicho a tu madre y a tu hermana?

—Les escribiré una carta. Esta mañana he recibido una nota del emperador.

Quiere que me incorpore a su séquito. Va a casarse con su prima Isabel, una princesa portuguesa, y me quiere a su lado como médico.

—¿Te vas a marchar ahora que tienes un hijo tan pequeño?

—Descuida. Si el emperador me reclama a su lado, tú, Isabel y Luis vendréis conmigo. No voy a dejarte sola.

—Eso me reconforta y me tranquiliza.

Leonor se abrazó a su esposo. El pequeño Luis dormía en una cunita ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

### *Toledo, Navidad de 1525*

La dispensa papal llegó, pero estaba incompleta y no se ajustaba en forma a la ley, de modo que el emperador tuvo que aguardar a que se emitiera una nueva para poder ir al encuentro de su esposa y consumar el matrimonio. Todos los que habían visto en persona a Isabel en la boda por poderes en el palacio de Almeirín no cesaban de alabar la fascinante belleza de aquella a la que ya llamaban «emperatriz».

Carlos leía la carta que desde Tenochtitlán, la capital del Imperio azteca, le había remitido Hernán Cortés, al que unos meses antes le había concedido escudo de armas propio y otorgado el cargo de adelantado mayor de Nueva España. El capitán extremeño detallaba la conquista de ese Imperio y las vicisitudes que había tenido que superar para lograrlo. En la carta se relataba la muerte de Cuauhtémoc, el último emperador azteca, pero no se decía que había sido sometido a tormento para que confesara dónde guardaba un supuesto fabuloso tesoro que se rumoreaba que escondía en algún lugar.

En unos informes adjuntos Cortés volvía a solicitar que se enviaran desde España semillas y plantas para cultivarlas en América, se describían las nuevas plantas y animales que no se conocían en Europa y se presentaba a los indios como niños a los que había que cuidar y educar.

No se hacía referencia, sin embargo, a los millones de indios muertos por la propagación de enfermedades llevadas por los españoles al Nuevo Mundo, entre ellas el sarampión y la viruela. Estas habían provocado tal mortandad que las islas del mar Caribe habían quedado prácticamente desiertas de sus pobladores indígenas y ahora era necesario llevar allí gente para repoblarlas y evitar que no se apoderaran de aquellas tierras la selva y el bosque.

Pese a todo, los conquistadores aseguraban que Dios estaba de su parte, y muchos de ellos juraban haber visto con sus propios ojos cómo se les aparecía la Virgen y el apóstol Santiago. Solo así, junto con el uso del caballo, los perros de batalla, las espadas largas de acero y los arcabuces y los nuevos mosquetes, se explicaba que unos pocos españoles hubieran podido derrotar a tantos miles de indios. Claro que los

cronistas apenas comentaban que cuando los españoles llegaron al Nuevo Mundo los reinos indígenas estaban sumidos entre ellos en guerras terribles y sangrientas, y que los conquistadores aprovecharon esos enfrentamientos para buscarse aliados que decantaran su victoria en las contiendas bélicas.

El emperador miró un reloj. Además de mapas, le gustaba coleccionar relojes.

«Los mapas hacen que tenga el mundo en mis manos, y los relojes me permiten tener en ellas el tiempo. ¡Cómo va a ser eso caro!», le había dicho una vez a uno de sus secretarios, que había alzado una ceja cuando Carlos le ordenó que pagara sin regatear una elevada cantidad por un reloj fabricado en la ciudad suiza de Ginebra y que le ofrecía un comerciante de Toledo.

«Cristóbal Colón calculó la edad del mundo en 5244 años utilizando el cómputo de la Biblia; si hubiera habido relojes tan precisos como estos, no hubiera hecho falta», había dicho el emperador en otra ocasión. El tiempo, que ya comenzaba a contar de prisa para el emperador, corría para todos.

El penúltimo día de ese año murió Jacobo Fugger, el banquero de Augsburgo que había financiado la campaña de Carlos para hacerse con el Imperio. Ni con todo el dinero del mundo se podía comprar la inmortalidad.

### *Toledo, enero de 1526*

Don Carlos, por la divina clemencia electo emperador de los Romanos, siempre augusto, rey de Alemania, y doña Juana y el mismo don Carlos, su hijo, por la gracia de Dios reyes de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén...

Así comenzaba el decreto que unos días antes el emperador había firmado para la obligatoria conversión al cristianismo de todos los moros de Aragón y de Cataluña.

Se ordenaba a todos los oficiales reales y municipales, a los nobles y a los eclesiásticos de toda condición que el emperador había determinado que en sus reinos hubiera una sola ley religiosa, la del Evangelio, y que todos los moros que todavía permanecían en la secta mahomética se convirtieran a la santa fe católica.

Se mandaba que se predicara la fe católica y la palabra de Jesucristo a los moros, para lo cual se enviaban predicadores a sus aljamas, ante las cuales pronunciarían sermones a las comunidades musulmanas convenientemente convocadas para escucharlos.

Se imponía una pena de mil florines de oro de Aragón a cualquiera que desobedeciera esta orden, además de poder aplicar penas corporales a los moros que no acudieran a escuchar esas prédicas.

Se disponía, para poder identificar y distinguir a los moros de los cristianos



viejos, que todos ellos llevaran de manera bien visible en sus bonetes y sombreros una media luna de paño azul del tamaño de media naranja, pues en caso contrario serían apresados y convertidos en esclavos.

Se requisaban además todo tipo de armas que pudieran tener los moros, de las cuales se tenía que hacer un detallado inventario y guardarlas en lugar seguro bajo custodia de las autoridades correspondientes. Si se sorprendía a algún moro con un arma, sería castigado con pena de cien azotes, multa de cien sueldos y veinte días de cárcel.

Se prohibía que los moros trabajaran en los días de domingo y en las fiestas de guardar señaladas por la Iglesia, bajo pena de cien sueldos.

Se ordenaba que los moros que estuviesen presentes en un lugar por donde pasara el Santo Sacramento durante una procesión, o si se oían tañer las campanas llamando a la oración en cualquier hora del día, se quitaran los gorros y se hincaran de rodillas, so pena de veinte sueldos.

Se impedía que los moros convocaran públicamente a sus oraciones mediante la llamada por voz del almuédano, como tenían hasta entonces acostumbrado, y se prohibía que celebraran fiestas, ceremonias o pascuas mahométicas. Ningún «alfaquí», como llamaban los moros a quien dirigía sus oraciones, podría predicar ningún sermón o plática referente a su religión, pues si era sorprendido haciéndolo sería sometido a la esclavitud.

Por fin, el decreto señalaba que era intención del emperador que todos los moros del reino de Aragón entraran en conocimiento de la santa fe católica y se convirtieran a ella mediante la ceremonia del bautismo.

—Este edicto se publica en todo el reino de Aragón y se pregona en todas sus ciudades, villas y aldeas. Se han impreso pasquines en una imprenta de Zaragoza para que se coloquen de manera visible en los lugares públicos más transitados. Y lo mismo en Cataluña, aunque allí quedan menos. Los bautismos ya se están produciendo de manera masiva y no tenemos noticias de que se haya producido altercado alguno. Todos los moros están cambiando sus nombres moriscos por nuevos nombres cristianos —comentó Gattinara. El canciller despachaba con el emperador en un gabinete del alcázar de Toledo.

—Un imperio, una sola religión —sentenció Carlos.

—Así debe ser, majestad —apostilló Gattinara.

—Pero ese condenado fraile sigue reclutando adeptos a su equivocada causa. Al fin hemos logrado acabar con la secta de Mahoma en todos nuestros dominios, pero en Alemania se sigue extendiendo el error de Lutero. Deberemos intervenir de manera más contundente.

—Señor, de momento lo más urgente era acabar con el peligro que suponía tener moros celebrando libremente sus ritos en el corazón de España. Ahora los turcos sabrán que ya no existen correligionarios suyos en estas tierras, que son al fin totalmente cristianas.

—No estéis tan seguro, don Mercurino. Supongo que muchos de esos moros se habrán convertido para evitar las multas y los castigos, pero no lo habrán hecho de corazón —reflexionó Carlos.

—Sea como fuere, lo importante es que sus mezquitas van a ser demolidas o convertidas en iglesias o en establos, y que ya no podrán practicar sus ritos heréticos ni mantener ni educar a sus hijos en la herejía mahomética como venían haciendo hasta ahora sin traba alguna. Puede ser que los corazones de algunos de ellos guarden en su interior y veneren en la intimidad de sus casas la fe equivocada, pero con el paso del tiempo la olvidarán y este problema se habrá acabado para siempre.

Gattinara iba a recordarle al emperador las profecías que según algunos lo señalaban como el monarca que devolvería Jerusalén y el resto de Tierra Santa al dominio cristiano, no en vano entre sus muchos títulos también ostentaba el de rey de Jerusalén, pero prefirió obviarlo en ese momento.

—¿Quién sabe? —dudó Carlos.

—Por otra parte, los franceses han aceptado todas las condiciones del tratado acordado en Madrid. Aquí está para que lo firméis.

—Habéis hecho un buen trabajo. —Carlos cogió el documento que le ofrecía Gattinara.

—Mantener a don Francisco en prisión ha facilitado mucho las negociaciones, majestad. Hemos logrado que, a cambio de la liberación de su rey, Francia renuncie a volver a inmiscuirse en los asuntos de Italia, que no apoye a los rebeldes en Navarra e incluso que devuelva Borgoña a la casa de Austria.

—¿Y qué garantía tenemos de que don Francisco cumpla todas las cláusulas de ese tratado una vez se encuentre de vuelta en París?

—Don Francisco quedó viudo hace dos años de doña Claudia de Valois. Se casará con vuestra hermana doña Leonor, como acordamos. El acuerdo matrimonial se celebrará en la villa de Illescas esta misma semana, antes de que el rey de Francia quede libre.

—Sí, mi hermana mayor será reina de Francia, pero, aunque tenga hijos, no serán los herederos de la Corona francesa. Porque, ¿cuántos hijos tiene don Francisco de su primer matrimonio?

—Humm..., tres hijos varones y cuatro hembras —precisó Gattinara—. Los dos mayores quedarán como rehenes en España. Serán la garantía para que don Francisco cumpla lo pactado.

—En cualquier caso, mi hermana será la reina, y eso es lo importante.

El canciller frunció el ceño. La boda de Leonor y Francisco había sido una condición inexcusable para ponerlo en libertad. No se trataba de un matrimonio pactado como el que habían acordado el emperador y su prima Isabel de Portugal, sino de un enlace impuesto.

—Espero que don Francisco respete lo acordado.

—Si no lo hace volveremos a la guerra, y será mucho peor, porque vuestra

hermana se convertirá en su rehén. Tras la victoria en Pavía tuvimos la oportunidad de invadir Francia y propiciarle una derrota contundente...

—Preferí acordar la paz —asentó Carlos—. Creo que es lo mejor para los intereses del Imperio. Una guerra total en suelo francés hubiera supuesto detraer todas nuestras tropas en Italia, y en ese caso los turcos hubieran aprovechado la ocasión para saquear impunemente Nápoles y Sicilia, y quién sabe si para llevar a cabo incluso la conquista de esos reinos.

Gattinara acató sin rechistar la decisión de Carlos, pero mantuvo sus dudas sobre las verdaderas intenciones de Francisco I, del cual nunca se había fiado. Le vino entonces a la cabeza el episodio en el cual el rey de Francia intercambió sus ropas con un carbonero de servicio en el alcázar de Madrid a fin de escapar de su prisión disfrazado de ese humilde criado, sin conseguirlo.

La muerte de Isabel de Austria, reina de Dinamarca exiliada en Flandes con su depuesto esposo, causó gran pesar a su hermano el emperador. Había muerto en el seno de la fe católica y había recibido la extremaunción de manos de un sacerdote católico, pero corrían rumores interesados de que había abrazado las doctrinas de Lutero, lo que no era cierto, aunque sí admitió al fin de su vida su admiración por el reformador alemán, pero nunca se inclinó por su doctrina.

Desde que tuviera que exiliarse de Dinamarca con su esposo el rey Cristián II, su salud se había resentido mucho, y los baños que tomó en el balneario de Augsburgo no contribuyeron a mejorarla. Hacía meses que sufría tales ahogos que no había manera de paliar sus males. Su tía Margarita, la regente de los Países Bajos, había intentado consolarla, pero nada pudo hacerse para evitar su muerte. En muchos países de la Europa cristiana se celebraron misas por su alma y se rezaron responsos por su descanso eterno. La segunda de las hijas de Felipe el Hermoso y Juana la Loca solo tenía veinticinco años.

### *Madrid, 15 de febrero de 1526*

El emperador estaba acabando de vestirse para la cena. Atardecía sobre Madrid, el cielo despejado, el aire limpio y nítido. Desde el alcázar se veía la sierra al norte con las cumbres nevadas rosadas por los últimos rayos del sol.

Dos ayudas de cámara le estaban colocando unas calzas blancas con trenzas de grueso hilo de oro, un jubón dorado y una pelliza blanca de brocado con una lujosa piel de marta cebellina en el cuello. Se tocó con una gorra de terciopelo negro con una joya de oro en forma de pluma y se colocó un collar de eslabones de oro del que colgaba un enorme rubí. Se ciñó un cinturón, también de oro, del que pendía un puñal al costado derecho. En su brazo diestro llevaba una cinta de seda negra, señal de luto por la reciente muerte de su hermana Isabel.

Acabado el ritual del vestido, Carlos salió de sus aposentos. En la antecámara aguardaba el gran canciller.

—Estáis magnífico, majestad.

—Y vos también, don Mercurino.

—La ocasión lo merece; no todos los días se tiene el privilegio de cenar con el emperador y con el rey de Francia.

Carlos, que ya había comido el día anterior con Francisco I, había ordenado que aquel 15 de febrero se preparara una cena a la que asistiría el rey de Francia con su reciente esposa Leonor de Austria y varios destacados invitados. Carlos quería compartir algunos banquetes con su hermana y con el que, además de cuñado, todavía era su prisionero antes de que fuera liberado y regresara a Francia.

Francisco I estaba con su esposa Leonor cuando aparecieron el emperador y el canciller Gattinara. Los dos soberanos se saludaron en una sala anexa al gran salón del alcázar, donde dos docenas de invitados ilustres esperaban a que hicieran su entrada los monarcas. Los cuatro se entendían en francés.

—Querido hermano —dijo un sonriente Carlos, que extendió sus brazos para abrazar a su cuñado el rey de Francia.

—Señor —lo saludó Francisco I, que presentaba un gesto adusto, aunque respondió al abrazo.

—Querida hermana, mi señora reina de Francia... —Carlos besó a Leonor en las mejillas.

—Señores —Gattinara se inclinó ante los tres soberanos.

—Estoy muy feliz —mintió Carlos—. ¿Y tú, hermana?

—Si tú eres feliz, yo también lo soy —añadió Leonor sin el menor convencimiento.

—Hemos logrado que reine la paz entre nuestras naciones —comentó Francisco.

—Y, además, nuestras familias se unen gracias a vuestro matrimonio —dijo Carlos.

—Comienza una época venturosa para el mundo —ironizó el rey de Francia.

—Al fin se ha conseguido un acuerdo satisfactorio para todos —terció Leonor, cuyo rictus no denotaba signo alguno de estar dichosa.

Las caras sonrientes del emperador y del canciller contrastaban con las muy serias de Francisco y Leonor. El emperador se dio cuenta enseguida de que aquel matrimonio quizá sirviera para garantizar el acuerdo de paz entre Francia y España, pero que no aportaría felicidad a su hermana.

Francisco estaba tenso; sus ojos almendrados y vivaces habían perdido algo de chispa tras varios meses de cautiverio, pero seguían denotando un carácter ambicioso y avisado.

—Pues bien, pasemos al salón, nos espera una deliciosa cena y una dichosa velada.

## *Illescas, mediados de febrero de 1526*

El emperador había dispuesto que toda la familia se reuniera en Illescas, una localidad a mitad de camino entre Toledo y Madrid donde los reyes de Castilla se retiraban de vez en cuando a descansar.

Aunque la villa de Illescas había perdido el favor real porque se había colocado al lado de los comuneros, el emperador había decidido perdonarla y ofrecer aquel gesto como muestra de que era un gobernante caritativo e incluso misericordioso.

A la calle Real, que atravesaba Illescas de norte a sur entre la puerta de Madrid y la de Toledo, se abrían varios mesones, que aquellos días se llenaron con la afluencia de tan relevantes huéspedes. Casi toda la corte y los principales consejeros del emperador acudieron a Illescas; solo faltaron algunos como el duque de Borbón, que se excusó con permiso de Carlos para no coincidir en ese lugar con su gran enemigo el rey de Francia.

Carlos había enviado notificaciones para dar a conocer en todos sus dominios la nueva situación creada tras la firma del tratado de Madrid con Francisco I. A su tía Margarita le adelantaba además su intención de ir contra los turcos ahora que estaba en paz con Francia; al príncipe de Orange le instaba a poner en marcha el nuevo gobierno de Borgoña, ahora bajo su poder; y al condestable de Castilla le ordenaba que organizara el viaje de los hijos del rey Francisco, que quedarían por algún tiempo como rehenes en España para garantizar que su padre cumplía lo acordado.

Transcurrieron cinco días de mediados de febrero entre banquetes, entrevistas y bailes. Las damas, encabezadas por la nueva reina de Francia, la reina viuda Germana de Foix, que había llegado desde Valencia para los festejos, marquesas, condesas y otras altas señoras, se divirtieron mucho y danzaron alegres ante los ojos de Carlos.

Por fin, el emperador y el rey de Francia se despidieron amigablemente, uno rumbo a Francia y a la libertad y el otro camino de Sevilla, donde se reuniría con su esposa Isabel de Portugal para celebrar la boda de presente. Hacía ya tres semanas que había llegado la segunda y definitiva dispensa papal por la que la Iglesia autorizaba que los dos primos hermanos contrajeran matrimonio canónico, por lo que ya no existía ningún inconveniente legal. Gattinara quería evitar que se repitiera lo ocurrido medio siglo antes con la boda de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos, cuya dispensa papal, pues también eran primos, tuvo que ser falsificada para que pudieran consumir el matrimonio.

Carlos ordenó a los duques de Alba y de Béjar y al arzobispo de Toledo que se adelantaran para recibir a la emperatriz en la frontera de Portugal y acompañarla hasta Sevilla.

Estaban a punto de salir de Illescas cuando un correo trajo una inquietante noticia.

El canciller Gattinara leyó la carta remitida por el embajador en Londres. Estaba cifrada, pero Mercurino de Gattinara no necesitaba del libro de claves para entenderla.

Acabada la lectura, torció el gesto. Tenía que informar al emperador enseguida.

—Majestad, acaba de llegar este comunicado de nuestro embajador en Londres —le dijo a Carlos, al que estaban calzando las botas de montar para salir de viaje hacia Sevilla.

—Retiraos un momento —indicó con un gesto el emperador a sus dos ayudas de cámara.

—Es un memorial cifrado. El embajador informa que agentes ingleses al servicio de don Francisco han intentado convencer a vuestro tío el rey Enrique para que repudie a doña Catalina y solicite la nulidad de su matrimonio.

—El papa nunca lo aceptará.

—Hay más; el francés le ha ofrecido a su propia hermana como esposa, en cuanto se separe de doña Catalina.

—Muy propio de don Francisco.

—Todavía sigue en España, majestad. Podemos detenerlo antes de que llegue a Francia. Una partida de jinetes lo alcanzarían...

—No. Le di mi palabra.

—Pero, majestad...

—Le di mi palabra, repito.

—El rey de Francia no es un hombre en cuya palabra se pueda confiar.

—Pero en la mía sí, y no quiero que quede en entredicho. Además, tenemos a sus hijos como rehenes, no hará nada que pueda perjudicarlos —alegó el emperador.

—Eso espero, majestad —añadió don Mercurino sin el menor convencimiento de que Francisco I fuera a cumplir sus promesas en los acuerdos firmados en Madrid.

Desde Illescas, el emperador y su séquito tomaron el camino de Extremadura hacia Sevilla. Carlos ansiaba encontrarse cuanto antes con su prima y esposa imaginando que sería tan hermosa como le habían asegurado.

### *Valladolid, mediados de febrero de 1526*

La carta firmada por un secretario del emperador ordenaba al médico real Pablo Losantos presentarse en Sevilla a mediados del siguiente mes de marzo.

En la casa de los Losantos en Valladolid ya estaba todo preparado para partir hacia Sevilla. Varios miembros de la corte habían formado una caravana para viajar de Valladolid a Sevilla en varias carretas. Pablo Losantos lo hacía con su esposa y sus dos hijos.

El médico cerró la puerta con la llave de hierro y dejó esta última en casa de unos vecinos, que vigilarían la vivienda en su ausencia.

—¿Cómo es Sevilla? —le preguntó Leonor a su esposo cuando la carreta en la que viajaban enfiló el camino hacia el sur nada más salir de Valladolid.

—Dicen que se ha convertido en la ciudad más grande de España. Allí se han instalado comerciantes que desean hacer negocios con las Indias, y su puerto a orillas del Guadalquivir es a donde llegan y desde donde parten los barcos que van y vienen de América.

—¿Y estaremos mucho tiempo en esa ciudad?

—No me lo han dicho, pero no creo que permanezcamos en ella más de uno o dos meses. El emperador desea ir a Granada una vez casado.

—¿Y Granada?

—Fue la última ciudad que poseyeron los moros en España. La conquistaron los Reyes Católicos. Yo tenía entonces solo ocho años, pero lo recuerdo bien. Vivíamos en Toledo, y mis padres ya se habían convertido al cristianismo, pero en la judería todavía vivían algunos de mis familiares, que aquel año tuvieron que marcharse cuando los Reyes Católicos obligaron a los judíos que quedaban a convertirse o a exiliarse.

—Debió de ser duro para ellos.

—Sí, lo fue. Algunos de mis primos, con los que yo había jugado en las calles, se marcharon y nunca más volví a verlos. Cerraron las puertas de sus casas y se fueron con los pocos enseres que podían llevar encima. Los vi alejarse tristes y abatidos. Uno de los parientes de mi padre, que era médico como él y que nunca quiso renegar de su fe, vino a nuestra casa a despedirse de mis padres. Todavía recuerdo su llanto, su pena por tener que abandonar una tierra que consideraban suya.

—¿Sefarad?

—Sí, Sefarad. Así llaman los judíos a esta tierra.

La carreta traqueteó sobre las losas de piedra de la calzada al pasar un puente, lo que provocó que el pequeño Luis Losantos se despertara y comenzara a llorar. Solo se calmó cuando su madre lo tomó en brazos y le cantó una canción: «Abrahán *avinu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel».

—¡Leonor, estás cantando una de las canciones de los judíos! —exclamó Pablo.

—Lo sé, se la oí cantar a tu padre y a tu madre en algunas ocasiones.

—Pues no lo hagas, si alguien te escucha creerá que esta es una familia de relapsos y que hemos vuelto al judaísmo. En ese caso tendríamos serios problemas con la Inquisición.

—Pero somos cristianos, yo soy cristiana vieja...

—Eso no les importa a los inquisidores.

## Sevilla, 11 de marzo de 1526

El séquito de Isabel de Portugal aumentó de manera considerable cuando la emperatriz entró en España por tierras de Badajoz; hasta allí la acompañaron dos de

sus hermanos, que se quedaron justo en la frontera.

En la raya la recogieron los delegados enviados por Carlos para recibirla y escoltarla hasta Sevilla encabezados por el duque de Calabria, el arzobispo de Toledo y los duques de Alba y de Béjar, quienes se desvivieron para que el camino hasta Sevilla resultara lo más placentero posible para la portuguesa.

El cortejo llegó a Sevilla el 3 de marzo, y se organizó un besamanos en la puerta de la Macarena que abrumó a Isabel, pues fue recibida en la ciudad del Guadalquivir con una euforia popular como nunca antes se había producido.

Para que los ojos y el olfato de la emperatriz se sintieran confortados, el concejo de la ciudad había ordenado colgar de las fachadas, en general sucias y con abundantes desconchones, hermosos y coloridos tapices para ocultarlas. Las calles estaban alfombradas con miles de flores cuyas fragancias contribuían a paliar la habitual hediondez que emanaban los excrementos y las basuras que solían depositarse en ellas sin el menor cuidado. Decenas de macetas con albahaca orlaban el recorrido de la comitiva, a la que se incorporaron las autoridades sevillanas con su alcalde mayor al frente, seguido por decenas de jinetes en caballos y en mulas. En una carreta reforzada con láminas de hierro y vigilada por dos docenas de guardias bien armados se trasladaban los novecientos mil ducados de la dote.

Isabel estaba emocionada ante semejante recibimiento e incluso pidió a los alguaciles que solicitaran a las damas sevillanas que perfilaban la ruta por donde circulaba su comitiva que se quitaran los sombreros —la mayoría los lucía de ala ancha para protegerse del sol—, a fin de poder verles bien las caras. Los sevillanos abarrotaban las calles, los balcones de las casas por donde pasaba la comitiva estaban llenos de curiosos e incluso había quienes se habían subido a las azoteas.

Desde la puerta de la Macarena, el cortejo de Isabel, que fue colocada bajo un palio dorado en el que había cosidas piezas de plata, piedras preciosas y perlas, atravesó siete arcos triunfales efímeros con los cuales se querían representar las siete virtudes que debía poseer un buen gobernante cristiano. El arco que se identificaba con la prudencia se alzaba junto a la misma puerta de la Macarena, el de la fortaleza junto a la iglesia de Santa Marina, el de la clemencia en San Marcos, el de la paz en Santa Catalina, el de la justicia en San Isidoro, el de la fe junto al Salvador y, por fin, el de la gloria ante las gradas de la nueva e inmensa catedral, que lucía engalanada con tapices, enramadas, faroles y antorchas. A los lados del último de los arcos triunfales ardían dos enormes braseros alimentados con hierbas aromáticas y esencias de olorosos perfumes.

Junto a la puerta del Perdón de la catedral aguardaban vestidos con sus mejores galas los miembros del cabildo y todos los demás eclesiásticos, formados con las cruces procesionales de todas las parroquias de la ciudad. En la torre de ladrillo que fuera el alminar de la mezquita mayor de los moros sevillanos repicaban las campanas como una alegre cantinela. Ya dentro del templo, del que se decía que era el mayor de toda la cristiandad y al que solo iba a superar en tamaño el que se estaba



construyendo en Roma en honor de san Pedro, Isabel se arrodilló ante el altar mayor y rezó varias oraciones antes de dirigirse al cercano alcázar real donde se habían preparado sus aposentos.

Sevilla se estaba convirtiendo en la mayor ciudad de España debido al auge del comercio con las Indias, que había desencadenado la construcción de astilleros, dársenas y diques a orillas del río, a donde comenzaban a llegar la mayoría de los barcos que hacían la ruta entre España y América.

Una semana más tarde llegó a Sevilla el emperador, que se había entretenido más tiempo del previsto en tierras de Trujillo, Mérida y Almendralejo atendiendo a la demanda de algunas gentes que le rogaban les concediera autorización para viajar a América, donde esperaban hacer fortuna como ya se decía que estaban logrando algunos nativos de aquellas comarcas de Extremadura.

Del otro lado del océano Atlántico llegaban todo tipo de novedades y rumores. Algunas eran ciertas, pero no faltaban los rumores más extraños y las narraciones más fantásticas, e incluso se hacían pasar por verdaderos relatos que no eran sino leyendas. Una de las más populares era la de El Dorado, que daba por cierta la existencia de una ciudad construida con oro puro que, oculta en medio de la selva, aguardaba a quien se atreviera a buscarla y encontrarla para hacerlo inmensamente rico.

El mismo día que el emperador entró en Sevilla, el 10 de marzo, el rey Francisco I atravesó el Bidasoa y entró en Francia después de haber permanecido varios meses prisionero en España. Al pisar tierra francesa juró que se vengaría de las afrentas sufridas y que Carlos pagaría muy cara toda aquella humillación.

—Majestad, vuestro esposo acaba de llegar a Sevilla —anunció el duque de Alba a la emperatriz.

—Ya era hora, don Fadrique; empezaba a pensar que el emperador no vendría a su propia boda —protestó Isabel bastante molesta por el retraso de su esposo. La emperatriz hablaba con soltura la lengua de Castilla, que había aprendido de su madre desde muy niña.

—Comprendedlo, señora, don Carlos no se ha retrasado por su voluntad, pues sé bien que arde en deseos de estar cuanto antes junto a vuestra majestad. Ha tenido que atender a mucha gente que quiere ver al dueño del mundo.

Carlos fue recibido por las autoridades de Sevilla en el monasterio de los Jerónimos, a las afueras de la ciudad, y tras la recepción oficial entró por la puerta de la Macarena acompañado por los duques de Alba y de Béjar, el legado papal y otros marqueses, condes y caballeros. Realizó el mismo recorrido que una semana antes había hecho Isabel; también se dirigió hasta la catedral entre los vítores de los

sevillanos, pasó bajo los siete arcos triunfales con las siete virtudes y, tras escuchar un *Te Deum laudamus* recitado por un coro de infantes, rezó ante el altar mayor arrodillado sobre una almohada.

Salió de la catedral por la puerta de la Lonja y se dirigió bajo palio al alcázar, donde lo esperaba Isabel.

La emperatriz aguardaba en el salón grande, al que llamaban de la Media Naranja, acompañada por Germana de Foix, la duquesa de Medina Sidonia y otras altas señoras y señores. A su lado estaba el arzobispo de Toledo, vestido de pontifical, con su báculo de plata.

Carlos atravesó el salón y se acercó a su esposa con zancadas firmes y decididas mientras los cortesanos se inclinaban a su paso.

—Mi señora, no existe palabra alguna que haga honor a vuestra hermosura —le dijo Carlos a Isabel tras besarle la mano.

—Y no hay hombre alguno que pueda presumir de vuestra majestad y de vuestra apostura, mi señor —le respondió Isabel, cuyo enfado por el retraso de Carlos había remitido.

El emperador quedó inmediatamente prendado de la belleza de su esposa. El blanco rostro ovalado de Isabel, su aspecto sereno y sublime a la vez, sus ojos grandes y luminosos, su boca pequeña pero bien dibujada y con labios carnosos, su nariz ligeramente aguileña pero delicada y fina... A Carlos le pareció estar ante una de aquellas hermosísimas mujeres del norte, pero más bella, sutil y elegante si cabe que cualquiera de las damas con las que había tenido algunos efímeros encuentros amorosos en los Países Bajos.

—Mi esposa y yo agradecemos a los vecinos de nuestra ciudad de Sevilla el entusiasmo con el que nos han recibido, y a vosotros, queridos amigos, vuestra compañía. Os comunico que dentro de una hora se celebrará nuestra boda de presente aquí mismo. Oficiaréis la ceremonia vos, señor cardenal —Carlos se dirigió al cardenal Salviati, legado del papa, que estaba presente en la comitiva imperial.

—No puede ser, majestad, hoy es sábado de Pasión y están prohibidas las ceremonias de boda —comentó el cardenal.

—¿Y si la celebramos pasada la media noche?

—En ese caso ya será domingo, majestad, y no habrá impedimento alguno.

—Entonces la ceremonia será dentro de dos horas, justo a media noche.

—Sea como deseéis, majestad. Os casaré en nombre de su santidad el papa Clemente justo pasada la medianoche.

—Sea. Y, entre tanto, que suene la música, y bailad, amigos, bailad —ordenó Carlos.

Una orquesta de ministriles comenzó a tocar una pavana y se inició el baile.

Carlos se retiró para asearse y cambiarse el traje, pues el que llevaba puesto aún conservaba polvo del camino.

Dos horas después, poco antes de la medianoche, el emperador, vestido con sus ropas más lujosas, apareció en la sala de la Media Naranja, donde ya aguardaba el cardenal Salviati, quien ofició el ritual de la boda y lo desposó con Isabel por palabras de presente, con el duque de Calabria y la condesa de Faro como testigos. Allí formaban la mayoría de los grandes prelados y nobles del reino, además de Baldassare Castiglione, nuncio del papa Clemente VII, y Andrés Navagiero, embajador de Venecia.

Acabada la ceremonia, los asistentes a la boda se retiraron a sus aposentos. Unos criados habían preparado un altar en la cámara de la emperatriz; allí mismo el arzobispo de Toledo celebró una misa y colocó un velo sobre las cabezas de los dos esposos, ratificando así y sacralizando a la vez su enlace.

Carlos no dejaba de mirar a su preciosa esposa vestida con un hermoso traje de seda dorada y tocada con una delicada diadema de perlas. Anhelaba que todo aquel ritual, imprescindible para cumplir con el derecho canónico y garantizar la legalidad del matrimonio, acabara cuanto antes. Desde que la viera por primera vez, un par de horas antes, solo pensaba en hacerla suya.

Eran ya las dos de la madrugada cuando todos los ritos se dieron por concluidos, y entonces cada uno de los dos esposos se retiró a su cámara para cenar. Carlos aún tuvo que esperar más de media hora para que Isabel fuera preparada por sus damas para consumir la unión carnal.

—Majestad, la emperatriz doña Isabel os aguarda en su aposento —anunció con toda solemnidad el canciller Gattinara a Carlos, que andaba como gato enjaulado dando vueltas y vueltas por el patio del alcázar.

—Por fin voy a hacerla mi esposa —suspiró confortado el emperador.

Isabel lo esperaba en la antecámara vestida con un camisón de seda con encajes de Holanda de la más fina urdimbre y una bata de noche adamascada. A su lado estaba la condesa de Faro, una noble viuda camarera de Isabel, quien inclinó la cabeza ante la presencia de Carlos.

—Mi señor... —Isabel cogió la mano de Carlos para besársela y se puso de rodillas.

—Mi señora... —El emperador se inclinó para levantarla con toda delicadeza, la abrazó, la besó y la tomó de la mano.

—Podéis retiraros —ordenó Carlos a la condesa.

La condesa de Faro se inclinó de nuevo y salió de la cámara cerrando la puerta tras ella.

Los dos esposos entraron en la alcoba y también cerraron la puerta.

—Mi señora —le dijo Carlos, que se sentó al borde de la cama—, me habían hablado mucho de vuestra belleza, pero no pude imaginar que sería tan grande. Ni siquiera puedo apartar mis ojos de vos.

—Gracias, mi señor —la emperatriz estaba ruborizada—, pero llevo en mis venas la sangre de nuestra abuela doña Isabel la Católica y de su hija la reina María, mi

madre.

A Isabel su esposo no le pareció el hombre más hermoso del mundo, ni mucho menos. Su exagerada mandíbula inferior rompía las proporciones de un rostro que sin ese defecto hubiera resultado mucho más agraciado, pero a la emperatriz le fascinó el enamoramiento repentino de Carlos, cuyos ojos lucían ensimismados ante su prima.

—Permitidme que os bese de nuevo —le dijo Carlos, que quería comportarse como el más gentil de los caballeros.

—Podéis hacerlo cuanto os plazca, sois mi esposo y mi señor. —Isabel había aprendido las lecciones sobre cómo comportarse que sus damas casadas le habían enseñado en los últimos meses.

Aquel beso no fue el más intenso y apasionado que pudiera darse, pero la práctica que Carlos había tenido con sus amantes, la exuberante francesa Germana de Foix, la elegante flamenca Juana van der Gheynst y la hermosa italiana Orsolina della Penna, le había enseñado a besar, pese a las dificultades que le provocaba la deformación de su mandíbula.

Carlos se desnudó despacio. A sus veintiséis años su cuerpo estaba en toda su plenitud, fuerte y lleno de vigor a causa del intenso ejercicio que realizaba en las partidas de caza y en los entrenamientos para los torneos en los que gustaba de participar.

La emperatriz se despojó de su camisón y quedó desnuda ante los ojos de su esposo, que contempló aquel delicioso cuerpo, que abrazó acariciando cada porción de su piel. Isabel olía a una delicada mezcla de azahar y algalia, y su piel impregnada con un fino aceite balsámico tenía la suavidad del terciopelo; su boca sabía a hierbabuena fresca.

Cuando al fin la penetró y consumó el matrimonio, Carlos pensó que nunca volvería a ocupar su cama otra mujer, nunca mientras Isabel fuera su dama.

### *Sevilla, 15 de abril de 1526*

Los festejos que se habían celebrado hasta el momento con motivo de la boda imperial no habían resultado nada relevantes, apenas unos discretos juegos de cañas, algunas luminarias y modestos pasacalles. El luto por la muerte de la hermana del emperador y la coincidencia con la Cuaresma habían aconsejado no exagerar las alegrías.

La posada de la Rosa en la calle Tintores estaba abarrotada de clientes, dada la afluencia de gentes que había acudido a la ciudad, pues había corrido el rumor de que en el torneo que se iba a celebrar en la plaza de San Francisco justaría el propio emperador. Pablo Losantos había conseguido una pequeña habitación para él, su mujer y sus dos hijos sin tener que compartirla con otros.

—¿Cómo es doña Isabel? —le preguntó Leonor de Urrea a su esposo.

—Muy hermosa —contestó el médico. Pablo Losantos acababa de visitar a la emperatriz. Carlos había decidido que Pablo fuera su médico personal si Isabel así lo aprobaba.

Losantos se estaba preparando para asistir al torneo que el emperador había decidido organizar con motivo de su boda. Habían pasado ya varias semanas desde la muerte de su hermana, la reina Isabel de Dinamarca, y Carlos decretó que había llegado el momento de dar por acabado el luto oficial.

—¿Va a participar don Carlos en las justas, como se dice?

—Sí, por eso me ha ordenado que acuda con otros colegas al torneo. Ha indicado al maestro de armas que prepare las justas tal cual se relatan en un libro de caballerías llamado *Amadís*.

—Tornear y cazar es lo que le gusta al emperador.

—Pues creo que a partir de ahora le gustará todavía más estar con su esposa; al fin tiene su dama soñada. Pero anda su majestad sumido en la contradicción entre la felicidad que siente por su matrimonio y la pena por la muerte de la reina de Dinamarca. Además, creo que considera un mal augurio que en el mismo día de su boda ordenara al alcaide de la fortaleza de Simancas la ejecución por garrote del obispo de Zamora, que luchó contra el emperador con los comuneros.

—¿Un mal augurio? —se extrañó Leonor.

—El emperador no debería haber ordenado esa ejecución, pues el obispo de Zamora era un clérigo sujeto a la jurisdicción del papa. Esa orden ha provocado la excomunión temporal de don Carlos, y si el papa Clemente se empeña podría incluso plantear dudas sobre la legitimidad de su acceso al trono o de su matrimonio.

La pequeña Isabel, que ya tenía cinco años, jugaba con una muñequita de madera que le había regalado su padre.

—Esperaremos aquí tu regreso —le dijo Leonor.

—¿No quieres venir a presenciar el torneo?

—No. Isabel es todavía pequeña; prefiero quedarme en la posada. Supongo que habrá mucha gente y se organizará algún gran tumulto.

—Como prefieras.

—¿Nos quedaremos mucho tiempo en Sevilla?

—No lo creo. El emperador ya ha dado instrucciones para que le preparen aposento en la ciudad de Granada, de modo que saldremos hacia allí muy pronto. Todavía no me lo han comunicado de manera oficial, pero uno de los secretarios me ha comentado que nos preparemos para pasar al menos seis meses en Granada. Sevilla es muy calurosa en verano, y Granada tiene un clima menos riguroso; allí las noches de verano son más frescas. Además, creo que don Carlos no está a gusto aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque he oído cómo la gente de esta ciudad se refiere a él como Carlos de Gante, lo que significa que todavía lo consideran un extranjero.

—Pero lo recibieron con enormes vítores...

—Quizá hubo agentes infiltrados entre la multitud. He visto hacer esos apaños en diversas ocasiones. Con unos pocos alborotadores distribuidos en el público se puede incitar a la mayoría a que vitoreen las consignas que sean oportunas en cada momento.

El torneo se desarrolló en la plaza de San Francisco, que algunos comenzaban a llamar plaza Nueva porque allí se había empezado a construir el edificio del concejo junto al convento de franciscanos. En la fachada, todavía cubierta de andamios, se iban a colocar unos relieves con la imagen de Hércules y de Julio César, a quienes consideraban, respectivamente, fundador y refundador de la ciudad.

Carlos lidió con habilidad y se colocó en el brazo el pañuelo de su esposa Isabel. Los tres caballeros que cruzaron lanzas con el emperador tuvieron sumo cuidado de no provocarle daño alguno. Luego compitieron en el juego de cañas arrojando lanzas sobre un tablado para ver quién era el de mejor puntería, y, por fin, se corrieron dos toros, que fueron alanceados por sendos jinetes; uno de los caballos sufrió una tremenda cornada en el vientre.

El torneo se saldó con un par de caballeros contusionados, otro con el brazo roto, un cuarto con el hombro maltrecho y dos heridos por asta de toro. Pablo Losantos atendió a los heridos, a los que visitó el emperador para comprobar cómo se encontraban y darles ánimo para que se recuperaran cuanto antes.

Los sevillanos llenaron la plaza, pero ya no demostraron la misma efusión que habían manifestado cuando recibieron al emperador y a su esposa. Muy pocos gritaron «¡Viva el rey!» o «¡Viva el emperador!». Para los sevillanos, al igual que para otros muchos habitantes de la Corona de Castilla, su soberano solo era Carlos de Gante, un foráneo que vino del norte para heredar un reino que debería estar gobernado por Juana, la reina recluida en Tordesillas.

En los días siguientes, ya abandonado el duelo por la reina de Dinamarca, Carlos participó en otros torneos, especialmente en uno donde se enfrentaron dos equipos de once caballeros, que justaron con gran arrojo y valor.

El emperador asistió a la boda de Germana de Foix con Fernando de Calabria y actuó además como padrino. Era el tercer matrimonio de la que fuera reina de Aragón y madre de un hijo varón de Fernando el Católico que, de haber sobrevivido, habría heredado todos los reinos y Estados de la Corona de Aragón y habría impedido el acceso de Carlos de Austria a esos tronos.

Germana estaba empezando a engordar, pero a sus cerca de cuarenta años mantenía un atractivo que gustaba a muchos hombres, dada su exuberancia carnal. El día antes de casarse la visitó Carlos, quien volvió a negarle el reconocimiento de la paternidad de su hija Isabel, que ya andaba camino de cumplir los ocho años de edad. Nadie lo decía en público, nadie se atrevía a desvelar el gran secreto, pero todos en la corte sabían que aquella niña era la hija de los amores de Carlos y de Germana, fruto de aquel tiempo en el que ambos anduvieron enamorados.

## Sevilla, 13 de mayo de 1526

Isabel lucía radiante. El dormitorio real en el alcázar de Sevilla todavía olía a azahar, nardo y jazmín, aromas que se habían asperjado la noche anterior. La emperatriz se despertó y enseguida se abrazó a su esposo, que yacía a su lado acariciándole sus espléndidos cabellos rubios.

—Te he estado contemplando mientras dormías, ya te dije que no puedo apartar mis ojos de ti, y jamás he visto una mujer tan hermosa, ni creo que la haya habido nunca ni que la vaya a haber —le dijo Carlos recordando la descripción que de Isabel le hiciera su hermana Leonor.

—Tengo apetito —dijo Isabel.

—Enseguida desayunaremos; supongo que ya estará todo preparado. Hoy salimos hacia Granada.

—Me dijiste que no conocías esa ciudad.

—Nunca he estado allí, pero tengo ganas de hacerlo, y más contigo. En la nueva catedral que se está construyendo están enterrados nuestros abuelos, los Reyes Católicos, y allí serán trasladados muy pronto los restos mortales de mi padre y los de mi madre doña Juana cuando Dios decida llevarla a su seno.

—Tu madre...

—Iremos a visitarla; también es tu tía.

—Dicen que su cabeza no rige como debiera.

—Un médico llamado Pedro Losantos, el padre de don Pablo, me contó en una ocasión que algunas mujeres de la familia de nuestra abuela Isabel la Católica tenían ataques de locura.

—Yo también pertenezco a esa familia —alegó Isabel.

—Pero no te ha afectado ese mal. ¿Sabes?, cuando mis agentes en Portugal me informaron sobre ti, todos destacaron tu inmensa belleza, pero solo uno de ellos dijo que eras una mujer honesta y discreta...

—¿Lo soy?

—Lo eres. —El informe al que se refería Carlos indicaba además que Isabel de Portugal era «mansa y retraída, más de lo que fuera menester», que siempre se comportaba con gran devoción religiosa y que no se entrometía en nada—. Y, además, eres cautivadora y elegante. No hay ninguna otra mujer como tú para llevar el título de emperatriz.

—¡Cuántas virtudes me atribuyes!

—Y pronto me darás un hijo.

—Ahora es lo que más deseo. —La emperatriz sabía que su esposo ya tenía tres hijas, Isabel, Margarita y Tadea, habidas todas ellas con amantes, pero no le importaba. ¡Qué rey no tenía un buen puñado de hijos fuera del matrimonio!

—Nuestro tío el rey Enrique de Inglaterra anda desesperado porque no logra engendrar un hijo varón. Cuando lo visité hace un tiempo, me dijo que lo que más

anhelaba era un heredero; hasta ahora todos sus hijos varones han nacido muertos o han fallecido muy pronto. Por lo que informan nuestros agentes en Londres, don Enrique cree que Dios ha maldecido su matrimonio con nuestra tía Catalina.

—¿Por qué cree eso?

—Porque don Enrique se casó con la que fue esposa de su hermano don Arturo y, según se lee en la Biblia, ningún hombre debe casarse con una mujer que haya sido esposa de su hermano. Eso no debe hacerse, pues es pecado y no está bien visto a los ojos de Dios. Me temo que, en su desesperación por tener un hijo, el rey de Inglaterra puede cometer cualquier imprudencia.

### *Granada, 4 de junio de 1526*

La comitiva imperial partió de Sevilla el 13 de mayo, nada más almorzar, y se puso en marcha hacia Granada. Carlos decidió que los acompañaran Germana de Foix y su nuevo esposo, el duque de Calabria. Hicieron el camino deteniéndose algunos días en Écija, Córdoba y Santa Fe, hasta llegar a Granada tres semanas después.

El recibimiento a los emperadores fue similar al que les había ofrecido la ciudad de Sevilla. En cuanto entraron en Granada fueron llevados hasta los palacios de la Alhambra, desde donde contemplaron un rojizo atardecer. Carlos comentó que era el ocaso más hermoso que había visto en toda su vida.

En la exuberancia de los palacios levantados por los sultanes en los tiempos en que Granada y su reino estaban bajo el dominio de los sarracenos, Carlos recordó que pocos días antes de salir de Sevilla había firmado una cédula que prohibía a los negros, a los judíos y a los moros que cruzaran el océano para instalarse en América. Por un momento pensó que tal vez no se había comportado de manera justa, pero enseguida le vino a la cabeza la idea de que él era el emperador cristiano, el defensor de la fe católica, el campeón de la ortodoxia de la Iglesia, y se convenció de que cuanto había hecho había estado bien.

Isabel, encabezando una comitiva de nobles y damas de la corte, recorrió asombrada los patios con estanques y parterres y los baños cubiertos de losas de mármol, inspiró el aroma de los arrayanes, admiró las yeserías multicolores que colgaban de los techos y las paredes como filigranas tejidas por enormes arañas y contempló a sus pies la ciudad de Granada, el barrio del Albaicín y las montañas de Sierra Nevada, que protegían la ciudad por el sur y el este como colosos, con las cumbres todavía teñidas de blanco, pues conservaban algunos restos de nieve del invierno.

—Ni siquiera esta ciudad, ni estos asombrosos palacios son dignos de una emperatriz como tú —le dijo Carlos a su esposa a la vista de un pabellón que quedaba algo alejado y más elevado que la Alhambra y al que llamaban el Generalife.



—¡Oh! ¿Qué flor es esa? —preguntó Isabel, que se detuvo ante un parterre donde un jardinero cuidaba un plantel de hermosas flores rojas.

—Se... señora, ¿me preguntáis a mí? —balbució el jardinero, que, asombrado y confundido, se volvió hacia la emperatriz con el sombrero de paja en la mano.

—Sí, claro. ¿Qué flores son esas? —repitió la pregunta.

—Se llaman «claveles», majestad. Son flores de Persia. Un mercader de Málaga ha traído unos bulbos y han brotado muy bien en esta tierra.

—Me gustan. Me gustan mucho.

—Corta uno de esos claveles, el más hermoso —le ordenó Carlos, que se acercó al jardinero, para su asombro.

—¿Este, majestad? —señaló la flor más grande.

—¿Ese os gusta, mi señora? —Se dirigió Carlos a Isabel.

—Sí, mi señor.

—Cortadlo y entregádmelo.

—Aquí tenéis, majestad. —El jardinero obedeció de inmediato al emperador.

—No hay flor en el mundo capaz de igualar vuestra belleza. —Carlos cogió el clavel, lo olió y se lo llevó a los labios; luego hincó la rodilla derecha en tierra y se lo ofreció a Isabel—. Tomad esta flor en señal de mi amor.

—Tampoco hay en el mundo caballero más galante que vuestra majestad. —Isabel cogió el clavel y lo besó con delicadeza. Le gustó el aroma, intenso y dulce.

—¡Jardinero! —exclamó Carlos.

—Sí, mi señor.

—Plantad claveles en todos los jardines de la Alhambra. Quiero que esos parterres estén llenos de ellos, todos.

—Por supuesto, majestad, como ordenéis.

—La mujer más bella del mundo debe ser cortejada con las flores más hermosas del mundo —asentó Carlos.

—Majestad, perdonad la intromisión —dijo Gattinara, que se acercó presto, pues seguía a los dos esposos a unos seis pasos de distancia en su paseo por la Alhambra—. Me acaban de comunicar que doña Germana y su esposo el duque no tienen aposentos donde alojarse.

—¡Cómo! —se extrañó Carlos.

—Nadie aquí en Granada sabía que venían con vuestra comitiva, y no se había tenido en cuenta su presencia. No hay libre ningún palacio para que se instalen...

—Que lo hagan aquí; hay espacio de sobra —terció de pronto Isabel.

—¿Aquí, mi señora, en la Alhambra? —preguntó el canciller extrañado.

—Sí, claro. En estos palacios hay dependencias suficientes para albergar a todo un ejército. Decidle al responsable que busque inmediatamente unos aposentos dignos para la que fue esposa de nuestro abuelo el rey don Fernando.

—Como ordenéis, majestad. —Gattinara agachó la cabeza y se retiró un momento.

—Doña Germana y su esposo te lo agradecerán.

—Es lo menos que podemos hacer por la viuda de nuestro abuelo, ¿no crees?

Carlos asintió.

Desde los palacios de la Alhambra, donde vivieran sus sueños los sultanes nazaríes, contemplaron las luminarias que desde la colina del barrio del Albaicín se lanzaron al aire al atardecer para festejar que el dueño del mundo y su bella esposa estaban al fin en la ciudad que conquistaran sus abuelos los Reyes Católicos.

—¡Qué desgraciado debió de ser el hombre que perdió todo esto! —comentó Carlos mientras estallaban en el cielo del ocaso los fuegos de artificio en homenaje de bienvenida de los granadinos a sus majestades imperiales.

Hacía un año que al marqués de Mondéjar, alcaide de la Alhambra, se le había comunicado que Carlos pasaría una larga temporada en la ciudad, y, desde entonces, había ordenado que se habilitaran seis estancias para el emperador en torno a los jardines de Daraxa y de la Reja, y el llamado Cuarto Dorado para la emperatriz. Ahora a los aposentos solo les faltaba la decoración, que les había sido encargada a dos pintores discípulos del gran Rafael Sanzio en Roma.

Aquella noche Carlos decidió, no obstante, que dormiría con Isabel, que se había aseado previamente en un baño habilitado en una sala de uno de los palacios nazaríes. Ordenó que los dejaran solos. Aquella noche hicieron el amor bajo un techo de mocárabes pintados de vivos colores mientras en el patio anexo a esa estancia se escuchaba el rumor del agua que alimentaba una fuente en forma de gran bandeja de mármol sostenida por doce leones de piedra de tamaño natural.

## *Granada, mediados de junio de 1526*

Aquellas semanas de finales de primavera estaban siendo las mejores de su vida.

Había derrotado al rey de Francia y logrado un acuerdo muy favorable, tenía como esposa a la mujer más bella del mundo, sus súbditos españoles comenzaban a demostrarle cierto afecto, o al menos ya no lo rechazaban como en los primeros años tras su llegada de Flandes, vivía días felices en unos palacios de ensueño y en una ciudad que le gustaba mucho..., pero los problemas de su enorme Imperio seguían latentes.

Aquel día, como venía siendo su costumbre en las últimas semanas, se levantó tarde. Apenas faltaba una hora para el mediodía cuando el canciller Gattinara se presentó ante la cámara de Carlos de Austria. La puerta continuaba cerrada.

—¿Está despierto el emperador? —preguntó el canciller a los criados que atendían el servicio a esas horas.

—No lo sabemos, señor canciller. Tenemos órdenes tajantes de que no se le moleste hasta mediodía —respondió el jefe de la guardia.

—¿Hoy?

—No, señor canciller, todos los días. El emperador y la emperatriz nunca se levantan antes de la once.

Gattinara se impacientó. Tenía que comunicarle a Carlos que el rey de Francia, ya en París, había despreciado a su esposa Leonor desde el primer día y estaba intrigando de nuevo en busca de una alianza con los turcos.

Como ya había sospechado el avezado canciller del Imperio, Francisco de Francia era un hombre de poca palabra, y no le pareció extraño que una vez libre anduviera enredando e incumpliendo lo acordado en el tratado de Madrid.

—Supongo que está afanado en tener un heredero cuanto antes —le comentó Gattinara a su secretario mientras, sentado en un escabel, esperaba paciente a que el emperador saliera de su dormitorio.

Carlos abrió la puerta poco antes de mediodía; enseguida acudieron dos criados.

—Huevos, jamón y una cerveza para mí; y una bandeja de fruta para la emperatriz. Y una docena de ramos de claveles recién cortados —ordenó Carlos—. ¡Ah!, don Mercurino, me alegra veros. Estupenda mañana.

—Buenos días, majestad. Estaba esperando...

—Enseguida despacharemos lo que tengáis preparado.

—Son asuntos muy urgentes, mi señor.

—Dejadme unos minutos para que desayune con mi esposa, y, entre tanto, tome vuestra merced lo que quiera.

Carlos volvió a entrar en el dormitorio, y el canciller resopló. Gattinara pidió que le sirvieran un poco de fruta, y esperó, esperó, esperó...

Hacía tres semanas que el rey de Francia, el papa, la señoría de Venecia y Milán habían constituido una nueva alianza a la que habían llamado la Liga de Cognac. Su intención no era otra que unir sus fuerzas contra Carlos. Y por si esta amenaza no fuera suficientemente grave, el sultán Solimán había ordenado a sus tropas que invadieran Hungría. En esos momentos, mientras el emperador tomaba el desayuno con su esposa en la Alhambra, el señor de la Sublime Puerta, nombre con el que algunos comenzaban a llamar al Imperio otomano, ordenaba a cien mil de sus soldados, equipados con trescientos cañones, que avanzaran por el Danubio hacia Buda y Pest.

### *Granada, 4 de julio de 1526*

Por fin. Tras varias semanas intentándolo, el canciller Gattinara consiguió que Carlos dedicara toda una mañana a los asuntos de Estado. Hasta ese día el emperador apenas había despachado con su principal consejero, pues había andado ocupado atendiendo a su esposa, con la cual pasaba más de media jornada encerrado en sus aposentos, o

cazando en Santa Fe.

Aquel día de comienzos de julio el calor apretaba sobre Granada. En las cumbres de Sierra Nevada apenas quedaban restos de la nieve caída durante el invierno; la vega del Genil lucía espléndida y ubérrima con las cosechas y las frutas en sazón.

Sobre la mesa del emperador se amontonaban varios expedientes que urgía despachar. A los asuntos propios del Imperio se añadían ahora numerosas peticiones del concejo de Granada. La ciudad estaba cambiando muy deprisa. La que fuera tres décadas atrás orgullosa capital del sultanato de los nazaríes se estaba cristianizando a toda prisa. Las numerosas mezquitas estaban siendo sustituidas por iglesias o quedaban abandonadas o convertidas en almacenes y cuadras; los hospitales habían sido ocupados como viviendas por los nuevos pobladores, provocando una carencia de este tipo de establecimientos, que los Reyes Católicos ya habían intentado paliar dictando un decreto para que se construyera uno nuevo en la Alhambra, si bien al final había acabado ubicándose en la zona baja. El propio Carlos impulsó las obras del nuevo hospital, que habían quedado interrumpidas a la muerte de Fernando el Católico.

Pero donde el concejo granadino estaba volcando sus mayores esfuerzos era en la obra de la nueva catedral. El Católico ya se había mostrado dispuesto a construir una enorme catedral en Granada, más grande si cabe que la de Sevilla, hasta entonces la mayor de todos los reinos de España, pero Fernando de Aragón no pudo ver ni siquiera iniciado el proyecto. Era el propio Carlos quien, tres años antes de visitar Granada, había autorizado la colocación de la primera piedra el 25 de marzo de 1523, día de la Encarnación, una fecha simbólica para los cristianos. Tras más de tres años de trabajos, la planta de la catedral comenzaba a tomar forma, pues ya se habían excavado los cimientos y trazado el plano de la obra. Para construirla se había demolido por completo la mezquita aljama de los musulmanes granadinos, un grandioso edificio rematado por un alminar de piedra que se elevaba sobre los tejados de la ciudad entre la carrera del arroyo del Darro y la puerta de Bibarrambla.

—El proyecto que don Enrique Egas quiere ejecutar para la catedral no gusta al cabildo de Granada, ni a mí tampoco; tanto los canónigos como yo mismo estimamos que se trata de una mera copia de la iglesia de Toledo en ese viejo estilo que en Italia consideran propio de los godos, es decir, de los bárbaros. Queremos cambiar la traza del maestro Egas y apostamos por una catedral edificada en el nuevo estilo, tal cual se están construyendo ahora las iglesias en Roma y Florencia. —Así habló el arzobispo de Granada, Pedro Ramírez de Alba, que había sido recibido por el emperador junto al deán de la catedral y a uno de sus canónigos.

—Cambiar ahora los planos supondrá más gastos y retrasos en esta obra —atajó Carlos—. Granada fue la gran conquista de mis abuelos y aquí decidieron ser enterrados. Quiero que esta catedral sea el mausoleo de mi familia, de modo que ha de tener la mayor prestancia posible.

—No es preciso trazar unos nuevos planos, majestad, sino solo modificar el

alzado. El cabildo, que está de acuerdo conmigo, propone que el maestro Egas sea reemplazado en la dirección de la obra por don Diego de Siloé, que está trazando la capilla del convento de San Jerónimo según los nuevos gustos y modas, y que está agradando a todos. Don Diego sería el encargado de introducir esas modificaciones en la catedral, si vuestra majestad está conforme.

—¿Qué cambios son esos que proponéis? —demandó Carlos.

—Se trata de tomar como modelo el templo del Santo Sepulcro de Jerusalén, el lugar más sagrado de la cristiandad —dijo el arzobispo.

—Una profecía augura que un rey de España conquistará Jerusalén a los sarracenos y lo reintegrará a la cristiandad. Algunos creyeron que ese rey sería vuestro abuelo don Fernando, el conquistador de Granada, pero ahora se dice que ese monarca es vuestra majestad. Así, Granada sería la nueva Jerusalén, y vuestra majestad el emperador que ha restituido el Santo Sepulcro a sus verdaderos dueños —terció el deán.

—¿Hay alguna traza de cómo será esa nueva catedral?

—El maestro Siloé ha hecho un sencillo plano, pero está dispuesto a elaborar una completa maqueta de madera y explicarla con todo detalle. Este es el dibujo que ha presentado al cabildo. —El deán le mostró a Carlos un pliego de papel con un alzado a mano.

—En el proyecto de Siloé se mantienen las cinco naves con este gran espacio en la capilla mayor, donde podría ubicarse el mausoleo de vuestra familia —añadió el arzobispo.

—Y además se añaden en la fachada dos torres de ciento cincuenta codos de altura cada una —indicó el deán.

—Será una obra digna de vuestra majestad y de vuestra imperial familia —concluyó el arzobispo Ramírez de Alba.

—Si todos estáis de acuerdo, sea como gustáis —aprobó el emperador—. Estoy dispuesto a hacer de Granada el centro de mis dominios en España y convertirla en una urbe imperial. Los moros han dominado esta ciudad durante ocho siglos, pero ahora al fin es cristiana y debe convertirse en el símbolo del triunfo de Dios verdadero sobre los infieles mahometanos y su pérfida secta.

Aquellas palabras del emperador confortaron a los tres eclesiásticos, que sonrieron dichosos ante la voluntad expresada por Carlos.

Pero las cosas no eran tan fáciles. En Granada y en las montañas de su viejo reino musulmán habitaban miles de moriscos, gentes que habían sido bautizadas a la fuerza veinte años antes, pero que mantenían vivas sus costumbres y su fe en sus ceremonias privadas y en lo más profundo de su corazón. Acataban el poder de la Iglesia y del Imperio, pero muchos de aquellos moriscos falsamente convertidos conservaban la esperanza de poder volver a profesar libremente su religión, rezar en mezquitas y alabar el nombre de Dios según se leía en los versos del sagrado Corán.

El emperador y los tres clérigos sellaron el acuerdo del cambio de estilo para la

catedral en las dependencias que el emperador ocupaba en la Alhambra. Los eclesiásticos se mostraron muy satisfechos.

Cuando se estaban despidiendo, un enorme estruendo sacudió el suelo de la colina de la Alhambra. Se tambalearon como si estuvieran beodos y casi cayeron al suelo. El estrépito se hizo más grande y todo a su alrededor comenzó a temblar como si la tierra y los edificios estuvieran siendo agitados por las manos de un gigante furioso. Los techos crujían, las paredes vibraban como árboles agitados por un huracán y los objetos se caían de las mesas y de las estanterías provocando el caos por doquier.

—¡Es un terremoto! —exclamó el deán, que se arrojó de bruces al suelo para cobijarse debajo de una mesa.

El arzobispo, aterrado, cayó de rodillas y alzó las manos al cielo rezando y suplicando auxilio divino. El canónigo, temblando de miedo, no paraba de persignarse una y otra vez acucillado, con los ojos cerrados y la barbilla hundida en el pecho.

Solo el emperador mantuvo la calma procurando guardar el equilibrio mientras todo se tambaleaba a su alrededor.

—¡Isabel! —gritó de pronto.

Buscando apoyo y una referencia espacial en las paredes de la estancia donde se encontraban, Carlos localizó la puerta y salió por ella dando tumbos y procurando orientarse en medio de aquellas sacudidas de la tierra.

Tras unos instantes que parecieron toda una vida, la tierra dejó de temblar. En los patios y pasillos de los palacios de la Alhambra, cortesanos y criados intentaban recuperar la calma perdida. Algunas nubecillas de polvo flotaban en el ambiente, y se escuchaban lamentos y voces demandando ayuda.

Carlos corrió por una galería abierta sobre el adarve de la muralla de la Alhambra, desde la que se contemplaba una magnífica vista del Albaicín y del cerro de Valparaíso, con la única obsesión de encontrar a Isabel. Llegó por fin a una estancia cubierta por una linterna de la época nazarí, con ventanas de cristales de colores, algunos de los cuales habían caído al suelo durante el terremoto. Allí se había ubicado el tocador de la reina. Carlos pensó encontrar en ese lugar a su esposa, pero no había nadie.

—¡Isabel, Isabel! —gritó sin recibir ninguna respuesta.

A la derecha de la puerta de entrada a esa cámara observó una losa de mármol que se había desplazado un palmo. Por un agujero en el centro de esa losa salían unos vapores procedentes de un pequeño horno que había debajo, donde se quemaban esencias y perfumes para aromatizar la estancia.

Carlos salió a un patio y volvió a gritar el nombre de la emperatriz.

—¡Aquí, majestad, aquí! —respondió al fin una voz femenina.

El emperador se dirigió hacia el ala del patio de donde provenía la voz. Detrás de un parterre de claveles halló tumbadas en el suelo, acurrucadas y temblorosas, a su esposa y a una de sus damas de compañía.

—¡Isabel!

—Estoy bien, estoy bien —lo tranquilizó la emperatriz, cuyo aspecto apenas denotaba el miedo que había pasado durante el terremoto.

—¿Y vos, doña María? —le preguntó Carlos a la dama que acompañaba a su esposa, que no era otra que María de Manrique, la viuda del Gran Capitán.

—Bien, señor, bien. Casi estoy acostumbrada. Los temblores de tierra son frecuentes en Granada, aunque nunca había vivido uno tan fuerte como este —respondió María Manrique.

Aquella mujer tenía temple, sin duda. No en vano había estado casada treinta y tres años con Gonzalo Fernández de Córdoba, el mejor soldado del mundo, el hombre que había dado a Fernando el Católico el dominio del reino de Nápoles, el guerrero que jamás perdió una batalla.

—Doña María ha sido mi salvación —dijo la emperatriz—. Gracias a ella he podido soportar ese temblor.

—Os lo agradezco, señora —le dijo el emperador a María.

Poco a poco la situación en la Alhambra fue volviendo a la normalidad. Los guardias, dirigidos por sus capitanes, pusieron orden en el caos, y los criados se afanaron en recoger los objetos que estaban desperdigados por todas partes para volver a colocarlos en su lugar.

Los tres clérigos, todavía con el miedo metido en el cuerpo, se despidieron de Carlos, quien les reiteró su deseo de ver pronto concluida la catedral en el nuevo estilo, y la emperatriz se retiró a una estancia acompañada por su esposo, que ya no se separó un solo momento de ella.

—Estos palacios son espléndidos, y he sido feliz, muy feliz bajo estos techos tan delicados, pero tengo miedo de que haya un nuevo terremoto —le dijo Isabel a Carlos—. Vayámonos de aquí.

—No podemos irnos de Granada ahora. Acabo de decirles al arzobispo, al deán y a uno de los canónigos de la catedral que tengo la intención de hacer de Granada la capital de mis dominios en España. Si mis súbditos ven que abandono Granada después de un terremoto, creerán que su emperador es un cobarde que huye de un simple temblor de tierra. No podemos dejar esta ciudad —alegó Carlos.

—Entonces salgamos de estos palacios. Busquemos acomodo en la zona baja de la ciudad donde el peligro sea menor. Doña María dice que estos temblores son frecuentes, pero que cuando se producen son más débiles en la zona llana.

—De acuerdo. Ordenaré que nos preparen unos aposentos en San Jerónimo.

—Sí. —Isabel se abrazó a su esposo.

Junto a él se sentía protegida, segura. No era un hombre de físico especialmente poderoso, aunque el ejercicio que hacía para ejercitarse en los torneos y durante las numerosas jornadas de caza habían modelado en Carlos unos músculos fuertes y un carácter decidido.

## *Granada, agosto de 1526*

La familia Losantos se había instalado en Granada en una pequeña vivienda en la parte baja del barrio del Albaicín desde donde se contemplaba una imponente perspectiva de la Alhambra.

—Don Carlos está feliz. Parece que su esposa le colma de todo tipo de felicidad —comentó Pablo a Leonor de Urrea.

—Es el deber de toda buena esposa.

—Lo es, lo es. ¿Sabes que hay mañanas que no salen de la habitación donde han dormido hasta pasado el mediodía? Y eso que hace unos días se han trasladado al convento de los Jerónimos, pues la emperatriz entró en pánico el día del terremoto y no quiere pernoctar en la Alhambra.

—Dicen que esos palacios —Leonor de Urrea señaló hacia la Alhambra— son muy hermosos.

—Lo son de verdad. Si quieres verlos, pediré autorización para que nos dejen visitarlos. Ahora que los emperadores ya no residen allí será más fácil.

—Sí, claro que sí, me gustaría mucho verlos.

Pablo y su esposa recibieron autorización para visitar la Alhambra, donde habían quedado algunos cortesanos, pues muchos de ellos se habían trasladado a la parte baja de la ciudad con los emperadores.

Bajo los techos de mocárabes y filigranas de yeso, entre los jardines y parterres llenos de claveles y por las callejuelas de la abandonada ciudadela de la Alhambra, Leonor de Urrea y Pablo Losantos caminaron asombrados y comentaron la terrible desdicha que tuvo que ser para los sultanes nazaríes abandonar aquellos palacios y entregar la ciudad de Granada a los Reyes Católicos.

## *Santa Fe, 31 de agosto de 1526*

Hacía ya cuatro semanas que los emperadores se habían trasladado a unas dependencias en el claustro del convento de los Jerónimos, en la zona baja de Granada. Isabel había sentido mucho miedo durante el terremoto de comienzos de julio y de nuevo tras un segundo temblor que se produjo unos pocos días después con una sacudida casi tan fuerte como la primera.

La emperatriz mostraba gran interés por el arte y la música y gustaba de escuchar las mejores composiciones en los patios y en los jardines del Generalife, el pabellón de recreo de los reyes nazaríes ubicado sobre la Alhambra, a donde se dirigían, a pesar del terrible recuerdo de los dos terremotos, algunas tardes para merendar y presenciar el atardecer del estío antes de regresar a los Jerónimos para pasar allí la noche.



El calor apretaba de firme en las semanas más tórridas del verano, y para paliarlo los emperadores subían algunos días a la Alhambra y pasaban allí las tardes en compañía de los más cercanos cortesanos y sus damas. Aquellos días de comienzos de agosto fueron tan calurosos que Isabel, venciendo su temor, aceptó pasarlos en el pabellón del Generalife al fresco de sus jardines y sus fuentes y al amparo de las galerías abiertas por las cuales circulaba un aire más fresco y alentador.

La última semana del mes de agosto se produjo un pequeño temblor de tierra apenas perceptible en algunas zonas de la ciudad, pero suficiente para que Isabel, que lo sintió en la terraza del Generalife, le pidiera a Carlos no volver a dormir en aquellas alturas.

Decidieron pasar esos últimos días de agosto en Santa Fe, a poco más de dos horas de camino de Granada. Santa Fe había nacido como un campamento militar construido por los Reyes Católicos durante el asedio de Granada. Ubicado en la vega del Genil entre feraces huertas y campos, el primitivo campamento se había convertido en una pequeña ciudad rodeada de un foso y una muralla en la que se abrían cuatro puertas orientadas según los cuatro puntos cardinales.

Los emperadores se alojaron en la casona que había sido la residencia de los Reyes Católicos, la misma donde firmaron con el almirante Cristóbal Colón las capitulaciones que significaron el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El último día de agosto hizo tanto calor que el suelo parecía desprender fuego; pese a ello, Carlos encabezó una partida de caza en la cual también participó Isabel. Se cobraron una buena cantidad de piezas.

Sudorosos, cansados y cubiertos de polvo, los emperadores y los caballeros y damas de su séquito se asearon para la cena y se cambiaron de ropa. Dieron buena cuenta de ensaladas de verduras y hortalizas frescas y de asados de las presas abatidas durante una cacería anterior.

El sol y el aire cálido de Andalucía habían dorado la piel del rostro de la emperatriz, que a Carlos le pareció, si cabe, más hermosa que nunca. Apenas acabada la cena, el emperador dio orden de que todo el mundo se retirara; no tenía otra idea que quedarse a solas con su esposa.

Isabel estaba feliz, radiante; su pelo rubio con delicados rizos olía a esencia de azahar y de rosas. Carlos sentía una intensa excitación y ardía en deseos de hacerle el amor. En cuanto se quedaron solos en la alcoba real, se besaron con pasión, desnudándose uno al otro como si no hubiera un nuevo amanecer.

—Es probable que el espíritu de nuestros abuelos siga presente entre estos muros —dijo Isabel sonriente al ver los ojos de su esposo llenos de pasión y de deseo.

—En ese caso sonreirán al ver tan dichosos a sus nietos. ¡Oh!, mi querida Isabel, eres tan hermosa, tan hermosa...

Hicieron el amor con toda intensidad, procurando darse uno a otro el mayor de los placeres. Sudorosos y ardientes, sus cuerpos se fundieron como uno solo en la calurosa noche de Santa Fe. Hasta tres veces derramó Carlos su simiente dentro de

Isabel, quien poco antes de quedar rendida sobre la cama de sábanas de lino, con su cabeza apoyada en el pecho de Carlos y abrazada a su cuerpo como tanto le gustaba, tuvo la intuición de que su vientre había sido fecundado.

Pese a los terremotos y al calor sofocante de algunas tardes, aquel verano fue el más feliz en la vida del emperador y de su esposa Isabel. Transcurrieron alegres jornadas de amor y caza, amor y banquetes, amor y vino, amor y flores; se sucedieron días dichosos en los que Carlos, de veintiséis años, e Isabel, de veintitrés, se amaron noche tras noche hasta el amanecer en los palacios de la Alhambra, en los jardines del Generalife, en Granada y en Santa Fe bajo el titilante resplandor de las estrelladas noches de una ciudad de ensueño que quedaría grabada para siempre en sus más dichosos recuerdos.

### *Granada, mediados de septiembre de 1526*

Carlos visitaba las obras de la Capilla Real de Granada, un edificio construido en el viejo estilo al lado de donde se iba a levantar la gran catedral. Había decidido que sería allí donde quedarían depositados los restos mortales de sus abuelos y de sus padres en sendos mausoleos, muy similares, en una cripta bajo los sepulcros. También reposaría en ese panteón el cuerpo del príncipe Miguel, el que de haber llegado a la mayoría de edad habría sido rey de Portugal, de Castilla y de Aragón a la vez, uniendo así bajo su Corona a todos los reinos de la Península que los romanos llamaron Hispania.

El maestro de obras le explicaba la disposición de la portada, ya casi acabada, mientras unos escultores colocaban las figuras de la adoración de los Reyes Magos y las de los santos Jorge y Santiago, patronos respectivos de las Coronas de Aragón y de Castilla.

Entraron en la capilla, y el emperador admiró la reja, de la que alabó su estilo y su buena hechura y de la que dijo que nunca había visto una obra de orfebrería tan magnífica. Al otro lado de la reja, frente al altar mayor de la capilla, se ubicaban los dos magníficos sepulcros de las dos parejas reales, muy similares en estilo y traza.

En la sacristía se guardaban la espada de ceremonia de Fernando el Católico, varias joyas de Isabel la Católica, su corona y cetro de plata sobredorada, tapices, pinturas de los mejores maestros flamencos y varios estandartes reales.

Andaba Carlos observando la corona de su abuela cuando un secretario se acercó con presteza.

—Excusadme, majestad, un escrito muy urgente.

Carlos cogió la nota, la abrió y comenzó a leer en voz muy baja:

—«El veintinueve de agosto los turcos han derrotado a las tropas cristianas de Hungría y Bohemia en la llanura de Mohács, una planicie a orillas del río Danubio, a

cien millas al sur de la ciudad de Buda. El rey Luis Jagellón ha caído en combate mientras luchaba con valor contra el enemigo infiel. Rodeado de adversarios muy superiores en número, su majestad combatió con todas sus fuerzas y gran valor, pero fue abatido en una zona pantanosa cuando se retiraba en busca de una posición más favorable. La mayoría del ejército cristiano ha resultado aniquilada, así como varios nobles y obispos».

En realidad, Luis II de Hungría, casado con María de Austria, una de las hermanas del emperador, huía de la batalla cuando cayó de su caballo en el pantano y se ahogó porque no pudo librarse del peso de su armadura.

El emperador salió a toda prisa hacia el despacho que le habían habilitado en el convento de San Jerónimo de Granada.

—¿Os habéis enterado del desastre? —preguntó Carlos mostrando el informe que todavía portaba en su mano al canciller, quien andaba reunido con varios consejeros.

—Sí, majestad. El ejército de Solimán avanza sin oposición hacia Buda y hacia Pest. Si caen esas dos ciudades, el camino hacia Viena y el corazón del Imperio quedará expedito para los otomanos —concluyó Gattinara; el canciller estaba muy preocupado por lo que estaba sucediendo en el centro de Europa.

—¿Cómo ha sido la batalla? —preguntó un cariacontecido Carlos.

—Los turcos han barrido a la caballería pesada húngara con su poderosa artillería y sus mosquetes. Disponen de trescientos cañones de diferentes calibres; algunos son capaces de lanzar proyectiles tan grandes que pueden abrir una brecha en un muro de cuatro codos de espesor con apenas un par de disparos, y otros lanzan metralla con la que pueden detener las cargas de la caballería. Su ejército es enorme; lo componen más de cien mil hombres, entre ellos varios regimientos de infantería de los temibles jenízaros, los feroces guardias personales del sultán Solimán. Los que han sobrevivido de las tropas derrotadas húngaras y bohemias se han retirado hacia Buda y Pest. Todo el sur de Hungría ha caído en manos de los infieles. Ha sido un absoluto desastre —indicó Gattinara.

—Enviad un correo urgente a mi hermano don Fernando; que asegure la defensa de Bohemia y de lo que quede de Hungría. Debe frenar el avance de los turcos como sea.

—Los turcos no se hubieran atrevido a lanzar semejante ofensiva sin la ayuda y el consentimiento de don Francisco —asentó el canciller—. La formación de la llamada Liga de Cognac ha tenido mucho que ver en esta ofensiva otomana. Solimán ha intuido que el enfrentamiento que se ha abierto de nuevo en la cristiandad nos debilita y ha aprovechado las circunstancias para atacarnos.

—¡Ese traidor! Francisco es un felón y merece, por ello, un buen escarmiento. Teníais razón, no debimos liberarlo; es un hombre sin palabra y sin honor. Escribidle una carta en mi nombre. Le retaré a un duelo individual en el lugar y con las armas que él elija —ordenó Carlos.

—¡Mi señor!, ¿qué ocurrencia es esa? —Gattinara se quedó pasmado ante la

propuesta del emperador.

—La que habéis oído perfectamente. Retaré en duelo a don Francisco, y si rechaza pelear conmigo en una justa con las mismas armas y bajo las reglas de la caballería, proclamaré que no solo es un hombre sin palabra ni honor, sino también un traidor y un felón.

—Majestad, ese tipo de reto es algo muy antiguo propio de los caballeros de las novelas como el *Amadís*, pero vos no podéis...

—¡Por supuesto que puedo! Algunos de mis antepasados en el trono de Aragón ya retaron a otros reyes de Francia, y mis ancestros castellanos también lo hicieron con los de Aragón, de modo que claro que puedo hacerlo. Y lo voy a hacer de inmediato.

—Pero, majestad, con el tratado de Madrid habéis recuperado Milán, y el rey de Francia ha renunciado a la reclamación del reino de Nápoles, a la del condado de Artois y a la de Flandes, y se ha comprometido a devolveros Borgoña...

—Don Francisco no ha cumplido su palabra, que era condición imprescindible para su liberación; de modo que o me resarce en el campo del honor, o habrá una nueva guerra. Escribid esa carta de reto y enviadla enseguida a París.

—Si proponéis ese duelo con armas a don Francisco, estaremos de nuevo en guerra con Francia, y los turcos verán en este episodio una nueva fractura en la cristiandad —alegó el canciller.

—La traición de don Francisco no puede quedar impune. Haced inmediatamente lo que he ordenado y no volváis a replicarme en este asunto. Y en cuanto a la unidad de la cristiandad, yo me encargo de ello. Convocaré una dieta en la que se ratifiquen los acuerdos de Worms y se condene cualquier disidencia religiosa. En alguna ocasión me habéis dicho que las profecías me señalan como el monarca que unificará la cristiandad y conquistará Jerusalén; pues bien, es el momento de hacer que se cumplan todos esos augurios.

Aquella noche, durante la cena en el convento de los Jerónimos, Carlos de Austria ordenó que se leyeran en voz alta las crónicas del historiador Hernán Pérez del Pulgar, quien a sus setenta y cinco años asistía a la cena como invitado personal del emperador. El lector, un fraile jerónimo de voz recia y rotunda, leyó algunas de las hazañas protagonizadas por los conquistadores de Granada y varios episodios de la vida del Gran Capitán, cuya viuda también participaba del banquete.

Uno de los comensales comentó en voz baja que de poder don Gonzalo Fernández de Córdoba volver a la vida y encabezar al ejército cristiano, los turcos correrían despavoridos a encerrarse tras las murallas de su capital, a la que ya llamaban Estambul en vez del nombre antiguo de Constantinopla, con solo escuchar el nombre del Gran Capitán.

Tras la victoria en Mohács, Solimán avanzó Danubio arriba y llegó hasta la ciudad de Buda, donde entró triunfante, aunque solo permaneció allí diez días. Un correo urgente llegado desde Estambul le informó de que los señores de la guerra de

las montañas del interior de Anatolia habían reunido en asamblea a todas las tribus de la zona y estaban preparando una revuelta contra su autoridad en aquella región. Temeroso de que aquella rebelión le hiciera perder su Imperio, el señor de la Sublime Puerta ordenó detener la ofensiva en Hungría y dirigirse a Anatolia para sofocar a los rebeldes. Antes de retirarse saqueó la ciudad de Buda. A la vista de las llamas que asolaban algunos edificios, juró por el sagrado Corán que volvería.

### *Granada, fines de septiembre de 1526*

El calor del verano remitía y las noches de finales de septiembre eran lo bastante frescas como para tener que encender algunos braseros en los dormitorios.

Carlos e Isabel habían cenado tarde tras regresar de una visita a las obras de la catedral y de recibir a los cabeza de familia de los linajes más influyentes de los moriscos granadinos, que se habían reunido con el emperador para tratar de que las medidas que se estaban promulgando contra sus costumbres fueran más laxas. Acababan de hacer el amor en sus aposentos de los Jerónimos y se mantenían abrazados, la cabeza de Isabel sobre el pecho de Carlos.

—Voy a ordenar que se construya un gran palacio en la Alhambra; el más grandioso que pueda imaginarse. Será un edificio al estilo de los romanos, un palacio que recuerde el triunfo de nuestra fe y de nuestro Imperio, tan sólido y firme que ningún terremoto será capaz de derribarlo. —La voz de Carlos sonaba llena de euforia.

—¿No te gustan los palacios de los reyes moros? —le preguntó Isabel.

—Sí, claro que sí. Su arquitectura es grácil y delicada, pero no representan la idea de Imperio que quiero que se manifieste en Granada. Tengo la intención de convertir esta ciudad en el centro de mis dominios españoles, y, por ello, debe estar engalanada con los mayores y más soberbios edificios. Además, nunca he sido tan feliz como en los meses que llevamos viviendo en Granada. Resida donde resida, esté donde esté, el recuerdo de esta ciudad, ligado a ti para siempre, me acompañará en cada instante de mi vida. Algún día seremos viejos y, para entonces, cuando alguno de los hijos que tengamos posea la capacidad suficiente para gobernar el Imperio, nos retiraremos a ese palacio que voy a construir en la Alhambra y viviremos nuestros últimos años en la ciudad donde estamos siendo tan felices.

—No sé si amas más a esta ciudad o a mí —bromeó Isabel.

—Granada no es solo una ciudad, es también un símbolo. Nuestros abuelos los Reyes Católicos lo supieron entender; cuando la conquistaron planearon una ciudad nueva llena de edificios donde se exaltara la fe en Cristo y donde se plasmara el triunfo de la cruz sobre las tinieblas del mahometismo. Pero hasta ahora no se ha hecho demasiado, salvo derribar la mezquita mayor y colocar algunas cruces y altares

por las calles y sobre las puertas y torres de las murallas. Construiremos iglesias y conventos, edificaremos palacios, levantaremos hospicios y hospitales, haremos una ciudad nueva que represente el triunfo del cristianismo sobre los infieles. Si es preciso, se derribarán cuantas casas sea necesario para abrir plazas y nuevas calles más amplias y rectas al estilo de los nuevos tiempos, lo que sea para hacer de Granada la nueva ciudad que represente el poder y la fuerza del Imperio y de la verdadera fe.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Voy a seleccionar a unas cuantas personas de valía para que se pongan manos a la obra y construyan esa nueva ciudad que imaginaron nuestros abuelos.

—Será complicado hacer ese tipo de obras en ese barrio que llaman el Albaicín —indicó Isabel.

—Pues comenzaremos por la zona baja, ahí será mucho más fácil. La viuda del Gran Capitán ya está construyendo su nuevo palacio junto a una de las puertas, y en ese entorno se construirán los palacios de la nobleza. Pronto, muy pronto, Granada lucirá como el farol que ilumine el Imperio.

—Esta tarde te has reunido con sus dirigentes, todavía quedan muchos moriscos aquí; tal vez a ellos no les guste que se destruyan las obras que levantaron sus antepasados.

—Les guste o no, tendrán que aceptarlo. Los decretos de conversión obligatoria han hecho de ellos unos cristianos nuevos. Su obligación es aceptar la verdadera fe y renegar de sus erradas creencias mahométicas —asentó Carlos.

—No será tan fácil. No desean renunciar a sus costumbres, a sus fiestas, a sus ritos...

—El Imperio requiere de una sola fe, una sola religión, un solo soberano, un solo Dios. No hay otra manera de construirlo y de mantenerlo. No la hay.

Isabel besó a Carlos, pero no le dijo que hacía un par de semanas que debería haber tenido el período del menstruó. Solo se lo había confesado a su amiga María Manrique, quien al observar los ojos de la emperatriz había tenido la impresión de que sí estaba embarazada.

### *Granada, mediados de octubre de 1526*

Había dedicado todo el día a los asuntos de Estado, sobre todo a las Indias, donde día a día los conquistadores avanzaban en todas las direcciones y para las que se hacía necesario dictar ordenanzas y reglamentos y organizar el gobierno de las regiones conquistadas. Aquel día firmó un decreto por el cual se ordenaba que todos los navíos que fueran a las Indias o volvieran de ellas lo hicieran con permiso expreso de las autoridades de la flota y que quedaran perfectamente registrados.

Ahora, tras una mañana de duro trabajo, comía en el refectorio de los Jerónimos con el canciller Gattinara y el arzobispo de Granada.

—Los moriscos andan revueltos, majestad —comentó el arzobispo preocupado por las protestas que algunos de ellos habían manifestado en las últimas semanas.

—Pondremos orden —se limitó a comentar Carlos.

—Tal vez albergaron algunas esperanzas con vuestra proclamación como emperador, pero el decreto de conversión obligatoria de los moros de Aragón los ha contrariado.

—¿Qué esperaban?

—Vuestros abuelos obligaron a bautizarse a los moros de Castilla y de Granada, so pena de expulsión o cárcel, pero no lo hicieron con los de Aragón, que pudieron mantener su culto y sus ritos hasta comienzos de este año. Algunos moriscos granadinos llegaron a pensar que vuestra majestad les permitiría recuperar su antigua religión y abrir de nuevo sus mezquitas, pero cuando se enteraron de lo que ocurría con los de Aragón supieron que no habría vuelta atrás y eso los ha soliviantado. Perder la última esperanza suele llevar a la desesperación, y en ese caso cualquiera puede convertirse en un fanático imprevisible.

—«Un imperio, una fe», ese es mi lema, y así debe ser. Hace ya más de veinte años que las prácticas mahométicas están prohibidas en Granada, y desde este mismo año lo están ya en todos mis dominios, y así seguirá siendo por siempre.

—Y de ese modo estamos procediendo, majestad —terció el canciller.

—La Inquisición está actuando contra todos aquellos que practican de manera oculta sus ritos, y no solo contra los moros, también contra la secta de los judíos, pues entre los conversos judíos hay quienes añoran volver a sus sinagogas y a sus ceremonias de antaño. El Santo Oficio ha distribuido una guía entre sus agentes para que sepan reconocer a los judaizantes por sus costumbres y poder así perseguir a los relapsos. En Sevilla y en Córdoba ya se han producido algunas detenciones —comentó el arzobispo.

—El Imperio, don Pedro, tiene que defenderse de los herejes —afirmó Carlos—; y también debe asentar sus símbolos y hacerlos visibles a todos. Por eso he decidido construir un gran palacio en Granada, en el centro de la Alhambra. Ha de ser un edificio grandioso que ponga de manifiesto el triunfo de la verdadera fe sobre los infieles; se levantará en el nuevo estilo que triunfa en Italia.

—Una gran idea, majestad —puntualizó Gattinara.

—Si me lo permitís, señor, hay un artista que está trabajando en las obras de la catedral que bien podría trazar ese palacio del que habláis —intervino el arzobispo.

—¿De quién se trata?

—Se llama Pedro Machuca. Nació en Toledo y se ha formado en Italia, al lado de los más grandes artistas. Ha sido discípulo de Miguel Ángel Buonarroti, del que aseguran que es el más notable arquitecto, pintor y escultor del mundo. Machuca es el maestro pintor de la Capilla Real, pero he hablado en numerosas ocasiones con él y

conoce bien el arte de trazar edificios. Creo que es la persona indicada para construir ese palacio.

—Presentádmelo, y ya veremos qué ideas tiene ese...

—Machuca, majestad, Pedro Machuca.

—Un palacio como el que imagináis costará una fortuna, señor —terció el canciller.

—El conde de Tendilla se encargará de buscar el dinero necesario —asentó el emperador.

—Ese palacio será una gran obra, sin duda, que se completaría con la fundación de una universidad —alegó el arzobispo—. La junta de los colegios de Santa Cruz de la Fe y de San Miguel, reunida en la Capilla Real, os ruega que instéis al papa para que conceda la licencia para establecer una universidad en Granada. Hemos concluido que sería muy beneficioso que se impartiesen en ella estudios de Teología, Filosofía, Cánones y Gramática con el fin de formar buenos profesores cristianos para que enseñen el evangelio y la verdadera doctrina.

—Lo haré, y también solicitaré del papa Clemente que otorgue a la nueva universidad de Granada los mismos privilegios que disfrutaban las de Alcalá, París y Bolonia. Encargaos vos, don Pedro, de redactar con los expertos y doctores que estiméis oportunos las constituciones para el gobierno de la nueva universidad.

—Muchas gracias, majestad. Desde que llegasteis a esta ciudad, Granada se ha convertido en el centro del mundo. Aquí viven ahora los más relevantes sabios de vuestros reinos, la ciudad está cambiando su aspecto morisco por uno más acorde con nuestra Santa Iglesia católica, se construyen iglesias y palacios, los artistas pintan y esculpen vuestras glorias y las del triunfo de la fe, las mejores plumas escriben sus libros en Granada... Esta ciudad os quedará eternamente agradecida.

Aquella noche, tras la cena, el emperador y su esposa se retiraron a la misma habitación.

—Hoy ardo en deseos de hacerte el amor —le dijo Carlos.

—Pues hazlo con cuidado porque en mi vientre ya germina tu semilla.

—¡Qué! —Carlos la miró asombrado y confuso.

—Estoy embarazada. Aquella noche en Santa Fe, ¿recuerdas?

—¿Es eso, seguro?

—Sí. No se nota todavía, pero lo siento en mi interior. Doña María Manrique lo ha intuido, y don Pablo Losantos me ha visitado esta mañana y lo ha ratificado. Vais a ser padre a finales de la próxima primavera.

—¡Un hijo! ¡El heredero del Imperio! Te amo, Isabel, te amo. Mañana ordenaré que llenen de claveles todas estas habitaciones.

—Ya no hay claveles; ya no es su tiempo.

—El tiempo está en mis manos; soy el emperador y tú mi emperatriz —proclamó



orgullosos Carlos.

Ya tenía la experiencia de la paternidad, pero sus tres retoños habidos fuera del matrimonio y antes de casarse con Isabel habían sido tres niñas. Algo le dijo en el fondo de su corazón que su primer hijo legítimo sería un varón y que ese niño heredaría el mayor imperio del mundo.

### *Granada, principios de noviembre de 1526*

Una nueva carta de Hernán Cortés, el conquistador del Imperio azteca, daba cuenta de los avances en México, tierra a la cual comenzaba a denominarse Nueva España, y del inicio de la exploración hacia el sur, por las costas de una región a la que habían bautizado como Honduras.

—¡Una espada suspendida en el aire durante veinte días! —exclamó el emperador—. Eso dice en su carta que ha visto el capitán Cortés. Veinte días colgada del cielo delante de su ejército, a los ojos de todos los soldados. ¿Qué opináis de ello, Losantos?

—Tal vez se trate de una señal divina, un signo para demostrar que Dios está con vuestra majestad.

Pablo Losantos estaba curando una pequeña herida que Carlos se había hecho en una pierna durante una partida de caza mientras perseguía con su caballo a un jabalí en las estribaciones de Sierra Nevada.

El emperador se había separado del resto de los cazadores, se había caído del caballo y se había perdido en los bosques de las laderas de Sierra Nevada. Desorientado y dolorido, se fue apartando más y más de sus hombres hasta que cayó la noche. Comenzaba a helar en aquellas alturas cuando vio a lo lejos una luz y se dirigió a ella; era una pequeña aldea, de unas veinte casas. Llamó a la puerta de una de ellas y preguntó por una posada. Le dijeron que no había ninguna en el pueblo, y entonces preguntó por la casa del cura. A ella se dirigió. Volvió a llamar y al poco rato apareció tras la puerta un clérigo que se cubría los hombros con una manta. Se presentó como un hombre honrado, pero sin revelar su verdadera identidad, y le pidió al cura que le dejara pasar allí la noche y que le ofreciera algo de comer, pues estaba hambriento y aterido de frío. El cura aceptó acogerlo, pero le pidió dinero para pagar la comida. El emperador le dijo que en ese momento no llevaba ni una sola moneda encima, pero que lo recompensaría con creces. El cura se fío y le dio cena y cobijo. Al día siguiente, cuando lo localizaron sus soldados, Carlos fue muy generoso con el clérigo, que no salía de su asombro al enterarse de que había alojado en su casa al dueño de medio mundo.

—Sois un hombre de ciencia, supongo que tendréis alguna explicación a la visión de esa espada —Carlos quería saber la opinión de Losantos sobre aquella maravillosa

visión que describía Hernán Cortés.

—No la he visto, mi señor, de modo que solo puedo opinar por lo que vos me estáis contando, pero, si uno de vuestros mejores generales asegura que ha observado una espada colgada del cielo y que todos sus hombres han sido testigos de ello, supongo que será verdad.

—¿Creéis en las señales del cielo? —le preguntó el emperador.

—Están en la Biblia.

—Sí, lo están, y la Biblia es la palabra de Dios. Vuestro padre era un converso, pero vos, según tengo entendido, ya nacisteis cristiano.

—Mis padres eran judíos, pero ambos se bautizaron poco antes de que yo viniera al mundo, de modo que nací de padres cristianos y fui bautizado como tal.

—Supongo que en vuestra familia nunca se han celebrado ritos judaizantes.

—Jamás, majestad. Mis padres siempre se comportaron como fieles seguidores de la doctrina de Jesús, y así nos enseñaron a hacerlo a sus hijos.

—Pero supongo que conocéis los ritos de los judíos.

—Los conozco, majestad, pero también conozco los de los moros. Bien, ya está curada vuestra pierna. La herida era superficial, no creo que os quede siquiera una cicatriz de ella, tal vez solo una pequeña marca. La he lavado con trementina y os he puesto un unguento hecho con esencia de aloe y de agrimonia, es muy eficaz y sirve para que cicatrice bien la herida. Procurad no mover mucho esa pierna en cinco o seis días. Cada tarde os cambiaré el vendaje, con vuestro permiso.

—Dicen que los judíos no comen como los demás hombres —comentó el emperador volviendo a ese asunto.

—Sé que comen pan ácimo en la Pascua y que quitan la grasa y desecan y desangran la carne antes de cocinarla. Y que no consumen carne de cerdo, como tampoco la ingieren los moros.

—¿Por qué hacen eso?

—Supongo que por prevención —respondió Pablo Losantos.

—¿Prevención?

—En la escuela de medicina de Salerno me enseñaron que algunos alimentos pueden ser nocivos si se consumen en mal estado o si se ingieren en grandes cantidades. Comer carne de cerdo suele transmitir algunas enfermedades, y consumir mucha carne provoca gota...

—A mí me gusta mucho la carne; es el alimento de los reyes —dijo Carlos.

—Ya os he recomendado en alguna ocasión que conviene moderar el consumo de carne y también el de cerveza y vino.

—Me gusta la cerveza, Losantos, me gusta desde la primera vez que la bebí.

—Pues habéis de saber, mi señor, que beberla en grandes cantidades y comer carne en abundancia no es conveniente para la buena salud del cuerpo. Bien que lo conocen en los monasterios, donde los monjes tienen prescrito en su regla cómo deben comer, qué tipos de alimentos y cuántas veces a la semana. Por ejemplo, solo

comen carne tres veces por semana y en moderadas cantidades. ¿Y sabéis qué ocurre?, pues que los monjes son las personas que viven más años, los más longevos.

—Quizá tenga presente lo que decís, don Pablo, pero esta noche daré buena cuenta de un excelente asado de venado. La jornada de caza me ha despertado el apetito.

El canciller Gattinara entró en el gabinete donde Losantos acababa de curar la herida del emperador.

—Majestad, el rey Francisco ha aceptado vuestro reto a un duelo singular; ahora estamos en guerra con Francia —anunció el canciller sin siquiera percatarse de que Carlos no estaba solo.

—Bien. Va siendo hora de darle a ese traidor un buen escarmiento.

No era tan fácil como Carlos quiso entender. Francia había firmado un tratado con Venecia y el papa y, además, contaba con el apoyo secreto del Imperio turco, cuyo sultán ambicionaba ocupar todo el norte de África, hasta el estrecho de Gibraltar, y todas las islas del Mediterráneo.

La derrota y muerte de su aliado Luis II en Hungría se había convertido en un grave inconveniente, solo paliado por la retirada de los turcos, que habían demostrado que podían llegar con un poderoso ejército hasta las puertas de Viena si se lo proponían.

En los días siguientes, y dado que guardó reposo físico por la herida en la pierna, la actividad de Carlos en el gabinete se multiplicó: le escribió al papa pidiéndole que hiciera una visita a España, ordenó a sus capitanes en América que impusieran la fe católica a los indios, dio instrucciones a su hermano Fernando, convertido en rey de Bohemia tras la muerte de Luis Jagellón, para que defendiera la frontera del Danubio y organizara la defensa contra posibles nuevas incursiones de los turcos, dotó rentas para las fortalezas y castillos de las comarcas del Rosellón y la Cerdeña en la frontera del norte de Cataluña con Francia, y convocó a los comendadores mayores para aprestarse a una guerra total.

Necesitado de ayuda financiera para las nuevas empresas que se avecinaban, Carlos decidió convocar las Cortes de Castilla en Valladolid para el siguiente mes de enero.

Los días felices en Granada estaban tocando a su fin. El Imperio requería de la presencia de su dueño. El tiempo y el destino del mundo volvían a estar en sus manos.

### *Granada, 7 de diciembre de 1526*

En la Alhambra y en el convento de San Jerónimo los criados de la corte se afanaban en recoger los pertrechos y los equipajes de la corte, pues en cuatro días los

emperadores saldrían hacia Valladolid. Media docena de secretarios tomaban nota del inventario de muebles, tapices, alfombras y todo tipo de adminículos que se movían cada vez que la corte se desplazaba.

El arzobispo de Granada aguardaba paciente a que Carlos lo recibiera. Lo había citado a primera hora de la mañana, y, aunque había acudido puntual, hacía ya más de una hora que esperaba.

—Buenos días, don Pedro. Tomad una jarra de cerveza, la ha elaborado mi maestro cervecero, no hay otro mejor en el mundo, ni siquiera en Alemania. Además, el agua de Granada le confiere una frescura y una nitidez especial. Y perdonad el retraso en recibirlos, pero he tenido que despachar unos asuntos que no admitían demora —se excusó Carlos a la vez que saludaba a Pedro Ramírez.

—No importa, señor. Tal cual me pedisteis, aquí os traigo las normas que han de regir de manera obligatoria para los moriscos. Como acordamos con vuestra majestad, todos los niños moriscos deberán acudir a las iglesias para aprender la fe católica. Serán los sacristanes quienes se encarguen de ello a cambio de un aumento en su salario, claro. Deberán hacerlo todos los niños y muchachos hasta que cumplan la edad de dieciséis años. El resto de los moriscos mayores de esa edad tendrán la obligación de asistir a catequesis las mañanas de todos los domingos y días festivos para recibir la doctrina de la verdadera fe.

—Ordenaré que se promulgue una real cédula hoy mismo que contenga esas instrucciones.

—Sabemos que los moriscos siguen celebrando matrimonios entre muchachitos de once o doce años, que leen el Corán en sus casas en veladas nocturnas y que llevan entre sus ropas o colgadas del cuello bolsitas con hierbas o con amuletos con frases del Corán. Hay que acabar con esas prácticas supersticiosas para siempre. —El arzobispo dio un trago de cerveza de una hermosa jarra vidriada en blanco y azul.

—La Inquisición se encargará de que estas instrucciones se cumplan.

—Majestad, los moriscos se han convertido en un grave problema. Sus mujeres practican hechicerías contra los buenos cristianos, envenenan a clérigos y a hombres católicos y se comportan como brujas al servicio del demonio. Durante todos estos años hemos sido muy permisivos con ellos, pero es hora de acabar con esa relajación y castigar sus prácticas heréticas de manera contundente —alegó el arzobispo.

—La mayoría de esos moriscos trabajan tierras de la nobleza, sobre todo en los reinos de Aragón y de Valencia, y también aquí, en Andalucía, y otros son excelentes artesanos de la carpintería, la construcción y la cerámica.

—La solución definitiva sería expulsar a toda esa chusma igual que hicieron vuestros abuelos los Reyes Católicos con los perversos judíos.

—Pero, señor arzobispo, si los expulsáramos a todos y de repente, muchas de las mejores huertas de estas tierras quedarían sin cultivar, perderíamos a los mejores alarifes, carpinteros y fusteros y nadie sabría fabricar estas magníficas jarras. —Los dos bebían su cerveza en unas delicadas jarras cocidas en un alfar cerámico de

moriscos de Málaga.

—Tal vez, pero...

—Los nobles de Aragón se quejaron mucho cuando a comienzos de este mismo año firmé el decreto de conversión, pues decían que sus siervos moros eran campesinos fieles y muy productivos y que su condición de sarracenos en nada afectaba a su rendimiento en el trabajo. Esos nobles, tan altivos y orgullosos, están muy satisfechos con sus vasallos mahometanos, tanto es así que en Aragón hay un refrán que equipara la posesión de vasallos moros con el oro.

—Pero, majestad, si dejamos que sigan viviendo entre nosotros, aunque sea bajo el disfraz de una conversión forzada y falsa, serán peor que una plaga. Sus mujeres engendran hijos como conejos, sus casas bullen de chiquillos a los que ni siquiera pueden alimentar, y un hereje hambriento es más peligroso que un delincuente saciado. —El arzobispo de Granada parecía dispuesto a tomar cualquier medida que significara el final de lo que llamaba «el problema morisco» en su diócesis, e incluso en toda España.

—Lo que hemos acordado servirá para que los moriscos olviden sus raíces en unos pocos años y adopten la verdadera fe. Ahora es trabajo de vuestros sacerdotes convencerlos de su error en las catequesis a las que están obligados a acudir.

—¿Y si no lo admiten y se rebelan?

—En ese caso, intervendrá la Inquisición y, si fuera preciso, el ejército. Y ahora, don Pedro, os ruego que me dejéis despachar algunos asuntos con el canciller Gattinara. En las Indias hay muchas minas de oro y plata que excavar, y debo regular su explotación en beneficio del Imperio —zanjó la cuestión el emperador, que empezaba a cansarse de la insistencia del arzobispo.

### *Granada, 10 de diciembre de 1526*

Sierra Nevada amaneció cubierta por un extenso manto blanco que descendía desde las cumbres del Mulhacén y el Veleta hasta las inmediaciones de la Alhambra, pero en el cielo, completamente despejado y azul, brillaba un radiante sol.

El emperador se levantó justo cuando los primeros rayos del sol frisaban el horizonte y teñían la nieve de un suave tono dorado. Aquella noche había dormido solo. La emperatriz estaba embarazada de casi cuatro meses y había sentido en las últimas tres semanas algunas náuseas y mareos. Pablo Losantos les había aconsejado que durmieran separados unos días, a fin de que el feto se asentara y no corriera riesgo de aborto, pues si Carlos le hacía el amor podría interrumpirse el embarazo.

Enseguida se dirigió a la alcoba de la emperatriz, en cuya antecámara dormía la viuda del Gran Capitán, que se había convertido en una de sus mejores amigas y confidentes y que en Granada era la principal dama de compañía de Isabel.

—¿Cómo está la emperatriz? —preguntó Carlos.

—Todavía duerme, majestad —respondió María Manrique, que ya estaba despierta y vestida—. He ordenado que le traigan el desayuno; en su estado de embarazo necesita alimentarse bien.

—En ese caso, dejadla descansar. Yo desayunaré con ella cuando despierte. Hoy tenemos por delante el primer día de camino. Esta noche cenaremos y dormiremos en Pinos Puente. ¿Conocéis ese lugar, señora?

—Sí, su puente sobre el río Cubillas es paso obligado en el camino hacia el norte. Mi esposo me contó que allí tuvo lugar una batalla en la que los moros de Granada vencieron a las tropas castellanas del rey don Alfonso el Onceno, y que en ella murieron dos infantes de Castilla. El Gran Capitán —María Manrique se refirió así con orgullo a su esposo— recorrió esos campos cuando a las órdenes de vuestro abuelo don Fernando contribuyó a la conquista de Granada para Castilla y sus altezas los Reyes Católicos.

—Don Gonzalo fue un magnífico soldado y un excelente general.

—El mejor, majestad, el mejor —asentó María Manrique.

Isabel abrió la puerta de su alcoba. La infusión de valeriana y manzanilla que la noche anterior le había administrado Pablo Losantos le había sentado muy bien, y los mareos y las náuseas habían desaparecido. En su vientre apenas se notaba su estado de embarazo.

—Señora —la viuda del Gran Capitán dobló la rodilla ante la emperatriz.

—Buenos días, doña María; buenos días, esposo.

—Desayunaremos juntos. Hoy es nuestro último día en Granada.

—Por el momento, porque volveremos algún día a esta ciudad —dijo Isabel.

—Lo haremos —ratificó Carlos.

La comitiva imperial estaba preparada para partir hacia el norte. Las misivas que convocaban a los procuradores a Cortes en Valladolid ya se habían enviado a sus destinatarios; el mundo y la vida continuaban su curso.

Habían hecho votos de volver, se habían prometido que regresarían a Granada, quizá en el último tramo de su vida, para vivir sus últimos años y morir juntos en aquella ciudad donde habían compartido tanto hechizo, tanto amor y tanta ensoñación.

Se lo prometieron; ambos prometieron volver a Granada, que durante aquellos meses del año del Señor de 1526 se convirtió en el centro del mundo. Ese día de diciembre, tras contemplar por última vez los muros rojos y las torres bermejas de la Alhambra, Carlos e Isabel se miraron a los ojos y ambos asintieron en sus deseos de regresar. Pero nunca lo harían. Nunca. El destino se encargaría de impedir que Carlos e Isabel volvieran a Granada.

## LA CORONA DEL MUNDO

*Toledo, 26 de diciembre de 1526*

A pesar del frío y de la lluvia helada, la comitiva real hizo el camino de Granada a Toledo en trece jornadas, durante las cuales solo se detuvo dos días en Jaén. A Toledo llegó el domingo 23 de diciembre, víspera de Nochebuena, al atardecer. Allí pasarían la Navidad.

En el salón grande del alcázar había terminado una representación de la historia de los Reyes Mayos puesta en escena por unos actores que resultaron muy del agrado de los emperadores.

Pablo Losantos estaba nervioso. Aquella era la ciudad de sus antepasados, la estirpe de médicos judíos que durante generaciones habían rezado en la sinagoga mayor construida en tiempos del rey Alfonso el Sabio y convertida en templo cristiano después de que en el año 1391 la judería toledana fuera asaltada por unos enfebrecidos cristianos que se apoderaron de bienes y propiedades de los judíos, a los que atacaron con suma violencia. La gran sinagoga de Toledo nunca volvió a ser sede del culto de los hebreos, pues se consagró como iglesia dedicada a Santa María la Blanca.

—Estás muy serio y callado —le dijo Leonor de Urrea a su esposo. La esposa del médico tenía a su hija Isabel dormida sobre sus rodillas y al pequeño Luis en un capazo entre almohadas.

—Esta ciudad me trae tristes recuerdos —le dijo tras acabar de masticar un pedazo de pastel de carne—. Nací aquí, y aquí fue ejecutado mi hermano Juan por la Inquisición. Pero ni siquiera puedo visitar su tumba; sus cenizas fueron arrojadas al viento hace ahora cuatro años.

—Lo siento —Leonor se abrazó a su esposo por los hombros, y este le acarició las manos.

—Apenas tuve tiempo para conocerlo. Cuando mis padres se marcharon de Toledo, Juan era apenas un niño y se quedó aquí al cuidado de mis tíos. Lo recuerdo de muy pequeño, siempre jugando con espadas de madera, siempre sonriente, feliz... Era un buen hombre, jovial y divertido, con una gran destreza para forjar las mejores espadas y labrar las más delicadas joyas y piezas de orfebrería. Sé que nunca hizo mal a nadie y que lo mataron porque era... diferente.

En ese momento el dueño del mesón donde se alojaban en Toledo, una posada en

una calleja a escasos pasos de la plaza de Zocodover y muy cerca del alcázar, se dirigió al médico imperial.

—Vuestra merced perdone, pero un hombre dice que desea hablar con vos; es aquel —le indicó señalando con la mirada a un caballero vestido de manera sobria pero elegante.

—¿Qué desea?

—No lo sé, señoría, solo me ha preguntado por vuestra merced.

—Decidle que se acerque.

—¿Quién será? —se extrañó Leonor.

—Ahora lo veremos.

—¿Don Pablo Losantos? —le preguntó el caballero.

—El mismo. ¿Quién lo pregunta?

—Domingo de la Torre, antiguo oficial de la Santa Inquisición y ahora caballero de Santiago.

Al oír esas palabras, y aunque no tenía nada que temer, los músculos de Pablo Losantos se tensaron y el rictus de su rostro se tornó rígido y su expresión severa. El antiguo inquisidor era un hombre de unos cincuenta años de edad, alto y delgado, con barba rala en la que comenzaban a dibujarse algunas canas como finos hilos de plata. Su ademán era decidido y sus gestos elegantes. Su rostro surcado de arrugas, sus ojos apagados y tristes y sus ojeras oscuras mostraban las huellas de haber vivido situaciones y momentos muy dolorosos.

—¿Qué os trae por aquí?

—¿Puedo sentarme?

—Claro. Os presento a mi esposa, doña Leonor de Urrea.

—Señora... —El caballero inclinó la cabeza con respeto.

—Y esa niña que duerme tan a gusto es nuestra hija Isabel, y el pequeño del capazo nuestro hijo Luis. Y bien, vos diréis...

—Don Pablo, permitidme que comience pidiéndoos excusas por haberme presentado de improviso. ¿Puedo hablaros con franqueza? —dijo Domingo mirando a Leonor.

—Hacedlo; no tengo secretos para mi esposa.

—Entonces me explicaré sin dilación ni circunloquios: soy el padre de Andrés.

—¡Qué! —Pablo Losantos abrió los ojos como si estuviera en presencia de una aparición fantasmal.

—Andrés, el que fuera... compañero de vuestro hermano; era mi único hijo.

—Mi hermano lo amaba...

—Lo sé.

—¿Qué ha sido de Andrés?

—Murió. —Domingo de la Torre aspiró una bocanada de aire.

—¿Murió...? Por favor, contadme lo ocurrido —le rogó Pablo a aquel hombre, que parecía sincero.



—Como sabéis, mi hijo y vuestro hermano vivieron juntos un tiempo. Yo no entendí aquella relación, que me parecía pecado nefando y contraria a la naturaleza y a la ley de Dios, y eché de casa a mi hijo cuando supe de sus desviaciones. Renegué de él, no quise saber nada de su vida, a pesar de que era un muchacho sensible y bueno. Un día supe por un compañero del Santo Oficio que vivía amancebado con vuestro hermano y no lo pude soportar. Envié a unos sicarios para que le dieran a Juan un escarmiento, y lo apalearon en una calle de Toledo hasta dejarlo casi muerto. Yo pensaba que mi hijo lo abandonaría y dejaría sus vicios nefandos, pero aquello solo sirvió para que su unión se tornara más fuerte y sólida. Su amor parecía indestructible.

»Cuando estalló la revuelta de los comuneros, los dos se unieron a ese movimiento. Eran expertos maestros en el arte de fabricar armas de acero y sabían manejar la espada, de modo que fueron bien acogidos en el seno del ejército rebelde. Tras la derrota en Villalar, regresaron a Toledo, y supongo que ya conocéis el resto de esta historia.

—Sé cómo acabó mi hermano, pero no qué fue de vuestro hijo —dijo Pablo.

—Lo torturaron. Le hicieron sufrir tales tormentos que ningún hombre podría soportar. Lo colgaron de una garrucha con pesos en los pies, lo descoyuntaron en el potro, lo ataron con mancuernas hasta casi asfixiarlo, le impidieron dormir sometiéndolo a vigiliadas prolongadas hasta que se derrumbó. Convertido en una piltrafa y destruida su voluntad, se rindió y acusó ante los inquisidores a vuestro hermano; esa denuncia les costó la vida... a los dos.

»Mi hijo no pudo soportar haber sido el culpable de la muerte de Juan Losantos, a quien tanto amaba, y se suicidó colgándose de un árbol ahí abajo, cerca del río, cuando fue consciente de lo que había hecho. Durante semanas la pena y el dolor lo atormentaron hasta convertirlo en un espectro, y entonces decidió quitarse la vida. Espero que Dios lo haya perdonado.

—¡Dios mío! —Leonor de Urrea se tapó la cara con las manos horrorizada.

—Vengo a vos para que me perdonéis —suplicó Domingo de la Torre.

—No sois culpable de nada —replicó Pablo estremecido por el relato del padre de Andrés.

—Claro que lo soy. Expulsé a mi hijo de casa cuando era poco más que un muchacho, no supe defenderlo, me acobardé ante mis compañeros del Santo Oficio y fui incapaz de proteger su vida y la del hombre que él amaba, vuestro hermano. Tuve miedo y me comporté como el más vil de los cobardes. Cuando supe del suicidio de mi hijo casi me volví loco. Pené mi cobardía y mi vileza durante meses, renuncié a mi puesto, abandoné la Inquisición e ingresé como caballero de la Orden de Santiago, cuyo hábito conseguí gracias a que tengo poderosos e influyentes amigos. Luego, cuando al cabo de unos meses murió mi esposa presa de la desesperación y de la angustia, tomé las órdenes mayores y profesé como sacerdote. Ahora soy párroco de Santo Tomé y vivo cada día purgando mi aflicción, mi tormento y mi desconsuelo.

—Creo que deberías llevar a Isabel a la cama —le dijo Pablo a su esposa.

—Sí, claro, ya es tarde. Isabel, Isabel —Leonor despertó a su hija—, vamos a dormir.

—Te ayudaré con Luis.

—No hace falta. Yo me encargo de los dos. —Leonor puso en pie a Isabel y cogió el capazo.

—¿Seguro que no necesitas ayuda?

—No, puedo yo sola.

—De acuerdo.

—Don Domingo, lo siento..., lo siento mucho —se despidió Leonor del padre de Andrés.

—Gracias, señora, gracias. —El caballero de Santiago se levantó y saludó a la dama.

—Te espero arriba —le dijo Leonor a su esposo.

—No tardaré.

Cuando se marchó Leonor y los dos hombres se quedaron solos, Domingo de la Torre no pudo reprimir que dos lágrimas recorrieran sus ajadas mejillas.

—Os suplico vuestro perdón —le rogó a Pablo.

—Ya os he dicho que no debéis consideraros culpable...

—Lo necesito, os lo suplico, lo necesito.

—Si eso os conforta, lo tenéis.

—Gracias, don Pablo; ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

—Ojalá...

—Ahora, con vuestro perdón, tal vez pueda morir en paz.

Aquel hombre se marchó abatido pero confortado. Esa noche Pablo Losantos no pudo dormir.

### *Tordesillas, enero de 1527*

Camino de Toledo a Valladolid, Carlos quiso visitar a su madre, que seguía encerrada en Tordesillas bajo la vigilancia estrecha de Bernardo de Sandoval.

Un correo se adelantó entre los campos nevados de la llanura castellana para avisar de la llegada del emperador y su esposa. La comitiva apareció al otro lado del Duero entre la neblina de un gélido día gris. Juana ya había sido avisada de que se acercaba su hijo.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Carlos nada más llegar al palacio de Tordesillas.

—Os aguarda en el interior del palacio, de donde no puede salir, majestad —dijo el marqués de Denia, que se inclinó ante su rey.

—Pues vayamos a verla enseguida.

Carlos cogió de la mano a su esposa y juntos entraron en la casona palaciega seguidos por Bernardo de Sandoval.

Subieron la escaleras y entraron en la sala grande, en la segunda planta, donde Juana de Castilla esperaba sentada en una silla de tijera con el respaldo de cuero troquelado con las armas de Castilla y de León.

—Señora, vuestros hijos los emperadores don Carlos y doña Isabel —anunció el de Denia.

Carlos avanzó hacia su madre de la mano de Isabel, pero se detuvo a mitad de distancia entre la puerta de la sala y la silla donde estaba la reina.

—Dejadnos solos, todos; y cerrad esa puerta —ordenó Carlos.

El marqués de Denia hizo una contundente señal con la cabeza, y los escasos elegidos miembros de la comitiva que habían subido las escaleras y las dos damas que acompañaban a doña Juana se retiraron.

—Madre —Carlos se acercó hasta la reina y le besó la mano—, esta es mi esposa, la emperatriz Isabel, vuestra hija y sobrina.

—Eres muy hermosa —le dijo Juana.

—Gracias, señora.

—Como tu madre. ¿Cómo está mi hermana María? —preguntó Juana.

Isabel miró sorprendida a su esposo. La reina Juana preguntaba por su hermana María, la madre de la emperatriz. Ignoraba, o había olvidado, que María había muerto hacía ya más de dieciséis años.

—Está bien y te envía recuerdos —intervino Carlos, que trató a su madre con familiaridad.

—Ven, siéntate a mi lado —indicó Juana a Isabel—. Sí, eres una mujer preciosa; mi hijo es un hombre afortunado. Me recuerdas a mi madre, la reina Isabel, de la que llevas su nombre.

—Mis padres me llamaron así por ella —dijo la emperatriz, que se sentó en una silla al lado de la reina de Castilla.

—Supongo que tendrás cosas importantes que atender —le indicó Juana a su hijo.

—Pueden esperar. —Carlos no quería dejar a solas a las dos mujeres.

—¿Acaso no quieres que me quede a solas con mi hija y sobrina? Tenemos mucho de qué hablar, de mujer a mujer.

Carlos miró a su esposa, que le hizo un guiño como expresando que no se preocupara, que todo iría bien.

—Si así lo deseas...

El emperador tomó la mano de su madre y la besó. Dio media vuelta, hizo una mueca de complicidad a su esposa y salió de la sala.

—Sé que mi hermana María está muerta —soltó de pronto Juana.

—¡Oh!, entonces...

—No, no estoy loca como se dice por ahí.

—Yo nunca he creído que lo estuvierais, señora.

—Hija mía —Juana cogió la mano de la emperatriz—, este es un mundo de hombres donde solo unas pocas mujeres, como mi madre, tu abuela Isabel, alcanzan alguna consideración. Yo soy la reina de Castilla y de León, pero las Cortes de estos reinos decidieron hace mucho tiempo que estaba incapacitada para gobernarlos y le dieron esa potestad a mi padre el rey don Fernando y luego a mi hijo, tu esposo. Pero yo sigo siendo la reina legítima, y ese derecho no me lo podrán quitar jamás.

—Así consta en las monedas y en los documentos, y así os consideran todos vuestros súbditos —dijo Isabel, que estaba perpleja ante la clarividencia que mostraba su suegra, pues había esperado encontrarse con una mujer de mente extraviada.

—Sí, soy la reina, la reina, la reina...

—Sois la reina —reiteró Isabel.

—Estás embarazada —advirtió Juana la Loca al observar el vientre de su nuera.

—Dentro de cuatro meses nacerá nuestro primer hijo.

—¿Cuál será su nombre?

—Si es un niño, lo llamaremos Felipe —dijo Isabel.

—Felipe, Felipe, mi amado esposo. Felipe...

De repente, Juana pareció transformarse en otra persona. A la lucidez y la serenidad que había mostrado hasta este momento le siguió un estado de ensimismamiento, y su mirada, hasta entonces firme y clara, se tornó melancólica y ausente.

Aquello fue todo.

Los emperadores pasaron unos días en Tordesillas aguardando a que pasase una tormenta de nieve. En cuanto escampó, continuaron camino hacia Valladolid. Carlos insistió al marqués de Denia en que no permitiera que nadie se entrevistara ni visitara a la reina de Castilla.

Pablo Losantos pudo visitar a su madre y a su hermana y presentarles a su nuevo hijo. Las dos mujeres seguían viviendo en una dependencia de la casona palaciega de Tordesillas. El marqués de Denia ya no les permitía hablar con la reina Juana, pero eran ellas quienes preparaban ungüentos, infusiones, jarabes y otros remedios para aliviar los males y enfermedades de cuantos servían en aquel edificio.

Juana de la Cruz había envejecido mucho en el último año. Ya no parecía la mujer fuerte, decidida y llena de vigor de siempre. El brillo de sus ojos se había apagado, su piel estaba como ajada y su cabello quebradizo y seco. Ni siquiera conocer al pequeño Luis, que ya bien cumplido su primer año caminaba solo y pronunciaba sus primeras palabras, la reconfortó.

Cuando se despidieron en Tordesillas, María Losantos le confesó a su hermano que su madre no gozaba de buena salud y que temía que pudiese morir pronto. María

seguía percibiendo aquellas extrañas señales que le hacían presentir situaciones futuras. Y lo que presagiaba cada vez que tocaba a su madre no era nada halagüeño.

Pero antes de separarse, María le dijo algo muy extraño a su hermano Pablo.

—Tu hijo es un chico muy especial. Tiene un don.

### *Valladolid, fines de marzo de 1527*

En los días finales de aquel invierno el vientre de Isabel creció de manera considerable. El emperador ocupaba esa estación del año, en la que casi todo se detenía, cazando conejos, perdices, torcaces, jabalíes y corzos en los sotos de Cigales. Cada dos o tres días regresaba a Valladolid para visitar a su esposa y despachar los asuntos más urgentes. Se alegró mucho cuando recibió una carta de su hermano don Fernando en la que le decía que algunos nobles húngaros, muerto el rey Luis, habían elegido como nuevo soberano a Juan Zapolya, pero que él se había negado a reconocerlo, se había autoproclamado rey de Hungría y había recuperado el dominio de la ciudad de Buda.

Mucho menos agradable fue conocer los desembolsos realizados durante su estancia en Granada. El contador real le relató el detallado listado de gastos, cuyo total ascendía a 1779 282 ducados. Todas las partidas de semejante dispendio estaban minuciosamente anotadas en varios cuadernos; allí se incluía el precio de las simientes de los miles de claveles de Persia que se plantaron en los jardines de la Alhambra. El emperador asumió la deuda y firmó las cuentas, que tardaría varios años en liquidar.

A mediados de febrero visitó Segovia con la emperatriz, a pesar de que Pablo Losantos recomendó que ella no viajara con aquellos fríos. Para que Isabel se trasladara de la manera más cómoda, dado su avanzado embarazo, se preparó una gran calesa forrada en el interior de terciopelo y pieles de lobo para que resultara cálida y acogedora.

A comienzos de mayo se abrieron las Cortes en Valladolid. Carlos las presidió y las inauguró con un discurso en el que realizó un encendido llamamiento para convocar a todos los cristianos a la lucha contra los turcos, a los que identificó como una amenaza que era preciso combatir y derrotar.

La emperatriz, ya a punto de parir, decidió no asistir a las sesiones de las Cortes y permaneció en el palacio real de Valladolid esperando a que naciera su hijo y haciendo caso, esta vez sí, a los consejos de Pablo Losantos.

—Habéis tomado la decisión correcta, majestad. Apenas quedan dos meses para que deis a luz, y puede que tal vez menos, pues el primer parto suele adelantarse unos días. En vuestro estado, lo mejor es el reposo y alejarse del trajín de la alta política.

—Don Carlos no para un momento; anda todo el día de aquí para allá cazando en

los sotos y los bosques de estas tierras —se quejó Isabel.

—Ya sabéis que la caza es una de sus grandes pasiones, señora; y, además, cuando cabalga persiguiendo corzos o acechando jabalíes hace mucho ejercicio, y eso le conviene, pues el emperador es un gran comedor.

—Don Pablo, tengo entendido que vuestro padre fue el médico personal de mi abuelo el rey Fernando.

—Así es, mi señora. Siempre estuvo al lado de vuestros augustos abuelos. Y, ¿sabéis?, él fue quien ayudó a vuestra ilustre abuela la reina Isabel a traer al mundo a vuestra también ilustre madre la reina María.

—¿Es eso cierto?

—Lo es, mi señora, lo es. Mi padre estuvo presente en ese momento. Pedro Losantos fue el primero en ver el rostro de vuestra madre. Y también lo estuvo cuando murió vuestra abuela la reina Isabel, y vuestro abuelo don Fernando.

—¿Vos estabais allí?

—No, majestad. Cuando murió vuestra abuela yo estudiaba medicina en Salerno, en Italia, y cuando falleció vuestro abuelo me encontraba al servicio de doña Germana.

Pablo Losantos calló que él había sido quien en el palacio de la Aljafería de Zaragoza ayudó a nacer a Isabel, la hija de Carlos y de Germana, fruto de los amores que mantuvieron durante más de un año. El médico pensó que el mundo estaba lleno de circunstancias asombrosas, pues, si todo transcurría conforme a lo previsto, iba a ser él quien ayudaría a traer al mundo a otro hijo de Carlos, ahora tenido con su esposa legítima.

—Doña Germana...

—Señora, la reina viuda, yo...

—No, don Pablo, no disimuléis. Ya sé que la reina viuda fue amante de mi esposo hace algún tiempo y que esa muchacha, Isabel, que crece semioculta en la corte es hija de aquellas relaciones. No me importa, mi esposo era muy joven cuando llegó a España desde Flandes, no fue bien recibido por los españoles y ni siquiera conocía la lengua de estas tierras. Supongo que encontró en doña Germana una amiga, una mujer que lo comprendía, que hablaba francés como él, y..., bueno, era el rey, y los reyes siempre han tenido el derecho a acostarse con mujeres que no fueran sus esposas. Hasta la Iglesia lo permite y lo consiente.

—Mi señora, yo no sé... —Pablo Losantos estaba completamente atorado y apenas le salían las palabras sin trabarse. Nunca habría podido imaginar semejante franqueza por parte de la emperatriz.

—Vos sois el médico privado de mi esposo y seréis, por tanto, quien me asista en el parto de mi hijo, así que tengo que confiar en vos, ¿en quién si no?

## *Londres, 5 de mayo de 1527*

Catalina de Aragón, reina de Inglaterra, rompió a llorar. Su esposo, el rey Enrique VIII, acababa de comunicarle que iba a solicitar al papa la anulación de su matrimonio.

El rey de Inglaterra salió de la cámara donde había estado hablando con su esposa y se dirigió a ver al canciller Wolsey.

—Canciller —dijo—, preparad un escrito para el papa. Pedidle que declare la nulidad de mi matrimonio con Catalina.

—Señor, ya hemos hablado mucho de este asunto; os ruego que reflexionéis antes de tomar una decisión que considero imprudente. —Wolsey pretendía parecer razonable. Pese a todo, seguía manteniendo la esperanza de convertirse algún día en papa de la Iglesia católica y para ello necesitaba mantener abierta la relación con Roma.

—Catalina fue la esposa de mi hermano Arturo, y esa es suficiente razón como para invalidar nuestro matrimonio. Además, esa mujer —se refería a su esposa— no es capaz de darme un hijo varón vivo, ni uno tan solo. Todos los que ha parido o han nacido muertos ya o han muerto a los pocos días. Un rey debe tener un hijo varón, un heredero.

—Ese asunto quedó zanjado hace tiempo, majestad. Sí, vuestro hermano estuvo casado con doña Catalina, pero un tribunal dirimió que ese matrimonio nunca se consumó y que, por tanto, vuestra boda fue legal; es un sacramento, un acto sagrado, y no puede ser revocado por nadie, ni siquiera por el papa.

—Wolsey, ¡maldita sea!, quiero a esa mujer, amo a Ana Bolena, y no será mía si no me caso con ella. Me niega la entrada a su alcoba y a su cama mientras siga siendo el esposo de Catalina.

—Perdonad mi atrevimiento, majestad, pero ¿estáis realmente enamorado de doña Ana o es un capricho pasajero? Porque si se trata de un deseo, podéis resolverlo con alguna otra mujer; hay hermosísimas damas en la corte que no dudarían en acostarse con vuestra majestad.

—Amo a esa joven, la amo y la deseo como nunca a nadie antes. Me desespera verla en la corte y no poder llevarla a mi cama. Escribid esa condenada carta y haced que el papa disuelva mi matrimonio con doña Catalina, enseguida.

—Majestad, no debéis hacer eso. Roma ya dictó su veredicto: vuestro enlace con la reina es legítimo. No podéis romper ese vínculo sagrado. No podéis repudiar a la reina. No podéis.

—Vos sois cardenal de la Iglesia romana, pero, ante todo, sois el canciller de Inglaterra y os debéis a este reino y a vuestro rey. Ese collar que pende de vuestro cuello lo ratifica, de modo que comportaos como tal.

—¿De verdad amáis a esa joven? Apenas tiene... ¿qué?, ¿dieciséis años? Vuestra majestad ha cumplido treinta y cinco. Podrías ser su padre.

—Mi..., doña Catalina —el rey evitó calificarla como su esposa— tiene cuarenta y uno. Me casaron con ella por interés de Estado y lo hicieron de manera ilegítima. Mi padre y el rey Católico acordaron que sus hijos contrajeran matrimonio, y cuando murió mi hermano Arturo, yo fui el sustituto. Catalina es seis años mayor que yo, alegad ante el papa que nuestro matrimonio fue en contra de la naturaleza y de la ley de Dios.

—Eso no es posible, y no hay argumento alguno que pueda aducirse para romper vuestro enlace.

—Wolsey, Wolsey, ¿a quién servís vos, a una Iglesia corrupta o a vuestra nación y a vuestro rey?

—A ambas, majestad. Si os divorciáis de doña Catalina sin la aprobación del papa, y no la va a conceder, no solo tendréis enfrente a toda la Iglesia, sino también a don Carlos. El emperador no consentirá que se propicie semejante desprecio hacia su tía Catalina. Y nada nos interesa ahora una guerra con España y el Imperio.

—No tengo un hijo varón; doña Catalina no puede dármelo. Necesito un heredero, Inglaterra lo necesita, y Ana puede proporcionarme ese hijo que tanto anhelo.

—¿La amáis tanto como para hacerla vuestra reina y arriesgar con ello vuestro trono?

—Ana es alegre y risueña; siempre ríe, y eso me reconforta. Doña Catalina es demasiado seria y está permanentemente amargada, no puedo seguir con ella.

—¿Se lo habéis dicho a... la reina? —Wolsey calló su opinión sobre Ana Bolena, a la que consideraba una estúpida y una insensata colmada, además, de ambición y de deseos de poder.

—Esta misma mañana, justo antes de venir a veros.

—¿Y cómo ha reaccionado?

—Se ha echado a llorar, pero no ha dicho una sola palabra.

—¿Y vuestra relación con Ana Bolena? Debo saber cómo es antes de enviar esa petición a Roma.

—Ya os he confesado que Ana se niega a ser mi amante. Le he escrito una carta declarándole mi amor, y ella me ha dicho que me corresponde, pero me pide el divorcio antes de dejarme acceder a su cuerpo.

—Entonces, ¿no sois amantes?

—¿Estáis sordo, Wolsey? Ya os he dicho que no asiente a serlo mientras yo siga casado. No puedo soportarlo más. Escribid esa carta hoy mismo solicitando mi divorcio a Roma. Hoy mismo.

—Majestad, no me obliguéis a hacer eso, os lo ruego.

El cardenal Wolsey, que seguía ambicionando conseguir el trono de San Pedro, sabía que si enviaba esa carta sus posibilidades de convertirse algún día en papa quedarían liquidadas para siempre.

—¡Escribid esa carta, ahora! —tronó la voz de Enrique VIII.



—Majestad —Wolsey se arrodilló ante el rey—, os suplico que no pongáis en peligro a toda Inglaterra por esa mujer.

—Escribid esa carta o antes de que se ponga el sol dejaréis de ser el canciller de Inglaterra y vuestros huesos se pudrirán en la prisión de la Torre de Londres —lo amenazó el rey.

Ese mismo día se redactaba el documento en el cual Enrique VIII, rey de Inglaterra, anunciaba el comienzo de los trámites para el divorcio de Catalina de Aragón, alegando que había estado casada con su hermano Arturo y que, como dictaba la ley canónica, el matrimonio de Enrique y Catalina era nulo de pleno derecho. A la vez que el rey pedía la anulación canónica de su matrimonio, solicitaba de manera urgente la dispensa del papa para casarse con Ana Bolena.

### *Valladolid, mediados de mayo de 1527*

—Se nos ha ido de las manos. Nuestros soldados han saqueado Roma —anunció el canciller Gattinara al emperador, quien acababa de visitar a su esposa, que estaba a punto de dar a luz a su primer hijo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Carlos con rictus de preocupación.

—El pasado día 6 de mayo nuestros soldados, soliviantados por el atraso en el pago de sus salarios, han asaltado Roma y han llevado a cabo actos de saqueo por toda la ciudad, sobre todo en conventos e iglesias.

—¿Quién lo ha consentido?

—El ataque ha sido dirigido por el condestable don Carlos de Borbón, que era quien mandaba esas tropas.

—¿Mandaba?

—En el asalto a las murallas romanas fue alcanzado por un disparo de arcabuz que le destrozó el muslo y murió desangrado a las pocas horas. El mando lo asumió entonces el general Alonso de Ávalos. Nuestras tropas, muy superiores en número, entraron en la ciudad y avanzaron hasta el Vaticano saqueando todo a su paso.

—¿Y el papa?

—Un grupo de soldados de la guardia suiza salió en su defensa y combatió con valor en las escalinatas de la basílica de San Pedro antes de caer abatidos por los nuestros. Esa acción de la guardia vaticana dio tiempo para que el papa Clemente escapara por un túnel secreto y se refugiara en el castillo que llaman del Santo Ángel, donde todavía permanece sitiado. Trece cardenales han sido apresados. Hay noticias de que nuestros soldados han cometido verdaderos actos de salvajismo. El protonotario del Vaticano, un clérigo llamado Gutierre González Doncel, natural de la ciudad de Jaén, fue colgado de los testículos por unos soldados que querían saber dónde se escondía el tesoro del Vaticano. En la vorágine que se desató en esta locura

se han destruido reliquias sagradas muy veneradas por los romeros. Me dicen que unos soldados pasearon por las calles de Roma, como si se tratara de un trofeo de guerra, el paño de la Verónica en el que estaba impreso el santo rostro de Cristo y que acabaron quemándolo en una plaza ante la desesperación de algunos devotos que luego fueron torturados y robados. Iglesias y palacios han sido desvalijados y se ha asesinado a cientos, a miles de romanos tal vez, que intentaban defender y proteger sus propiedades.

—¿Cuánto dinero se debe a esas tropas? —preguntó el emperador.

—No hemos hecho todavía el cálculo preciso, pero reclaman trescientos mil ducados.

—No disponemos de esa cantidad, supongo.

—No, majestad, salvo que sigamos endeudando el erario o se impongan más impuestos y tasas. Pero, o hacemos frente a esa paga, o me temo que las tropas en Italia continuarán robando cuanto puedan.

—En los próximos días el saqueo de Roma se conocerá en toda la cristiandad, lo que supondrá un gran escándalo.

—Además, entre esos soldados hay mercenarios alemanes que han manifestado sus preferencias por las ideas de Lutero —añadió Gattinara.

Como había supuesto Carlos, el saqueo de Roma convulsionó a la cristiandad. El emperador, consciente de la gravedad del asunto, emitió varias cartas lamentando lo sucedido y se vistió de luto durante unos días en señal de respeto y en recuerdo de la víctimas romanas.

El papa, que logró salir de Roma pagando un cuantioso rescate, buscó refugio en la ciudad de Orvieto, donde recibió a la embajada del rey de Inglaterra, pero se negó más por miedo al emperador que por cualquier otra cosa a conceder la nulidad matrimonial a Enrique VIII. Ello suponía la inmediata ruptura de la Iglesia de Roma con Inglaterra, lo que provocó una nueva conmoción en la cristiandad.

Negros nubarrones cubrían el alma de la Europa cristiana: Roma saqueada y sus templos violados, Inglaterra a punto de separarse de la Iglesia, Alemania partida en dos entre católicos y protestantes, Francia y España en pie de guerra, los turcos amenazando de nuevo con invadir Hungría y Bohemia... A Carlos de Austria, dueño de medio mundo, se le presentaba un complicado panorama.

### *Valladolid, 21 de mayo de 1527*

Tras viajar a Sevilla y Granada, la familia Losantos había vuelto a Valladolid y estaba de nuevo en su casa.

Era muy urgente, le dijeron dos soldados que se presentaron a la puerta de su domicilio en Valladolid mediada la madrugada. La emperatriz había roto aguas y

estaba de parto. Tras escucharlos, el médico Pablo Losantos salió deprisa hacia el palacio real acompañado por los dos soldados de la guardia imperial que habían acudido a buscarlo.

El emperador había estado cazando en los sotos de Cigales, Dueñas y Torquemada la semana anterior, pero cuando supo que el parto podía adelantarse unos días regresó a Valladolid para estar al lado de su esposa.

—¿Cuándo ha roto aguas? —le preguntó Pablo Losantos a la partera que atendía a la emperatriz.

—Hará una hora.

Losantos entró en la alcoba real iluminada con varios candelabros; el emperador estaba de pie al lado de su esposa, que sentía en ese momento muy próximas las contracciones previas a dar a luz.

—Majestades... —Losantos inclinó la cabeza.

—Don Pablo, parece que mi hijo está en camino.

—¿Dónde estabais? —le preguntó Isabel, que quería mostrar una serena tranquilidad.

—En casa, mi señora.

—Todavía no se han cumplido nueve meses, ¿no es ese el tiempo de gestación, según me dijisteis?

—Lo es, pero en las primerizas suele adelantarse unos días.

—Entiendo.

—Señora, ¿me permitís? —El médico se acercó a la emperatriz y le palpó el vientre—. Todavía no está en posición; vuestro hijo aún no se decide a salir.

Losantos ordenó que tuvieran lista agua caliente y paños limpios, aunque estaba seguro de que el nacimiento del heredero imperial tardaría todavía unas horas en producirse.

La madrugada transcurrió lenta. Carlos estaba ansioso y no se separó ni un momento de su esposa, aunque Losantos le recomendó que se retirara a descansar un poco, pues la espera podía ser larga, y prometió avisarle en cuanto el niño estuviera a punto de nacer.

Carlos se negó y permaneció a la cabecera del lecho confortando en cada momento a Isabel.

A mediodía las contracciones de la emperatriz se hicieron más intensas y más frecuentes. El emperador comió un poco de carne y tomó un par de jarras de cerveza.

—¡Ya viene! —avisó Losantos. El reloj de la alcoba, uno de los varios que componían la colección de Carlos de Austria, marcaba las tres y media de la tarde.

—Será un niño —dijo Carlos.

—Lo será —ratificó Isabel.

—Traed el agua caliente y los paños —ordenó Losantos a las sirvientas.

—Apagad esos candelabros y cubrid las ventanas con las cortinas —ordenó Isabel, cuyo rostro denotaba signos de intenso dolor.

—Señora, es necesaria la luz para atender el parto —intervino Losantos.

—Una reina debe guardar la compostura en todo momento y no debe mostrar su intimidad, ni tampoco manifestar signos de dolor alguno; y, sobre todo, nadie debe contemplar ese dolor si lo mostrara. De modo que aminorad la luz y traed un paño con el que cubrirme el rostro.

En la alcoba había dos docenas de personas presentes. Además del emperador, los médicos y la comadrona, era costumbre que asistieran a un parto real varios testigos de la alta nobleza y de las autoridades eclesiásticas del reino, a fin de que dieran fe y testimonio de que la reina había parido a un príncipe.

—Mi señora...

—Haced lo que os digo, don Pablo.

—Apagad esos candelabros y corred las cortinas —ordenó el médico.

La comadrona cubrió el rostro de Isabel con el paño; la emperatriz no quería que nadie fuera testigo si su rostro mostraba signos de dolor.

Las contracciones aumentaron y el dolor se intensificó. La emperatriz hacía esfuerzos para no dejar escapar un solo grito. La comadrona, que se dio cuenta del sufrimiento de la parturienta, le dijo:

—Majestad, gritad si eso os consuela, gritad.

—No me pidas tal cosa, comadre mía, que antes moriré que gritar para que se escuche mi dolor —replicó la emperatriz.

—Empujad, señora, empujad —le pidió Losantos, que ayudó al parto desplazando sus manos sobre el vientre de Isabel.

—¡Aquí está! —dijo la partera, que recogió al recién nacido.

—¡Es un niño, un varón! —anunció Losantos.

—¿Está bien? —preguntó el emperador.

—Sí, majestad, perfectamente.

—Gracias, Isabel, gracias —apenas acertó a balbucir Carlos.

—¡Vivan sus majestades, viva el príncipe! —vitoreó uno de los asistentes que no pudo contener la emoción.

—España y el Imperio ya tienen heredero —proclamó el canciller.

—Cuidad de la emperatriz; yo me encargo del niño —ordenó Losantos a la partera mientras limpiaba al recién nacido y le ataba el cordón umbilical.

—Carlos, Carlos... —musitó Isabel agotada y casi desfallecida.

—Vuestro hijo, majestades —les dijo Losantos al mostrarles al niño que berreaba de hambre—. Llamad a la nodriza.

En una habitación cercana aguardaba una muchacha de Valladolid de enormes pechos, que acababa de tener un niño. El propio Pablo Losantos la había seleccionado de entre varias jóvenes que habían dado a luz esos días en la ciudad. La emperatriz tenía el pecho seco, de manera que no podía alimentar a su hijo. Afortunadamente, Losantos se había percatado de ello y había previsto esa contingencia.

El principito aceptó a la nodriza y mamó con ganas del pezón. Los enormes

pechos de aquella joven tenían leche suficiente para su hijo y para el de los emperadores.

—Enviad cartas a todo el mundo —ordenó un radiante Carlos a sus secretarios—, que todos se regocijen con el nacimiento del que, un día, será su soberano. Y decidles que rueguen a Dios para que el fruto de este alumbramiento sea dichoso para toda la cristiandad. Y vos, don Pablo —Carlos se dirigió al médico, que estaba lavándose las manos y recogiendo sus instrumentos—, pedidme lo que queráis.

—Me basta con seguir a vuestro servicio, majestad.

—Bien, ya procuraré regalaros algo que os agrade.

—Como gustéis, mi señor, pero no es necesario.

—Quiero hacerlo, habéis ayudado a nacer a mi hijo.

Losantos desvió la mirada. Era el segundo hijo del emperador que traía al mundo. Casi nueve años antes ya lo había hecho en Zaragoza con Isabel, la hija de Carlos y de Germana, la hija que el emperador nunca reconocería como propia. A Pablo le seguía intrigando esa mujer, Germana de Foix, ahora virreina de Valencia, donde estaba aplicando un método de gobierno férreo y represor, con mano dura sobre el bandolerismo, apresando a todos los disidentes y restos de los agermanados y reprimiendo con suma dureza a los moriscos. Actuaba con tal energía que en unos pocos meses había acabado con los últimos agermanados, incautando todos sus bienes, siempre leal y atenta a los intereses del emperador. No entendía a aquella mujer, salvo que mediara un amor muy profundo hacia Carlos, un amor al que el emperador puso fin, pero al que ella nunca habría renunciado.

—Enhorabuena, majestad —le dijo el canciller.

—Gracias, don Mercurino. Al fin tengo un heredero y de la mujer que amo.

—¿Cómo vais a llamarlo?

—Felipe. Hemos convenido que mi hijo sea bautizado con el nombre de Felipe, el de mi padre. El bautismo se celebrará en la iglesia de San Pablo de Valladolid, y quiero que sean sus padrinos mi hermana la reina de Francia y el duque de Béjar; don Álvaro de Zúñiga me ha prestado grandes servicios y quiero reconocérselos. Habrá justas y torneos, y muchos más que yo hubiera querido celebrar, pero la muerte del condestable de Borbón y los otros miles de muertos que han caído en Roma obliga a ser comedidos en la alegría.

—Es lo más prudente, señor.

—Festejaremos de manera adecuada el nacimiento y bautismo de mi hijo, pero atended a que antes se organicen unos funerales por el alma del condestable en la iglesia de San Benito y enviad un despacho a Roma procurando por la libertad y seguridad del papa.

*Palencia, fines de agosto de 1527*

La gente moría de peste en Valladolid. Pedro Losantos le recomendó al emperador que cogiera a toda su familia, saliera de esa ciudad y se retirara a Palencia, donde no había llegado la pestilencia. El emperador aprobó una serie de medidas que su médico dispuso para paliar en lo posible los efectos de la epidemia.

En Palencia se aposentaron aquellos días de fines de agosto el emperador, su familia y los principales consejeros. El resto de la corte quedó dispersa por las aldeas de los alrededores, y a los embajadores extranjeros se los ubicó en las villas de Paredes y de Torquemada, en tanto toda la cancillería se trasladaba al lugar de Cubillas. La familia de Pablo Losantos se quedó en Valladolid; el médico le dijo a su esposa que no saliera de casa mientras durara la epidemia y que evitara en lo posible el contacto con otras personas.

—Este brote de peste es un castigo divino —le dijo el emperador a su médico—, un castigo por el saqueo de Roma. ¿No lo creéis así?

—No lo sé, mi señor. No soy capaz de discernir sobre la voluntad de Dios. Además, vuestra majestad ya ha dado bastantes muestras de piedad por ese hecho, incluso estuvisteis de luto por ello.

—Quizá no hayan sido suficientes.

—Majestad, no creo que la peste sea un castigo de Dios, sino un mal que se transmite por el aire. Si Dios quisiera castigar a los hombres, lo haría de otra manera, porque la peste afecta por igual a todos, sin distinción entre buenos y malos, entre fieles cristianos y herejes.

—¿Cómo afirmáis eso?

—Soy médico —asentó Pablo Losantos con orgullo— y he aprendido cómo la peste contagia a todos del mismo modo. Hace siglo y medio una gran epidemia, la más grande jamás conocida, asoló Europa y se llevó por delante a casi la mitad de la población. Algunos cristianos creyeron que era obra de los judíos y persiguieron y mataron a muchos de ellos, considerados responsables de la mortandad, hasta que alguien se apercibió de que la peste negra también dañaba a los propios judíos.

—¿No creéis entonces en los designios divinos?

—Sí, claro que creo en ellos, pero también creo que Dios no haría daño a todos sus hijos de manera indiscriminada. Por eso creo en el libre albedrío, en la libertad que Dios nos ha dado para obrar y actuar en función de nuestra inteligencia.

—¿También vos sois seguidor de las doctrinas de Erasmo de Rotterdam?

—He leído alguno de sus libros y considero que es un hombre sabio.

—Entonces sabréis que la Iglesia comienza a cuestionar su ideas.

—Yo jamás iré en contra de las enseñanzas de nuestra Santa Madre Iglesia.

—Andad con mucho cuidado. Nunca antes os lo he dicho porque como médico de la corte estáis bajo mi protección y nadie se atreverá a mover un dedo contra vos, pero supongo que sabéis que vuestra familia ha sido y sigue siendo observada por la Inquisición.

—Lo sé, majestad, y os agradezco vuestras palabras y vuestra atención.

—Aunque vos ya nacisteis cristiano, vuestra familia fue judía, y hay quien no lo olvida.

—Soy cristiano...

—Sí, lo sé, ya os lo he dicho, pero algunos conversos y sus descendientes, y vos lo sois, ocupan puestos relevantes y son ricos. Sobre varios de esos conversos, a los que despectivamente llaman «marranos», se han producido algunos ataques, sé bien que propiciados por la envidia, y han sido acusados de convertirse de manera fingida y falsa y de practicar los ritos y ceremonias judaicas en la clandestinidad. Vos tenéis una buena posición en la corte, cuidad de conservarla.

El emperador meditó durante aquellos días de fines de verano y comienzos del otoño sobre la situación de la cristiandad y mantuvo largas conversaciones con sus consejeros sobre qué hacer con la compleja situación en Italia. No faltaron quienes le propusieron que acabase de una vez por todas con el poder temporal de los papas y que ocupara los Estados Pontificios, pero otros alegaron que ya había suficientes problemas con la rebelión de los protestantes en Alemania como para encender otro fuego de discordia en Italia. Carlos acabó aceptando esta posición y decidió que se siguiera manteniendo el poder temporal de los papas sobre las tierras del centro de Italia.

El emperador fue informado de que un filósofo llamado Luis Vives, un valenciano hijo de judíos conversos, andaba por Inglaterra despechado porque el año anterior su padre había sido condenado a muerte y quemado por la Inquisición acusado de practicar en secreto el judaísmo. Vives llevaba varios años viviendo en Inglaterra y había trabado amistad con la reina Catalina. En el último año se había trasladado a Brujas, pero la reina de Inglaterra lo había convocado a la corte inglesa para que fuera el tutor de su hija María. Vives sostenía que Italia era la raíz de las guerras que asolaban a la cristiandad y que constituían la mayor debilidad frente a los turcos. Carlos se interesó por las opiniones y los libros de Luis Vives, pese a su origen judío.

Entre tanto, la pestilencia fue remitiendo en Valladolid, pero Carlos decidió no regresar a esa ciudad y se trasladó a Burgos a mediados de octubre. Antes de salir de Palencia se comunicó a toda la corte que la emperatriz Isabel volvía a estar embarazada.

### *Burgos, mediados de noviembre de 1527*

Carlos acababa de regresar de una partida de caza por los páramos al norte de Burgos. Se sentía indispuerto y le dolía el estómago. Estaba alojado en el palacio del condestable.

Pablo Losantos, que había acompañado al emperador a Palencia y ahora a

Burgos, acudió raudo a la llamada.

—Siento como si tuviera un puñado de tizones rusientes en las tripas —se quejó Carlos.

—Majestad, seguís sin hacerme caso. Os ruego que evitéis esas comidas tan pesadas.

Losantos no se atrevió a decirle que con su deformidad mandibular apenas masticaba los alimentos, y que los pedazos de carne que engullía casi enteros le provocaban pesadas digestiones.

—Dejaos de sermones y dadme alguna pócima para calmar este ardor.

—Ya he ordenado que os preparen una infusión de manzanilla, pero solo será un remedio pasajero; si volvéis a comer de esa manera, el dolor estomacal volverá de nuevo.

—Ayer recibí una carta de don Bernardo de Sandoval. El marqués de Denia me dice que mi madre la reina se encuentra bien de salud, pero que sigue obsesionada con el cadáver de mi padre el rey Felipe. El marqués me sugiere que se traslade de inmediato el cuerpo del rey a Granada, al mausoleo de los Reyes Católicos. He decidido que el panteón familiar se ubique en la catedral de Granada. ¿Qué opináis?

—Majestad, yo creo que sería lo más apropiado. Todas las dinastías reinantes en el mundo tienen un panteón donde enterrar a sus miembros, y Granada será un lugar apropiado para ello.

—Pero temo que, si ordeno enviar los restos mortales de mi padre a Granada, mi madre se hunda todavía más en su desvarío.

—Entonces, no le digáis nada a doña Juana, que no sepa que el cuerpo de su esposo ya no está en Tordesillas. Y con el paso del tiempo, poco a poco, se lo vais dando a saber hasta que lo asuma. Si le decís que cuando ella muera, Dios quiera que sea tarde, se reunirá con su esposo para toda la eternidad, tal vez doña Juana se sienta satisfecha.

—Sí, tenéis razón. Le ordenaré al marqués de Denia que disponga lo necesario para enviar cuanto antes el cuerpo de mi padre a Granada.

—En ese caso, majestad, os recomiendo que se haga el traslado durante los días más fríos del invierno, a fines de enero, pues, aunque el cuerpo de don Felipe está embalsamado, podría sufrir algún deterioro si hace demasiado calor.

—Así se hará. ¿Habéis visitado a mi hijo y a mi esposa?

—Sí, majestad. Y ambos se encuentran perfectamente. Vuestra esposa todavía no muestra signos externos del nuevo embarazo, por el cual os felicito, mi señor, y el príncipe don Felipe crece de manera adecuada. La nodriza que lo amamanta tiene muy buena leche.

—Estad pendiente de mi hijo, algún día heredará el mayor imperio del mundo.

—Yo ya no podré verlo, mi señor.

—¿Cuántos años tenéis, Losantos?

—Nací ocho años antes de que don Cristóbal Colón descubriera el Nuevo Mundo. De



modo que he visto ya cuarenta y tres inviernos. Se diría que estoy a finales del otoño de mi vida.

—¿Y vuestra familia, se encuentra bien?

—Sí están bien. Mis dos hijos, Isabel de seis años y Luis de dos, se han quedado con mi esposa Leonor en Valladolid. Antes de ellos hubo otro, Alonso, que murió a los pocos meses de nacer. Y mi esposa vuelve a estar embarazada.

Un secretario pidió permiso, y, una vez concedido, entró una sirvienta con la infusión de manzanilla, que el emperador bebió en un par de sorbos.

—Prefiero una buena cerveza —dijo Carlos.

—Una de vez en cuando es bueno, pero permitidme que os diga, majestad, que tomada en grandes cantidades la cerveza o el vino causan perjuicios considerables a la salud.

—Siempre estáis con las mismas monsergas.

—Es mi oficio, señor, cuidar de vuestra salud.

—Vuestro padre no pudo evitar la muerte de mi abuelo.

—La muerte de cada uno de nosotros solo está en manos de Dios. Los médicos no podemos vencerla.

—Mi padre murió en este mismo palacio. ¿Lo sabíais?

—Lo sé, majestad.

—Ya hablamos de esto en otra ocasión. Vos me confirmasteis que murió de pestilencia, tras varios días aquejado de calenturas.

—Eso dijeron los médicos que lo atendieron...

—Vuestro padre estaba aquí cuando falleció el mío.

—Sí, mi señor, fue uno de los médicos que certificaron su muerte.

—Hay quien rumoreó que no fue la peste, sino un veneno lo que acabó con el rey don Felipe —comentó Carlos.

—Los falsos rumores se extienden con la velocidad del viento en un huracán. Yo me fío de lo que decretaron los médicos que atendieron a vuestro augusto padre en sus últimos días.

—Sí, supongo que fue la peste. Ni siquiera los reyes están exentos de sufrir ese castigo divino.

—La muerte iguala a todos, majestad.

—Así lo cantan algunos poetas. Y bien, podéis retiraros, el canciller me espera para resolver algunos nombramientos en nuestros dominios de América. ¿Sabéis?, don Hernán Cortés ha propuesto que llamemos Nueva España al imperio que hemos conquistado en México, y para gobernarla debemos crear una audiencia y una cancellería.

—Un nombre muy adecuado, mi señor.

—Lo es, Losantos, lo es.

—Señor, ¿puedo volver a Valladolid? Me gustaría visitar a mi familia.

—Sí, podéis hacerlo. Pero estad preparado por si os necesito.

## *Burgos, fines de enero de 1528*

Su habitual calma y su semblante sereno, incluso frío y distante en tantas ocasiones, había mudado hacia un estado cercano a la ira. Acababan de comunicarle que el reino de Francia le había declarado la guerra.

—El rey de Francia es un felón, un hombre sin palabra y sin honor —clamó Carlos—. Ya lo he desafiado una vez, volveré a hacerlo de nuevo.

—No debimos ponerlo en libertad —dijo el canciller.

—Eso ya no tiene remedio, don Mercurino. Ahora debemos aliarnos con Inglaterra y liquidar para siempre la amenaza que supone Francia, al menos mientras se sienta en su trono don Francisco.

—Eso va a ser difícil, señor. Nuestros espías en Londres informan que don Francisco y don Enrique han entablado conversaciones secretas y que es posible que pronto acuerden una alianza entre ellos... contra vuestra majestad.

—¡Mi tío don Enrique aliado con ese traidor francés!

—Vuestro tío pretende divorciarse de doña Catalina y para ello necesita que el papa declare nulo ese matrimonio. Don Enrique ha sabido que el papa nunca lo hará porque vuestra majestad así se lo ha requerido, de modo que os considera culpable de que no se produzca la nulidad y de que no pueda casarse con Ana Bolena, la mujer de la que se ha encaprichado. Es un hombre despechado y con deseos de venganza. Además, su canciller Wolsey no os perdona no haber sido elegido papa en el anterior cónclave. Ante estas circunstancias, creo que no podemos contar con la alianza de Inglaterra.

—La situación es grave entonces.

—Creo que deberíais convocar Cortes de Castilla, majestad.

—Sí. Reuniremos las Cortes en Madrid. En ellas se jurará a mi hijo don Felipe como heredero y dispondré que mi esposa doña Isabel sea proclamada gobernadora de Castilla mientras yo esté ausente. La asesorará un grupo de consejeros, los más fieles, encabezados por don Francisco de Zúñiga, el conde de Miranda; creo que es el más adecuado para ocupar el puesto de mayordomo de la emperatriz.

—¡Cómo!

—Voy a ir a Italia este mismo año si es posible. Quiero dirigir en persona la guerra que se avecina y, además, es hora de que el papa me corone como emperador.

—¡Ya lo sois!

—Sí, ya recibí la corona de Carlomagno en Aquisgrán, pero los emperadores del Sacro Imperio eran coronados por el mismo papa en una solemne ceremonia, y yo también lo seré. No quiero que quede la menor duda sobre quién es el príncipe de la cristiandad.

—En cuanto vuestra majestad lo ordene, saldrán las cartas convocando a Cortes en Madrid.

A mediados de febrero el emperador salió de Burgos, el 1 de marzo cruzó la

cordillera Central por el puerto de Somosierra, en cuyos bosques cazó jabalíes y corzos. El día 8 entraba en Madrid.

Una vez allí celebró las Cortes de Castilla y ordenó que se convocaran en la villa aragonesa de Monzón las de la Corona de Aragón para el 1 de junio, donde también debería ser jurado don Felipe como heredero.

### *Valencia, 16 de mayo de 1528*

Le había costado mucho separarse de Isabel, embarazada de siete meses, y de su hijo Felipe, a los que había dejado en el alcázar real de Madrid, pero los asuntos de Italia, la guerra con Francia, los problemas con Inglaterra, la amenaza de los turcos y el crecimiento de la Reforma protestante en Alemania reclamaban su atención inmediata.

Antes de viajar a Italia se dirigió a Valencia. Había tardado más de diez años en visitarla, pero al fin entraba Carlos en esa ciudad para jurar los fueros de su reino. Lo recibieron de un modo muy efusivo con fabulosos fuegos de artificio, enramadas con flores y alegres músicas y danzas.

En los meses anteriores, Germana de Foix y su esposo se habían encargado de acabar con los restos de la disidencia que aún quedaba de la época de las Germanías, y el reino valenciano quedó pacificado tras una sangrienta y durísima represión en la que las principales víctimas fueron los agermanados, los moriscos y los judíos conversos. A Germana no le tembló el pulso cuando ordenó reprimir con toda violencia a todo aquel que cuestionara en lo más mínimo la autoridad real o la doctrina de la Iglesia de Roma.

En Valencia, sin Isabel a su lado, Carlos reflexionó y concluyó que en los últimos dos años quizá no había dedicado todo el tiempo que se precisaba al gobierno del Imperio. Sus dominios abarcaban media Europa, se estaban expandiendo día a día por América, el Nuevo Mundo que descubriera el almirante Cristóbal Colón, de donde cada dos meses llegaban noticias de nuevas conquistas y nuevas tierras incorporadas a su Corona, era el emperador y se debía a ese puesto obtenido por designios divinos, aunque nada de todo eso era comparable con Isabel, a la que, apenas dejar atrás la villa de Madrid, ya echaba de menos.

Pero el gobierno del Imperio no podía dejarse abandonado ni siquiera un instante. Era necesario estar pendiente de los asuntos más variados y complejos día tras día: organizar la construcción de barcos para la guerra con el turco y de fortalezas para la defensa de la tierra, vigilar a los oficiales para que no cayeran en la corrupción, atender a cientos de solicitudes y demandas cada semana, estar muy pendiente de cualquier movimiento de los enemigos, cuidar de las relaciones con la nobleza y con las ciudades...

—La nobleza, el clero y el pueblo aguardan para que juréis los fueros, mi señor —le anunció un secretario.

—Pues vayamos a ello —repuso Carlos.

El emperador vestía un traje de terciopelo negro con brocados dorados y filas de perlas cosidas con hilo de oro en las mangas. Al cinto portaba una daga de mango de oro con incrustaciones de piedras preciosas y se tocaba con un gorro del que pendía una enorme perla engastada en oro.

Jurados los fueros de Valencia, la ciudad estalló en una fiesta que duró varios días y en la que hubo carreras de caballos, torneos, justas y fuegos de artificio.

Los valencianos parecían haber olvidado que hacía muy poco tiempo que se habían levantado en armas contra el emperador y que muchos de ellos habían muerto ensartados por las armas de los soldados imperiales o ejecutados por orden de sus autoridades.

Pablo Losantos fue llamado por el emperador, que le ordenó que se presentara en Valencia. Como le ocurriera a su padre, el médico Pedro Losantos, con Fernando el Católico, Carlos también había comenzado a confiarle algunas cuestiones no relacionadas con la salud. Al fin y al cabo, era Pablo Losantos quien mejor conocía el cuerpo del emperador, y este se sentía más seguro si el hombre que sabía cómo calmar sus dolencias andaba siempre cerca.

Pero, como el emperador, Pablo también echaba de menos a su familia, que se había quedado en Valladolid. Le escribió una carta a su esposa Leonor de Urrea diciéndole cuánto la amaba y cómo anhelaba estar junto a ella y prometiéndole acudir a su lado en cuanto le fuera posible. También se interesaba por sus hijos Isabel y Luis, y se lamentaba por no poder verlos crecer cada día. Además, Leonor estaba a punto de dar a luz.

### *Monzón, mediados de julio de 1528*

El emperador dejó Valencia y se puso en marcha hacia Monzón por Sagunto y, desde allí, atravesó la sierra por Morella. Entró en el reino de Aragón por el puerto de Torre Miró y fue recibido en la villa de Alcañiz, donde el concejo organizó una solemne recepción con un desfile en el que formaban todos los jurados y oficiales con banderas y estandartes. Esperaban al rey con un palio de excelente factura, bajo el cual Carlos recorrió las calles cubiertas de juncos y paja, que acompañaron al emperador hasta el palacio de don Juan Vespín, uno de los más lujosos de la villa, donde descansó.

El emperador y el séquito que lo acompañaba estaban agotados, pues habían realizado el trayecto entre Morella y Alcañiz en una sola jornada, cuando lo habitual era hacerlo en dos. Apenas tuvo tiempo para ojear un informe en el que se

comunicaba que Álvaro Núñez, un alguacil real que había combatido en Villalar contra los comuneros, había iniciado una expedición al frente de seiscientos hombres desde la gran isla del mar de los Caribes a la que Colón había bautizado como Juana, pero que muchos ya conocían como Cuba. Esa expedición había partido hacia el norte en busca de un gran río y de la región de Cíbola, donde se decía que había siete riquísimas ciudades hechas de oro, que habían sido fundadas por siete obispos que huyeron del reino de los godos tras su invasión y conquista por los musulmanes.

A la mañana siguiente, en la iglesia de Santa María de Alcañiz, el emperador oyó misa y juró los fueros y privilegios sobre los evangelios, a lo que siguió el toque de trompetas y las aclamaciones de los alcañizanos. Sin Isabel a su lado, la vida era una rutina: se despertaba al alba, oía misa, desayunaba, despachaba los asuntos de gobierno, comía, cazaba, cenaba, dormía...; y así una tras otra.

Ese mismo día durmió en Caspe, donde rezó en la iglesia en la que se había celebrado el famoso Compromiso por el cual se proclamó a su tatarabuelo castellano, don Fernando de Antequera, rey de Aragón. Y aún aprovechó para ir de caza en su camino hacia Monzón.

Las Cortes Generales de la Corona de Aragón se prolongaron dos meses. Carlos hubiera preferido un dolor de muelas a tener que enfrentarse de nuevo con los aragoneses, los valencianos y los catalanes, siempre reacios a contribuir a las empresas reales.

Mientras se debatían asuntos tediosos en las sesiones de Cortes, Carlos aprovechó para despachar cuanto había acumulado de retraso en el gobierno de las tierras de América.

Aquellos días llegó a Monzón, para asombro y curiosidad de los montisonenses, un faraute del rey de Francia. El heraldo francés iba vestido con más colores y adornado con más plumas que un gallo de pelea y portaba un cartel en el que anunciaba que Francisco I aceptaba el reto de Carlos. Aquel caballero, al que acompañaban varios escuderos, entregó el desafío al emperador, que aceptó enfrentarse en singular combate con su mayor enemigo, el rey de Francia.

—Decidle a vuestro señor que el emperador acepta el duelo y que sea él quien señale lugar y hora para la lid, que allí estará el rey de España —le respondió Carlos. Ese duelo entre el rey de Francia y el emperador nunca se produjo.

En aquellos días de mediados de julio nació el segundo retoño de Carlos e Isabel; fue una niña a la que bautizaron con el nombre de María. Carlos se enteró por una carta urgente llegada desde Madrid en la que Isabel le decía, además, que confiaba en verlo pronto, pues sus días se hacían muy largos sin él. Carlos escribió a Isabel y le respondió que muy pronto, en el plazo de un mes, iría a Madrid.

También por esta época nació el tercer hijo de Pablo Losantos y Leonor de Urrea, una niña a la que bautizaron con el nombre de Beatriz.

El 19 de julio Carlos abandonó Monzón sin que las Cortes de la Corona de Aragón se hubieran disuelto. Carlos quemó las etapas hacia Madrid deprisa; solo se

detuvo tres días en Zaragoza, en su palacio de la Aljafería. Al entrar en una de las habitaciones anexas al salón del trono recordó que había sido allí donde supo que iba a ser emperador y sintió miedo, pues en aquella ocasión había sufrido un ataque de epilepsia que lo dejó tirado en el suelo sin saber lo que había ocurrido. Nunca le había confortado que desde niño, cuando le sobrevino el primer ataque, lo trataran de tranquilizar diciéndole que aquella no era realmente una enfermedad, sino un síntoma divino y sagrado que aquejaba a los grandes hombres.

### *Madrid, mediados de agosto de 1528*

Por fin se hallaba junto a Isabel. Aquel mes de agosto estaba siendo muy caluroso, pero en el alcázar de Madrid corría una brisa fresca que bajaba de la sierra y hacía que al menos las noches fueran más llevaderas.

Carlos le había hecho el amor a su esposa con la fogosidad de las primeras semanas en Sevilla y Granada. Durante los meses que se había ausentado de Madrid, el emperador no había requerido la presencia de otra mujer en su cama, lo que algunos cortesanos vieron como algo extraño, pues era propio de los monarcas, como hiciera tantas veces su abuelo el rey Católico, que una muchacha calentara la cama del rey si no estaba presente la reina y que este decidiera, a la vista de la joven, si pasar con ella la noche o dormir solo. Desde que se había desposado con Isabel, Carlos no había vuelto a tener una amante, pese a que alguno de sus consejeros más cercanos le había sugerido que en Valencia había bellísimas damas dispuestas a pasar una noche con el dueño del mundo.

«El emperador está hechizado», decían unos; «Su prima le ha sorbido los sesos», comentaban otros; «Su majestad anda como alma en pena sin su esposa», bisbisaban unos terceros. Y así corrían los rumores sobre la naturaleza del extraño amor de Carlos hacia su esposa Isabel, pues no se sabía que hubiera ocurrido algo semejante a un rey de la edad y la fogosidad de Carlos de Austria. Incluso había quienes achacaban esa actitud del emperador a la perniciosa influencia de la lectura de libros de caballerías.

Pablo Losantos, que pudo escaparse unos días a Valladolid para conocer a su hija Beatriz, se enteró de que aquel verano habían muerto en Londres unas cuarenta mil personas aquejadas de la llamada «enfermedad del sudor». Como médico del rey ordenó que se tomaran medidas en Madrid para evitar que aquella enfermedad pudiera extenderse por la ciudad, como lavar bien las ropas, evitar la suciedad, no arrojar cadáveres de animales a las calles..., pero nadie le hizo caso.

El médico sonrió con ironía cuando un colega le dijo que en Londres los más ricos se aplicaban emplastos de perlas trituradas para intentar curar esa enfermedad. Losantos sabía perfectamente que aquel remedio no causaría el menor efecto en los

enfermos.

Carlos salió a cazar en los bosques de la dehesa al oeste de Madrid, un coto reservado a los reyes de Castilla donde desde hacía siglos abundaban los venados y los jabalíes.

Le acompañaban varios nobles, entre ellos los duques de Alba y de Béjar, principales consejeros del emperador en los asuntos de Castilla. Habían hecho un alto para almorzar y descansar un rato a la sombra del pabellón real en el momento de mayor calor del día.

—Magnífica lanzada, majestad —le dijo el duque de Alba en referencia a la acometida que desde su caballo había realizado Carlos a un venado.

—Fue fácil, don Hernando. Venía directo hacia mí. Vuestros monteros han hecho un excelente trabajo.

—Son los más eficaces, mi señor. Ni siquiera vuestro tío el rey Enrique tiene unos mejores auxiliares cuando caza en los bosques de Inglaterra.

—Don Enrique se dedica ahora a otras cosas —dijo el emperador—. Acaba de escribir un libro sobre los sacramentos, donde se manifiesta en contra de las tesis del fraile Lutero.

—¿Lutero?, ¿ese fraile dominico alemán que se ha rebelado contra la Iglesia? —preguntó el marqués de Béjar.

—El mismo, don Álvaro, el mismo; pero no es dominico, sino agustino.

—Perdonad mi ignorancia, señor.

—Creo que don Enrique quiere congraciarse con el papa para tratar de que apruebe su divorcio de mi tía Catalina, pero el papa Clemente sabe que no puede hacer semejante cosa.

—Eso va contra las normas sagradas, contra el derecho canónico y contra la fe cristiana —alegó el duque de Béjar.

—Si el rey de Inglaterra repudia a doña Catalina, mi espada estará a vuestro servicio para vengar semejante afrenta, mi señor —terció el de Alba—. Nadie, ni siquiera el rey de Inglaterra, humillará a una hija de don Fernando y doña Isabel mientras yo, con vuestro permiso, pueda evitarlo.

—Os lo agradezco, don Fadrique, pero, en cualquier caso, creo conveniente no declarar la guerra a Inglaterra, ni tampoco a Francia. Como sabéis, he retado por segunda vez a un combate singular al rey Francisco, y lo ha aceptado, pero mi tía Margarita, la hermana de mi padre, me ha escrito proponiendo un acuerdo de paz que comience con una tregua en Flandes y el norte de Francia.

—Vuestra tía es una mujer extraordinaria —añadió el de Alba, quien ardía en deseos de volver al combate.

—Siempre es mejor un acuerdo de paz que una guerra —dijo Carlos—. Por eso he autorizado a doña Margarita para que negocie la paz con Francia. Me dice que lo hará en nuestra ciudad de Cambrai, la más próxima a tierra francesa; allí se entrevistará con doña Luisa de Saboya.

—¿Doña Luisa de Saboya? ¿Pero no es esa dama la madre del rey francés? —se extrañó el de Alba.

—Lo es.

—En ese caso, si llegan a un acuerdo, y vuestra majestad y don Francisco así lo ratifican, esa será la paz de las Damas —dijo el de Béjar.

—La paz de las Damas... Buen nombre para un tratado de paz, don Álvaro, buen nombre.

—¡Ahí viene el asado! —exclamó don Fadrique de Toledo, duque de Alba, al ver a dos criados que, precedidos del camarero real, portaban una pierna de venado cocinada a la brasa y aromatizada con hierbas. Tras ellos, el cervecero real traía una barrica de madera en una pequeña carretilla con cerveza recién fermentada.

—Señores, disfrutemos de esta comida y dejemos la paz en manos de las mujeres —dijo el emperador.

Carlos, que tenía un gran apetito pues la noche anterior había estado haciendo el amor con la emperatriz y había pasado toda la mañana cazando al aire libre en la dehesa, dio cuenta de una gran jarra de cerveza antes de engullir un enorme pedazo de carne de venado acompañado enseguida de una segunda jarra. Como le avergonzaba comer en público dado su prognatismo y su dificultad para masticar, cogió su cuchillo para cortar generosos pedazos de carne que tragó sin apenas mascarlos.

Cuando aquella noche, poco antes de acostarse, le ayudaron a quitarse las botas, sintió un leve pinchazo en el pie derecho.

—Ten cuidado —le dijo a su criado, que se aprestó a limpiar con agua tibia los pies del emperador—. Se me ha debido clavar alguna espina en el pie. Mira a ver si la encuentras.

El criado revisó con detenimiento el pie de su señor, pero no vio nada raro.

—No parece que haya nada extraño, mi señor. Tal vez un leve enrojecimiento de la piel.

—Quizá se haya introducido alguna espina en la bota. Límpiala bien.

El emperador se puso unas cómodas babuchas de seda, se lavó el cuerpo y se dirigió a la alcoba de Isabel. En una cámara anexa dos nodrizas amamantaban al príncipe Felipe, que acababa de cumplir un año y tres meses, y a la pequeña María, que cumplía sus primeros dos meses de vida.

—¿Estás preocupado por algo? —le preguntó Isabel, que notó a su esposo cariacontecido.

—Ha sido un día muy intenso. He abatido a un gran venado de una lanzada en el pecho. Venía hacia mí, como ciego, perseguido por los perros de los monteros, y pude alcanzarlo de lleno. Cayó como un fardo. Bueno, y quizá hemos comido y cenado demasiado.



Carlos acarició a su esposa y la besó. Era tan hermosa... La maternidad había agrandado sus pechos, aunque de ellos apenas salía leche para alimentar a sus dos hijos, que se llevaban solo un año y un mes, y había redondeado sus caderas. Los dos partos tan seguidos habían modelado en Isabel unas formas más rotundas, más atrayentes si cabe.

Se despertó mediada la madrugada. Una lámpara de aceite perfumado iluminaba la alcoba del alcázar real de Madrid con una tenue luz ambarina. El dolor era agudo e intenso como la mordedura de una avispa gigantesca. Se incorporó sobresaltado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Isabel, que también se despertó.

—¡Dios!, me arde el pie...

Isabel acercó la lámpara y observó al emperador. El dedo gordo de su pie derecho estaba enrojecido e hinchado desde la uña hasta la segunda y última falange y desprendía mucho calor, como si estuviera ardiendo por dentro.

—Llamaré al médico. Hoy está en palacio don Pablo.

—Sí, el dolor es insoportable —se quejó Carlos.

Pablo Losantos, que dormía en el alcázar esa noche, pues siempre había de guardia uno de los médicos del emperador, acudió en cuanto le avisaron.

—Mi esposo tiene mucho dolor en el pie, don Pablo —le dijo la emperatriz cuando el médico entró en la alcoba real—. Tratad de calmárselo.

—Veamos qué puedo hacer, mi señora.

—¡Cuánto habéis tardado! —protestó Carlos.

—He venido en cuanto me han avisado, mi señor. Veamos ese pie.

Dos criados acudieron con candelabros con velones encendidos para proporcionar más luz.

—¿Qué tengo? —preguntó el emperador.

—Acercad esas bandejas de plata y colocadlas tras los velones —ordenó el médico a los criados. Así consiguió una luz mucho más intensa con el reflejo en el metal de las llamas de los cirios—. Pues, majestad, me temo que estáis aquejado de gota. Tenéis todos los síntomas de esa enfermedad: enrojecimiento de la piel, hinchazón en el dedo gordo del pie, calentura en esa zona...

—¿Podéis curarla?

—Puedo hacerlo, pero tenéis que ayudarme. Dejad de comer tanta carne y de beber tanta cerveza y tanto vino, y sustituidlos por verduras, frutas y leche. En los próximos días tomaréis jugos de frutas y jengibre, y nada de carne ni de cerveza.

—Sois el único hombre sobre la tierra que me da órdenes.

—Solo hago lo que vos me ordenáis, majestad: cuidar de vuestra salud.

Carlos, que apenas pudo caminar en los tres días siguientes al primer ataque de gota, se sintió confortado al despertar del cuarto día, incluso pudo calzarse las botas y salir con Isabel a dar un paseo por los alrededores del alcázar junto al príncipe Felipe, que ya daba sus primeros pasos sin necesidad de ayuda.

## *El Pardo, fines de septiembre de 1528*

Hacía poco más de un mes de su primer ataque de gota, pero a Carlos solo le parecía un mal recuerdo. El jugo de cerezas, de fresas y de manzanas mezclado con jengibre y esencia de romero había hecho desaparecer el dolor, y Carlos creyó que la gota se había acabado.

Pese a las recomendaciones de su médico, en cuanto se vio libre del dolor volvió a beber cerveza y vino, y a comer carne asada o guisada con especias.

Pablo Losantos le había insistido en que, si seguía con esos hábitos alimenticios, tarde o temprano volvería a padecer de gota, a lo que Carlos respondió que en ese caso tomaría durante un par de días jugos de frutas y se curaría de inmediato.

Esa mañana, el emperador, que se había ido a cazar al monte del Pardo, en los alrededores de Madrid, había conocido el inicio de las negociaciones entre su tía Margarita y Luisa de Saboya, las dos mujeres dotadas de poderes para ello y encargadas de acordar un tratado de paz entre los monarcas de España y de Francia.

El canciller Gattinara tenía en sus manos un libro.

—La Iglesia debería ocuparse de este tipo de libros y acabar con ellos; son como la misma peste —dijo el canciller.

—¿Qué libro es ese? —le preguntó el emperador.

—Es una de esas novelas que tanto gustan ahora. Su título es *Retrato de la lozana andaluza*; acaba de ser publicado en Venecia en lengua castellana.

—¿De qué trata para que os ofenda tanto?

—De una prostituta española llamada Aldonza que ejerce su profesión en Roma, y a la que sirve un truhan cornudo pero consentido de nombre Rampín.

—Libros de putas hay muchos, don Mercurino, quizá porque hay muchas putas, sobre todo en Roma.

—Sí, majestad, pero este libro se regocija con todo aquello que la Iglesia condena.

—Eso quiere decir que lo habéis leído, ¿no es así?

—Sí, lo he leído, pero...

—¿Os ha gustado?

—No, claro que no, majestad.

—Pero lo habéis terminado.

—Sí, pero...

—Bien, si habéis llegado hasta el final es que os ha gustado, o al menos os ha interesado. Sois un hombre inteligente, si lo habéis acabado quiere decir que ese libro tiene cierto interés.

—Lo tiene, pero es perverso...

—¿Perverso?

—Con vuestro permiso, majestad, escuchad este párrafo y decidme si este libro no merece toda reprobación. —Gattinara hojeó su ejemplar hasta detenerse en una

página, que comenzó a leer—: «Mira, hay putas graciosas más que hermosas, y putas que son putas antes que muchachas. Hay putas apasionadas, putas estregadas, afeitadas, putas esclarecidas, putas reputadas, reprobadas. Hay putas mozárabes de Zocodover, putas carcaveras. Hay putas de cabo de ronda, putas ursinas, putas güelfas, gibelinas, putas injuinas, putas de Rapalo, rapaínas. Hay putas de simiente, putas de botón griñimón, nocturnas, diurnas, putas de cintura y marca mayor. Hay putas orilladas, bigarradas, putas combatidas, vencidas y no acabadas, putas devotas y reprochadas de Oriente a Poniente y Septentrión; putas convertidas, repentidas, putas viejas, lavanderas porfiadas, que siempre han quince años como Elena; putas meridianas, occidentales, putas máscaras, enmascaradas, putas trincadas, putas calladas, putas antes de su madre y después de su tía, putas de subientes y descendientes, putas con virgo, putas sin virgo, putas el día del domingo, putas que aguardan el sábado hasta que han jabonado, putas feriales, putas a la candela, putas reformadas, putas jaqueadas, travestidas, formadas, estriotas de Tesalia. Putas avispadas, putas terceronas, aseadas, apuradas, gloriosas, putas buenas y putas malas, y malas putas. Putas enteresales, putas secretas y públicas, putas jubiladas, putas casadas, reputadas, putas beatas y beatas putas, putas mozas, putas viejas y viejas putas de trintín y botín. Putas alcahuetas, y alcahuetas putas, putas modernas, machuchas, inmortales y otras que se retraen a buen vivir en burdeles secretos y publíques honestos que tornan de principio a su menester». ¿Qué os parece, señor?

—Que es gracioso. Y, por cierto, desconocía que hubiera tal diversidad de putas. ¿Quién es el autor de esa novela?

—No aparece en el libro, pero dicen que se trata de un tal Francisco Delicado, un clérigo cordobés que escapó de Roma poco antes de que se produjera el saqueo de esa ciudad por nuestras tropas. Es probable que sea judaizante, majestad, lo que añadiría gravedad a este asunto.

—Dejémoslo así, don Mercurino, creo que por ahora tenemos cosas más importantes que tratar. Si ese libro va contra la ley de Dios y su autor es un judío relapso, ya se encargará el Santo Oficio de perseguirlo como corresponde. Dejad que cada uno cumpla con su cometido.

—Como ordenéis, majestad.

El emperador durmió con su esposa casi todos los días de aquel mes de octubre antes de partir para Toledo como tenía previsto. La última noche, antes de su despedida, hicieron el amor. Isabel no tuvo duda de que había vuelto a quedar embarazada.

*Toledo, fines de octubre de 1528*

¿Valladolid, Toledo, Granada..., tal vez la villa de Madrid? Carlos andaba sumido en

la duda sobre en qué ciudad asentar la capital de sus dominios castellanos. Francia tenía a París, Inglaterra a Londres, incluso Aragón tenía a Zaragoza y Cataluña a Barcelona. Pero Castilla carecía de una ciudad que fuera considerada como la sede permanente y oficial de la corte real.

El emperador era consciente de que, si elegía a cualquiera de ellas, los concejos de las demás no lo aceptarían, y surgirían los problemas. Granada era su favorita, quizá porque allí había pasado los meses más felices de su vida; Toledo había sido la capital del reino católico de los godos, de los cuales los cristianos castellanos y leoneses se consideraban legítimos sucesores, y su sede arzobispal era la primada de Castilla; Valladolid estaba anclada en el corazón de la vieja Castilla, y allí estaban el palacio real y las oficinas de los principales oficiales del reino; y Madrid era solo una villa, pues no tenía la categoría de ciudad, pero sus alrededores, con los sotos de caza, las dehesas y las montañas al norte, le conferían un especial atractivo, y, además, estaba en el centro de las dos Castillas. Difícil elección.

Al poco de llegar a Toledo, el emperador se enteró de que su esposa y su hijo, que se habían marchado a Valladolid, estaban enfermos. Carlos ordenó a Pablo Losantos que partiera inmediatamente hacia Valladolid para visitarlos y que lo tuviera permanentemente informado con los correos imperiales. El médico lo agradeció con entusiasmo, pues así podría visitar a su esposa y a sus tres hijos, que seguían allí.

Carlos se había desplazado a Toledo porque quería entrevistarse con Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo y primado de Castilla.

Ambos paseaban por el claustro de la catedral protegiéndose bajo las arcadas, pues ese día llovía intensamente.

—¿Cómo se encuentra vuestra familia? —le preguntó el cardenal.

—La emperatriz y el príncipe están enfermos.

—Lo siento; espero que no sea nada grave.

—He enviado hoy mismo a mi médico personal a Valladolid para que los atienda.

—Debemos cuidarlos a ambos; doña Isabel ha de daros todavía muchos hijos, y el príncipe Felipe gobernará algún día, Dios quiera que sea tarde, estos reinos.

—Vos, don Alonso, fuisteis el encargado de administrarle el bautismo.

—Lo que considero un gran honor, majestad.

—He venido para comentaros un nombramiento.

—Decidme.

—He pensado en el arzobispo de Santiago para presidir el Consejo real. Cuando presidió las Cortes de Valladolid hace cuatro años dirigió las sesiones de manera excelente. ¿Cuál es vuestra opinión?

—Don Juan Pardo de Tavera es un hombre capaz. Me sucedió en la archidiócesis de Santiago, como sabéis, y lo aprecio en lo que vale. Es uno de los mejores teólogos de Castilla y ya hizo una gran labor como rector de la universidad de Salamanca y como consejero del Santo Oficio.

—Pronto abandonaré España. Los asuntos del Imperio requieren mi presencia en

Italia, Flandes y Alemania, y tendré que dejar el gobierno de Castilla en manos de mi esposa Isabel. Necesitará un hombre leal y honesto a su lado, y creo que el arzobispo de Santiago puede ser la persona adecuada —dijo el emperador.

—Lo es, sin duda.

—He ordenado a mi canciller que redacte unas instrucciones para la emperatriz en las que se detalle cómo debe proceder en su calidad de regente a la cabeza del gobierno durante mi ausencia, y me gustaría que las revisaseis.

—Lo haré con gusto, majestad.

—La emperatriz está rodeada de consejeros y damas portuguesas, y creo necesario aumentar la presencia de castellanos en su entorno. Mis abuelos, e incluso mis padres, no tenían una corte demasiado numerosa, pero las cosas están cambiando y cada vez es necesario más personal y más cargos para poder llevar a cabo la gobernación de todos mis dominios. Solo para América hacen falta cientos de gobernadores, alguaciles, adelantados, notarios, secretarios y otros muchos más oficiales.

—Conocí a vuestros abuelos; ambos eran muy austeros, sobre todo doña Isabel, siempre preocupada por el reino.

—Quiero estar a la altura de ellos y para eso necesito a los mejores a mi lado.

—En ese caso, Tavera lo es.

—Si doña Margarita y doña Luisa no llegan a un acuerdo y no se firma la paz con Francia, tendré que pasar mucho tiempo fuera de España y precisaré de toda la ayuda de la Iglesia.

—Contad con ella, majestad, contad con ella. Y no solo con la de la Iglesia de Castilla, sino también con la del papa Clemente.

—Ya está de vuelta en Roma; aquel suceso del saqueo nunca debió producirse. Me excusé por ello y le prometí al papa que nunca se repetirá un hecho semejante; ya hemos firmado un acuerdo de paz perpetua.

—Dios perdona todos los pecados, majestad.

El emperador se quedó en Toledo hasta fin de año. Allí recibió a Hernán Cortés, a quien nombró gobernador de Nueva España y otorgó el título de marqués del valle de Oaxaca. La orgullosa alta nobleza castellana, sin embargo, no consideraría al conquistador de México digno de contarse entre ellos.

Los asuntos de América llegaban en tropel y había días que dedicaba todas las horas a resolverlos. Algunos informes seguían denunciando el mal trato que ciertos oficiales daban a los indios, sobre los que se dictaron varias cédulas para garantizar su seguridad y sus vidas y para impedir que se cometieran tropelías como las que se denunciaban en algunos casos.

*Toledo, principios de marzo de 1529*

El invierno en Toledo transcurría despacio. El emperador despachaba en su gabinete del alcázar todo el día, aunque al menos una vez a la semana dedicaba una tarde a la caza en las dehesas que se extendían al oeste de la ciudad.

Pablo Losantos, que seguía en Valladolid, le informaba de manera regular acerca de la salud de la emperatriz y del príncipe heredero, que ya habían sanado de sus dolencias.

A fines del invierno le urgía dejar resueltas algunas cuestiones sobre el gobierno de América, pues la paz con Francia, que seguían negociando Margarita de Austria y Luisa de Saboya, no acababa de cerrarse. La presencia de Carlos en Italia se presentaba como urgente. Allí debía acudir para poner en orden la situación y ser al fin coronado emperador por el papa.

También reclamaban su presencia en Alemania, donde los seguidores de la doctrina de Lutero, cada vez más numerosos, ya se llamaban a sí mismos «protestantes» y se estaban organizando en órdenes reformadas que se negaban a aceptar las disposiciones dictadas en el edicto que el emperador había firmado en la ciudad de Worms, donde se condenó a Lutero y sus tesis, las cuales habían sido rechazadas de nuevo en la Dieta celebrada en Espira.

Además, unos comerciantes venecianos habían alertado sobre grandes movimientos de tropas turcas que se dirigían hacia el Danubio una vez sofocado el levantamiento que algunos de los señores de la guerra de Anatolia habían promovido contra el sultán Solimán. La ciudad de Buda y las tierras del sur de Hungría, aunque recuperadas por Fernando de Austria para la cristiandad, volvían a estar en peligro.

Antes de dejar Toledo, Carlos recibió una carta del capitán Francisco Pizarro, que acababa de regresar de América y se encontraba en Sevilla. Este conquistador, alcalde de la provincia de Panamá, se había forjado su propia carrera militar a base de coraje y riesgo. Hijo bastardo, su padre lo abandonó a la puerta de un convento y de niño se había criado entre cerdos, alimentándose de la leche de una puerca, o eso contaban. Desde Panamá había encabezado un par de expediciones por tierras más al sur, en unas condiciones extremas para sus hombres. Desesperados por las calamidades sufridas, la mayoría se había negado a seguir adelante. Pizarro, hombre rudo y valeroso, había trazado con la punta de su espada una raya en la arena de la playa de una isla llamada del Gallo y arengado que los que la cruzaran hacia el sur, camino de un imperio conocido como del Perú, y lo siguieran sin miedo conseguirían riquezas y gloria. Solo trece lo hicieron, trece hombres a los que se llamó «los trece de la fama» y cuyos nombres ya formaban parte de romances y crónicas.

El emperador leyó en la carta de solicitud de la entrevista la arenga en palabras dictadas por el propio Pizarro, pues este capitán no sabía escribir: «Y fue entonces cuando desenvainé mi espada, avancé decidido hasta mis hombres y con la hoja desnuda alzada ante ellos los miré a la cara, uno a uno, y les dije que hacia el norte se iba a Panamá, para ser pobres aunque a salvo, y hacia el sur al imperio del Perú, para ser ricos y obtener la fama. Y les dejé que cada uno de aquellos buenos castellanos

escogiera según su voluntad. Durante unos instantes eternos hubo un silencio como de muerte, pero pronto los más valientes comenzaron a cruzar la raya hacia el sur, en número de trece. Solo eran un pequeño puñado de hombres, pero entonces mi corazón se colmó de alegría y di gracias a Dios por ello. Los nombres de esos trece valientes quedarán para siempre en la historia».

Impactado por el relato de Pizarro, el emperador aceptó recibirlo en Toledo.

—Don Francisco de Pizarro, capitán de su majestad en las Indias —anunció el secretario.

—Hacedlo pasar —indicó Carlos.

Pizarro entró en el gran salón del alcázar toledano y se inclinó. Vestía calzas de paño negro, jubón de terciopelo también negro que dejaba entrever el cuello de una camisa de lino blanco, y capa corta. Se cubría con un sombrero redondo de ala corta que se quitó en la reverencia que le hizo al emperador.

No muy alto ni muy corpulento, pero de anchas espaldas y manos fuertes, tenía el rostro oscurecido por el sol y el viento, con marcadas arrugas en la frente, las mejillas enjutas, los ojos de un profundo negro, la nariz larga y curva, como si le naciera de las mismas cejas, y la barba densa y negra.

—Mi señor, a vuestro servicio. —Pizarro clavó la rodilla derecha en el suelo.

—Alzaos, don Francisco —le dijo Carlos—. Ya sé de vuestras hazañas y de lo que habéis descubierto al sur de la tierra de Panamá. ¿Qué es lo que pretendéis ahora?

—Conquistar para vuestra majestad el imperio del Perú, que es la tierra más rica del mundo. —Pizarro hizo una indicación y uno de sus hombres se acercó con un animal que parecía una oveja con el cuello muy largo—. Este animal es una llama, majestad. Su lana es de mayor calidad que la de la oveja y su carne muy apreciada. Además, en Perú abundan el oro y la plata como en ningún otro lugar del mundo.

—Y vuestra merced está dispuesto a conquistarlo, a lo que parece.

—En vuestro nombre y para vuestra gloria, mi señor. Hemos cruzado ríos caudalososísimos, vadeado ciénagas infectas, atravesado pantanos llenos de alimañas, salvado selvas plagadas de bestias salvajes, y hemos superado tantas enfermedades y fatigas que ni el infierno puede ser peor; pero al fin de esas penurias nos espera una montaña de oro y de plata.

—¿Es eso cierto? —Carlos sintió un impulso lleno de codicia.

—Lo es, majestad. «Los incas», que es como llama la gente del Perú a sus reyes, están cubiertos de oro y tienen tanto guardado en su tesoro que con él se podría llenar un gran salón como este. Si me otorgáis vuestra autorización para dirigir la conquista del Perú, yo pondré todo ese oro en las manos de vuestra majestad.

—¿Y si fracasáis?

—En ese caso, Castilla solo perderá la vida de un puñado de sus soldados, que la entregarán gustosos para la gloria de su rey y señor.

—¿Qué pedís a cambio de esa autorización?

—Los títulos de gobernador y capitán general del Perú, y el nombramiento de

adelantado y alguacil mayor hasta que me llegue la muerte, con la facultad de encomendar a los indios sometidos, y una renta de setecientos veinticinco mil maravedíes sobre las ganancias que se logren en las tierras conquistadas.

—¿Algo más?

—Otra renta de cinco mil maravedíes al año para mi compañero el adelantado don Diego de Almagro y el título de hidalguía para nosotros dos y para «los trece de la fama». Además de otros nombramientos para mis fieles comandantes que os presentaré.

—Sois muy ambicioso, don Francisco.

—Voy a entregaros un imperio y la mayor cantidad de oro que jamás hayan visto ojos humanos.

—Sea. Acordad los detalles con el secretario; por parte de la Corona las ratificará la emperatriz doña Isabel.

—¿La emperatriz...? —se extrañó Pizarro.

—Yo tengo que salir hacia Italia en breve, de modo que mi esposa quedará como gobernadora de estos reinos en mi ausencia.

Pizarro asintió a las palabras del emperador. Ni era un hombre ilustrado ni sabía de letras, pero además de conseguir que se aceptaran todas las peticiones para él y los suyos, logró que se exonerara a los que acudieran a la conquista del Perú del pago del diezmo por cinco años y de otros tributos por diez, y que se le autorizara a llevar con él hasta ciento cincuenta hombres que podía reclutar en Castilla, otros cien en América, cincuenta esclavos negros y los necesarios oficiales de la Hacienda real y los religiosos que hicieran falta. Para poder ejecutar esa empresa, Pizarro tenía un plazo de doce meses y debía atenerse a las leyes y disposiciones que se habían dictado para América, además de las específicas que se ordenaran para esa expedición.

Cuando a fines de abril acudió a Valladolid para firmar las capitulaciones acordadas en Toledo, la emperatriz, como gobernadora de Castilla, estampó su firma y con ella el notario real, pero el capitán Francisco Pizarro tomó la pluma y se limitó a dibujar un garabato ilegible. A nadie le importó que Pizarro no supiera escribir, bastaba con que fuera capaz de conquistar el imperio del Perú. El capitán salió presto hacia Extremadura para reclutar a los hombres necesarios para su expedición al imperio de los incas, pero un brote de peste lo retendría en Sanlúcar hasta comienzos del año siguiente.

### *Barcelona, fines de junio de 1529*

Desde Toledo el emperador emprendió viaje hacia Barcelona, donde quería despachar ciertos temas antes de embarcar a Italia. Dejó a Isabel como gobernadora en Castilla,



y la emperatriz dictó su segundo testamento a comienzos del mes de marzo; el primero lo había dictado poco antes de dar a luz al príncipe Felipe, asustada porque acababa de enfermar de fiebres tercianas.

El emperador se encontraba en Alcalá de Henares cuando se enteró de la nueva enfermedad de su esposa por una carta que le envió Pablo Losantos. A punto estuvo de dar la vuelta y dirigirse a Valladolid, pero el médico lo tranquilizaba en su misiva asegurándole que podía curarla de las fiebres.

Desde Alcalá, Carlos siguió valle del Henares arriba, por Sigüenza, y luego valle del Jalón abajo, por Medinaceli, Calatayud, La Almunia, en cuyas cercanías se detuvo una jornada para cazar, y Zaragoza.

En la capital de Aragón hizo un alto de tres semanas y media en su palacio de la Aljafería y volvió a contemplar los escudos de sus abuelos los Reyes Católicos, que estaban por todas partes tallados en madera, esculpidos en piedra, moldeados en yeso y pintados.

En el salón del trono, bajo el magnífico techo de fusta sobredorada, decidió que ya no serían los papas quienes decidieran hasta dónde llegaban los dominios de los reyes cristianos y cómo se repartía el mundo, sino que sería él, el emperador, quien lo establecería mediante su fuerza y su prestigio. Esa era la idea que le había inculcado desde hacía tiempo el canciller Mercurino de Gattinara: un solo emperador, una sola religión, un solo imperio.

Carlos llegó a Barcelona a media tarde del último día del mes de abril y lo primero que hizo fue visitar las atarazanas, donde se estaban construyendo las galeras de guerra necesarias para combatir a los turcos y a los piratas berberiscos en el norte de África. Al frente de aquellos piratas estaba el escurridizo Barbarroja, un viejo enemigo de la Corona de Aragón y de Fernando el Católico, que había puesto sus galeras y sus corsarios al servicio del sultán otomano.

Pablo Losantos recibió en Valladolid una carta en la que se le ordenaba que viajara de inmediato hasta Barcelona para incorporarse al séquito imperial. Comoquiera que la emperatriz se había recuperado de las fiebres tercianas, el emperador quería tenerlo a su lado en el viaje a Italia. El médico obedeció a regañadientes, pues no quería dejar de nuevo a su esposa y a sus dos hijos, pero no podía negarse a cumplir una orden directa de su soberano. Ni tan siquiera pudo alegar que Isabel estaba embarazada de su tercer hijo y que apenas le faltaba un mes y medio para dar a luz.

Durante el mes de junio se aceleraron los preparativos para el viaje a Italia. El rey pasaba el tiempo despachando los asuntos de América, cada día más complejos, pues los conquistadores estaban abriendo numerosas rutas y explorando las tierras del Nuevo Mundo en todas las direcciones y certificaban con cada una de las expediciones que aquel nuevo continente era mucho más grande de lo que nadie hubiera podido imaginar cuando años atrás lo descubriera el almirante Cristóbal Colón.

En Barcelona se acordó un pacto con los embajadores del papa por el cual Carlos recibiría la corona imperial de manos de Clemente VII, pero la coronación no podía celebrarse en Roma, pues eran todavía demasiado recientes los recuerdos de las tremendas heridas abiertas en la ciudad de los papas por el feroz saqueo de las tropas imperiales, de modo que convinieron en que se haría en Bolonia, una ciudad perteneciente a los dominios del papa situada en el cruce de caminos del corazón del norte de Italia, equidistante de Venecia, Milán y Florencia. Además, se acordó que el canciller Mercurino de Gattinara sería nombrado cardenal de la Santa Iglesia romana. Carlos pretendía asegurarse una mayoría de cardenales fieles en el caso de que hubiera que convocar un nuevo cónclave para elegir papa.

A mediados de junio el ejército y la armada estaban listos para partir. Carlos le había pedido al príncipe de Orange que le enviara una tropa de mercenarios alemanes para proteger a las galeras que iban a desembarcar en Génova, cuya Señoría se había decantado por aliarse con el emperador. También le pedía que se interesara por las conversaciones de paz que Margarita de Austria y Luisa de Saboya habían entablado en Cambrai, aunque se mostraba muy pesimista de cara al resultado final, por lo que le apremiaba a que estuviera preparado por si se rompían esas conversaciones y se desataba una guerra con Francia.

Afortunadamente, el almirante Andrea Doria estaba del lado del emperador y con sus naves controlaba desde Nápoles las flotas de galeras de guerra de Francia y de los turcos en el sur de Italia.

—Majestad, majestad, hemos vencido en Landriano, cerca de Pavía. Don Antonio de Leyva ha derrotado a los franceses —le anunció gozoso un secretario cuando el emperador se disponía a dirigirse a la catedral de Barcelona para oír misa como todos los días.

—Dios está con nosotros. Le daremos gracias por su ayuda y al acabar la misa firmaremos el acuerdo con el papa, con el rey de Hungría y con el almirante Andrea Doria. Don Francisco ha sido derrotado otra vez, no tendrá más remedio que renunciar a todas sus pretensiones y firmar la paz.

### *Blackfriars (Inglaterra), fines de junio de 1529*

El rey Enrique VIII se movía como un león enjaulado. Todos sus planes se habían venido abajo. El papa, asustado ante la presión del emperador, se negaba a concederle la nulidad de su matrimonio con Catalina de Aragón.

Acababa de mantener una tensa reunión con su esposa, en la que la reina Catalina se había negado a reconocer que había consumado su primer matrimonio con el príncipe Arturo.

—Puedes alegar lo que quieras, puedes decir las mentiras que desees, puedes

sobornar a todos los testigos que alcances a comprar, pero nada de eso cambiará las cosas. Yo no consumé mi matrimonio con tu hermano Arturo. Dormí alguna noche junto a él, es cierto, sí, pero lo hice para darle calor porque sentía mucho frío tras sufrir accesos de fiebre. A tu hermano no le gustaban las mujeres, y si se casó conmigo fue por imposición de vuestro padre el rey Enrique. Y lo sabes bien, esposo, porque cuando me casé contigo llegué virgen al matrimonio, y eso es algo que no puedes negar. ¿Acaso has olvidado que me desfloraste en nuestra noche de bodas?

—Hay mujeres curanderas que son capaces de remendar virgos usando vejigas de animales —alegó Enrique VIII.

—¿De verdad crees que yo hice eso? Soy tu esposa legítima ante Dios, y eso no lo puede cambiar ningún hombre, ni siquiera el rey de Inglaterra.

—Aquí tengo decenas de documentos que contradicen lo que afirmas. Son declaraciones de testigos que aseguran que tú y mi hermano Arturo sí consumasteis vuestro matrimonio y que yo fui engañado cuando me casé contigo, de modo que nuestra boda no es válida y, por tanto, ha de ser declarada nula —alegó Enrique.

—Esos documentos a los que haces referencia son una patraña de mentiras. Los testigos a los que aludes declararían en contra de su propia madre si tú se lo ordenaras y lo harían para evitar tus represalias.

—¡Tengo cuarenta testigos que han jurado por los Santos Evangelios que sí consumaste el matrimonio con Arturo! —exclamó Enrique.

—Cuarenta falsos testimonios. ¿Quién se atrevería a ir en contra de tu voluntad? Deja que sea yo misma quien te conteste: nadie.

—Consiente en renunciar a este matrimonio y dejaré que tengas una plácida y dulce vida. Incluso podrás volverte a casar con quien desees, o regresar a España al lado de tu familia si es lo que prefieres.

—Mi dignidad como reina y el orgullo de mi linaje como hija de don Fernando de Aragón y de doña Isabel de Castilla me lo impiden, al igual que mi condición de sierva de Dios y de su Iglesia.

—Escucha esto.

Enrique hizo una indicación a un secretario, que leyó una de las declaraciones:

—«Anthony Willoughby recuerda que el propio príncipe Arturo le dijo estas palabras una mañana mientras desayunaban los dos con unos amigos: “Willoughby, servidme una copa de cerveza que tengo sed porque he pasado la noche en España”. A lo que el príncipe añadió: “Señores, es muy divertido tener esposa”».

—Esas declaraciones son falsas, como todas las demás, pero, aun en el caso de que fueran verdaderas, nada probarían —se defendió Catalina.

—¿Y esta otra? Leed, vamos —volvió a ordenar el rey.

—«*Lady Fitzwalter* declara bajo juramento y por su honor que un día vio a don Arturo y a su esposa doña Catalina juntos en la cama yaciendo como marido y mujer» —leyó el secretario.

—¿También miente *lady Fitzwalter*? —preguntó Enrique, brazos en jarras,

desafiante.

—Ya te he dicho que en alguna ocasión, en Gales, me acosté al lado de Arturo, pero fue para darle calor. Estaba aquejado por la fiebre y temblaba aterido de frío. ¡Cómo podría haber consumado ese día nuestro matrimonio si tu hermano apenas tenía fuerzas para levantarse, de tan consumido que estaba por la calentura!

—¿La calentura?, ¿no tienes mejor excusa?

—Si buscas testimonios veraces, pregúntale al obispo de Ely. Él podrá atestiguar que en una ocasión yo le confesé que nunca conocí carnalmente a Arturo. ¿Acaso no sabes que tu hermano gustaba más de la compañía de hombres que de mujeres?

—¿Por qué no aceptas lo que te propongo? —Enrique VIII estaba desesperado ante la solidez de su esposa.

—Porque soy la reina de Inglaterra y la hija de Isabel de Castilla.

Catalina se levantó y salió de la sala con paso firme, plena de dignidad.

—El emperador y el papa deben aceptar la nulidad de mi matrimonio. Escribidles sendas cartas y explicadles lo sucedido hoy aquí. Lo comprenderán, tienen que comprenderlo, tienen que comprenderme —clamó Enrique.

### *Mar Mediterráneo, frente a las costas de Palamós, fines de agosto de 1529*

El nuevo hijo de Carlos y de Isabel nació el 13 de julio y lo bautizaron con el nombre de Fernando. Apenas vivió unos meses. Su padre nunca llegaría a conocerlo.

Sensibilizado por el nacimiento de su tercer hijo legítimo, el emperador reconoció como propia a la pequeña Margarita, nacida seis años y medio atrás de sus relaciones con la bella flamenca Juana van der Gheynst, a la que dio el apellido Austria, pero volvió a negar el reconocimiento de Isabel, la hija que tuvo con Germana de Foix.

Antes de embarcar en la galera capitana que mandaba Andrea Doria, remitió cartas a las autoridades de sus reinos en España comunicándoles que dejaba a su esposa doña Isabel como regente y gobernadora de la Corona de Castilla y de León, mientras que don Juan de Aragón, duque de Luna, quedaba como lugarteniente de Aragón.

De la playa de Barcelona partieron poco antes del alba —justo cuando una tenue claridad rayaba el horizonte oriental— la armada imperial, integrada por treinta y cuatro galeras de guerra, y otras sesenta y tres naves, entre ellas muchas de enorme porte.

El almirante Andrea Doria hubiera sido un corsario imponente de no haber ingresado desde muy joven al servicio de la república de Génova, al del rey Francisco de Francia después y, finalmente, al de Carlos de Austria. Alto, poderoso, de nariz recta y larga, labios sensuales y ojos redondos y profundos, tenía unas manos grandes

y fuertes y el pelo y la barba largos y canos. Había cumplido los sesenta y dos años, pero mantenía la energía de un hombre de treinta. El rey de Francia le debía mucho dinero, motivo que el almirante Doria había considerado más que suficiente para abandonarlo y pasarse al lado del emperador, que recibió encantado al único hombre que había logrado poner en apuros en una ocasión al Gran Capitán.

—Buenos días, majestad —saludó Doria a Carlos a bordo de la nave capitana, que estaba fondeada cerca de la costa, frente al puerto de Palamós. El almirante Doria hizo ademán de descubrirse, pero Carlos le paró la mano.

—Los grandes de España tienen el privilegio de permanecer con el sombrero puesto ante su rey.

—Yo no lo soy, señor.

—Lo sois de hecho y lo seréis de derecho muy pronto.

—Magnífica mañana.

—Y espero que todavía sea mejor el día, si es que en esa barca vienen las noticias que aguardo —dijo Carlos, que veía acercarse una barca impulsada por cuatro remeros.

Sobre la barca un heraldo imperial portaba una cartera de cuero. La pequeña embarcación se arrimó al costado de la nave capitana y el heraldo subió a bordo.

—Majestad, correo urgente. —El heraldo hincó la rodilla en la cubierta y ofreció un sobre sellado con lacre rojo.

El emperador lo abrió despacio y leyó el escrito que contenía.

—Francia ha aceptado la paz. Doña Margarita y doña Luisa han llegado a un acuerdo en las negociaciones celebradas en Cambrai. Las hostilidades entre nuestras dos naciones cesan de inmediato —anunció Carlos con voz solemne y visiblemente satisfecho.

El acuerdo entre la tía de Carlos de Austria y la madre de Francisco de Francia sería conocido como «la paz de las Damas». Por ese acuerdo, Carlos renunciaba a Borgoña, los dominios de su madre, y Francisco lo hacía a Milán, Génova, Nápoles, el Artois y al señorío sobre Flandes, además de entregar al emperador la ciudad de Tournai; Carlos devolvía a Francisco a sus hijos, que mantenía como rehenes, a cambio de dos millones de ducados; y, además, se ratificaba el matrimonio de Leonor, la hermana mayor de Carlos, con Francisco I, ya acordado en Madrid.

—Magnífico. El turco es ahora el único enemigo de vuestra majestad —intervino Andrea Doria.

—Y en derrotarlo debemos poner todo nuestro empeño, don Andrea. Pasaré la noche en ese puerto, y mañana zarparemos rumbo a Italia. En cuanto sea coronado emperador por el papa, habrá que procurar que la bandera de la media luna sea borrada del Mediterráneo.

La armada imperial navegó de cabotaje por las costas de Cataluña y del sur de Francia. En cuatro días atravesaron todo el golfo de León y avistaron costas italianas. Recalaron en Savona, cerca ya de Génova, donde las naves se reagruparon. Allí se

enteraron de que, como estaba acordado, el canciller Gattinara había sido nombrado cardenal por Clemente VII.

Carlos entró en Génova y fue recibido con enorme alegría. Los genoveses preferían la alianza con el emperador, como siempre había ocurrido, a los acuerdos con Francia, pues, pese a su estatus de república independiente, la Señoría de Génova siempre se había considerado parte del Imperio.

### *Plasencia (Piacenza), principios de octubre de 1529*

El emperador se dirigió a Piacenza, que los españoles llamaban Plasencia, a orillas del río Po y a mitad de camino entre Génova y Milán. Andrea Doria había seguido hacia Nápoles con la armada, pero Carlos se había detenido al tener noticia de que los turcos avanzaban por el Danubio y estaban llegando a las puertas de Viena.

Muy preocupado, escribió una carta al papa instándolo a entrevistarse con él en Bolonia, alegando que la situación de la cristiandad era muy complicada y estaba en serio peligro por la amenaza de los turcos. Si Viena caía, los otomanos podrían atacar Italia desde el norte con su ejército y a la vez por el sur con sus galeras e intentar rodear y vencer así toda resistencia. El papa, amedrentado una vez más por la presión que sobre él ejercía el emperador, accedió a desplazarse a Bolonia.

La mañana había amanecido con niebla espesa, pero a mediodía el sol había vencido a las nubes bajas y lucía amarillo pálido en un cielo entre azul y blanquecino. Carlos contemplaba las suaves colinas de la llanura Padana, ricas tierras de labor que fecundaban las aguas del río Po. Toda la región estaba sumida desde hacía medio siglo en la disputa entre el Imperio, España, Francia y los deseos de independencia de algunas de sus ciudades república.

Echaba de menos a Isabel, con la que se cruzaba correspondencia cada dos semanas, en algunas ocasiones utilizando cartas cifradas, pues no solo hablaban de asuntos familiares, sino también de relaciones y acuerdos internacionales. En una de sus últimas cartas Isabel tomaba decisiones por su cuenta, aunque se las comunicaba a Francisco de los Cobos, caballero de Santiago recién nombrado secretario de Estado, al que ordenaba que mantuviera informado al emperador en todo momento.

Al leer aquella carta, Carlos sonrió. Su esposa no solo era la mujer más hermosa del mundo, sino también una gobernante preparada, decidida y capaz de tomar decisiones importantes por propia iniciativa. La emperatriz se quejaba de la mala situación de la Hacienda real, siempre ahogada por las deudas y los problemas financieros, y pedía a Carlos que le permitiera ampliar sus poderes en la administración económica de los reinos en los que actuaba como gobernadora.

—Señor, señor —Mercurino de Gattinara, canciller y nuevo cardenal, acudió apurado al encuentro con Carlos—, los turcos están a las puertas de Viena; supongo

que iniciarán de inmediato un asedio, si no es que lo han hecho ya.

—Han actuado más deprisa de lo que esperaba —lamentó el emperador con rictus serio.

—Han arrasado toda oposición en Hungría y han ocupado Buda, donde no disponíamos de una guarnición capaz de resistir su ataque.

—Actuaremos deprisa. Enviad una orden a mi hermano don Fernando. Que acuda con veinte mil hombres al socorro de Viena; hay que defender esa ciudad como sea, cueste lo que cueste. Si pudiéramos contar con la ayuda del *sha* de Persia, y este atacara al sultán otomano desde oriente, Solimán no tendría más remedio que retirar sus tropas como ya hizo en la anterior ocasión.

—Hemos entablado relaciones mediante cartas con ese monarca, pero, según nos cuentan nuestros agentes, no es de fiar. Si se alza en guerra contra los turcos, os aseguro, majestad, que lo hará por su interés y no porque con ello pueda beneficiar al Imperio.

### *Plasencia (Piacenza), fines de octubre de 1529*

Llovía sobre Plasencia. Una fina cortina de agua caía sobre la ciudad arrastrando con ella polvo y cenizas que habían quedado suspendidas durante varios días en el aire inmóvil del valle del Po.

—¡Los turcos se han retirado! ¡Viena está salvada! —anunció el canciller tras leer una misiva enviada al emperador por Nicolás de Salm, el defensor de Viena.

—¡Magnífico! —exclamó Carlos.

—El sultán lanzó a su ejército, con los regimientos de jenízaros a la cabeza, contra las murallas de Viena, pero los lansquenets alemanes y los arcabuceros españoles rechazaron todos los intentos de asalto. Además, ha estado lloviendo sin parar durante tres semanas, lo que ha impedido que los turcos pudieran utilizar sus pesados cañones. Veinte mil hombres han vencido a más de cien mil sitiadores; la cristiandad se ha salvado.

—Dios ha estado de nuestro lado en esta ocasión —dijo Carlos—. Esa lluvia constante ha sido una bendición. Si hubieran podido disparar sus cañones y hacer mella en las murallas, quizá ahora ondearía sobre las torres de Viena la bandera con la media luna.

—En cualquier caso, majestad, han ocupado el sur de Hungría, y creo que volverán a intentar la conquista de Viena; deberemos estar preparados para ello.

—Lo estaremos. Encargaré a mi hermano don Fernando que prepare un plan con la estrategia de defensa de Viena; que los turcos sepan que nunca podrán ocupar esa ciudad, nunca.

—Hay otro problema..., el asunto de la petición de nulidad del matrimonio del

rey de Inglaterra con vuestra tía doña Catalina —comentó el canciller.

—El papa ya ha decidido que nunca concederá la nulidad; no hay tal problema.

—Me temo que sí, majestad. El rey Enrique ha encargado a una comisión de profesores y sacerdotes que estudie este caso; la preside un tal Tomás Cranmer, un eclesiástico que imparte clases de leyes en la universidad de Oxford. Dicen nuestros agentes en Londres que Cranmer hará lo que sea para ganarse el favor del rey, pues aspira a convertirse en el próximo arzobispo de Canterbury. De momento ha remitido cartas solicitando su opinión sobre el matrimonio del rey a teólogos de Oxford, Cambridge, Lovaina, París y otras universidades; y ya sabéis, majestad, que en muchas de esas escuelas el papado no es bien considerado, precisamente.

»Además, el canciller Wolsey se ha enfrentado con Ana Bolena, la mujer de la que se ha encaprichado el rey Enrique y que está haciendo tambalearse a toda Inglaterra, de modo que ha caído en desgracia y ha sido cesado como canciller. Incluso lo han acusado de contagiar de sífilis al rey y ha sido condenado al destierro en York, de momento. Hasta Tomás Cromwell, un letrado que ha sido consejero de confianza de Wolsey, lo ha abandonado. Ocupará el puesto de canciller Tomás Moro, un hombre cabal y justo, fiel y leal amigo de don Enrique.

—No se atreverá...

—Majestad, creo que el rey de Inglaterra va a anunciar su divorcio de doña Catalina diga lo que diga el papa.

—Si lo hace, la Iglesia de Roma proclamará un interdicto y declarará a don Enrique incapaz para reinar en Inglaterra —conjeturó Carlos, que sabía bien lo que iba a ocurrir.

—Interdicto que no tendrá validez en Inglaterra. Don Enrique ya ha decidido divorciarse de doña Catalina, y nada lo va a impedir.

—Un nuevo cisma se avecina, entonces —asentó Carlos.

—En el que vuestra majestad debe ser el sostén de la Iglesia de Cristo.

Tal y como vaticinara el canciller imperial, y ante la negativa de Roma a concederle la nulidad de su matrimonio, Enrique VIII de Inglaterra se divorció de Catalina de Aragón y anunció su intención de casarse con Ana Bolena.

Carlos de Austria tenía un nuevo problema; era el garante de la unidad de la cristiandad, pero estaba siendo testigo privilegiado de cómo esta se rompía en pedazos. Primero habían sido Lutero y su reforma, y, ahora, estaban Enrique de Inglaterra y sus pretensiones, a los que se sumaban otras voces que comenzaban a disentir del papa proclamando que la Iglesia de Roma no encarnaba los valores que Cristo había transmitido a sus discípulos y que, por tanto, había que liquidarla, pues consideraban que el papa se había convertido en el verdadero Anticristo que anunciaban las profecías.

El estallido de una gran guerra entre todos los reinos y Estados de la cristiandad parecía más cercana que nunca.



## *Valladolid, fines de octubre de 1529*

El correo llegó con la orden del emperador. Pablo Losantos debía acudir de inmediato a Italia, donde sus servicios eran demandados.

—Tengo que irme; el emperador me reclama —le dijo el médico a su esposa.

—Nos dejas solos de nuevo —lamentó Leonor.

—Don Carlos va a ser coronado emperador y supongo que me requiere a su lado por si se le presenta algún problema de salud.

—¿Cuándo te irás?

—La orden es tajante: debo partir hacia Italia inmediatamente. De modo que en tres o cuatro días me marcharé de Valladolid.

—Esperaremos a que vuelvas —se resignó Leonor.

—Lo haré en cuanto pueda.

—Estaremos bien, descuida.

Pablo se despidió de su esposa y de sus tres hijos. Luis ya era un mocito de ojos despiertos y mirada penetrante. Sí, como le había dicho su hermana, ese jovencito tenía algo especial.

## *Bolonia, principios de noviembre de 1529*

El emperador se puso en marcha hacia Bolonia el 25 de octubre escoltado por una formidable guardia de piqueros, arcabuceros, caballería ligera y hombres de armas, que así se denominaba a los caballeros que montaban enormes corceles de guerra completamente forrados de hierro, tanto el jinete como el caballo.

Visitó las ciudades más notables del norte de Italia: Parma, Reggio, Módena, y se aposentó en la cartuja de Bolonia, donde se instaló el día de Todos los Santos.

Cuatro días más tarde comenzaron a llegar las compañías de las ciudades afectas al emperador: los boloñeses con sus coloridos trajes, los ursinos con sus enormes estandartes y, además, los señores de Roma, las autoridades de Bolonia, el gran canciller con todos sus oficiales y secretarios, los criados y sirvientes, los cardenales, los embajadores de los reinos de la cristiandad... Todos ellos se presentaron en la cartuja y rindieron pleitesía a Carlos.

Al día siguiente el emperador fue a Bolonia, donde lo esperaba el papa Clemente, quien había llegado una semana antes para comprobar que la ciudad se había transformado siguiendo sus instrucciones para parecerse, en lo posible, a una pequeña Roma. Carlos salió de la cartuja muy temprano precedido de trompetas y tambores que avanzaban causando un estruendo similar al de un terremoto. Encabezaba el cortejo la caballería ligera, tras ella una compañía de infantes con lanzas cortas y espadas al cinto, después varios cañones en sus cureñas tirados por mulas y

escortados por los artilleros y sus auxiliares; luego iban dos grandes señores con sus respectivas mesnadas y, tras ellos, cien arqueros bien uniformados y una recua de hermosos caballos con sus mozos y pajes; continuaba el impresionante desfile con el Justicia de la Casa y sus oficiales, vestidos con mantos negros y bonetes de terciopelo, y varios gentilhombres, y los chambelanes, y una banda de trompetas que precedía a varios príncipes y señores, con los reyes de armas y los maceros reales. Varios mayordomos seguían al paso el ritmo de la música rodeando al rey de armas de Borgoña, que portaba una bolsa de la que extraía puñados de monedas que arrojaba a los que presenciaban el cortejo. El gran maestro y el caballero mayor portaban la espada del emperador, que mostraban desenvainada justo delante del palio dorado bajo el cual venía su majestad. Sustentaban las varas del palio los magistrados de Bolonia, todos vestidos de la misma manera. Tras Carlos desfilaban los embajadores, el gran chambelán y el almirante Andrea Doria, los arzobispos, los miembros del Consejo imperial, los gentilhombres de la casa real, y cerraban la comitiva dos compañías de soldados a pie, una de españoles y otra de alemanes.

Las gentes de Bolonia nunca habían visto nada igual. Asombradas ante la imagen del poder de su emperador, se apiñaban a los lados del cortejo y vitoreaban a Carlos y al Imperio. Todo aquello recordaba los relieves de algunos monumentos de la antigua Roma, donde se veía a los emperadores paganos desfilando triunfantes al regresar de sus campañas militares contra los bárbaros.

La comitiva imperial atravesó una serie de arcos triunfales efímeros, copia de los auténticos en piedra que se levantaban en el Foro romano, decorados con grandes telas pintadas con escenas del Antiguo Testamento, evocando la unión y la paz entre la Iglesia y el Imperio, y otros con enormes figuras de dioses paganos como Neptuno y Baco, y de los cuatro grandes soberanos romanos: Julio César, Augusto, Tito y Trajano, y estatuas de generales famosos como Escipión, el vencedor de Aníbal. Un último arco recordaba a Constantino, considerado el primer emperador cristiano, y a Carlomagno.

En la puerta de San Felice esperaban los cabildos de las iglesias parroquiales con sus estandartes y sus cruces procesionales, que se unieron a la comitiva hasta llegar a la plaza del mercado, donde aguardaba el papa Clemente sentado en una cátedra sobre un elevado tablado. Tras saludarse, se dirigieron a la catedral, donde se ofició una misa antes de que cada uno se retirara al palacio donde estaba alojado.

La cena con que fue agasajado el emperador resultó muy copiosa: jamón de Parma, embutidos a la pimienta, mortadela trufada, costillas de cerdo adobadas con salsa de carne picada y especiada, quesos curados y grandes cantidades de vino blanco de malvasía *dei colli*, y de cerveza recién fermentada. Carlos comió varios platos, hasta saciarse por completo, antes de retirarse a descansar bien pasada la media noche.

Un intenso dolor, como si le hubieran clavado una aguja en el dedo gordo del pie derecho, lo despertó sobresaltado. Se había girado en la cama, y el dedo hinchado y

enrojecido como un boto de vino a punto de reventar había rozado la sábana provocándole un daño insoportable. Se incorporó cuidando de que nada tocara al dedo dolorido y llamó a sus criados de noche. Enseguida apareció uno de ellos envuelto en una manta de lana y provisto de una lámpara de aceite.

—Majestad, ¿habéis llamado?

—Avisad a don Pablo, de prisa.

El criado se aprestó a ir en busca del médico Losantos, que acudió al instante.

—¡Otra vez la maldita gota! —se quejó Carlos amargamente señalándose el pie.

—Cenasteis demasiado, señor. Ya os dije tras el primer ataque de gota que, si no controlabais vuestra comida, se repetiría.

—Dejaos de sermones y haced algo, don Pablo.

—Ya sabéis lo que hay que hacer: mucho reposo y nada de carne ni vino ni cerveza.

—Ha pasado ya más de un año desde la primera vez que tuve gota, y creí que no volvería a suceder.

—Seguirá ocurriendo si no ponéis remedio definitivo, majestad.

—¿No tenéis alguno para este suplicio?

—Sí, claro que sí, el que os he recetado.

Carlos frunció el ceño; le dolía demasiado el pie como para discutir con su médico.

—¿No hay un remedio más rápido?

—En la universidad de Bolonia, la más antigua de la cristiandad, se formaron algunos de los maestros que me enseñaron medicina en la escuela de Salerno. Os rogaría que me concedierais licencia para visitarla y poder consultar los libros de su biblioteca; sé que guarda textos de Galeno, Avicena e Hipócrates, los tres padres de la medicina.

—Hacedlo; tal vez en alguno de los libros de esos maestros encontréis una cura contra este condenado suplicio.

Pasó varios días con el pie en alto maldiciendo aquella gota que lo martirizaba cada vez que se movía siquiera un poco.

Pese a todo, tuvo que dirigir desde Bolonia el asedio para la conquista de la ciudad de Florencia, que Clemente VII le había rogado que llevara a cabo para terminar con la rivalidad que esa ciudad profesaba al papa. Tras escuchar un informe de sus generales, Carlos aprobó el envío de diez mil soldados y trece piezas de artillería, que se estimaban suficientes para rendir a los florentinos.

El acuerdo de paz con Francia le había cubierto las espaldas, y más aún tras las nuevas conversaciones entabladas por la archiduquesa doña Margarita y doña Luisa de Saboya, facultadas ambas para negociar las bodas de los hijos de Francisco I con los de Carlos de Austria.

## *Bolonia, Navidad de 1529*

Los tejados rojos de Bolonia habían despertado cubiertos de una fina capa de nieve que el sol invernal no tardaría en fundir.

Pocos días antes de la Navidad había llegado a Bolonia Pablo Losantos, que se presentó de inmediato ante el emperador. Le dio noticia del estado de salud de la emperatriz Isabel y de sus hijos, y le recordó que debía cuidarse, pues encontró a Carlos algo más grueso de lo habitual.

El emperador había olvidado su segundo ataque de gota, y para celebrar el día de Navidad ordenó que se preparara un banquete con los mejores manjares de la región, que tendría lugar después de asistir a misa en la catedral.

El papa Clemente le había insistido en celebrar cuanto antes la ceremonia de la coronación, pero Carlos le respondió que quería que coincidiera con el día en que cumpliría los treinta años de edad, es decir, el 24 de febrero, de modo que habría que esperar dos meses más.

La tarde anterior el canciller Gattinara le había entregado un libro manuscrito y encuadernado con una sencilla cubierta de pergamino. No estaba firmado por nadie, pero se sabía que lo había escrito el secretario de cartas latinas del emperador, Alonso de Valdés, a petición secreta del propio emperador. El libro se titulaba *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* y relataba el saqueo de la ciudad por las tropas imperiales dos años antes. En este su primer libro, Valdés planteaba ese saqueo como obra de la voluntad divina, exculpaba al emperador de cualquier responsabilidad de lo sucedido, denunciaba las prácticas corruptas que muchos cardenales y altos cargos eclesiásticos practicaban de manera habitual, describía el derroche de lujo en el Vaticano y apuntaba al papa como principal causante de aquellos actos, pues decía que no había sabido cumplir con su obligación como cabeza de la Iglesia de Cristo.

De origen judío, uno de los tíos de Valdés había sido quemado en la hoguera acusado de relapso por haber vuelto a practicar el judaísmo una vez bautizado. Investigado por la Inquisición a causa de sus lazos familiares y de su origen judío, Alonso de Valdés era el mejor latinista de la corte y el mejor redactor de cartas de todos los secretarios, y gozaba del apoyo del emperador y de su poderoso canciller.

Tras degustar como desayuno unas tajadas de tocino ahumadas y asadas a la brasa, Carlos leyó un párrafo del libro de Valdés que le produjo cierta hilaridad. Cerró el volumen y sonrió. Alonso de Valdés era uno de sus mejores secretarios, fiel amigo del canciller y entusiasta de los libros de Erasmo de Rotterdam, cuyas ideas, hasta entonces tan alabadas, comenzaban a ser refutadas por algunos altos cargos de la Iglesia, que las creían más acordes con lo que predicaban los protestantes seguidores de Lutero que con el credo católico.

Al entregarle el manuscrito, Gattinara le había comentado que Baltasar de Castiglione, el nuncio del papa ante la corte imperial, había protestado por el contenido de esta obra, que había conocido por una segunda copia que circulaba por

algunas estancias del Vaticano, y había acusado al autor, del que Castiglione desconocía el nombre, de rayar en la herejía, pero no se había atrevido a ir más allá en sus denuncias porque había intuido que, quienquiera que fuera el autor, gozaba sin duda de un sólido apoyo en la corte.

—¿Creéis en las reliquias y en su poder curativo? —le preguntó Carlos a Pablo Losantos. El médico acababa de entrar en la estancia donde había desayunado el emperador para revisar su pie, que aquella noche le había dado alguna molestia.

—La Iglesia así lo asevera, y yo, majestad, soy un devoto cristiano.

—Escuchad esto —el emperador abrió el manuscrito por la página que acababa de leer y la releyó en voz alta—: «Pues de esta manera hallaréis infinitas reliquias por el mundo y se perdería muy poco en que no las hubiese. Placiera a Dios que en ello se pusiese remedio. El prepucio de Nuestro Señor yo lo he visto en Roma y en Burgos, y también en Nuestra Señora de Amberes, y la cabeza de san Juan Bautista en Roma y en Amiens de Francia. Pues apóstoles, si los quisiésemos contar, aunque no fueron sino doce y el uno no se halla y el otro está en las Indias, más hallaremos de veinticuatro en diversos lugares del mundo. Los ciento veinticuatro clavos de la cruz escribe Eusebio que fueron tres, y ahora hay uno en Roma, otro en Milán y otro en Colonia, y otro en París y otro en León y otros infinitos. Pues del palo de la cruz os digo de verdad que si todo lo que dicen que hay de ella en la cristiandad se juntase, bastaría para cargar una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño pasan de quinientos los que se encuentran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Magdalena, muelas de san Cristóbal, no tienen cuento. Y allende de la incerteza que en esto hay, es una vergüenza muy grande ver lo que en algunas partes dan a entender a la gente. Si os quisiese decir otras cosas más ridículas que suelen decir que tiene, como del ala del ángel san Gabriel, como de la penitencia de la Magdalena, huelgo de la mula y del buey, de la sombra del bordón del señor Santiago, de las plumas del Espíritu Santo, del jubón de la Trinidad y otras infinitas cosas a estas semejantes, sería para haceros morir de risa. Solamente os diré que pocos días ha que en una iglesia colegial me mostraron una costilla de san Salvador. Si hubo otro Salvador, sino Jesucristo, y si él dejó acá alguna costilla o no, véanlo ellos». Y bien, ¿qué tenéis de que decir de esto?

—¿Quién lo ha escrito?

—Un hereje —mintió el emperador.

—En ese caso deberá someterse a la justicia de la Iglesia, supongo.

—Pero, decidme, ¿cuál es vuestra opinión? Y os pido que seáis sincero.

—Si el papa y la Santa Iglesia afirman que la reliquias sanan, yo así lo creo.

—Me estáis mintiendo, Losantos.

—Señor, las reliquias no son cuestión de verdades o de mentiras, sino de fe y solo de fe.

—Pero ¿cómo puede haber dos o tres o más prepucios de Nuestro Señor? ¿No va eso contra la lógica?

—Majestad, la lógica de los hombres no es la lógica de Dios.

—¡Vaya!, sabéis bien qué responder en cada momento. Sois un hombre muy listo, Losantos, muy listo. Entonces, supongo que también creeréis en el mal de ojo.

—La Iglesia lo cree y, por ello, aplica exorcismos y bendice amuletos para remediarlo.

—¿Creéis entonces que mis dolencias pueden proceder de alguien que me ha echado mal de ojo?

—Vuestra gota se debe a vuestro régimen de comidas, majestad. Vuestra dolencia nada tiene que ver con el mal de ojo.

—Hoy es Navidad. Habrá un gran banquete.

—Pues estad preparado, porque, si seguís comiendo tanta carne y bebiendo tanto vino y cerveza, la gota puede volver a aparecer en cualquier momento. La pequeña molestia que habéis tenido esta noche es un aviso de lo que puede venir en cualquier momento.

—¿Sabéis que sois el único hombre al que permito que me hable de ese modo?

—Perdonad, majestad, pero yo...

—No os excuséis. Cumplís bien con vuestro trabajo, aunque compruebo que no habéis encontrado en la biblioteca de la universidad ningún remedio eficaz contra la gota.

—He revisado varios libros y todos coinciden con los remedios que os sugerí, majestad: no comer carne, no beber vino...

—Ya, ya, eso ya lo sé, Losantos, ya lo sé.

—¿Majestad...? —Pablo Losantos se fijó por un momento en la garganta del emperador.

—¿Sí...?

—Tenéis la garganta inflamada. ¿Permitís que os la mire?

—Vaya, os habéis dado cuenta. Hace unos días que siento ciertas molestias al tragar la comida —adujo el emperador.

—¿Y por qué no me habéis dicho nada?

—Pensé que serían unas molestias pasajeras.

—¿Puedo verla?

—Hacedlo.

—Abrid la boca, señor.

Carlos obedeció a su médico, que al inspeccionarla observó una considerable irritación en el paladar y en el inicio de la garganta.

—¿Qué veis?

—Un enrojecimiento que hay que tratar. Precisamente aquí, en la universidad de Bolonia, hay varios médicos extraordinarios que recomiendo que vean a vuestra majestad.

—¿Los conocéis?

—Bueno, fui a visitar la biblioteca de la universidad y de paso a presentarme a

ellos.

—¿Son de fiar?

—Don Antonio María Vetti y don Berduno Narciso están entre los mejores del mundo.

—Decidles que vengan a verme.

Ese mismo día los dos prestigiosos doctores de la universidad de Bolonia visitaron a Carlos y le recetaron esencia de palo de Indias, una especia que curaba la hinchazón y el enrojecimiento; mejoró enseguida.

### *Bolonia, principios de febrero de 1530*

La muerte a sus cincuenta años de Margarita de Austria, la mujer que pudo ser reina de Castilla y de Aragón si su esposo el príncipe Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos, hubiera sobrevivido a sus padres, ensombreció el ánimo del emperador. Su tía, gobernadora de los Países Bajos, había sido su principal consejera y el gran sostén familiar. Lo había cuidado allá en Gante y en Bruselas cuando era niño, sustituyendo a su madre la reina Juana, había luchado por él, se había sacrificado para que su sobrino alcanzase el trono imperial, había negociado los más turbios y complejos asuntos en su nombre y había logrado la paz con Francia en las mejores condiciones para Carlos.

Siempre atenta a defender los intereses del linaje de Habsburgo, Margarita había gobernado con tino y eficacia los Países Bajos; por ello, tanto los flamencos como los holandeses la habían apreciado y respetado.

El emperador y su gran canciller comían en la hospedería del Sol, la más afamada de Bolonia, una posada fundada hacía más de cuarenta años de la que se decía que servía los mejores manjares de toda Italia.

—Será difícil sustituir a doña Margarita —comentó el canciller Gattinara, que meses después de ser investido ya sentía sobre sus hombros la púrpura cardenalicia.

—Muy difícil, pero entre tanto debemos cumplir lo acordado con Francia y liberar a los hijos de su rey. Ordenad al condestable de Castilla que proceda a ello, pero que se garantice la entrega del millón doscientos mil ducados que don Francisco prometió pagar por el rescate —añadió Carlos.

Ambos daban cuenta de sendos platos de jamón horneado al fuego de leña con hierbas aromáticas y aderezado con aceite de oliva y especias y una terrina con paté de garza.

—Necesitamos ese dinero. El príncipe de Orange os ruega que le enviemos la paga de los soldados españoles e italianos de sus compañías, pues hace meses que no cobran y podría producirse un episodio como el que desencadenó el saqueo de Roma.

—Sí, en cuanto se reciba ese dinero, que se atienda en primer lugar a la paga de

esos soldados.

—Don Francisco Pizarro prometió que en el Perú había mucho oro y plata. Espero que ese capitán dijera la verdad y envíe pronto grandes remesas de ambos. El Imperio es cada día más grande, majestad, y son necesarios más secretarios, más embajadores, más oficiales, más juristas, más soldados, más criados... Y todo eso cuesta mucho dinero.

—El rey de Portugal, alegando aquel viejo tratado firmado por nuestros abuelos en Tordesillas, reclama algunas de las islas que Magallanes y Elcano descubrieron en el océano Pacífico; bien, le entregaremos alguno de esos archipiélagos a cambio de dinero.

—Precisamente el embajador de Portugal ha reclamado para su rey la propiedad de unas islas llamadas Molucas, una tierra salvaje y sin demasiado interés.

—En ese caso, renunciaremos a las Molucas; que se las quede Portugal, pero a cambio de una buena suma de dinero —dijo Carlos.

—Por trescientos ochenta mil ducados —precisó Gattinara.

—¿Tanto valen esas islas?

—Los portugueses no las han visto todavía.

—De acuerdo, pedidle esa cantidad.

—Lo haré hoy mismo, majestad —repuso el canciller, que saboreó un gran pedazo de lomo de buey asado bañado con salsa de queso que le acababan de servir.

—Confiemos en que nuestros hombres en América envíen pronto mucho más oro y plata del que hasta ahora está llegando —repuso el emperador, a quien le habían cortado su ración de buey en pedacitos muy pequeños para que apenas tuviera que masticarlos.

—Don Hernán Cortés pide permiso para regresar a América y seguir explorando en nombre de vuestra majestad, y pronto tendremos noticias de si es o no cierta la existencia de esas siete ciudades de oro en Cíbola.

—Pero entre tanto debemos seguir respondiendo a las amenazas que aquí se nos presentan. Hay que ganar todo el tiempo posible. Propondremos un acuerdo de paz al sultán Solimán; escribidle ofreciéndole una tregua. Creo que aceptará. Y escribid al rey de Portugal solicitándole que permita que mi sobrina María pueda reunirse con su madre. Mi hermana me lo ha pedido; quiere tener a su lado a su hijita, a la que no le permitieron salir con ella de Lisboa.

El sultán otomano aceptó la tregua como paso previo al inicio de las conversaciones de paz, pero el rey de Portugal no permitió que María se reuniera con su madre y la mantuvo en Lisboa. Leonor sintió una dolorosa punzada en el corazón; tardaría muchos años en volver a ver a su hija.

*Bolonia, 24 de febrero de 1530*



Carlos tenía que recibir dos coronas; primero la de hierro de los lombardos, que lo señalaba como rey de Italia, y luego la imperial. Como quería ser coronado emperador el mismo día que cumplía treinta años de edad, habían acordado que el martes 22 de febrero se celebraría la ceremonia de la coronación real casi en privado para no restar solemnidad a la imperial, que tendría lugar dos días después, el del cumpleaños de Carlos.

Y así fue, el martes, el papa le colocó la corona de hierro traída desde la ciudad de Monza; el anillo central estaba labrado con uno de los clavos que se habían empleado en la crucifixión de Jesucristo, según se decía. La coronación real se celebró en la capilla del palacio Público en presencia de dos cardenales, doce obispos y algunos nobles. Se celebró una misa en el transcurso de la cual Carlos prestó juramento como rey de Italia arrodillado sobre un paño y una almohada bordados con hilo de oro.

El emperador, que se había preparado desde la madrugada, vestía un traje rizado de plata con forro negro, sayo, colete y gorro. Le abrieron la camisa y descubrieron su brazo derecho, en el cual uno de los cardenales le ungió varias cruces con los santos óleos. Después se le impuso el manto real y un largo vestido de plata forrado de piel de armiño. Así se presentó y se arrodilló de nuevo ante el papa, que le entregó un anillo con un grueso diamante y las insignias del poder real: espada, cetro, orbe y la corona de Italia. El papa rezó una oración y el coro cantó un *Te Deum*.

Continuó la misa, Carlos recibió la comunión, y, acabada la ceremonia, el papa y el emperador salieron juntos de la capilla y cada uno de ellos se dirigió a su alojamiento.

Por fin llegó el gran día. Era el último jueves de febrero, festividad de San Matías en la Corona de Aragón. El sol brilló sobre los tejados rojos de Bolonia y despejó algunos bancos de neblina que había provocado el relente de la noche.

Para la coronación imperial se había desechado la catedral de San Pedro, más pequeña, y se había elegido el templo de San Petronio, todavía inacabado, pero trazado con unas proporciones grandiosas. Varios artistas y artesanos habían trabajado durante semanas construyendo arquitecturas efímeras para lograr que se pareciera en su aspecto exterior a la basílica romana de San Pedro. Era la iglesia más grande de Bolonia y se había planeado para ser una de las mayores del mundo cristiano; estaba ubicada en el centro de la ciudad, al lado derecho del palacio Público, donde se alojaban el papa y el emperador; ante su fachada se abría la plaza Mayor, que podía albergar a una gran cantidad de gente.

Un mes antes de la ceremonia de coronación, el jefe de la guardia imperial había propuesto que se construyera un gran puente de madera elevado sobre la plaza, que comunicara en diagonal los ochenta pasos que separaban el palacio de las diez gradas de la escalinata de mármol que se extendía por toda la fachada de San Petronio. De ese modo, el emperador, el papa y los principales miembros de la comitiva podrían cruzar por encima de la multitud evitando posibles problemas de orden público si pasaban al mismo nivel. Y así se hizo, aunque demasiado rápido.

El emperador, rodeado de los más notables cortesanos, aguardaba sentado en el trono de la sala principal del palacio Público el momento de salir hacia la iglesia de San Petronio. Vestía un imponente traje de tisú de seda y oro y un gran manto también de hilo de oro rizado, con larga cola y forrado de piel de armiño moteado. Se protegía el cuello con una delicada gorguera plegada en redondo.

Gattinara estaba satisfecho. El gran canciller y cardenal contemplaba a su pupilo, su gran obra, convencido de que las profecías sobre la aparición de un monarca cristiano que unificaría toda la cristiandad y conquistaría el mundo comenzaban a cumplirse en la persona de Carlos de Austria. Era el paladín de la cristiandad y su defensor ante la amenaza de los turcos.

Al observar el estandarte con el lema *Plus Ultra*, Mercurino de Gattinara recordó cuántas veces le había dicho a Carlos que Dios Todopoderoso le había concedido el don de elevarse por encima de todos los príncipes de la cristiandad al convertirlo en el más grande emperador de la historia, y cómo era el elegido para construir una monarquía universal: un solo señor, un solo imperio, un solo Dios.

Un coronel de la guardia le avisó de que la escolta de soldados alemanes y españoles ya estaba formada delante de palacio con la artillería situada en batalla y los cañones cargados con salvas de pólvora. Mandaba los dos regimientos el general Antonio de Leyva, el mejor estratega del Imperio.

—Vamos allá, majestad —dijo el canciller.

—Vamos —asintió Carlos, que se colocó él mismo la corona de hierro que el papa le había impuesto dos días antes.

A la puerta del palacio Público fueron llegando los embajadores, príncipes, grandes señores y gentilhombres, mientras el papa, vestido de pontifical y acompañado por los cardenales y los obispos, acudía bajo palio para incorporarse a la comitiva.

Las puertas del palacio Público se abrieron al son de trompetas y en ellas aparecieron los maceros precediendo a los cuatro grandes nobles de Italia y de Alemania encargados de portar los emblemas del Imperio: la corona de oro imperial, que representaba el poder delegado por Dios, la llevaba el duque de Saboya, vestido con un largo ropaje de terciopelo carmesí, manto del mismo color y sombrero ducal con ricas piedras preciosas; la espada, que simbolizaba la fuerza y el mando militar, era mostrada por el duque de Urbino, vestido de raso encarnado a la romana y gorra albanesa con dos enormes joyas pendientes; el orbe, que indicaba el dominio sobre el mundo, lo portaba el duque Felipe de Baviera, vestido de plata y rojo; por fin, el cetro, como insignia de la capacidad para impartir justicia y administrar los bienes, lo llevaba el marqués de Monferrato, con magnífico traje carmesí orlado con muchas piedras preciosas y perlas engastadas.

A continuación salió el emperador con su manto dorado de larga cola, que sostenía con sus manos enguantadas el conde de Nassau, gran chambelán del Imperio. El papa envió a dos cardenales para acompañarlo y la comitiva se puso en

marcha por el puente de madera.

Antonio de Leyva había dispuesto que una compañía de soldados alemanes y otra de españoles se colocaran a los lados de la comitiva para proteger su camino hasta la iglesia, y tras ella ubicó a otra de arqueros y ballesteros.

Al pasar por la zona central de la larga pasarela se oyeron unos crujidos, pero todos siguieron adelante. Justo acababan de atravesar por el punto central del largo puente de madera los últimos miembros de la comitiva cuando se oyó un enorme estruendo. Construida como había sido a toda prisa, no había sido reforzada de manera adecuada y un tramo de la pasarela se vino abajo provocando el pánico entre los que se encontraban alrededor. Algunos de los arqueros que cerraban el desfile también fueron alcanzados por el derrumbe del maderamen.

El emperador, que se encontraba a punto de entrar en la iglesia, se giró al escuchar el ruido, pero apenas atisbó a ver el tumulto. La escolta se cerró de inmediato dispuesta a repeler cualquier ataque y protegió la entrada al templo.

Con el emperador y los principales miembros de la comitiva ya dentro de San Petronio, quedaron en la plaza varias decenas de personas tiradas por el suelo, entre ellas numerosos heridos.

Pablo Losantos, que contemplaba el paseo hacia la iglesia desde una esquina del palacio, supo que algo iba mal. Pidió a dos soldados que lo acompañaran y se dirigió hacia el lugar donde se había desplomado la pasarela de madera. Había gente sangrando y quejándose de sus heridas, prendas de vestir y zapatos abandonados y bastante confusión. El médico observó que un tramo del puente de unos diez pasos de longitud había cedido y se había desplomado sobre el suelo de la plaza. Losantos comprendió enseguida lo que había pasado y dio instrucciones para que los soldados apartaran de allí a las personas que se encontraban ilesas y atendieran a los heridos.

El hundimiento de la pasarela había aplastado a varias decenas de personas, muchas de ellas no se movían y otras gesticulaban, chillaban o gemían entre el amasijo de tablas.

—Levantad esos tablones, que ayude todo el que pueda —gritó Losantos mezclando palabras españolas con italianas y alguna francesa. Todos lo entendieron.

Al retirar las tablas, el suelo apareció lleno de cuerpos y de charcos de sangre. Había medio centenar de heridos y varios de ellos ni siquiera se movían. Los menos graves y los que podían valerse por sí mismos fueron retirados por los soldados a un lado de la plaza, mientras Losantos y tres médicos que acudieron en su ayuda asistían a los que no podían moverse. Al menos tres de los accidentados estaban muertos.

Entre los lamentos que se escuchaban en la plaza, Pablo Losantos pudo entender algunas imprecaciones que aludían a que aquello era un mal augurio, un castigo de Dios por el saqueo que las tropas del emperador habían perpetrado en Roma tres años antes.

En el interior de la iglesia de San Petronio la ceremonia de la coronación continuó sin alteración alguna. Los cardenales tomaron juramento a Carlos, arrodillado sobre

un tapiz de oro, en una capilla ubicada a la entrada del templo. Lo cubrieron con una sobrepelliz y le colocaron en el antebrazo izquierdo un manípulo de piel de marta, a modo de pañuelo, besándolo en el rostro y recibéndolo como canónigo de la basílica de San Pedro del Vaticano antes de cantar un responso y recitar una oración.

Otros dos cardenales lo acompañaron a la capilla de San Gregorio, lo despojaron de la sobrepelliz y del manípulo de marta y le colocaron las cáligas de cuero, el amito o pañuelo sobre los hombros y la espalda, la tunicela propia de los diáconos, el alba o túnica larga y la capa imperial. Pasó por dos capillas más, fue ungido por el cardenal Farnesio con los santos óleos y, flanqueado por los dos cardenales, acudió al fin al altar mayor, donde lo esperaba el papa Clemente VII, que le ofreció la paz. Carlos besó el manto que el pontífice portaba sobre los hombros, se abrazaron y ambos se sentaron en sus sitaliaes.

Dos cardenales cantaron la misa, uno en latín y otro en griego.

Antes de la consagración, el emperador se colocó de rodillas sobre una almohada, el obispo de Coria trajo la espada, el papa la recogió, la sacó de la vaina y, mostrándosela a Carlos, dijo en latín:

—Recibe esta espada, una santa gracia de Dios, con la cual vencerás y quebrantarás a los enemigos del Dios de Israel como señor del mundo.

El emperador tomó la espada y se la entregó al obispo, que la envainó y la ciñó al cinto del emperador. Carlos se puso en pie, la desenvainó y realizó tres fintas al aire, orientando el filo tras cada una de ellas hacia el suelo. La envainó y volvió a ponerse de rodillas. El papa le entregó el orbe y el cetro, colocó sobre sus sienes la corona de oro del Imperio y lo proclamó César. Carlos besó al papa en los pies y se incorporó, se desciñó la espada, que entregó al conde Urbino, y se sentó en su sitial.

El chambelán ofreció como donativo unas monedas de oro y la misa continuó con la comunión del emperador.

Acabada la eucaristía, el papa y el emperador, revestidos de nuevo para el desfile, se dispusieron a salir del templo. En Roma era costumbre que el emperador recién coronado visitara en procesión la basílica de San Juan de Letrán; en Bolonia se sustituyó por la iglesia de Santo Domingo.

Cuando el emperador y el papa aparecieron ante la puerta de San Petronio, la plaza ya había sido despejada de los heridos, y los tablones del puente caído se habían retirado y amontonado en una calleja lateral al palacio Público. Carlos saludó desde lo alto de una rampa de madera colocada sobre las gradas de acceso a San Petronio, y en ese momento los cañones dispararon salvas de artillería y los ministriles tocaron trompetas y tambores. Los soldados volvían a estar formados en impecable orden, como si nada hubiera ocurrido.

Los boloñeses, alentados por algunos guardias ubicados entre la multitud, comenzaron a jalear y a lanzar vítores. Los soldados alemanes conminaban a la población a gritar «¡Imperio, Imperio!», mientras los españoles respondían con «¡España, España!».

La comitiva se formó en la cabecera con los familiares del papa, los consejeros del emperador, todos a caballo, y doce escuderos que enarbolaban las banderas de los barrios de la ciudad de Bolonia, otros cuatro con las banderas del Vaticano, y cinco más con la de la Señoría del pueblo de Bolonia, la de san Jorge, la del emperador, la del papa Clemente VII y la de la Iglesia; tras todas ellas se alzaba una gran cruz.

Formaban a caballo los grandes señores y magistrados de Bolonia, todos vestidos de grana y forrados de armiño, cuatro cardenales con sus capelos, los altos funcionarios de la corte ordenados según su rango, los príncipes y nobles del Imperio, los eclesiásticos entre faroles de cristal, y un palio portado por los cuatro principales ciudadanos con doce portadores de cirios a los lados. Tras el palio desfilaban subidos a lomos de otras tantas mulas veinticuatro cardenales con sus sombreros redondos, los mayordomos, reyes de armas y heraldos imperiales.

Al pie de la rampa de madera que salvaba la escalinata de la portada de San Petronio, dos palafreneros sujetaban las riendas de dos espléndidos corceles, uno blanco para el emperador y un alazán para el papa.

Un familiar del pontífice aguardaba con una escalerita de madera para ayudarlo a subir al caballo. El emperador se adelantó a sostenerle el estribo como hacían los vasallos con sus señores.

El papa se negó.

—Yo no recibo este honor por mi persona, sino por lo que represento —dijo rechazando el gesto del emperador.

—En ese caso, yo llevaré la brida de vuestro caballo —replicó Carlos en tono caballeresco.

—No puedo consentirlo, señor emperador. Os ruego que cabalguéis a mi lado.

—Como gustéis, santidad.

Carlos montó en su caballo blanco con la ayuda del duque de Urbino, que fue quien le sostuvo el estribo. Ambos se colocaron bajo el gran palio, el papa a la derecha del emperador, y comenzó el desfile por las calles de Bolonia.

Tras los maceros, el rey de armas de Borgoña gritaba, tal como se había hecho años atrás cuando Carlos entró con su abuelo Maximiliano en la ciudad de Gante: «¡Larguesse, larguesse!», y arrojaba monedas de plata y alguna de oro sobre los asombrados espectadores, que pugnaban por hacerse con alguna de aquellas valiosas piezas.

Cerraban la comitiva un secretario, el médico Pablo Losantos, que se había incorporado tras atender a los heridos, los prelados, los embajadores y los miembros del Consejo imperial.

En la iglesia de Santo Domingo, convertida en San Juan de Letrán por un día, Carlos fue investido canónigo de esa basílica de Roma, y allí nombró caballeros a varios de sus hombres. A la salida se despidió amablemente del papa.

El desfile regresó a la plaza Mayor, donde seguían formadas las tropas en perfecto orden, y acabó a las puertas del palacio Público entre los vítores de la multitud, que

ya había olvidado el derrumbe del puente de madera.

En la sala principal, decorada con preciosos tapices, se ofreció un magnífico banquete con los mejores productos de la región boloñesa servidos en vajilla de oro y de plata sobredorada. El emperador comió en un estrado elevado cubierto con un dosel. Le habían preparado los platos de manera que apenas tuviera que masticar los alimentos y pudiese disimular así las dificultades que tenía a la hora de comer.

Mientras tanto, en un lado de la plaza se había colocado una enorme parrilla, donde se asaban un buey, una vaca y varias docenas de aves para repartir entre la gente, y una fuente coronada por una escultura de Hércules de donde manaban sin cesar dos chorros, uno de vino blanco y otro de vino clarete. Desde el palacio Público los criados arrojaban las sobras de comida del gran banquete sobre los que se arremolinaban bajo las ventanas para recogerlas.

Al atardecer, cuando el sol se ocultaba en la llanura del Po, se lanzaron al cielo luminarias de colores, y luego se impuso un gran silencio en toda la ciudad de Bolonia.

Aquella madrugada, el canciller Gattinara se despertó sobresaltado y quejoso. Se sentía mal; tenía el pie izquierdo enrojecido e hinchado y sufría intensos dolores en los riñones, donde notaba reiterados pinchazos como provocados con una fina e invisible aguja.

Losantos acudió a la llamada de uno de los criados y se presentó en la cámara que ocupaba Gattinara en una de las alas del palacio Público.

—¿Qué os ocurre, excelencia? —le preguntó Pablo.

—Comprobadlo por vos mismo —le dijo mostrándole el pie hinchado.

—Gota —se limitó a comentar.

—¿Como el emperador?

—Sí, pero la edad de vuestra excelencia es más elevada, y eso dificultará la curación. Supongo que os habéis excedido en el banquete.

—Ese excelente jamón de Parma y esos vinos dulces... Sí, tal vez he comido y bebido demasiado. También me duelen los riñones.

—¿Habéis orinado?

—Un par de veces.

—¿Había sangre en la orina, o tal vez era de color oscuro?

—No lo sé, no había suficiente luz.

—Dejadme que os palpe la zona lumbar, excelencia. Y orinad, señor; tengo que comprobar vuestra orina.

Al cabo de un rato el canciller miccionó en un orinal de noche.

—¿Y bien, cuál es vuestro diagnóstico? —demandó el canciller.

—Vuestros riñones no filtran adecuadamente los líquidos que bebéis.

—Por vuestro rictus supongo que es grave. Decidme la verdad.

—Lo es, excelencia.

—¿Hay remedio? Todavía tengo muchas cosas que hacer por don Carlos: imponer la autoridad imperial a los príncipes alemanes que simpatizan con los protestantes, solventar el conflicto con Francia, acabar con la amenaza de los turcos... —enumeró Gattinara como si estuviera ante una comisión de gobierno y no ante un médico.

—Os pondré una dieta de verduras y legumbres, bebed agua e infusiones en gran cantidad y nada de vino ni de cerveza. Si me hacéis caso en esto, mejoraréis pronto.

Tras visitar al canciller, Losantos supo que la vida del segundo hombre más importante del Imperio estaba llegando a su fin. La gota había surgido de repente y se había complicado con una grave deficiencia en los riñones. En la escuela de medicina de Salerno le habían enseñado que esos síntomas conducían a una muerte segura e inevitable. Lo único que podía hacer era intentar alargarla unas semanas, tal vez unos meses, y procurar aliviarle el dolor.

### *Innsbruck, principios de mayo de 1530*

Hacía casi cinco meses que el emperador residía en Bolonia, y un año que no veía a su esposa la emperatriz, con la que se seguía cruzando cartas periódicas cargadas de melancolía, de frases dulces y de deseos amorosos. La echaba de menos. Isabel, Isabel..., la mujer más hermosa del mundo. Su mujer.

Carlos llevaba a todas partes un retrato de Isabel, y cada noche, cuando se acostaba en el silencio de su alcoba en el palacio Público de Bolonia, lo contemplaba ensimismado en su belleza, en la serenidad de su mirada detenida en el tiempo y en el lienzo. Antes de quedarse dormido recordaba los días pasados a su lado, las cálidas noches de intenso amor en Granada, aquellos atardeceres rojos de verano en los patios de los palacios de la Alhambra y en los jardines del Generalife. Granada, Granada; cada noche soñaba con regresar a esa ciudad donde había sido feliz, tan feliz, y volver a amar a Isabel bajo los techos de filigranas de yeso pintado de vivos colores, al arrullo de las fuentes en las que el agua fluía cantarina, al frescor de las albercas y envueltos en el dulce aroma de los claveles.

La estancia en Bolonia llegaba a su fin. Ahora lo esperaba Alemania. Varias coronas perlaban su frente: las dos imperiales de Carlomagno y de Roma, la de hierro de Italia, la de Castilla y León y la de Aragón... Nadie había amasado nunca tantos títulos, tantos honores, tantos tronos en los que sentarse, tantos dominios por gobernar. Nunca. Nadie.

A la gloria imperial se sumaban halagüeños presagios de paz: el tratado de las Damas con Francia, la tregua con los turcos, la paz acordada ese mismo mes con la Serenísima República de Venecia, la amistad con el papa... Carlos de Austria bien podía intitularse como el emperador capaz de llevar la paz universal al mundo.

Claro que quedaban algunos asuntos por cerrar, y la revuelta de los protestantes era uno de los más urgentes. Las ideas del reformador Lutero, lejos de apagarse, seguían extendiéndose por Alemania y ya comenzaban a ser consideradas en Suiza, Inglaterra e incluso en los reinos de España, donde los partidarios del monje agustino admitían que tenía razón al criticar los excesos del papado y de las altas dignidades de la Iglesia, más preocupadas de engrosar sus haciendas y alimentar sus orondas barrigas que de apacentar como buenos pastores el rebaño de ovejas de Dios.

Rumbo al norte, Carlos marchó de Bolonia, la de los tejados rojos, «la gorda», como llamaban algunos a esta ciudad por la calidad, sabor, abundancia y exquisitez de su comida. Pero antes de partir escribió al príncipe de Orange prometiéndole que el papa le enviaría enseguida dinero y que con ello abonaría la paga de los soldados para que quedaran contentos. No podía consentir un nuevo saqueo como el sucedido en Roma si las tropas estaban descontentas por no recibir su soldada.

En Mantua pasó tres semanas ocupado en resolver todo el proceso de liberación de los hijos de Francisco I, quienes, tras permanecer en España como rehenes, tenían que ser devueltos a Francia en la localidad fronteriza de Fuenterrabía, según lo acordado en el tratado de paz, a cambio de un millón doscientos mil escudos de oro. Entre tanto, aguardaba a que los exploradores adelantados le avisaran en el momento en que la nieve y el hielo disminuyeran y permitieran a la comitiva imperial atravesar los puertos de los Alpes.

Desde Mantua se dirigió a Trento, y desde allí cruzó los Alpes por el paso del Brennero, todavía cubierto de abundante nieve a finales de abril, aunque ya transitable. Cazó durante las tres jornadas de descenso de las montañas por el antiquísimo camino del norte y llegó a la ciudad de Innsbruck, donde lo esperaba su hermano Fernando, al que no había vuelto a ver desde que se despidieron en Castilla, hacía de ello ya más de diez años.

Durante el viaje de ascenso hasta el Brennero, Mercurino de Gattinara no se había sentido bien; de nuevo le aquejaron fuertes dolores en el pie izquierdo y en los riñones. Antes de culminar el puerto ni siquiera podía ya cabalgar sobre su mula y había tenido que ser trasladado en una silla de manos por cuatro fornidos porteadores. Cada paso era un tormento para el cardenal y canciller.

—Tal vez no consiga llegar a Innsbruck —le confesó a Pablo Losantos, que intentó consolarlo, aunque sabía que el canciller, cuya orina era día a día más oscura, apenas aguantaría unos días más.

Gattinara logró entrar en Innsbruck, en la silla de manos, y fue instalado de inmediato en uno de los palacios habilitados para los miembros de la corte.

Pablo Losantos lo atendió durante varias horas e intentó rebajar la calentura con paños fríos, pero el cuerpo del segundo hombre más poderoso del Imperio había decidido rendirse a la muerte.

El médico le cerró los ojos con su propia mano y no pudo hacer otra cosa que certificar su fallecimiento.



—Comunicádselo al emperador —indicó Losantos al secretario encargado de redactar el acta de defunción.

—¿Qué causa de muerte incluye? —preguntó el secretario.

—Ataque de gota y colapso de los riñones —respondió el médico.

—La muerte del canciller es una pérdida irreparable.

—Lo es, señor secretario, lo es, pero el emperador sabrá elegir a un digno sucesor.

—Ya lo ha elegido.

Carlos, avisado por Losantos de que el canciller apenas resistiría el paso de los Alpes, había decidido designar como sucesor a Nicolás Perrento de Granvela, miembro del Consejo de Estado y uno de los secretarios del emperador. Era doctor en derecho, hombre serio y responsable y gran conocedor de los entresijos de la política internacional, pues había sido embajador en Francia, donde había actuado, además, como espía, por lo que Carlos lo nombró nuevo canciller y le hizo solemne entrega de los sellos de la cancillería.

### *Innsbruck, fines de mayo de 1530*

Carlos otorgó a su hermano Fernando el título de rey de Romanos. Durante los días que estuvieron en Innsbruck, los dos hermanos apenas se separaron un momento. El reencuentro después de tantos años fue cordial y entrañable. Carlos, tres años mayor que Fernando, se había criado hasta los diecisiete años en Flandes con su tía Margarita, y cuando llegó a España ni siquiera sabía hablar el idioma de esa tierra. Fernando, educado en España siempre junto a su abuelo el rey Católico, había marchado a Alemania por orden de su hermano mayor a los quince años y sin hablar una sola palabra de alemán.

Los dos hermanos conversaban entre ellos en español, aunque Carlos todavía arrastraba un marcado acento flamenco, en tanto Fernando incluía en sus frases algunas palabras en alemán.

—Querido hermano, debemos organizar la defensa de la frontera del Danubio contra el turco, y hacerlo de manera que podamos frenar cualquier nuevo intento de invasión —comentó Carlos a su hermano Fernando.

—Para eso necesitamos a un hombre valeroso y decidido, alguien que no se amedrente ante un ataque del ejército de Solimán —dijo Fernando.

—¿Conoces a ese hombre?

—Sí, el marqués del Gasto.

—¿Confías en él?

—Sí. Sabe tratar a sus hombres y tiene la capacidad de convencerlos. En más de una ocasión ha evitado que se amotinaran por el retraso en sus pagas. Será un gran

capitán general del ejército. Además, su padre combatió junto a don Gonzalo.

—¿Don Gonzalo? ¿Te refieres al Gran Capitán? —preguntó Carlos.

—Gonzalo Fernández de Córdoba, sí, el Gran Capitán. Tú, hermano, no lo conociste, y yo era un niño cuando se alejó de la corte, pero oí hablar de él a muchos soldados que combatieron en Italia a sus órdenes. Sus hombres lo admiraban, jamás perdió una batalla y nos regaló el reino de Nápoles.

—Todo el mundo dice que fue un gran soldado.

—Nuestro ejército es el mejor del mundo gracias a él, y el marqués del Gasto conoce sus tácticas y su forma de organización.

—De acuerdo, será nuestro capitán general en Hungría.

—Además, te pido que perdones a los soldados españoles que no quisieron ir a Hungría cuando la invasión del turco —dijo Fernando.

—Fue un amotinamiento —replicó Carlos—. El príncipe de Orange cree que deben ser castigados por rebeldía.

—Perdónalos, hermano. Creo que si lo haces darás una muestra de magnanimidad y grandeza.

—O de debilidad.

—Si nombras general del ejército de Hungría al marqués del Gasto tienes una excusa para concederles el perdón. Tu figura se acrecentará entonces a los ojos de esos soldados, que te seguirán hasta el fin del mundo. Además, necesitamos a todos esos hombres para la defensa de la frontera del Danubio; los turcos volverán con un ejército de cien mil guerreros, o puede que incluso de algunas decenas de miles más.

—Haré cuanto propones —asentó Carlos, que entendió que su hermano menor había sabido comprender la situación del Imperio y había asumido la importancia del linaje de Habsburgo como el principal interés a defender. Había sido educado en España, pero era un Austria, y esa circunstancia marcaba un carácter indeleble.

—No te fallaremos.

—Dentro de una semana saldré hacia Augsburgo, pero antes quiero visitar las minas de plata del Tirol.

—Ahí está la fuente de la riqueza —precisó Fernando.

—Necesitamos esa plata para financiar el Imperio, al menos hasta que el oro que me han prometido los capitanes enviados a América fluya en abundancia.

### *Schwaz, 7 de junio de 1530*

La segunda ciudad de Austria, solo por detrás de Viena, se extendía sobre una suave ladera a la sombra de las estribaciones de los Alpes en el hermoso valle del río Inn, donde alternaban prados de hierba esmeralda y bosques de un intenso color verde oscuro.

En la región de Schwaz estaban las minas de plata más ricas de Europa, y en su explotación se habían basado la fortuna de los banqueros Fugger y la riqueza del emperador Maximiliano, el abuelo paterno de Carlos y de Fernando.

Carlos de Austria entró en esa ciudad y se dirigió a la gran casa de comerciantes construida pocos años antes por los Fugger, cuyas alas se abrían a un gran patio central con varias galerías de arcos apuntados.

—Majestad —lo saludó el preboste de la ciudad, que lo esperaba para ofrecerle un gran banquete en la casa de comerciantes—, la noble y antiquísima ciudad de Schwaz os da la bienvenida y os desea un largo y venturoso reinado.

—Os lo agradezco. Gobernáis una hermosa y próspera ciudad.

—La riqueza de esta tierra proviene de las entrañas de la tierra, mi señor, de nuestras minas de plata y cobre.

—Lo sé.

—Pero algún día se agotarán. Cada año hay que penetrar más y más por los túneles y en diez o doce años será muy costoso obtener la plata de tan grandes profundidades. Tal vez entonces dejen de ser rentables y haya que abandonarlas.

—¿Cuántos mineros trabajan en la extracción de plata? —demandó el emperador.

—Unos catorce mil.

—¡Catorce mil! —se asombró el emperador—, pero si debe de haber unos cien mil en todo el Imperio.

—Sí, majestad, todos ellos son hombres fuertes y duros como las rocas de las montañas que horadan con sus picos y sus palas.

—¿Y qué harán esos hombres si algún día se acaba la plata?

—No lo sé, señor. La plata es nuestra principal riqueza; si su explotación deja de ser rentable, me temo que habrá dificultades —indicó el preboste.

—Catorce mil... ¿Algunos de ellos saben combatir?

—¿Os referís a una batalla, en una guerra?

—Sí, combatir con armas, con espadas, con lanzas, con arcos...

—El minero que maneja un pico y abre las rocas a cientos de codos de profundidad es capaz de utilizar cualquier arma.

—Decís que algunas de estas minas dejarán de ser rentables en diez años.

—Tal vez algunos más; pero sí, un día se agotarán.

—Cuando llegue ese momento, los hombres que no sean necesarios para extraer plata podrían enrolarse en nuestro ejército. Los turcos son una amenaza permanente que ronda nuestras fronteras en Hungría, de modo que el Imperio necesita hombres fuertes y valientes a los que no asuste el riesgo, y, por lo que decís, aquí los hay.

—Los más fuertes, los más esforzados y los más valerosos; en esas cualidades, nadie supera a un minero del Tirol —repuso con orgullo el preboste de Schwaz.

Carlos comió y bebió en abundancia: un asado de venado aderezado con salsa de confitura de frutas del bosque, miel e higos, pasteles de manzanas y nueces, una excelente cerveza tostada y un par de jarras de vino amarillo, dulce y muy aromático,

además de licores destilados de pera y de cerezas.

Le hubiera gustado detenerse algún día más en Schwaz y cazar por sus bosques, admirar sus montañas y sentir el aire limpio y fresco en su rostro, pero tenía que seguir camino hacia Alemania.

El 16 de junio, tras varias etapas rápidas en las que incluso tuvo tiempo para resolver al fin la entrega de los hijos del rey de Francia a su padre, y cerrar así los acuerdos pactados con Francisco I en Madrid, Carlos llegó a Augsburgo. En Alemania le aguardaban serios y graves asuntos, sobre todo afrontar la amenaza de los turcos, solventar los problemas que seguían causando los protestantes y reorganizar el Imperio, cada vez mayor y más complejo de administrar. Por si los conflictos fueran pocos, el pirata Barbarroja había vuelto a actuar en el norte de África con sus galeras corsarias, desde las cuales hostigaba a los enclaves del emperador y amenazaba con enviar expediciones de saqueo a las costas de Italia y de España.

### *Augsburgo, finales de julio de 1530*

El camino desde las montañas del Tirol hasta Augsburgo fue placentero, sobre todo la semana que pasó en Múnich, donde degustó una buena cantidad de cerveza, para desesperación de su médico, que no lograba persuadirlo para que no consumiera tanta cantidad de aquel líquido amarillo y espumoso que tanto le gustaba.

En la que se decía que era la ciudad más antigua de Alemania, donde los romanos habían fundado Augusta Vindelicorum, residían las dos familias que habían financiado la llegada de Carlos al trono imperial. Los Fugger y los Welser eran los banqueros del emperador, y ambos seguían aumentando sus enormes fortunas gracias al apoyo financiero que prestaban. Pero el Imperio crecía, los funcionarios de la administración que se requerían para gobernarlo eran cada vez más numerosos y se necesitaba más y más dinero para hacer frente a unos gastos cada año más elevados; tanto que ni siquiera esos dos bancos alemanes podían sostener la demanda de fondos que anualmente requería la Hacienda imperial, por lo que los funcionarios de la corte habían negociado nuevos préstamos con banqueros italianos de la República de Génova.

Carlos echaba de menos a Isabel, y cada día, al acostarse, recordaba a su esposa y anhelaba volver a encontrarse con ella cuanto antes.

Aquella noche la recordó de manera especial, pues a mediodía le habían comunicado que su segundo hijo varón, al que había llamado Fernando, había fallecido a mediados de ese mismo mes de julio con un año de edad. El heredero Felipe y María se encontraban bien, y la emperatriz, aunque muy apenada, había dado muestras de gran fortaleza de ánimo ante la muerte del pequeño.

La vida era demasiado frágil, incluso para el hijo de un emperador, pero esta seguía adelante, y en el gobierno del Imperio no podía dedicarse tiempo a la melancolía. Los turcos mantenían la amenaza de invadir, otra vez, el valle medio del Danubio y plantarse de nuevo ante las puertas de Viena, de modo que Carlos envió una carta cifrada a su hermano Fernando indicándole qué debía hacer para la defensa de Hungría.

En Italia la situación estaba más tranquila. La derrota de Francia y la renuncia de su rey a inmiscuirse en los asuntos italianos habían propiciado que todas las ciudades del norte acataran la autoridad del emperador; incluso Venecia había aceptado una paz duradera y estable, y las autoridades de Florencia, sometida por el ejército imperial, rogaban para que su ciudad no fuera saqueada por los soldados de Carlos y no se repitiera lo ocurrido pocos años antes en Roma. Hasta el papa Clemente había renunciado a conspirar y admitía sin vacilación el predominio del emperador, como había quedado claro en la coronación en Bolonia.

—Para que no quede duda alguna, la boda de mi hermana y el rey de Francia se ratificará, el próximo 5 de agosto, en la abadía de Veien —anunció Carlos al médico Pablo Losantos.

—Muy buena noticia, majestad.

—¿Será capaz de tener hijos? —preguntó el emperador.

—¿A quién os referís?

—A mi hermana, por supuesto.

—Claro que sí, señor. Vuestra hermana ya ha sido madre en dos ocasiones con el que fuera su primer esposo el rey Manuel de Portugal.

—Vamos, Losantos, ya sabéis lo que le ocurre a mi hermana... Sed sincero conmigo.

—La elefantiasis que sufre doña Leonor irá en aumento, y es probable que su nuevo esposo, el rey Francisco, no la encuentre..., ejem..., digamos que agradable para compartir su lecho.

—¿Tiene cura esa enfermedad?

—No, majestad, no la tiene. Se puede paliar el dolor con una limpieza adecuada de las piernas y haciendo ejercicio, pero nunca desaparecerá del todo.

—De modo que las piernas de mi hermana seguirán engordando...

—Sí, majestad, lo seguirán haciendo; al menos así ha ocurrido en todos los casos que se han diagnosticado.

Cuando Carlos obligó a Francisco I, durante el cautiverio del rey de Francia en Madrid, a aceptar casarse con su hermana como una de las condiciones para su liberación, ya conocía la enfermedad de Leonor, pero la ocultó para que el francés no la alegara como causa para la anulación del compromiso matrimonial.

A sus treinta y dos años Leonor había comenzado a desfigurarse. Antaño hermosa y dotada de un atractivo que recordaba al de su madre, la reina Juana la Loca, sus piernas se habían hinchado debido a la enfermedad de la elefantiasis, y algunas partes

de su cuerpo presentaban edemas como resultado de la acumulación de líquidos.

La noche de bodas, en Veien, Francisco I despreció a su esposa, a la que ni siquiera tocó. El rey de Francia se limitó a maldecir a su cuñado y se prometió que, pese a lo acordado en Madrid, procuraría vengarse por las afrentas a que lo había sometido el emperador.

En los meses siguientes Carlos trató de resolver los problemas que la propagación de las ideas de Lutero estaban causando en toda Alemania. A cuantos lo escuchaban, muchos de ellos se reunieron en una Dieta en Augsburgo, les decía que lo importante en esos momentos era la unidad de la cristiandad ante la amenaza de los turcos, a los que consideraba el verdadero y único enemigo. Y dio ejemplo de ello renunciando al dominio de la isla de Malta y de la plaza de Trípoli, que entregó a la Orden de San Juan para que las defendiera y así se resarciera de la pérdida de la isla de Rodas ocho años antes. Incluso consiguió que en Augsburgo los alemanes le financiaran un ejército de ocho mil caballeros y cuarenta mil infantes para luchar contra los turcos.

Pero muchos de los príncipes alemanes veían con buenos ojos las reformas que propugnaba Lutero y las acogían con fervor, pues consideraban a la Iglesia de Roma un enemigo más peligroso para sus intereses que el propio sultán otomano.

Con los protestantes ganando adeptos por todas partes, ni siquiera la católica Inglaterra parecía escapar a su influencia. El cardenal y canciller Wolsey, sostén de la Iglesia de Inglaterra, había caído en desgracia al ser acusado de alta traición por el rey Enrique VIII. Encerrado en York tras ser destituido al frente de la cancillería, cansado y enfermo, había muerto durante su traslado a la Torre de Londres. Alguien hizo correr el rumor de que el antaño todopoderoso canciller había sido envenenado por orden del rey Enrique.

### *Curso medio del Rin, principios de diciembre de 1530*

El navío imperial se deslizaba corriente abajo sobre las aguas del Rin. Carlos, arrebujado en una pelliza forrada de piel de lobo, contemplaba el lento fluir de las aguas en cuyas profundidades los poemas germánicos ubicaban fabulosos tesoros escondidos. La nieve cubría las cumbres de las colinas, y desde las orillas heladas se elevaban hacia un cielo gris y plomizo algunas columnas de humo.

Acababa de ordenar el abandono de la Baja Navarra, la mitad del territorio de este reino al norte de los Pirineos, ante la imposibilidad de defender la región.

Tras cinco meses en Augsburgo, había decidido viajar a los Países Bajos y, desde allí, regresar a España. ¡Echaba tanto de menos a Isabel!

Carlos sostenía en sus manos las dos últimas cartas de su tía Margarita: una sobre las pensiones que se debían abonar a los grandes electores para evitar problemas con ellos y otra sobre un préstamo de varios miles de escudos de oro de un banquero.

Miró la firma de su tía; ojalá hubiera habido muchas más como ella, pensó.

Margarita de Austria, la hermana de Felipe el Hermoso que pudo ser reina de Castilla, había despachado los asuntos como gobernadora de los Países Bajos hasta el último momento. Seria, eficaz, siempre al servicio de la familia, Margarita había sido el más firme apoyo de Carlos, su mejor consejera, la que incluso lo había criado cuando siendo muy niño sus padres lo dejaron solo en Flandes. Su muerte había dejado un gran vacío.

—El testamento de doña Margarita, majestad —le dijo un secretario acercándole una copia en papel del codicilo testamentario.

Carlos lo miró, pero no lo cogió, pues ya conocía el contenido. Margarita de Austria dejaba a su sobrino como heredero universal de todos sus bienes.

—Guardadlo —le ordenó el emperador, que se dirigió hacia la proa.

A favor de la corriente, el tajamar del navío cortaba las aguas del Rin como un cuchillo afilado abriéndose paso en un pedazo de mantequilla caliente.

Las mujeres de su vida. Carlos miró al frente, hacia el norte, aguas abajo del Rin, y en su cabeza se amontonaron imágenes y recuerdos de las mujeres que tanto habían influido en su vida: su abuela, la reina Católica, a la que nunca conoció, pero de la que tanto le habían hablado; su madre Juana, la reina loca, que pese a seguir encerrada en la vieja casona de Tordesillas mantenía el título de reina de Castilla; sus hermanas Leonor, reina de Portugal y de Francia, ahora casada con Francisco I, e Isabel, ya fallecida, reina de Dinamarca; María, reina de Hungría, y la pequeña Catalina, reina de Portugal. Todas reinas, como les había prometido en una ocasión. Las mujeres de su vida.

¿Y Germana? Carlos tuvo un instante para recordar a su amante, aquella exuberante mujer a la que tanto había deseado en los dos primeros años de su estancia en España y que le había dado su primera hija, Isabel, a la que seguía sin reconocer como propia.

Germana había demostrado poseer una mano de hierro como virreina, pues como gobernadora de Valencia había acosado y perseguido a los sediciosos agermanados, ejecutando a más de ochocientos de ellos, con lo que puso fin, de manera sangrienta, a la rebelión de las Germanías. Tantos rebeldes fueron colgados que corrió el rumor de que algunas horcas se quebraron por el peso de los ahorcados, y los postes de madera tuvieron que ser reemplazados por lajas de piedra.

### *Bruselas, principios de febrero de 1531*

Flandes, por fin en Flandes. Para Carlos, aquella era su verdadera tierra, el solar donde había nacido, donde había vivido los primeros diecisiete años de su vida, a donde siempre soñaba volver.

Estaba contento. Su hermano Fernando había sido ratificado como rey de Hungría y de Bohemia, y coronado en la catedral de Colonia, ante las reliquias de los Reyes Magos, como rey de Romanos. No obstante, su semblante se ensombreció ante lo que le comunicaron.

—Señor, graves noticias de Londres —le anunció el canciller.

—¿Quién ha sido envenenado ahora? —preguntó Carlos con ironía.

—Es peor aún, majestad. El rey Enrique ha decidido que la Iglesia de Inglaterra desobedezca al papa y se separe de Roma. Nuestros agentes en Londres informan que don Enrique se hará proclamar protector y jefe supremo de la nueva Iglesia de Inglaterra.

—Esa declaración abre un nuevo y terrible cisma en la cristiandad.

—Así es, majestad. El Parlamento inglés se reunirá para ratificar la decisión de su rey, y se constituirá una nueva Iglesia, la anglicana. Me temo que los católicos van a ser perseguidos.

Aunque Carlos era consciente del deterioro físico y mental de su tío el rey Enrique y consideraba al monarca Tudor un verdadero impostor y un cínico redomado, nunca hubiera imaginado que fuera capaz de dar semejante paso. Además, Enrique VIII se había manifestado durante toda su vida como un fervoroso católico e incluso había escrito algunos tratados teológicos en defensa de los dogmas de la Iglesia de Roma y en contra del reformador Lutero. ¡Pero si incluso se había gastado una fortuna en adquirir reliquias! Como una ampollita que contenía algunas de las lágrimas que Cristo derramó sobre el cadáver de su amigo Lázaro, de las que se decía que las había recogido un ángel y guardado en un pomo de vidrio que había entregado a María Magdalena; o una gota de sudor que segregó el arcángel san Miguel cuando luchó contra el mismísimo Satanás. ¡Cómo suponer que un hombre así iba a romper con la Iglesia romana!

—¿Se sabe cómo está mi tía Catalina? —intervino María de Austria. La hermana de Carlos y viuda del rey Luis II de Hungría lo había acompañado hasta Flandes.

—La reina de Inglaterra se encuentra bien, aunque ha sido recluida en un castillo al sureste de Londres, a orillas del río Támesis —repuso Carlos.

—Deberíamos intervenir en su favor —propuso María.

—¿Qué podemos hacer, invadir Inglaterra?

—¿Por qué no?

—¿Y abrir otro frente de guerra? Los turcos, los rebeldes de Italia, los protestantes en Alemania, la conquista de América... y, ahora, Inglaterra. Si declaramos la guerra a los ingleses, Francia acudirá en su ayuda y se aliarán en nuestra contra. No podemos estar en guerra con todo el mundo.

—Así es como se construyen los imperios —afirmó María.

—Y también como se pierden los reinos —asentó Carlos.



## *Gante, fines de abril de 1531*

La ciudad que vio nacer al emperador despertaba bajo un sol radiante tras varios días de lluvia ininterrumpida. El cielo no era ni tan azul ni tan brillante como en España, pero lo compensaba el verde esmeralda de los bosques y los campos.

¡Echaba tanto de menos a Isabel! Cada semana le escribía una carta de amor y le relataba cuánto la amaba, cómo contaba los días que faltaban para estar de nuevo a su lado, cómo le gustaría que lo acompañara en las visitas que giraba a todas las ciudades de Flandes: Bruselas, Lovaina, Amberes, Malinas...

Días de caza, recepciones de los concejos de las ciudades flamencas, banquetes copiosos, tardes de cerveza y música... El emperador procuraba ocupar todas las horas de todos los días, sin dejar de atender los asuntos del gobierno del Imperio, sobre todo los de Nápoles, que en las últimas semanas habían ocupado buena parte de su atención.

—Hermana, ¿te gustaría ser gobernadora de los Países Bajos? —dijo.

María de Austria miró a su hermano; tras una jornada de caza, ambos cabalgaban de regreso al palacio de Prinsenhof, donde naciera Carlos treinta y un años atrás.

—No sé si sería capaz de gobernar con la eficacia con que lo hizo la tía Margarita —comentó María sin responder a la pregunta del emperador.

—Eres el miembro más inteligente de esta familia y quien tiene mejor sentido para decidir qué es lo más oportuno en cada momento. Aunque lo que debería pedirte es que fueras mi virreina en Nápoles, un reino de complicado gobierno, sobre todo la isla de Sicilia, donde cada familia noble cree poseer las prerrogativas de un rey. El sur de Italia es fundamental para los intereses del Imperio, y más ahora que la isla de Rodas está en manos de los turcos. Si consiguieran asentar su dominio en Sicilia o en el sur de Italia, peligraría la cristiandad entera.

—¿No te fías de quienes gobiernan el sur de Italia en tu nombre?

—No. Y tampoco de ningún italiano.

—¿Ni siquiera del papa?

—Clemente VII es un Médici, miembro de una familia demasiado acostumbrada a participar en conjuras y conspiraciones políticas.

—Pero te ha sido fiel, incluso te coronó en Bolonia el año pasado.

—Lo hizo por pura conveniencia personal. El papa es muy capaz de pasarse de nuevo al lado del rey de Francia o de desentenderse de la guerra contra el turco. Creo que ni siquiera acudirá al concilio que voy a convocar para tratar de la guerra contra Solimán.

—¿Crees que yo sería una buena gobernadora de Flandes? —le preguntó María.

—Eres una Habsburgo, y los Austrias sabemos bien que el interés de nuestra familia es lo más importante. Es gracias a eso por lo que hemos crecido y nos hemos convertido en el linaje más poderoso del mundo. Así nos lo han enseñado a todos los miembros de esta dinastía, y por ello hemos conseguido sumar tantos reinos y

Estados a nuestra Corona. Desde que hace quinientos años nuestro antepasado el conde Radbod construyera el castillo del Halcón en las montañas del sur de Suabia, los Habsburgo hemos crecido y de pequeños halcones nos hemos convertido en enormes águilas.

—Soy una mujer, quizá esos engolados caballeros flamencos o los orgullosos napolitanos no me admitan como su soberana, aunque sea en tu nombre.

—Claro que lo harán. Eres una de mis mejores consejeras, y, además, las mujeres de esta dinastía estáis especialmente dotadas para ejercer el mando. La época de gobierno de nuestra tía Margarita será recordada por la gente de este país de Flandes como una de las más prósperas y pacíficas de toda su historia, y espero que tu gobierno traiga todavía más felicidad a nuestros súbditos.

—Si tú así lo deseas, hermano, iré a donde me lo ordenes, a Nápoles o a Flandes.

—Flandes, entonces. Serás la nueva gobernadora de Flandes. Auguro que bajo tu gobierno habrá una época de gran prosperidad para esta región.

—¿Y nuestro hermano Fernando? —demandó María.

—Ya lo he nombrado rey de Romanos..., y es rey de Hungría y Bohemia.

—¿Confías en él?

—Es un Austria.

—Pero...

—Sí, ya sé qué piensas. Nuestro abuelo el Católico quería que Fernando, su favorito, al que educó como a un hijo, fuera su heredero en la Corona de Aragón, pero cambió su testamento a mi nombre. Desde entonces Fernando aspira a ser cabeza de un reino que no dependa de mí.

—Fernando te admira.

—Tengo grandes planes para él.

—Pero tienes un hijo, tu heredero Felipe. Y mientras esté Felipe, Fernando quedará siempre en segundo lugar.

—En una ocasión, cuando nos despedíamos en un cruce de caminos en la llanura castellana, le prometí que sería rey, y lo he cumplido.

—Pero está bajo tu señorío.

—Y así debe ser.

—Muéstrate generoso con él.

—¿Qué quieres que haga?

—Prométele el Imperio.

—¿Qué?

—Tu hijo Felipe será el futuro rey de Castilla y de Aragón cuando tú mueras, es la ley y debe cumplirse, pero el emperador es designado por los siete grandes electores...

—¿Y romper la unidad de los dominios de los Habsburgo?

—No, no se trata de eso, sino de facilitar un gobierno más eficaz para nuestras posesiones.

—Lo pensaré.

—Sé que decidirás lo mejor para nuestra familia —asentó María, que arreó a su caballo para llegar ante la puerta del palacio de Prinsenhof antes que su hermano.

### *Bruselas, fines de julio de 1531*

Como estaba previsto, la cámara de los Lores proclamó a Enrique VIII jefe de la Iglesia de Inglaterra; mientras tanto, en Alemania la situación se estaba complicando. La Reforma protestante seguía ganando adeptos y cada día eran más los partidarios que se sumaban a las tesis de Lutero. Pero dentro de los propios reformistas también se estaban abriendo grietas importantes. El propio Lutero se había enfrentado el año anterior con relevantes reformadores como Ecolampadio, Melanchton y Zuinglio, a los que se negó a aceptar como hermanos en Cristo por considerar que estaban ciegos, llegando incluso a tachar de «fanáticos y demonios» a algunos de ellos y a sus seguidores.

Los cabecillas de la Reforma comenzaron a discutir por cualquier asunto: incluso sobre la presencia de Dios y de su hijo Jesús en todas las cosas. Debatían en complejas disquisiciones teológicas que casi nadie entendía. Los fieles que asistían a los sermones de Lutero o de otros reformadores solo tenían claro que la Iglesia de Roma era la encarnación del mal y que el papa era el verdadero Anticristo, y era en ese rechazo al catolicismo romano donde sí se mostraban unidos.

—Ese Lutero y el resto de los protestantes se están convirtiendo en un verdadero dolor de muelas —comentó Carlos a su hermana María.

La corte celebraba un gran banquete en el palacio de Coudenberg con veinticuatro platos bien colmados. Enormes piezas de carne de buey asada se servían en grandes fuentes de plata, acompañadas de jarras de cerveza de la abadía de Grimbergen y de vino de Borgoña.

—Los alemanes no soportan la autoridad del papa y rechazan los privilegios de los cardenales de la curia de Roma; ahí radica la semilla y el éxito de los protestantes —dijo María de Austria.

—He ordenado que se proceda contra ellos...

—No es conveniente abrir un nuevo conflicto en Alemania, y menos aún con la situación de guerra que en cualquier momento puede estallar con los turcos.

—Son protestantes, pero ante todo son cristianos, no serán capaces de aprovechar la guerra con el turco en su beneficio. He convocado la Dieta Imperial en Spira para comienzos de septiembre, allí dirimiremos estas cuestiones.

Los buenos deseos de Carlos y de su hermana María chocaban con una tozuda realidad. A pesar de los intentos del emperador por poner coto y final a la Reforma, el rechazo a la Iglesia de Roma crecía por todas partes. Ese mismo verano varios

cantones suizos decidieron desligarse de la obediencia al papa y establecer sus propias iglesias de manera independiente de Roma. Si nadie lo impedía, una guerra civil se atisbaba entre varios cantones suizos.

—Majestad... —Un secretario se presentó con aire de honda preocupación ante Carlos, que le indicó que se acercara. Durante un par de minutos le bisbisó algo al oído.

—¿Qué ocurre? —preguntó María al contemplar el rostro de preocupación de su hermano tras escuchar al secretario.

—Felipe de Hesse y Juan de Sajonia han fundado en la ciudad de Esmalcalda una liga...

—¿Contra los protestantes...?

—Contra mí —asentó Carlos—. Y han enviado cartas para que se les unan varias regiones y ciudades de Alemania. Además, pretenden conseguir una alianza con Francia y quién sabe si también con Dinamarca y con otros reinos de la cristiandad.

—¡Traidores! —masculló María de Austria.

—Lo pagarán, ya lo creo que lo pagarán —asentó Carlos con toda firmeza.

La liga de Esmalcalda no se había atrevido a declarar una guerra abierta contra el emperador. Sus creadores se habían limitado a mostrar su apoyo a la Reforma protestante y a Lutero, habían confiscado tierras de la Iglesia de Roma y habían expulsado de las diócesis que controlaban a los obispos católicos, pero Carlos no podía admitir semejante reto a su autoridad. No podía dejar sin respuesta un desafío de tamaño calibre, de modo que decidió que les declarararía la guerra, aunque por el momento esperaba a que se celebrara la Dieta de Spira.

Entre tanto, Inglaterra se acababa de perder definitivamente para el catolicismo. A fines de primavera el rey Enrique VIII había coronado con sus propias manos a su segunda esposa, Ana Bolena, como reina de Inglaterra, había prohibido que se pagase cualquier tributo o renta a Roma, se había reservado en exclusiva el nombramiento de obispos de la nueva Iglesia anglicana y se había arrogado la supremacía real en cualquier materia religiosa. El cisma era ya una realidad.

La cristiandad se rompía en pedazos, todo amenazaba con desmoronarse y los turcos aparecían por oriente más desafiantes y poderosos que nunca. Hacía siglos que la Europa cristiana no vivía una situación tan delicada, y Carlos, solo Carlos, aparecía como el único monarca capaz de evitar una catástrofe total.

### *Camino de Tournai a Bruselas, comienzos de diciembre de 1531*

La Dieta Imperial se alargaba demasiado, pero Carlos había tomado la iniciativa. Su ejército, aliado con las milicias de los cantones de obediencia católica, había derrotado a los rebeldes protestantes suizos en un par de batallas, en una de las cuales

había muerto Zuinglio, uno de los cabecillas de la Reforma en Suiza; había dictado la incorporación de Borgoña, la tierra de su madre, a la obediencia de la casa de Austria; y había enviado instrucciones precisas a su hermano Fernando para que, como rey de Hungría, preparara la defensa contra una más que probable invasión turca.

También celebró en Tournai un capítulo de la Orden del Toisón de Oro, de la cual era Carlos su gran maestre. Allí fueron nombrados veintiún nuevos caballeros, entre ellos el príncipe heredero Felipe, el rey de Escocia y varios nobles castellanos, aragoneses, alemanes, flamencos y borgoñones, en medio de grandes banquetes y fiestas.

Los problemas económicos parecían arreglarse poco a poco, y los comerciantes buscaban fórmulas para financiar las empresas que se avecinaban. Así, en la villa castellana de Medina del Campo y en la ciudad flamenca de Amberes se constituyeron bolsas de pago y cambios para facilitar la compra y venta de todo tipo de productos.

De América también llegaban buenas noticias, pues el arrojado capitán Francisco Pizarro había comenzado al fin la conquista del imperio de los incas en el Perú, y se había iniciado la explotación de unas riquísimas minas de plata en Nueva España que pronto proporcionarían grandes cantidades de dinero a la Corona. Se seguían descubriendo tierras al norte de México, en una enorme y cálida península a la que llamaron La Florida, y más islas en el océano Pacífico; un grupo de ellas fueron llamadas Las Carolinas, en honor del emperador.

Aunque también era noticia que las enfermedades llevadas por los españoles seguían provocando una grandísima mortandad entre los indígenas. Miles de ellos morían cada año a causa de la viruela, la difteria, el tifus, la escarlatina o el sarampión, tantos que aquel año fue apodado por algunos «el de la pequeña lepra».

Una carta enviada por el encomendero y luego fraile dominico Bartolomé de las Casas al Consejo de Indias alertaba al emperador sobre lo que estaba ocurriendo con los conquistadores. Denunciaba la maldad de su comportamiento, tildaba a algunos de ellos, como Pedrarias Dávila, de «crudelísimo tirano», clamaba contra la matanza de indios perpetrada por Hernán Cortés en Cholula, explicaba las crueldades y robos practicados por los soldados españoles y la explotación a que estaban sometidos los indígenas en islas como la de Cuba, donde eran tratados como esclavos, y acababa calificando a los indios como «mansas ovejas» acosadas por los fieros e insaciables lobos españoles.

—Debo volver a España —le confesó Carlos a María cuando regresaban a Bruselas tras las sesiones de la Orden del Toisón de Oro en Tournai.

—La echas mucho de menos, ¿verdad? —le preguntó su hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—Observo tu rostro, cada día más triste, más melancólico. Ni siquiera has solicitado que acuda a tu cama una joven hermosa para que mitigue tu pesar. Debes de estar muy enamorado de Isabel.

—Lo estoy. Amo a Isabel y anhelo volver junto a ella cuanto antes.

—Todos los reyes suelen pasar tiempo, mucho tiempo, lejos de sus reinas, y todos se buscan amantes para mitigar la soledad de sus noches, pero tú no lo has hecho.

—No quiero a otra mujer en mi cama que no sea Isabel; desde que me casé con ella en Sevilla, ninguna otra ha calentado mi cama, ni lo deseo —asentó Carlos—. Tampoco tú has tenido, que yo sepa, otro hombre desde que quedaste viuda de don Luis.

—No lo necesito. Salvo que tú me lo pidas, nunca volveré a casarme. Deseo entregar el resto de mi vida a tu servicio y al de Flandes, como me has encomendado —afirmó María de Austria.

### *Maguncia, principios de febrero de 1532*

Le hubiera gustado viajar a España enseguida para reencontrarse con Isabel, pero aquel invierno llegaron noticias de la movilización general del ejército otomano y Carlos no tuvo otro remedio que viajar a Alemania para organizar la defensa en el corazón del Imperio. Se despidió de su hermana María en Bruselas, encomendándole que gobernara los Países Bajos con acierto y prudencia, y se dirigió hacia Maguncia para encargarse personalmente de la defensa del Imperio.

Antes de dejar Flandes escribió una carta a su esposa en la que la avisaba del enorme peligro que corría la cristiandad y de la poderosa armada de más de trescientos barcos de guerra que Solimán había construido para poner en marcha ese mismo verano una expedición militar contra Nápoles y Sicilia, cuyas fortalezas se debían preparar para un inminente ataque.

La aguas del Rin discurrían plácidas y heladas entre las colinas esmeraldas ocupando todo el cauce del río. Carlos se había levantado temprano y se dispuso a escribir una carta a su hermana María de su puño y letra. Cogió la pluma, la mojó en el tintero y al intentar trazar la primera letra sintió un fuerte pinchazo en el dedo índice de la mano derecha. Soltó la pluma y se masajeó el dedo, pero al hacerlo un nuevo pinchazo, más fuerte e intenso, le produjo un dolor insoportable.

Apenas podía mover la mano, sentía las articulaciones de los dedos de la derecha como si estuvieran agarrotadas, y cada vez que intentaba moverlos o se los tocaba con la otra mano la sacudida de dolor era como si le aplicaran un invisible hierro rusiente.

Se incorporó del asiento en la alcoba del palacio donde pernoctaba aquellos días en Maguncia y llamó a un criado.

—Avisa a don Pablo, que venga enseguida —le ordenó.

A los pocos minutos apareció el médico Losantos.

—¿Qué ocurre, majestad?

—Mi mano derecha..., apenas puedo sostener el peso de esa pluma.

—Dejadme que la vea.

—Andad con cuidado; el menor roce me produce un enorme dolor.

Pablo Losantos colocó una almohada encima de la mesa y tomó el antebrazo del rey, que acomodó sobre la almohada con sumo cuidado.

—Ha vuelto, majestad. Es la gota de nuevo.

—Pero ahora es mi mano, no el pie...

—La enfermedad afecta a todas las articulaciones de vuestro cuerpo. La gota suele atacar en la mayoría de los casos al pie, pero también puede manifestarse en las manos, codos y rodillas, en todos aquellos lugares donde se unen los huesos.

—Bien, ya habéis hecho el diagnóstico; ahora procuradme una cura.

—Reposo y dieta, ya lo sabéis, señor, no hay otro remedio.

—No puedo descansar. Los turcos están a nuestras puertas preparados para invadir Hungría y el sur de Italia, la mitad de los príncipes de Alemania se han puesto del lado de los reformadores y cuestionan mi autoridad y el nombramiento de mi hermano Fernando como rey de Romanos, los reyes de Francia y de Inglaterra apoyan a los rebeldes... ¿Descansar? Si no me pongo al frente de la defensa, los turcos conquistarán Viena y Nápoles, y si siguen adelante pondrán fin a la cristiandad. No puedo dejar indefenso al Imperio. No puedo.

»Tengo que acudir a la Dieta que he convocado en Ratisbona. Mis súbditos me tienen que ver allí; no puedo faltar. De modo que haced cuanto esté en vuestra mano para que pueda acudir a esa cita.

—Haré todo lo posible, majestad, pero deberéis ayudarme en ello. Olvidaos de la carne y la cerveza. Prepararé una infusión y unos apósitos de hierbas; os calmarán el dolor, pero os ruego que me hagáis caso en lo demás, o vuestros dolores irán en aumento y llegará la hora en la que no podréis siquiera moveros.

Cuando se retiró el médico, Carlos quedó sumido en una profunda tristeza. Pensó en Isabel y decidió escribirle una carta en la que manifestarle de nuevo su amor, pero también su angustia y melancolía por su ausencia y la distancia entre ambos.

Volvió a coger la pluma e hizo un gran esfuerzo para soportar el dolor. En esta segunda ocasión tampoco pudo escribir una sola palabra. Pero necesitaba enviar esa carta a su esposa, de modo que llamó a uno de sus secretarios y le dictó una larga misiva en la que manifestaba su pesar por no poder estar al lado de Isabel, a la que se dirigió como «carísima esposa y muy alta señora».

Acabada la escritura de la carta por el secretario, Carlos apenas pudo garabatear al pie las palabras «Yo, el Rey».

*Ratisbona, Dieta Imperial, principios de julio de 1532*

No lo estaba consiguiendo. En la Dieta de Ratisbona las varias decenas de delegados de las ciudades y los príncipes alemanes no se ponían de acuerdo. Además, varios agentes secretos del rey de Francia andaban por las posadas de Ratisbona donde se alojaban los delegados prometiéndoles mucho dinero si no apoyaban a Carlos y boicoteaban sus propuestas.

El emperador estaba a punto de perder la paciencia ante aquellos engolados nuncios de las ciudades y los emperifollados príncipes y señores cuando recibió una mala noticia. Su sobrino Juan, príncipe de Dinamarca, huérfano de su hermana Isabel y del rey Cristián, heredero al trono de ese reino, acababa de fallecer apenas cumplidos los dieciséis años, con lo cual se perdía toda esperanza de que algún día cercano el reino danés volviera a ser un fiel aliado del Imperio.

Entre tanto, el ejército turco se acercaba a Hungría; los informes que llegaban de Oriente indicaban que estaba integrado por trescientos mil hombres, al frente de los cuales cabalgaba el mismísimo sultán Solimán. A la vez, la armada otomana había desplegado sus banderas verdes de combate y navegaba hacia el sur de Italia.

El río Danubio se dividía en tres brazos al atravesar el centro de Ratisbona, en cuyo palacio episcopal varios delegados católicos en la Dieta discutían acaloradamente sobre la necesidad de acabar con la herejía de Lutero y de sus seguidores cuanto antes y con toda la fuerza que fuese necesario utilizar.

A la vez, Carlos ordenaba a sus generales que prepararan el mayor ejército posible con soldados de a pie y de a caballo reclutando para ello tropas en Italia, España y Alemania.

El emperador se encontraba mucho mejor de los dolores que había padecido en las articulaciones en las últimas semanas. El calor del verano y los cuidados de su médico lo habían aliviado mucho, de modo que decidió salir de caza por los bosques al sur de Ratisbona.

Montado en un espléndido alazán oteó a unos veinte pasos de distancia a un enorme jabalí que ramoneaba los brotes tiernos de unos arbustos. Carlos alzó la mano demandando silencio a los caballeros que lo acompañaban, sujetó su lanza corta con fuerza, asió la riendas y espoleó al caballo en dirección al jabalí.

El alazán respondió de inmediato al estímulo de las espuelas y arrancó a la carrera como un relámpago. Al escuchar el estruendo de los cascos, el jabalí giró su macizo cuello y al ver acercarse al caballo y a su jinete salió en estampida en dirección contraria. Carlos aguijó a su montura con gritos de estímulo y el caballo aceleró aún más su galope. En esa zona del bosque se abría un amplio claro de unos doscientos pasos de anchura en el cual el jabalí era vulnerable. La distancia entre cazador y presa iba disminuyendo, pero los árboles estaban cada vez más cerca. Carlos comprendió que si el jabalí llegaba hasta ellos la espesura del bosque impediría que siguiera con la persecución, de modo que clavó con fuerza las dos espuelas en los ijares. La bestia resopló y aceleró el paso. El jabalí estaba a tiro, aunque los primeros árboles apenas se encontraban a veinte pasos. O arrojaba ya su lanza o perdería la presa.



Carlos tomó aire, alzó el brazo derecho, asentó con firmeza sus pies en los estribos y se dispuso a arrojar el venablo. Entonces el caballo tropezó, perdió las manos, cayó de bruces y lanzó a su jinete por encima de la cabeza.

El emperador aterrizó sobre el claro del bosque dando tumbos como un pelele roto.

Abrió los ojos, aunque tardó algunos momentos en identificar al hombre que tenía delante.

—¡Don Pablo! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó el emperador mareado y dolorido.

—Sufristeis una caída del caballo cuando perseguíais a un jabalí durante la partida de caza. Tenéis un gran moratón entre las piernas, quizá por haberos golpeado con el fuste de la silla de montar al salir despedido, y varios hematomas más por todo el cuerpo. Perdisteis el sentido en la caída, majestad —respondió Pablo Losantos.

—¡Oh! —exclamó Carlos al tratar de incorporarse.

—Tardaréis un par de días en poder moveros con normalidad, y quizá una semana hasta que desaparezcan todas las molestias.

—Necesito ir a Viena; los turcos deben de estar muy cerca.

—No podéis moveros —dijo Losantos.

—Claro que puedo. —Carlos hizo un gran esfuerzo, procuró apretar los dientes, pese a la dificultad que le provocaba su prognatismo, y superando el dolor logró ponerse en pie.

Pero al intentar dar un paso sintió un agudo pinchazo en las ingles y cayó desmadejado sobre el lecho.

Mientras se recuperaba de la caída del caballo recibió dos cartas que acentuaron su desánimo. En una de ellas, su esposa Isabel le informaba de que estaba muy enferma, aquejada de fiebres tercianas, y que incluso temía por su vida; le decía que rogaba a Dios cada día para que le permitiera abrazarlo antes de morir. En la otra, el rey de Francia rechazaba ayudarlo en la guerra contra el turco; le anunciaba con un tono cargado de ironía que no podía enviarle soldados para no dejar desguarnecido a su reino, ni dinero para no vaciar las arcas de su erario.

De modo que Carlos estaba solo: solo frente a los turcos, solo en la lucha contra los herejes, solo frente al mundo, solo en la defensa de la cristiandad. Solo.

Hasta los húngaros, aterrorizados ante el avance otomano, habían decidido acatar el señorío del sultán Solimán, conscientes de que su ejército era tan superior en número de soldados, piezas de artillería y capacidad de combate que no podrían evitar la conquista de toda Hungría y quién sabe si incluso de todo el Imperio.

Sin oposición en el bajo Danubio, el ejército otomano avanzó hasta Belgrado, donde Solimán proclamó que él era el único que podía ostentar el título de emperador, y que Carlos lo hacía de manera ilegítima, pues solo podía llamarse rey de España. Alegaba el sultán que él era el dueño de Constantinopla, la ciudad que

ahora llamaban Estambul, y el sucesor, por tanto, de Constantino, el último de los emperadores romanos.

Crecido a la vista de su numerosísimo y poderoso ejército, que parecía invencible, y confiado en su victoria por la enorme superioridad que exhibía y por la fractura y división reinante entre los príncipes de la cristiandad, Solimán dio a sus soldados la orden de entrar en Hungría. El número de tropas turcas era un secreto; unos decían que eran cien mil, aunque algunos oteadores hablaban de trescientos mil y otros elevaban la suma hasta los quinientos mil soldados. El ejército de la Sublime Puerta portaba además ciento veinte piezas de gruesa artillería, muchas de ellas de calibre suficiente como para abrir enormes boquetes en las más sólidas murallas.

El despliegue de lujo y magnificencia que mostró el sultán en su entrada en Belgrado fue apabullante. Vestido de carmesí y oro sobre un bayo aderezado con jaeces de oro y piedras preciosas, desfiló rodeado de doce mil cortesanos, cuatro mil caballeros todos con estandartes con los emblemas de la dinastía otomana, otros cuatro mil jenízaros de su guardia personal, centenares de esclavos a caballo con lanzas y casacas azules con cintas y cordones de plata, decenas de carruajes con el tesoro imperial turco, hermosísimas damas del harén, pajes, lacayos, y sirvientes que llevaban atados cien enormes perros de presa.

La situación era desesperada; sin ayuda de ningún otro reino cristiano, Carlos tenía que defender Viena con sus únicas fuerzas. Pese al dolor que seguía mortificando cada uno de sus movimientos, dictó cartas para que en España, Borgoña y Flandes se reclutase a todos los soldados posibles, y ordenó al almirante Andrea Doria que bloqueara la armada turca en el Mediterráneo, en las costas de Grecia, antes de que las galeras otomanas pudieran atisbar siquiera el litoral del sur de Italia.

El papa Clemente, asustado ante lo que se le venía encima, estableció un impuesto a todos los clérigos católicos; sacerdotes, párrocos, beneficiarios, frailes, monjas e incluso los hospitales tuvieron que colaborar para recaudar todo el dinero posible para la guerra contra el turco.

Pertrechado con las tropas de refuerzo y varios cañones que compró en una fundición de Núremberg, el emperador se embarcó y descendió la aguas del Danubio hacia Viena.

Entre tanto, Solimán avanzaba por Hungría librando combates. En uno de ellos, algunos soldados aseguraron haber visto pelear entre las filas cristianas a un caballero montado sobre un corcel blanco que combatía con tal energía que los turcos quedaban cegados ante su figura. Hubo quien aseguró que aquel jinete no era otro que san Martín, que había descendido del cielo para combatir contra los enemigos de Cristo, como en otras ocasiones lo habían hecho san Jorge o Santiago.

Pero nada ni nadie, ni siquiera la sagrada intervención de san Martín, parecía capaz de detener el avance de las tropas de Solimán, que comenzó a llamarse en sus cartas «rey y señor de toda la tierra y emperador del mundo».

## *Viena, principios de otoño de 1532*

El tiempo parecía escaparse de sus manos.

—Majestad, la vanguardia del ejército turco se encuentra apenas a tres jornadas de Viena —le avisó un mensajero que había cabalgado a toda velocidad Danubio arriba hasta las puertas de esa ciudad.

—Aquí los espero —dijo el emperador.

La batalla por Viena, y quién sabe si por la supervivencia del mundo cristiano, parecía inminente, pero los acontecimientos dieron de pronto un giro inesperado.

—¡Se retira, el turco se retira! —exclamó un mensajero dos días más tarde del anuncio del primero.

—¿Estás seguro? —le preguntó Carlos.

—Completamente, majestad; han dado media vuelta y regresan al sur, por el camino de Graz.

—Puede ser una estratagema. Que los oteadores mantengan en todo momento vigilados sus movimientos —ordenó Carlos.

¿Qué estaba pasando?, se preguntaban los defensores de Viena. ¿Por qué Solimán, con fuerzas tan superiores, había optado por retroceder cuando ya tenía Viena al alcance de la mano? Tenía que ser una trampa; ningún general en su sano juicio daría una orden semejante habiendo ganado tal posición de fuerza y ventaja.

Pero la sensación era otra. Controlados desde la distancia en todo momento, los turcos seguían retrocediendo y se llevaban con ellos todos sus pertrechos, de manera que la retirada sí parecía real y no fingida.

Los agentes de Carlos hicieron correr el rumor de que el emperador gozaba de una fortuna y de una ayuda sobrenaturales, de que era la persona elegida por Dios para hacer triunfar sus planes: un solo Dios, un solo señor, un solo imperio.

Antonio de Leyva, el general de mayor confianza del emperador, mandaba la defensa de Viena. Al enterarse de la retirada de los otomanos, suspiró aliviado.

Carlos estaba reunido en el castillo de Viena con sus generales, a los que pidió opinión sobre qué hacer ante la retirada de Solimán.

—Señor —contestó Leyva—, creo que deberíamos perseguirlos y atacarlos por la retaguardia.

—¿De cuántos hombres disponemos? —preguntó Carlos.

—De cuarenta mil.

—Ellos son cinco o tal vez seis veces más; nos harían pedazos en un instante.

—No si los sorprendemos con caballería y artillería ligera. En Linz, a tres días de marcha aguas arriba del Danubio, está vuestro hermano don Fernando con tropas veteranas y bien entrenadas. Los turcos descansan en Graz, tres días al sur de Viena y de Linz, si unimos nuestras fuerzas, en una semana podemos caer sobre la retaguardia del turco y propinarle una tremenda derrota si atacamos a la vez desde el noroeste y el noreste.

—¿Cuántos soldados manda mi hermano don Fernando? —preguntó el emperador.

—Unos sesenta mil infantes, de los que treinta mil son jinetes; todos ellos católicos —precisó uno de los generales.

—Pero podríamos llegar hasta doscientos mil si reclutamos a los pobladores de las aldeas y ciudades aledañas a Viena, y a los propios vieneses —terció Antonio de Leyva—. A vuestra llamada han acudido gentes de Moravia, de Bohemia, algunos polacos, incluso alemanes católicos de las regiones costeras del Báltico, además de las mesnadas del duque de Baviera y varias compañías de los más aguerridos lansquenets flamencos. Y toda la nobleza de España, majestad.

—Así es —asentó el duque de Béjar, que acababa de llegar desde España con una mesnada procedente de sus dominios en tierras de Salamanca.

—Los turcos están derribando puentes —señaló otro general—. Eso significa que nos temen y que su retirada va en serio. Ataquemos y destruyámoslos por completo antes de que lleguen a Belgrado.

Carlos se incorporó; apenas sentía dolor en la entropierna. Reflexionó unos instantes ante la mirada expectante de sus generales.

—Dejaremos que se retiren —dijo con serenidad y aplomo.

—¡Majestad!, es nuestra oportunidad para acabar con ellos...

—No —cortó tajante Carlos al general Leyva—. Tenemos problemas con los soldados italianos, que se han amotinado y quieren volver a su tierra, se acerca el invierno y ha surgido un brote de peste en un campamento cerca de Linz; si se extiende, podemos perder a la mitad del ejército.

Leyva y el duque de Béjar parecieron contrariados, pero no replicaron ante la decisión del emperador.

Mientras los turcos se retiraban Danubio abajo, algunas partidas de soldados del Imperio incordiaron a los últimos regimientos de la retaguardia otomana, causando numerosas bajas entre sus filas.

Ante el inesperado repliegue de los turcos, Carlos escribió al papa solicitando entrevistarse con él en Italia cuanto antes. Quedaron en verse unas semanas más tarde, en Bolonia, donde Carlos recibiera dos años antes la corona imperial.

La retirada de los turcos de las inmediaciones de Viena no fue debida a un cambio repentino de los planes de Solimán, ni a un capricho. A mediados de septiembre llegó a oídos del sultán la noticia de la guerra que el almirante Andrea Doria estaba librando en las costas de Grecia contra la flota turca. El almirante de la armada imperial, al frente de ochenta naves de combate y diez mil soldados españoles y alemanes, había batido a una flota turca de setenta naves y ocupado algunas plazas en las costas de la península de Morea y del golfo de Patras.

Alarmado por la derrota en el mar, Solimán ordenó la retirada, pues en algún momento llegó a pensar que Andrea Doria podría dirigirse a Estambul, la capital de su Imperio, y saquear la ciudad apenas guarnecida, pues la mayoría de los soldados

estaban enrolados en la campaña contra Viena. El sultán se vio atenazado por el ejército de Carlos en Viena y por la armada de Andrea Doria en las costas de Grecia y decidió regresar a toda prisa, no fuera que por insistir en la toma de Viena perdiera todos sus dominios.

En las Indias, Francisco Pizarro, hombre analfabeto pero audaz y arrojado como pocos, había aprovechado una guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, los dos hermanos incas, para comenzar la conquista del Perú. Sería paradójico que se iniciara una gran conquista en el Nuevo Mundo a la vez que los turcos ocupaban Hungría y Bohemia.

### *Bolonia, febrero de 1533*

Tras la retirada de los turcos, el emperador ordenó la disolución del ejército acantonado en Viena y en Linz, aunque mantuvo un nutrido contingente de tropas bajo las órdenes de Antonio de Leyva y Hernando Álvarez de Toledo, el nuevo duque de Alba que había sucedido en este señorío a su padre don Fadrique, muerto dos años atrás, con quienes se dirigió a Italia. Alguien dijo que Carlos se había negado a perseguir a los turcos en su retirada porque un consejero le comentó que unas semanas atrás se había desatado un incendio en la catedral de Turín, donde se veneraba un lienzo de tela que se creía el santo sudario de Cristo. El incendio había causado algunos destrozos en la reliquia, pero se trataba de daños menores. Aquel episodio se consideró un signo de mal agüero.

En las ciudades del norte de Italia por donde pasó Carlos camino de Bolonia se produjeron manifestaciones de júbilo en las que vecinos convenientemente alentados vitoreaban al emperador por su victoria sobre los turcos y por haberse convertido en el garante y sostén de la cristiandad. Allí acudió don Francisco de los Cobos, el secretario de Estado que había llegado desde España para sumarse al cortejo del emperador.

Poco después de llegar a Bolonia falleció el capitán García de Paredes. Un secretario le contó a Carlos la historia de este formidable soldado, ayudante del Gran Capitán en la guerra de Nápoles contra los franceses, del que se decía que era tan fuerte que él solo había frenado a un centenar de franceses en un puente y que era capaz de arrancar con la fuerza de sus manos las rejas de las ventanas de cualquier casa o palacio; no en vano lo llamaban el Sansón de Extremadura.

En aquellos días de principios de 1533, los conciliábulos se sucedían. Los embajadores venecianos halagaban al emperador con palabras rimbombantes, pero tramaban una alianza secreta con el rey de Francia, pues recelaban de las verdaderas intenciones de Carlos y creían que ocultaba el deseo de apoderarse de su Serenísima República. El papa dilataba la petición de Carlos de convocar un concilio para

solucionar definitivamente la fractura que se estaba produciendo en la cristiandad a causa de la reforma protestante. Varias ciudades italianas conspiraban para lograr que los soldados españoles abandonaran la Lombardía, donde causaban no pocos quebrantos. El rey Francisco de Francia buscaba una alianza secreta con los turcos para debilitar a Carlos, pero a la vez desconfiaba de las verdaderas pretensiones del sultán Solimán.

En el palacio Público de Bolonia, Carlos de Austria y el papa Clemente VII acababan de dar buena cuenta de varios platos de carne y pescado acompañados de abundante cerveza y vino rojo del valle de Chianti.

—Santidad —habló Carlos—, la Iglesia no puede seguir consintiendo la actitud del rey Enrique de Inglaterra. Ha repudiado a mi tía Catalina, con la cual está canónicamente casado, y ha desobedecido todas las leyes que obligan a un católico a cumplir con los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

—Ya lo he condenado, don Carlos, ya lo he condenado —asentó el papa.

—No es suficiente. El reino de Inglaterra debe quedar en entredicho y su rey excomulgado. A ello obliga la ley de la Iglesia.

—En efecto, don Carlos, pero ¿habéis sopesado lo que eso significará?

—Por supuesto.

—Don Enrique es un hombre obstinado y soberbio. Ha decidido romper por completo sus relaciones con nosotros y no admite la autoridad del papa.

—El rey inglés ha sido persuadido por algunos de sus cortesanos pagados por Francia para que repudie a mi tía Catalina. Creen que con ello declararemos la guerra a Inglaterra y así Francia tendrá un aliado en el que apoyarse contra el Imperio —explicó Carlos.

—Lo sé, don Carlos, lo sé. Francisco de Francia os odia. Nunca olvidará que lo derrotasteis en Pavía y que lo mantuvisteis preso en Madrid durante meses. Ha jurado vengarse de vos y hará cuanto esté en su mano para veros derrotado —adujo el papa.

—Francia e Inglaterra han firmado una alianza secreta contra mí; lo sé. Y también sé que ambos harán todo lo que puedan para mi desgracia, ya sea maquinando alianzas con los protestantes alemanes o alentando a que en España se produzcan levantamientos contra mi autoridad. Estoy preparado para afrontar esa amenaza.

—Por cierto, ¿qué os parece Tiziano, el pintor que os recomendé?

—Es un artista excelente. A mi secretario De los Cobos, hombre entendido en arte, le gusta mucho. El retrato que me está pintando es soberbio. Este también saldrá en ese cuadro —dijo Carlos señalando a un enorme perro blanco que dormitaba a sus pies.

## TIEMPO DE MELANCOLÍA

*Barcelona, 22 de abril de 1533*

Tras dos meses de estancia en Bolonia, y tras haber intimidado al papa Clemente para que condenara al rey de Inglaterra por romper su matrimonio con Catalina de Aragón, el emperador viajó a Milán, donde dejó claro que, pese a las presiones de algunos nobles italianos, no tenía la menor intención de renunciar a la posesión de ese ducado.

De Milán se dirigió a Génova, donde Andrea Doria había fondeado la mayor parte de la flota imperial tras su exitosa campaña en aguas del Imperio otomano, y desde allí preparó el regreso a España. El emperador durmió en el palacio del almirante Doria, de cuyas paredes colgaban paños de oro y seda y magníficas pinturas.

Ardía en deseos de encontrarse con su esposa Isabel, a la que hacía cuatro años que no veía. ¿Cómo la encontraría después de tanto tiempo? ¿Y su heredero? Cuando se marchó, Felipe tenía dos años de edad, ¿cómo sería ahora que ya tenía seis?

Ordenó a su secretario particular que envira una carta a la emperatriz en la que le pedía que acudiera a Barcelona para reencontrarse allí tras aquellos cuatro años de separación. A la vez puso unas cartas, redactadas en la lengua de los catalanes, a las autoridades de Barcelona para que prepararan todo lo necesario para su próxima estancia en esa ciudad junto a la emperatriz y sus hijos. Y, por último, convocó Cortes Generales de la Corona de Aragón, a celebrar en la villa aragonesa de Monzón.

La embarcación que llevaba a Carlos de regreso a España batía las olas navegando de cabotaje por las costas entre Italia y España. Cada día recorría varias millas, para detenerse al caer la tarde en algún puerto y dormir en tierra firme. El día 21 atisbaron las costas españolas, y Carlos, a quien acompañaban el duque de Alba y el conde de Benavente, quiso poner pie en el condado de Rosellón, un dominio que reclamaba como suyo el rey de Francia, pero que pertenecía desde hacía siglos a los soberanos de la Corona de Aragón.

Eran casi las diez de la mañana cuando la nave capitana de la flota imperial entró majestuosa en el puerto de Barcelona.

Los *consellers* de la ciudad, avisados por un correo llegado desde Rosas, estaban formados en la playa de Barcelona con sus caballos ricamente enjaezados y vestidos como correspondía a su rango. Varios centenares de curiosos, enterados de la noticia,

se agolpaban agitando pañuelos y vitoreando al emperador.

Carlos saltó sobre la arena una vez que la galera imperial quedó varada sobre la playa. El *conseller en cap* se acercó respetuoso con el sombrero en la mano y le dio la bienvenida a Barcelona en nombre de todo el concejo de la ciudad.

A continuación se formó la comitiva y se dirigió en un improvisado desfile a la catedral, ante cuyo altar mayor el emperador se postró de rodillas y rezó dando gracias a Dios y a los santos por su regreso.

En el palacio real lo esperaba Isabel.

¡Dios, qué hermosa era! Habían pasado cuatro años y apenas había cambiado. Estaba todavía más atractiva, si cabe, que cuando se separaron, pues la maternidad había ensanchado sus caderas, modelado su cuerpo y endulzado su rostro.

Esa misma tarde, Carlos le hizo el amor.

—¡Cuatro años sin ti! ¡Todavía no sé cómo he podido soportarlo! —Carlos acariciaba el cabello rubio y ligeramente rizado de su prima y esposa.

—Supongo que has tenido poco tiempo para pensar en mí —dijo Isabel. Su piel blanca, de un tono casi lechoso, tenía la suavidad y el tacto de la seda y la textura y la calidez del terciopelo.

—No he dejado de pensar en ti un solo día; cada noche añoraba el momento de volver a verte y tenerte, así —Carlos la apretó en su pecho—, entre mis brazos.

Isabel miró a su esposo a los ojos. Ya no eran los de aquel hombre con el que se había casado en Sevilla, y con quien vivió meses de pasiones desbordadas y amores sin cuento en los palacios de Granada; los ojos del emperador estaban algo más apagados, algunas arrugas comenzaban a marcarse en los párpados y en la comisura de los labios. Unas canas salpicaban la negra barba con la que trataba de disimular aquel defecto cada vez más pronunciado de su mandíbula.

El emperador ya no podía mantener la boca cerrada; los dientes superiores no encajaban con los inferiores y el labio superior le caía dentro de la boca dibujando un gesto como de permanente contrariedad. Algunos decían entre susurros que parecía la cara de un bobo.

—Felipe ha crecido mucho. No lo conocerás.

—¿Dónde está?

—Lo traerán para la cena.

—Le concederé el collar de la Orden del Toisón de Oro, de la cual ya ha sido investido caballero; cuando yo falte, él será el gran maestro.

—También estará María.

—¿Cómo se encuentra la pequeña?

—Pronto cumplirá cinco años. Es una niña muy despierta y adora a su hermano mayor.

—Sentí mucho la muerte de nuestro hijo Fernando —dijo Carlos—. Ni siquiera pude conocerlo...

—Murió... —Los ojos de Isabel se ensombrecieron al recordar al pequeño



Fernando.

—Tendremos más hijos —asentó Carlos, que besó a su esposa, le acarició los pechos y tras sentir cómo se despertaba su virilidad, volvió a penetrarla derramándose de nuevo en su interior.

Aquellas semanas en Barcelona se asemejaron a los meses que pasaron en Granada. Carlos e Isabel hacían el amor casi todos los días, acudían a banquetes y fiestas, presenciaban justas y torneos en la plaza del Born, cazaban en los montes próximos a Barcelona, participaban en la educación de sus dos hijos e incluso dedicaban un par de horas cada día a despachar los asuntos del Imperio, de España y de América, de donde llegaban noticias de lo inmenso que era aquel nuevo continente, que se extendía hacia el norte y hacia el sur sobre selvas, praderas, desiertos y montañas hasta cubrir casi toda la longitud del meridiano de la Tierra.

Carlos envió una escuadra al norte de África para que quedara claro que no solo no temía al turco, sino que era capaz de retomar la iniciativa y combatir a los aliados de Solimán en las mismas costas de Argelia y Túnez.

En Inglaterra, el arzobispo Cranmer, primado de su Iglesia y metropolitano de Canterbury, había decretado la nulidad del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón aduciendo que dicho enlace nunca había ocurrido.

Carlos hubiera querido intervenir y dar un buen escarmiento a su tío, el rey Enrique, pero tenía tantos frentes abiertos que no podía atender a uno más. Se confortó al saber que en septiembre Ana Bolena dio a luz a una niña, a la que pusieron el nombre de Isabel. Enrique, desesperado ante la falta de un hijo varón, lloró amargamente y se sintió un rey maldito.

### *Zaragoza, fines de diciembre de 1533*

Las Cortes Generales de la Corona de Aragón, reunidas en la iglesia de Santa María de Monzón, ocuparon la atención del emperador.

Pero eran otros asuntos los que lo tenían más preocupado, como la humillación a que el rey Enrique de Inglaterra estaba sometiendo a Catalina, y, sobre todo, la enfermedad que durante todo el mes de junio afectó a Isabel, un nuevo acceso de fiebres tercianas que el médico Pablo Losantos trató con suma atención.

Llegó a Monzón desde Barcelona, pronunció el discurso de apertura de las Cortes a mediados de junio y regresó de inmediato al lado de su esposa enferma.

A comienzos de julio las fiebres de Isabel remitieron y se encontró mucho mejor. Carlos ordenó que se celebrara en la catedral de Barcelona una misa para dar gracias a Dios por la sanación de su esposa. Ya completamente restablecida, pero aún agotada por la enfermedad, Isabel se quedó en Barcelona mientras Carlos regresaba a Monzón para participar en las sesiones de las Cortes.

La asamblea se dilató mucho más de lo previsto. A fines de septiembre Carlos seguía en Monzón, donde los diputados a las Cortes alargaban las sesiones en interminables y estériles debates.

En aquellos días el papa Clemente VII y el rey Francisco I se entrevistaron en Marsella. El papa le regaló al francés un cuerno de unicornio de cinco palmos de largo colocado sobre una base de oro y le dijo que ese cuerno era un antídoto contra los venenos, pues si se colocaba sobre una mesa donde la comida y la bebida estuvieran envenenadas, estas no causaban ningún daño a los que las ingirieran. Por su parte, el rey correspondió al papa entregándole ricas joyas y un león muy manso.

Hastiado por la lentitud de aquellas reuniones, Carlos aprovechaba para resolver asuntos de las Indias, otorgar permisos a los conquistadores y ajustar la recaudación de rentas.

Un día, tras leer el último informe recién llegado de América, sintió la necesidad de escribir una carta a su hijo Felipe. Serían las primeras recomendaciones que le haría por escrito sobre cómo debía comportarse el heredero de los tronos de Castilla y de Aragón.

Tomó la pluma y el papel, pero no pudo trazar una sola letra. De nuevo aquellos pinchazos, la maldita gota otra vez... Pero no quería dejar pasar aquel momento y llamó a un secretario para que escribiera en su nombre:

—Querido hijo: esta carta no está escrita por mí —comenzó dictando al secretario—. Se han abierto unos pequeños agujeros en mis dedos que me impiden coger la pluma con mi propia mano...

El penúltimo día de diciembre se clausuraron las Cortes de Monzón. Carlos no esperó ni un solo momento y en cuanto se produjo la última intervención salió de la villa aragonesa camino de Zaragoza, en donde lo esperaba Isabel, que se había adelantado unos días. El último día del año, por la noche, el emperador durmió al lado de su esposa en el palacio de la Aljafería, donde viviera, quince años atrás y durante varios meses, con su abuelastra la reina Germana y donde naciera su primera hija, Isabel, a la que se seguía negando a reconocer como propia.

Mediado aquel otoño Francisco Pizarro entró en la gran ciudad de Cuzco y venció a los incas. Muchos soldados españoles aseguraron que el apóstol Santiago se apareció en aquella batalla sobre un caballo blanco combatiendo con su espada y aterrorizando a los peruanos. Francisco Pizarro se apoderó de un gran tesoro valorado en cien mil ducados; una de las vasijas de oro pesó dieciocho arrobas. Algunos soldados de Pizarro estaban tan ávidos de riquezas que saquearon todas las tumbas que encontraron en busca de oro.

En una acción arriesgada y plena de astucia, Pizarro logró que Atahualpa, el vencedor en la guerra, fuera condenado por idolatría y rebelión. El soberano inca fue ejecutado con garrote, pese a que le ofreció a Pizarro una habitación llena de oro que valía más de cuatro millones y medio de ducados. Decenas de libras de oro y de plata llegaron a España desde Perú, pero la administración del Imperio se había convertido

en una máquina de gastar tan grande que lo devoraba todo.

### *Castilla, primavera de 1534*

Los emperadores pasaron el Año Nuevo y las dos semanas siguientes en Zaragoza, y mediado enero partieron hacia Castilla por el camino del río Jalón. Discurrieron aquellos días del invierno por tierras de Medinaceli, Sigüenza y Guadalajara, pese al frío que asolaba los páramos helados.

Estaban juntos y volvían a ser felices. Recorrían los caminos día tras día, deteniéndose una noche en las villas pequeñas y tres o cuatro en las ciudades más grandes, seguidos por toda la corte, cuyos miembros, más de medio millar, buscaban acomodo donde podían: en posadas y casas de ricos, los nobles, y en establos, pajares y corralizas, los criados y sirvientes.

A mediados de febrero llegaron a Toledo, ciudad que gustaba mucho al emperador, pues consideraba que era el centro de España, lo que le otorgaba cierto valor simbólico. Allí permanecieron el resto del invierno y buena parte de la primavera reorganizando la Hacienda imperial, a la cual se remitían envíos de cuantiosas cantidades de oro y plata procedentes de las conquistas de Pizarro en el Perú. En algunas partidas llegaba tal cantidad de oro y, sobre todo, de plata que, ante tanta abundancia, el emperador tuvo que regular la acuñación de moneda en las cecas de Ávila y Burgos.

A fines de mayo viajaron a Madrid, en cuyas dehesas cazaron. Y de allí se trasladaron a Segovia y luego a Ávila, donde juró los privilegios de esa vieja ciudad orgullosa de sus poderosas murallas, sus abundantes iglesias y sus notables conventos. En la plaza del mercado asistieron a una corrida de toros, que contemplaron desde las ventanas de la casona de uno de los más ricos hombres de esa ciudad. Los toreros despacharon ocho toros bravos, a los que alancearon con tal maestría y destreza como nunca antes se había visto en aquella ciudad.

Siguieron ruta por Salamanca y Zamora hasta León, donde asistieron a la apertura de un arca que contenía los restos del venerado san Ildefonso. Las reliquias de este santo se custodiaban en la iglesia de San Pedro, y los reyes las contemplaron tras una misa que celebró el cardenal Tavera.

A fines de junio, tras pasar por Villalar, donde le explicaron a Carlos cómo había sido la victoria en la batalla decisiva contra los comuneros, ya estaban en Valladolid, la ciudad que se disputaba con Toledo ser el centro de la monarquía hispana del emperador.

—Tengo que ir a ver a mi madre a Tordesillas, ¿quieres acompañarme? — preguntó Carlos a Isabel.

—Como tú desees. Será una buena oportunidad para visitar a mi tía. Por lo que

me contó mi madre, ambas estuvieron muy unidas cuando eran unas niñas, aunque creo que eran muy distintas.

—Se llevaban tres años de edad, de modo que supongo que se contaron algunas confidencias de esas que habláis entre vosotras, las mujeres —añadió Carlos.

María de Castilla y Aragón, hija de los Reyes Católicos y madre de la emperatriz Isabel, se había casado con el rey Manuel I de Portugal, con el que primero lo había hecho su hermana Isabel; muertas ambas en vida del rey, este se volvió a casar por tercera vez, ahora con Leonor, sobrina de ambas e hija mayor de Juana la Loca y Felipe el Hermoso.

—Dicen por ahí que los Austrias os casáis siempre con familiares cercanos, pero no creo que se haya dado nunca un caso semejante al de mi padre el rey Manuel; se casó con dos hermanas y con una sobrina de ambas.

—Nuestros antepasados, los miembros del linaje del castillo del Halcón, no pertenecían a una familia poderosa, de modo que tuvieron que hacerse grandes mediante enlaces matrimoniales. Así fue como ganaron Borgoña, Flandes, Castilla, Aragón y el Imperio. Nuestra dinastía es ahora la más poderosa del mundo, y en buena medida se debe a los lazos familiares que hemos tejido desde hace tres siglos.

Isabel se incorporó del lecho. Tenía treinta y un años y había parido tres hijos, pero mantenía una figura esbelta y una majestuosa elegancia. Su rostro perfecto, su barbilla fina pero ligeramente redondeada, su nariz recta, su boca pequeña pero de labios sensuales, sus ojos verdes y su cabello rubio y rizado como el de su abuela Isabel la Católica le conferían un atractivo extraordinario.

Carlos la contempló desnuda, y su virilidad se despertó de nuevo.

—Acércate —le pidió.

—¡Vaya!, su majestad desea algo de mí.

—Acércate, vamos —reiteró Carlos.

Isabel se echó en brazos de su esposo y besó sus labios. Era complicado darle un beso, pero Isabel había aprendido a satisfacerlo.

Se amaron de nuevo, hasta la extenuación, y cayeron rendidos sobre el lecho de la alcoba principal del palacio real de Valladolid, donde se abrazaron como si no quisieran volver a separarse nunca más.

### *Tordesillas, junio de 1534*

En Tordesillas, Juana de la Cruz agonizaba. A sus setenta y cuatro años la madre de Pablo Losantos no había podido resistir más, y su vida se apagaba como la mecha de un candil al que se le ha acabado el aceite.

María Losantos, que seguía al lado de su madre, le escribió a Pablo una nota pidiéndole que fuera a Tordesillas para verla, quizá, por última vez. El médico obtuvo

el permiso del emperador y viajó todo lo rápido que pudo, pero cuando llegó ya era tarde. El día anterior habían enterrado a Juana en un camposanto en el exterior del monasterio de Santa Clara.

—No he podido llegar a tiempo —se lamentó Pablo ante la tumba de su madre.

—Murió en paz. Sus últimas palabras fueron para nosotros y para nuestro padre —explicó María a su hermano.

—Tú has vivido todo el tiempo con ella, ¿qué vas a hacer ahora?

—Tengo cuarenta y siete años... ¿Qué puede hacer una mujer como yo?

—Eres la mejor herbolaria que conozco. Ven conmigo a Valladolid. Necesito alguien que me ayude a preparar pócimas, jarabes y ungüentos.

—No sé...

—Nada te une ya a este sitio.

—Si al menos me dejaran acompañar a la reina Juana. Ese canalla de carcelero —María Losantos se refería al marqués de Denia— nos prohibió a madre y a mí que habláramos siquiera con doña Juana. Y nos amenazó en alguna ocasión con meternos en una celda si lo intentábamos siquiera.

—Razón de más para que dejes este lugar. Le pediré permiso al rey para que vengas a vivir conmigo. ¿De acuerdo?

—¿Y tu esposa? Tal vez no le agrade tener a una intrusa en su casa.

—Conoces a Leonor y sabes que te aprecia. Está de acuerdo en que vengas con nosotros; ya lo hablamos ayer en Valladolid.

—Está bien. Te lo agradezco, hermano.

—Estupendo.

Pablo Losantos consiguió el permiso del rey para que María abandonara el palacio de Tordesillas, y una semana más tarde ya estaba con él en Valladolid. No tardó ni un par de días en ponerse a preparar ungüentos y destilados de hierbas. Tras tantos años recluida en Tordesillas, la herbolaria comenzó a disfrutar de una segunda vida.

### *Valladolid, mediados de julio de 1534*

Mediado el mes de julio llegó a Valladolid la noticia de que se había detectado un brote de peste en Tordesillas.

—Todavía no es el momento de ir a Tordesillas a ver a vuestra madre, majestad. Ha habido varios muertos en esa villa por la peste, de modo que no conviene que viajéis hasta que remita del todo la epidemia —dijo Pablo Losantos. El médico personal del emperador había sido llamado para que lo informara de este asunto.

—Tengo que ver a mi madre, de modo que dadme una alternativa.

—Señor, ordenad que lleven a doña Juana a un pueblo cercano donde no haya

peste. La rei..., vuestra madre —corrigió Losantos— solo ha salido una vez del palacio de Tordesillas desde la derrota de los comuneros; fue hace poco y se limitó a dar un paseo por los alrededores del río Duero. Creo que sería muy bueno para ella dejar, aunque solo sea por unos días, Tordesillas.

—¿Sacarla de su palacio? —dudó Carlos, que no quería que su madre tuviera contacto con nadie que no fueran sus carceleros.

—Solo será mientras dure la peste; así podréis visitarla sin peligro de exponeros a la epidemia. —Pablo Losantos tuvo que morderse la lengua para no decirle al emperador que lo que estaba haciendo con su madre era una injusticia.

—De acuerdo; pensad en algún lugar.

—Mojados —dijo de pronto Losantos.

—¿Mojados?

—Sí, majestad, está a media jornada de camino al sur de Valladolid y a la misma distancia al este de Tordesillas.

—Mojados, ¿de qué me suena ese lugar?

—Allí fue donde os encontrasteis por primera vez con vuestro hermano don Fernando.

—¡Sí, claro, ahí fue donde conocí a mi hermano! Hace ya casi quince años de aquel encuentro. ¡Qué jóvenes éramos, don Pablo!

—Todavía lo sois, señor.

—¿Joven...? Sois un falsario adulador, Losantos. He cumplido treinta y cuatro años; a esta edad todo lo que venga después es un regalo de Dios.

—Tal vez...

—Mojados, ¿eh? Bien, iremos a Mojados; allí veré a mi madre. Vos vendréis con nosotros.

—Majestad, quiero agradeceros que hayáis permitido que mi hermana viniera a Valladolid conmigo. Me será de gran ayuda. Nadie conoce mejor que ella las propiedades curativas de la plantas.

—Pues decidle que prepare un remedio definitivo contra esta maldita gota y que lo haga antes de que vuelva a sobrevenirme un nuevo ataque.

Losantos inclinó la cabeza asintiendo ante los deseos del emperador.

### *Mojados, 20 de julio de 1534*

Juana de Castilla, la reina a la que muchos consideraban loca, aguardaba en el palacio del conde de la Patilla, del mayorazgo de Soto y Aguilar, un severo gran edificio de piedra de dos plantas al que se accedía a través de una puerta con un enorme arco de sillares sobre el que lucía un escudo de armas.

La comitiva imperial se acercaba a la villa de Mojados por el camino real de

Valladolid, en dirección al estrecho puente de piedra que cruzaba el río Cega, de amplio cauce pero escaso caudal. Sobre el caserío de tejados rojizos y paredes ocres destacaban las macizas torres de ladrillo y piedra de las iglesias de Santa María y de San Juan. Atravesó la calle Real, llegó a la plaza de Santa María y se detuvo ante la puerta del palacio del conde de Patilla, en cuyo interior, custodiada por varios guardias, se encontraba la reina Juana.

A la puerta del palacio, frente a la iglesia de Santa María, esperaba el marqués de Denia, el carcelero de Tordesillas, que se inclinó ante los emperadores. Junto a él estaban el conde de Patilla y los miembros del concejo de la villa de Mojados. La guardia imperial se desplegó cubriendo a sus majestades, que eran vitoreados por dos centenares de vecinos.

—Señor, señora, sed bienvenidos a mi casa, que es la vuestra —los saludó el de Patilla.

—Majestad, siempre a vuestro servicio —saludó el de Denia, la rodilla derecha en tierra.

El emperador saludó a los miembros del concejo de la villa, que se despojaron de sus sombreros e inclinaron sus cabezas.

Entraron en la casona y se dirigieron al patio, donde habían dispuesto unas sillas para el encuentro de Carlos con su madre. La reina, vestida de negro y sin otra joya que un collar de perlas, alzó la cabeza y vio a su hijo. Su rostro no dibujó una sola mueca.

—Madre —Carlos se acercó, tomó la mano de la reina y la besó.

—Señora —Isabel hizo lo mismo, doblando ligeramente una rodilla.

—Al alba han cantado las alondras —comentó la reina Juana.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó Carlos.

—Era un canto alegre, tal vez de un ave feliz que ha criado a sus polluelos y los ha visto volar por primera vez. Yo te enseñé a volar, ¿lo recuerdas?

—Sí, madre, recuerdo bien aquellos días en Flandes.

—Erais mis polluelos. Leonor, tú, Carlos, e Isabel; y luego vinieron Fernando, María y mi pequeña Catalina. Pero os fuisteis uno a uno y el nido quedó vacío.

—Tuvimos que construir nuestros propios nidos —alegó Carlos.

—Nidos reales. Seis hijos he tenido, y los seis son reyes y reinas, y tú, además, emperador; ¿qué otra madre en el mundo puede decir eso?

—Debéis estar orgullosa por ello —terció Isabel.

—Sí, lo estoy. Soy la reina de Castilla y de Aragón, ¿cómo no iba a estarlo? —apuntó Juana.

Carlos torció el gesto. No le gustó la forma en que hablaba su madre. En esos momentos no parecía una mujer inútil para gobernar un reino, sino todo lo contrario. Se mostraba lúcida, irónica y segura de sí misma. Carlos desconfió.

Esa misma tarde el emperador llamó a Pablo Losantos, que había acudido a Mojados con la comitiva real.

—Visitad a mi madre —le ordenó.

—¿Acaso está enferma, majestad?

—Sí.

—Lo haré, por supuesto.

Losantos no encontró en la reina Juana ningún síntoma de enfermedad. A sus cincuenta y cinco años, seis veces madre, pese a tantos sufrimientos, disgustos y desprecios, Juana de Castilla conservaba un vigor extraordinario.

Acabada la visita a la reina, Pablo se presentó ante el emperador, que departía con varios nobles sobre asuntos de caza.

—Acercaos, Losantos, acercaos —le indicó Carlos, a la vez que pedía a los nobles que los dejaran solos—. ¿Y bien?

—Vuestra madre se encuentra perfectamente de salud.

—¿Estáis seguro?

—Jamás he visto a una mujer de su edad con semejante fortaleza.

—Pues yo os digo que está enferma —asentó el emperador.

—Majestad, yo...

—Enferma de la cabeza. Por ello debe seguir recluida en Tordesillas, por su bien y su seguridad. Firmaréis un informe como médico de la corte en el que certificaréis que mi madre sufre alteraciones en su voluntad y que sigue carente de condiciones para gobernar estos reinos. ¿Me habéis entendido?

—Pero, señor... Me pedís algo que, que...

—Hablad claro, Losantos, que parecéis lelo con ese balbuceo.

—Creo que doña Juan está bien, también de su cabeza —asentó el médico apretando los puños.

—¿No me habéis escuchado bien? Haced ese informe, certificad que la cabeza de la reina no rige bien y presentádmelo mañana mismo. Podéis retiraros.

Pablo Losantos apretó los dientes y se inclinó ante el emperador, que se alejó al reencuentro con los nobles. Su corazón palpitaba como el de un caballo desbocado. El emperador le ordenaba que firmara un informe falso, que certificara que doña Juana estaba loca, que incumpliera el juramento que había profesado cuando recibió su título de médico en la escuela de Salerno.

Minutos después se le acercó un oficial de la secretaría de Estado.

—El emperador necesita vuestro certificado a primera hora de mañana. No lo olvidéis —le comunicó en un tono que sonó a seria advertencia, pero que Losantos entendió como una grave amenaza.

Tras dos días en Mojados, el emperador decidió regresar a Valladolid. Antes de partir le dio instrucciones al marqués de Denia para que acentuara la vigilancia sobre



su madre y le indicó que no permitiera que nadie, salvo una docena de personas elegidas, pudiera siquiera hablar con ella.

Un certificado médico firmado por Pablo Losantos ratificaba otros dictámenes anteriores en los que se resaltaba la incapacidad de Juana de Castilla para ejercer el gobierno de sus Estados. La mujer que le había transmitido la sangre y el linaje por los cuales Carlos era rey de las Coronas de Castilla y de Aragón debería regresar a Tordesillas en cuanto remitiera la peste y quedar encerrada en aquel palacio para siempre. Para siempre.

### *Palencia, principios de octubre de 1534*

Estando todavía en Mojados, Pablo Losantos fue informado de que la epidemia de peste había llegado a Valladolid, donde se estaban dando varios casos de contagio y donde algunos de los afectados habían muerto apenas tres días después de manifestar los primeros síntomas.

Losantos informó al emperador, que le pidió consejo sobre qué hacer. El médico le indicó que lo más prudente era abandonar Mojados y, sin pasar por Valladolid, trasladar la corte a la ciudad de Palencia, que estaba libre de la epidemia.

Así se hizo. A fines de julio los emperadores y sus hijos Felipe y María se dirigieron a Palencia, donde se instalaron en el palacio del Concejo, en la plaza del Azafranal, que era la más amplia y céntrica. Como no cabían todos los funcionarios de la corte en la pequeña ciudad de Palencia, muchos de ellos se instalaron en las aldeas más cercanas, apenas a una o dos horas de camino.

En la gran catedral de San Antolín asistieron a una misa solemne en la que el obispo rezó por el final de la peste; y en los siguientes días asistieron a juegos de cañas, al alanceamiento de toros —el propio Carlos participó en alguna corrida clavando él mismo varios rejonos a los astados— y a un torneo que se desarrolló en un descampado junto al río Carrión.

En aquellos días, la inestable tregua con el Imperio otomano se había roto. Barbarroja, el corsario al servicio de Solimán que acababa de ser nombrado almirante de la flota turca, atacó aquel verano posiciones imperiales en el norte de África y se apoderó de la ciudad de Túnez, cuyo gobierno estaba hasta entonces en manos del reyezuelo Muley Hasan, quien pese a su condición de musulmán era vasallo y aliado de Carlos y de la plaza de Argel. Y no solo eso, varias galeras corsarias realizaron una incursión en el puerto de Nápoles, y algunas naves de Barbarroja, antes piratas, pero ahora ya con la bandera verde con el creciente amarillo, la de combate de la armada otomana, desplegada en sus mástiles, llegaron hasta las aguas del estrecho de Gibraltar. Entre tanto, la flota imperial dirigida por Andrea Doria navegaba por el litoral de Grecia, de modo que las costas del Mediterráneo occidental quedaban

desprotegidas. Isabel, cuyos años de gobierno en España durante la ausencia de Carlos le habían conferido una gran experiencia política, aconsejó a su esposo que la armada abandonase las aguas de Grecia y se centrara en la defensa y protección del sur de Italia y de las islas y de las costas de España.

Carlos accedió a los consejos de Isabel, abandonó el plan de avanzar hacia oriente para centrarse en la defensa de occidente, decretó la movilización general de todas sus tropas en el Mediterráneo y ordenó que se construyeran veinte galeras y que se enviaran arcabuceros a los puertos de Barcelona, Valencia, Mallorca y Mahón para defenderlos de posibles ataques. Una guerra total estaba a punto de estallar.

Durante el resto del verano el emperador despachó diversos asuntos sobre el gobierno de sus reinos de España y, ante las noticias que llegaban de la nueva amenaza de los turcos, solicitó a las Cortes de Castilla, que convocó en Madrid para el día 20 del mes de octubre, que le proporcionaran más dinero para la contienda que ya se libraba en el Mediterráneo contra la flota de la Sublime Puerta.

Todo se complicaba de nuevo.

Una calurosa tarde de fines de septiembre, cuando el verano dio paso al tiempo del otoño, el emperador regresaba de una partida de caza de ciervos en unas tierras boscosas al sur de Palencia. Había alanceado a un magnífico macho y estaba eufórico. Tras cenar un buen pedazo de lomo asado con hierbas aderezado con salsa de arándanos y miel, Carlos le hizo el amor a Isabel derramando su semen dentro de su esposa en dos ocasiones.

A la mañana siguiente, al despertar, la emperatriz intuyó que había vuelto a quedar embarazada.

Pero la gravedad de los asuntos no admitía demora alguna.

—Majestad —el canciller Granvela se presentó contrariado ante el emperador en el palacio de la plaza del Azafranal—, malas noticias.

—¿Los turcos, otra vez?

—También ellos, señor, pero ahora se trata de esos herejes que se hacen llamar «anabaptistas». Se han hecho con el control de la ciudad de Münster, en el norte de Alemania, y han proclamado a esa ciudad como la nueva Jerusalén. Han hecho público un bando en el cual declaran a Münster ciudad libre de toda impureza y han atacado a los seguidores de Lutero, que o han sido apresados o han tenido que abandonar esa ciudad. El cabecilla de los anabaptistas, un panadero de Ámsterdam llamado Jan Matthys, fue muerto esta primavera en un enfrentamiento con tropas leales al obispo de Münster. Este orate profetizó que el pasado día 5 de abril se produciría el Juicio Final. Es evidente que se equivocó, pero sus seguidores mantienen su estela y han conseguido controlar el poder municipal. Pese a su fracaso, consideran que el tal Matthys, o Mateo, era una especie de reencarnación del juez Gedeón y del profeta Enoc.

»Lo ha sustituido como cabecilla de los herejes un sastre de nombre Juan de Leyden, quien se ha proclamado rey en una burlesca ceremonia en la que se ha

mostrado investido con las insignias de la realeza y en la que, a modo de un nuevo Jesucristo, ha dado la comunión en forma de pan y vino a sus secuaces y se ha erigido como único intérprete de la voz de Dios.

»Ha tomado trece mujeres como esposas y ha impuesto que sus ministros vistan un traje de color verde oscuro, con gorros blancos y un grueso anillo de oro, símbolos de la pureza y el amor, según dicen.

—¡Malditos fanáticos! —Carlos apretó los puños.

—Nuestros agentes en Alemania se han hecho con un panfleto de esos anabaptistas. ¿Puedo leeros unas frases? —le preguntó Granvela.

—Hacedlo.

—«... todo aquello que ha servido para los fines de la propiedad egoísta y privada, tal como la venta y la compra, el trabajo remunerado, la práctica del interés y de la usura, aunque sea a costa de los infieles, el hecho de comer y beber del sudor de los pobres (o sea, hacer trabajar al prójimo para provecho nuestro) y, en verdad, todo lo que es pecado contra el amor, todos esos males están abolidos entre nosotros por el poder del amor y la comunidad». Además, han proclamado que un hombre puede casarse con varias mujeres y asesinan a las que no lo consienten.

—Reformadores abducidos por Lutero, anglicanos seguidores de mi tío el rey Enrique de Inglaterra, ahora esos locos anabaptistas de Münster... Si la cristiandad sigue en esa deriva, el turco nos devorará de un solo bocado. Para vencerlos necesitamos de una nueva cruzada en la que los cristianos estemos unidos. Es preciso convocar esa cruzada, primero para librar de los turcos todo el norte de África y luego para liberar los Santos Lugares. Pero por ahora solo puedo contar para esa empresa con mis súbditos españoles..., y eso no es suficiente para derrotar a Solimán.

»Convocad al Consejo Secreto y al Consejo de Indias, alertad a la Suprema General Inquisición, que el Consejo de Hacienda disponga de lo necesario para el coste de la nueva cruzada y que se supriman todos los gastos extraordinarios.

El canciller indicó al secretario que tomara nota de todas las órdenes del emperador.

—Enseguida prepararemos las cédulas para vuestra firma, majestad.

—Y anotad también esto: que los armeros que hay en nuestras posesiones de América no enseñen a los indios el arte de fabricar armas de fuego, que las naves que se están construyendo estén bien aparejadas y dotadas de la marinería necesaria y las armas precisas para su buen funcionamiento, y que las órdenes de caballería, sobre todo la de Calatrava, colaboren en esta nueva cruzada.

—Todo eso costará mucho dinero a la Real Hacienda, majestad —indicó el canciller.

—Pues atended a ello y disponed lo necesario —zanjó Carlos la cuestión.

—El cónclave ha elegido nuevo papa a Alejandro Farnesio, un romano que ha

tomado el nombre de Paulo III —anunció el canciller.

A fines de septiembre había muerto el papa Clemente VII, y en Palencia el emperador esperaba con cierta inquietud el nombre del nuevo pontífice.

—No es una buena noticia —asentó Carlos, que había esperado que fuera otro el elegido.

—No, no lo es. Ese hombre siempre ha procurado la amistad de Francia. Tendremos problemas con él.

—Necesitamos dinero, más dinero —dijo Carlos.

—Las Cortes de Castilla que celebraremos en Madrid en unos días aportarán doscientos mil ducados, pero ni uno más.

—¿Y de América?

—No lo sabemos todavía, majestad. Don Francisco Pizarro asegura en su último informe que pronto enviará mucho más oro y plata procedente del imperio de los incas, pero no dice cuánto ni cuándo.

—Los turcos han desplegado una gran armada, y para resistir su inminente envite necesitamos barcos, armas y hombres. Eso cuesta mucho dinero. Además, hay que proceder de inmediato a reforzar las defensas de las costas de nuestro reino de Granada y las de Cataluña, Valencia, Mallorca, Nápoles y Sicilia. Con el almirante Andrea Doria al mando de la flota imperial y con la ayuda de don Álvaro de Bazán, tenemos a los dos mejores estrategas de nuestro lado, pero debemos procurar la alianza con los sanjuanistas de Malta, con el papa y con Venecia, o los turcos nos superarán en número y nada podremos hacer.

—Veremos qué dicen los procuradores en las Cortes de Madrid, majestad, pero si no llegan pronto oro y plata de América...

### *Madrid, otoño de 1534*

El 20 de octubre se inauguraron las Cortes en Madrid, y, como había calculado el canciller Granvela, los delegados de las ciudades castellanas y leonesas aprobaron una aportación de doscientos mil ducados para la guerra.

En su discurso de bienvenida en las Cortes, el emperador alegó que eran necesarios más fondos para sostener la contienda contra el turco, de cuyo resultado dependía el futuro de toda la cristiandad.

—¡Es insuficiente, insuficiente! —clamó Carlos ante los nuncios de las ciudades de Ávila, Segovia y Toledo, a los que convocó en el alcázar real de Madrid una vez acabada la primera sesión de las Cortes.

—No podemos aportar más, señor. Ciudades y villas estamos haciendo un enorme esfuerzo; eso es todo lo que tenemos. A los mercaderes y a los campesinos apenas les queda nada para el sustento de ellos mismos y de sus familias. Si se les exige más

dinero, pasarán hambre —alegó el procurador de Ávila.

—Y si no detenemos al turco, morirán bajo sus espadas o serán vendidos como esclavos en los mercados de Oriente —replicó el emperador.

—Majestad, estamos dispuestos a sostener los gastos de la guerra, pero no nos exigáis más de lo que podemos aportar. Nuestras arcas y nuestras despensas están vacías —terció el de Segovia.

—El estado de vuestros súbditos en estos reinos es ruinoso. Ni siquiera disponen los campesinos de mulas suficientes para labrar sus campos —alegó el de Toledo.

—En ese caso, prohibiremos que se utilicen mulas para uso de silla y mandaremos que se sustituyan por caballos —intervino el canciller.

—Esa será una buena noticia para los labradores, señor —adujo el de Ávila.

—Si los turcos desembarcan en nuestras costas, cualquier acuerdo que se apruebe en estas Cortes no valdrá para nada —dijo el emperador.

—El sultán ha nombrado al corsario Barbarroja almirante general de la flota otomana. Ese hombre es arrojado y es el único en el mundo capaz de enfrentarse a Andrea Doria. El año pasado tuvo la osadía de recorrer las costas de Cerdeña con siete de sus galeras y once fustas y galeotas retando a nuestra flota, saqueando la isla de Elba y atacando algunos convoyes en Sicilia. De allí partió a Constantinopla, la capital del turco que ahora llaman Estambul, para recibir el título de almirante mayor del sultán Solimán —explicó Granvela—. Barbarroja llevó como regalos leones de África y otras fieras, ricas joyas, vajillas de plata, cien camellos cargados de paños de seda y de telas bordadas en oro y cincuenta hermosísimas doncellas. Prometió al sultán que si le proporcionaba naves y soldados conquistaría España con la misma facilidad con la que sus antepasados conquistaron Marruecos. Ese es Barbarroja, un corsario despiadado que no dudará en sacrificar a cuantos cristianos se pongan en su camino y en esclavizar a nuestras esposas e hijas.

Los nuncios de las tres ciudades escuchaban al canciller pasmados de asombro y con cara de miedo.

—¿Tan cruel es ese corsario Barbarroja? —preguntó el de Segovia muy asustado.

—Os aseguro, señores, que no dudará en sacar los ojos y quemar en la hoguera a cualquier cristiano que sea apresado por sus hombres. Por eso necesitamos vencerlo.

—¡Parece el mismo diablo!

—Quizá lo sea. —El canciller siguió relatando las correrías que ese mismo verano había realizado Barbarroja—. Navegó por las costas de Italia al frente de una formidable flota de ochenta galeras con ochocientos jenízaros, los más feroces guerreros turcos, y ocho mil soldados. Para ello disponía de ochocientos mil ducados de oro que le proporcionó el sultán, cuatro veces más de lo que las Cortes de Madrid pretenden conceder al emperador. En esas rafias, Barbarroja apresó a varios cientos de cautivos cristianos, que se llevó a África tras saquear villas y aldeas, en las que dejó un reguero de muerte, sangre y destrucción. Ni siquiera los niños y los ancianos quedaron libres de la crueldad del corsario convertido en almirante. Luego, tras

saquear las costas de Italia, Cerdeña y Sicilia, se dirigió al norte de África y conquistó La Goleta y Túnez, donde entró victorioso a fines de agosto utilizando el engaño.

Los tres nuncios salieron apesadumbrados y temblando de pavor.

Varios días después de la apertura de las Cortes de Madrid, el canciller se presentó ante el emperador con otra mala noticia.

—Como temíamos y esperábamos, el rey de Francia ha pactado con Barbarroja —asentó Granvela.

—¿Estáis seguro?

—Sí, majestad. Nuestros agentes me acaban de informar de la reunión que un embajador del sultán enviado por Barbarroja tuvo en la ciudad de Marsella el pasado mes de agosto con un secretario del rey, y de cómo lo escoltaron hasta París, donde se entrevistó con don Francisco.

—Nunca debí confiar en la palabra de ese... bastardo, nunca —masculló Carlos.

—Necesitaríamos actuar cuanto antes contra Barbarroja —dijo el canciller—. Con vuestro permiso, he ideado un plan.

—Decidme.

El canciller se lo contó al emperador, que se mostró muy atento.

—De acuerdo —aceptó Carlos—, llamad a don Luis Presendes. Que venga enseguida. Tenemos una misión para él.

Mientras degustaba una jarra de cerveza, Luis Presendes, un genovés que actuaba como espía al servicio de Carlos de Austria, se presentó en el alcázar madrileño.

—Majestad, a vuestro servicio. Señor canciller...

—Sentaos —le indicó Carlos señalando una silla de tijera.

—Supongo que estáis al tanto de lo que está haciendo en el norte de África ese corsario apodado Barbarroja —dijo Carlos.

—Lo sé, majestad.

—Ha ocupado Túnez, y sabemos que está preparando un ataque a España. Debemos impedirlo. Vos sois un fiel consejero, tenéis inteligencia, conocéis el arte de la guerra y habéis vivido en Fez un tiempo, de modo que conocéis la región y sabéis hablar la lengua árabe. Sois el hombre adecuado para esta misión.

—Contad conmigo para lo que sea necesario, majestad.

—Será muy arriesgada; incluso peligrará vuestra vida.

—Está a vuestro servicio.

—Bien. Necesitamos saber de cuántas fuerzas dispone Barbarroja y cómo están dispuestas en África. Viajaréis a Túnez como espía y, además de enteraros de sus planes, procuraréis desbaratarlos usando todos los medios. Todos.

—Estoy a lo que dispongáis, majestad.

—Os lo agradezco, don Luis. Ahora escuchad al canciller; él os explicará el plan que vamos a desarrollar.

—Don Luis, os desplazaréis hasta Génova para entrevistaros allí con el almirante Andrea Doria, que coordinará esta operación. De allí iréis a Sicilia en un bergantín haciéndoos pasar por mercader. Lo cargaréis de mercancías valiosas y navegaréis hasta Túnez, donde os presentaréis como un comerciante ansioso de hacer negocios en esa tierra. Deberéis ganaros la confianza de Barbarroja, usad para ello vuestra habilidad, sagacidad e ingenio, que de las tres cosas tenéis en abundancia. Halagad a ese corsario, a sus familiares y a sus amigos cuanto sea necesario para ganaros su confianza.

»En la Hacienda real os librarán cinco mil ducados para aparejar ese barco con mercancías y la correspondiente tripulación. Quienes se embarquen con vos tendrán asegurado el rescate si resultan apresados. Con esas mercaderías compraréis la voluntad y la amistad de los más allegados a Barbarroja. En todo momento deberéis ocultar vuestra verdadera identidad y el motivo de vuestro viaje a Túnez.

»Toda comunicación que necesitéis enviar se transmitirá en cartas cifradas mediante un bergantín que cubre la ruta entre Túnez y Trapani y de cuya intendencia y provisión se encargarán los virreyes de Nápoles y de Sicilia.

—Vos, don Luis, cumplid con esta misión y seréis convenientemente recompensado. Podéis retiraros —añadió Carlos.

—Gracias, majestad.

El espía genovés se incorporó de la silla y agachó la cabeza ante el emperador, a la vez que se retiraba de la sala.

—Don Luis es un hombre astuto y de gran sagacidad. Ha sido una buena elección. Sabrá cómo llevar a cabo este plan —comentó el canciller.

—Eso espero, porque si lo descubren es hombre muerto.

—Tenemos que ganarnos al nuevo papa y alejarlo de la influencia de Francia —propuso el canciller.

—Le escribiré y solicitaré su ayuda contra Barbarroja, aunque dudo mucho de la disposición de ese Farnesio —dijo Carlos refiriéndose al nuevo papa Paulo III con cierto desdén y absoluta desconfianza—. Que nuestros espías en Roma y en París procuren enterarse de todo cuanto puedan sobre la relación de don Francisco y el papa Paulo y que me mantengan informado de manera permanente.

—De inmediato, majestad.

Carlos se levantó y se acercó a la ventana mirando hacia la amplia dehesa que se extendía al oeste de Madrid, donde solía cazar algunos días.

—¡Cuarenta ducados! Ni que fuera su costurera la mismísima Virgen María —exclamó Carlos de pronto.

—¡Qué!

—¡Cuarenta ducados de oro! Esa es la cantidad que he tenido que pagarle a mi sastre esta misma semana —protestó el emperador.

—Don Jorge es el mejor sastre de Madrid.

—¡Cuarenta ducados!, con ese dinero casi se puede armar un regimiento.

Se clausuraron las Cortes de Madrid. Carlos solo pudo conseguir los doscientos mil ducados para poner en marcha su guerra; ni uno más.

Estaba desesperado; si no conseguía más fondos, sus planes para liquidar a Barbarroja y acabar con su permanente amenaza estarían condenados al fracaso. En aquellos fríos días de finales del otoño pensó incluso en clausurar la expedición a Túnez, renunciar a su recuperación y dejarla definitivamente en manos de Barbarroja y los turcos. Ni siquiera las órdenes militares de Alcántara, Calatrava, Santiago y San Juan respondieron con entusiasmo a su llamada para librar una guerra total contra el turco, la que sería la última y definitiva cruzada.

Cuando parecía resignado a abandonar sus planes, algo inesperado alteró por completo la situación.

—¡Al fin! —El canciller Granvela apretó junto a su pecho la carta que tenía en sus manos; se levantó de su mesa en el despacho que ocupaba en el alcázar de Madrid, ordenó que prepararan su caballo y salió a toda prisa hacia la dehesa.

Carlos de Austria había pasado la mañana cazando y en ese momento descansaba en el pabellón de caza, una enorme tienda circular, fabricada en fieltro y decorada con los colores y emblemas de los reyes de Castilla.

—¡Don Nicolás!, ¿qué ocurre? —preguntó el emperador cuando vio llegar a su canciller acelerado y sofocado, pero sonriente.

—Magníficas noticias, majestad, magníficas.

—Decidme, vamos, pronto.

—Majestad, majestad... —Granvela tomó aire. A sus cincuenta y dos años mantenía un buen estado físico, pero había corrido demasiado sobre su caballo y todavía jadeaba por el esfuerzo—, la flota de Indias ha llegado a puerto. El capitán Francisco Pizarro ha enviado en ella... —El canciller volvió a tomar aliento— ¡un millón de ducados! ¡Un millón, majestad!

—Parece que ya no tendré problemas para pagar a mi sastre —ironizó el emperador.

—Y hay más. Dice don Francisco en su carta que se necesitan muchos esclavos para cultivar las tierras y extraer oro y plata de las ricas minas del Perú, y os pide que permitáis el envío de cuantos hombres sea posible. Asegura que puede garantizar una remesa de unos trescientos millones de maravedíes cada año.

—Lo haremos; le enviaremos esclavos si es preciso para trabajar en esas minas, pero reiterad la orden por la cual nadie podrá marcar con hierro candente a sus esclavos como si fueran cabezas de ganado. Y movilizaremos las tropas de inmediato.

—Antes deberéis autorizar que se acuñe la suficiente moneda de oro y de plata para que los soldados puedan recibir su paga.

—Disponed que se reclute al menos a ocho mil soldados en Castilla, aunque sean inexpertos; que se movilice a otros ocho mil lansquenets alemanes; que estén dispuestos los tercios españoles en Italia; que se envíe la suma necesaria para que se



arme un ejército en Flandes de modo que estemos preparados en esa región por si al rey de Francia se le ocurre aprovechar nuestra campaña en África para atacar los Países Bajos; y que los príncipes de Alemania guarden lealtad.

—Lo haremos, majestad.

—El próximo verano entraremos en Túnez —asentó Carlos.

Con el dinero enviado por Pizarro desde América, lo aprobado por las Cortes de Castilla, otros ochocientos mil ducados provenientes de préstamos de banqueros alemanes, genoveses y castellanos, algunos fondos aportados por la Iglesia y las órdenes militares más los impuestos sobre la seda de Granada, se reunieron dos millones de ducados, suficientes para que el emperador ordenara que comenzara a congregarse la flota de guerra en Barcelona.

### *Valladolid, enero de 1535*

Desde que regresara de Palencia, Pablo Losantos no había recibido ninguna llamada del emperador. El médico había vuelto a Valladolid, en cuya casa ya estaba instalada su hermana María.

—Creo que he caído en desgracia ante el emperador —les confesó a su esposa y a su hermana.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Leonor.

—Hace varios meses que no recibo una sola indicación suya.

—¿A qué crees que se debe? —le preguntó María.

—El pasado verano, en Mojados, me dijo que su madre estaba enferma y me ordenó que la visitara. Lo hice, comprobé que el estado de salud de la reina doña Juana era excelente y así se lo hice saber, y entonces...

—¿Qué? —Se inquietó Leonor.

—Me obligó a firmar un documento en el que yo tenía que certificar la locura de la reina.

—¿Y lo hiciste? —demandó Leonor.

—Claro que lo hice. Un oficial me amenazó, tuve miedo y firmé que Juana de Castilla no tenía capacidad mental para ejercer el gobierno. ¡Dios! —Losantos se echó las manos a la cara y rumió su vergüenza.

—Hermano, hermano, no te atormentes, ¿qué otra cosa podías hacer? ¿Negarte a cumplir su orden y enfrentarte a la voluntad del emperador? No pudiste hacer otra cosa.

—Esa mujer...

—¿La reina? —supuso Leonor.

—Sí, doña Juana, la reina legítima de Castilla, no está loca, no lo está. Al contrario, es una mujer lúcida, inteligente, y creo que si se lo permitieran, y ella se

atrevierá a dar el paso, sería capaz de gobernar estos reinos mejor que su hijo.

—Si alguien te escucha decir esas cosas, no solo perderás el favor del rey, sino la libertad, e incluso algo más —intervino María Losantos—. He conocido bien a doña Juana. Madre y yo estuvimos con ella muchas veces y compartimos largas charlas en la sala grande del palacio de Tordesillas hasta que el marqués de Denia nos prohibió seguir con esas conversaciones. Doña Juana no está loca, querido hermano, tienes razón en ello, pero nunca hará nada en contra de su hijo, el emperador. Nunca. Pudo ser libre e incluso pudo recuperar el gobierno de Castilla cuando los comuneros ocuparon Tordesillas, la liberaron y le pidieron que se pusiera al frente de un nuevo gobierno. Pero no lo hizo, calló y no encabezó la revuelta contra don Carlos. De haberlo hecho, tal vez los comuneros se hubieran impuesto y ahora todo sería muy diferente.

—Quizá, pero no hay marcha atrás. No obstante, don Carlos recela de su madre. Creo que le tiene miedo, de modo que ha incrementado la vigilancia sobre ella y su aislamiento en Tordesillas. Por eso me obligó a firmar ese certificado falso.

—¿Qué vamos a hacer? —Se inquietó Leonor.

—Nadie me impide ejercer como médico y estoy apuntado en la cofradía de médicos de esta ciudad; seguiré en Valladolid atendiendo a los pacientes que demanden mis servicios. Además, desde que estás con nosotros, querida hermana, se ha corrido la voz de que la mejor herbolaria de Castilla trabaja en mi consulta, por lo que no nos faltarán clientes.

—Pese a tu optimismo, creo que van a correr malos tiempos —sentenció María.

### *Madrid, principios de marzo de 1535*

La actividad en la cancillería del emperador era frenética. Todos los días los secretarios y escribanos copiaban y despachaban cartas a ciudades y nobles de todos los reinos y Estados de Carlos para que acudieran en primavera con tropas, armas y barcos a Barcelona, y se unieran a la gran expedición que se estaba formando contra Barbarroja y el turco.

Se convocaron unas nuevas Cortes de Castilla y León para recaudar más dinero y se dio orden de fortificar los puertos que pudieran ser objetivo del ataque de los corsarios berberiscos.

Lo mantenía en secreto, pero Carlos había decidido encabezar personalmente la expedición contra Barbarroja y, antes de partir de Madrid camino de Barcelona, procuró pasar todo el tiempo posible junto a Isabel y sus hijos Felipe y María. La emperatriz estaba embarazada de cinco meses y ya mostraba una prominente barriga.

Acababan de hacer el amor en la alcoba principal del alcázar real. Isabel, a sus treinta y dos años, mantenía su espléndida belleza y su grave serenidad, que le

otorgaban un atractivo como de diosa griega, inalcanzable para cualquiera que no fuera el emperador, el César.

—En unos días partiré hacia Barcelona —dijo Carlos.

—Me gusta esa ciudad. ¿Llevaremos a Felipe y a María con nosotros? —le preguntó Isabel.

—Iré solo. Voy a dirigir personalmente la armada contra el turco.

—Pero...

—Es necesario que los soldados vean a su emperador al frente de esta empresa.

—Iré contigo.

—No. Es muy peligroso. Debes quedarte en España como gobernadora de estos reinos. Si a mí me pasara algo en esta expedición, si... muriera, eres tú quien debe mantener nuestro linaje y defender los derechos de nuestro hijo Felipe al trono. Debes hacerlo.

—De nuevo separada de ti... ¿Cuánto tiempo permanecerás fuera de España esta vez? —le preguntó Isabel—. No quiero estar lejos de ti otros cinco años.

—Mi ausencia será solo por unos meses. Nuestro cuarto hijo nacerá este verano —Carlos acarició el vientre de su esposa—; para entonces espero que hayamos liquidado a ese Barbarroja y destruido sus nidos de piratas. Volveré antes de que lleguen los primeros fríos a Madrid.

—Podría acompañarte... Felipe quedaría bajo la tutoría del Consejo del Reino. Nadie discutirá sus derechos a la Corona.

—No. En tu estado de embarazo sería peligroso y podrías perder al niño. Además, nadie mejor que tú para quedarse al frente de los reinos de España y para gobernarlos en mi ausencia. Ya lo has hecho en la anterior ocasión, y muy bien.

—No vayas a esa guerra, por favor, no vayas. Envía a tus mejores generales, a Andrea Doria, a Antonio de Leyva, al duque de Alba...

—Tengo que ir. No solo soy el rey de las Españas, también soy el emperador, el soberano del Imperio cristiano. Esta no es una guerra más, es una cruzada, quizá el comienzo de la última, y el emperador católico debe estar al frente del ejército de Dios. Así lo dicen las profecías que corren sobre mí y así lo cantan los poetas.

—Y si fracasas y mueres..., ¿qué será de mí?

—Te juro que volveré.

—Un emperador debe cumplir su palabra.

Carlos abrazó a su esposa. ¡Era tan bella!

—Cuando el embajador que fue a pedir tu mano a Lisboa en mi nombre regresó tras conocerte, me dijo que eras la mujer más hermosa del mundo. Te describió de tal manera que pasé todo el tiempo pensando en tenerte cuanto antes a mi lado. Procuraba imaginar cómo serías; todas las noches, antes de quedarme dormido, miraba tu retrato.

—¿Y cuando me viste en Sevilla por primera vez...?

—Pensé que el embajador se había quedado corto al describir tu hermosura, y que

era el hombre más afortunado del mundo por casarme con la mujer que superaba en belleza a la mismísima diosa Venus..., si es que alguna vez existió esa deidad tal cual la pintan y la esculpen los artistas.

—No te expongas en la guerra. Y vuelve, vuelve.

—Esta mañana he dictado testamento...

—¡Oh!

—Es lo que se debe hacer ante una situación de riesgo. He ordenado al guardajoyas imperial que custodie las gemas que os he regalado a ti y a nuestros hijos. Tu secretario particular guarda el inventario. Quiero que sepas que dejo todos mis reinos, dominios y posesiones de España y de la Casa de Austria a nuestro hijo y heredero Felipe, y que te nombro regente y tutora hasta que alcance la mayoría de edad.

—¿Y el Imperio? —le preguntó Isabel.

—En derecho, y aunque hace años que esa dignidad recae en nuestra familia, los Austrias, la corona imperial no es hereditaria. Son los siete grandes electores quienes designan al emperador.

—Pero entonces...

—Hace años, poco antes de que yo viniera a España para sentarme en los tronos de Castilla y de Aragón, nuestro abuelo el rey Católico hizo un primer testamento en el cual designaba como rey de Aragón y de toda su Corona a mi hermano Fernando, su favorito. Mi abuelo no me conocía, ni siquiera nos vimos una sola vez. En cambio crio a mi hermano como si fuera su propio hijo, lo educó a su modo, lo llevó consigo siempre que pudo y lo forjó a su imagen. Fernando nació en España durante un viaje de mi madre la reina Juana, y aquí se quedó, con mi abuelo, cuando mi madre regresó a Flandes.

»Si aquel primer testamento no hubiera sido modificado en mi favor en el último momento, justo un día antes de que el Católico muriera, yo sería rey de Castilla y de León por herencia de mi madre doña Juana, y archiduque de Austria por la de mi padre don Felipe, pero no sería ahora el rey de Aragón, y probablemente tampoco emperador...

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Isabel—. ¿Por qué cambió nuestro abuelo su testamento el último día de su vida?

—El Católico tenía un médico de su total confianza que lo acompañó casi toda su vida. Se llamaba Pedro, Pedro Losantos...

—¿Losantos...?

—Sí, era el padre de don Pablo, mi médico privado. Ese tal Pedro, a quien llegué a conocer, convenció a mi abuelo para que modificara su testamento en el último instante y cambiara el nombre de Fernando por el mío como heredero y soberano de la Corona de Aragón. También tuvo mucho que ver en ello don Adriano de Utrecht, quien fuera mi preceptor en Flandes y luego mi principal consejero.

—¡Oh!, entonces...

—Sí, probablemente yo soy rey de Aragón gracias al padre de Pablo Losantos, un judío toledano que se convirtió con toda su familia al cristianismo para no tener que exiliarse de España.

—No —sentenció Isabel.

—¿No? —se extrañó Carlos ante la actitud de su esposa.

—Tú eras el heredero legítimo de Aragón, y eso no se puede alterar, de ninguna manera. Ni siquiera lo puede cambiar un rey.

—¿Por qué dices eso?

—¿Olvidas que además de tu esposa soy hija de un rey, nieta de un rey y madre de un futuro rey? Sé bien que las mujeres no pueden reinar en Aragón, pero transmiten la sangre real, y tu madre, doña Juana, te ha transmitido la sangre de la casa real de Aragón, de la que eres legítimo sucesor como su primogénito.

—Además de la mujer más hermosa del mundo, eres inteligente y sabia.

Carlos besó a Isabel, que se acurrucó a su lado, descansando su cabeza sobre el pecho del emperador, la posición que tanto le gustaba, pues así se sentía protegida, amada, segura.

El 2 de marzo amaneció despejado y frío. Un helador viento del norte barría las calles de Madrid bajo un límpido y brillante cielo azul como el cristal. La sierra se despertó completamente nevada, y las montañas se recortaban como un cartón blanquísimo perfilando el horizonte celeste.

La guardia imperial permanecía formada a un lado de la explanada que se abría delante del alcázar, un vetusto edificio impropio de la residencia de un emperador, una mezcla de caserón destartado y fortaleza en ciernes. Al otro lado se alineaban mil quinientos hombres de armas, la caballería pesada con jinetes y caballos forrados de placas de hierro, una fuerza de choque formidable capaz de arrasar a cualquier enemigo en una carga en campo abierto.

El canciller Nicolás de Granvela y el secretario de Estado Francisco de los Cobos, los dos consejeros de la máxima confianza del emperador, aguardaban pacientes a su señor. Enterados a última hora de que el propio Carlos encabezaría la armada, ambos intentaron disuadirlo, aunque en vano. Los dos lo acompañarían en esta campaña de Túnez concebida como una verdadera cruzada. De los Cobos, con su cruz roja de comendador de la Orden de Santiago sobre el pecho, lucía una enigmática sonrisa; se sabía el hombre más influyente del Imperio tras el emperador, por encima incluso del propio canciller.

Carlos salió a la puerta del alcázar acompañado por su esposa la emperatriz Isabel, que llevaba de la mano a sus hijos Felipe y María. El emperador la abrazó y la besó en el rostro, inclinando su cabeza de manera protocolaria, como indicaba la etiqueta de corte cuando los soberanos se mostraban en público; ella dobló ligeramente la rodilla.

—Cuida de tu madre y de tu hermana —le dijo Carlos a su hijo Felipe, de casi ocho años de edad, cuya fisonomía denotaba su origen Habsburgo por sus ojos, la forma del rostro y un incipiente prognatismo, aunque de ninguna manera tan exagerado como el que desfiguraba la mandíbula inferior de su padre.

El pequeño príncipe miró con orgullo a su padre vestido como generalísimo del ejército y listo para iniciar una guerra.

—Lo haré, señor —respondió Felipe serio y formal, como si fuera uno más de los guardias de la escolta.

—Y tú, María, pórtate bien y obedece cuanto te diga mamá.

—Sí, señor —respondió la niña, que se abrazó a su padre y no pudo evitar que sus ojos se inundaran de lágrimas.

—Volveré. Ya ardo en deseos de amarte de nuevo —le susurró al oído Carlos a su esposa para que nadie pudiera escucharlo.

A una indicación del emperador, montado en su caballo enjaezado, el capitán de la escolta dio la orden de partir hacia el noreste por el camino real de Aragón.

### *Barcelona, mediados de mayo de 1535*

Un mes. Justo un mes fue el tiempo que tardaron Carlos y su escolta en recorrer las trescientas ochenta millas entre Madrid y Barcelona.

Una tras otra fueron cubriendo las etapas del camino: Alcalá de Henares, Guadalajara, Medinaceli, Calatayud; se detuvieron una semana en Zaragoza, donde Carlos volvió a reclamar a los aragoneses más dinero para sus empresas militares, Pina, Fraga, Lérida, el monasterio de Montserrat y un par de días en Molins de Rey para cazar; el sábado 3 de abril, tras realizar una comida, el emperador entró en Barcelona acompañado por los *consellers*, que se habían acercado hasta Molins para recibirlo.

Desde el palacio real mayor, donde residieran en sus estancias en Barcelona todos los reyes de la Corona de Aragón, Carlos de Austria dirigía a sus notarios, secretarios y consejeros en la ardua tarea de organizar la expedición contra Barbarroja.

Aquella mañana de mayo el horizonte oriental clareaba bajo unas nubes añiles. A esa hora ya había luz suficiente como para poder distinguir el rostro de los viandantes. El emperador, que había ordenado que ese día se mostrara todo el ejército expedicionario, llegó montado sobre su caballo al exterior de la puerta de Perpiñán, que algunos llamaban de San Daniel, de siete codos de anchura y protegida por dos torreones poligonales de piedra, tras escuchar misa de maitines en el cercano convento de Santa Clara.

A la explanada al exterior de la muralla, frente al mar Mediterráneo, comenzaron a llegar los regimientos y compañías convocados para el alarde.

Carlos de Austria, erguido sobre su caballo, contemplaba la formación de las tropas, que ofrecían en su honor aquel desfile. El emperador vestía armadura completa de gala, aunque con la cabeza descubierta y sin cimera, para que todos vieran su rostro; portaba una maza dorada en la mano y al cinto ceñía la espada, símbolo de su poder.

Durante al menos una hora fueron acudiendo todas las tropas, hasta que quedaron formadas en la explanada llamada de la Laguna, junto al mar.

—Formidable —le dijo Carlos a Francisco de los Cobos.

—Un gran ejército, mi señor —añadió el secretario de Estado.

—Estos hombres están preparados; partiremos hacia Túnez dentro de dos semanas —precisó el emperador—. ¿Están ya listos todos los documentos que os dicté anteayer?

—Sí, mi señor —afirmó De los Cobos—. La emperatriz ha sido ratificada como regente de los reinos de España mientras vuestra majestad esté fuera; los nobles y las ciudades han sido avisados de vuestra inminente marcha a Túnez y notificados de la regencia de doña Isabel; don Hernando Colón recibirá el abono que se acordó con él, y se ha autorizado, como ordenasteis, que se puedan llevar esclavos, con vuestra licencia, al Nuevo Mundo; solo en este mes se han concedido más de dos mil autorizaciones.

»¡Ah!, y anoche llegó una carta de don Francisco Pizarro anunciando que se ha acabado la conquista del imperio del Perú y que ha fundado una ciudad en la costa del océano Pacífico a la que ha llamado Ciudad de los Reyes, en vuestro honor y el de vuestra esposa, en una comarca que los indígenas del lugar llaman Lima. También se ha autorizado la construcción de barcos en los puertos del mar del Sur.

—¿Y el marqués de Cañete?

—Ya ha sido avisado para que se ponga a las órdenes de la emperatriz.

Un jinete llegó al galope ante el emperador.

—Majestad, el ejército está formado y en orden; espera vuestras órdenes.

—Que comience el alarde.

Tras transmitir la orden con las banderas de señales, se inició el desfile. Las compañías de arcabuceros, piqueros, ballesteros, los escuadrones de caballería ligera y los hombres de armas de la caballería pesada, cada uno tras sus banderas y estandartes, pasaron ante Carlos inclinando sus insignias ante el César.

En uno de los escuadrones de caballería, un jinete rompía la formación provocando cierta confusión entre sus compañeros. El emperador lo vio, espolé a su caballo y se dirigió hacia él ante el asombro de todos los presentes. Al llegar a su altura, Carlos de Austria alzó su maza dorada y le dio un golpe en la cabeza.

Regresó a su lugar de presidencia en el alarde y comentó:

—No hay cosa más difícil que gobernar bien un escuadrón de caballería.

El duque de Alba, que acompañaba al emperador junto con otros nobles y señores, se quedó con la boca abierta.

Bajo los rayos del sol, las armaduras brillaban de tal modo que aquellos soldados, muchos de ellos curtidos en guerras libradas en media Europa, veteranos en batallas contra los herejes, los franceses y los turcos, parecían invencibles.

—El día del Corpus todo el ejército deberá estar embarcado —ordenó el emperador.

—El 27 de mayo, majestad —precisó De los Cobos.

—Y no quiero a bordo de ninguna nave ni mujeres ni muchachos demasiado jóvenes ni gente inútil e incapaz de pelear; que todos lo sepan.

—Sí, majestad.

Acabado el desfile, Carlos regresó al palacio real escoltado por guardias españoles y alemanes, arqueros a caballo con libreas amarillas y fajas de terciopelo morado, con sus coseletes, celadas y lanzas con gallardetes rojos en la punta, y pajes a caballo que portaban todas las armas del emperador: la celada, la lanza de combate, la rodela, la jineta, el arco, el carcaj con las flechas y el arcabuz. Y tras ellos centenares de caballeros y nobles equipados con sus armas y vestidos con sus mejores galas.

### *Barcelona, 30 de mayo de 1535*

Dos días antes de embarcar hacia Túnez, Carlos madrugó mucho para visitar el monasterio de Montserrat, ante cuyo altar oró, se confesó y comulgó porque era muy devoto de la Virgen. Esa misma tarde regresó a Barcelona cansado pero confortado tras recorrer las siete leguas que separaban la ciudad del monasterio.

El emperador asistió a la misa dominical en Santa María del Mar a las diez de la mañana. Desde ese templo se dirigió a la playa de Barcelona en compañía de su cuñado el príncipe Luis de Portugal y de varios altos señores.

Miles de barceloneses, aprovechando que era domingo, se agolpaban en la playa y vitoreaban al emperador rogando a Dios que le concediera la victoria contra los turcos.

Carlos respondió a los vítores alzando el brazo hacia la multitud y subió a bordo de la nave capitana de la flota imperial, que mandaba Andrea Doria. Su nombre era La Bastarda. Tenía veintiséis bancos y cuatro filas de remos recién dorados y adornados con los emblemas imperiales. Sobre su borda ondeaban veinticuatro banderas de damasco amarillo con el escudo imperial, un enorme pendón en la popa de tafetán carmesí con tres crucifijos dorados y más escudos del emperador, una bandera blanca con cálices bordados, llaves de san Pedro y cruces de san Andrés, y otros dos estandartes con el lema *Plus Ultra*, y tres estandartes carmesíes, uno con un gran crucifijo en el centro flanqueado por las figuras de san Juan y de la Virgen María, otro con la Virgen y el Niño Jesús en sus brazos y el tercero con la figura de



san Telmo. Y muchas banderas con lemas en latín: «Gastará y quebrará el arco, quemará con fuego los escudos de armas»; «Toma las armas y el escudo y ven en mi ayuda»; «Envió Dios su ángel, que te guarde en todos tus caminos»; «Señor, muéstrame tus caminos»; «El fuego irá delante de él».

En verdad que la flota parecía invencible. Allí, sobre las olas del Mediterráneo, también estaban fondeadas las naves enviadas por el rey de Portugal: veinte carabelas bien armadas en torno al enorme y famoso galeón que muchos decían que era el barco más grande del mundo y sobre cuyas cubiertas los jóvenes caballeros portugueses formaban con sus lucidos uniformes, cada uno con el color de su escuadrón, y los arcabuceros con sus libreas en verde y blanco.

Destacaban las veintidós galeras del almirante Andrea Doria, tan bien artilladas y aparejadas que no había quien no las considerara las mejores embarcaciones de guerra de todos los mares. Estaban enramadas, tanto que parecían jardines flotantes, y en las cubiertas sonaban músicas de chirimías, clarines, tambores y trompetas. Varias decenas más de galeras se alineaban en torno a la playa, y tras ellas otras tantas decenas de naves de transporte en las que se habían embarcado caballos, pertrechos, armas y alimentos para el ejército. Las naves portuguesas saludaron al emperador con disparos de salvas de arcabuces, a las que respondieron las demás con otras salvas. Los marineros comenzaron entonces a agitar las banderas y gritaron «Imperio, Imperio» y «España, España».

Era tal la cantidad de caballeros e infantes que querían participar en aquella empresa que no todos pudieron embarcar, pues no había espacio suficiente en las naves para tantos como lo demandaban, y hubo que despedir a algunos, que se quedaron al borde de la playa apesadumbrados.

El emperador entregó a Andrea Doria, almirante general de toda la flota, su bandera de combate y la de Portugal en presencia del canciller, el secretario de Estado, el duque de Alba, el duque de Calabria y el conde de Benavente.

### *Mar Mediterráneo, costa de Túnez, junio de 1535*

La formidable armada imperial zarpó de las playas de Barcelona y enfiló rumbo al este navegando por altamar. A comienzos de junio hubo algunos días sin apenas viento, de manera que hubo que impulsar las naves a base de la fuerza de los remeros. En cada puerto donde recaló en las islas de Mallorca y Menorca, el emperador oyó una misa.

Desde Menorca, ya con viento favorable, navegaron a vela hasta Cerdeña, en cuyo puerto de Cagliari se unieron a la flota varias decenas de navíos, cuatro de ellos enviados por el papa, y veintidós mil soldados alemanes, italianos y españoles veteranos de las guerras de Italia, que se sumaron a los doce mil que habían zarpado

de Barcelona.

Carlos estaba muy excitado, y en Cerdeña, mientras se aparejaban las últimas galeras, salió de caza. Abatió a un jabalí a orillas de una laguna y, al alancearlo desde su caballo, se sintió mucho mejor, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Aquella noche escribió una carta a su esposa reiterándole cuánto la amaba y cómo la echaba de menos.

El lunes 14 de junio, a las nueve de la mañana, toda la armada largó velas y zarpó rumbo a Túnez. Con viento de popa, a primera hora de la tarde del día siguiente avistaron las costas de África y fondearon frente a las ruinas de Cartago, la gran ciudad que combatiera a Roma antes de ser conquistada y destruida por dos veces por los dos Escipiones.

Desembarcaron y se estableció una férrea posición defensiva en un promontorio de la costa, desde donde se observaban los movimientos de los corsarios, algunas de cuyas naves habían sido vistas merodeando por los alrededores.

En la galera capitana, Carlos de Austria convocó a sus almirantes y generales a un consejo de guerra.

—Señores, el tiempo empeora, debemos tomar una decisión y de prisa —propuso el emperador—. Don Andrea, vos sois el almirante general de la flota, ¿cuál es vuestra opinión?

—Necesitamos mantener abierta la ruta marítima hacia Italia para que lleguen las provisiones, pues si los corsarios lograran cortar la vía de suministros estaríamos abocados al desastre. Hemos embarcado demasiados hombres; si seguimos consumiendo alimentos como hasta ahora, en algunas naves habrá que racionarlos, por eso debemos ocupar un puerto seguro cuanto antes, y ese no es otro que La Goleta.

—Tenemos trescientos barcos —el emperador repasó un informe que le acababan de pasar sobre la composición de la flota imperial—: sesenta urcas y naos flamencas, cuarenta galeones, cien naos españolas, veinticinco carabelas portuguesas, otras tantas de Andalucía, ciento cuarenta y cinco galeras de combate del papa, de la Orden de Malta, de Génova, de Sicilia y de Nápoles, y varios escorchapines, bajeles, bergantines, fragatas y galeotas... Y treinta y tres mil soldados: españoles, alemanes, italianos, flamencos y borgoñones. Podemos ocupar cualquier puerto o ciudad que se nos antoje.

—La Goleta está defendida por cien barcos, y al menos doscientos cañones apuntan al mar desde sus murallas; no será fácil rendir esa plaza —predijo Andrea Doria.

—En ese caso debemos actuar con toda rapidez, antes de que puedan fortificarse más. Mañana desembarcaremos en La Goleta y la tomaremos. Dad las órdenes a todos los capitanes de todas las naves y a los comandantes de los regimientos.

—Majestad, vuestra presencia en esta empresa es un acicate para los soldados. Os ruego que visitéis a cuantos podáis...

—Lo haré hoy mismo —aceptó el emperador.

—Debemos mantener la disciplina y el orden entre las tropas. He revisado algunas naves personalmente y, a pesar de que vuestra majestad prohibió que embarcaran mujeres en esta flota, hay varios centenares de ellas, quizá más de mil.

—¿Prostitutas? —demandó Carlos.

—Algunas sí, majestad, pero otras dicen que son mujeres enamoradas que quieren acompañar a sus esposos y amantes.

—Localizad a todas esas mujeres y enviadlas de vuelta a Italia.

—Por lo demás, se está actuando con toda severidad ante cualquier síntoma de indisciplina. Hace dos días hubo que condenar a cuatro soldados porque pretendían provocar un motín.

—¿Qué se ha hecho con ellos?

—Como medida de magnanimidad, se decidió que dos fueran ejecutados y los otros dos condenados a galeras.

—¿Y cómo se ha resuelto eso?

—Se lo jugaron entre ellos a los dados —dijo Andrea Doria.

—¿Se jugaron su vida?

—Sí. Uno de los dos que perdieron la partida ha sido ejecutado en la horca; el otro, como era de condición hidalgo, ha sido degollado primero y luego colgado al lado de su compañero. Los que ganaron el sorteo han sido enviados a galeras.

Carlos frunció el ceño, pero aceptó lo que se había hecho con aquellos condenados. Enseguida ordenó que se desplegara en la popa de su galera una bandera con un enorme crucifijo bordado y habló con muchos grupos de soldados, los animó con arengas y soflamas, desembarcó en Cartago e inspeccionó el puesto de control ubicado en una torre de la costa ocupada esa misma mañana. Les prometió que aquella cruz los llevaría a la victoria.

Aquella misma tarde el emperador recibió un macabro regalo. Dentro de una caja estaba la cabeza de Luis Presendes, el espía que Carlos había enviado a Túnez para enterarse de los planes de Barbarroja, y uno de sus hombres de mayor confianza. Un morisco que acompañaba a Presendes lo había delatado ante el almirante corsario, y este lo había decapitado inmediatamente y quemado su cuerpo en el exterior de los muros de Túnez.

—¿Qué día es hoy? —le preguntó el emperador a su secretario de Estado, aunque lo sabía perfectamente.

—24 de junio, día de San Juan Bautista —dijo De los Cobos.

—Tal día como hoy, san Juan Bautista fue decapitado por orden de Herodes, como don Luis ha sido degollado por Barbarroja. Enteraos de quién lo ha delatado; pagaré por ello.

## *Londres, 6 de julio de 1535*

El rey Enrique aullaba como un lobo solitario. Vestía un traje amarillo y un sombrero con una pluma blanca, un símbolo de soltería con el que quería indicar que nunca había estado legalmente casado con Catalina de Aragón. Con grandes zancadas, iba y venía de lado a lado de la sala mayor del palacio, con las manos a la espalda. De vez en cuando se detenía frente a una tabla colgada en la pared, en la que había pintada una imagen de Cristo crucificado, colocaba los brazos en jarras y maldecía su mala suerte.

—¡Un hijo varón vivo! ¡Un varón! ¿Era tanto pedirte un hijo? —Se dirigía a la tabla, y volvía a recorrer la sala como un león enjaulado y furioso.

—Todavía puedo darte un hijo —terció Ana Bolena, su segunda esposa, la única capaz de hablarle cuando el rey se mostraba tan enojado.

—El papa, ese maldito bastardo... Dice de mí que soy un hereje, un desordenado, un desvariado... A mí, que he escrito un libro que condena la herejía de Lutero, que he sido el mayor protector de la Iglesia en Inglaterra, a mí.

—Calmaos... —susurró Ana Bolena, que también llevaba un sombrero con una pluma blanca.

—¡Que me calme! ¿Cómo voy a calmarme si ese condenado papa dice que vos, mi querida esposa, me habéis hecho perder el juicio, el temor de Dios y la vergüenza del mundo? En una carta me recriminó severamente porque decía que yo vivía amancebado con vos, mi señora Ana —los dos reyes se trataban con las fórmulas protocolarias de rigor siempre que había miembros de la corte presentes, como era el caso—. Yo, el rey de Inglaterra, amancebado... Ese hijo de Satanás me ha condenado como adúltero y hereje contumaz, y me ha excomulgado.

—La Iglesia de Inglaterra os ha proclamado su cabeza, ¿qué más da lo que diga el obispo de Roma? —demandó Ana, ante el silencio temeroso de los cortesanos que asistían atónitos al estallido de ira de su rey.

—El papa intenta que mis súbditos se rebelen contra mí, su señor natural. Ha logrado que mi amado Tomás Moro se ponga de su lado y me haya abandonado.

—Tomás Moro ha sido condenado a muerte por traición a la Corona —le recordó Ana a Enrique.

—Tomás, mi querido Tomás... A esta hora ya habrá sido ejecutado.

Enrique VIII estaba en lo cierto. Tomás Moro, amigo del rey y canciller de Inglaterra, fue decapitado por el hacha del verdugo en la Torre de Londres después de haberse negado a reconocer a su rey como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Antes de morir citó unos versículos de los Hechos de los Apóstoles: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres», proclamó que encaraba la muerte con fe en la Iglesia y pidió a los que asistieron a su ejecución que rezaran por el rey.

La ejecución de Moro, un hombre íntegro e inocente, desató una oleada de indignación en toda la cristiandad. Era, se decía, el hombre más inteligente, honrado

y dulce de Inglaterra. A la ejecución de Tomás Moro siguieron otras, entre ellas la del obispo Fisher, cardenal de la Iglesia romana.

Los católicos ingleses echaron la culpa de cuanto estaba ocurriendo en el reino a Ana Bolena, a la que llamaron «la puta de ojos saltones» y «la concubina real».

Tras la decapitación de Moro, el rey Enrique proclamó y reiteró su apoyo a su esposa en público, pero en privado comenzó a distanciarse de ella. Ana no volvería a quedarse embarazada y pronto caería en desgracia.

### *Tordesillas, julio de 1535*

La reina Juana pidió ver a su marido. Luis de Sandoval, el nuevo marqués de Denia, la miró asombrado. El carcelero de la reina acababa de sustituir a su padre Bernardo de Sandoval, fallecido dos meses antes.

Había heredado el título y la responsabilidad, y tenía el mismo encargo del emperador: nadie debía hablar con la reina. El nuevo mayordomo de la casa de Juana de Castilla estaba dispuesto a cumplir a rajatabla todas las instrucciones del rey, y en el poco tiempo que llevaba al frente del palacio de Tordesillas había demostrado una enorme capacidad de control, más si cabe que su propio padre.

—Señora, vuestro esposo está muerto —replicó el joven Denia ante la petición de la reina.

—Lo sé, ¿acaso creéis que estoy loca? Quiero ver su cuerpo.

—No puede ser.

—Os ordeno que me llevéis ante su cuerpo —insistió Juana.

—No tengo autorización para...

—¿Autorización? Yo soy Juana de Castilla, dueña y señora de estos reinos, hija de don Fernando y de doña Isabel. Soy vuestra reina.

—Pedís algo que no puede ser, señora.

—¿Dónde está el cuerpo de mi esposo? —preguntó Juana.

—En Granada. Vuestro hijo, nuestro señor don Carlos, así lo ordenó.

—Lo sabía. Sabía que os lo habíais llevado de aquí. Sois un bastardo.

—Señora, solo se han cumplido las órdenes de su majestad el rey. Vuestro esposo descansa ya y para siempre en Granada.

—¡Maldito bastardo! —La reina se encaró con el joven marqués de Denia.

—Señora, os recuerdo que mi padre don Bernardo de Sandoval desciende de uno de los más altos linajes de la nobleza y que mi madre era Francisca Íñiguez, prima hermana de vuestro padre el rey Católico. De modo que vuestra majestad y yo somos primos segundos.

—Dudo que haya una sola gota de mis antepasados en vuestras venas.

—Pues la hay, señora, la hay. Y os ruego que mantengáis la calma o, siguiendo las

órdenes del emperador y las facultades que me ha otorgado, me veré obligado a recluirlos en una alcoba hasta que entréis en razón. —La amenaza del de Denia no era vana—. Fuera espera vuestro confesor. Le diré que pase.

—No —asentó la reina.

—Es la hora de vuestra confesión —insistió el de Denia.

—No. No voy a confesar.

—Señora...

—No he cometido ningún pecado, ninguna falta. No me confesaré.

—Debéis hacerlo.

—¿Me encerraréis en una celda si no me confieso? ¿O tal vez ordenaréis que me torturen por negarme a ello? ¿Os atreveréis a cometer semejante infamia?

—Como queráis, señora. Si habéis decidido ir por vuestro propio pie al infierno, eso es cosa vuestra.

El marqués de Denia dio media vuelta y salió de la sala. Juana sonrió creyendo haber obtenido una pequeña victoria.

### *La Goleta, 16 de julio de 1535*

La flota estaba dispuesta y los soldados preparados para el gran ataque. Hacía un mes que había llegado a las costas de Túnez, y tras establecer una posición fortificada en las ruinas de Cartago, se había procedido a asediar La Goleta, tal cual había planeado Andrea Doria. Dominar esta posición, a dos millas de Cartago y a cinco de Túnez, justo en la embocadura de la bahía, era fundamental para controlar el puerto y la navegación por esa costa.

Las noticias que llegaron aquellos días de España y de Alemania hicieron dudar a Carlos sobre la conveniencia de que él estuviera en África dirigiendo personalmente aquella expedición y se planteó si seguir allí o retirarse y dejar la campaña de Túnez en manos de sus generales.

En Castilla acababa de nacer su cuarto hijo, una niña a la que bautizaron con el nombre de Juana, pues nació el mismo día de San Juan, y cuyo parto había dejado muy débil a la emperatriz.

Y en la ciudad de Münster los anabaptistas, tras gobernarla tiránicamente durante un año, habían sido masacrados por una coalición de príncipes y comerciantes alemanes. El cabecilla de los anabaptistas, unos visionarios que predicaban que un hombre pudiera tener muchas mujeres, fue apresado y ejecutado junto a varios de sus fanáticos seguidores en medio de pavorosos tormentos, y su cadáver quedó dentro de una jaula colgado de la torre de la iglesia de San Lamberto. Los habitantes de Münster fueron pasados a cuchillo.

Entre tanto Carlos dudaba sobre qué hacer, el rey Muley Hazam de Túnez lo

visitó y ratificó su vasallaje. El emperador decidió al fin quedarse en África al frente de sus tropas y salió a observar las fortificaciones de La Goleta, que habían sido reforzadas recientemente. El rey de Túnez, que lo acompañaba en la inspección, le informó de que el rey de Francia había avisado a Barbarroja de la llegada de la armada imperial, y que por eso las habían reparado a toda prisa, además de proveer esa plaza con tropas, galeras armadas, artillería, municiones y acopio de víveres.

Barbarroja, preocupado de que Andrea Doria dirigía la flota imperial, aceleró las obras y utilizó cautivos cristianos para reforzar las fortificaciones. El antiguo corsario, nombrado almirante de la flota otomana, no paraba de proclamar bravatas para levantar la moral de sus hombres, amedrentados a la vista del poder y la determinación de la armada del emperador. Para defender La Goleta disponía de siete mil infantes turcos, ochocientos temibles jenizaros, siete mil arqueros, otros siete mil lanceros y ocho mil jinetes ligeros.

En los días previos al asalto, el emperador dio muestras de valor colocándose en varias ocasiones al frente de escuadrones de piqueros, a pie, protegido el pecho con su coselete de acero, y su lanza en mano. Carlos actuó con toda determinación y cortó de tajo cualquier atisbo de indisciplina; incluso ordenó quemar a un fraile porque estaba haciendo traición.

Durante tres semanas se libraron escaramuzas y pequeñas batallas en los alrededores de La Goleta, y algunos soldados españoles cayeron muy malheridos bajo las flechas de los turcos, que disparaban unas saetas con puntas en forma de flor, lo que dificultaba su extracción una vez que se clavaban en la carne.

Una bala de cañón se incrustó en la tierra al lado de la tienda del emperador y quedó intacta. Cuando la recogieron comprobaron que tenía grabada la flor de lis del rey de Francia, de modo que tuvieron claro que los franceses habían suministrado armas y municiones a los hombres de Barbarroja.

Los muros de La Goleta estaban reforzados por cuatro enormes torreones en las cuatro esquinas de la muralla, y se defendían desde el mar por un estrecho canal que iba desde el puerto hasta la ciudad de Túnez, por donde podían recibir suministros.

El emperador, que tuvo que soportar un nuevo ataque de gota durante los días del asedio, dio orden al fin de iniciar el asalto. Fue el gigantesco galeón de Portugal el primero en acercarse a los muros y comenzar el bombardeo con su pesada y poderosa artillería. Ochenta bocas de fuego grandes y medianas y sesenta pequeñas iniciaron las andanadas. Protegidos por los disparos del galeón, dos escuadrones de veteranos alemanes e italianos y uno de soldados españoles bisoños desembarcaron y se lanzaron al asalto de los muros de La Goleta.

Las coronelías, los regimientos de piqueros organizados años atrás por el Gran Capitán, se dirigieron hacia un foso de media milla de largo que no se había acabado de excavar por completo. Los soldados se dividieron en tres tercios, cada uno de ellos bajo las banderas de Santiago, san Jorge y san Martín.

Durante varias horas los cañones bombardearon las fortificaciones de La Goleta

desde el mar y desde la tierra, hasta que el emperador, viendo abatidos algunos muros y con brechas abiertas en ellos, dio la orden de asalto.

Montado sobre su caballo, ordenaba el avance de sus tropas y arengaba las cargas de los regimientos incitándolos a que no cedieran un paso y siguieran adelante. Antes de iniciar el ataque final había prometido que entregaría cuatrocientos ducados al primer soldado imperial que entrase en La Goleta, trescientos al segundo y doscientos al tercero, y que lo haría cada año como una renta de por vida.

Los moros respondieron con cargas de su infantería, entre cuyos soldados había algunas mujeres armadas con espadas y arcabuces, y reaccionaron con alaridos y gritos. Una densa nube de polvo se elevó sobre el campo de batalla. Algunos soldados de la vanguardia de la infantería imperial fueron rodeados y decapitados por los moros, y sus cabezas llevadas a La Goleta, donde algunas mujeres se pintaron el rostro con la sangre de los caídos.

El emperador puso pie en tierra y cogió un arcabuz. Habitado a disparar ballestas y arcabuces desde muy pequeño, y con enorme puntería, que había ejercitado en numerosas partidas de caza, la presencia de Carlos entre sus soldados levantó el ánimo de los tercios.

Tras hablar con el canciller Granvela, Carlos recorrió el frente de las posiciones de sus tropas y las arengó para la carga. A una orden de trompeta, las banderas de los tres tercios, Santiago en vanguardia, San Jorge en medio y San Martín a retaguardia, se alzaron entre el humo, el polvo y el viento, y siete mil infantes se lanzaron a la carrera y con toda su furia hacia las brechas abiertas en las murallas. Sobre una loma de arena podía verse a un fraile franciscano que bendecía a los atacantes con la mano derecha mientras sostenía en alto un crucifijo en la izquierda.

Los soldados de las primeras filas, sobre todo los veteranos españoles, portaban escalas de madera. Muchos de ellos llevaban cintas atadas en su brazo, y algunos se habían acicalado de tal manera que más parecía que acudían a un torneo que al encuentro con la muerte en una batalla letal. Desde tierra, centenares de soldados corrían hacia los muros de La Goleta, y acometieron las brechas con tanta decisión, coraje y valor que el emperador, un poco más atrás, exclamó:

—¡Oh, mis valientes soldados!, ¡mis leones de España!

Una cerrada descarga de balas y metralla disparada desde unas baterías servidas por artilleros turcos barrió a los primeros imperiales en entrar por una gran brecha en un muro. Una compañía de italianos se detuvo, dubitativa, y otra de españoles se refugió al abrigo de dos torreones semiderruidos.

El emperador, viendo que aquellos soldados titubeaban y que el asalto podía frustrarse, se acercó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Adelante, mis leones de España, adelante!

Al ver al emperador arengándolos desde tan cerca y con tanto riesgo para su vida, reforzaron su ánimo, perdieron el miedo y se lanzaron a la carga entre los disparos de los turcos, que no dejaban de tronar desde el interior de La Goleta.



Como una marea incontenible, los soldados de los tercios entraron por todos los portillos, brechas y aberturas horadadas por la artillería en las murallas.

Desbordados por todas partes, los turcos presentaron una feroz resistencia, pero fueron arrasados, y muchos de ellos comenzaron a retirarse y a huir hacia el interior de la ciudad abandonando sus armas para correr más ligeros. Varios centenares de turcos se agruparon en una plaza, y allí fueron rodeados y cayeron muertos. Otros alcanzaron la playa e intentaron la fuga en todo tipo de embarcaciones e incluso a nado, pero se apretaban unos contra otros de tal manera que ellos mismos caían al agua y se ahogaban aplastados por sus propios compañeros.

Los españoles persiguieron a los que huían por tierra durante un par de millas, y abatieron a muchos hasta que quedaron exhaustos por el calor que hacía.

Poco después de las dos de la tarde, sobre los muros de La Goleta comenzaron a alzarse los estandartes de los tercios y a agitarse banderas y gallardetes en señal de victoria. La Goleta estaba en manos de Carlos.

Más de diez mil moros y turcos habían caído en la batalla, entre ellos doscientos jenízaros, los únicos que no abandonaron sus puestos de combate y lucharon hasta la muerte. Los moros que lograron huir se refugiaron en la cercana ciudad de Túnez, entre ellos el alcaide turco de La Goleta, un antiguo cristiano que se había convertido al islam y que había dejado abandonados hijos y esposa en la isla de Mallorca.

El emperador, cansado pero feliz, sudando por el calor y el peso de su armadura y sus armas, se quitó la cimera de combate. Miró los muros conquistados, observó sus estandartes ondeando al viento y, con lágrimas en los ojos, recitó en latín unos versos del libro de los Salmos:

—*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*

«“No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria”, es el lema de los caballeros templarios», pensó el canciller tras escuchar aquellas palabras del emperador.

Carlos se retiró a su pabellón y se despojó de su equipo de combate. Estaba exhausto, le temblaban las piernas y tenía el cuerpo empapado en sudor.

—Una gran victoria, majestad —lo felicitó el canciller Granvela.

—Una victoria del cielo —apuntó Carlos.

—Esta batalla se recordará por los siglos de los siglos.

—Averiguad quiénes han sido los tres primeros soldados en entrar en La Goleta y hacedles llegar los ducados que les prometí.

Al cabo de un rato, mientras Carlos reponía fuerzas comiendo una bandeja de carne asada y daba cuenta de una botella de vino de Calabria, el canciller le trajo una cuartilla donde estaban anotados los nombres solicitados.

—Estos son: Miguel de Salas y Andrés del Toro, naturales de la ciudad de Toledo, el alférez Gaitán de Jaén, el alférez Mendoza de Carrillo, Juan de Béjar, Pedro de Ávila, el capitán Diego de Isla, un tal Fuensalida y el alférez Hernando de Vargas —leyó Granvela.

—¿Nueve? Deberían ser solo tres. ¿Cómo es eso? —demandó el emperador.

—Nuestros soldados han entrado por diversos portillos y brechas a la vez, por eso son varios los que reclaman su primacía y la recompensa. Y no hay forma de saber quiénes fueron en verdad el primero, el segundo y el tercero.

—Dejadme ver esa lista.

Granvela se la entregó al emperador.

—Veamos: Fuensalida y Mendoza recibirán doscientos cincuenta ducados de por vida cada uno, Alonso del Toro doscientos, y Miguel Navarro, Miguel de Salas, Juan de Béjar, Diego de Isla y Herrera...

—Hernando, majestad —corrigió el canciller.

—... Hernando y Gaitán, cien cada uno.

—Eso supone cuatrocientos ducados más de lo prometido.

—Sí, pero hemos ganado una gran batalla, y así todos estarán contentos.

—Un juicio digno del rey Salomón, majestad —apuntó Granvela.

—¿Ya tenéis un inventario de lo apresado en La Goleta?

—Lo está haciendo don Francisco de los Cobos; lo tendrá listo mañana.

—En un par de horas entraré en La Goleta; decidles a mi cuñado el príncipe de Portugal y al rey de Túnez que deseo que me acompañen, y también el duque de Alba y el conde de Benavente —indicó Carlos.

—Enseguida, majestad.

—Y comunicad a todos los capitanes de los tercios que ordenen a sus soldados que descansen cuanto puedan esta noche, pues pasado mañana saldremos a la conquista de Túnez.

—¿Pasado mañana, señor? Pero si los soldados están agotados...

—Sí, pasado mañana. Barbarroja ha logrado escapar y se ha refugiado en Túnez. Mientras ese pirata ande suelto, ni nuestros barcos navegarán en calma por las aguas del Mediterráneo ni nuestras ciudades costeras estarán tranquilas. No podemos darle ni un instante de respiro.

Al día siguiente el secretario de Estado presentó un informe con el botín logrado tras la toma de La Goleta. No era mucho. En el arsenal y en los puestos artilleros hallaron trescientas piezas de artillería de todos los calibres, municiones y balas, muchas de ellas con la flor de lis del rey de Francia, arcabuces, arcos turcos, ballestas, carcajes llenos de flechas y virotes, y decenas de barriles de pólvora; en el puerto requisaron cuarenta y dos galeras de una gran factura, con mazonería estofada en oro y maderas exquisitamente labradas, entre ellas la magnífica galera capitana de Barbarroja, construida en las atarazanas de Estambul y de un porte enorme, cuarenta y cuatro galeotas, fustas, bergantines, veintisiete naves de carga y otras embarcaciones menores.

Pero para satisfacción del emperador, el morisco que había delatado a Luis Presendes resultó capturado cuando intentaba salir de la bahía a bordo de un bergantín. El delator, una vez identificado, fue atado a la cola de un camello y

arrastrado por tierra. Todavía respiraba cuando sus cuatro extremidades fueron sujetadas a las colas de cuatro camellos que, azuzados por sus conductores, arrearon en cuatro direcciones opuestas descuartizando al morisco en pedazos.

### *Túnez, 21 de julio de 1535*

Ni siquiera se habían cumplido tres días desde la toma de La Goleta cuando el emperador ordenó dirigirse al asedio de la ciudad de Túnez. Diez millas, unas cuatro horas de marcha, separaban La Goleta de Túnez, pues el terreno era arenoso y con abundantes bajíos, y además apenas tenían caballos para transportar la artillería, que debía ser cargada a hombros por los propios soldados.

El calor se hacía insoportable, sobre todo dentro de las armaduras y yelmos con los que se protegían los soldados imperiales. El sol calentaba el acero de tal manera que tenían que colocarse paños en el interior para evitar quemaduras si el metal entraba en contacto con la carne. Además, los pozos de agua con los que se suministraban los imperiales o estaban secos por el estío o contaminados.

Bordeando la bahía, en la que entraron algunas galeras y barcas para suministrar agua y municiones al ejército desde el mar, los imperiales avanzaron hacia Túnez entre los olivares. En cabeza formaban dos cuerpos de cuatro mil infantes cada uno, con los veteranos españoles de las guerras de Italia en la vanguardia, protegidos por piqueros y arcabuceros, y entre ambos la artillería con trescientos cincuenta hombres de armas, tras el estandarte del emperador. Luego formaban seis mil piqueros alemanes y la caballería ligera. Por fin, en la retaguardia, cerraban un cuerpo de infantería con los soldados menos expertos y, al lado, el rey de Túnez con un escuadrón de lanceros moros.

El emperador, con la espada en la mano y siempre sonriente, recorría sobre su caballo todos los flancos animando a sus soldados a seguir adelante y a soportar el calor y las dificultades. Repetía una y otra vez que Dios estaba con ellos, y que se iba a cumplir su voluntad.

Barbarroja supuso que el calor y la falta de agua acabarían debilitando al ejército de Carlos y supuso también que, si aguantaban un par de días, los imperiales no tendrían más remedio que retirarse. Cortar el suministro de agua a los sitiadores era fundamental para el corsario, de modo que Barbarroja, al enterarse de que sus enemigos marchaban hacia Túnez, ordenó que varios regimientos de sus hombres salieran de la ciudad para defender los pozos de agua.

Decidió proteger los pozos con todos sus hombres, a los que arengó citando a Mahoma y a Dios, y los exhortó a luchar hasta el final. Antes de salir de Túnez ordenó que, si era vencido por el emperador, todos los cautivos cristianos fueran volados con cargas de pólvora.

Salió Barbarroja de la ciudad sobre su caballo entre las tropas turcas, moras y jenízaras, y se dirigió hacia la costa de la bahía por donde se acercaban los imperiales.

A mitad de camino entre La Goleta y Túnez los moros comenzaron a disparar con su artillería sobre los imperiales y se lanzaron con arcabuces y lanzas contra ellos emitiendo enormes alaridos.

Los soldados de Carlos cerraron filas en vanguardia, gritaron «¡Santiago, Santiago!», y cargaron con ímpetu. El duque de Alba dirigió una carga de la caballería ligera, cubierta por una rociada de arcabucería que arrasó las primeras filas de la infantería de los moros. Los piqueros alemanes embistieron contra los turcos que se habían escondido entre los olivares y los ahuyentaron, consiguiendo hacerse con los pozos de agua, en los cuales encontraron algunos cadáveres que los turcos habían arrojado antes de huir para contaminarlos.

El agua calmó la sed y el calor de los imperiales, que de no haber ocupado los pozos hubieran tenido que retirarse, pues el aire era tan caliente que parecía como de fuego, y muchos de los soldados estaban a punto del desmayo. El propio emperador tenía la boca tan reseca del calor y del polvo que ni siquiera pudo escupir.

Barbarroja, derrotado, se refugió en Túnez, y aquella noche evaluó la situación tan desfavorable. Reunió a sus consejeros y capitanes en la mezquita mayor. Algunos propusieron asesinar a todos los cautivos, que eran más de veinte mil y suponían un grave problema, pero se opuso a esa masacre un consejero judío llamado Zinam, hombre muy respetado por Barbarroja, cuyas recomendaciones siempre atendía.

Al amanecer se descubrió que muchos tunecinos habían abandonado la ciudad aprovechando la oscuridad de la noche, entre ellos numerosos soldados. No pocos de los huidos eran los guardias encargados de vigilar a los cautivos, que quedaron sin vigilancia y aprovecharon para liberarse de las mazmorras y hacerse con armas y pólvora, enfurecidos, pues habían escuchado que pretendían quemarlos vivos a todos. Debido a la escasez de guardias y a la ferocidad con que se emplearon, los cautivos se hicieron con el control de la alcazaba.

El alcaide de la fortaleza pudo escapar y corrió a informar a Barbarroja de lo sucedido llevándose con algunos de sus hombres cuantos tesoros pudo.

Con los cautivos amotinados y la alcazaba en su poder, Túnez estaba perdida, de modo que Barbarroja, viendo que Carlos avanzaba hacia la ciudad tras vencer en la batalla de los olivares el día anterior, huyó con sus consejeros, entre los que estaba el judío Zinam.

—Majestad, majestad, en la alcazaba se ha alzado una bandera blanca; la ciudad de Túnez está en manos de los cautivos cristianos y Barbarroja huye con lo que le queda de su ejército hacia el sur —anunció un mensajero.

Carlos corrió hasta un altozano desde donde lo pusieron al corriente de lo que estaba ocurriendo en Túnez.

Sin dilación, montó su caballo y se dirigió con algunos de sus hombres a las

puertas de la ciudad; solo se opusieron a su avance algunos pelotones de infantes turcos que no tuvieron tiempo para escapar y quedaron atrapados en la playa. Desde las almenas de las murallas y desde la alcazaba, los cautivos cristianos agitaban banderas, alzaban al aire las armas de las que se habían apoderado y vitoreaban al emperador.

Varios jeques moros aguardaron sumisos a las puertas la llegada de Carlos, al que entregaron las llaves de la ciudad, se pusieron a sus órdenes y, de rodillas ante él, le suplicaron que fuera su señor. También le contaron cómo y hacia dónde había huido Barbarroja. Allí estaba el rey de Túnez, junto al emperador.

—Señor, os ofrezco medio millón de doblas de oro si evitáis que mi ciudad sea saqueada por vuestros soldados —le dijo Muley Hazam a Carlos gesticulando sumiso.

—Veremos —se limitó a decir Carlos—. Revisad hasta el último rincón de la ciudad y que nadie se apodere de ningún bien que encuentre. Y no quiero que haya un solo muerto más.

Carlos se dirigió a la alcazaba donde lo esperaban los alborozados cautivos, a los que concedió la libertad. Veinte mil presos fueron liberados ese día.

En la alcazaba de Túnez, Carlos reunió a los consejeros y generales de la expedición.

—Aquí están las pruebas de la alianza secreta del rey de Francia con el turco —dijo Francisco de los Cobos mostrando unas cartas de Francisco I que habían sido encontradas entre los pertrechos abandonados por Barbarroja en su precipitada huida—. Y también ha habido algunas pérdidas importantes —le informó De los Cobos a Carlos.

—Decidme.

—Se ha destruido la biblioteca real...

—¡Oh!, ahí guardábamos valiosos libros de ciencia y medicina, además de tratados sobre el Sagrado Corán —lamentó Muley Hazam, hombre amante de las bibliotecas y muy leído.

—También se ha destruido la mejor botica de perfumes del zoco, donde había grandes cantidades de almizcle, ámbar, algalia y estoraque, una fortuna más valiosa que el oro. Dicen que ha sido el propio Barbarroja quien ha ordenado quemarla antes de huir —prosiguió De los Cobos.

—¡Ese bruto...! —se quejó Muley—. Nunca le gustaron ni los buenos libros ni los exquisitos aromas.

—Hemos logrado recuperar armas valiosas, como las del rey San Luis de Francia, y muchas de nobles moros españoles que buscaron refugio aquí tras la conquista de Granada por vuestros abuelos los Reyes Católicos.

—Ya trataremos de eso más adelante. Ahora, don Nicolás —el emperador se dirigió al canciller Granvela—, despachad cartas al papa Paulo, a la emperatriz mi esposa, a todos los reyes y a los grandes señores cristianos anunciando estas victorias

y la buena fortuna que Dios nos ha concedido.

Una vez ordenada la ocupación de Túnez, el emperador quiso oír misa el día del Apóstol Santiago en la iglesia del monasterio que los franciscanos tenían en un arrabal. Los moros habían permitido a los cristianos mantener abiertas hasta seis iglesias en Túnez.

El César se vistió para la misa con el manto blanco de la Orden de Santiago, como también hicieron muchos señores y caballeros.

Entre tanto, Barbarroja había logrado llegar hasta la desembocadura de un pequeño río donde lo esperaban una docena de galeras con las que puso rumbo a Argel.

Enterado de ello, el emperador envió en su caza a Andrea Doria al frente de cuarenta galeras. Le encomendó a su almirante general que procurara apresar a ese pirata, pues la victoria no sería completa si lograba escapar. Las órdenes de Carlos se transmitieron a la flota, y enseguida Andrea Doria seleccionó cuarenta galeras, las más rápidas, para salir en persecución de Barbarroja.

### *Túnez, agosto de 1535*

Una vez ocupada la ciudad de Túnez y repuesto su rey Muley Hazam en el trono, Carlos se retiró a un campamento entre La Goleta y Túnez, desde donde poder observar todos los movimientos de barcos que navegaran por la costa.

Confiaba en que Andrea Doria diera alcance a Barbarroja, lo apresara y lo trajera ante él cargado de cadenas, pero entre tanto debía acordar una alianza con el rey de Túnez, su vasallo. Durante seis días el emperador y Muley Hazam se entrevistaron para cerrar el acuerdo; y finalmente lo firmaron en el pabellón de campaña del emperador.

—Majestad imperial —dijo Muley—, os reconozco como mi señor y os agradezco que me hayáis devuelto el reino del que de modo tan artero y traidor me despojó el malvado Barbarroja, Dios lo castigue eternamente. Como reconocimiento, haré que todos los cristianos que estén cautivos en cualquier lugar de este reino sean liberados inmediatamente y prohibiré a mis súbditos que en lo sucesivo capturen a cristianos o cristianas vecinos de vuestros dominios.

—Yo haré lo mismo con vuestros súbditos —repuso Carlos.

—Además, permitiré que en mi reino se establezcan cristianos y puedan practicar en libertad la fe católica y construir sus iglesias para el culto y la celebración de sus oficios sin impedimento alguno.

—Y evitaréis que moriscos relapsos, esos que se bautizaron en España, retornen a las creencias mahométicas y sean acogidos en vuestro reino —dijo Carlos—. No quiero que esos renegados encuentren aquí cobijo.

—Acepto, majestad. Si algún morisco de Granada, Aragón o Valencia viniera a esta tierra proclamando su reconversión, será arrojado de aquí.

—Bien. También permitiréis que mis galeras o cualquier otro tipo de barcos puedan perseguir por todas estas costas a los corsarios, que de ninguna manera podrán recalar en ellas. Para garantizarlo, quedará bajo mi administración directa el puerto y enclave de La Goleta y hasta dos millas de tierra a su alrededor.

—Sea. —A Muley Hazam no le quedaba otro remedio que acatar todas y cada una de las cláusulas del acuerdo que le proponía Carlos de Austria y que habían redactado el canciller Granvela y el secretario De los Cobos.

—Por supuesto, mantener un destacamento permanente en La Goleta para proteger vuestro reino supone un oneroso gasto, de modo que deberéis contribuir a sostenerlo con doce mil ducados de oro cada año en dos plazos, uno a fines de enero y otro por la fiesta de Santiago en julio.

Pero no quedaron ahí las exigencias del emperador. Cada año el rey de Túnez debería entregar, además, seis caballos y doce halcones, una muestra evidente del reconocimiento del señorío y vasallaje; y si no lo hacía, pagaría cincuenta mil ducados la primera vez, cien mil la segunda y perdería el reino a la tercera.

—Soy vuestro vasallo más leal, majestad. —Muley Hazam inclinó la cabeza.

—Traed entonces los diplomas —ordenó Carlos.

El canciller Granvela hizo una indicación a un escribano, que acercó cuatro copias del acuerdo, dos escritas en castellano, la lengua que se estaba imponiendo en España, y otras dos en el idioma de los árabes.

—Firmados están —el rey de Túnez estampó su rúbrica en las cuatro copias, y tras él lo hicieron tres testigos moros.

—Majestad... —De los Cobos invitó a firmar al emperador ofreciéndole una pluma mojada en tinta.

—Con la firma de este tratado, habrá entre Túnez y España a partir de ahora paz perpetua, sincera amistad y pacífica vecindad, y nuestros súbditos podrán ir y venir libremente y comerciar entre ellos en beneficio mutuo si así lo desean. Y nuestra armada protegerá vuestros puertos, en los que no acogeréis a ningún pirata.

Carlos de Austria estampó su firma en las cuatro copias y junto a él lo hicieron el canciller Granvela, el consejero imperial Hernando Guevara y el capitán Álvaro Gómez de Orozco.

—Majestad, agradezco que hayáis permitido que este tratado también esté fechado por la era de nuestro Profeta Mahoma, Dios lo bendiga.

—Año novecientos cuarenta y dos de la Hégira, mil quinientos treinta y cinco de Nuestro Señor Jesucristo —leyó el secretario Francisco de los Cobos, que dibujó su firma al pie de los documentos como comendador real.

A continuación, De los Cobos estampó el sello imperial de Alemania y el real de España, y entregó dos copias, una en castellano y otra en árabe, al secretario del rey de Túnez.

—¿Juráis guardar este tratado? —le preguntó al emperador.

—Lo juro por los Santos Evangelios —asentó Carlos besando una cruz de Santiago.

—¿Y vos? —le preguntó al rey de Túnez.

—Lo juro por el Sagrado Corán —asintió colocando su mano sobre el pomo de su alfanje, que sacó un par de dedos de su vaina. En el interior hueco del pomo de su espada Muley Hazam guardaba un amuleto, unos versículos del Corán escritos en una tira de pergamino doblada en varios pliegues.

—Ya podéis colocaros de nuevo vuestra corona —le indicó De los Cobos.

—Señor secretario, los musulmanes no podemos llevar corona, ni siquiera los reyes, lo prohíbe nuestro Profeta en el Sagrado Corán.

—Yo he ganado este reino para vos, y en la victoria se ha derramado mucha sangre de mis soldados. Ahora es el turno de que vos, rey de Túnez, conservéis el reino, pero también de que os ganéis el corazón de los vuestros. Y no olvidéis nunca los muchos beneficios que habéis recibido.

—Trabajaré por ello, majestad.

—Dadme un abrazo —le dijo Carlos.

—Con todo gusto, mi señor —repuso Muley Hazam.

—Esas palabras son dignas de un gran príncipe —le susurró al oído Francisco de los Cobos al canciller Nicolás de Granvela.

—Lo es, nuestro señor lo es —asentó el canciller—, quizá el más grande desde el emperador Carlomagno.

Discurría agosto entre días de calor sofocante y noches dulcificadas por la brisa del mar. No llovía y el agua de los pozos empezó a escasear de tal modo que el rey Muley Hazam tuvo que enviar desde Túnez cargas de agua y de fruta en acémilas y barcasas para calmar la sed de los soldados que defendían La Goleta.

Carlos se planteó si continuar con aquella campaña y lanzarse a la conquista de Argel, pero Granvela lo desaconsejó hasta que no fuera capturado Barbarroja. El emperador hizo caso a su canciller y abortó aquel plan, pues entendió que el ejército estaba agotado tras las batallas libradas para la toma de La Goleta y Túnez, y el sol apretaba con fuerza en aquellos días de verano.

Los que más sufrían el calor eran los soldados alemanes; algunos de ellos, abrasados por los rayos del sol norteafricano, se metían en el mar completamente vestidos, se tendían en la orilla de la playa hasta que el agua los cubría por completo y aguantaban un buen rato la respiración para no ahogarse, pues era la única manera de mitigar semejante agobio como sentían. Alemania es tierra fría y húmeda, y sus soldados no se habían acostumbrado en tan poco tiempo a los rigores extremos de la canícula tunecina; y tampoco sus estómagos, pues muchos de ellos sufrían disentería y se deshidrataban de tanta diarrea como soportaban. Algunos incluso morían



aquejados de ese mal de tripas.

Mediado agosto y desechada la campaña contra Argel, el emperador dejó bien provista de defensores, municiones y pertrechos La Goleta y otras fortalezas de la costa de Túnez y ordenó el embarque del resto del ejército. Algunos generales lamentaron no seguir la conquista hasta Argel, pero Carlos alegó el cansancio y la enfermedad de muchos soldados y la falta de vituallas, pues la liberación de los veinte mil cautivos de Túnez había multiplicado el número de bocas que alimentar, y andaban escasos de alimentos. Los estrategas calcularon que Barbarroja, que no había sido capturado, aún disponía de unas treinta galeras, de modo que el emperador dejó en la bahía una fuerza superior para proteger las conquistas de un posible contraataque del escurridizo corsario.

Los restos del campamento fueron quemados y la torre construida para defenderse durante el asedio a La Goleta se voló con barriles de pólvora para que no pudiera ser aprovechada por los corsarios. Carlos observó desde la proa de la galera capitana las columnas de humo que se alzaban al cielo desde la playa de la bahía.

El martes día 17, bien de mañana, el almirante dio la orden de que se reuniera toda la flota, y dos días después largaron velas y pusieron rumbo a Sicilia. Apenas metidos en alta mar, estalló una tormenta que desbarató la flota imperial, de modo que unas naves fueron a parar a Sicilia, otras a Italia y las terceras empujadas hacia poniente.

Carlos arribó al puerto de Trapani, en Sicilia, donde fue recibido con enormes muestras de alegría. En el monasterio agustino de Nuestra Señora de Gracia escuchó misa y oró con gran devoción ante el altar de la madre de Cristo y rogó por el alma del hermano del duque de Alba, que murió allí mismo. Cansado y sin mucho ánimo, a pesar de la victoria, ordenó que se enviara una nave en busca de Andrea Doria para que abandonara la persecución de Barbarroja y regresara a Italia.

En los días siguientes se fue disolviendo la armada, pagando los jornales y enviando a los soldados de regreso a sus casas.

El emperador se desplazó desde Trapani a la ciudad de Palermo, en el norte de Sicilia, la gran ciudad de esa isla que en su día conquistarán los árabes. En sus calles, en sus edificios, en sus gentes y en sus mercados todavía podían observarse restos y costumbres de los seguidores de Mahoma, que un día fueron sus señores.

Carlos realizó una entrada triunfal erguido sobre su caballo con la coraza de alarde y una cimera con plumas. Allí fue proclamado *Carolus Africanus*, tal cual acostumbraban a hacer los antiguos romanos con sus grandes conquistadores, pero aún le agradó más que los Estados del reino de Sicilia le ofrecieran ciento cincuenta mil ducados.

Descansó en Palermo varios días y circunnavegó la isla de Sicilia por la costa norte dejando el litoral a estribor y bogando siempre hacia levante. Cerca de la costa

se alzaba, majestuoso y gigante como un coloso dormido, el monte Etna, en cuyas entrañas los antiguos habían ubicado la fragua del dios Vulcano y los mismísimos infiernos.

En la punta más occidental recalaron en Taormina, una ciudad colgada de unos acantilados sobre el mar, frente al Etna. Aquellos días de finales de octubre fueron cálidos y soleados, acunados por una dulce y suave brisa del oeste. En Taormina, a la vista del gran volcán y del estrecho de Mesina, que separaba Italia de Sicilia, Carlos sintió una profunda melancolía cuando recordó a su esposa. ¡Ah!, si Isabel estuviera allí, ahora, con él, en las abruptas pero hermosas laderas de Taormina, entre aquellas ruinas de los antiguos prendidas de los acantilados como mudos testigos de un tiempo de maravillas. Si Isabel estuviera allí, tal vez podrían quedarse para siempre y revivir aquellos meses en Granada, recién casados, cuando lo único que les importaba era que discurriera el día deprisa, muy deprisa, para que llegara la noche y pasar las horas amándose, abrazados como un solo ser en una fusión infinita, en las habitaciones de aquellos palacios prodigiosos contruidos para imitar el cielo en la tierra, con el rumor del agua circulando en las fuentes y los estanques y el aroma dulce de los claveles envolviendo el aire con su embriagador perfume. Imaginó que allí, en Granada, o aquí, en Taormina, podría quedarse para siempre con Isabel. Carlos e Isabel. Para siempre.

Mientras el emperador disfrutaba de su triunfo en Sicilia, Barbarroja dio un intrépido golpe de mano. Tras escapar de Túnez, el antiguo corsario armó treinta y cinco galeras y fustas en Argel, pero no buscó refugio en algún puerto amigo, como había supuesto Andrea Doria, que se desesperó siguiendo en vano la estela de un fantasma de puerto en puerto por el norte de África, sino que puso rumbo a la isla de Menorca, donde nadie esperaba que apareciera.

A la vista del puerto de Mahón, totalmente desprotegido pues toda la flota imperial estaba en aguas de África y de Sicilia, Barbarroja ordenó enarbolar en lo alto de los mástiles de sus galeras las banderas imperiales de los Habsburgo, unas que había capturado en batallas contra naves imperiales.

Los de Mahón, creyendo que se acercaba la flota del emperador, repicaron las campanas y mostraron su regocijo con salvas de artillería. Se confiaron, y Barbarroja desembarcó aquella noche al frente de dos mil quinientos de sus hombres y con toda facilidad atacó a los despistados defensores de Mahón. Desprevenidos el gobernador y su escasa tropa, asedió la ciudad durante tres días hasta que se acordó la rendición. Barbarroja prometió perdonarles la vida, pero asesinó a muchas personas, saqueó sus bienes y se llevó a seiscientos cautivos como esclavos.

No todos murieron o fueron apresados. Los nobles y ricos de la ciudad se refugiaron en el castillo, que Barbarroja no asaltó. El virrey de Mallorca, enterado de lo ocurrido, ordenó arrestar a todos cuantos se habían refugiado en la fortaleza sospechando que habían pactado con Barbarroja su salvación. No habría piedad para los traidores. Juzgados por alta traición, fueron condenados un año después y

ejecutados; sus cabezas cortadas se colgaron en postes y sus manos y pies se clavaron en las puertas de la ciudad.

### *Nápoles, noviembre de 1535*

En su viaje de Sicilia a Nápoles el emperador disfrutó de nuevas entradas triunfales, entusiastas recibimientos por unos pueblos sumidos en la catarsis de la apoteosis, vítores y gritos, alegría desbordante de quienes creían que el emperador era el hombre capaz de acabar con la amenaza de los corsarios berberiscos y de los turcos, que pendía sobre sus cabezas como el fuego del Etna.

En algunas ciudades la gente gritaba: «¡Justicia, justicia!», en otras lo aclamaban como liberador; los de la ciudad de Mesina, agradecidos, le regalaron dos enormes fuentes de plata sobredorada que contenían doce mil ducados de oro, le dedicaron procesiones, desfiles, salvas de artillería y de arcabuces, alardes de caballería... Aquellas gentes vivieron días de éxtasis, como si el emperador del mundo hubiera aparecido entre ellas para proporcionarles una dicha eterna.

La entrada en Nápoles el día 25 de noviembre fue la más fastuosa que Carlos hizo hasta entonces, solo comparable al desfile de la coronación imperial en Bolonia. Esta ciudad era una de las más ricas y suntuosas de Europa, dotada de espléndidos palacios, magníficas iglesias, surtidos mercados y ricas tiendas. Era mediada la tarde, con poca luz en el cielo, que los napolitanos alegres, confiados y dichosos paliaron con miles de antorchas, faroles y cirios.

Carlos, acompañado de todos sus consejeros imperiales, grandes de sus reinos y nobles, desfiló por las calles de Nápoles ante entusiásticas aclamaciones de los efusivos napolitanos. El marqués del Vasto, como camarero mayor del reino, portaba en sus manos el estoque desenvainado del emperador, que mostraba a la multitud como si de una sagrada reliquia se tratara. En la comitiva formaban un sinfín de nobles, aristócratas, cardenales, obispos y otras dignidades eclesiásticas, todos vestidos con sus mejores galas, tocados con sombreros magníficos y engalanados con espléndidos collares de oro, perlas y piedras preciosas.

Allí estaban el gran almirante Andrea Doria, el general Antonio de Leyva, el duque de Alba, el conde de Benavente y otros marqueses, duques, condes y grandes señores de España y de Italia. No faltaban cardenales, obispos e incluso el príncipe Pedro Luis Farnesio, hijo reconocido del papa Paulo III, el duque de Urbino, el duque de Florencia, una embajada de Venecia y otros muchos magnates de Italia.

Gracias a la riqueza del reino de Nápoles, Carlos recibió un millón y medio de ducados, lo que palió buena parte de las deudas contraídas en la campaña de África.

Al día siguiente, en el palacio real donde residieran en su día los reyes Alfonso y Fernando de Aragón, uno tío bisabuelo y otro abuelo del emperador, Carlos recibió al

embajador del rey de Francia y al legado del papa.

—Majestad —comenzó el señor de Belli, embajador de Francia—, mi señor el rey Francisco os da su más sincera enhorabuena por vuestro triunfo ante los turcos en Túnez y por la defensa que habéis hecho de la cristiandad, a la vez que os reitera su amistad y sus deseos de paz y concordia. Le hubiera gustado venir él mismo a recibirlos, pero anda convaleciente de unas fiebres cuartanas.

—Vuestro señor es muy amable —replicó Carlos en tono irónico.

—Además, me ha encargado que os transmita una petición.

—Adelante.

—Don Francisco quiere que las relaciones entre vuestra majestad y el reino de Francia sean amistosas y leales, y para ello os solicita que entreguéis el ducado de Milán al duque de Orleans, en señal de la nueva armonía que debe primar entre dos soberanos tan grandes.

—Milán, ¿eh? Y toda Italia, ¿por qué no toda Italia? —preguntó Carlos.

—Majestad, muchos grandes señores de Italia verían bien esa donación, que además se trató en la paz de Cambrai.

—¿Regalar Milán? Libramos una batalla en Pavía para recuperarla. Milán es parte del Imperio, y lo seguirá siendo —asentó Carlos.

—Pero el tratado que firmaron las damas...

—Milán es parte del Imperio, no se hable más —zanjó el emperador.

En las últimas semanas del año, Carlos tomó varias decisiones trascendentales. Seis años antes había reconocido como hija a Margarita, la que tuvo con la dama holandesa Juana Gheynst cuatro años antes de casarse con Isabel. Margarita estaba a punto de cumplir los catorce años de edad, la legal para que las mujeres pudieran contraer matrimonio. Carlos la casó con Alejandro de Médici, duque de Florencia, que había acudido a Nápoles a rendir pleitesía al emperador. Este matrimonio había sido pactado hacía unos años con el papa Clemente VII, tío de Alejandro, lo que despertó una verdadera sensación de pánico en algunas ricas familias florentinas, que veían en esta boda un intento de los Médici por recuperar todo el poder en la ciudad de Florencia. Los Strocchi, sus grandes rivales, hicieron todo lo posible para evitar esa boda, hasta llegaron a ofrecer enormes sumas de dinero para que no se celebrara. Fue en vano: Margarita y Alejandro se casaron con todas las bendiciones del emperador.

Para celebrar el enlace se jugaron cañas y se corrieron toros tal cual se hacía en España. Carlos se vistió a la morisca, y él mismo, ayudado por una cuadrilla de experimentados toreros, alanceó a dos toros, para regocijo de los que presenciaron el espectáculo. El emperador no solo dominaba a los franceses, a los protestantes, a los corsarios y a los turcos, también doblegaba a las más feroces y temibles bestias. Ahora sí, tras tantas dificultades, se encontraba en la cima del mundo.

## *Nápoles, fines de diciembre de 1535*

Granada, Taormina, ahora Nápoles... La vida era hermosa, pero mucho más al lado de Isabel, a la que Carlos extrañaba cada día. Las dulces cartas que se cruzaban de manera periódica no eran suficientes para mitigar la añoranza y la melancolía por la distancia que mediaba entre los esposos.

El dueño de medio mundo suspiraba por volver a tener en sus brazos a la mujer más bella, a la que le había hecho olvidar a todas las demás, a renunciar a llevar a su alcoba a cualquier otra amante. Mientras viviera Isabel, no habría otra mujer en su vida..., ni en su cama.

Ordenó al almirante de la flota que se repararan y pusieran en orden las galeras, pues en cuanto lo permitiera el buen tiempo navegarían de regreso a España.

El día de Navidad amaneció radiante, con el sol en su punto más bajo del año en el horizonte meridional, pero en un cielo azul claro en el que no se atisbaba una sola nube. Solo algunas leves columnas de humo que se disipaban enseguida pintaban de gris claro trazos informes sobre la cumbre del Vesubio. El volcán que mil quinientos años atrás arrasara aquella región parecía querer despertar de un prolongado letargo.

En la fortaleza de Castelnuovo, Carlos de Austria departía con el canciller Granvela y Francisco de los Cobos. Aquel poderoso castillo de enormes torreones circulares que protegía el puerto de Nápoles y el sur de la ciudad había perdido su condición de palacio real cuando treinta años atrás la conquistara el Gran Capitán para el rey Fernando de Aragón, pero seguía siendo una residencia formidable.

—¿Puedo ofreceros una copa de vino, majestad? —le preguntó Granvela.

—¿Es italiano?

—De la Campania. Cuenta una leyenda que las primeras cepas de esta uva las trajeron los griegos, a los que les entregó la simiente el mismísimo dios Baco.

—Un vino divino —bromeó Carlos.

—Digno de un dios y del César —terció De los Cobos.

Granvela sirvió vino en tres copas que los tres personajes alzaron en su mano antes de saborearlo.

—¿Estáis seguro de que fueron los griegos quienes trajeron este vino? Por su reciedumbre parece de España.

—Ese sabor profundo y fuerte lo transfiere la tierra, majestad, esa tierra negra procedente del volcán Vesubio.

—Es como beber fuego —añadió De los Cobos.

—Debajo de este suelo arden las entrañas del mundo, don Francisco.

—Excelente y poderoso este vino, señores, pero tenemos asuntos que resolver.

—El francés —comentó Granvela refiriéndose al rey Francisco I— es un hombre sin palabra del cual nunca podremos fiarnos. Está lleno de codicia y de ambición. A pesar de los tratados firmados, a pesar de los compromisos y juramentos contraídos, ha vuelto a incumplir todo lo pactado. Está formando un gran ejército con el que

planea invadir la Saboya, y nuestros espías en París informan de que está conspirando para hacerse con Milán y Nápoles y de que sigue en tratos secretos con el turco y con el rey de Inglaterra. Además, ha escrito a los protestantes de Alemania y les ha dicho que la guerra de vuestra majestad con el turco solo responde a vuestros intereses y a los de vuestro hermano don Fernando, y no a los de la cristiandad. Y también lo ha hecho a los católicos alemanes, a los que pervierte mintiéndoles, pues asegura que la herejía que predica Lutero se ha asentado en algunas regiones de Alemania por vuestra culpa.

—Es decir, que según el francés yo soy el culpable de todo cuanto de malo ocurre en este mundo.

—Ese traidor... —masculló De los Cobos.

—Hemos enviado un embajador para que se entreviste con los cabecillas protestantes en Esmalcalda, y otro a Inglaterra. Ambos tratarán de evitar que se cree una liga con el rey de Francia contra vuestra Majestad.

—El rey de Francia es mi cuñado —recordó Carlos.

Granvela y De los Cobos se cruzaron la mirada y ambos hicieron un leve gesto de resignación. Leonor de Austria, la hermana mayor de Carlos y viuda del rey Manuel I de Portugal, era ahora la reina de Francia, pero su marido la despreciaba. Ni siquiera compartía lecho con ella. Francisco I la suplía con una legión de amantes.

—Señor, el rey francés..., vuestro cuñado, ha ordenado la tortura y ejecución de cientos de herejes en París. Nos han informado de que esos desgraciados fueron izados en el aire por una máquina que los descendía desde lo alto hasta depositarlos en una inmensa hoguera donde se asaban lentamente como chorizos en una parrilla. Cuando un condenado fallecía, se soltaba la cuerda de la que pendía y se lo dejaba caer sobre las brasas para convertirse en cenizas —explicó el canciller.

—En Alemania se está haciendo lo mismo con cientos de mujeres a las que se declaran brujas —alegó De los Cobos.

—Prohibiremos esa práctica en España; no se quemará una sola bruja más —ordenó Carlos—; suponiendo que lo sean... Este vino es excelente —comentó Carlos tras dar un nuevo sorbo a su copa.

—Por cierto, majestad, os agradezco los tapices y las alfombras —dijo De los Cobos.

—¿Os han gustado?

—Son espléndidos; los enviaré a España enseguida, con vuestro permiso.

—Hacedlo, hacedlo.

Carlos había regalado a su secretario de Estado ocho tapices y tres alfombras del botín requisado en Túnez y La Goleta.

—Se dice que pertenecieron al mismísimo Barbarroja; los guardaba en su palacio de Túnez. Vos, don Francisco, sí sabéis apreciar el arte —terció Granvela.

—Señores, pasaremos aquí el invierno y a comienzos de marzo regresaremos a España. Procurad que esté todo preparado para entonces. ¡Ah!, y que el ejército se

mantenga listo para intervenir en cualquier momento. No me fío de lo que pueda hacer el rey de Francia —anunció Carlos, que dio el último sorbo a su copa de vino—. Intenso pero sabroso, muy sabroso.

### *Londres, enero de 1536*

Apenas comenzado el nuevo año, en Inglaterra murió Catalina de Aragón, la hija menor de los Reyes Católicos. La que fuera esposa del príncipe Arturo y luego de su hermano el rey Enrique VIII apenas fue dichosa un puñado de días a lo largo de toda su vida.

Repudiada por el rey Enrique y apartada de la corte, la reina de Inglaterra había tenido varios hijos, pero solo le había sobrevivido su hija María, a la que muchos consideraban la heredera del trono inglés, en tanto Enrique no tuviera un hijo varón con su segunda esposa, la taimada Ana Bolena.

Había sido una mujer hermosa, de rostro ovalado, ojos claros y pelo rubio, pero tantos sufrimientos, fatigas y sinsabores habían dejado huella, y su rostro quedó marcado en los últimos años por los surcos que suele trazar la desdicha incluso en la piel más delicada y tersa.

Aquellas navidades había sufrido un agravamiento de su enfermedad, que le provocaba hinchazones en los pies y las manos. Aquejada de varios cólicos y con agudos dolores en el estómago, vomitaba de inmediato toda la comida que ingería. Sufría ahogos y solo podía concitar el sueño sentada en un sillón. Se sintió morir y pidió al rey que le permitiera que su hija María la visitara para, al menos, despedirse de ella, a lo que Enrique se negó.

Sí consintió que viajara hasta el castillo de Kimbolton, una antigua y oscura fortaleza normanda reconvertida en residencia palaciega a unas decenas de millas al norte de Londres, el embajador de España. Animada por la charla que mantuvo con el embajador y por las noticias que este le trajo de España, Catalina se sintió mejor, e incluso parecía a punto de restablecerse de su mermada salud.

Pero aquella impresión no fue sino el canto de un cisne.

—Majestad, acaba de llegar un correo del castillo de Kimbolton; la rei..., doña Catalina ha muerto —anunció el canciller Tomás Cromwell.

Enrique VIII estaba departiendo con varios nobles de su corte sobre asuntos de caza en torno al fuego de una chimenea en el castillo de Windsor.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó el rey, que hizo un gesto para que los caballeros que lo acompañaban salieran de la sala.

—Su médico ha diagnosticado un ataque agudo de hidropesía —dijo el canciller una vez se quedaron solos—. Llevaba varios días enferma, pero, cuando parecía haber mejorado, ha sufrido una repentina recaída y ha fallecido.

—¿Ha dejado dispuesta alguna cosa?

—Le ha dado tiempo para confesarse y para escribir dos cartas: una para vuestra majestad y otra para vuestro sobrino el emperador don Carlos. Aquí están —el canciller Cromwell le entregó al rey las dos misivas.

Mi muy querido señor, rey y esposo, la hora de mi muerte se acerca. No puedo elegir, pero, por el amor que siento por vos, debo advertiros sobre la salud de vuestra alma, que tenéis que colocar sobre cualquier otra consideración del mundo y de la carne. Os ruego que veléis por el cuidado de nuestra hija María, el único fruto del amor que en otro tiempo me tuvisteis. He sufrido, pero os perdono todo cuanto me habéis hecho, y ruego a Dios que también lo haga.

Leyó en silencio Enrique.

—Majestad, ¿permitís que se remita esta otra carta a don Carlos? —preguntó el canciller.

—Sí. —Enrique se apoyó en una mesa y se quedó callado mirando cómo ardían los leños en la chimenea. Sus ojos se humedecieron, pero ninguna lágrima recorrió sus mejillas.

—¿Cómo queréis que se proceda a su enterramiento? —preguntó Cromwell tras esperar unos minutos callado al lado del rey.

—Como corresponde a lo que doña Catalina fue..., como la princesa de Gales. Su cuerpo será enterrado en... ¿Se os ocurre algún sitio apropiado?

—Humm..., tal vez la catedral de Peterborough. Está apenas a una jornada de camino del castillo de Kimbolton.

—Sea pues en esa catedral —zanjó Enrique.

—¿Cuál será su epitafio?

—Catalina, princesa de Gales.

Así se hizo, aunque mucho tiempo después alguien cambiaría esa inscripción por otra: «Katharine, Queen of England» (Catalina, reina de Inglaterra).

Habían pasado tres semanas desde la muerte de Catalina de Aragón cuando le dieron una nueva mala noticia al rey Enrique.

—Majestad —al canciller Cromwell le temblaban los labios—, lo siento, lo siento, vuestro hijo ha nacido... muerto.

Enrique VIII estaba postrado en cama convaleciente de una caída del caballo cinco días atrás. El animal desbocado lo había lanzado contra el suelo y se había dado tal golpe que casi le había costado la vida.

Maltrecho, Enrique se incorporó con ayuda de un criado.

—Llevadme hasta la reina —ordenó.



—Majestad, vuestro médico...

—¡Llebadme hasta la reina, maldita sea! —gritó Enrique.

Con ayuda de dos criados, el rey de Inglaterra se dirigió a la alcoba donde Ana Bolena acababa de parir un niño muerto.

—El parto ha sido prematuro, majestad.

—¿Era un varón? —demandó el rey.

—Sí, un niño —le informó asustado el médico que había atendido al parto.

—¡Ya veo que Dios no quiere darme hijos varones! —clamó Enrique desde la puerta de la alcoba.

Ana Bolena, todavía en la cama, miró a su esposo compungida.

—¡Te daré otro hijo, Enrique, te daré un heredero varón! —clamó Ana.

—No. Esto es un hechizo. No podrás darme un varón. ¡Nunca podrás hacerlo!

Enrique, tambaleante, salió de la sala apoyado en los brazos de sus criados.

—Reniego de este matrimonio y reniego de Ana Bolena —le dijo a Cromwell—. Esa mujer nunca me dará un hijo varón. ¡Nunca!

### *Nápoles, finales de febrero de 1536*

Carlos leyó en Nápoles la carta que le había escrito su tía Catalina horas antes de morir. La había recibido junto a otra del rey Enrique VIII en la que este lamentaba la pérdida de «la princesa de Gales» y le reiteraba su amistad y su amor familiar. Dictó a su secretario una respuesta a Enrique y una carta cifrada a su embajador en Londres para que le precisara todos los detalles del fallecimiento de Catalina.

El duelo por la muerte de la reina de Inglaterra no impidió que se celebrasen los afamados carnavales en Nápoles. Carlos necesitaba olvidarse por un rato del peso que soportaban sus hombros y se disfrazó y ocultó su rostro con una máscara, recorriendo la ciudad y participando en bailes, fiestas y banquetes del carnaval.

El emperador departía alegremente con algunas damas, que procuraban su compañía y requerían sus favores amorosos, pero seguía añorando a Isabel y, aunque aquellos días en Nápoles coqueteaba con algunas de aquellas hermosas y alegres mujeres, todas las noches dormía solo.

—Las mujeres napolitanas están entre las más bellas del mundo —comentó Carlos.

—En verdad que sí, majestad —asintió De los Cobos—, anoche mismo...

—¡Majestad, majestad! —El canciller Granvela irrumpió presuroso y alterado.

—¡Don Nicolás!, ¿a qué viene esa prisa?

—Como informaron nuestros espías, el rey de Francia ha cruzado los Alpes al frente de un poderoso ejército y ha invadido la Saboya —informó Granvela.

—En una reciente carta le decía a mi hermana María, mi eficaz lugarteniente en

los Países Bajos, que no creía que fuera a estallar una nueva guerra con Francia y que, en todo caso, haría todo lo posible por mantener la paz, pero que estuviera preparada por si acaso a don Francisco se le ocurría planear un ataque. Nuestros espías tenían razón y yo me equivoqué. Habrá guerra. Don Francisco la acaba de desatar.

—Pero, formalmente, Francia no nos ha declarado la guerra —intervino Granvela.

—La duquesa de Saboya es mi cuñada. Si Saboya ha sido atacada, estamos en guerra con Francia —asentó Carlos.

—En ese caso, majestad, supongo que habrá que retrasar la vuelta a Castilla —terció De los Cobos.

—Enviad una carta a la emperatriz. Defenderé los derechos de su hermana en Saboya. Y otra al papa Paulo III solicitando su ayuda y su mediación. Los generales y almirantes deberán tener el ejército y la armada listos en un mes. Iniciad conversaciones para evitar un enfrentamiento con Francia, pero si los franceses no se retiran de Saboya, el ejército imperial los aplastará. —Carlos se expresó con una determinación rotunda; el recuerdo de la victoria en Túnez lo mantenía eufórico y muy seguro.

—¿Confiáis en el papa? —preguntó Granvela.

—No, pero necesitamos su apoyo. Iré a Roma a entrevistarme con él. Preparad ese encuentro —ordenó Carlos.

### *Roma, abril de 1536*

En cuanto los generales recibieron la orden del emperador, Antonio de Leyva, el mejor estratega del Imperio, se dirigió al frente de varios regimientos hacia Saboya y logró detener el avance de los franceses.

La ciudad de Roma se engalanó como hacía siglos que no ocurría para recibir al emperador. En apenas un mes se demolieron edificios ruinosos y se enjalbegaron y pintaron de ocre, amarillo y rojo las fachadas de las casas de las calles por donde discurrió la comitiva imperial. En varios puntos del recorrido se erigieron arcos triunfales efímeros al estilo de los que en el Foro habían levantado en piedra los emperadores romanos para festejar sus triunfos militares.

Carlos de Austria pasó la noche extramuros, en San Pablo, y entró en la ciudad el miércoles 5 de abril acompañado por veintidós cardenales, arzobispos, obispos, prelados y otras dignidades de la Iglesia, además de los más notables ciudadanos de Roma. Todos vestían sus mejores trajes y lucían sus más ricos adornos.

Mujeres y niños portaban ramos de olivo en las manos, los agitaban al paso del emperador y gritaban: «¡Imperio, Imperio!». A la vista del poderoso ejército, de los

escuadrones de caballería y de los regimientos de infantería que mandaban el duque de Alba y el marqués del Vasto, nadie se atrevió a recordar el saqueo de Roma por las tropas imperiales nueve años atrás.

Bajo un enorme palio, el emperador desfiló por las calles de Roma hasta el castillo del Santo Ángel, donde fue recibido por su alcaide, y luego se dirigió hasta las puertas de la basílica de San Pedro, donde lo aguardaba el papa Paulo III sobre un estrado de madera. Enormes telones pintados con motivos alegóricos ocultaban los edificios en obras.

Cuando el papa abrazó al emperador, se dispararon decenas de salvas de artillería y sonaron bandas de música. Entraron en el inmenso templo a medio construir, oyeron misa y al fin se retiraron a sus aposentos.

Pasó el emperador la Semana Santa en Roma, y el Jueves Santo lavó los pies a doce pobres, como hiciera Cristo con sus discípulos; el sábado visitó varias iglesias y el domingo de Resurrección escuchó misa cantada por el papa. Carlos se vistió como los césares romanos, con coraza de plata y corona de laurel dorada. Recibió la comunión de manos de Paulo III y se mostró humilde y respetuoso, pero lleno de dignidad y majestad a la vez.

Durante su estancia en Roma, Carlos nombró al historiador Juan Ginés de Sepúlveda cronista real, tal y como le habían sugerido las Cortes de Castilla en alguna ocasión. El cronista acompañó al emperador en la visita que realizó para ver un lienzo donde se decía que estaba impreso el rostro de Cristo. Al salir del templo, Juan Ginés le dijo al emperador que diez años atrás se había quemado ese lienzo y que el rostro de Jesús se había repintado de nuevo.

Aprovechó aquellos días para, disfrazado para no ser reconocido y apenas con una docena de guardias de escolta, visitar los monumentos de la antigua Roma y admirar la grandeza de la ciudad de los césares, de los que se sintió sucesor. Admiró, sobre todo, el templo redondo que ordenara construir el general Agripa y reedificara el emperador Adriano, ahora dedicado a Santa María de los Mártires, pero que en tiempos de los paganos estaba consagrado a todos los dioses y al culto al divino Julio. Desde lo alto de la cúpula de la Rotonda, como llamaban los romanos a aquel grandioso edificio, Carlos se sintió, de nuevo, el dueño del mundo. Otra vez volvía a tener el tiempo en sus manos.

Aquel lunes de Pascua, día 17 de abril, mientras los invitados aguardaban a que se les permitiera la entrada a la Capilla Sixtina para escuchar el discurso que el emperador iba a pronunciar, Carlos y Paulo III se entrevistaron a solas en aquella capilla, una iglesia dentro del complejo del Vaticano consagrada a la Virgen sesenta años atrás por el papa Sixto IV y en cuyas paredes se mostraban pinturas de los más grandes artistas de Italia, como Botticelli, Perugino, Pinturicchio, Ghirlandaio o Signorelli, entre otros. Además, las bóvedas habían sido pintadas al fresco hacía veinte años por

Miguel Ángel Buonarroti, al que muchos consideraban el más grande artista de todos los tiempos.

—Espléndido —dijo Carlos al contemplar el techo de la capilla.

—Buonarroti es el artista total —asentó el papa—. No solo esculpe imágenes a las que solo les falta hablar, como la Piedad que labró para esta casa de San Pedro del Vaticano o el Moisés que se muestra en la basílica de San Pietro in Vincoli, también aquí, en Roma, sino que fue capaz de pintar esos soberbios frescos en apenas cinco años. Ahora está a punto de comenzar un nuevo fresco que ocupará toda esa pared —Paulo III señaló el muro del altar, donde se estaban colocando unos andamios.

—¿Toda la pared? —preguntó Carlos.

—Por completo. Toda ella.

—¿Y qué motivo habéis elegido para ese gran mural?

—El Juicio Final. Ya tenemos los bocetos; luego os los mostraré.

El papa omitió decirle al emperador que, además de las escenas del Juicio Final, Miguel Ángel tenía el encargo de plasmar el saqueo de Roma perpetrado por las tropas del emperador en el año 1527.

—He oído decir que este Miguel Ángel Buonarroti labró una estatua colosal del David para la Señoría de Florencia.

—¡Oh!, sí, sí. Es impresionante. Hay quien asegura que es la escultura más prodigiosa y perfecta jamás labrada por artista alguno. La ejecutó a partir de un gran bloque de mármol que ninguno de los escultores de Florencia se atrevía a esculpir; ni siquiera el maestro Leonardo da Vinci. Alguien me dijo, en una ocasión, que Leonardo, que estaba allí presente, se sintió abrumado cuando Miguel Ángel mostró su David ante el pueblo florentino congregado en la plaza de la Señoría de Florencia. Tanta fue la impresión que esa estatua del entonces joven Miguel Ángel le causó al viejo maestro Leonardo que nunca quiso esculpir una estatua de mármol, pues pensaba que jamás podría superar aquella obra de Buonarroti. —El papa Paulo III estaba orgulloso de tener entre sus artistas a Miguel Ángel.

—Cuando regrese a España pasaré por Florencia. Quiero ver ese David —dijo Carlos.

—Os conmoverá su perfección.

—Admiro vuestra idea de la belleza y del arte, pero he venido a tratar con vuestra santidad de algo terrible: la guerra. Os escribí para que intercedierais ante el rey Francisco a fin de evitar una guerra entre Francia y el Imperio. Mi deseo es mantener la paz que se firmó en su día en Cambrai gracias a la mediación de mi hermana y de su madre, pero el rey francés no parece desear lo mismo. La invasión de Saboya ha supuesto una declaración de guerra.

—Lo he hecho, pero don Francisco no ha querido escucharme —alegó el papa.

—Don Francisco está usando los diezmos eclesiásticos para financiar su agresión a Saboya. La Iglesia debe impedirlo.

—Daré instrucciones a los obispos, pero no creo que eso cambie los planes de

don Francisco.

—He enviado emisarios a Venecia; los venecianos piden que abandone Milán a cambio de su ayuda, pero les he respondido que, si dejo Milán, los franceses se lo apropiarán de inmediato. Los suizos han prometido neutralidad y los alemanes enviarán soldados para combatir a Francia. Castilla ha dispuesto trescientos mil ducados para la guerra contra Francia, y el ejército imperial está listo para intervenir en cuanto yo dé la orden.

—A lo que veo, don Francisco está perdido.

—Convencedlo para que se retire de Saboya y repare cuanto antes los daños causados, o sufrirá las consecuencias. Y ahora vayamos a celebrar nuestro encuentro con el colegio cardenalicio —finalizó Carlos.

El chambelán se acercó al papa y al emperador para anunciarles que los cardenales y los embajadores de todos los reinos de la cristiandad esperaban para entrar en la Capilla Sixtina.

—¿Estáis preparado para pronunciar vuestro discurso? —le preguntó el papa.

—Lo estoy —asintió Carlos.

—En ese caso, abrid las puertas —ordenó el papa al chambelán.

Los cardenales y los embajadores fueron entrando de manera ordenada y ocuparon los asientos asignados a cada uno de ellos.

El emperador ocupó un sillón de madera sobredorada tapizado con seda roja y ubicado ante el altar, cuyo muro estaba cubierto de andamios para que Miguel Ángel comenzara en los próximos días a pintar su fresco del Juicio Final. A su lado, el papa se sentó en un sillón igual, pues Carlos había exigido que las dos grandes autoridades de la cristiandad se mostraran en el mismo plano, a la misma altura y en sillones idénticos.

—Señores cardenales, ilustres embajadores... —Carlos pronunció el discurso en español dotando a su voz de una majestad tal que incluso las dificultades que le provocaba su prognatismo a la hora de pronunciar algunas palabras parecían haber desaparecido.

Comenzó halagando a todos los presentes, anunció que no consentiría que se atacara a las iglesias católicas ni en Alemania ni en Inglaterra, señaló a Francisco I de Francia como violador permanente de la paz y lo acusó de incumplir su palabra, romper sus juramentos y estar aliado con los turcos; lo hizo con tal fuerza, vehemencia y determinación que la mayoría de los allí presentes, acostumbrados a tonos mucho más sosegados en los discursos, se sorprendieron por la energía desplegada por el emperador.

—¡Magnífico discurso! —le susurró De los Cobos a Granvela.

—Digno del dueño del mundo —ratificó el canciller. Los dos principales consejeros, que asistían al acto, sonrieron satisfechos.

—El rey de Francia —continuó su discurso el emperador tras beber un sorbo de agua— no solo no ha festejado, como cualquier buen cristiano debería hacer, nuestra

victoria en Túnez, sino que ha reafirmado su alianza con el turco, el mayor enemigo de la cristiandad. Don Francisco firmó la paz con nosotros en Cambrai, pero solo trataba de ganar tiempo. Desde entonces no ha hecho otra cosa que conspirar y fortalecer su ejército, pero no para combatir a la morisma como es obligación de todo cristiano, sino para dividir a la cristiandad. Ha firmado pactos secretos con el rey de Inglaterra, que ha sido separado de la Iglesia, con los príncipes alemanes protestantes de la liga de Esmalcalda e incluso ha procurado con mentiras y malas artes atraerse al papa y a la república de Venecia. Y, por fin, ha invadido Saboya rompiendo su palabra e incumpliendo todos los tratados. Ante semejante actitud, proclamo solemnemente en esta Santa Iglesia romana que, si el ejército francés no se retira de Saboya en el plazo de veinte días, iré a la guerra y expulsaré a los franceses de Italia.

»¡Qué desvergüenza y maldad es que digan el rey Francisco y sus ministros que yo he dado palabra de conceder a él o a sus hijos el Estado de Milán, y que anden difamándome de lo que jamás me pasó por pensamiento! ¿Soy yo tan loco que tengo de dar a nadie lo que es mío? ¿Tengo yo, por ventura, de hacer pobres a mis hijos por enriquecer a los ajenos? Sepa el rey Francisco y cuantos me oyen que ni tengo de dar a nadie lo mío ni tomar tampoco lo ajeno. De aquí me iré con el favor de Dios a Lombardía, juntaré allí el mayor ejército que pudiere, y con él entraré por Francia y procuraré vengar tantas injurias.

»Por tanto —el emperador, encendido de cólera, tornó su semblante más severo si cabe y su tono más alto y rotundo—, reclamo de la Santa Iglesia y del resto de reinos y Estados de la cristiandad que reconozcan mis demandas, asuman mis deseos de paz y renieguen de los actos de don Francisco de Francia, a quien reto en el campo a combate singular, el día que quiera y en el lugar que elija, para que Dios dirima en su divino juicio quién tiene la razón.

—Y un sublime final —puntualizó De los Cobos al finalizar el discurso, entre los aplausos de los asistentes.

El papa, conmovido por las palabras de Carlos, se levantó de su sillón y se dirigió a abrazarlo.

—No sigáis, hijo mío —le dijo emocionado—. Es justa vuestra indignación, pero os pido cordura y clemencia. Dios desea que no pongáis en riesgo vuestra vida.

La mayoría de los cardenales y embajadores comenzó a aclamar a Carlos, y el propio papa tuvo que solicitar silencio. El embajador de Francia reclamó que se pusieran por escrito las palabras pronunciadas por el emperador, alegando que no sabía bien español y no había entendido buena parte de cuanto allí se había dicho.

—Mañana mismo tendréis mis palabras por escrito, y para que vuestro señor disponga de más tiempo para abandonar Saboya, alargaré el plazo de veinte días a veinticuatro —respondió Carlos al embajador francés.

Pocos días después, el emperador dispuso un doble frente contra los franceses. Él dirigiría el ataque en Saboya, y desde allí invadiría el sureste de Francia, y un segundo ataque se produciría por el norte, desde los Países Bajos.

Dejó Roma y avanzó hacia el norte de Italia. Los generales del ejército imperial recibieron la orden de agruparse con todos sus regimientos en Milán, donde a lo largo de la primavera se fueron concentrando hasta un total de sesenta mil soldados procedentes de Alemania, España e Italia. Los treinta mil hombres del rey de Francia no parecían enemigo suficiente para vencer a las tropas imperiales.

Desde Castilla, a donde comenzaban a llegar oro y plata americanos en enormes cantidades, se enviaron seiscientos mil ducados, el doble de lo que esperaba Carlos, cuatro quintas partes del total recibido ese año, suficiente para sostener una larga guerra.

## TIEMPO DE ANGUSTIA

*Londres, mayo de 1536*

Mientras Carlos se preparaba para la guerra contra Francia, Enrique de Inglaterra vivía en un mundo de sueños..., o de pesadillas.

Acusado de someter a su esposa Catalina a tres años de martirio y de provocarle la muerte, Enrique VIII desconfiaba de todo el mundo. Se sentía traicionado por todos, incluidos sus viejos amigos Wolsey y Moro, ya muertos, y ahora incluso por su segunda esposa, la reina Ana Bolena.

«La reina os engaña».

«La reina conspira contra vuestra majestad».

«La reina comete incesto con su propio hermano».

«La princesa Isabel no es de vuestra sangre».

«La princesa Isabel es hija de uno de los amantes de la reina Ana».

«La reina Ana es una adúltera».

Estas frases y otras similares resonaban una y otra vez en la cabeza de Enrique, que se obsesionó con la idea de que su matrimonio con Ana Bolena estaba maldito y se fijó en Juana Seymour, una bella mujer cuya piel era tan blanca, limpia y suave que parecía como de porcelana. Había sido dama de compañía de la reina Catalina y luego de Ana Bolena, y a sus veintinueve años seguía soltera.

El rey le propuso que fueran amantes, pero Juana lo rechazó y le dijo que no podía entregarse a él si antes no se casaban.

—La reina Catalina —le dijo un día Juana Seymour a Enrique, tras rechazar de nuevo su oferta de acostarse con él aquella noche— tenía como lema «Obedecer y servir», y a sus damas de compañía siempre nos citaba unos versículos de la carta de san Pablo a los efesios: «Las mujeres casadas están sujetas a sus maridos, porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo de su Iglesia». Vos, majestad, estáis casado, pero no conmigo. Os amo, pero no cometeré pecado de adulterio, ni siquiera por mi rey. Si lo hiciera, no sería digna de vos.

Aquellas palabras todavía encendieron más el deseo de Enrique de poseer a Juana.

Enrique se había enamorado, quizá como nunca antes lo había hecho, y sopesó separarse de Ana Bolena. El rey tenía cuarenta y cinco años y seguía anhelando un hijo varón. Sí, decidió que Juana sería la mujer que le daría un heredero, pero para



ello era necesario divorciarse de Ana..., o que la reina muriera.

El hermano de Ana Bolena recibió un boleto de papel en el que se le decía que se presentara aquella noche en las habitaciones de la reina. Confiado, así lo hizo.

Cuando los dos hermanos estaban juntos, irrumpieron en la habitación varios soldados del rey.

—¡Daos presos, los dos!

—¿De qué se nos acusa? —preguntó Ana sorprendida.

—¡De incesto, adulterio y alta traición! —exclamó el jefe de los guardias ante la cara de incredulidad y estupefacción de los hermanos Bolena.

Ambos fueron recluidos en la Torre la noche del 4 de mayo. A la mañana siguiente todo Londres conocía la noticia del encarcelamiento de la reina Ana y de las gravísimas acusaciones que pendían sobre ella.

Enrique VIII se mostró ajeno a lo que le estaba ocurriendo a la mujer que tanta pasión le había despertado, la misma por la que arriesgó su reino y su corona, la misma por la que rompió con la Iglesia de Roma y por la que fue excomulgado. Para dejar patente su desinterés, con Ana sufriendo prisión, el rey se mostraba aquellos días con toda ostentación navegando por el Támesis sobre la barcaza real, donde sonaba la música y se celebraban copiosos banquetes todas las noches y hasta el amanecer.

El juicio se desarrolló con asombrosa rapidez. Cinco jóvenes aristócratas, incluido el hermano de Ana, fueron acusados de ser amantes de la reina. Los cinco lo negaron, pero su declaración de inocencia fue en vano. La reina se mostró fuerte y segura de sí misma durante todas las sesiones del juicio, tras el cual veintiséis jueces declararon culpables de adulterio y traición a los dos hermanos y a los cuatro aristócratas. Tomás Bolena, padre de Ana, participó en el juicio como miembro del tribunal y votó a favor de la pena de muerte para sus dos hijos.

Los cinco fueron ejecutados, y dos días después, el 19 de mayo, la cabeza de Ana Bolena rodó, cercenado su cuello por la espada del verdugo, sobre el cadalso levantado en el patio mayor de la Torre de Londres. Dejaba una niña de dos años, la princesa Isabel.

Nadie lloró su muerte. Nadie había aceptado a Ana como reina legítima. Nadie.

El día siguiente a la muerte de Ana Bolena, el rey Enrique pidió a Juana Seymour en matrimonio. La dama aceptó. Se casaron diez días más tarde, y Juana fue proclamada reina de Inglaterra. La tercera esposa de Enrique VIII.

### *A las puertas de Génova, principios de otoño de 1536*

A mediados del mes de julio el ejército imperial respondió al ataque francés en Saboya e irrumpió en Francia como un ciclón. Cruzó los Alpes marítimos, ocupó la

ciudad de Niza y recorrió la región de la Provenza, que siglos atrás perteneciera a los reyes de Aragón, como recordó Carlos en un discurso pronunciado tras entrar en Niza.

El ejército francés optó por replegarse hacia el norte sin ofrecer batalla y dejando tras de sí la tierra quemada. La desolación que se encontraron las tropas imperiales fue total. En pleno verano, con el calor apretando fuerte, los franceses no habían dejado nada para que un ejército tan grande como el imperial pudiera abastecerse de alimentos y agua. En los últimos quince días las tropas de Carlos apenas habían comido otra cosa que harina agusanada cocida con agua emponzoñada. Miles de soldados estaban enfermos y muchos morían, pero no en combate contra los franceses, sino por las enfermedades y las carencias.

Sin provisiones, la invasión de Francia estaba condenada al fracaso. Además, las tropas flamencas del conde de Nassau, que dirigía el ataque en el norte, fueron detenidas por la enconada resistencia de los franceses, que lograron algunas victorias en la frontera con Flandes. Y el emperador, pese a intentarlo, no pudo tomar la ciudad y el puerto de Marsella, cuya posesión era imprescindible para asegurar el avance por el valle del Ródano.

La campaña había comenzado bien, pero dos meses después no se habían cumplido los objetivos previstos, y, a comienzos de septiembre, el emperador, enterado de que Francisco I había resistido la invasión desde el norte, ordenó la retirada. La desgracia se cebó con la muerte del general Antonio de Leyva, aquejado de gota y de cansancio. Carlos lamentó el fallecimiento de su mejor estratega, el cual había aconsejado continuar hasta París, pues aseguraba que un astrólogo le había pronosticado que conseguirían la victoria, que él moriría cerca de París y que sería sepultado en la abadía de San Dionisio, el mausoleo de los reyes de Francia. Pese a considerarlo su mejor general, el emperador no le hizo caso en esta ocasión, la última. En sustitución de Antonio de Leyva, nombró al marqués del Vasto, otro gran estratega, como general en jefe del ejército de Italia.

Durante la retirada de la Provenza también murió el poeta y soldado Garcí Lasso de la Vega, que acababa de ser nombrado maestro de campo de uno de los tercios de infantería. Falleció pocos días después de ser malherido en la cabeza con una piedra cuando trataba de asaltar, utilizando una escala en la primera línea del ataque, una torre defendida por soldados franceses. En venganza, Carlos ordenó arrasar aquella torre y ahorcar a todos los defensores que allí encontraron.

Pese a todo, el emperador se proclamó victorioso ante la no comparecencia de Francisco, pero en realidad sabía que no había logrado nada y que sus planes habían desembocado en un notable fracaso.

Dejó una guarnición en Niza para repeler un posible contraataque de Francisco I y partió hacia Génova. En el camino de vuelta, a las puertas de Génova y ya abortada la invasión de Francia, Carlos cabalgaba desde el puerto sobre su caballo. No había podido someter a su gran enemigo Francisco I, pero al menos había logrado entrar en

Francia y demostrarle que podía volver a hacerlo en cualquier momento.

Cabalgaba Francisco de los Cobos a su lado cuando un correo llegó hasta ellos.

—Majestad, una carta de París —el mensajero le entregó un sobre.

—Ha muerto el delfín de Francia —le dijo Carlos al secretario de Estado tras leer la misiva.

—¿Cómo ha sido, señor?

—Según se cuenta aquí, el joven delfín de nombre don Francisco, como su padre, bebió un vaso de agua muy fría cuando estaba sudando tras jugar a la pelota..., igual que le ocurrió a mi padre don Felipe —recordó el emperador—. Pero nuestro espía en París señala que ha podido ser envenenado. Algunos consejeros de don Francisco le han sugerido que el envenenamiento ha sido provocado por agentes a nuestro servicio.

—El delfín tenía dieciocho años y dicen que era un joven muy capaz, creo, pero con él no acaba el linaje del rey de Francia; don Francisco tiene dos hijos más.

—¿Hemos sido nosotros? —preguntó Carlos a De los Cobos.

—¡Oh!, no, no, majestad. No. Nunca se haría algo tan grave sin contar con vuestra autorización.

—Pues aquí —Carlos señaló la carta— se dice que don Sebastián de Montecúculo, uno de nuestros delegados en París, ha sido detenido y apresado como culpable del envenenamiento.

—Averiguaré qué ha ocurrido, majestad, pero sabed que desde aquí no se ha ordenado la muerte del delfín.

Carlos se llevó la mano al vientre. El emperador sentía náuseas y ganas de vomitar. Para dar ejemplo, había comido lo mismo que el resto de sus hombres, y sentía su estómago como si estuviera lleno de brasas. Por primera vez en mucho tiempo echó de menos los cuidados de su médico Pablo Losantos, al que no había vuelto a llamar desde aquel día en la aldea de Mojados, cuando le obligó a certificar la locura de su madre la reina Juana.

Ya en Génova conocieron la muerte de Erasmo de Rotterdam, el hombre más sabio de su tiempo, cuyos seguidores comenzaban a ser perseguidos en España por la Inquisición, que consideraba los libros y las ideas de Erasmo cercanos a la herejía. Los erasmistas, tan prestigiosos cinco o seis años atrás, ya no gozaban del favor de los poderosos. Las ideas de Erasmo, tan aclamadas antes, estaban siendo rechazadas en muchas universidades por ser consideradas contrarias a la doctrina de la Iglesia católica.

Lo mismo ocurría con todo tipo de personas que se salieran del modo de conducta que indicaba la Iglesia. No solo los erasmistas, cualquiera cuyo comportamiento no fuera acorde con las reglas dictadas por Roma era tildado inmediatamente de ser sospechoso de herejía.

A los pocos días se conoció la muerte mediante descuartizamiento de Sebastián de Montecúculo, el agente en París que confesó, tras sufrir atroces tormentos, que había sido el envenenador del delfín.

Carlos, que sufría aquellos días unos intensos dolores en el estómago, volvió a pedir cuentas a De los Cobos, y el secretario de Estado insistió en que nada tenían que ver con la muerte del heredero de la Corona de Francia. Tras realizar algunas averiguaciones, informó al emperador que corría la fundada sospecha de que el delfín don Francisco había sido envenenado por indicación de su hermano don Enrique, un año menor y siguiente sucesor en la lista de herederos al trono de París.

—La verdadera instigadora ha sido Catalina de Médici, la esposa de don Enrique —acabó su informe De los Cobos.

—Pero ¿cuántos años tiene esa mujer? —se extrañó Carlos.

—Diecisiete, como su esposo. Se casó con él al poco de cumplir los catorce años, pero dicen que es una joven taimada, ambiciosa y cruel que ya conoce todo tipo de venenos.

—Esa mujer parece el mismo demonio —comentó el emperador.

—Quienes la conocen aseguran que lo es. La consideran capaz de todo con tal de convertirse en reina de Francia. El delfín don Francisco le impedía el paso, pero con su muerte se ha convertido en la esposa del nuevo heredero y, por tanto, en la futura reina de Francia.

—Si es tal como lo contáis, habrá que estar atentos a esa arpía.

En una carta llegada desde Bruselas y remitida por María de Austria, gobernadora de los Países Bajos, esta informaba al emperador sobre la estabilidad en la frontera con Francia y le indicaba que el rey Enrique VIII de Inglaterra le había pedido que le comunicara su matrimonio con Juana Seymour, a la vez que le decía que consideraba como no celebrado el matrimonio con Catalina de Aragón, la tía de Carlos. Nuevos problemas.

### *Génova, principios de noviembre de 1536*

Carlos ya estaba recuperado de las dolencias que lo aquejaron durante la campaña en la Provenza y ordenó que se preparara el viaje de regreso a España.

De los Cobos estaba en ello cuando llegó un mensajero de Valencia.

Tras una dolorosa agonía, Germana de Foix, la que fuera reina de Aragón, la segunda esposa de Fernando el Católico, había muerto.

De los Cobos se dirigió al gabinete donde trabajaba el canciller Granvela; quería darle la noticia a él antes de comunicársela al emperador.

—Buenos días, don Nicolás —lo saludó De los Cobos.

—Que lo sean también para vos —respondió el canciller.

—Acaban de informarme que el pasado día 15 de octubre, en el monasterio de los Jerónimos de Liria, murió doña Germana.

—Vaya, otra mala noticia.

—Lo es. Aquí está el informe recién llegado del reino de Valencia.

—Supongo que lo habéis leído.

—Claro. Y he querido venir a veros para que seamos ambos quienes se lo hagamos saber al emperador, porque este asunto es muy delicado. Junto al informe ha llegado una copia del testamento de doña Germana.

—Por vuestro gesto de preocupación, supongo que contiene algo comprometido.

—Mucho. En este testamento, doña Germana y su esposo dejan parte de sus bienes a la Iglesia, a la Orden de los Jerónimos para que se construya otro monasterio, y realizan otras donaciones pías.

—Hasta ahora todo normal —dijo Granvela.

—Pero doña Germana también ha dejado escrito lo siguiente —De los Cobos cogió la copia del testamento y leyó—: «Del mismo modo, legamos y dejamos nuestro gran collar de ciento treinta y tres gruesas perlas, el mejor que poseemos, a la serenísima doña Isabel, infanta de Castilla e hija del emperador don Carlos, mi señor e hijo, por el gran amor que tenemos a su alteza doña Isabel».

—Tenéis razón; esto es muy comprometido.

—Toda la corte sabe que doña Isabel es la hija fruto de los amores de juventud de don Carlos con doña Germana, pero nadie se ha atrevido nunca a hablar de ello.

—Don Carlos quedó prendado de doña Germana en cuanto llegó a España. Todos sabemos de su pasión por ella y con cuánto interés cumplió don Carlos la recomendación que le hizo su abuelo don Fernando, en carta escrita por su propia mano, de que mirase por doña Germana, la honrara y la protegiera. Dicen que era una mujer hermosa y plena de voluptuosidad, pero que comenzó a engordar tanto que se convirtió en la mujer más gruesa de España, con lo que perdió el atractivo que la hiciera tan famosa. Además, debió de ser una mujer alegre y jovial, lo suficiente como para enamorar a don Carlos.

—Sí, lo fue. Se llegaron a escribir poemas sobre su... digamos capacidad amorosa. Recuerdo ahora una... —De los Cobos hizo memoria—. Sí, es obra de un poeta llamado Fernández de Heredia. Dice este bardo, noble de condición, además, que en una ocasión, estando la corte en Zaragoza, le preguntó a doña Germana sobre si tenía alguna dolencia, a lo que la reina le contestó que sí, que el mal que la afectaba era la comezón. Y el poeta hizo estos versos: «Si el mal que su alteza tiene / es como de calor, / tome al duque por doctor que le ordene / que él mismo se desordene para curarla mejor. / Comezón de tal manera, yo digo, / con mi simpleza, que si estuviera dentro el mal, / como de fuera, / por más doliente tuviera al duque que a vuestra alteza».

—Se las gastaba bien, ese Fernández de Heredia —comentó el canciller Granvela.

—En cualquier caso, el emperador nunca ha reconocido su paternidad sobre esa joven, Isabel.

—No puede hacerlo, don Francisco. ¿Cómo va a reconocer que es el padre de la hija de su abuelastra? ¿Cómo va a declarar hija suya a una muchacha que engendró en el vientre de la esposa de su abuelo don Fernando? No puede hacerlo, nunca lo hará —asentó el canciller.

—Pero este testamento cambia todo cuanto se ha ocultado hasta ahora —asentó el secretario de Estado—. Doña Germana proclama en su última voluntad, justo antes de presentarse ante Dios, que el padre de su hija es el emperador, y la trata de «alteza», hija legítima por tanto de un rey y una reina. ¡Esto es una pesadilla!

—¿Hay algo más? —preguntó Granvela.

—Sí. El duque de Calabria, tercer viudo de doña Germana, ha escrito una carta a la emperatriz cuatro días después de la muerte de su esposa donde certifica que Isabel es hija de doña Germana. También he conseguido una copia de esa misiva. Escuchad —De los Cobos leyó otro papel—: «Con esta carta os remito copia autenticada del testamento de mi esposa doña Germana, para que vuestra majestad conozca el legado del collar de perlas que ha dejado a la infanta doña Isabel, su hija. Vuestra majestad dirá si se le envía a la infanta doña Isabel con su nombre propio o de qué otra manera».

—Doña Isabel, la emperatriz, ¿conoce algo de este asunto?

—Claro que sí.

—Tenemos un grave problema. Esa muchacha, doña Isabel, es hija del emperador y de doña Germana, que fue reina de Aragón. Es decir, hija de una relación incestuosa.

—Bueno, tal vez no; don Carlos y doña Germana no tenían ninguna relación de parentesco de sangre.

—De sangre no, pero eran parientes por sus vínculos familiares. Un tribunal bien podría calificar esa relación como de incesto y, en caso contrario, tal vez se le ocurra a alguien reclamar para doña Isabel la Corona de Aragón.

—Es hija de la que fue reina de Aragón y del que ahora ostenta ese título, sí, pero nacida fuera del matrimonio, de modo que nunca podría ser reina.

—Salvo que... —añadió Granvela en tono intrigante.

—¿Salvo qué? —se extrañó De los Cobos.

—Salvo que apareciera un documento en el que de manera secreta se certificara que don Carlos y doña Germana se hubieran casado en secreto allá por 1518.

—¿Qué estáis diciendo?

—Que si alguien mostrara un documento de ese tenor, doña Isabel podría reclamar la corona de Aragón.

—No. Aunque así fuera y alguien falsificara la celebración de esa boda, el heredero legítimo seguiría siendo don Felipe, el hijo mayor de don Carlos.

—Sí, mientras viva don Felipe, pero si muriera, y puede ocurrir, la siguiente en la lista sucesoria sería doña Isabel. Y no olvidéis que doña Isabel es hija de una francesa, y que, por tanto, Francia lo vería con muy buenos ojos. Ya habéis oído hablar de esa Catalina de Médici, la joven esposa del nuevo delfín. Si, como dicen, ha ordenado envenenar a su propio cuñado para que su esposo sea el heredero al trono de París, ¿qué no sería capaz de hacer para crear discordia en el trono de España? ¿Os imagináis la situación? Muerto don Felipe, Isabel de Austria, de Aragón y Foix y María de Austria y Castilla pugnando por la herencia de don Carlos... Tal vez en medio de una guerra entre Castilla y Aragón... La situación ideal para los intereses de Francia.

—Don Nicolás, me asombra vuestra capacidad para adelantaros a los acontecimientos —le dijo De los Cobos.

—No es probable que se dé un conflicto así, pero hay que tener todo previsto. ¿Quién podía imaginar que el rey Felipe el Hermoso muriera en Burgos, como le ha sucedido al delfín don Francisco en París, tras beber un vaso de agua fría? ¿Y quién podía prever que, tras la muerte de doña Isabel la Católica, su esposo don Fernando se volviera a casar? ¿Imagináis qué hubiera ocurrido si aquel niño, don Juan lo llamaron, que nació de ese enlace hubiera sobrevivido?

—Sí, supongo que don Carlos no sería rey de Aragón, y tal vez tampoco emperador.

—Así es. De modo que imaginad qué se puede hacer con una pequeña dosis de veneno si se sabe utilizar como arma política.

—¿Qué sugerís? —preguntó De los Cobos.

—Que, como secretario de Estado, ordenéis el archivo de esas cartas y que se guarde absoluto silencio sobre este asunto. Que el emperador tenga hijos bastardos no escandaliza a nadie, todos los reyes los han tenido, los tienen y los tendrán, pero no con su abuela.

—Abuelastra —precisó De los Cobos a Granvela.

—Abuela, abuelastra, ¡qué más da! Esto no debe saberse. Si se difunde, el escándalo sería enorme.

—Estoy de acuerdo con vos. Se archivarán y guardarán en secreto todos los documentos que hagan relación a este asunto. ¿Y en cuanto a doña Isabel?

—Creo que lo más seguro es mantenerla en la corte con toda discreción y siempre controlada. No deja de ser la hija del emperador.

—Sí, tenéis razón, es lo más adecuado. —De los Cobos tendió la mano a Granvela. Los dos principales consejeros de Carlos las estrecharon con fuerza como ratificando un pacto no escrito que deberían observar con todo celo.

Granvela y De los Cobos informaron a Carlos de la muerte de Germana. Se limitaron a mostrarle sus condolencias. Los tres sabían lo ocurrido con doña Isabel, pero los tres callaron la verdad. La callaron para siempre.

## *Mar Mediterráneo, a la vista de Barcelona, principios de diciembre de 1536*

La escuadra imperial que traía a Carlos de regreso a España zarpó del puerto de Génova con buen tiempo y navegó hacia occidente de cabotaje hasta avistar las costas de España. Desde las almenas del castillo de Montjuich, en lo alto de la montaña que dominaba Barcelona, varias salvas tronaron para saludar la vuelta del emperador.

No había acabado la guerra en el Piamonte y Saboya, pero ya se habían iniciado las conversaciones de paz entre embajadores de Francia y España con la mediación de nuncios del papa, que trataban de que se cerrase una alianza definitiva negociando, para ello, algunos acuerdos matrimoniales entre príncipes de ambos países. La posesión del ducado de Milán, que Francia seguía reclamando para sí, era el principal escollo para la firma de la paz.

Apoyado sobre la borda, Carlos observaba el caserío de Barcelona atravesado, como una cicatriz, por una rambla que descendía desde la ladera del monte del Tibidabo hasta el mar y partía en dos la ciudad: a la derecha la vieja urbe de los condes sobre el solar donde los romanos construyeran su ciudad, a la izquierda el extenso barrio del Raval, ocupado por casas de mercaderes y artesanos.

Antes de atracar en la plaza, varios *consellers* de Barcelona acudieron en una barca al encuentro con la galera real para rendir pleitesía a su emperador.

—Majestad, vuestra ciudad de Barcelona os da la bienvenida y os agradece, una vez más, vuestra visita —habló el *conseller* principal.

—Y yo os lo agradezco, señores —saludó Carlos a los miembros del comité de bienvenida, todos vestidos con sus trajes de regidores del concejo barcelonés.

Lo primero que hicieron los barceloneses fue mostrarse muy preocupados por la incursión que el corsario Barbarroja había realizado en la isla de Menorca y por si aquel pirata se atrevería a llegar hasta Barcelona en alguna ocasión.

Carlos los tranquilizó. Todavía no sabía que Barbarroja, tras saquear Mahón, había regresado a Argel, donde había reparado sus galeras, y puesto de inmediato rumbo a Estambul para entrevistarse con el sultán Solimán y tratar de elaborar una estrategia conjunta contra el emperador.

En Estambul se estaba preparando una guerra total. Barbarroja contaba con la belicosidad de los españoles y los alemanes, que los hacía temibles en el combate, con la mutabilidad de los griegos, que los hacía de poco fiar en cualquier acuerdo, y con el posible apoyo de los moriscos españoles, pues entre ellos no se habían olvidado las costumbres y tradiciones musulmanas que practicaron sus padres y sus abuelos. Pero para poder centrar todo el esfuerzo del Imperio otomano contra el Imperio de Carlos, el corsario le rogó al sultán que se olvidara, al menos por el momento, de su guerra con Persia, pues para vencer al César se debía cerrar ese frente oriental y concentrar todas las fuerzas en el Mediterráneo y en Hungría.



## *Tordesillas, Navidad de 1536*

Apenas descansó un par de días en Barcelona. Había dado orden de que toda la familia se reuniera las próximas navidades en Tordesillas, junto a la reina Juana.

Sin apenas otro tiempo para el descanso que las horas necesarias para dormir, Carlos se dirigió desde Barcelona a Tordesillas, donde ya lo aguardaba Isabel con sus hijos Felipe, María y la pequeña Juana, de año y medio de edad.

Era el día 19 de diciembre, al atardecer, cuando un vigía encaramado en lo alto de la torrecilla de la iglesia de San Antolín, junto al palacio real donde seguía encerrada Juana la Loca, atisbó la vanguardia de la comitiva imperial.

—¡Ya llega, majestad, ya llega el emperador! —avisó una de sus damas de compañía a Isabel, que corrió escaleras arriba hasta el mirador de palacio donde la reina Juana solía pasar muchas horas al sol.

Llevaba de la mano a sus dos hijos mayores, en tanto la pequeña Juana había quedado durmiendo en su cuna.

Felipe era un muchachito de nueve años, no muy alto para su edad, de pelo rubio oscuro, frente amplia y despejada, ojos castaños algo saltones, labios carnosos y nariz recta y proporcionada. No había heredado la exagerada mandíbula inferior de su padre el emperador, pero sí manifestaba un ligero prognatismo, tan característico de los varones del linaje de los Habsburgo. María, de ocho años, guardaba cierto parecido con Felipe; la frente también despejada, ojos redondos, labios sensuales y mentón redondeado. Ambos, pese a su corta edad, mantenían un aspecto severo y altivo como los pequeños príncipes que eran y tal cual estaban siendo educados por su madre.

—Vuestro padre está a punto de llegar. Ya sabéis que es rey y emperador, de modo que comportaos como os he enseñado. Nada de carantoñas ni de efusividad cuando se acerque a vosotros; esperad a que él lo haga y dadle un beso en la mejilla. Tú, Felipe, inclina la cabeza antes de que te abrace, y tú, María, dobla la rodilla ligeramente, como ya sabes. ¿Entendido? —les dijo Isabel.

—Sí, madre —respondió Felipe.

—Sí, mamá —repuso María.

—Entonces, bajemos al patio; esperaremos al emperador en la puerta. Y abrigaos bien que hace mucho frío.

—¿Y la abuela? —preguntó María.

—Espera en la sala grande; iremos a verla todos juntos.

Ante la puerta de la casona palaciega de Tordesillas formaba la guardia de palacio desplegada en dos alas a ambos lados de la familia imperial.

El portaestandarte, un formidable jinete vestido con los colores heráldicos de la monarquía de los Austrias, fue el primero en aparecer en el recodo, al final de la calle que discurría paralela al río, entre el monasterio de Santa Clara y el palacio real. Tras él marchaba un escuadrón de caballería ligera y luego el emperador, sobre un caballo

blanco, entre cuatro hombres de armas de la caballería pesada, luego los carros con la impedimenta y al final otra escuadra de caballería.

Al llegar ante la puerta de palacio, un palafrenero corrió a sujetar las riendas del caballo blanco. Carlos desmontó con agilidad y se dirigió con paso firme hacia su familia.

—Isabel, Isabel... —Abrazó a su esposa con fuerza y la besó en la boca.

—¡Cuánto te he echado de menos! —dijo la emperatriz.

—¡Vaya! ¡Cómo habéis crecido! —exclamó Carlos dirigiéndose a sus dos hijos mayores.

—Señor... —Felipe inclinó la cabeza ante su padre, que lo sujetó por los hombros y lo besó en la mejilla.

—Felipe, eres ya todo un hombre. Y mi preciosa María. ¡Qué guapa estás!

La niña dobló su rodilla y Carlos le dio otro beso.

—¿Y mi pequeña Juana?

—Está durmiendo.

—¿Está bien?

—Sí, sí, es una niña sana y fuerte, y muy aguda para su edad —dijo la emperatriz.

—Bien —sonrió Carlos a su esposa.

—Tu madre te aguarda —anunció Isabel.

—Sí, vayamos a verla. Pero antes necesito...

La emperatriz hizo una indicación y un par de criados acudieron prestos con una palangana y unos paños limpios. Carlos se alivió en un retrete, se lavó las manos, el cuello y la cara y se dirigió a la sala grande.

Juana, reina de Castilla y de Aragón, contemplaba el crepitar de los leños en la chimenea de la sala grande. Hacía casi treinta años que vivía recluida entre aquellas paredes de barro y yeso sumida en unos recuerdos que se confundían en su memoria con sus deseos. ¡Treinta años!, toda una vida.

Solo había salido de su encierro entre esas paredes en tres ocasiones: cuando, durante unos meses, los comuneros se hicieron con el control de Tordesillas y pudo ser libre y caminar por los sotos del río con su hija Catalina; en una ocasión en que se le concedió autorización para pasear por las orillas del río; y en aquellos días que debido a un brote de peste Carlos le permitió ir a la cercana villa de Mojados para celebrar allí un encuentro familiar.

Vestida de negro, con una toca de terciopelo ribeteada con una orla roja con florecillas bordadas con hilo de oro, Juana lucía al cuello una magnífica piedra preciosa, un granate del tamaño y forma de un huevo de perdiz engastado en una filigrana de oro.

Sus ojos, oscuros y profundos, reflejaban una intensa melancolía. A sus cincuenta y ocho años había perdido toda la lozanía de la juventud, el brillo de la ilusión y la

tersura de la piel. Algunas arrugas marcaban en su frente, en sus párpados y en la comisura de sus labios los años de encierro, soledad y tristeza.

Pero pese a tanto cuanto había padecido, mantenía una serena majestad y la altivez propia de una reina. Sí, las Cortes de Toro la habían declarado, hacía de aquello ya treinta años, inhábil para ejercer el gobierno de sus reinos, pero nunca había dejado de ser la reina, nunca había renunciado a su condición de soberana, nadie la había desposeído del derecho que por linaje y justicia le pertenecía. Juana seguía siendo, pese a permanecer encerrada en su prisión de barro de Tordesillas, la reina de Castilla y de Aragón, y así figuraba en las inscripciones, las monedas y los documentos de esos reinos.

—Madre... —Carlos se acercó a Juana, que permanecía sentada absorta en el crepitar del fuego de la chimenea.

—¿Eres tú? —preguntó Juana sin girar la cabeza.

—Podéis retiraros, señoras —les indicó el emperador a las dos damas que hacían compañía a su madre.

—Majestad... —Ambas inclinaron la cabeza y salieron de la sala.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó Carlos.

—Hace semanas que se marcharon las alondras; ya no se escuchan sus altos trinos y sus agudos gorjeos. Volverán a comienzos de la primavera. Lo hacen cada año. Todos los años. Volverán.

—Han venido a verte mi esposa Isabel, tu sobrina, y tus nietos Felipe y María —dijo Carlos. Tras el emperador estaba Isabel de la mano de sus dos hijos mayores.

—Cuando escucho su primer canto, poco después de amanecer, sé que la primavera ya está aquí. Algunos confunden el canto de la alondra con el del ruiseñor, pero yo no. El de la alondra es más agudo, más uniforme; el del ruiseñor tiene más variaciones, más registros, más notas musicales.

—Madre, madre...

—Me dijeron que venciste a los turcos. Bien hecho. Como tu abuelo don Fernando.

—Sí. Los vencí y recuperé La Goleta y Túnez, pero todavía quedan muchos puertos en sus manos.

—El turco es nuestro enemigo. Hay que estar atentos y vigilantes.

—Nunca dejamos de hacerlo.

—Sé que quieren volver a Granada.

—Pero no lo conseguirán.

—Mis padres conquistaron Granada. Granada, Granada... Nunca he estado en Granada. No deben recuperar Granada.

—No, madre, no lo lograrán.

—¿Esos son tus hijos? —Juana se giró, sin levantarse de su sillón, para observar a sus dos nietos.

—Sí. Felipe y María. Falta la pequeña Juana, que está durmiendo ahora; solo

tiene año y medio.

—¿Juana?

—Sí. Le pusimos tu nombre, en tu recuerdo.

—Mi nieta Juana... Quiero verla.

—Enseguida, madre, cuando despierte.

La familia imperial pasó diez días en Tordesillas celebrando un banquete tras otro, escuchando conciertos de música en la iglesia de San Antolín, entre ceremonias religiosas y misas celebradas en la capilla de la cúpula dorada del convento de Santa Clara, al que Carlos otorgó algunas donaciones.

El 29 de diciembre dejaron Tordesillas. Antes de ir a Valladolid, Carlos dio instrucciones a Luis, el joven marqués de Denia que había sucedido a su padre como guardián y carcelero de la reina, para que mantuviera el régimen de estricta vigilancia sobre su madre. No se le permitía salir del palacio y no se consentía ninguna visita que no fuera expresamente autorizada por el emperador en un documento firmado de su puño y letra.

### *Florenia, 6 de enero de 1537*

Había quien aseguraba que en aquella ciudad de la Toscana se habían creado las formas más sublimes de la belleza en el arte.

Sus iglesias, conventos y palacios rebosaban de las obras de pintura y escultura más extraordinarias de su tiempo. Semejante aluvión de belleza y de arte había sido provocado por la pasión de la familia Médici, la rica dinastía de banqueros y mercaderes que había sido dueña y señora de esa ciudad durante cien años.

Pero los Médici fueron depuestos por una revuelta que proclamó el poder del pueblo florentino y los echó del gobierno de la ciudad. El emperador reaccionó y recuperó Florenia para los Médici, colocando al frente del gobierno de la Señoría a Alejandro de Médici, hijo natural del papa Clemente VII, otro Médici, y de una de sus sirvientas, una hermosa esclava negra llamada Simonetta.

El hijo natural del papa había heredado de su madre los rasgos de su raza africana: pelo rizado, piel marrón propia del mestizaje, ojos oscuros y profundos, nariz grande y ancha y labios gruesos y carnosos. Su aspecto físico era más próximo al de las gentes de África que al de los europeos, tanto que todos lo apodaban Alejandro el Moro.

Convertido en duque de Florenia gracias a Carlos de Austria y con el gobierno de la república sobre sus hombros, Alejandro de Médici fue tildado enseguida por sus muchos enemigos de mal gobernante y de mostrarse cruel y despiadado. Su primo Hipólito Médici se había enfrentado con él, pero había muerto envenenado, contaban algunos que por orden del propio Alejandro. Por el contrario, sus defensores alegaban

que era un gobernante justo y que estaba devolviendo a Florencia la riqueza y el prestigio que la ciudad había disfrutado años atrás.

Para ratificar su pacto con el papa Clemente y asegurar la alianza con Florencia, Carlos casó en Nápoles a su hija natural Margarita de Parma, la que tuvo en Flandes con Juana van der Gheynst, con Alejandro; Margarita solo tenía trece años, Alejandro veintiséis. En ese momento el Moro mantenía una amante llamada Tadea Malaspina, que ya le había dado tres hijos. Pese a la boda con la hija del emperador, Alejandro siguió con su amante y relegó por completo a la joven Margarita, a la que no prestó la menor atención.

Alejandro el Moro era un hombre de sangre caliente, muy dado a las mujeres, que gustaba salir por las noches de ronda, recorriendo burdeles y tabernas en compañía de algunos amigos. Siempre lo acompañaba uno de sus parientes, el joven Lorenzo, otro miembro de la familia Médici, que solía hablar poco y a quien muchos temían solo con mirar sus ojos. Algunos lo llamaban Lorenzino de modo despectivo y para que no se confundiera con su antecesor, el recordado Lorenzo el Magnífico.

Algunos amigos del Moro lo habían prevenido sobre las perversas intenciones de Lorenzino, pero Alejandro no hizo el menor caso de esos comentarios y siguió confiando en su pariente y compañero de juergas y orgías. Estaba tan seguro de su lealtad que le entregó una llave de la puerta de su aposento para que entrara cuando quisiera.

Pero Lorenzino estaba tramando su traición en secreto. La tarde del 5 de enero los dos parientes cenaban juntos. Alejandro se había encaprichado de una hermosísima dama casada con un honrado mercader florentino, a la cual quería llevar a su cama, y así se lo confesó a su compinche. Lorenzino vio ahí la oportunidad que esperaba y engañó al Moro. Le dijo que había hablado con aquella dama y que ese mismo día, de manera discreta, lo visitaría a media noche, pero en el palacio de Lorenzino, que estaba al lado del de la dama. Alegó que no quería que se levantaran sospechas, pues era una mujer casada y conocida y pretendía que no hubiera ningún testigo de su encuentro.

Engañado, Alejandro ordenó a todos sus criados que se marcharan del palacio esa noche y, tal como le había indicado su pariente, se metió en la cama de Lorenzino a esperar la llegada de la mujer que tanto anhelaba.

—¿Estás preparado? —le preguntó el traidor.

—Listo y ansioso —respondió el Moro desde el lecho.

—Pero ¡por todos los santos!, ¿cómo vas a recibir a esa hermosa hembra de esa manera?

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado Alejandro.

—A esa espada, por supuesto. ¿Esperas a una dama para hacerle el amor o a un rival para entablar una pendencia? Vamos, aleja la espada a un lado; estarás más cómodo y la dama no se asustará al verla. ¿O quieres que salga corriendo antes de gozar siquiera de sus primeros besos?

—Tienes razón. —Alejandro cogió la espada y la ocultó al otro lado de la alcoba, tras unas cortinas.

—Descansa ahora, que la noche promete una batalla intensa. Voy a buscarla y te la traeré como paloma a las garras del halcón. Va a ser la noche más gozosa de tu vida. ¡Ah!, toma este vino, bebe un buen trago. —Lorenzino le ofreció una copa con vino rojo.

—¿Qué es? —preguntó el Moro tras oler el aroma dulzón del caldo.

—Vino de Chianti endulzado con jalea. Te proporcionará tanto vigor que tendrás el miembro duro y enhiesto como el tronco de un ciprés durante toda la noche.

Alejandro dio un pequeño sorbo. Estaba muy sabroso. Con un par de tragos más apuró la copa y la vació.

—No tardes.

—Antes de una hora estarás en el paraíso.

—Eso espero.

Lorenzino salió de su cámara dejando a Alejandro en la cama, que se relamía los labios por el dulzor del vino y por la mujer que esperaba recibir en su cama.

Ya fuera, el traidor fue en busca de su criado Escoroncolo, un tipo bragado y matón, amigo de pependencias y trifulcas, y de Saeta, un mozo de cuadra grande y lelo, lento y fuerte como un buey, pero con menos cerebro que una mosca.

—¿Estará dormido? El Moro es muy diestro con la espada —repuso Escoroncolo temeroso de lo que pudiera hacer con ellos el duque.

—Descuida. Le he dado una cantidad de somnífero suficiente como para dormir a una docena de mulas. Vosotros dos solo tenéis que acercaros al lecho en silencio y sujetarlo como os he explicado, uno de cada lado. Yo me encargo del resto.

Los tres conjurados entraron en la estancia, donde lucía una lamparilla de aceite, y rodearon la cama. Alejandro dormía profundamente. A una indicación con la cabeza, los dos criados sujetaron al Moro por los brazos, y Lorenzino lanzó una cuchillada entre las costillas del duque, buscando romperle el corazón. El cuchillo, de hoja grande y ancha, resbaló al pinchar en hueso, pero se clavó más de cuatro dedos en el costado.

Alejandro se despertó de golpe al sentir la punzada de la muerte, abrió los ojos, vio a sus asesinos y, en un gesto reflejo, se arrojó de la cama por el lado de Saeta aprovechando que Escoroncolo, asustado por aquella reacción, lo había soltado un instante.

—¡Remátalo, remátalo! —gritó Lorenzino.

Saeta obedeció. Sacó de su vaina un gran cuchillo que portaba al cinto y lanzó una cuchillada que alcanzó al duque en el rostro provocándole una herida que le cruzó todo el lado derecho de la cara.

El Moro chilló de dolor, giró sobre sí mismo y se arrastró por el suelo hasta un pequeño banco que había a los pies de la cama y con el cual trató de protegerse. Pero caído en el suelo, desnudo, desarmado, apuñalado en el costado y en la cara, estaba

perdido. Enfebrecidos a la vista y el olor de la sangre, los tres asesinos empuñaron sus aceros y comenzaron a lanzarle cuchilladas.

Alejandro sacó fuerzas de donde no las había y se lanzó como una bestia herida sobre Lorenzino llamándolo traidor. Logró morder el pulgar de la mano izquierda de su pariente y lo hizo con tanta fuerza y rabia que sonó un crujido seco; le había quebrado los huesos de ese dedo.

—¡Ayudadme, ayudadme! —gritó Lorenzino desesperado y presa de dolor.

Saeta sujetó con toda su enorme fuerza al duque por los hombros y lo volteó contra el suelo. Escoroncolo aprovechó ese momento para clavar una profunda cuchillada en el cuello del Moro, degollándolo como a una res en el matadero.

Entre los estertores de muerte del duque, que arrojó un borbotón de sangre por la boca, los tres asesinos, sedientos de sangre y excitados por la carnicería, siguieron propiciándole cuchilladas hasta que el Moro dejó de moverse.

Cubiertos de sangre, temblando y con los ojos como platos observaron en silencio el cadáver del señor de Florencia cosido a cuchilladas y empapado en un líquido oscuro y viscoso. En la habitación olía a una mezcla del sabor dulzón de la sangre, excrementos y aceite rancio.

—Ponedlo encima de la cama —ordenó Lorenzino.

—Ese cabrón ha chillado como un cerdo en el desolladero. En el silencio de la noche media Florencia habrá escuchado sus gritos —repuso Escoroncolo.

—No. Algunas noches se arma una buena jarana en esta casa. Los vecinos que hayan oído algo creerán que se trata de una más de las juergas que nos corremos aquí.

—Pero no tardarán en enterarse de lo que ha sucedido. No podemos ocultarlo.

—Llevaremos el cadáver de mi primo al cementerio de San Lorenzo oculto dentro de una alfombra. Tendremos tiempo suficiente para huir de aquí y escondernos antes de que comiencen a buscarnos.

Lorenzino huyó a Venecia. Declaró que había matado a Alejandro por el bien de la república de Florencia y para vengar a su prima Laudomia, una bella viuda a la que el Moro, según declaró el asesino, había pretendido violar.

En la ciudad de los canales fue asesinado por unos sicarios enviados por los partidarios de Alejandro, los cuales se refugiaron en la embajada de España para no ser detenidos y ajusticiados por las autoridades venecianas.

Margarita de Parma, la joven viuda que acababa de cumplir quince años pocos días después del asesinato de su esposo, regresó a Flandes, donde la esperaba su tía María, que la había criado como a una hija.

Cosme de Médici se hizo con el poder en Florencia ayudado por los españoles y con el permiso y la confirmación del emperador, que le concedió el título de marqués.

Cuando Carlos recibió el informe de aquel suceso, solo pensó en que no había visitado Florencia, como se había propuesto, y que no había visto la estatua del *David* de Miguel Ángel.

## *Valladolid, principios de primavera de 1537*

Aquel invierno estaba siendo muy frío. Solo el cálido cuerpo de Isabel hacía olvidar a Carlos el recuerdo del agradable clima de Taormina o la suave brisa de la bahía de Nápoles, donde tantas noches había soñado con tenerla a su lado y amarla hasta el amanecer.

Desde su regreso de la guerra con Francia se habían amado casi todos los días. A mediados de febrero Isabel no menstruó, de modo que supuso que volvía a estar embarazada.

—Lo ocurrido en Florencia con el asesinato de Alejandro de Médici ha sido terrible, pero hemos logrado mantener allí nuestra influencia —comentó Carlos a su esposa durante la cena.

—Espero que no sea lo suficientemente grave como para que tengas que marcharte de nuevo —repuso Isabel.

—Ahora que estoy contigo, deseo que nunca más surjan motivos para separarnos ni un solo instante. —Carlos se incorporó para abrazar a su esposa—. ¡Aggg! —gritó de pronto; al dar el primer paso sintió un enorme dolor en el pie derecho, como si le hubieran clavado un estilete rusiente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Isabel preocupada.

—La gota, otra vez esta maldita gota —se quejó Carlos apoyado en la mesa, entre evidentes signos de dolor.

El mundo pesaba demasiado, incluso para el emperador. Carlos estaba cansado, enfermo y abrumado. Ni siquiera la presencia de Isabel lo animaba en esos días de finales del invierno, en los que el nuevo ataque de gota, más doloroso e intenso que en las ocasiones anteriores, lo dejó postrado en cama.

El más mínimo roce sobre su pierna derecha le provocaba un dolor insoportable, de manera que apenas podía moverse y mucho menos acostarse en la misma cama que Isabel. Si durante la noche, mientras dormía, hacía algún movimiento involuntario y su pierna gotosa rozaba con las sábanas, se despertaba aullando como un lobo herido por un cepo de púas de hierro.

Después de que pasaran tres días sin que los médicos pudieran calmarle los dolores, el emperador ordenó que avisaran a Pablo Losantos.

Cuando el mensajero del emperador se presentó con dos guardias imperiales en casa de Pablo Losantos, el médico se temió lo peor. Hacía ya casi tres años, desde aquel verano en la aldea de Mojados, que no había recibido ninguna llamada suya.

—El emperador os reclama en palacio.

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo!

—¿Sabéis para qué? —preguntó Losantos preocupado.



—Acaba de sufrir un acceso de gota. Vamos, daos prisa.

En el palacio real de Valladolid, Carlos de Austria se retorció de dolor. Tenía el pie derecho hinchado, ardiente y enrojecido.

—¡Don Pablo, maldita sea, cuánto habéis tardado! —protestó el emperador al ver a su médico.

—He venido en cuanto me han avisado, majestad —se excusó Losantos.

—¿Cómo os ha ido en todo este tiempo?

—Bien, majestad, bien. No me faltan clientes, y mi hermana María me ayuda mucho con sus conocimientos de hierbas y pócimas.

—Mirad ese pie, de nuevo la condenada gota. Esta vez el dolor es más fuerte que nunca.

—Permitidme. —Losantos observó la hinchazón; en algunos poros había gotas de supuración.

—¿Qué?, decidme algo.

—Ya lo sabéis: nada de carne, ni pescados, ni cerveza, ni vino. En los próximos días comeréis solo verduras, hortalizas y algo de pan. La primavera ya está aquí, de modo que no faltarán esos productos en las huertas.

—Siempre habéis dicho que vuestra hermana conoce todo tipo de hierbas curativas. Decidle que prepare algún brebaje contra la gota.

—Ya lo he hecho antes de salir para aquí. Os está preparando un zumo de perejil, acelgas y apio. Tomaréis todos los días un buen vaso para desayunar...

—¿Qué?

—... Y otro para cenar.

—¿Perejil, acelgas...?

—Esas verduras serán vuestro desayuno y vuestra cena, y para almorzar a medio día alguna legumbre, hortalizas y un poco de fruta, la que se encuentre. Nada más.

—¿Sabéis?, tanto tiempo sin veros y ya lamento haberos llamado.

—Haced lo que os digo, majestad, o volveréis a sufrir nuevos ataques de gota, y no solo en el pie, sino también en el codo y en otras articulaciones. Hacedme caso.

—Siempre fuisteis un matasanos. Volved mañana.

—¿Eso significa que vuelvo a ser vuestro médico? —preguntó Pablo.

—¿Acaso alguna vez dejasteis de serlo? —ironizó Carlos.

A comienzos de primavera, y gracias a la dieta que le impuso Pablo Losantos, la pierna de Carlos mejoró y pudo andar por su propia cuenta; aunque cada vez que daba un paso tenía miedo a que regresara aquel suplicio y que se reprodujeran aquellas ardientes punzadas que lo martirizaban en un permanente tormento.

Estaba abúlico, triste, abatido, pero el Imperio no podía detenerse.

En abril se convocaron Cortes de Castilla y León en la ciudad de Valladolid, donde Carlos volvió a pedir más dinero para financiar las guerras contra Francia y

contra los turcos. Pero el reino estaba arruinado y sus gentes pasaban por una mala etapa debido a las escasas cosechas, a la voracidad de los señores, que asfixiaban con su demanda de elevadas rentas a los campesinos, y a los impuestos que se abonaban a la Corona. El emperador solicitó de las Cortes un subsidio de doscientos cuatro millones de maravedíes para defenderse del contraataque de Francisco I, que se dirigía con un gran ejército hacia Flandes, y prevenir las nuevas rafias que se esperaban de Barbarroja.

Además había que seguir de cerca la conquista de América y dictar disposiciones para su gobernación, y atender a la protección de los barcos que iban y venían a través del Atlántico, pues los corsarios ingleses ya habían puesto los ojos en ellos.

Las Cortes de Valladolid aprobaron esos doscientos cuatro «cuentos», que es como llamaban a los millones en Castilla, para mejorar las defensas en las fronteras con Francia y en los puertos del Mediterráneo, pero se negaron a conceder dinero alguno para defender el reino de Hungría de una invasión otomana. Eso era cosa de los alemanes, alegaron.

### *Valladolid, principios de julio de 1537*

Los campos dorados ofrecían aquel año una escasa cosecha. Aquel invierno no había nevado como de costumbre, y la primavera había sido poco lluviosa, de modo que el trigo y otros cereales apenas habían crecido, y ya eran varios años seguidos de escasez.

Los más pobres tenían que recurrir a recolectar plantas silvestres a orillas de los ríos y arroyos de Castilla, sobre todo brezos y raíces de cardos y de juncos, que con unos nabos y alguna cebolla, un mendrugo de pan duro y un puñado de garbanzos constituían la única comida para muchos en varios días. Los más desesperados cazaban pajarillos, topos de río, caracoles e incluso ratas, que guisaban en su propia grasa aderezados con algunas hierbas.

Granvela y De los Cobos estaban preocupados. Si la situación de escasez de comida se mantenía durante algún tiempo más, era probable que estallaran revueltas por la subsistencia e incluso que resurgieran nuevos movimientos como los de los comuneros, que años atrás estuvieron a punto de hacer perder el trono de Castilla al emperador.

La hambruna arrastraba a algunas mujeres a ejercer la prostitución para conseguir algo de comida que llevar a su boca y a la de sus hijos. En Valladolid había muchas prostitutas. Esta ciudad se consideraba el centro de la corte real, y allí residían muchos nobles y a ella acudían nuncios de todas las ciudades para pedir privilegios y mercedes al emperador. Estos delegados eran los principales clientes del burdel, que estaba bien nutrido de putas. Varias de ellas, embozadas y con el rostro cubierto a la

manera de las moriscas, se apostaban a las afueras de la ciudad, por las orillas del río y, sobre todo, a la hora del atardecer, ofreciéndose a los hombres que se acercaban por aquellos sotos y veredas en busca de servicios sexuales.

Algunos días había tantas meretrices en busca de clientes que entre ellas se producían verdaderas trifulcas cuando dos o más se enfrentaban por conseguir llevarse a la cama, o a un ribazo, a uno de ellos. Las más atrevidas y procaces anunciaban a voces el tipo de servicios que eran capaces de practicar, incluso por una cantidad de dinero con la que apenas les daría para comer ese día.

—La situación se está volviendo cada día más complicada —dijo Granvela—. ¿Habéis visto a todas esas mujeres ejerciendo la prostitución a orillas del Pisuerga?

—¿Qué queréis que hagan? Muchas de ellas son jóvenes viudas que no tienen otra manera de alimentar a sus hijos pequeños —repuso De los Cobos—. Cuando el hambre aprieta...

—Ayer se produjo un grave altercado cerca del Campo Grande. Dos prostitutas se enzarzaron en una pelea en la que pronto intervinieron sus respectivos rufianes y otros alcahuetes que andaban por allí y se lio una buena entre la jerigonza de maleantes que viven de las mujeres que ejercen ese oficio. Ha habido tres heridos por cuchilladas, otros dos por huesos rotos, varios por contusiones y un gran escándalo. Si esto sigue así, el emperador demandará una acción ejemplarizante. Algunos inquisidores ya están proponiendo que hay que perseguir a las putas y acabar con su oficio —dijo el canciller.

—Ese remedio sería peor que la enfermedad que trata de curar. Las meretrices calman el ardor de muchos varones, que vierten sus energías en el ejercicio del coito en el burdel. Si no fuera por los prostíbulos, donde se desfogan los jóvenes más coléricos, los altercados en las calles serían mucho más graves y abundantes.

—Tal vez, pero o se pone remedio a esta situación, o se nos irá de las manos. Vos, don Francisco, sois español y conocéis bien a vuestra gente. Yo lo intento aprendiendo de lo que se escribe sobre vuestra nación. Acabo de leer un original, que ya ha sido autorizado para imprimirse, firmado por un tal Alejo Venegas. Este libro se titula *Los vicios de los españoles*. ¿Queréis saber, según este escritor, cuáles son los cuatro más habituales?

—Os escucho, don Nicolás.

—Pues bien: poseer un exceso de trajes, considerar que los oficios mecánicos y artesanos son una deshonra para quienes los ejercen, manifestar un exagerado orgullo por el linaje familiar y no querer saber nada sobre ciencia ni sobre letras.

—Esos no son los vicios de los españoles, señor canciller, sino de los potentados de esta tierra, una minoría —puntualizó De los Cobos.

—Vos sois uno de ellos. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí. Los nobles españoles tenemos demasiada querencia por nuestros trajes, tanto que ha sido uno de los temas tratados en las pasadas Cortes de Valladolid, pero todavía nos gusta mucho más el dinero. Hay un refrán castellano que reza: «Dame

dineros y no consejos». Ese es el verdadero vicio de los españoles ricos. Pero hay otros muchos que proclaman su hidalguía como una mera pose, una fachada de pega, como esos arcos efímeros hechos con cartón y tablas que los concejos construyen a las entradas de sus ciudades cuando las visita el emperador: papel en vez de piedra, ese es el carácter de los potentados españoles.

—Otra cosa que no entiendo de los españoles es que sois muy desagradecidos — dijo Granvela.

—¿Cómo?

—Fijaos en lo ocurrido con don Cristóbal Colón. Ese marino descubrió un nuevo mundo para España, y acabó rechazado por su rey y casi olvidado por los españoles.

—Bueno, el mes pasado celebramos un funeral en su memoria en la catedral de Valladolid.

—Sí, pero las honras fúnebres fueron tan sencillas que casi parecía más el funeral de un apestado que el del gran marino que fue. Y sus huesos andan por ahí dando tumbos, sin saber dónde acabarán. Debería tener ya un gran mausoleo, aquí, en Sevilla o en Granada, antes de que sus restos acaben quién sabe dónde.

—Por cierto, don Nicolás, el papa ha emitido una bula en la que declara que los indios no sean tratados como brutos, y pide que sean bautizados y se evite su conversión en esclavos.

—Sí, el emperador ya está al tanto de ello —confirmó el canciller.

—Deberíamos prestar más atención a los asuntos de Indias. Ayer me presentó uno de mis escribientes un informe sobre los hombres que han ido al Nuevo Mundo. Ya son más de diez mil los que han logrado un pasaporte en los últimos veinte años, y supongo que serán otros tantos los que habrán hecho esa travesía sin autorización.

—No me extraña, don Francisco, no me extraña. Son muchos los que ven en América —el canciller Granvela nombró así a las Indias— la tierra propicia para ganar fama y fortuna. Los conquistadores hacen la guerra a los indios al grito de «¡Santiago, Santiago!», como en los tiempos de la lucha contra la morisma de Granada. Algunos, por lo que tengo entendido, creen que los indios son como los moros, e incluso así los llaman a veces, llegando a referirse también a sus templos con el nombre de «mezquita».

—Sí, lo sé. Además de la ambición de riquezas, no pocos acuden a las Indias tras haber leído alguno de esos perniciosos libros de caballerías como el *Amadís* o *El caballero Cifar*. Hace unos años eran pocos los que podían leerlos, pero desde que se inventó la imprenta casi cualquiera que tenga una pequeña renta puede comprar uno de esos libros —se quejó el secretario de Estado.

—Y no olvidéis que don Fernando el Católico autorizó que los españoles pudieran casarse con mujeres de las Indias.

—El mestizaje, sí. Miles de mestizos pueblan ya algunas ciudades del Nuevo Mundo. ¡Ah, qué tiempos estamos viviendo, don Nicolás, qué tiempos!

## *Valladolid, fines de julio de 1537*

Hacía ya un par de meses que los dolores producidos por la gota no se habían vuelto a repetir. Pero el emperador seguía taciturno y sin apenas ánimo.

Acabadas las Cortes de Valladolid, tocaba el turno de las generales de la Corona de Aragón, que se convocaron para finales del mes de julio en la villa aragonesa de Monzón.

—¿Tienes que ir a esas Cortes? —le preguntó Isabel.

—No puedo faltar. Los aragoneses, los catalanes y los valencianos son gentes tercas y orgullosas. Si no me presento en Monzón serían capaces de renegar de mí. No se trataría de la primera vez que quieren quitarse de en medio a un rey.

—Alega que estás enfermo, que no puedes viajar...

—No lo creerían.

—Pero todos saben que has tenido un ataque de gota, que sufres fuertes dolores...

—Ya ha pasado. No hay excusa para faltar. Además, los turcos y los franceses han ratificado su alianza. Nuestros agentes secretos en París acaban de avisar por carta cifrada de que se puede producir un ataque combinado de ambos a nuestros dominios de Italia en los próximos meses. Al parecer han acordado un plan según el cual don Francisco invadirá las tierras de Milán y las galeras otomanas atacarán a la vez Nápoles desde sus bases en Albania. Por eso necesito toda la ayuda de aragoneses, valencianos y catalanes. Si no la tengo, perderemos Italia, y tal vez mucho más.

—¿Qué vas a hacer para evitarlo?

—He ordenado que oficiales reales inspeccionen todos los barcos de nuestra armada, y Andrea Doria ha armado una flota con la que ha salido al encuentro de los turcos. Si los intercepta, los destruirá. Es el mejor almirante del mundo.

Andrea Doria no falló. Al frente de la flota recorrió las aguas del mar Adriático, por las costas de las islas de Corfú y Cefalonia, donde desbarató los convoyes otomanos que acudían a abastecer a sus navíos de guerra, apresó varias galeras y hundió otras muchas. Tras castigar con dureza a los turcos, regresó a Sicilia victorioso.

Carlos salió de Valladolid camino de Monzón, dejando atrás a Isabel, embarazada de seis meses, y a sus tres hijos.

Se encontraba bastante bien, y casi había olvidado los dolores de gota que lo habían martirizado a finales del pasado invierno. Incluso se permitió practicar la caza durante el viaje de ida a Aragón, en los sotos de Aranda.

Entró en Aragón por el valle del Jalón y pasó tres días en Calatayud, desde donde viajó a Zaragoza en dos jornadas.

Una semana se detuvo en la capital del reino de Aragón, en su palacio de la Aljafería, donde se despertaron de nuevo muchos de sus recuerdos. En aquel palacio que fuera de los reyezuelos moros y de sus abuelos los Reyes Católicos había nacido

su primera hija, la infanta Isabel, engendrada por Germana de Foix. Nunca la había reconocido como propia, y, aunque bajo los artonados de madera dorada de la Aljafería se lo planteó, decidió que nunca lo haría, pues sería como reconocerse autor de un incesto, y eso no podía hacerlo. No, no podía.

En Zaragoza asistió a la procesión del Corpus. Lo hizo desde la galería de la casa del Justicia de Aragón, don Juan de Lanuza, sita en la plaza del Mercado. El 10 de agosto llegó a Monzón, donde todo estaba preparado para celebrar las Cortes en la iglesia de Santa María.

### *Monzón, fines de verano y comienzos de otoño de 1537*

El peligro que suponía la alianza entre Francia y el turco remitió aquel verano. Andrea Doria había causado numerosos destrozos a la armada otomana y Francisco I había decidido que sin el apoyo de la flota turca no podía invadir la Lombardía. Una nueva guerra se alejaba, por el momento.

El discurso que el emperador pronunció en la sesión de apertura de las Cortes de Monzón fue vibrante y cercano, pero al fin todo se resumió en la solicitud de dinero. Más dinero.

La administración imperial era una devoradora de oro y plata: mantener los gastos de la casa real, los sirvientes, el pago al ejército, los salarios de los oficiales, la numerosa intendencia, atender a las fortificaciones, armar la flota, los intereses de los préstamos, las rentas de los beneficiados... Todo ingreso parecía poco para la voracidad de aquella boca de engullir recursos.

Además, el emperador se mostraba dadivoso con quienes lo habían ayudado y con sus familias. A los enormes gastos de la administración del Imperio se añadían las generosas pensiones vitalicias que se concedían, como las que se otorgó al hijo y a la madre de Garci Lasso de la Vega, que ascendían a ciento cuarenta mil maravedíes anuales entre las dos.

A diferencia de los castellanos y los leoneses, mucho más dadivosos, los aragoneses y los catalanes habían sido siempre muy remisos a conceder dinero a sus reyes. Carlos se empleó a fondo y logró que en aquellas Cortes se dispusiera la mayor cantidad jamás otorgada a un rey de Aragón.

Estaba moderadamente satisfecho, pero una carta remitida por su hermana María, gobernadora de los Países Bajos, lo dejó preocupado.

María se quejaba de que el canciller Granvela se entrometía más allá de sus funciones en los asuntos de Flandes. Carlos tenía un gran respeto y afecto por su hermana, a la que consideraba la más eficaz de sus consejeras, pero confiaba plenamente en Granvela, a quien creía el hombre más preparado para tratar los asuntos internacionales. De modo que decidió hablar con el canciller.

—Sentaos, don Nicolás —le dijo el emperador, que había citado a su canciller en la casona donde se alojaba en Monzón.

—Gracias, majestad.

—Supongo que imagináis de qué quiero hablaros.

—No, mi señor, no lo sé, pero intuyo, por vuestro semblante, que se trata de un asunto serio.

—Lo es. He recibido una queja de mi hermana doña María en la que manifiesta su malestar porque dice que os estáis inmiscuyendo en asuntos de su competencia.

—¡Oh!, siento que su alteza doña María lo considere así, pero debéis saber, majestad, que nada he hecho sin vuestra autorización expresa.

—Lo sé, don Nicolás, lo sé. Confío plenamente en vos y en don Francisco de los Cobos. Ambos formáis una pareja formidable: vos para los temas del Imperio y don Francisco para los de España, y ambos gozáis de toda mi confianza. Pero entended que también lo hago en mi hermana, cuyo gobierno en los Países Bajos está siendo muy eficaz.

—Lo sé, mi señor. Doña María tiene una enorme capacidad para administrar vuestros dominios de Flandes. Vuestra hermana es una gran gobernadora.

—Y lo va a seguir siendo, espero que por mucho tiempo. De manera que pulid vuestros roces y evitad cualquier polémica entre los dos. Hacedlo por el bien del Imperio. Encargaré a doña María que comience negociaciones de paz con Francia; lo hará según vuestras instrucciones, pero seré yo quien se las transmita personalmente para evitar suspicacias. ¿Entendido?

—Por supuesto, majestad.

—Bien, en ese caso poneos a trabajar de inmediato. Mi hermana María escribirá a nuestra hermana Leonor para que interceda ante su esposo el rey Francisco, y también a Margarita de Francia, para que apoye la paz ante su hermano el rey francés. Si se ponen de acuerdo esas tres mujeres según el plan que vos tracéis, la paz estará garantizada. La necesitamos para enfrentarnos con garantías a los turcos.

—Prepararé ese plan de paz —afirmó Granvela.

—Pero no olvidéis que será el mío —sonrió Carlos.

### *Valladolid, 19 de octubre de 1537*

Pablo Losantos y su hermana María andaban destilando una mezcla de esencia de aloe, mejorana, verbena y tomillo con la que esperaban preparar un ungüento capaz de aliviar las picaduras de los mosquitos, que a fines de aquel verano habían acribillado a la población de Valladolid provocando hinchazones y edemas en la piel.

—Debemos andarnos con cuidado. Desde hace algún tiempo esos perros de la Inquisición andan husmeando por todas partes buscando herejes y brujos. No me

extrañaría que alguno de esos brutos pensara, viendo estos destilados, que estábamos preparando algunas hechicerías y pócimas del demonio —comentó Pablo.

—Solo buscamos remedio a las enfermedades y calmar los dolores —dijo María.

—Así es, pero los inquisidores no atienden a otra razón que no sea lo que contiene su manual para perseguir herejes y brujos.

—No hay nada herético en las plantas.

—Por supuesto que no, pero los inquisidores siguen los postulados de algunos eclesiásticos, los más fanáticos, que consideran que ciertas enfermedades son resultado de la presencia en el interior del cuerpo de los enfermos de malos espíritus, e incluso de demonios.

—No lo son.

—Claro que no, pero en la Iglesia se están imponiendo los más brutos. Desde hace unos años apenas se toleran libros que no mucho tiempo atrás utilizaban hasta los médicos del papa. En Salerno usábamos uno llamado *La clavícula de Salomón*, en el cual se detallaban varias recetas para sanar diversos males; pues bien, hace siete años se prohibió y ahora se persigue a todo el que posee un ejemplar porque lo acusan de ser obra de hechiceros.

—¿Era un grimorio? —preguntó María.

—Sí, como alguno de los que tenían nuestros padres y que tuvieron que destruir.

—En Tordesillas todavía guardábamos uno de ellos.

—¿Cuál?

—*El libro de san Cipriano de Antioquía*. Era de nuestro padre; allí se describían numerosos instrumentos para preparar pócimas mágicas, la forma de usarlos, los colores de los mangos de los cuchillos con los que prepararlas...

—¿Lo conservas todavía?

—No. Madre lo quemó cuando el marqués de Denia nos prohibió volver a hablar con la reina doña Juana. Temió que si lo encontraba en nuestro poder nos denunciaría a la Inquisición y nos castigarían por ello. Ese hombre anduvo procurando nuestra ruina, y nos vimos obligadas a obrar con sumo cuidado, pues hubiera usado cualquier excusa para acusarnos de hechiceras y envenenadoras.

—Sí, aquel tipo era un mal hombre.

—Pues su hijo, el nuevo marqués de Denia, todavía es peor.

En la cocina de la casa de Pablo Losantos en Valladolid, varios líquidos hervían en redomas de cobre, que luego se destilaban en un alambique para extraer las esencias y con ellas elaborar los ungüentos y pomadas para curar heridas y aliviar picores.

Andaban en ello los dos hermanos cuando entró en la cocina Leonor de Urrea.

—Pablo, un criado de palacio pregunta por ti —le avisó a su esposo.

—¿Por mí?, pero si el emperador no está en la ciudad. ¿Ha dicho qué quiere?

—No.

—Voy.



El criado esperaba impaciente a la entrada de la casa.

—Don Pablo, el secretario de su majestad la emperatriz me ha enviado a buscaros; reclaman vuestra presencia en palacio de manera urgente.

—¿Ha regresado el emperador?

—No. Su majestad sigue en las Cortes de Monzón. Se trata de doña Isabel. El niño que espera viene torcido y ha pedido que vayáis a verla.

—Vamos.

Pablo se despidió de su familia, cogió un tabardo de lana, su sombrero y salió a paso rápido hacia el palacio real.

Cuando se presentó en su alcoba, la emperatriz estaba a punto de dar a luz. Los dos médicos que la atendían aguardaban en una sala anexa al dormitorio real.

—¿Cómo no estáis con ella? —les preguntó Pablo al verlos de brazos cruzados.

—Su majestad no quiere que la atendamos en el parto. Solo admite a las parteras y a vos. Os ha mandado llamar. Pasad.

Pablo se excusó ante sus colegas y entró en la habitación.

Isabel yacía tumbada en la cama atendida por dos comadronas y dos criadas. No había nadie más, ni siquiera los miembros de la alta nobleza que solía asistir a los nacimientos reales para dar testimonio de ellos.

—Majestad, soy Pablo Losantos —se presentó el médico, pues en la habitación había muy poca luz y temió que, tras tanto tiempo sin verse, la emperatriz no lo reconociera—. ¿Cómo os encontráis?

—Don Pablo, menos mal que estáis aquí. Tengo muchos dolores. Parece que mi hijo se resiste a salir.

—¿Me permitís que palpe vuestro vientre?

—Hacedlo.

—Viene torcido, sí —Losantos comprobó lo que le había dicho el criado a la puerta de su casa—. Tendréis que hacer un mayor esfuerzo que en las ocasiones anteriores.

—Lo haré.

—Traed agua caliente, varias jarras y lienzos limpios. Vamos —ordenó Losantos a las criadas.

Isabel dio a luz, pocas horas después, a un niño. El parto había sido largo y complicado. La emperatriz no emitió un solo gemido de dolor, pero cuando acabó de parir a su quinto hijo se desmayó a causa del dolor y del esfuerzo.

—Es un varón —anunció Pablo Losantos a los cortesanos que aguardaban en la sala contigua.

—¿Está sano? —preguntó el secretario de la emperatriz.

—Sí. Es un niño sano y completo.

—¿Y su majestad?

—Doña Isabel ha luchado con toda energía para traer a su nuevo hijo a este mundo, y ha gastado muchas fuerzas en ello. Ahora descansa. Tardará algún tiempo en recuperarse.

—Avisaremos al emperador —dijo el secretario.

—Comunicadle que su esposa está débil a causa del parto, pero que ha logrado sobrevivir.

Pablo Losantos regresó a su casa recién entrada la madrugada. Dos guardias de palacio lo acompañaron para que no anduviera solo por las calles de Valladolid a esas horas de la noche.

—¡Pablo! —Leonor de Urrea aguardaba el regreso de su esposo al calor de la chimenea de la cocina; con ella estaba María.

—¿Qué tal ha ido el parto de la emperatriz?

—Seis horas han hecho falta para sacar a su hijo.

—¿Están bien los dos?

—No. El niño no parece muy fuerte y la emperatriz ha quedado muy debilitada por el esfuerzo tan grande que ha tenido que soportar —explicó Pablo.

—¿Sobrevivirá?

—Creo que sí, pero si vuelve a quedar embarazada y tiene que pasar de nuevo por un parto semejante, creo que no lo resistirá.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó María.

—No he tenido ocasión. En cuanto ha salido el niño, doña Isabel ha quedado rendida de cansancio y de sueño.

—¿Lo harás?

—Sí, debo decírselo, y también al emperador cuando regrese de Aragón. Ambos tienen que saber que otro embarazo como este podría suponer la muerte de la emperatriz.

### *Londres, fines de octubre de 1537*

Según el propio rey declaró a uno de sus mejores amigos, Juana Seymour era la única mujer a la que Enrique Tudor había amado. El rey alegaba que su matrimonio con Catalina de Aragón, su esposa durante más de veinte años, solo había sido un enlace de conveniencia, y nulo, pues ni siquiera le había dado un hijo varón.

Ana Bolena había sido su segunda esposa, hacia la que había sentido una pasión desbordada, casi enfermiza, una locura de amor, pero pasajera y fútil, que se disolvió como las nubes tras una tormenta que apenas duró mil días.

Juana Seymour era distinta. Se había casado con ella tras ejecutar a Ana y quería

que Juana fuera la madre de un hijo varón, su heredero en el trono de Inglaterra. A sus cuarenta y seis años se le agotaba el tiempo para tener un hijo antes de que le llegara la ancianidad o la muerte llamara a su puerta.

La había dejado embarazada a fines de enero, y esperaba que el fruto de su vientre fuera un varón. Enrique VIII rezó para que así se produjera, asistió a misa, cantó en la iglesia, ofreció regalos y donaciones y oró con toda devoción para que naciera un niño. Juana Seymour también deseaba darle un heredero a su esposo; no se conformaba con ser la tercera esposa del rey de Inglaterra, también quería ser la madre del futuro rey.

Enrique vivió aquellos meses con un ansia obsesiva. Angustiado ante la perspectiva de que su nuevo retoño fuera otra niña, pasaba los días de espera comiendo y bebiendo en exceso. A principios del otoño estaba tan gordo que apenas podía montar a caballo.

El 12 de octubre nació un niño. Enrique recibió la noticia alborozado; rio, bailó, saltó y cantó hasta caer agotado bajo su enorme corpachón.

—Majestad —le avisó el médico real—, la reina no se encuentra bien.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Enrique.

—El niño venía torcido y el parto ha sido muy complicado. La reina tiene fiebres puerperales y se le ha inflamado el útero. Está muy grave.

—¿Y el niño?, ¿mi hijo?

—Está débil. Ha luchado para sobrevivir al parto, pero necesitará muchos cuidados.

—¡Esta maldición...! —clamó Enrique.

—¿Señor...?

—Dios no quiere que engendre hijos varones. Me ha castigado con la carencia de un heredero.

—Majestad, habéis tenido un hijo varón...

—Débil y enfermizo, vos los habéis dicho. No sobrevivirá; sé que no sobrevivirá.

La reina Juana murió doce días después a consecuencia de las fiebres sobrevenidas durante el parto. Los mejores médicos de Londres nada pudieron hacer para evitarlo. Pero el joven príncipe sobrevivió, y Enrique VIII decidió bautizarlo con el nombre de Eduardo.

Los funerales de Juana Seymour fueron presididos por la princesa María, la hija de Enrique y Catalina. A sus veinte años, María se había ganado la confianza de su padre en los últimos meses.

El rey quedó tan afectado por la muerte de su tercera esposa que ni siquiera asistió a las honras fúnebres. No quería que el pueblo de Londres contemplara a su rey obeso, desaliñado y sumido en un absoluto desconsuelo. Enrique se retiró durante varias semanas a llorar en silencio su dolor. El nacimiento de un varón no acabó de confortarlo del todo. Al ver al niño en su cuna, tan delgado, tan enclenque, tan falto de energía, comprendió que no viviría demasiado, y que si conseguía sobrevivir y

llegar a la edad adulta, sería un hombre incapaz de manejar una espada y montar un caballo para gobernar el reino de Inglaterra.

En la soledad de su alcoba, Enrique VIII se sumió en una espiral de obsesiones. Le preocupaba tanto su seguridad que llevaba consigo a todas partes un cerrajero que cada noche cambiaba los cerrojos de la alcoba donde dormía, y controlaba todo lo que le administraban a su pequeño Eduardo, pues creía que media Inglaterra estaba empeñada en envenenarlo, como ya le ocurriera al delfín de Francia.

Tenía cuarenta y seis años, pero, por primera vez en toda su vida, se sintió viejo y sin ganas de seguir viviendo.

### *Valladolid, fines de noviembre de 1537*

El monte Etna, el enorme volcán al norte de la isla de Sicilia, había estallado. Miles de personas resultaron afectadas por el fuego y las cenizas, miles de casas fueron arrasadas por las coladas de lava, pueblos enteros resultaron engullidos y muchos campos y bosques quemados. Algunos recordaron que los antiguos creían que en esa montaña se abría la boca del infierno.

Al emperador le llegaron varias cartas de concejos y universidades de Sicilia en las que le relataban los enormes daños causados por la violenta erupción. Durante varios días el colosal volcán no dejó de arrojar piedras, azufre, cenizas y fuego, ni de vomitar una colada de lava que avanzaba despacio ladera abajo arrasando, quemando y cubriendo cuanto encontraba a su paso: bosques, pueblos, viñas, caminos, ganado..., nada podía frenar la furia pausada del Etna.

La columna de humo que se levantó era visible desde toda la isla y desde el otro lado del estrecho, en tierras de Italia. Algunos achacaban esta calamidad a la ira de Dios, que atormentaba con este castigo a los hombres por desviarse de sus enseñanzas y de la verdadera fe.

Pero ni siquiera semejante calamidad impidió que Carlos dejara las Cortes de Aragón. Solo cuando recibió la noticia de que la emperatriz Isabel no se recuperaba del parto y andaba muy desmejorada, montó su caballo y cabalgó sin descanso desde Monzón a Valladolid.

Cuando el emperador llegó a Valladolid su esposa estaba en plena recuperación.

—Dale las gracias a don Pablo Losantos; de no ser por sus cuidados y su paciencia, tal vez no estaríamos aquí ni tu nuevo hijo ni yo.

—Lo llamaremos Juan. ¿Te gusta? —propuso Carlos, sentado en el borde de la cama donde seguía postrada Leonor.

—Como desees.

—Juan Evangelista era el santo predilecto de mi abuela Isabel la Católica y el nombre de los padres de mis abuelos Fernando e Isabel.

—Y también es el de mi hermano, el rey de Portugal.

—Entonces, sea; nuestro hijo se llamará Juan.

Los cuidados de Pablo Losantos aliviaron los dolores de la emperatriz.

María preparó varios jarabes a base de higuera, ruda, altramuzes y médula de ciervo para aliviar los dolores tras el parto, infusiones de romero y espliego para combatir la fiebre, y un ungüento hecho con almizcle y esencias aromáticas que la emperatriz debía introducirse en su vagina para purgar y dejar el útero limpio de malos humores.

Confortado por la recuperación de su esposa, Carlos recibió al fin otra buena noticia que hacía tiempo que esperaba. El embajador de Francia le comunicó que el rey Francisco había recapacitado mucho y que aceptaba celebrar una entrevista personal con el emperador.

Desde luego, no podía dejar pasar aquella oportunidad para cerrar un tratado de paz definitivo con Francia y poder dedicarse plenamente a la guerra contra el turco. Francia y el Imperio se habían debilitado mutuamente durante la guerra, de manera que a ambos les interesaba acabar con ese conflicto.

Fue María, gobernadora de los Países Bajos, quien mayor empeño puso en que los dos monarcas se vieran cara a cara, pero también echaron una mano Leonor de Austria y Margarita de Parma. Entre las tres mujeres convencieron al emperador para que no tuviera en cuenta que el rey de Francia lo había condenado solemnemente en París tras acusarlo de rebelde y desobediente por no prestarle vasallaje por Flandes, tierra de la que los reyes de Francia se consideraban señores naturales.

Tras varias consultas, se acordó una tregua y ambos soberanos quedaron en entrevistarse en un lugar fronterizo; Francisco acudiría con el cardenal de Lorena, su principal consejero, y Carlos con el canciller Granvela y con el secretario De los Cobos.

### *Valladolid, mediados de diciembre de 1537*

Antes de partir hacia Barcelona, desde donde Carlos iba a preparar su entrevista con Francisco de Francia, quiso despachar algunos asuntos pendientes relativos al gobierno de las Indias.

Pese a la opinión de algunos, que negaban la cualidad de los negros, e incluso de los indios, para ser considerados hijos de Dios, el emperador resolvió que todos los hombres eran hijos del Creador y ordenó que, como ya se hacía con los indios, los esclavos negros que estaban siendo llevados en grandes cantidades a América para trabajar en las minas y en las plantaciones acudieran a oír misa los domingos y que fueran educados y tratados como cristianos, pese a su condición de esclavos.

Mucho había tenido que ver en ello una carta que desde Guatemala envió

Bartolomé de las Casas, el dominico que más había luchado para que los indios fueran considerados como seres humanos, a la emperatriz Isabel y en la que una vez más volvía a denunciar los malos tratos que sufrían los indios y los abusos que algunos conquistadores cometían con ellos.

De las Casas, erigido en el mayor defensor de los indios, proponía que fueran tratados como unos vasallos más de la Corona y no como esclavos. En su acción evangelizadora, De las Casas les enseñaba la doctrina del evangelio, los trataba como a iguales y se los atraía con pequeños regalos y buenas palabras para que se convirtieran de corazón al cristianismo. Incluso consiguió que el emperador prohibiera la costumbre de entregar a los caciques de los indios mujeres indígenas como regalo.

Llegó la hora de partir. Otra vez. Carlos durmió aquella noche en la cama de su esposa y le hizo el amor, pese a que apenas habían pasado dos meses desde el último parto. Isabel no le comentó nada, pero le dolía el bajo vientre y sentía a menudo náuseas que le provocaban el vómito.

—Mañana salgo hacia Barcelona —le dijo a Isabel, que se mantenía abrazada a su esposo, la cabeza apoyada en su pecho.

—Me estoy acostumbrando a tus ausencias, pero no creo que eso sea bueno —lamentó la emperatriz.

—Hace tiempo que espero esa entrevista con don Francisco. Ahora que ha aceptado, tengo que ir.

—En otro tiempo lo retaste a un duelo, en dos ocasiones además, y ahora vais a celebrar un encuentro amistoso.

—Así es la política. —Carlos acarició a su esposa.

—¿Me sigues deseando? —preguntó Isabel.

—¿Acaso lo dudas?

—¿No ha habido otra mujer en estos años?

—No. Desde que nos casamos en Sevilla ninguna mujer ha vuelto a calentar mi cama. No podría amar a ninguna otra que no fueras tú.

—¿Ni siquiera en aquellos años en que fuiste a Alemania y a Flandes? ¿Ni tampoco en Italia? Allí abundan las mujeres hermosas y elegantes.

—No. Nadie puede suplirte. Ninguna mujer, ninguna.

—Pero hubo otras...

—Eso fue antes de conocerte. No hubiera habido ninguna si te hubiera conocido antes.

—¿Ni siquiera doña Germana? La semana pasada estuve con su hija.

—¿Isabel?

—Sí, Isabel. Es una linda mujercita que ya ha cumplido diecinueve años. Anduvimos paseando por la ribera del Pisuerga aprovechando que el día era frío pero soleado y hablamos un buen rato.

—¿Qué te dijo?

—Apenas se sinceró conmigo. Sus ojos son la imagen de la tristeza. ¿Sabes cómo la llaman en algunas coplillas que corren por Valladolid?

—Lo ignoro.

—Isabel de Castilla, la mujer que llora.

—Esa muchacha ha sido educada como una infanta real.

—Tal vez lo que más quiera es que su padre la reconozca como hija —asentó Isabel.

—No puedo hacerlo. —Carlos se incorporó de la cama.

—Toda la corte sabe que Isabel es tu hija.

—No puedo reconocerla, no puedo, no puedo.

### *Barcelona, primeros meses de 1538*

El emperador salió de Valladolid cinco días antes de la Navidad. Isabel quiso impedir ese viaje hasta el último momento alegando que era muy costoso para las arcas del tesoro real, que estaban vacías de nuevo, pero Carlos insistió en que la paz con Francia era un asunto que no podía esperar.

En realidad, la emperatriz tampoco hubiera podido viajar porque tenía fiebres tercianas, pero lo que no quería era volver a quedarse sola. Otra vez sola.

Sin detenerse para otra cosa que para dormir, Carlos entró en Barcelona el primer día de enero del nuevo año de 1538. La paz con Francia se hacía más necesaria que nunca, y había grandes posibilidades para cerrar un pacto satisfactorio y definitivo, de modo que envió por delante a sus dos consejeros de máxima confianza, el canciller Granvela y el secretario De los Cobos, para que iniciaran las negociaciones con los franceses, cuyo rey delegó esas funciones en el cardenal de Lorena y en su mayordomo mayor.

Pero no resultaba tan fácil como habían supuesto, y las delegaciones no se ponían de acuerdo, pues cada una exigía de la otra más de lo que podía ceder, de modo que pactaron una tregua de seis meses para que al menos no se produjeran hostilidades entre sus ejércitos durante ese tiempo.

Al llegar a Barcelona y enterarse de lo que estaba ocurriendo, Carlos receló una vez más de las verdaderas intenciones del rey de Francia y casi perdió toda esperanza de alcanzar una paz estable y duradera, pero decidió seguir adelante con lo planeado.

En esos mismos días Carlos de Austria había dado su consentimiento para que en el plazo de un mes se firmara una coalición, a la que dieron el nombre de Santa Liga, entre España y el Imperio y Venecia. En esa formidable alianza se incluyó al príncipe Fernando, rey de Romanos, el hermano menor de Carlos. La principal tarea de esa coalición sería ofrecer un frente común ante los turcos, que habían ocupado algunas antiguas posesiones de Venecia en el mar Egeo.

El papa Paulo III se sumó enseguida a esta entente y escribió al emperador para que procurara cuanto antes la amistad con el rey de Francia, a fin de que toda la cristiandad mostrara un frente unido ante el islam. Y le pidió que se entrevistara con Francisco en cuanto a ambos les fuera posible. Y lo fue: ambos monarcas aceptaron la mediación del papa y se citaron para verse a fines de primavera en la ciudad francesa de Niza.

Pasaron varias semanas durante las cuales Carlos viajó hasta Perpiñán, antes de regresar a Barcelona y esperar a que en primavera se dieran las condiciones oportunas para esa entrevista con su gran enemigo, el rey de Francia.

Pasaban los días lentos entre jornadas de caza y de despacho. Monotonía.

A principios de abril una carta llegada de Valladolid produjo una enorme desazón en el alma del emperador. Su esposa le comunicaba que el pequeño Juan, nacido en octubre pasado, había muerto. Era el quinto hijo, tercero de los varones, y el segundo que moría, como su hermano Fernando, sin haber cumplido siquiera el primer año de edad.

La emperatriz le decía a su esposo que ella se encontraba bien y que no se angustiara por esa muerte, pues era la voluntad de Dios, que ya tenía en su regazo en el paraíso al príncipe Juan y que sin duda les daría más hijos con los que hacer más grande a la familia de los Austrias.

—Señor —Granvela aguardó unos instantes a que el emperador lo atendiera. Carlos acababa de regresar del monasterio de los Jerónimos, donde se había retirado unos días para meditar sobre la suerte de su familia y prepararse para la entrevista con el rey de Francia.

—Decidme, don Nicolás.

—Las galeras están preparadas para zarpar en cuanto deis la orden. Don Andrea Doria ya está a bordo de la nave capitana.

—Pues vayamos allá.

—¡Ah!, y permitidme que os dé mi más sentido pésame por la muerte de vuestro hijo.

—Gracia, don Nicolás, gracias.

Sobre la playa de Barcelona se alineaban treinta galeras y algunas naves menores, todas listas para zarpar rumbo a la costa del sur de Francia.

Recorrieron a caballo las dos millas entre el palacio real y la playa. Algunos barceloneses vitorearon al emperador al identificar el estandarte con el que abría paso el escuadrón de caballería que lo escoltaba.

### *Costa de Niza, mayo de 1538*

El 9 de mayo, la armada imperial, tras navegar de cabotaje por la costa del golfo de



León, siempre hacia levante, atisbó el caserío de Villafranca de Niza. Antes de desembarcar, Carlos ordenó que diez de las galeras fueran a buscar al papa, que aguardaba en Saona.

Mientras el emperador esperaba al papa, apareció una flota de dieciséis galeras que escoltaba a la reina de Francia.

La hermana de Carlos había engordado mucho; sus piernas estaban inflamadas y tenían el aspecto de las patas de un elefante.

Los dos hermanos se encontraron a bordo de la galera capitana de Andrea Doria, varada en la playa. Para que la reina Leonor pudiera pasar con mayor comodidad de una galera a la otra se colocó entre las bordas una pasarela de madera. Carlos se apresuró hacia su hermana a la que abrazó.

—Hermana, ¿cómo te encuentras? —le preguntó.

—Aceptablemente bien, salvo por la hinchazón de estas piernas.

—¿Te trata con corrección tu esposo el rey de Francia?

—Sí —mintió Leonor. Carlos ya sabía que Francisco I, al que había obligado a casarse con Leonor tras estar prisionero en Madrid, no la amaba, sino que la despreciaba, pero los Austrias no se casaban por amor, sino por interés; y eso era lo que les enseñaban a todos los príncipes y princesas Habsburgo desde que tenían uso de razón.

—Te ayudaré a pasar —le dijo Carlos, que extendió su brazo para que Leonor se sujetara al cruzar la pasarela de tablas de una galera a otra.

En ese momento un golpe de mar sacudió las naves, y el emperador y su hermana la reina de Francia tropezaron. Leonor ya tenía poca estabilidad, dado el estado de sus piernas, de modo que perdió el equilibrio y el pie y cayó hacia un lado de la pasarela. Carlos procuró sujetarla, pero también perdió pie. Ambos cayeron al agua desde la altura de un hombre; quedaron completamente empapados pero ilesos.

Al ver a los dos hermanos calados, los nobles que andaban alrededor se lanzaron al agua a socorrerlos. Estaban a la orilla de la playa, de modo que el agua les llegaba hasta poco más arriba de la cintura. Todos acabaron empapados, riendo y chapoteando en las aguas del Mediterráneo.

Solo Andrea Doria, siempre serio y distante, mantuvo un rictus severo.

En los días siguientes Leonor y Carlos se reunieron en varias ocasiones y hablaron de los muchos recuerdos que ambos compartían desde niños, cuando vivieron juntos en los suntuosos palacios de Gante y de Bruselas, donde su tía Margarita les enseñó cómo ser príncipes.

El papa Paulo III llegó a Niza, y allí se entrevistó con el rey de Francia durante varios días. Tenía la intención de participar en las conversaciones entre los dos soberanos y de mediar entre ambos para que se pusieran de acuerdo y se coordinaran contra el turco, pero el de Francia dijo que prefería verse a solas con Carlos. De modo que el papa tuvo que regresar a Roma.

Antes visitó a Carlos, que lo acompañó de vuelta hasta Génova. El emperador

intentó convencer al papa para que se decantara en su favor, pero no lo consiguió. «Entre dos monarcas cristianos, Roma tiene que ser neutral», se excusó Paulo III. Al menos Carlos pudo conseguir que le concediera dos millones de ducados procedentes de cinco años de recaudación por las rentas de la llamada Bula de la Cruzada y acordar la boda de su hija natural, Margarita de Parma, con Octavio Farnesio, nieto del papa. Los Austrias seguían utilizando a sus hijos como moneda de cambio para el pacto político. No les había ido nada mal con ello.

### *Aigües-Mortes, mediados de julio de 1538*

Tras pasar unos días en Génova y despedirse del papa, el emperador retornó hacia las costas de Francia. Se había acordado que la entrevista con el rey Francisco I tendría lugar en la localidad de Aigües-Mortes, una bastida amurallada en las marismas costeras, entre la ciudad de Montpellier y la desembocadura del río Ródano.

En ese viaje el emperador volvió a sentirse mal. Le dolía el pecho, respiraba con dificultad y tenía fuertes dolores en la pierna. La maldita gota. Otra vez.

Era domingo 14 de julio. La humedad de las marismas produjo una niebla tan densa que las galeras tenían dificultades para moverse sin chocar entre ellas; tan escasa era la visibilidad. En las maniobras de acercamiento al puerto, una de ellas embarrancó y otra golpeó a la del emperador por la popa provocando la ruptura de alguna pieza de la quilla.

Leonor fue la que medió entre su hermano el emperador y su esposo el rey de Francia para que se celebrara la entrevista de los dos soberanos. Se había acordado que se hiciera con cada uno de ellos en la proa de la galera capitana de cada flota, enfrentadas ambas para que estuvieran lo más cerca posible.

La galera francesa se acercó a la de Carlos hasta que sus proas se tocaron. Entonces, Francisco I saltó con agilidad a la del emperador y le ofreció la mano. Ambos se abrazaron como si fueran viejos amigos, se quitaron las gorras y se besaron al estilo de la corte de Francia. Se sentaron juntos en la popa de la galera imperial, y los nobles presentes se alegraron de aquella inesperada y espontánea muestra de cordialidad entre los que habían sido los más furibundos enemigos.

—Deberíamos haber hablado antes —dijo Carlos en francés.

—Mucho antes —ratificó Francisco.

—Hemos tenido notables diferencias y graves enfrentamientos en el pasado, pero creo que es hora de acabar con nuestras estériles disputas, que a ambos nos perjudican; y más aún a nuestros súbditos.

—Tenéis razón, señor.

—Señores —Carlos se dirigió en español a sus consejeros, que asistían atónitos a aquella escena—, nuestro hermano el rey de Francia es ahora, además, nuestro mejor

amigo. Don Nicolás, aproximaos —indicó Carlos a su canciller.

—Majestades —Granvela se inclinó ante los dos monarcas.

—Señor canciller, decidle a don Andrea Doria que se acerque a saludar a mi hermano el rey de Francia.

El almirante estaba apostado junto al mástil de la galera y seguía atento la conversación. Tras recibir la orden se acercó a proa.

—Señor. —Andrea se puso de rodillas y besó la mano de Francisco.

—¿Vos sois Andrea Doria? —preguntó el rey de Francia, aunque lo conocía de sobra.

—Lo soy. —Doria se incorporó con el rostro altivo.

—En otro tiempo estuvisteis al servicio de Francia.

—Ahora sirvo a mi único señor —repuso Doria.

—¿Hasta cuándo será así? Ya habéis mudado de dueño en una ocasión; podríais volver a hacerlo.

—Don Francisco, os ruego que perdonéis a don Andrea si en otro tiempo no fue fiel con Francia. Lo que importa es el futuro.

El rictus del francés era de evidente enojo ante el que consideraba un traidor.

—Mi lealtad hacia el emperador no cambiará jamás —asentó el almirante—. Os aseguro...

—Está bien, está bien, don Andrea —medió Carlos, que hizo señas al jefe de su flota para que se callase—. Como veis, querido hermano, don Andrea es un hombre vehemente y atrevido, pero es el mejor marino que navega en estas aguas.

Los nobles y consejeros que escucharon aquella conversación se pusieron tensos. ¿Cómo se atrevía el rey de Francia a acusar de traidor a nadie, cuando él era la verdadera encarnación de la felonía?

—Señor —el rey de Francia se levantó—, será mejor que concluyamos aquí esta entrevista y que sigamos hablando mañana en torno a una buena mesa.

—Como gustéis —aceptó Carlos.

Los dos monarcas volvieron a abrazarse, y Francisco regresó a su galera.

—Majestad, ¿confiáis en ese hombre? —le preguntó el duque de Alba al emperador mientras veían alejarse la galera real francesa.

—Hoy sí. Me ha engañado en varias ocasiones, pero creo que esta vez ha sido sincero.

—En ese caso, permitid que vuestra segunda entrevista sea en su terreno. Será una muestra de confianza.

—Así lo haré.

Se acordó que al día siguiente se celebraría un banquete en la ciudadela de Aigües-Mortes. El emperador se vistió como un simple marinero, con jubón y zaragüelles carmesíes, borceguíes y camisa blancos, con las mangas vueltas, y se caló una gorra bien ceñida, de terciopelo con ribetes dorados.

Carlos desembarcó y enseguida se acercaron su hermana la reina Leonor, su

cuñado el rey Francisco y el delfín de Francia. Todos se abrazaron con grandes muestras de cariño ante los ojos de varios cientos de curiosos que vitorearon a los reyes. Aquella gente, siempre temerosa de ser invadida, estaba feliz porque creía que una alianza entre aquellos dos poderosos señores haría su tierra mucho más segura y alejaría el peligro que suponía el turco.

Se sentaron a la mesa con apenas media docena de los nobles más cercanos, y el banquete se culminó con la entrega de valiosísimos regalos: collares de perlas, piedras preciosas, anillos de diamantes... El rey Francisco se quitó de su dedo un magnífico anillo de oro con un grueso diamante en forma de ojo y se lo ofreció al emperador. Y así anduvieron dos días, entre comidas, cenas, fiestas y bailes, a cada cual más exquisito y lujoso.

El día 16 de julio celebraron el último ágape, antes de despedirse con nuevas muestras de amistad y alegría.

### *Costa de Barcelona, fines de julio de 1538*

Ya a bordo de la galera que lo llevaba de vuelta a España, Carlos se reunió con Granvela.

—¿Satisfecho? —le preguntó el emperador a su canciller.

—Si se cumple lo acordado en Niza, sí, majestad.

—Treguas por diez años, que los comerciantes de ambos reinos puedan transitar con sus mercancías libremente por todos nuestros reinos, que no se apoye al enemigo... No está mal.

—No. Pero todavía faltan por añadir nuevos capítulos a esta concordia de Niza, como es restituir lo requisado en la guerra. Lo haremos en los próximos meses.

—Si ambas partes cumplimos este acuerdo, atisbo años felices para nuestras naciones, tiempos prósperos para todos nuestros súbditos y una larga época de paz.

—Carlos parecía confiado.

—Señor, don Francisco es un hombre valeroso y capaz, pero los precedentes no lo avalan.

—En esta ocasión, cumplirá lo pactado —asentó Carlos.

Granvela torció el gesto sin que lo viera el emperador. El canciller nunca había confiado en la palabra del rey de Francia y seguía sin hacerlo.

Desembarcaron en Barcelona, con Carlos muy feliz y dichoso por el resultado de las entrevistas con su cuñado.

Ahora podía volver a pensar en la toma de Argel y, si se terciaba, de todo el norte de África, desde Ceuta hasta Túnez. Si lo conseguía, los turcos perderían sus bases de aprovisionamiento en el Mediterráneo occidental y dejarían de ser una amenaza para las costas de Italia y de España. Y quién sabe si incluso podría lanzar, con la ayuda

del papa, Venecia y Francia, una gran ofensiva sobre Grecia y vencer a los turcos, recuperar Constantinopla para la cristiandad e incluso Jerusalén y los Santos Lugares.

Por un momento, mientras contemplaba cómo se acercaba la galera capitana al puerto de Barcelona, Carlos pensó en coronarse emperador de Oriente en Estambul, en la basílica de Santa Sofía, que los turcos habían convertido en mezquita, y en arrodillarse, tal vez, ante el Santo Sepulcro en Jerusalén, cuyo título real ostentaba, y proclamarse liberador de aquel sagrado lugar donde se decía que Cristo había resucitado.

Pero todas aquellas fantasías quedaron relegadas cuando pensó en Isabel, que lo esperaba en Valladolid. Desembarcaría en Barcelona, permanecería allí cuatro o cinco días y saldría de inmediato al encuentro con su esposa. Era el soberano más poderoso del mundo, podía ser el conquistador de Estambul y podía convertirse en el defensor del Santo Sepulcro, pero nada, nada, le importaba en ese momento más que abrazar a Isabel, tenerla entre sus brazos y amarla, una vez más.

### *Valladolid, agosto de 1538*

Diez días tardó la comitiva imperial en recorrer la distancia entre Barcelona y Valladolid; y eso que se desvió un par de días para visitar el monasterio de Montserrat, a cuya Virgen profesaba Carlos una especial devoción.

El encuentro con su familia fue reconfortante. Carlos regresaba feliz por la firma del tratado de Niza y volvía a estar junto a Isabel, a la que tanto amaba.

Pese a que la emperatriz no se encontraba del todo bien, hicieron el amor un par de veces hasta que ella quedó rendida por el sueño.

Carlos la contemplaba a la luz de una lámpara de aceite; a sus treinta y cinco años, cuando muchas mujeres comenzaban ya a mostrar señales de envejecimiento, Isabel se mantenía hermosa: su piel pálida, tersa y suave, su cabello dorado, sus preciosos ojos azules, su perfecto rostro ovalado, su cuerpo bien torneado... Carlos sonrió y se sintió afortunado porque aquella diosa fuera suya.

Al día siguiente, mientras desayunaban juntos, Isabel lucía espléndida.

—Estos días pasados he tenido algunas molestias, pero desde que has llegado he mejorado mucho. Eres mi mejor medicina —le dijo Isabel.

—Lamento haberme alejado de ti durante tanto tiempo. Espero que no vuelva a ocurrir —asentó Carlos.

—Lo has dicho otras veces, pero eres el emperador y debes atender a todos tus dominios.

—Puedo delegar. El Imperio está lleno de hombres capaces en todos los ámbitos: Andrea Doria y el duque de Alba en la milicia, Granvela y De los Cobos en la administración, mi hermana María en Flandes, mi hermano Fernando en Alemania,

Cortés y Pizarro en las Indias... Ya ves, apenas soy necesario.

—Lo eres, claro que lo eres.

—Pero ahora un poco menos. La firma de la paz con Francia ha resultado un gran alivio. Ya podemos dedicar todo nuestro esfuerzo a combatir a los turcos, nuestra gran amenaza.

—Para eso hacen falta recursos y soldados.

—Conseguiré esos recursos. Voy a convocar Cortes de Castilla y León para el mes de noviembre. Allí pediré la aprobación de dinero para la conquista de Argel y otras nuevas empresas.

—¿Y los soldados? Castilla se despuebla; son muchos los que se marchan a las Indias en busca de fortuna y hacienda, y otros tantos los que se alistan en los tercios. Si seguimos así, en Castilla apenas quedarán hombres para ser tus soldados.

—Tienes razón. ¿Qué podemos hacer?

—Conseguir que las mujeres castellanas tengan más hijos, por supuesto —asentó Isabel.

—¿Cómo?

—Hay que persuadir a los hombres jóvenes para que se casen.

—¿Y cómo hacemos eso? —Carlos estaba sorprendido por las palabras de la emperatriz.

—Persuadiendo a los solteros para que busquen esposa. Muchos jóvenes se marchan de sus pueblos y de sus ciudades en cuanto pueden, y quedan muchas mujeres solteras que no tienen otro aliciente que meterse monjas. Si todos esos solteros que ahora se van de aquí se casaran y tuvieran hijos, estos reinos prosperarían y habría muchos más hombres para combatir por tu causa.

—Y más bocas que alimentar...

Carlos, tras reflexionar sobre ese asunto, comprendió que Isabel tenía razón y promulgó a fines de agosto una cédula real por la cual animaba a los solteros a tomar esposa, y convocó Cortes en Toledo para el mes de octubre. La convocatoria a Cortes iba firmada por la reina Juana la Loca y el rey Carlos, su hijo.

Ocupado como había estado, primero en la guerra contra el turco, luego contra Francia y por fin con la firma de la paz, el emperador había dejado al margen los asientos de las Indias, que se amontonaban sobre la mesa de la secretaría en el palacio real de Valladolid.

De los Cobos se presentó ante Carlos con un gran fajo de papeles bajo el brazo.

—Señor, todos estos asuntos son de la máxima urgencia; convendría que los despachaseis cuanto antes.

—De acuerdo. —Carlos miró los papeles—. Empezaremos ahora mismo. ¿Qué es lo más urgente?

—El tema de don Francisco Pizarro, por supuesto. Sabíamos que don Francisco

Pizarro y don Diego de Almagro se enfrentarían en algún momento; eran dos gallos en un mismo corral, y uno de los dos tenía que resultar vencedor. Lo ha sido Pizarro, que ha derrotado a su rival, lo ha juzgado en vuestro nombre y lo ha sentenciado a muerte.

—¿Cómo ha sido?

—Esos dos gallos se enfrentaron en la batalla de las Salinas el pasado mes de abril, y Pizarro resultó victorioso. Los hombres fieles a Almagro fueron liquidados, y don Diego degollado en la plaza Mayor de Cuzco.

—¿Lo ha matado don Francisco?

—No. La orden de ejecución la dio Fernando Pizarro, su hermano. Almagro fue muerto mediante estrangulamiento con torniquete en prisión y luego llevaron su cuerpo a la plaza Mayor de Cuzco, donde fue decapitado. Su cadáver quedó expuesto en la plaza durante todo el día, hasta que un piadoso criado negro lo recogió por la noche y lo llevó a enterrar a la iglesia de Santa María de las Mercedes.

—¿Qué opináis, debo castigar a Pizarro, a todos los hermanos?

—No, majestad.

—Se han tomado la justicia por su cuenta —alegó Carlos.

—Pero lo han hecho en vuestro nombre. Se han incautado de todos los bienes de Almagro, pero los han entregado a la Corona. Encausar ahora a don Francisco Pizarro y a sus hermanos no traería otra cosa que nuevos problemas. Los incas creen que Pizarro es hijo de uno de sus dioses, al que llaman Viracocha, y lo adoran como tal. No sería oportuno deponerlo; al menos por ahora.

### *Monte del Pardo, cerca de Madrid, principios de octubre de 1538*

De camino a Toledo, donde ya estaban convocadas las Cortes, los emperadores pasaron por Tordesillas, donde se detuvieron dos días para visitar a la reina Juana, que seguía encerrada en el caserón al que llamaban «palacio».

Juana se mostró distante y apenas dijo una palabra en las dos entrevistas que celebró con su hijo, que se llevó algunas piezas de plata y de oro de lo que iba quedando del tesoro de su madre.

En Tordesillas, Isabel y Carlos se separaron. La emperatriz partió hacia Toledo, como estaba previsto, pero el emperador lo hizo hacia el norte, en un cambio de planes inesperado. Le dijo a Isabel que necesitaba estar unos días solo y que quería cazar en los alrededores de Madrid.

Las cosas no estaban saliendo como había previsto. Castellanos, leoneses, aragoneses, catalanes, valencianos..., los gobernaba a todos ellos, los hacía grandes y fuertes, gracias a su figura habían dejado de ser insignificantes colas de ratón para convertirse en la cabeza del mundo, pero, pese a ello, aquellas gentes seguían

ancladas en viejas leyes, viejos modos, viejos privilegios.

Estaba harto de tener que ir de un sitio a otro, de las Cortes de la Corona de Castilla a las de la Corona de Aragón para pedir, rogar, casi suplicar que le concedieran dinero para sus empresas. Y siempre le ponían todo tipo de trabas, siempre andaban racaneando unos miles de ducados, dándole largas, buscando cualquier tipo de excusa para no aportar el dinero que necesitaba para seguir haciendo grande su Corona, para hacerlos grandes a todos ellos.

Carlos iba camino de Toledo, donde ya estaba Isabel desde hacía un par de semanas, para celebrar Cortes de Castilla y León, pero se detuvo unos días en Madrid. Le gustaba cazar en las dehesas al norte de aquella villa y en el monte del Pardo. En aquellos benignos días de comienzos del otoño abundaban los corzos, los ciervos y los jabalíes, y era el tiempo de paso de algunas aves migratorias que volaban hacia el sur en busca de mejor clima.

Estaba muy malhumorado. Necesitaba cazar. Necesitaba olvidarse de aquellos nobles egoístas y cerriles, de aquellos delegados de las ciudades, ufanos como pavos reales, de aquellos eclesiásticos que no atendían a otra cosa que no fuera seguir engordando sus haciendas y su patrimonio. Se los iba a encontrar dentro de unos días en las Cortes y ya sabía las pegadas que iban a ponerle para no pagar el dinero que hacía falta para la guerra contra el turco.

Necesitaba cabalgar en libertad por los sotos y las dehesas, soltar sus nervios persiguiendo a un corzo o a un jabalí con su lanza, o temprarlos apostado en un puesto de caza en espera de abatir un ánade o una tórtola con su ballesta o su arcabuz. Sí, necesitaba cabalgar y sentir el aire fresco en su rostro y la sensación y el olor de la tierra húmeda bajo su pies.

Carlos quería olvidarse, al menos por unos días, de todos aquellos problemas, de modo que se dedicó con toda intensidad a la caza. Cabalgaba armado con su lanza y espada junto a media docena de servidores a unas dos leguas al norte de Madrid cuando vio a lo lejos un venado que ramoneaba en unos arbustos altos.

No lo pensó dos veces. Espoleó a su caballo y salió en persecución de la presa. A sus compañeros de partida ni siquiera les dio tiempo a reaccionar. En cuanto se dieron cuenta de lo que ocurría, el emperador ya había desaparecido entre la vegetación.

El venado, sorprendido por el repentino ataque, arrancó en dirección a un camino que iba a Madrid. Asustado, el animal enfiló su huida por la vía en una zona que estaba orlada a ambos lados por altos y densos arbustos. Atrapado en la senda, y sin poder salir a ninguno de los lados, el venado se lanzó hacia un seto y se golpeó con unas gruesas ramas. Cuando quiso incorporarse para seguir huyendo, el emperador ya estaba encima. Carlos alzó su lanza y, lleno de energía y rabia, atravesó con ella el cuello del venado, que cayó fulminado a sus pies.

Descendió del caballo, cuchillo en mano, para rematar a la pieza cuando en el recodo del camino apareció un viejo labrador que tiraba del ronzal de un pequeño burro cargado con un haz de leña.



—Buen hombre —lo llamó Carlos, que estaba agachado junto al venado—, acércate.

El viejo le hizo caso y llegó hasta donde se encontraba el emperador.

—Buena pieza habéis cobrado.

—Necesito tu burro. Deja esa carga de leña y ayúdame a llevar esta presa a Madrid. Te pagaré por ello mucho más de lo que valen esos troncos; tengo dinero. — Carlos no había vuelto a salir sin llevar algo de dinero en su bolsa desde aquella ocasión en que se había perdido en los montes de Granada.

—¿Estáis ciego o sois un necio? —replicó el labrador—. ¿No veis que el ciervo que habéis cazado es más grande y pesado que mi asnillo? Este burrito es más viejo que yo, y apenas puede con ese haz de leña, de modo que ¿por qué no os ocupáis vos, que sois fuerte y recio, de vuestra caza y la cargáis en vuestro caballo?

—Tienes razón, viejo. —Al emperador le gustó la franqueza con que se expresó el labrador.

—Veo por vuestro traje y armas que sois un caballero y hombre principal, de modo que os recomiendo que, si no queréis que vuestro caballo cargue con este venado, pues no parece propio de animal tan noble realizar ese trabajo, aguardad aquí a que pase alguien que pueda ayudaros. Este es el camino a Madrid y es muy transitado. No tardará mucho tiempo en aparecer alguna carreta con bueyes o un labrador con un par de buenas mulas que se prestarán gustosos a llevar vuestra presa a Madrid. Sobre todo si vuestra bolsa es tan generosa como decís.

—¿Vives en Madrid? —le preguntó el emperador.

—No. Mi casa está en la aldea de Pozuelo, a una hora de aquí.

—¿Y haces este largo camino solo para recoger esa leña?

—Se acerca el invierno, señoría, y de prisa. En mi casa necesitamos esta leña para el fuego; con ella cocinamos los alimentos y nos calentamos. Este invierno será riguroso.

—Pero si lucen unos días estupendos. ¿Cómo sabes que se acerca el frío?

—¿No os habéis fijado en los hormigueros?

—No.

—Pues fijaos. Las hormigas han comenzado a sellar con barro las boqueras de sus nidos, y ya no queda ni una sola fuera. Eso quiere decir que hará frío, y mucho, enseguida.

—Lo tendré en cuenta.

—A vos el frío no os preocupa.

—¿Por qué dices eso?

—Ya os he dicho que creo que sois un señor principal, quizá un extranjero, por lo que intuyo en vuestro acento al hablar. De modo que tenéis leña de sobra para calentaros en invierno.

—¿Cuántos años tienes?

—Soy demasiado viejo. No sé exactamente el año en el que nací, porque mis

padres murieron cuando yo era niño, pero he conocido a cinco reyes.

—¿Los has conocido de verdad?

—Bueno, mi vida ha sido tan larga que he vivido el tiempo de esos cinco reinados. Y sí, he visto a algunos de esos reyes cuando venían a cazar a estos montes.

—Cuéntame —le dijo Carlos, indicándole que se sentara a la vera del camino, a su lado.

—Pues veréis. Era yo un mozalbete todavía imberbe cuando conocí a don Juan el Segundo. Era grande y gustaba de cazar, pero no era muy ducho en ello, pues apenas podía hacerlo.

—¿Y eso?

—Aquel rey tenía el cuerpo contrahecho, quizá se lo quebró de niño tras alguna caída de caballo, quién sabe, por eso solía montar sobre una mula, que es más dócil, y no sobre un rocín. Cojeaba al caminar y se ayudaba siempre de un bastón.

—Pues los cronistas dicen de él que era un hombre apuesto, gran bailarín y galante.

—¡Quiá! Yo no sé leer, pero os aseguro que esos cronistas no dicen la verdad. ¿Bailar el rey don Juan?, ¡pero si caminaba como un palomo cojo!

—Creo que me estás engañando. Tú no conociste a don Juan.

—Os aseguro que es verdad lo que os digo; que me lleve el diablo ahora mismo si miento.

—¿Sabes que don Juan murió hace más de ochenta años? Si lo hubieras conocido de mozalbete, tú tendrías ahora... ¡al menos noventa años! Serías el hombre más viejo del mundo.

—Pues tal vez lo sea.

—¿Y a qué otros reyes has conocido?

—Pues al hijo y sucesor de don Juan, a don Enrique. ¿Sabéis que decían de él que era impotente y que su hija doña Juana no fue suya sino de su principal consejero don Beltrán de la Cueva? Por eso la llamaban Juana la Beltraneja —el viejo labrador le hizo una mueca de complicidad.

—Sí, eso se dijo entonces. ¿Pero tú qué crees?

—No lo sé, pero os aseguro que ese don Enrique no era impotente. Un comerciante de cántaros contó en la plaza de Pozuelo, hace ya muchos años, que el rey Enrique gustaba de visitar a las putas del burdel de Segovia, donde entonces se hospedaban las más lozanas y hermosas de Castilla. Y no parece que a un varón que no se le endurezca el..., bueno, ya me entendéis, vaya de putas.

—¿Cómo explicáis entonces ese caso?

—Cosas de los poderosos, supongo, pues entre ellos sostienen querellas y envidias que la gente sencilla no entendemos.

—Y los otros tres.

—Sí, don Fernando, don Felipe y don Carlos.

—¿Y doña Isabel? No la habéis nombrado.

—Bueno, las mujeres han estado siempre debajo de los maridos; y tal era el caso de esa reina, que siempre dejó en manos de su esposo los asuntos del reino, pues ella se ocupaba de los hijos y la casa.

—De todos ellos, ¿cuál creéis que fue el mejor y cuál el más ruin?

—Dejadme que lo piense... Don Felipe, aquel hombre que era tan guapo y apuesto que llamaron el Hermoso, y que vino de Flandes al casarse con doña Juana, nuestra actual reina de la que dicen que está loca, apenas reinó un año, de modo que no tuvo tiempo para hacer el bien o el mal. Se dice por ahí que lo envenenaron, pero yo no lo creo. Más bien debió de abusar de la bebida y de otros vicios y goces, que de eso suelen morir muchos poderosos.

—Quedan dos.

—Sí, don Fernando y don Carlos. Bueno, pues en cuanto al mejor, no me cabe duda: fue el que por algo llamaron el Católico, con cuyo gobierno hubo paz y fortuna en Castilla.

—¿Y el más ruin?

—El peor de todos es el que ahora tenemos, don Carlos. Con sus idas y venidas nos tiene inquietos a todos sus súbditos. Ahora está en Castilla, luego en Aragón, más tarde en Alemania, o en Flandes, o en tierras de Italia. Se va cuando le conviene y deja abandonados a su mujer, a sus hijos y a estos reinos. Un rey tiene que estar en su reino, porque es su señor natural y porque debe velar por sus súbditos. Para eso ha hecho Dios a los reyes; ¿para qué otra cosa si no?

—El actual rey es también emperador y tiene que atender a muchos territorios —alegó Carlos, que escuchaba con atención las palabras del viejo labriego.

—Sí, lo es, pero ese hombre, porque los reyes y los emperadores lo son, hechos de carne, huesos y sangre como los demás, no se contenta con nada. Con las rentas de oro y plata que vienen de las Indias bastaría para que todos en esta tierra viviéramos sin estrecheces ni penurias, pero don Carlos es voraz y avariento. Nunca tiene suficiente. No se contenta con cuanto llega de fuera y nos esquilma con impuestos y tributos a nosotros, los pobres labradores, que nos tiene arruinados y apretados de tanto como nos exige. No le basta con ser rey de las Españas, de las Indias y emperador de las Alemanias, sino que exige más y más para ser algún día el dueño de todo el mundo.

—¿Eres cristiano viejo?

—¡Oh!, sí, señor, de limpia sangre cristiana y castellana.

—Entonces comprenderás que don Carlos tiene que atender a la defensa de la cristiandad y a las guerras que le hacen sus poderosos enemigos, y que todo eso cuesta mucho dinero y esfuerzo, y que va en beneficio de todos los viejos cristianos; porque, si no lo hiciera, los turcos y los franceses entrarían en España como en su casa y se repartirían estas tierras y estas haciendas.

—Habláis como un hombre de la corte. ¿Conocéis acaso a su majestad?

—Lo conozco, sí, y debes saber que don Carlos ama mucho a su esposa y a sus

hijos, y que desea estar siempre con ellos, aunque a veces sus obligaciones para la defensa de sus súbditos lo obligan a ausentarse de su casa.

En el recodo del camino se oyeron los cascos de unos caballos; enseguida aparecieron los hombres de Carlos, que acudían en su busca.

Se acercaron hasta el emperador e hicieron una reverencia.

—Majestad, al fin os encontramos —dijo el capitán de la escolta.

—¿Majestad...? ¿Sois el rey? —preguntó el labriego sorprendido.

—Lo soy. Carlos de Austria, rey de España y emperador de Alemania —dijo sonriendo.

Viéndose perdido por lo que había comentado, el labrador se resignó a su suerte.

—Ya imaginé que erais señor muy principal, pero sabed, majestad, que no me arrepiento de lo que os he dicho, pues así lo pienso. Y ahora, castigadme como os parezca oportuno por ser tan lenguaraz.

—Ja, ja, ja —rio Carlos—. No, no te voy a castigar, buen hombre. Al contrario, te agradezco las razones que me has dado para considerarme el más ruin de los últimos cinco reyes de Castilla, y por ello te quiero recompensar. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Habláis en serio, señor?

—Por supuesto, soy el emperador.

—Tengo hacienda suficiente como para no pasar demasiada hambre, pero se casa una hija mía esta primavera con un tejedor de Cuéllar y apenas poseo nada para su dote.

—Dadle a este anciano doscientos maravedíes. Deseo que tu hija tenga una buena boda.

—Gracias, majestad, muchas gracias. Os beso las manos.

Carlos ordenó a sus hombres que cargaran con el ciervo y montó su caballo.

Apenas había avanzado unos pasos cuando detuvo su montura y volvió la cabeza hacia atrás.

—¿Sigues creyendo que don Fernando es el mejor de todos nosotros? —le preguntó al labriego, que estaba recibiendo la bolsa con los maravedíes.

—Sí, majestad, pero también os digo que estaba equivocado con don Carlos. Considero que es un hombre generoso y justo.

El emperador esbozó una sonrisa, espoleó a su caballo y partió al galope en dirección a Madrid.

### *Toledo, fines de octubre de 1538*

Tras cazar en el Pardo, Carlos viajó a Toledo a fines de octubre. Lo hizo enfermo. Otra vez la gota martirizando su pierna.

Allí estaba desde hacía unas jornadas la emperatriz, sufriendo otro episodio más

de sus ya habituales fiebres tercianas, que cada cierto tiempo aparecían para debilitar año tras año las fuerzas de la hermosa mujer que fuera princesa de Portugal. Un día llegó a sentirse tan mal que dictó su testamento.

El concejo de Toledo, empeñado como estaba en que los emperadores fijaran la sede de su residencia permanente en su ciudad, a la que algunos ya tildaban de «imperial», preparó una gran fiesta para festejar la llegada de su majestad. Para ello se habilitó una zona llana en la huerta del Tajo, que se cercó con un tablado para celebrar torneos y corridas de toros, ya que dado el emplazamiento en el cerro pedregoso donde se alzaba el caserío toledano, no se podían celebrar allí las actividades programadas.

Los emperadores acudieron a la vega escoltados por los alguaciles y los oficiales del concejo, todos a caballo, con los escoltas empuñando largas varas de madera para abrir un camino por el que pudiera transitar la comitiva real.

Era tal la multitud que se agolpaba para ver de cerca a sus majestades que hubo un momento en el cual apenas se podía avanzar, y el cortejo tuvo que detenerse a la entrada de la zona vallada de vega, que estaba atorada de gente impidiendo el paso. Al percatarse de ello, un alguacil llamado Francisco Sánchez espoléó nervioso a su caballo hacia la gente.

—¡Paso, abrid paso en nombre de sus majestades! —gritó el inquieto alguacil.

Empujado por unos y otros, el alguacil soltó varios golpes con su vara para apartar a los más efusivos; uno de aquellos varazos golpeó las ancas del caballo de Íñigo Lope de Mendoza, duque del Infantado, que se dobló de patas traseras y a punto estuvo de derribar a su noble jinete.

—¿Qué haces? ¿Acaso no me conoces? —protestó airado el duque.

—Sí, señor don Diego, sé que vuestra señoría es el duque del Infantado, pero debéis avanzar para que pueda pasar el emperador, de modo que seguid adelante, o apartaos —indicó el alguacil.

—¡Insolente! —exclamó el del Infantado, que desenvainó su espada y propinó una profunda cuchillada al alguacil en la cabeza.

El alguacil Sánchez se tambaleó y al sentir la herida se echó mano a la cabeza y se la empapó de sangre. Entonces, lleno de furia, tiró la vara de madera al suelo y desenvainó su espada, con la que lanzó un golpe que dio en la cabeza del caballo del duque. El animal se encabritó por el dolor y zarandéó a su jinete.

Al ver a su señor espada en mano y al alguacil sangrando, los lacayos del duque, junto con otros caballeros, arremetieron contra el desdichado oficial del concejo, que se vio venir encima una tunda de palos y, aun peor, la muerte.

—¡Deteneos, es un hombre del rey! —gritó otro alguacil.

—¡No lo matéis! —gritó el del Infantado al darse cuenta de que aquel hombre representaba a la justicia real y de que un atentado contra él se consideraría tan grave como si se hubiera perpetrado contra el mismo emperador.

El alguacil Sánchez se creyó perdido, pero tuvo reflejos suficientes como para

tirar de las riendas, darle un giro a su montura y llegar hasta donde estaban los emperadores.

—¡Ayuda, señor, ayuda! —gritó malherido y ensangrentado.

Enseguida el resto de los alguaciles formó un círculo en torno a Carlos e Isabel blandiendo sus espadas amenazadoras.

—¿Qué pasa ahí delante? —preguntó Carlos.

—El duque del Infantado me ha herido cuando abría paso entre la multitud en nombre de vuestra majestad —gritó tembloroso el alguacil.

—¿Cómo se atreve alguien a atacar a uno de mis alguaciles? —demandó el rey.

—Mi señor, dadme la orden y prenderé ahora mismo al duque —intervino el alcalde Ronquillo, que dirigía el servicio de protección del emperador.

—Teneos quieto, Ronquillo —terció el condestable de Castilla—. Yo soy el justicia mayor de estos reinos y, si hay que prender a don Íñigo, solo a mí compete ese menester.

Ronquillo no hizo caso al condestable, e interpretando una mirada de Carlos como una autorización, se acercó hasta el duque del Infantado con intención de apresarlo.

—¡Un plebeyo queriendo detener a un grande! ¡Qué afrenta es esta! —clamó Íñigo Lope de Mendoza indignado.

—¡Alejaos de aquí si no queréis correr la suerte del alguacil! —gritó uno de los nobles que habían acudido en ayuda del duque del Infantado.

El condestable le indicó con la cabeza a Ronquillo que se alejara, y el alcalde, prudente, así lo hizo. Pero los nobles, muy altivos, se salieron de la comitiva y se alejaron de allí en una clara descortesía hacia el emperador, al que dejaron solo con la emperatriz, sus hijos y el cardenal Tavera.

—Señor, dadme una orden y detendré a todos esos señores, por muy altos que sean —le pidió Ronquillo a la vez que indicaba a algunos de sus hombres que se llevaran de allí al alguacil herido, al que habían colocado una venda en la cabeza para detener la hemorragia.

—No, dejadlo estar... por el momento.

—¿Vas a permitir que este incidente quede así? ¿Vas a consentir que esos altivos nobles se salgan con la suya? —le preguntó Isabel.

—Por supuesto que no. Ordenaré que se procese a don Íñigo conforme a la ley, pero no aquí ni ahora, pues si todos esos nobles se soliviantan y deciden preparar una trifulca podría producirse una masacre con tanta gente como hay por aquí. Mañana ordenaré que se proceda contra el duque; correrá con los gastos de la cura del alguacil al que ha herido y le indemnizará con quinientos ducados.

—¿Y si se niega? El del Infantado es un hombre muy orgulloso —dijo la emperatriz.

—Si se niega a obedecerme lo amenazaré con tal castigo que ni siquiera don Íñigo se atreverá a cuestionar mi orden.

Así fue. El duque del Infantado aceptó pagar lo que dictó el emperador y le pidió perdón por lo sucedido, pero le guardaría aquella afrenta con una sutil forma de venganza. Sería en las Cortes que estaban a punto de comenzar.

### *Toledo, noviembre de 1538*

El jueves 1 de noviembre se abrieron solemnemente las Cortes. Los nobles se reunieron por separado en la sala mayor del palacio del conde Diego Hurtado de Mendoza, en tanto universidades y eclesiásticos lo hacían en la iglesia de San Juan de los Reyes, donde luego se juntarían los tres estamentos. De la fachada de esa iglesia colgaban decenas de cadenas de hierro; eran los exvotos de los cautivos liberados de los turcos.

En la primera sesión conjunta, el cardenal don Juan Tavera, primado de las Españas, les recomendó obedecer al emperador, pero los nobles, a instancia del duque del Infantado, que no olvidaba el asunto del alguacil, replicaron que lo que tenía que hacer el rey, pues con ese título se dirigían a Carlos, era abandonar sus ansias de guerra y residir permanentemente en Castilla.

Al escuchar el primer alegato de los nobles y cómo se manifestó su portavoz, Carlos frunció el ceño malhumorado.

—Señor, Castilla es quien soporta la mayor parte de la carga de los impuestos reales y no se puede sostener por más tiempo —quien hablaba en nombre de la nobleza era el marqués de Cuéllar.

La gran nobleza de Castilla y León asentía a todas y cada una de las palabras del de Cuéllar. Allí estaban presentes el condestable de Castilla, el duque de Alburquerque, el de Medina Sidonia, el del Infantado, el conde de Benavente y otros muchos altos señores.

—Los nuncios de los tres Estados de estas Cortes —Carlos se refería a los nobles, a los eclesiásticos y a los delegados de las ciudades— debéis hacer un gran servicio a la Corona, acudir en ayuda de vuestro rey y atender a la defensa de estos reinos. Porque si no lo hacéis así, tal vez, señores, acabéis cuidando ganado en las montañas del norte de África o limpiando las letrinas de los emires de Argel y de Fez.

Un murmullo se extendió por la sala.

—¿Qué necesitáis, majestad? —preguntó el cardenal Tavera.

—Hombres y dinero para la campaña contra Argel —asentó Carlos.

—¿Cuánto? —demandó el marqués de Cuéllar.

—Cuatro millones doscientos setenta y tres mil ducados —el emperador usó el término italiano «millón» en vez del castellano «cuento».

—¡Eso son más de mil quinientos cuentos de maravedíes! —Calculó el de Cuéllar.

El murmullo aumentó de volumen; muchos nobles mostraron claros signos de indignación y repulsa.

—El secretario De los Cobos ha elaborado un informe muy detallado de la Hacienda real. Todos esos ducados se emplearán para acabar con las deudas que hemos tenido que adquirir para pagar la victoriosa campaña de Túnez, la guerra con Francia y los gastos del viaje a Niza para acordar la paz.

—¿Y la plata y el oro del Perú? —preguntó una voz.

—Se ha gastado en defender la cristiandad, vuestras haciendas y vuestros privilegios —Carlos señaló a los nobles.

—Y en regalos —sonó otra voz—. Dicen que solo el collar de oro y piedras preciosas que le regalasteis a la hija del rey de Francia costó cincuenta mil ducados.

—Ese regalo selló una paz. ¿Cuánto nos hemos ahorrado desde entonces? ¿Cuánto hubiéramos tenido que gastar si hubiera continuado la guerra?

—Es imposible afrontar esas cuentas —terció el del Infantado, que sonrió rumiando su venganza.

—No si se adelantan los subsidios correspondientes a los años 1540, 1541 y 1542 —dijo Carlos siguiendo la información que le había proporcionado De los Cobos.

—No es posible, majestad. La nobleza del reino os propone que se cambie la política cara al exterior y que se ponga fin a cualquier guerra y a los costosísimos gastos cada vez que se desplaza vuestra majestad.

—¿Qué dicen las ciudades? —Carlos se dirigió al representante de las llamadas universidades.

—En esta cuestión, nuestra opinión es la misma que la de los nobles —precisó el nuncio de Segovia, portavoz de ese tercio.

—¿Y la Iglesia?

—La Iglesia de Castilla y de León siempre estará con su rey y señor —asentó el cardenal Tavera ante las protestas de nobles y ciudadanos.

Las Cortes estaban estancadas; hacía casi un mes que habían comenzado y nada se había aprobado todavía.

El duque del Infantado saboreaba su triunfo satisfecho por lo que estaba haciendo sufrir al emperador. Aquellos quinientos ducados con los que tuvo que indemnizar al alguacil Sánchez por la herida que le propinó en la cabeza los consideraba muy bien empleados.

—Esto no puede seguir así, señores. —Juan Tavera, arzobispo de Toledo y cardenal de la Santa Iglesia Romana, había decidido intervenir personalmente para desatascar la situación. Citó a todos los nobles a una reunión y acudió a ella acompañado por el secretario Francisco de los Cobos y varios altos dignatarios de la corte.

—No es nuestra culpa —intervino el duque del Infantado.



—Nuestra obligación es servir a su majestad, pues no hay nada más perjudicial para el reino que no hacerlo —replicó Tavera.

—No podemos aceptar sus condiciones —habló de nuevo el del Infantado, que contaba con el respaldo de todos los demás nobles.

—Bien. En la próxima sesión de las Cortes se votarán las propuestas a mano alzada y no en secreto como hasta ahora —intervino De los Cobos.

Aquel anuncio provocó las protestas de la mayoría de la nobleza; el condestable de Castilla levantó el brazo pidiendo calma y habló:

—Señores, por esta carta escrita con su puño y letra —mostró un papel—, su majestad nos ordena que votemos a mano alzada y que cada uno exprese su parecer sobre la demanda de las sisas.

Y continuó con un alegato sobre lo que era mejor para el reino, para todos ellos y para el servicio de Dios. Alegó al levantamiento de los comuneros y dijo que, aunque podría volver a producirse una revuelta como aquella y entonces perderían todas sus haciendas y títulos, los grandes nobles e hidalgos no podían consentir abonar una sisa, pues nunca habían pagado tributos, como correspondía a la honra de su linaje. El condestable acabó su largo discurso pidiendo a los nobles que no pagaran y que se buscara el dinero que demandaba su majestad por otros medios.

—Si el rey acaba con sus guerras e instaura una paz universal no será necesario tanto dinero —gritó una voz.

—La guerra contra los infieles es una guerra justa —intervino el cardenal Tavera.

—Que se moderen los gastos de la corte —propuso otra voz.

La sesión continuó durante siete horas más, hasta que se llegó a un texto pactado.

—Señores, tras escucharos a todos, he redactado esta propuesta para la que pido vuestra aprobación y la firma conjunta de toda la nobleza de Castilla y de León —propuso el condestable.

—Leedla —dijo el duque del Infantado.

—«Los grandes y caballeros, reunidos por mandato de vuestra majestad en Cortes en la ciudad de Toledo, os suplican que no se hable más de la sisa a la nobleza, y proponen que se busque por otros medios el dinero que vuestra majestad solicita».

—¡Sí, sí, sí! —gritaron los nobles.

—¿Alguien discrepa...? Bien, en ese caso, hágase de ese modo —asentó el condestable.

De los Cobos apretó los dientes, no intervino, pero tomó buena nota de los que encabezaban la oposición al emperador.

A Toledo llegó la noticia de lo sucedido en el Mediterráneo. Los turcos habían derrotado a la flota de la Liga Santa. Por más que les hundían galeras, los otomanos volvían a construir otras tantas en los astilleros de Estambul. Barbarroja, que gozaba de toda la confianza del sultán Solimán, se mofaba de Andrea Doria, pues por más navíos otomanos que el almirante del emperador destruyera, la armada otomana se rehacía una y otra vez.

Hasta ciento treinta galeras salieron aquel verano de las atarazanas de Estambul bajo el mando de Barbarroja para contrarrestar a las de la coalición cristiana de la Liga Santa comandadas por Andrea Doria, que pese a solicitar doscientas solo pudo reunir una cantidad similar a la de su enemigo.

El antiguo corsario realizó una rafia por las costas del sur del mar Adriático, hasta Albania, y logró vencer a una flota de Doria por primera vez. El almirante tuvo que retirarse de la batalla. La propia Señoría de Venecia se sintió amenazada, y algunos de sus más destacados ciudadanos temieron que la ciudad de la Laguna podría ser atacada por los turcos; Venecia cedió varias nuevas islas griegas a los otomanos. Solo los tercios españoles fueron capaces de derrotar, pese a ser muy inferiores en número, al ejército turco en tierra.

—Habrà que tratar de ganarse a ese Barbarroja, como en su día hicimos con Andrea Doria —comentó el emperador a su secretario.

### *Toledo, navidades de 1538*

Si hubiera tenido en esos momentos delante al condestable o al duque del Infantado, probablemente los hubiera estrangulado con sus propias manos.

Carlos estaba furioso. De los Cobos acababa de leerle el memorial aprobado por la nobleza.

—Son una banda de malhechores y se comportan como tales —masculló Carlos.

—Lo han aprobado por unanimidad, señor —indicó De los Cobos.

—Que trabaje por la suspensión de las guerras, me sugieren los muy hipócritas.

—El emperador sostenía en su mano el memorándum remitido por los nobles.

—Señor...

—Y que resida aquí de manera permanente, y que reduzca los gastos de la corte, y que no recompense a los que tan fielmente sirven a mi gobierno... Pues bien, respondedles esto: Que he leído con suma atención las alegaciones de los nobles y que agradezco su mucha atención al interés del reino, pero que traten de nuevo el asunto de la sisa, y que lo hagan con toda brevedad.

—Pero, majestad, ya han decidido...

—Que cambien su decisión —asentó Carlos—. Necesito ganar tiempo hasta que asiente la paz que hemos firmado con Francia y se renueven los préstamos de esos banqueros alemanes. Si todo sale conforme a lo que hemos previsto, que se preparen los nobles, porque tendrán que pagar la sisa.

Aquellos días de diciembre los negociadores del emperador y los de la nobleza se entrevistaron en diversas ocasiones para tratar de llegar a un acuerdo.

—Que se promueva la paz universal —insistían los nobles.

—Que los nobles paguen la sisa —reiteraban los oficiales del emperador.

—Que el rey resida en el reino —volvían a pedir los nobles, entre los cuales comenzó a resquebrajarse la unidad de criterio que hasta ese momento habían mantenido.

—Que los nobles ayuden a su majestad.

—Que se trate de alcanzar un acuerdo de buena voluntad.

—Que se aprueben las propuestas del rey.

—Que se carguen pechas sobre las mercancías que se saquen del reino.

—¡Señores, señores! —El cardenal Tavera pidió calma—. Su majestad nos ha reunido para mostrarnos las necesidades de estos reinos, pero, si no estáis dispuestos a ofrecer remedio, será mejor que cada uno se vaya por donde ha venido. ¡Ah!, y una última cosa...

—No —dijo el condestable.

—Nada más hay que hablar —terció el duque de Nájera, otro de los principales opositores al emperador.

—Estas Cortes quedan disueltas —añadió el del Infantado con una sonrisa.

El cardenal Tavera se levantó de su escaño sin decir más palabras y salió de la iglesia de San Juan de los Reyes. Las Cortes estaban disueltas sin haber llegado a acuerdo alguno.

Corría el primer día del año nuevo.

Carlos se mordía los puños de rabia. Renegaba de aquella banda de ufanos pavos señoriales, recelaba de su lealtad y lamentaba haber confiado alguna vez en uno solo de ellos.

El condestable, elegido portavoz para esa ocasión, se presentó ante el emperador para darle cuenta de lo aprobado por la nobleza.

—Señor, los nobles no pagarán la sisa solicitada por vuestra majestad —le comunicó el condestable tras saludarlo con una inclinación de cabeza.

—Hacéis un mal servicio a estos reinos y a vuestro rey, vos y todos los nobles que están con vos —dijo Carlos de muy mal humor.

—Lamentamos vuestra pesadumbre, majestad, pero los nobles no pueden renunciar a sus privilegios, pues iría en perjuicio de la ley y del honor de sus linajes.

—¿El honor...? ¿A esto llamáis honor?

—No pagar la sisa está en la condición del noble; si aceptamos pagar, perderíamos esa condición y, por tanto, nuestro honor.

—Salid de aquí, ahora mismo —ordenó Carlos.

—Como gustéis, majestad.

El condestable de Castilla hizo una educada reverencia y salió de la sala. Pero el emperador lo siguió muy airado.

—¿Sabéis lo que me pide mi cabeza en estos momentos? —le preguntó Carlos gritando y amenazándolo con el dedo.

—No, mi señor.

—Pues echaros de aquí a patadas y arrastraros por el suelo de todo este corredor.

—Vuestra majestad debería pensarlo mejor, pues, aunque soy pequeño de cuerpo, peso mucho más de lo que aparento, y no os sería tan fácil —replicó el condestable con toda altanería.

«No volverá a haber más Cortes en Castilla, no mientras yo sea el rey de estas tierras», pensó Carlos mientras apretaba los dientes y se contenía para no arrojar sobre el condestable y molerlo a palos. Aguantó la cólera que lo ofuscaba; ya habría otro momento para tomar cumplida venganza por lo sucedido.

### *Toledo, enero de 1539*

Nevaba sobre Toledo. El emperador seguía de muy mal humor y rumiaba la manera de vengarse de los nobles castellanos, que habían cuestionado su autoridad en las Cortes celebradas dos meses antes.

—Con la empecinada nobleza no hay nada que hacer, pero las ciudades nos ayudarán —dijo Carlos a De los Cobos.

—Señor, varias de esas ciudades estuvieron no hace mucho tiempo del lado de los comuneros y fueron rebeldes a vuestra majestad.

—Eso no volverá a ocurrir. Escribid cartas a los principales concejos de Castilla y hacedles saber que su rey los necesita.

—Como ordenéis. Pero la mayor parte de la contribución al tesoro proviene de las ciudades, y podrían levantarse si se les exigen nuevos tributos —alegó el secretario de Estado.

—Lo sé, don Francisco, y vos no cesáis de recordármelo, pero los gastos del Imperio son cada vez mayores y de algún sitio tenemos que sacar dinero para afrontar los pagos. Los turcos siguen armando galeras y, si no contrarrestamos su poder, pronto serán dueños y señores de las aguas del Mediterráneo.

—Las ciudades de Castilla sostienen casi todo el gasto, si recurriéramos a Alemania... El papa Paulo emitirá en unos días una bula de cruzada, de modo que cuanto se recaude por ese motivo irá destinado a sufragar la guerra contra el turco.

—No será suficiente —asentó el emperador.

De los Cobos frunció el ceño. El secretario conocía bien las finanzas del Imperio y sabía que de seguir con tantos gastos acabaría en bancarrota.

—Si entraran en la Liga Santa el rey de Francia y el de Inglaterra tal vez podríamos derrotar al turco.

—No lo harán. Don Francisco, pese a la amistad que mostró en la entrevista que

con él tuvimos, sigue pactando en secreto con el sultán Solimán, y en cuanto a mi tío el rey Enrique de Inglaterra, anda pendiente de sus bodas y sus divorcios más que de cualquier otra cosa.

—Tal como está enfrentado con la Iglesia, creo que don Enrique jamás se aliará con Roma.

—Vamos a necesitar toda la ayuda de Dios —asentó Carlos.

—O del diablo —dijo De los Cobos.

—Cuidado con eso, don Francisco, por mucho menos se está condenando a prisión a algunas gentes.

Aquella noche Carlos se acostó con su esposa. La emperatriz estaba desmejorada, pero mantenía casi intacta su legendaria belleza. Hicieron el amor y se mantuvieron abrazados hasta la madrugada, en silencio, cuando los rindió el sueño.

Unos días después Isabel no sangró en los días que le tocaba. No le cupo la menor duda de que volvía a estar embarazada. Había parido ya cinco veces, pero los dos últimos partos la habían dejado muy debilitada. Pablo Losantos incluso le había recomendado que, tras el difícil y mal parto de Juan, que murió al año de edad, no volviera a quedarse encinta, pues podía resultar peligroso para su salud, pero la emperatriz anhelaba darle más hijos a Carlos y no puso ningún remedio para evitarlo.

### *Toledo, principios de mayo de 1539*

La primavera transcurría monótona y lenta. Carlos parecía cansado, sin apenas ganas para seguir gobernando el Imperio. Incluso había renunciado a seguir adelante con una idea que le andaba rondando por la cabeza desde hacía tiempo: la de encabezar una cruzada definitiva contra el islam. Comprendió que él era el último caballero de la cristiandad, el último cruzado, y que nadie le seguiría en esa empresa.

Los desplantes y la altanería de los nobles, las reticencias de las ciudades a pagar más contribuciones, los conflictos en Alemania, donde cada día nacía una nueva iglesia al abrigo de la Reforma protestante, las deudas que se acumulaban, los enfrentamientos entre los mismos españoles en la conquista de las Indias, o la permanente amenaza de los turcos conformaban tal cúmulo de problemas y preocupaciones que algunos días, mientras despachaba en su gabinete del alcázar de Toledo con el secretario De los Cobos o con el canciller Granvela, no pensaba sino en abandonarlo todo y retirarse con Isabel a una finca en el campo, o a la Alhambra de Granada, y renunciar a seguir soportando el enorme peso de todos aquellos dominios que lucía en su escudo de armas.

¡Ay, si Felipe, su heredero, tuviera veinte años en vez de once! Si pudiera legarle ya su herencia, si pudiera...

Andaba sumido es esa suerte de aflicción cuando unos golpes sonaron en la

puerta de su gabinete.

—Entrad —ordenó el emperador.

—Majestad, los médicos Alfaro y Villalobos solicitan que los recibáis. Dicen que es cuestión de vida o muerte —le anunció uno de sus secretarios.

—¿Qué quieren?

—Se trata de vuestra augusta esposa; la emperatriz no se encuentra bien, que...

—Decidles que pasen.

A una indicación del secretario, los dos médicos entraron en el gabinete del emperador.

—Majestad. —Alfaro se inclinó con una forzada reverencia.

—¿Qué le ocurre a la emperatriz?

—Tiene fiebre alta..., otra vez. Dado su estado de gestación, puede ser peligroso.

—¿La habéis visitado?

—Lo hemos intentado hace apenas una hora, majestad, y la he encontrado muy mermada de fuerzas, pero se niega a que...

—¡Seguid!

—No permite que examinemos su intimidad, señor —terció Villalobos.

—Por eso nos hemos atrevido a avisaros. La emperatriz tuvo un acceso de fiebres tercianas a mediados del pasado marzo, a los dos meses de quedar embarazada; pasó un par de semanas con fiebres tercianas, pero mejoró mediada la primavera. Ahora nos tememos que este nuevo episodio febril sea mucho más grave.

—Acompañadme. Vayamos a verla —dijo Carlos.

Se dirigieron al palacio de don Diego Hurtado de Mendoza, donde estaba la emperatriz. La encontraron en la cama, sudorosa, mucho más pálida de lo habitual. Había perdido peso, tenía unas marcadas ojeras y respiraba con dificultad.

—¿Cómo estás? —le preguntó Carlos.

—Mal, bastante mal —respondió Isabel, cuyos ojos reflejaban una honda tristeza.

—¿Tienes dolores?

—Me arden la cabeza y el vientre.

—Alfaro, Villalobos, acercaos —les ordenó.

—Majestad...

—Haced algo y rápido.

—Sí, mi señor. Traed una infusión de abrotano, enseguida —ordenó el médico Alfaro a una criada.

—¿Una infusión...? ¿No tenéis nada mejor? —protestó Carlos.

—No, majestad. Me temo que vuestro hijo quiere salir del vientre de vuestra esposa antes de tiempo.

—¿Estáis seguro? —Carlos miró a Isabel con aspecto de grave preocupación, pues sabía perfectamente lo que aquello significaba.

—Completamente.

—En ese caso, salvad a mi esposa. Mejorarás enseguida —le dijo Carlos.

—Debo hacer un nuevo testamento —habló Isabel.

—No te preocupes de eso ahora —asentó el emperador.

—Debo hacerlo. —Isabel habló con tal rotundidad que Carlos comprendió que la muerte la rondaba muy de cerca.

Entre accesos de fiebre y fuertes dolores de vientre, Isabel de Portugal dictó su segundo testamento, que venía a corregir el que había redactado cuatro años antes.

—Hace cuatro días hubo un eclipse. ¿Recuerdas cómo se oscureció el sol en pleno día? Y luego ese cometa crinito, con la cola partida en varios haces, que ha aparecido por occidente, por mi tierra de Portugal. Dicen que ambos son signos que anuncian una muerte, mi muerte.

Isabel sonrió tras firmar el testamento. Era una triste sonrisa de despedida.

—Llevadme al palacio del conde de Fuensalida; prefiero morir allí.

—Si pudiera detener el tiempo; si pudiera... —musitó Carlos.

El feto era una masa de carne blanquecina, fluidos grasos, sangre y tejidos blandos.

—Lo hubiera llamado Juan, como el hijo que se me murió el año pasado con apenas doce meses de edad —lamentó Carlos cuando supo que la emperatriz había abortado.

—La emperatriz no ha permitido que la atendiéramos, majestad —dijo Villalobos.

—Solo ha permitido que la tocara la comadrona —comentó Alfaro.

—Si Losantos hubiera estado aquí —musitó Carlos—. Debí traerlo conmigo a Toledo. ¿Qué habéis hecho con... el niño?

—Lo hemos envuelto en un lienzo encerado y lo hemos depositado en una cajita de madera. Esperamos órdenes de vuestra majestad para...

—¿Tenía alma?

—Señor, no entiendo... —balbució Alfaro.

—Os pregunto que si mi... hijo nacido muerto tenía alma. Si la tenía, podremos enterrarlo en la catedral.

—No..., no lo sé, eso es cosa de los teólogos —respondió Alfaro.

—Dicen que Dios insufla el alma en el momento de la concepción, pero mi hijo ha nacido muerto.

—Tal vez...

—¿Dónde está el alma?

—Lo ignoro, majestad —repitió Alfaro.

—Sois médicos, deberíais saberlo.

—El alma no se ve, no tiene color, es intangible, no pesa, no ocupa lugar... —terció Villalobos.

—El alma va al cielo si el que muere ha sido buen cristiano; en algún lugar del

cuerpo debe de estar.

—Yo nunca la he visto, pero he leído que unos la ubican en el corazón, otros en el hígado, algunos incluso en la cabeza... —dijo Alfaro.

—Buscad el alma de mi hijo, buscadla...

—¡Carlos, Carlos! —Isabel llamó desde el lecho a su esposo.

—Dime —el emperador se acercó preocupado.

—No permitas que embalsamen mi cadáver, no lo permitas. ¡No quiero que me abran, no quiero, no quiero!

—No vas a morir —adujo Carlos.

Alfaro y Villalobos, los dos médicos que habían atendido los meses pasados a Isabel, sabían que no había remedio, y que la emperatriz no sobreviviría más allá de dos o tres días.

Durante toda una semana la emperatriz sufrió graves hemorragias que apenas podían cortar y altas fiebres que la conducían al delirio.

Aquel día, la fiebre le aumentó mediada la mañana. Alfaro y Villalobos comprendieron que el fin estaba cerca, muy cerca. El cardenal Tavera le administró los sacramentos y la preparó para un buen morir.

Poco después del mediodía del primero de mayo, Isabel expiró. A su lado, Carlos se mantenía en silencio, la mirada fija en el cadáver.

—Majestad, ¿qué disponéis? —le preguntó De los Cobos al cabo de un buen rato.

El emperador, los ojos llorosos, se limitó a encogerse de hombros. Apretó la mano de su esposa muerta y fue incapaz de articular una sola palabra. Se incorporó de la silla donde estaba sentado al lado de la cama y salió de la habitación para refugiarse en la soledad de su alcoba.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó De los Cobos a los médicos.

—Aguardar unas horas, como es preceptivo, velar el cadáver y mañana a primera hora proceder a embalsamarlo —dijo Alfaro.

—Su majestad no lo consentirá; la emperatriz lo prohibió de manera expresa —adujo De los Cobos.

—En ese caso la depositaremos en el pudridero, y en unos meses, cuando se hayan secado todos los humores de su cuerpo, procederemos a enterrarla —terció Villalobos.

—De eso ni hablar. Su majestad quiere que se traslade el cadáver de su esposa a Granada cuanto antes.

—De hacerlo así tendrá que ser en una caja de plomo.

Apenas dos horas después de la muerte de la emperatriz todos los ciudadanos de Toledo conocían la luctuosa noticia. El duelo se extendió por todas partes mientras el cometa crinito lucía en el atardecer del cielo de Toledo, hacia occidente, en el horizonte de los muertos.



Al día siguiente de su muerte, el cadáver de la emperatriz fue depositado en una caja de plomo en una sala de la planta baja del palacio de Fuensalida, que se había tapizado con telas de terciopelo negro. Ante un altar portátil, el obispo de León presidió un oficio religioso. Nadie lo vio, pero el emperador presenció la ceremonia desde una ventana alta que daba a la sala, oculto tras una celosía.

—¿Qué va a hacer el emperador? —le preguntó el canciller Granvela a De los Cobos.

—Por el momento se retira al convento de la Sisle, cerca de Toledo, con los monjes jerónimos.

—¿Y el cadáver de doña Isabel?

—Ha ordenado que sea trasladado a Granada.

—Pero...

—Eso ha ordenado, y no admite peros.

—De acuerdo.

En el palacio de Fuensalida se presentaron el cardenal Tavera, varios eclesiásticos, las autoridades del concejo y muchos otros oficiales que quedaron aguardando en la plaza de Santo Tomás la salida del cortejo fúnebre.

El ataúd con los restos de doña Isabel fue sacado a hombros del palacio. Lo colocaron en una litera cubierto con un paño de brocado negro sobre el que se había cosido una cruz de tela morada y lo llevaron en procesión por las calles de Toledo. En la comitiva formaban todas las cofradías de la ciudad, con sus mayordomos luciendo las cruces y los emblemas y los cofrades formados en dos filas con velas encendidas; luego todas las parroquias con sus cruces procesionales, el cabildo de la catedral con todos los canónigos y dos filas de sacerdotes y beneficiados, y los religiosos de los conventos con sus hábitos, salvo los jerónimos, que se habían quedado en su monasterio rezando con el emperador.

La guardia imperial formaba con toda solemnidad, y junto a los soldados había varios pajes con antorchas encendidas y los maceros reales y el cardenal Tavera con los obispos de León y de Oviedo. Tras los prelados caminaba el joven príncipe Felipe escoltado por duques, marqueses y grandes hombres de Castilla y los oficiales del concejo de Toledo.

El cortejo fúnebre pasó por delante de las iglesias de Santo Tomás, San Salvador y la Trinidad y llegó hasta el puente de Alcántara, donde aguardaban vestidas de luto las damas de compañía de la emperatriz, duquesas, marquesas, condesas y otras mujeres nobles.

El ataúd se colocó sobre una carreta tirada por dos mulas y, tras ser bendecido por el cardenal, inició viaje a Granada.

## *Capilla real, Granada, 17 de mayo de 1539*

Apenas dos semanas se tardó en el traslado del cadáver de doña Isabel desde Toledo a Granada. Por todas partes por donde pasó se le rindieron honras fúnebres. Conforme se difundía la noticia por España, todo el mundo penaba la mala suerte de la emperatriz, de la que se ponderaba su belleza y su buen hacer en el gobierno cuando había ocupado la regencia de Castilla.

—¡Dios mío! —exclamó horrorizado el arzobispo de Granada cuando en la capilla real se abrió el ataúd de plomo que contenía el cuerpo de Isabel.

—No quiso que la embalsamaran —explicó Alfaro, que había acudido a Granada con la comitiva fúnebre por orden expresa de Carlos.

—Pero si era tan bella...

El rostro de la emperatriz estaba completamente desfigurado, la carne podrida, los ojos y la boca llenos de líquidos viscosos amarillentos, y despedía un hedor insoportable.

—¿En verdad es ella? —preguntó el marqués de Lombay, comisionado para entregar el cuerpo de la emperatriz.

—Lo es, señor marqués, lo es —le aseguró el médico.

—Pues yo no voy a certificar que ese cadáver es el de nuestra muy alta y excelente señora la emperatriz Isabel, esposa de su católica majestad don Carlos, rey de las Españas y emperador de Alemania.

—Debéis hacerlo, así lo rige la norma —insistió Alfaro.

—De ninguna manera; para mí, esa no es mi señora doña Isabel. Ella era hermosísima de cuerpo y de alma —aseguró el de Lombay.

—Debéis certificarlo ante el notario, señoría, o no podrá recibir sepultura conforme a la dignidad que una emperatriz requiere —reiteró el médico.

—En ese caso, juro que, según la diligencia y el cuidado que hemos puesto en el traslado desde Toledo, ese cuerpo debe ser el de la emperatriz doña Isabel. ¿Es suficiente así?

—Suficiente, señor marqués, suficiente —ratificó Alfaro mientras tomaba nota un escribano.

## *Monasterio de San Jerónimo, cerca de Toledo, mediados de junio de 1539*

Toda España estaba convulsa y llorando la muerte de Isabel, y en toda la cristiandad se le dedicaron ceremonias y honras fúnebres. Incluso el rey Francisco de Francia presidió en la catedral de París unos solemnes funerales por el alma de la emperatriz.

El cielo azul. Un pedazo de cielo recortado a través de la ventana de su habitación en el convento de Santa María de la Sisle, de la Orden de los Jerónimos, era lo único

que veía el emperador desde su cama.

Unos golpes en la puerta de la habitación le hicieron regresar de la triste ensoñación en la que andaba sumido.

—Majestad, la cena está lista —le avisó uno de los criados, que asomó la cabeza tras la hoja de madera.

—No tengo apetito.

—¿Queréis que os la traiga aquí? —preguntó el criado.

—Déjame. ¡Fuera!

El criado inclinó la cabeza y se retiró cerrando de nuevo la puerta.

«Nunca habrá otra como ella, nunca», pensó Carlos.

Y le vinieron a la cabeza los dulces recuerdos de aquel verano en Granada, los gozosos paseos hasta el Generalife, el agradable aroma de los claveles de Persia, la brillante sonrisa de Isabel, las largas noches de amor al arrullo de la fresca brisa de Sierra Nevada, la lejana melodía de las canciones de los moriscos del Albaicín...

«Nunca, nadie. Nunca ni nadie podrá sustituir a Isabel». Esa idea era la que se repetía una y otra vez en su cabeza. Una y otra vez.

Atardecía. Sobre el horizonte occidental el cometa de cola múltiple apenas era ya un brillante y difuso punto perdido entre las primeras estrellas.

—Isabel, Isabel —bisbisó Carlos con las pupilas enrojecidas por la pena y el llanto. Se incorporó de la cama, donde había pasado toda la tarde, y se acercó hasta la ventana. Alargó la mano hacia el cielo como tratando de atrapar el cometa. Cerró la palma y la acercó hasta su pecho.

Entonces cerró los ojos por unos instantes. Cuando los abrió, miró hacia el cometa, pero aquel punto brillante ya no estaba allí. Abrió los dedos y contempló la palma vacía.

El tiempo tampoco estaba en sus manos.

# APÉNDICES

---

## NOTA DEL AUTOR

---

Esta segunda entrega de Los Austrias abarca los acontecimientos ocurridos entre 1519 y 1539, desde que Carlos V se convierte en emperador hasta que muere su esposa Isabel.

De nuevo vuelven a fundirse realidad y ficción en dos grandes bloques temáticos protagonizados por Carlos V y los miembros de su linaje, de un lado, y de otro la familia de los Losantos, una imaginaria saga de médicos conversos que abandonaron el judaísmo para hacerse cristianos y poder seguir residiendo en los reinos de España.

Esta novela vuelve a tener muchas deudas con varias personas.

En los últimos años he aprendido mucho de varios escritores que me han servido de modelo, inspiración y ejemplo y con los cuales he hablado en numerosas ocasiones de cómo llevar la historia a la novela. Los considero verdaderos maestros, sobre todo a José Calvo Poyato, Juan Eslava Galán, Gisbert Haefs, Jesús Maeso, Toti Martínez de Lezea, Santiago Posteguillo, Javier Sierra y Margarita Torres. Escuchándolos y leyéndolos he aprendido mucho.

Muchas gracias a Raquel Gisbert y a Purificación Plaza, que me siguen animando y me sostienen desde que se comenzó a gestar este proyecto; además, ambas me regalan amistad y excelentes consejos editoriales y confían en mi trabajo.

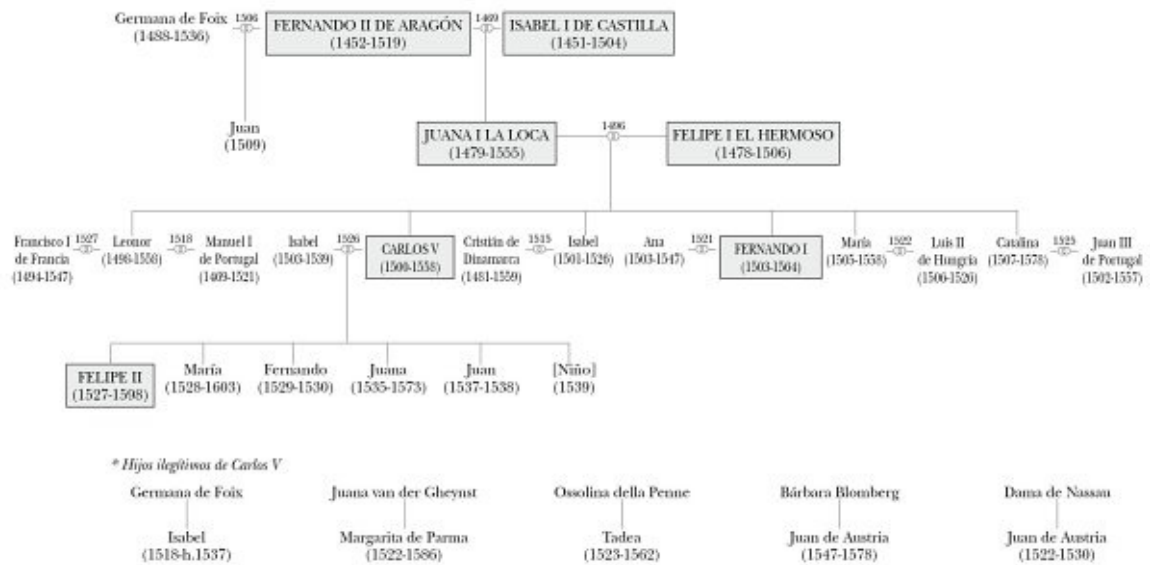
Muchas gracias a José Calvo Poyato, maestro y amigo, con el cual he hablado en numerosas ocasiones de esta novela y de los asuntos que aquí se narran, y cuyos consejos siempre atiendo con reverencial devoción.

Esta segunda novela sobre Los Austrias sigue la recomendación de José Manuel Lara, que fuera presidente del grupo Planeta y quien se empeñó en que saliera adelante. En ello sigo.

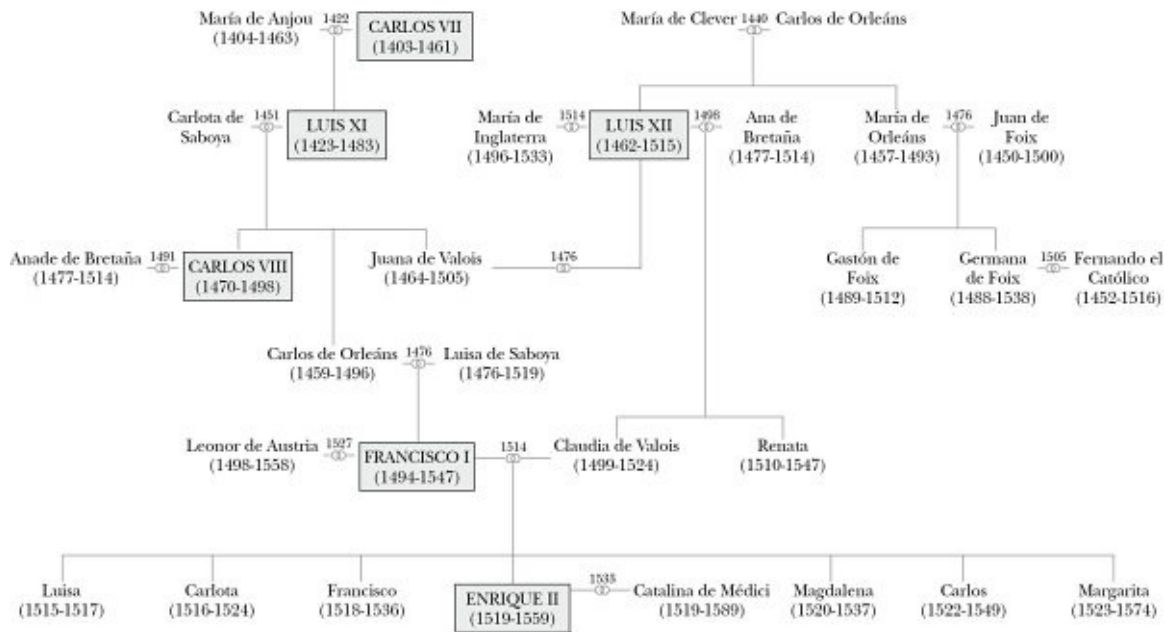
# ÁRBOLES GENEALÓGICOS

---

# GENEALOGÍA DE LA FAMILIA DE CARLOS DE AUSTRIA (1451-1558)

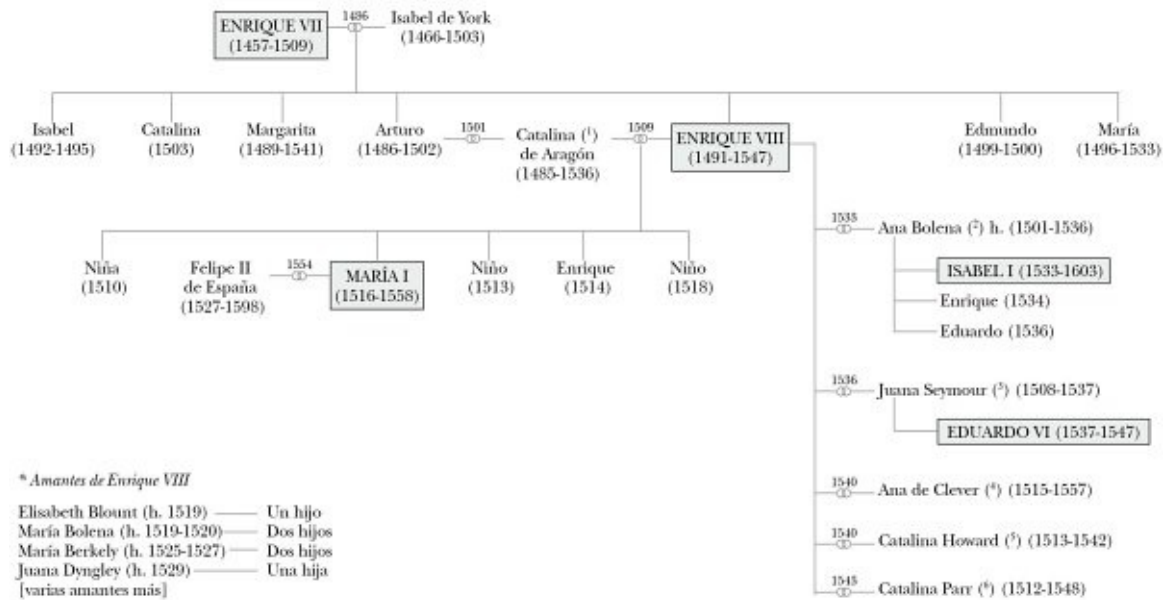


# GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE FRANCIA (1462-1559)

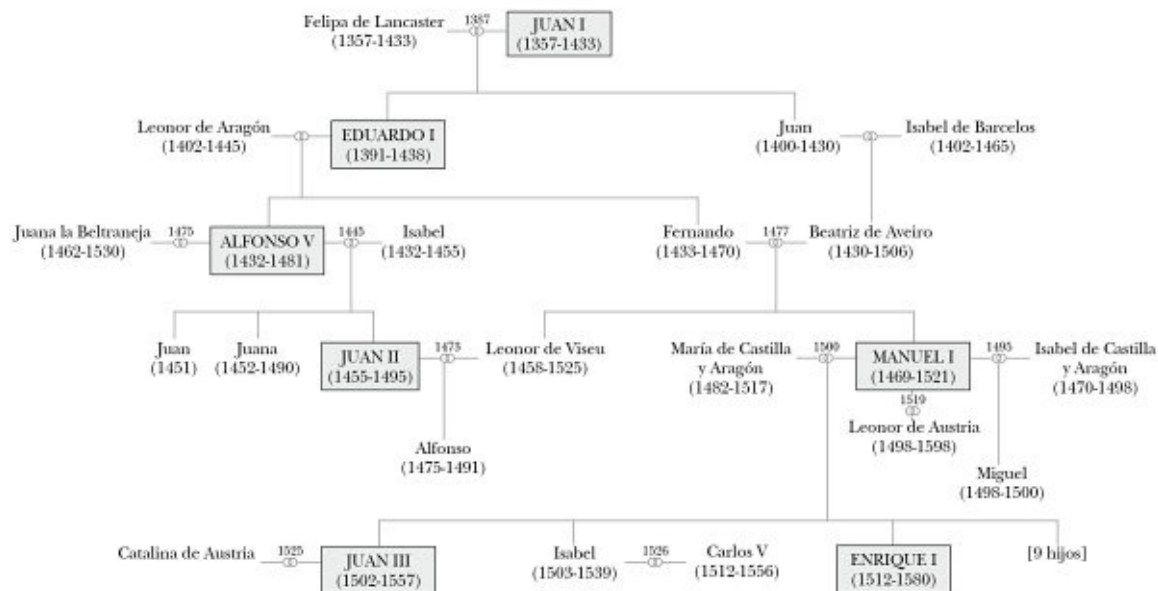




# GENEALOGÍA DE LA FAMILIA DE ENRIQUE VIII DE INGLATERRA (1457-1547)

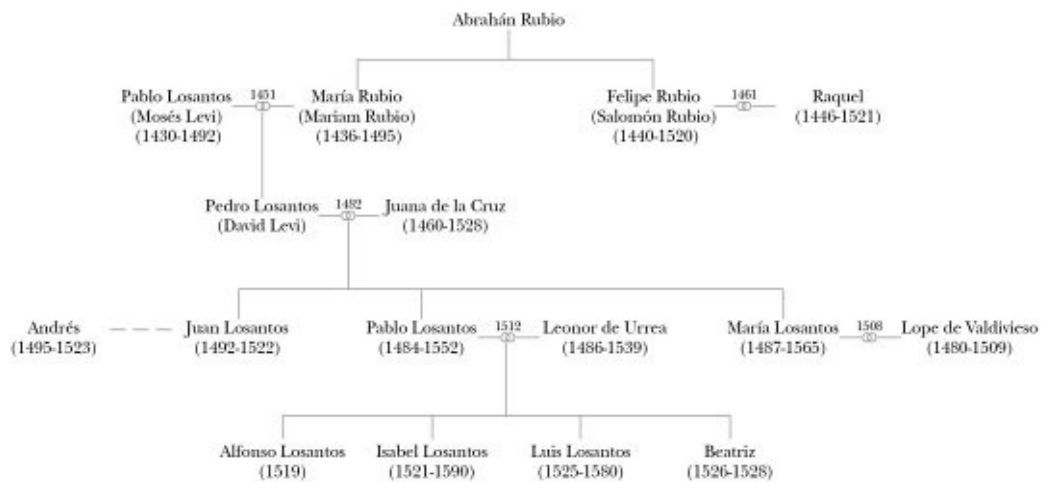


# GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE PORTUGAL (1455-1580)



# GENEALOGÍA DE LA FAMILIA LOSANTOS (1430-1539)

---



# PRINCIPALES PERSONAJES HISTÓRICOS

---

**Alejandro de Médici, el Moro** (1510-1537): duque de Florencia (1531-1537).

**Ana Bolena** (h. 1503-1536): reina de Inglaterra (1533-1536); segunda esposa de Enrique VIII.

**Ana de Hungría** (1503-1547): esposa de Fernando I de Austria.

**Antonio de Leyva** (1480-1536): general del ejército imperial de Carlos V.

**Adriano de Utrecht** (1459-1523): teólogo; preceptor de Carlos de Austria; papa con el nombre de Adriano VI (1522-1523).

**Andrea Doria** (1466-1560): almirante general de la armada de Carlos V en el Mediterráneo.

**Barbarroja Jaireddín** (1475-1546): corsario al servicio del Imperio otomano; hermano de Aruj.

**Bernardo de Sandoval** (1502-1536): segundo marqués de Denia; carcelero de Juana la Loca.

**Carlos de Gante o de Austria** (1500-1558): hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; archiduque de Austria (1506), rey de España y de las Indias Occidentales (Carlos I desde 1516), emperador de Alemania (Carlos V desde 1519).

**Catalina de Aragón** (1485-1536): hija de los Reyes Católicos; esposa de Arturo de Inglaterra y princesa de Gales (1501-1502); esposa de Enrique VIII y reina de Inglaterra (1509-1533).

**Catalina de Austria** (1507-1578): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Juan III y reina de Portugal (1525-1557).

**Clemente VII** (1478-1534): Julio de Médici, papa de la Iglesia (1523-1534).

**Conde de Cifuentes** (1480-1546): Fernando de Silva y Álvarez de Toledo, aliado de Fernando el Católico.

**Cristián II** (1481-1559): rey de Dinamarca, Noruega y Suecia (1513-1523).

**Diego de Almagro** (1475-1538): adelantado de las Indias, y descubridor de Chile.

**Duque de Béjar** (h. 1450-1531): Álvaro de Zúñiga y Pérez de Guzmán, enemigo de Fernando el Católico.

**Duque de Benavente** (h. 1480-1572): Alonso Pimentel y Pacheco, almirante de Castilla; enemigo de Fernando el Católico.

**Enrique VIII** (1491-1547): rey de Inglaterra (1509-1547); esposo de Catalina de Aragón.

**Erasmus de Rotterdam** (1466-1536): humanista y filósofo.

**Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba** (1460-1531): segundo duque de

Alba; consejero de Carlos V.

**Felipe II** (1527-1598): hijo de Carlos V y de Isabel de Portugal; rey de España (1556-1598).

**Fernando I de Austria** (1503-1564): hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; emperador de Alemania (1556-1564).

**Francisco I** (1494-1547): rey de Francia (1515-1547).

**Francisco de los Cobos** (1477-1547): consejero y secretario de Estado de Carlos V.

**Francisco Pizarro** (1478-1541): conquistador del Perú.

**Garci Lasso de la Vega** (1501-1536): militar español y poeta.

**Germana de Foix** (1488-1536): sobrina de Luis de Francia, esposa de Fernando el Católico y reina de Aragón (1505-1516).

**Guillermo de Croy** (1458-1521): señor de Chièvres; consejero de Carlos V.

**Hernán Cortés** (1485-1547): conquistador y gobernador de México.

**Hernando Álvarez de Toledo, duque de Alba** (1507-1582): tercer duque de Alba; consejero de Carlos V.

**Isabel** (1518-1538): hija de Germana de Foix y Carlos V.

**Isabel de Austria** (1501-1526): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Cristián II y reina de Dinamarca (1515-1523).

**Isabel de Portugal** (1503-1539): hija de Manuel I de Portugal y de María de Castilla; esposa de Carlos V y emperatriz (1526-1539).

**Juan III** (1502-1557): rey de Portugal (1521-1557).

**Juan Bravo** (1483-1521): jefe comunero.

**Juan de Padilla** (1490-1521): jefe comunero.

**Juana de Austria** (1535-1573): hija de Carlos V; esposa del príncipe Juan Manuel de Portugal.

**Juana la Loca** (1479-1555): hija de los Reyes Católicos; archiduquesa de Austria, reina de Castilla y de León (1504-1555) y de Aragón (1516-1555); madre de Carlos V.

**Juana Seymour** (h. 1508-1537): Jane Seymour, reina de Inglaterra (1536-1537); tercera esposa de Enrique VIII.

**Juana van der Gheynst** (1500-1541): amante de Carlos V; madre de su hija Margarita de Parma.

**Leonor de Austria** (1498-1558): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso;

esposa de Manuel I y reina de Portugal (1519-1521); esposa de Francisco I y reina de Francia (1526-1547).

**León X** (1475-1521): Giovanni di Lorenzo de Médici, papa (1513-1521).

**Luis II** (1506-1526): rey de Hungría y Bohemia (1508-1526); esposo de María de Austria.

**Luis de Sandoval** (h. 1500-h. 1570): tercer marqués de Denia; carcelero de Juana la Loca.

**Luisa de Saboya** (1476-1531): madre de Francisco I de Francia.

**Lutero** (1483-1546): Martín Lutero, fraile agustino impulsor de la Reforma protestante.

**Manuel I** (1469-1521): rey de Portugal (1495-1521).

**Margarita de Austria** (1480-1530): hija de Maximiliano de Austria y esposa de Juan de Castilla y Aragón; princesa de Asturias (1496-1497); regente de los Países Bajos (1507-1515 y 1519-1530).

**Margarita de Parma** (1522-1586): hija natural de Carlos V y Juana van der Gheynst.

**María de Austria** (1505-1558): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Luis II y reina de Hungría (1522-1526).

**María de Austria** (1528-1603): hija de Carlos V; esposa de Maximiliano II y emperatriz de Alemania.

**María de Inglaterra** (1496-1533): hija de Enrique VII de Inglaterra; esposa de Luis XII y reina de Francia (1514-1515).

**Mercurino de Gattinara** (1465-1530): consejero y canciller de Carlos V.

**Nicolás de Perrenot, señor de Granvela** (1484-1550): consejero y canciller de Carlos V.

**Orsolina della Penna** (h. 1500-h. 1525): amante de Carlos V; madre de su hija Tadea de Austria.

**Paulo III** (1468-1549): Alejandro Farnesio, papa de la Iglesia (1534-1549).

**Solimán el Magnífico** (1494-1566): sultán del Imperio otomano (1520-1566).

**Tadea de Austria** (1523-1562): hija natural de Carlos V y Orsolina della Penna.

**Tomás Moro** (1478-1535): canciller de Inglaterra (1529-1532).

**Tomás Wolsey** (h. 1471-1530): arzobispo de Canterbury y canciller de Inglaterra (1515-1529).





# PRINCIPALES PERSONAJES DE FICCIÓN

---

**Andrés** (1495-1523): orfebre; amante de Juan Losantos.

**Felipe Rubio** (1440-1522): maestro orfebre; judío converso; esposo de Raquel Rubio y tío de Pedro Losantos.

**Juan Losantos** (1492-1522): maestro orfebre; hijo de Pedro Losantos y Juana de la Cruz.

**Juana de la Cruz** (1460-1534): curandera; judía conversa; esposa de Pedro Losantos y madre de Pablo.

**Leonor de Urrea** (n. 1486): dama de compañía de Germana de Foix; esposa de Pablo Losantos.

**María Losantos** (n. 1487): curandera; hija de Pedro Losantos y Juana de la Cruz; viuda de Lope de Valdivieso.

**Pablo Losantos** (n. 1484): médico real; hijo de Pedro Losantos y Juana de la Cruz.

**Pedro Losantos** (1456-1520): médico real; judío converso; padre de Pablo Losantos.

**Raquel Rubio** (1446-1522): judía conversa; esposa de Felipe Rubio.

# CRONOLOGÍA

---

- 1519, enero:** Carlos I de España se proclama emperador de Alemania como Carlos V.
- 1520:** inicio de la rebelión de las Comunidades de Castilla y de las Germanías en Valencia.
- 1521, 23 de abril:** derrota de los comuneros de Castilla en la batalla de Villalar.
- 1522, enero:** Adriano de Utrecht es elegido papa como Adriano VI.
- 1523:** se crea el Consejo de Estado.
- 1524:** se crea el Consejo de Indias.
- 1525, 24 de febrero:** victoria de las tropas de Carlos V sobre Francisco I en Pavía.
- 1526, 11 de marzo:** Carlos V se casa con su prima Isabel de Portugal en Sevilla.
- 1527, 6 de mayo:** saqueo de Roma; **21 de mayo:** nace en Valladolid el príncipe Felipe.
- 1528:** el príncipe Felipe es nombrado heredero de la Corona de España.
- 1529:** los turcos asedian Viena.
- 1530, 22 de febrero:** coronación imperial de Carlos V en Bolonia por el papa Clemente VII.
- 1531:** comienza la conquista de Perú por Francisco Pizarro.
- 1532:** Carlos V rechaza a los turcos en Viena.
- 1533:** el papa excomulga a Enrique VIII.
- 1534:** Barbarroja conquista Túnez.
- 1535, 24 de junio:** nace Juana de Austria; **julio:** Carlos V conquista La Goleta y Túnez.
- 1536: 19 de mayo:** Ana Bolena es ejecutada en Londres; guerra entre Francia y Carlos V.
- 1537:** Cortes de Castilla y León en Valladolid, y de la Corona de Aragón en Monzón.
- 1538:** Tratado de paz entre Francia y Carlos V.
- 1539, 1 de mayo:** muerte de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V.

# BIBLIOGRAFÍA

---

## Crónicas

- ANÓNIMO: *Relación del sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú*, Lima: Librería e imprenta Gil, 1934.
- BEAS MIRANDA, Miguel: *Estudios en la época de Carlos V: Crónica de Florián de Ocampo*, Granada: Universidad, 1988.
- CASAS, Bartolomé de las: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid: Cátedra, 2007.
- CIEZA Y LEÓN, Pedro: *Descubrimiento y conquista del Perú*, Roma: Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporánea, 1979.
- DOLCE, Lodovico: *Vita dell'Imperatore Carlo Quinto*, Venecia: 1561.
- GARCÍA CERECEDA, Martín: *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador Carlos V e Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia desde 1521 hasta 1543*, 3 vols., Madrid: 1873-1876.
- GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan: *De rebus hispanorum gestis ad novum orbem Mexicumque accurante Regia Historiae Academia*, Madrid: 1780.
- Cartas de Sepúlveda a Felipe II*, Madrid: 1846.
- De rebus gestis Caroli V*, 2 vols., Pozoblanco: Ayuntamiento, 1995 y 1996.
- GIRÓN, César: *Crónica del Emperador* (ed. J. Sánchez Montes), Madrid: CSIC, 1964. JEREZ, Francisco de: *Verdadera relación de la conquista del Perú*, Madrid: 1947.
- JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo: *El Antijovio* (ed. R. Torres Quintero), Bogotá: Voluntad, 1952.
- LÓPEZ DE GOMARA, Francisco: *Anales del emperador Carlos V* (ed. R. B. Merriman), Oxford: Clarendon Press, 1912.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires: Bajel, 1944.
- MEJÍA, Pedro: *Historia de Carlos V* (ed. J. de M. Carriazo), Madrid: Espasa-Calpe, 1945.
- MENA, Cristóbal de: *Relaciones primitivas de la conquista del Perú (1534)* (ed. Raúl Porras Barrenechea), Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1967.
- RESENDE, García de: *Vida e feitos d'el Rey Dom João segundo* (ed. de E.

Verdelho), Coimbra: CELGA, Universidad de Coimbra, 2007.

SAEN DE CASAS, María del Carmen: *La imagen literaria de Carlos V en las crónicas castellanas*, Lewiston: Edwin Mellen Press, 2009.

SANDOVAL, Prudencio de: *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (ed. Carlos Seco Serrano), 3 vols., Madrid: Atlas, 1955-1956.

SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica del emperador Carlos V* (eds. R. Beltrán y Rózpide y A. Blázquez y Delgado-Aguilera), 5 vols., Madrid: Imprenta del Patronato de huérfanos de intendencia e intervención militares, 1920-1925.

TRUJILLO, Diego de: *Relación del descubrimiento del Perú* (1571), Madrid: Atlas, 1964.

VEGA, El Inca Garcilaso de la: *La conquista del Perú*, Madrid: Atlas, 1944 (1617).

—*Historia general del Perú*.

ZÁRATE, Agustín de: *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Lima: Diego Miranda, 1944.

ZÚÑIGA, Francesillo de: *Crónica de Carlos V* (ed. D. Pamp de Avalue-Arce), Barcelona: Crítica, 1981.

—*Crónica burlesca del emperador Carlos V*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989.

### ***Colecciones documentales***

ANATRA, Bruno (ed.): *Carlo V* (Fuentes y Escritos históricos), 2 vols., Florencia: Nuova Italia, 1974.

BRADFORD, W. (ed.): *Correspondence of the Emperor Charles V and his ambassadors at the Courts of England and France*, Londres: R. Bentley, 1850.

BRANDI, Karl (ed.): *Berichte und Studien zur Geschichte Karls V*, 20 vols., Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1930-1942.

*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, 42 vols., Madrid: M. B. de Quirós, 1864-1884.

CORTÉS, Hernán: *Cartas de la conquista de México*, Madrid: Sarpe, 1985.

- DRUFFEL, August von (ed.): *Beiträge zur Reichsgeschichte 1546-1551*, 4 vols., Múnich: 1873-1896.
- EIMERIC, Nicolau, y FRANCISCO PEÑA: *El manual de los Inquisidores*, Barcelona: Muchnick, 1983.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (ed.): *Corpus documental de Carlos I (1516-1539)*, 5 vols., Salamanca: Universidad, 1973-1981.
- Carlos V: Memorias*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1960.
- GHISLAIN LE GLAY, André Joseph (ed.): *Correspondance de l'empereur Maximilien et de Marguerite d'Autriche, sa fille*, 2 vols., París: Société de l'Histoire de France, 1839.
- GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan: *Cartas de Sepúlveda a Felipe II*, Madrid: 1846.
- KAGAN, Richard L.: *Los cronistas y la corona* [versión en castellano de Pablo Sánchez León (tr.)], Madrid: Marcial Pons, 2012.
- LANZ, Karl (ed.): *Correspondenz des Kaisers Karl V. Aus dem königlichen Archiv und der Bibliothèque de Bourgogne zu Brüssel*, 3 vols., Leipzig: 1844-1846.
- MALE, G. van (ed.): *Lettres sur la vie intérieure de l'Empereur Charles Quint*, Bruselas: Delevingne et Callewaert, 1843.
- RODRÍGUEZ VILLA, A.: *El emperador Carlos V y su corte, según las cartas de don Martín de Salinas, 1522-1539*, Madrid: 1903.
- SAEN DE CASAS, María del Carmen: *La imagen literaria de Carlos V en las crónicas castellanas*, Lewiston: Edwin Mellen Press, 2009.

## **Ensayos**

- ACOSTA, V.: *El continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la conquista americana*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1992.
- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi: los tercios de infantería española en los siglos XVII y XVIII*, Madrid: Balkan Editores, 1999.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo: *El César Carlos: de Gante a El Escorial*, Madrid: Banco Bilbao Vizcaya, 1998.
- La Emperatriz. Isabel y Carlos V. Amor y gobierno en la corte española del Renacimiento*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2012.



- Y Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ: *La sociedad española en la Edad Moderna*, Madrid: Istmo, 2005.
- ARAM, Bethany: *La reina Juana: gobierno, piedad y dinastía* [versión en castellano de Susana Jákfalvi (tr.)], Madrid: Marcial Pons, 2001.
- ARNOLDSSON, Sverken: *La leyenda negra*, Gotemburgo: Elander, 1960.
- ATKINSON, J.: *Lutero y el nacimiento del protestantismo* [versión en castellano de Ana de la Cámara (tr.)], Madrid: Alianza, 1971.
- BABELON, J.: *Charles Quint (1500-1558)*, París: Societe d'Editions Francaises et Internationales, 1947.
- BARBERÁ, Carmen: *Juana la Loca*, Barcelona: Planeta, 1992.
- BALLESTEROS ARRANZ, E.: *Carlos V: Reforma y Contrarreforma*, Madrid: Hiases, 1984.
- BATAILLON, M.: *Erasmo y España*, México: 1966.
- BAUMGARTEN, Hermann: *Geschichte Karls V*, 3 vols., Stuttgart: 1885-1892.
- BELONGUER CEBRIÁ, Ernest: *El Imperio Hispánico, 1479-1665*, Barcelona: Grijalbo, 1995.
- (Ed.), *De la unión de coronas al Imperio de Carlos*, 3 vols., Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.
- El Imperio de Carlos V: las coronas y sus territorios*, Barcelona: Península, 2002.
- Historia de la España moderna. Desde los Reyes Católicos a Felipe II*, Madrid: Gredos, 2011.
- BENNASSAR, Bartolomé: *La Inquisición española: poder político y control social*, Barcelona: Crítica, 1981.
- La España del Siglo de Oro*, Barcelona: Crítica, 2001.
- Hernán Cortés, el conquistador de lo imposible*, Madrid: Temas de Hoy, 2002.
- La España de los Austrias (1516-1700)*, Barcelona: Crítica, 2010.
- BÉRENGER, Jean: *El Imperio de los Habsburgo (1273-1918)* [versión en castellano de Godofredo González (tr.)], Barcelona: Crítica, 1993.
- BERNAL, Antonio-Miquel: *Monarquía e imperio*, Madrid: Planeta, 2007.
- BERZAL DE LA ROSA, Enrique: *Los comuneros, de la realidad al mito*, Madrid: Sílex, 2008.

- BLOCKMANS, W.: *Carlos V. La utopía del imperio* [versión en castellano de M.<sup>a</sup> José Calvo (tr.)], Madrid: Alianza, 2000.
- BOOM, G. de: *Charles-Quint, prince des Pays Bas*, Bruselas: La Renaissance du Livre, 1952.
- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús: *Los Austrias mayores: imperio y monarquía de Carlos V y Felipe II*, Madrid: Temas de Hoy, 1996.
- BRADFORD, W.: *Correspondence of the Emperor Charles V and his ambassadors at the Courts of England and France*, Londres: R. Bentley, 1850.
- BRANDI, K.: *Carlos V, vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial* [versión en castellano de Manuel Ballesteros Gaibrois (tr.)], Madrid: Editora Nacional, 1943.
- BRAUDEL, Fernand: *Carlos V*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1969.
- Carlos V y Felipe II* [versión en castellano de Mauro Armiño (tr.)], Madrid: Alianza, 1999.
- BUCHOLTZ, F. B.: *Geschichte der Regierung Ferdinands des Ersten*, 9 vols., Viena: C. Schaumburg, 1831-1838 (2.<sup>a</sup> ed. Graz: Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1968-1971).
- BUENDÍA, J. R.: *La España imperial: Renacimiento y Humanismo*, Barcelona: 1995.
- CADENAS Y VICENT, V. de: *El saco de Roma de 1527 por el ejército de Carlos V*, Madrid: Hidalguía, 1974.
- Discurso de Carlos V en Roma en 1536*, Madrid: CSIC, 1982.
- Doble coronación de Carlos V en Bolonia*, Madrid: CSIC, 1985.
- Carlos de Habsburgo en Yuste*, Madrid: Hidalguía, 1990.
- Diario del emperador Carlos V*, Madrid: Hidalguía, 1992.
- CARANDE THOVAR, Ramón: *Carlos V y sus banqueros*, 3 vols., Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1943-1967.
- CARDAILLAC, L.: *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)* [versión en castellano de Mercedes Garcia Arenal (tr.)], México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
- CARRASCO, Rafael: *La empresa imperial de Carlos V*, Madrid: Cátedra, 2015.
- CARRASCO MARTÍNEZ, A.: *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*, Barcelona: Ariel, 2000.

- CARRILLO DE ALBORNOZ Y MUÑOZ DE SAN PEDRO, J. M.: *Carlos V, la espada de Dios*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- CASANOVA TOLODÍ, Ubaldo: *Las primeras Cortes Catalanas de Carlos I (Barcelona, 1519-1520)*  
<http://www.ibdigital.uib.es/gsd1/collect/mayurqa/index/assoc/HASHc>  
 Palma: Universitat de les Illes Balears, 1980.
- CASTELLANO CASTELLANO, J. L., y FRANCISCO SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ (coords.): *Carlos V. Europeísmo y universalidad*, 5 vols., Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.
- CASTILLA SOTO, Josefina, y JUSTINA RODRÍGUEZ GARCÍA: *Historia Moderna de España (1469-1665)*, Madrid: UNED, 2011.
- CERVERA MORENO, César: *Los Austrias. El imperio de los chiflados*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2016.
- CHABOD, F.: *Carlos V y su imperio*, México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- CHAUNU, Pierre: *La España de Carlos V* [versión en castellano de E. Riambau Sauri], Barcelona: Península, 1980.
- CHECA CREMADES, F.: *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid: Taurus, 1987.
- HERAS BALBÁS, Esteban de las: «Mujeres en la vida de Carlos V», *Ideal*, Edición Granada, 3 de noviembre de 2015.
- DELFOSE, Rudolf: *Die Jugend Karls V*, Gotinga: 1923.
- DELUMEAU, J.: *La Reforma* [versión en castellano de José Termes (tr.)], Barcelona: Labor, 1967.
- DÍAZ TRECHUELO, María Lourdes: *Francisco Pizarro, el conquistador del fabuloso Perú*, Madrid: Anaya, 1988.
- DICKENS, A. J., y W. R. D. JONES: *Erasmus*, Madrid: Acento, 2002.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Los judeoconversos en España y América*, Madrid: Istmo, 1971.
- Desde Carlos V a la paz de los Pirineos*, Barcelona: Grijalbo, 1974.
- Instituciones y sociedad en la España de los Austria*, Barcelona: Ariel, 1985.
- Los judeoconversos en la España Moderna*, Madrid: MAPFRE, 1992.
- El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid: Alianza, 2001.

- EGUIAGARAY, F.: *Los intelectuales españoles de Carlos V*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1965.
- EDWARDS, John, y John LYNCH: *Edad Moderna: «El auge del Imperio, 1474-1598»* [versión en castellano de Jordi Beltran y Juan Faci (tr.)], Barcelona: Crítica, 2005.
- ELLIOT, J.: *La España Imperial (1469-1716)* [versión en castellano de J. Marfany], Barcelona: Vicens-Vives, 1979.
- El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650* [versión en castellano de Rafael Sánchez Mantero (tr.)], Madrid: Alianza, 1984.
- España y su mundo (1500-1700)* [versión en castellano de Ángel Rivero Rodríguez y Xavier Gil Pujol (tr.)], Madrid: Alianza, 1990.
- ERLANGER, Philippe: *Carlos V* [versión en castellano de Manuel Morera (tr.)], Madrid: Palabra, 2000.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Carlos V: Memorias*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1960.
- Política mundial de Carlos V y Felipe II*, Madrid: CSIC, 1966.
- La sociedad española del Renacimiento*, Salamanca: Anaya, 1970.
- Charles V. Elected emperor and hereditary ruler* [versión en inglés de J. A. Lalaguna (tr.)], Londres: Thames and Hudson, 1975.
- *Carlos V, un hombre para Europa*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1976.
- España y los españoles en los tiempos modernos*, Salamanca: Universidad, 1979.
- Carlos V*, Madrid: Anaya, 1988.
- La sociedad española en el Siglo de Oro*, 2 vols., Madrid: Gredos, 1989.
- El siglo XVI. Economía, Sociedad, Instituciones*, Madrid: Gredos, 1989.
- La España del emperador Carlos V*, Madrid: Espasa, 1990.
- Poder y sociedad en la España del Quinientos*, Madrid: Alianza, 1995.
- Carlos V, el César y el hombre*, Madrid: Espasa, 1999.
- Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas*, Madrid: Espasa, 2000.
- El imperio de Carlos V*, Madrid: Real Academia de la Historia, 2001.
- Carlos V, emperador del viejo y nuevo mundo*, Madrid: 2001.
- Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid: Espasa, 2003.
- Carlos V. Un hombre para Europa*, Madrid: Espasa, 2014.

- FORONDA Y AGUILERA, Manuel de:  
[http://www.cervantesvirtual.com/historia/CarlosV/5\\_3\\_foronda\\_1.sht](http://www.cervantesvirtual.com/historia/CarlosV/5_3_foronda_1.sht)  
*Estancias y viajes del emperador Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1914.
- GARABITO GREGORIO, G.: *La formación de un Imperio. Carlos V: biografía joven*.  
Barcelona: Casals, 2001.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo: *Las Germanías de Valencia*, Barcelona: 1975  
—*La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid: Alianza, 1992.  
—(Coord.), *Historia de España: siglos XVI y XVII: la España de los Austrias*,  
Madrid: Cátedra, 2003.
- GARCÍA GARCÍA, B. J. (coord.): *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2002.
- GARCÍA HERNÁN, D.: *Políticos de la monarquía hispánica (1469-1700). Ensayo y diccionario*, Madrid: Fundación Mapfre Tavera y Fundación Ramon Areces, 2002.
- GARCÍA SIMÓN, A.: *El ocaso del emperador Carlos V en Yuste*, Madrid: Nerea, 1995.
- GARCÍA SOORMALLY, Mina: *Magia, hechicería y brujería. Entre la Celestina y Cervantes*, Sevilla: Renacimiento, 2011.
- GARGANTILLA, Pedro: *Enfermedades de los reyes de España. Los Austrias*,  
Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.
- GIL, Juan: *Mitos y utopías del Descubrimiento. El Dorado*, 3 vols., Madrid:  
Alianza, 1989.
- GÓMEZ-SALVADO SÁNCHEZ, Mónica: *Fastos de una boda real en la Sevilla del Quinientos. Estudio y documentos*, Sevilla: Universidad, 1998.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis: *El aprendiz de cortesano de Felipe II (1527-1546). La formación de un príncipe del Renacimiento*, Madrid: 1999.
- GOODWIN, Robert: *España, el centro del mundo. 1519-1682*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2016.
- GUTIÉRREZ NIETO, J. J.: *Las Comunidades como movimiento antiseñorial*,  
Barcelona: Planeta, 1973.
- HACKETT, Francis: *Las mujeres de Enrique VIII* [versión en castellano de José Fernández (tr.)], 2 vols., Madrid: Juventud, 1976.
- HEMMING, John: *En busca de El Dorado* [versión en castellano de Xavier Laviña

- (tr.)], Barcelona: Ediciones del Serbal, 1983.
- HUERGA, Álvaro: «Predicadores, alumbrados e inquisición en el siglo XVI»: ciclo de tres conferencias pronunciadas en la Fundación Universitaria Española, los días 5, 7 y 9 de marzo de 1973, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1973.
- IMBER, Colin: *El imperio Otomano. 1300-1600* [edición en castellano de Jordi Cotrina Vidal (tr.)], Barcelona: Ediciones B, 2004.
- JOVER ZAMORA, J. M.: *Carlos V y los españoles*, Madrid: Rialp, 1987.
- JUDERÍAS, Julián: *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Madrid: Editora Nacional, 1967.
- JUNCEDA AVELLÓ, Enrique: *Ginecología y vida íntima de las reinas de España (I)*, Madrid: Temas de Hoy, 1991.
- KAMEN, Henry: *La Inquisición española* [versión en castellano de Enrique de Obregon (tr.)], Barcelona: Grijalbo, 1977.
- KELLENBENZ, H.: *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560* [versión en castellano de Manuel Prieto Vilas (tr.)], Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2000.
- KENISTON, H.: *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V* [versión en castellano de Rafael Rodríguez-Monino Soriano (tr.)], 4 vols., Madrid: Castalia, 2000.
- KOENIGSBERGER, H. G.: *La práctica del imperio*, Madrid: Alianza, 1989.
- KOHLER, Alfred: *Antihabsburgische Politik in der Epoche Karls V.: die reichsständische Opposition gegen die Wahl Ferdinands I. zum römischen König und gegen die Anerkennung seines Königstums (1524-1534)*, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1982.
- Carlos V. 1500-1558: una biografía* [versión en castellano de Cristina Garcia Ohlrich (tr.)], Madrid: Marcial Pons, 2000.
- (Coord.), *Carlos V / Karl V. 1500-2000*, Madrid: Soc. Estatal para la Conmemoracion de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.
- Ferdinand I. 1503-1564. Fürst, König und Kaiser*, Múnich: C. H. Beck, 2003.
- Barbara HAIDER y Christine OTTNER (eds.): *Karl V. 1500-1558. Neue Perspektiven seiner Herrschaft in Europa und Übersee*, Viena: Verlag der Osterreichischen Akademie der Wissenschaften, 2002.
- KONETZKE, Richard: *América Latina. II. La época colonial* [versión en castellano de Pedro Scaron (tr.)], Madrid: Siglo XXI, 1976.

- LACARRA, María Jesús, y José Manuel CACHO BLECUA: *Lo imaginario en la conquista de América*, Zaragoza: Oroel, 1990.
- LAPEYRE, Henri: *Las monarquías europeas del siglo XVI: las relaciones internacionales* [versión en castellano de José Manuel Cuenca (tr.)], Barcelona: Labor, 1969.
- Carlos Quinto*, Barcelona: Oikos-tau, 1972.
- LARA, Eva, y Alberto MONTANER (coords.): *Señales, portentos y demonios: La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, Salamanca: Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, 2014.
- LAVALLÉ, Bernard: *Francisco Pizarro y la conquista del Imperio inca* [versión en castellano de Sandra Recarte (tr.)], Barcelona: Planeta, 2007.
- LEWIS, D. B. W.: *Carlos de Europa, emperador de Occidente* [versión en castellano de C. Muñoz (tr.)], Madrid: Espasa-Calpe, 1942.
- LIVI BACCI, Massimo: *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América* [versión en castellano de Antonio Martínez Riu (tr.)], Barcelona: Crítica, 2006.
- LOWETT, A. W.: *La España de los primeros Habsburgos (1517-1598)* [versión en castellano de Montserrat Rubió i Lois (tr.)], Barcelona: Labor, 1989.
- LUCAS-DUBRETON, J.: *Charles Quint*, París: 1958.
- LYNCH, John: *Carlos V y su tiempo* [versión en castellano de Maria Pons (tr.)], Barcelona: Crítica, 2000.
- Los Austrias, 1516-1700* [versión en castellano de Juan José Faci (tr.)], Barcelona: Crítica, 2003.
- Monarquía e imperio. El reinado de Carlos V* [versión en castellano de Juan José Faci (tr.)], Madrid: El País, 2007.
- MACDONALD, Stewart: *Charles V: Ruler, Dynast and Defender of the Faith, 1500-1558*, Londres: Hodder & Stoughton, 1992.
- MADARIAGA, Salvador de: *Carlos V*, Barcelona: Grijalbo, 1988.
- MARAVALL, José Antonio: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1960.
- Las Comunidades de Castilla, una primera revolución moderna*, Madrid: Alianza, 1979.
- MARCH, J. M.: *Niñez y juventud de Felipe II*, 2 vols., Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1941-1942.

- MÁRQUEZ, Vicente María: *Mujeres de acción en el Siglo de Oro*, Madrid: Castalia, 2006
- MARTÍN GÓMEZ, Antonio L.: *El Gran Capitán: las campañas del duque de Terranova y Santangelo*, Córdoba: Almenara, 2000.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando: *En torno a las Comunidades de Castilla*, Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha, 2002.
- MARTÍNEZ MILLÁN, J. (ed.): *La corte de Carlos V*, 3 vols., 5 tomos, Madrid: Sociedad Estatal, 2000.
- (Ed.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, 2 vols., Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Los soldados del rey. Los ejércitos de la monarquía hispánica (1480-1700)*, San Sebastián de los Reyes, Madrid: Actas, 2008.
- MATA CARRIAZO Y ARROQUIA, Juan de la: *La boda del Emperador: notas para una historia de amor en el Alcázar de Sevilla*, Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, Área de cultura: Patronato del Real Alcazar, 1997.
- MAZARÍO COLETO, María del Carmen: *Isabel de Portugal. Emperatriz y reina de España*, Madrid: Martínez Chumillas, 1951.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La idea imperial de Carlos V*, Madrid: Espasa, 1941.
- Un Imperio de paz cristiana*, Madrid: Espasa, 1966.
- MERRIMAN, R. B.: *Carlos V el Emperador y el español en el Viejo y Nuevo Mundo* [versión en castellano de Guillermo Sans Huelin (tr.)], Madrid: Espasa-Calpe, 1960 (1940).
- MOLINA MARTÍNEZ, Miguel: *La leyenda negra*, Madrid: Nerea, 1991.
- MORGADO GARCÍA, Arturo: *Demonios, magos y brujas en la España moderna*, Cádiz: Universidad, 1999.
- MUÑOZ MACHADO, Santiago: *Sepúlveda, cronista del emperador*, Barcelona: Edhasa, 2012.
- NADAL, J.: *España en su cenit. 1516-1598: un ensayo de interpretación*, Barcelona: Crítica, 2001.
- PASTOR, Beatriz: *El segundo descubrimiento. La conquista de América narrada por sus coetáneos (1492-1589)*, Barcelona: Edhasa, 2008.
- PÉREZ, Joseph: *Carlos V, soberano de dos mundos* [versión en castellano de Rosa María Martínez (tr.)], Barcelona: Ediciones B, 1988.



- Los comuneros*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2001.
- Carlos V*, Madrid: Temas de Hoy, 2010.
- La leyenda negra* [versión en castellano de Carlos Manzano (tr.)], Madrid: Gadir, 2012.
- PFANDL, Ludwig: *Juana la Loca, la madre del emperador Carlos V: su vida, su tiempo, su culpa* [versión en castellano de Carla Arregui (tr.)], Madrid: Palabra, 1999.
- PIQUERAS VILLAALDEA, María Isabel: *Carlos V y la emperatriz Isabel*, Madrid: Actas, 2000.
- PRAWDIN, Michael: *Juana la Loca* [versión en castellano de Eduardo Valentí Fiol (tr.)], Barcelona: Juventud, 1994.
- PRESCOTT, William H.: *Historia de la conquista del Perú* [versión en castellano de Rafael Torres Pabón (tr.)], Madrid: Machado Libros, 2006.
- RADY, M.: *El emperador Carlos V*, Madrid: 1991.
- Carlos V*, Madrid: Altaya, 1999.
- RANDA, Alexander: *El imperio mundial* [versión en castellano de Antonio Simón Pensado (tr.)], Barcelona: Luis de Caralt, 1967.
- RASSOW, P.: *Die Kaiser-Idee Karls V. dargestellt an der Politik des Jahre, 1528-1540*, Berlín: 1932.
- Karl V. Der Kaiser des Mittelalters*, Gotinga: 1957.
- REDONDO CANTERA, María José, y Miguel ZALAMA RODRÍGUEZ: *Carlos V y las artes. Promoción artística y familia imperial*, Valladolid: Universidad, 2000.
- RESTALL, Matthew: *Los siete mitos de la conquista española* [versión en castellano de Marta Pino Moreno (tr.)], Barcelona: Paidós, 2009.
- RINCÓN GARCÍA, Wilfredo: *Francisco Padilla*, Madrid: Cipsa, 1987.
- RIVERO RODRÍGUEZ, M.: *Gattinara, Carlos V y el sueño del Imperio*, Madrid: Sílex, 2005.
- La monarquía de los Austrias*, Madrid: Alianza, 2017.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José: *Breve historia de los tercios de Flandes*, Madrid: Nowtilus, 2015.
- RODRÍGUEZ SALGADO, M. J.: *Un imperio en transición: Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona: Crítica, 1992.
- RODRÍGUEZ VILLA, A.: *El emperador Carlos V y su corte, según las cartas de don*

- Martín de Salinas, 1522-1539*, Madrid: 1903.
- ROMANO, Ruggiero, y Alberto TENENTI: *Los fundamentos del mundo moderno* [versión en castellano de Marcial Suárez (tr.)], Madrid: Siglo XXI, 1975.
- RUIZ, T. F.: *Historia social de España. 1400-1600*, Barcelona: Crítica, 2000.
- RUBIO, María José: *Reinas de España. Las Austrias*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2012.
- SÁEZ ABAD, Rubén: *La batalla de Villalar*, Madrid: Almena, 2015.
- SÁNCHEZ LEÓN, P.: *Absolutismo y comunidad: los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*, Madrid: Siglo XXI, 1998.
- SÁNCHEZ MONTES, J.: *Agobios carolinos y ciudades castellanas*, Granada: Universidad de Granada, 1975.
- Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Granada: Universidad de Granada, 1995 (1951).
- SCHEUBER, Yolanda: *Juana la reina, loca de amor*, Madrid: Nowtilus, 2007.
- SEIBT, Ferdinand: *Karl V. Der Kaiser und die Reformation*, Berlín: Siedler, 1990.
- SEPÚLVEDA, J. G. de: *Historia de Carlos V* [E. Rodríguez y Baltasar Cuart (eds.)], 2 vols., Pozoblanco: Ayuntamiento de Pozoblanco, 1995-1996.
- SERRAO, J. V.: *O século de ouro: 1495-1580*, Lisboa: Verbo, 1978.
- TERLINDEN, Charles de: *Carolus Quintus. Kaiser Karl V. Vorläufer der europäischen Idee*, Zúrich: Iñigo von Oppersdorff, 1978.
- THOMAS, Hugh: *El Imperio español de Colón a Magallanes* [versión en castellano de Víctor Pozanco (tr.)], Barcelona: Planeta, 2003.
- El Imperio español de Carlos V (1522-1558)* [versión en castellano de Carmen Martínez Gimeno y Jesús Cuellar (tr.)], Barcelona: Planeta, 2012.
- TYLER, R.: *El Emperador Carlos V* [versión en castellano de Juan Ríos Sarmiento (tr.)], Barcelona: Juventud, 1987.
- VACA DE OSMA, José Antonio: *Carlos I y Felipe II, frente a frente*, Barcelona: Rialp, 1998.
- VALES FAILDE, Javier: *La emperatriz Isabel*, Madrid: 1917.
- VANDENESSE, Jean de: *Collection des Voyages des Souverains des Pays-Bas*, Bruselas: 1874.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, y Andrés MORENO MENGÍBAR: *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*, Madrid: Akal, 1997.

- VÉLEZ, Iván: *El mito de Cortés*, Madrid: Encuentro, 2017.
- VILAR SÁNCHEZ, Juan Antonio: *Carlos V. Emperador y hombre*, Madrid: EDAF, 2015.
- 1526. *Boda y luna de miel del emperador Carlos V*, Granada: Universidad de Granada, 2016.
- VV. AA.: *Charles Quint et son temps*, París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1959.
- VV. AA.: *Karl V. Der Kaiser und Seine Zeit*, Colonia-Graz: Bohlau, 1960.
- VV. AA.: *El Consejo de Indias en el siglo XVI*, Valladolid: Universidad, 1970.
- VV. AA.: *Los inventarios de Carlos V y la familia imperial*, Madrid: Fernando Villaverde, 2010.
- WALTHER, Andreas: *Die Anfänge Karls V*, Leipzig: Duncker & Humblot, 1911.
- YNDURÁIN, D.: *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid: Cátedra, 1994.
- YUN CASALILLA, B.: *Marte contra Minerva: el precio del imperio español, c. 1450-1600*, Barcelona: Crítica, 2004.
- ZALAMA, Miguel Ángel: «Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas», en *Estudios y Documentos*, 58, Valladolid: Universidad, 2000.
- Juana I. Arte, poder y cultura en torno a una reina que no gobernó*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2010.

# ILUSTRACIONES

---

# Europa y las posesiones de los Austrias en 1519

---

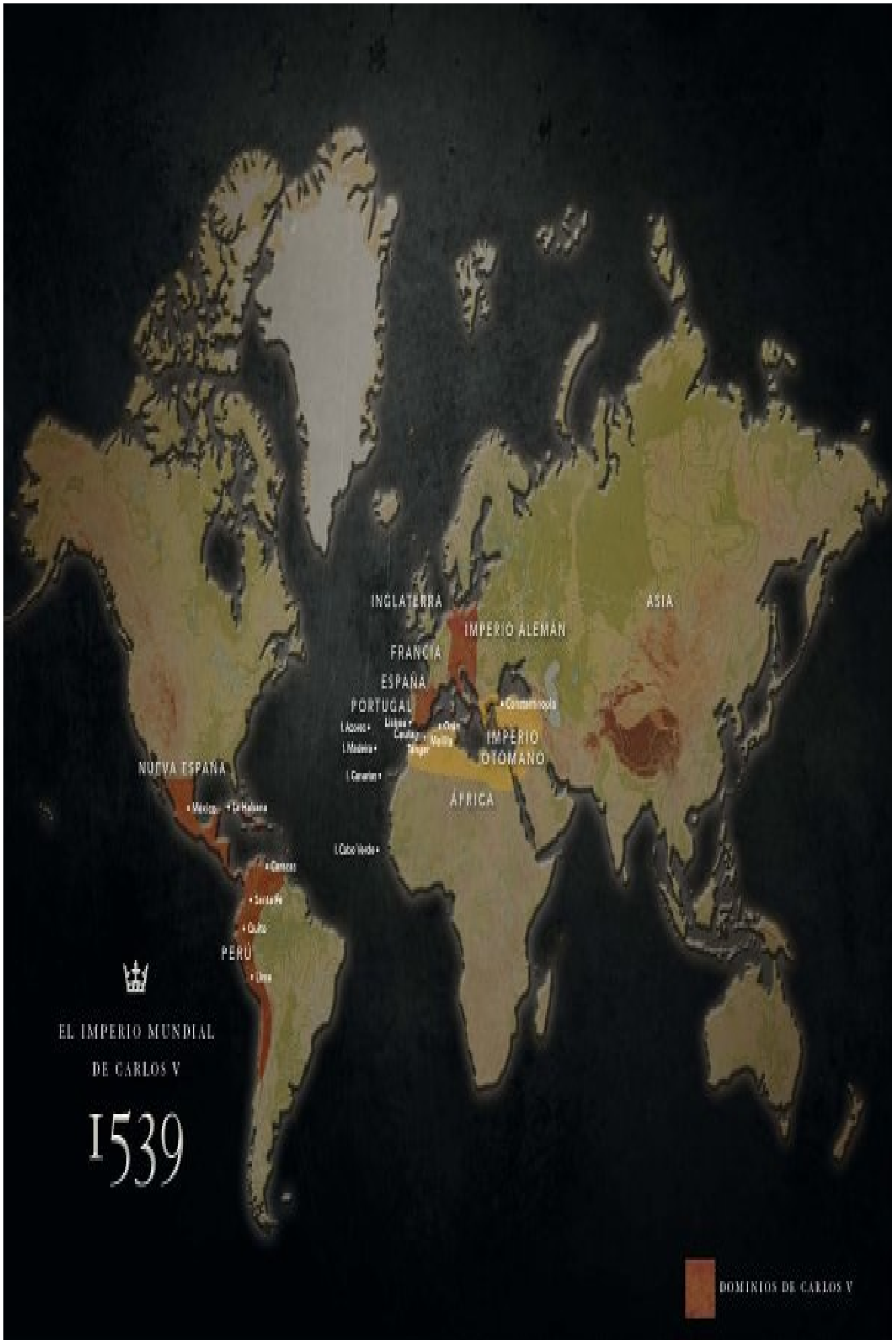




# El imperio mundial de Carlos V en 1539

---





EL IMPERIO MUNDIAL  
DE CARLOS V

1539

DOMINIOS DE CARLOS V





**JOSÉ LUIS CORRAL** (Daroca, Zaragoza, 1957). Catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza y director de Taller de Historia SL. Es autor de trescientos libros y artículos. Ha sido profesor invitado en medio centenar de universidades españolas y extranjeras. La revista francesa *Actualité* de l'Histoire lo ha considerado en 2012 como «uno de los historiadores españoles de mayor repercusión internacional».

Fundador y presidente de la Asociación Aragonesa de Escritores. En 2015 fue elegido «Aragonés del año» por los lectores de *El Periódico de Aragón* en la sección de Cultura. Es colaborador regular en prensa y en programas de radio y televisión.

Como historiador, ha publicado más de treinta ensayos, como *Historia universal de la pena de muerte* (2005), *Breve historia de la Orden del Temple* (2006), *Una historia de España* (2008), *Abdarrahman III y el califato de Córdoba* (2008) o *El enigma de las catedrales* (2012).

Está considerado «el maestro de la novela histórica española contemporánea» por obras como *El salón dorado* (1996), *El amuleto de bronce* (1998), *La epopeya de Gengis Kan* (1998), *El invierno de la Corona* (1999), *El Cid* (2000), *Trafalgar* (2001), *Numancia* (2003), *El número de Dios* (2004), *¡Independencia!* (2005), *El caballero del Templo* (2006), *El rey felón* (2009), *El amor y la muerte* (2010), *La prisionera de Roma* (2011), *El código del peregrino* (2012), *El médico hereje* (2013) y *El trono maldito* (2014), junto a Antonio Piñeiro.

Sus novelas han sido traducidas a varios idiomas.

